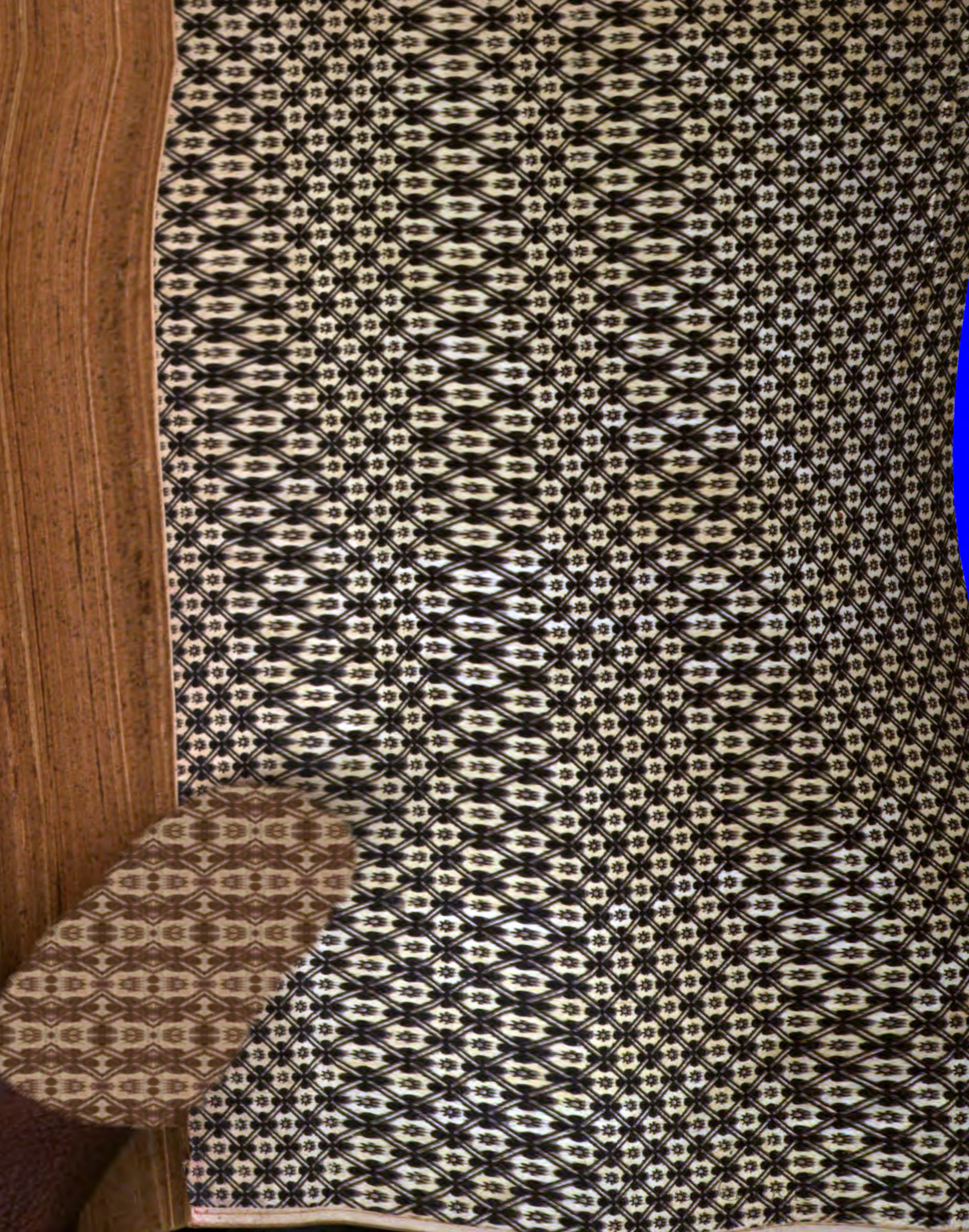
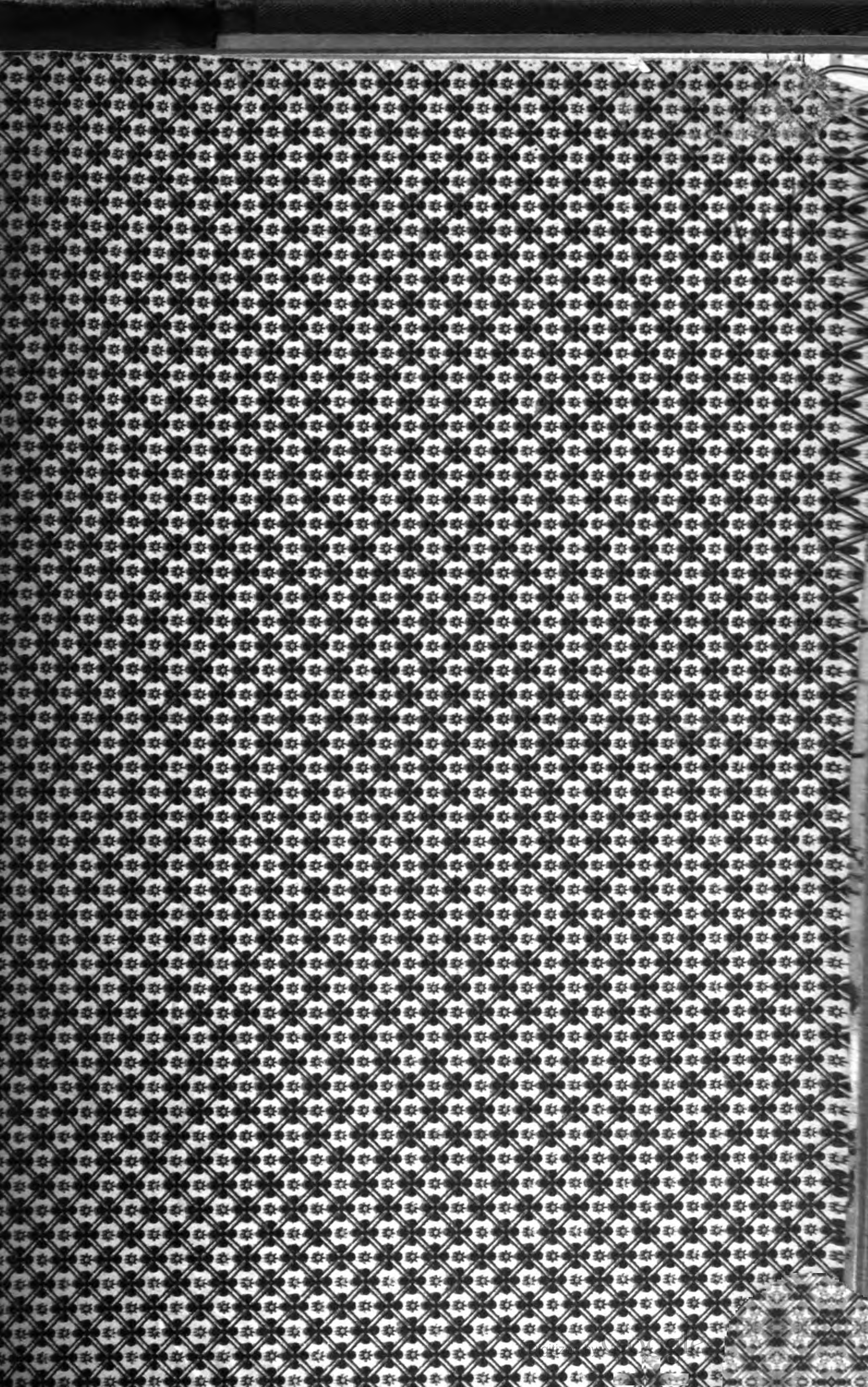
LA HEROINA DEL QUEBRACHO









LA HEROÏNA de QUEBRACHO

D. Nuñez

NDRESRIUS
DITOR

LA HEROINA DEL QUEBRACHO

POR

DEMETRIO NUÑEZ

TOMO I

MONTEVIDEO
BIBLIOTECA ILUSTRADA DE ANDRES RIUS, EDITOR
155 — SORIANO — 157
1887

Al Lector

—

La historia contemporánea de la República registra dos fechas recientes y memorables, y que acaso sirvan de etapa fundamental á una nueva era: el 31 de Marzo y el 4 de Noviembre de 1886: *El Quebracho—La Conciliacion.*

En la primera; la idea manifestándose en protesta armada, detenida, pero no vencida, en los campos del Quebracho.

En la segunda; la misma idea triunfando en la pacífica esfera de la evolución, producida por la fuerza moral de la opinión pública espontánea y unánimemente manifestada.

Consolador contraste; la fuerza avasallando á la fuerza, y ésta rindiéndose ante el sereno empuje del pensamiento.

Tales son los hechos que nos han impulsado á escribir el libro que hoy vé la luz pública.

Escrito sin pretensiones de ningun género, nuestro objeto es presentar cuadros y bosquejos de la aflictiva y aun desesperada situación porque pasaron las mas virtuosas, cuanto mas humildes clases populares en los últimos años de una política tan desquiciada como insoportable para los hijos amantes de la justicia y de la patria.

Orígen y causa de amargas lágrimas, de grandes desgracias y de cruentos martirios, fué sin duda aquella situación en la que, el público derroche y boato de unos pocos, constituian el mas cruel sarcasmo y ofrecian doloroso contraste, con la desnudez y miseria de gran número de familias.

Presentar y poner de relieve á los ojos del pueblo lo condenable de aquella época, ya felizmente pasada, es nuestro fin; y quedará nuestra ambición ampliamente satisfecha, si con el libro que depositamos en sus manos, aumenta en un grado mas su aversión á todo gobierno inmoral y despótico.

En *La Heroina del Quebracho* reconocerán sin duda nuestros lectores, á una de tantas víctimas, ya de las intrigas, de la desolacion y miseria en que se vieron envueltas muchas familias del infortunado pueblo uruguayo.

Ojalá, repetiremos, que con la lectura de los episodios que nos proponemos relatar en este libro, logremos fortalecer más y más en el ánimo de los buenos ciudadanos, la inquebrantable resolución de rechazar y no permitir jamás gobiernos inmorales, que atenten contra la dignidad y los derechos del noble pueblo uruguayo, y sean al mismo tiempo un oprobio para la democracia Sud-americana.

Montevideo, Octubre de 1887.

EL AUTOR.

LA HEROINA DEL QUEBRACHO

CAPITULO I

El final de la jornada

Eran las cuatro y media de la tarde del miércoles 31 de Marzo de 1886.

El desastre de la denodada y entusiasta columna revolucionaria, que hacia tres dias pisara tierra uruguaya en Guaviyú, Departamento de Paysandú, tocaba á su fin.

El desbande y la dispersion acababan de producirse en sus filas, y en medio de aquella inevitable y natural confusión, todos peleaban con valor y heroismo, aunque ya sin órden, pues el combate, en aquellos supremos instantes, habia tomado un carácter completamente individual.

Nadie mandaba, nadie obedecia; todos hacian fuego de cuenta é inspiración propia.

El desbande tuvo lugar al salir la columna revolucionaria del camino, en el que, habia estado materialmente encajonada gracias al alambrado de sus costados, camino que recorrió la juventud uruguaya diezmada por el fuego de la infanteria y la poderosa artilleria del enemigo.

Aquel momento fué de horrorosa desesperación y desencanto para los nobles corazones, que con tanta abnegación habian venido á defender una causa tan santa y justa, como la proclamada por los vencidos del Quebracho.

Aun en aquellos instantes de estrema desolación, la brillante y valerosa juventud uruguaya clamaba porque se hiciera frente al enemigo, para poder quemar sus últimos cartuchos en aras de la patria y de las instituciones libres, y morir maldiciendo á los que habian convertido la Nación en el feudo del pretorianismo imperante.

Ya todo era inútil; en vista de la superioridad numérica del ejército del Gobierno y de la artilleria con que éste contaba, habian decidido los generales Castro y Arredondo, directores y jefes de la revolución, no aventurarse en una batalla, disponiendo se hiciera fuego en retirada, para distraer con guerrillas al enemigo durante todo el dia, y, llegada la noche, seguir la marcha internándose en el pais, buscando la incorporación de los numerosos grupos que en toda la República aguardaban la aproximación de la columna revolucionaria para lanzarse con éxito á las vias de hecho.

Estos cálculos habian salido fallidos; las buenas condiciones de movilidad del ejército del Gobierno,

hicieron imposible la retirada de los revolucionarios sin un completo desastre, desastre que en el momento en que comienza este relato tocaba á su fin en las inmediaciones del Arroyo de Soto.

Las colinas y llanuras de esos parajes presentaban un aspecto desolador y horrible; la caballeria enemiga sable en mano comenzaba la persecución de los dispersos. El humo de la pólvora oscurecia el horizonte y los vapores de la sangre parecian darle un reflejo rojizo, semejante á esos celajes vespertinos que se presentan en el ocaso en las horas del crepúsculo. El siniestro silbar de las balas, el ronco y espantoso tronar de los cañones, los lamentos de los heridos, los estertores de los moribundos, aumentados con los alaridos provocativos de los vencedores, atronaban los aires con ruidos de horrenda y funesta resonancia.

En medio de la confusion de aquellos momentos en los que tuvieron lugar episódios verdaderamente heróicos, llevados á cabo por los vencidos en aquel dia memorable, destacóse un grupo de diez ginetes, que tomó la dirección de una cuchilla situada al Norte del Arroyo de Soto.

De este grupo formaba parte un jóven de diez y ocho años, sin pelo de barba, de formas perfectas, facciones delicadas y de una belleza sorprendente. La mirada de sus ojos negros, al mismo tiempo que revelaba una energia incontrastable, tenia un tinte de sombria tristeza y profundos pesares. La seductora gracia de su semblante contrastaba de una manera muy perceptible con los resplandores de ódio intenso,

que á cada momento, nublaban el brillo de sus ojos y la limpidez de su tersa frente.

Como la mayor parte de los revolucionarios, llevaba por uniforme casaquilla y pantalón de paño gris.

Este jóvencito agregado por casualidad al antedicho grupo, no cesaba de incitar á sus compañeros á que hicieran frente al enemigo.

—¡Muramos peleando! —les decia.

—No,—respondian aquellos,—eso seria morir inútilmente: primero salvemos la vida, despues nos reuniremos á nuestros amigos del Norte, y si conseguimos incorporarnos á ellos, mucho hemos de dar que hacer á los enemigos

De improviso vieron avanzar en la misma dirección que ellos llevaban, un ginete perseguido por cuatro lanceros.

Esta escena pasaba á unos quinientos metros del grupo de los revolucionarios. El jóven de que antes nos hemos ocupado, se conmovió visiblemente al considerar que la muerte esperaba sin duda al fugitivo, la compasión mas viva se pintó en su rostro delicado é impulsado por algo como un presentimiento, dijo á sus compañeros.

—¡Corramos á socorrerle, no lo dejemos matar impunemente! —y fustigando su cabalgadura, sin esperar contestación, se lanzó al encuentro de los perseguidores.

Sus compañeros quedaron indecisos un momento; despues, cinco de ellos le siguieron, repuestos de la primera impresión y avergonzados quizás ante el ejemplo de valor y desprendimiento que les acababa de dar aquel jóven, casi pudiéramos decir, aquel niño.

Entre tanto el perseguido despues de continuar corriendo durante un instante, echó pié á tierra, y parapetándose detrás del caballo se dispuso á vender cara su vida.

Ante tan decidida actitud, dos de los lanceros volvieron grupas, mientras los dos restantes se acercaban al fugitivo.

Cuando éste los tuvo como á cincuenta pasos, comenzó á hacerles fuego con un revólver de grueso calibre, cuyos seis tiros disparó, logrando herir á uno de ellos y matando el caballo del otro que cayó desplomado en tierra. El soldado que lo montaba cayó tambien, pero se puso rápidamente en pié y se lanzó sobre el parapetado desenvainando el sable, pues la lanza habia saltado lejos en la caida. El revolucionario sacó á su vez la espada, y esperó á su adversario colocándose á cuatro ó seis pasos delante de su improvisado parapeto viviente.

—¡ Cuéntate entre los muertos!—le gritó el soldado.

—¡Todavia no ! —contestó el valiente jóven.

Un instante despues los dos se hallaban frente á frente, el primero dirigiendo con su enorme sable una lluvia de estocadas y sablazos al segundo, y éste parando todos los golpes con destreza y agilidad sumas.

Tres minutos de lucha habian pasado, cuando una estocada del soldado logró herir á su adversario en él brazo derecho.

Al impulso del golpe el herido cayó, circunstancia que aprovechó su enemigo, quien tirando el sable, se echó encima del caido, sujetándolo contra el suelo.

Los esfuerzos del último fueron inútiles; por mas que hizo, no pudo desasirse de los vigorosos brazos que lo aprisionaban.

El lancero era mucho mas fuerte que su víctima. El jóven caido era uno de esos dandys, que en la coqueta Montevideo forman el encanto de las bellas paseantes de las calles 18 de Julio, Sarandí y 25 de Mayo. Poco acostumbrado al ejercicio de las fuerzas físicas, no disponia mas que de valor moral á toda prueba, de gran corazón y de voluntad indomable. Por lo tanto el soldado dominó sin gran trabajo á su contrario, y se sentó sobre él sugetándole con la rodilla derecha el brazo izquierdo, único de que aquel podia disponer, pues el otro se hallaba inutilizado por la estocada recibida.

—¡Ahora encomiéndate á Dios! —le dijo, y sacando de la cintura un enorme cuchillo de ancha y cortante hoja, lo blandió sobre el rostro del jóven, que ya completamente estenuado, no podia oponer resistencia ninguna, y aun parecia resignado con la suerte que le esperaba, pues ante la amenaza de su vencedor, cerró los ojos, y pareció que sus lábios balbucearon alguna plegaria.

—¡Lo que es de esta no escapas!—continuó hablando el lancero en tono burlon y acompasado como hombre seguro de la impunidad,—y bien mereces,—agregó riendo irónicamente,—que te degüelle de oreja á oreja en justo pago de la muerte que has dado á mi sargento, que sin duda está en el otro mundo, pues de otro modo ya estaria aquí. Si tienes algun encargo que



— ¡ Asesino ! matas á un indefenso — y le hizo fuego.

darme para tu familia, habla; te juro cumplirlo religiosamente.

—Acaba pronto,—replicó la víctima con acento de reconcentrada ira y hondamente indignado de tanta bajeza, cobardía y refinada crueldad.

—¿Qué prisa tienes por morir?—En fin, sea; en otra parte hago falta,—y enarbolando el cuchillo—cogió á su enemigo de los cabellos con la mano izquierda, é iba á cumplir su propósito, cuando oyó el tropel de un caballo y levantó la cabeza para cerciorarse de lo que pasaba.

Era que en aquel momento llegaba el compasivo imberbe que hemos visto lanzarse en auxilio del perseguido. El recien llegado detuvo su corcel, y gritó al lancero al mismo tiempo que le apuntaba con su carabina.

—¡Asesino! Matas á un indefenso,—y le hizo fuego.

Al soldado se le cayó el cuchillo de la mano, estiró los brazos y las piernas convulsivamente y se desplomó cuan largo era, para no levantarse mas. La bala le habia despedazado el cráneo.

Libre el jóven del peso que le oprimia, púsose en pié, y cuando dirigió los ojos hácia la persona que tan milagrosamente le habia salvado de una muerte segura, ésta ya se hallaba á su lado, diciéndole:

—¡Qué miedo he tenido de errar el tiro, la Providencia nos ha favorecido! Ahora Ricardo, monta, no perdamos tiempo, huyamos, que el enemigo comienza á estrecharnos por todos lados, ¡pronto! ¡pronto!.....

El llamado Ricardo abrió los ojos desmesuradamente, asombro indefinible manifestóse en su rostro, acompañado de duda y de espanto, como si una visión sobrehumana pasara ante su vista, y sacudiendo la cabeza como un demente, exclamó:

—¡Estoy soñando!..... no puede ser.... ¡por que!....— y no pudo concluir de manifestar su pensamiento, pues una bala enemiga, hiriéndole en el hombro, lo derribó de nuevo al suelo, dejándole por esta vez sin sentido.

Su salvador lanzó un ¡ay! lastimero y profundo; luego helado de dolor y estraviado por la desesperacion, gritó:

—¡Dios mio!.... le han muerto!.... ¡yo tambien quiero morir!....

—¡Primero vengarle!.....—le interrumpió uno de los cinco compañeros que le habian seguido, y que en aquel momento llegaban al sitio donde tuvo lugar la escena descrita.

—¡Si, vengarle!..... vosotros me ayudareis ¿no es verdad?.....—é inclinándose sobre Ricardo, que no daba señales de vida, le besó en la frente con toda el alma en los lábios y toda la caricia en la mirada; gruesas lágrimas humedecieron sus mejillas, alzando los ojos al cielo como pidiéndole inspiración en tan duro trance..... Un instante despues, dándose cuenta de la situación, examinó minuciosamente al caido, cerciorándose entonces que tenia dos heridas, una en el brazo de arma blanca y otra de bala en el hombro.

Al contemplar aquel cuadro conmovedor lleno de cariño y ternura, precedido de tanto valor y desprendimiento, le preguntó uno de aquellos hombres:

—¿Era tu hermano?.....

—¡Para mí lo era todo!..... todo!..... el único ser querido que me quedaba! todo lo he perdido!.... ¡madre, pátria, y á él tambien!....—y volvió á examinar al herido, á estrecharle las manos y á llamarle por su nombre, sin reparar en el peligro que los rodeaba.

—¿Pero, qué haces?—exclamó aquel que hablara antes—monta y huyamos, mira, los enemigos se nos vienen encima.

En efecto, las fuerzas del Gobierno, despues de haber cruzado los fuegos de su infantería, y estrechado los flancos de la columna revolucionaria con los movimientos envolventes de su caballería, habian iniciado tenazmente la persecución de los dispersos.

El jóven, siempre reconociendo al herido que permanecia en completa inmovilidad, dirigió la mirada hácia el paraje donde aún continuaba la lucha entre los revolucionarios ya desbandados y el ejército mandado por el general Tajes.

En ese momento percibió un débil suspiro de Ricardo; fulgor de esperanza iluminó su frente y la alegría se pintó en su rostro.

—Compañeros, no me abandoneis, respira aún, sus heridas son leves,—exclamó con acento angustioso y lastimero—completemos la obra; llevémosle con nosotros.

—¡Dios mio!—Esa voz parte el corazón.... pero es

imposible hacer nada.... mira, hácia la izquierda, ese pelotón viene contra nosotros, monta, huyamos, es nuestra única salvación.

—¡Pues bien, idos, dejadme, pelearé solo y si me matan cuando menos moriré á su lado!—y amartillando el remingtón se cuadró en actitud amenazadora.

—¡Eso no! — replicó el que habia hablado antes —abandonar á un jóven tan valiente no es posible; ¡pié á tierra, amigos! — y uniendo la acción á la palabra se apeó sin fijarse en los demás, preparó su arma y se puso al lado del adolescente.

Los otros cuatro no queriendo ser menos, siguieron el ejemplo del primero.

—No son muchos,—dijo el amigo del herido, señalando el pelotón enemigo que se adelantaba con suma rapidez, hallándose en aquel instante como á trescientos metros de distancia.

—Hagamos fuego por mitades para darnos tiempo de cargar, —dijo el jovencito, y disponiendo su gente en dos grupos, añadió dirigiéndose á uno de ellos;—tiren primero, en seguida nosotros y así sucesivamente.

Todos aquellos hombres instintivamente, dominados por el valor que siempre se impone, se pusieron á las órdenes de su valeroso compañero haciendo un fuego regular y nutrido contra el pelotón que ya no distaba mas de cincuenta pasos.

Los enemigos no se arredraron por eso, y avanzaron cargando á los revolucionarios á todo el galope de sus caballos. Pronto cayeron sobre los que se hallaban á pié, tendiendo á dos de estos héroes. En

aquel momento eran seis los lanceros y de los revolucionarios solo quedaban cuatro en estado de combate.

—¡Amigos, al arma blanca!—gritó el improvisado jefe, que lijero como el pensamiento se apoderó de la espada de Ricardo y blandiéndola se abalanzó en direccion á los enemigos.

Los otros tres le imitaron con la misma decidida energia.

Desde aquel momento el combate tomó un carácter espantoso, los revolucionarios facón en mano se arrojaron sobre los lanceros, que permanecian á caballo, y apoderándose de las bridas, comenzaron á cuchilladas con los brutos y los hombres, recibiendo en cambio pechadas y lanzadas, que se sucedian con asombrosa rapidez.

El jovencito evitó con agilidad el golpe de uno de los enemigos, sugetó la lanza de su contrario con la mano izquierda, y afirmó el pié derecho en el estribo del ginete, obligándole á no poder enderezarse. En tal situación, violenta para ambos, casi unidos los rostros, sin espacio para esgrimir las armas, no cesaba el animoso jóven de dar al soldado golpes tremendos con el puño de la espada.

Pero el esforzado mancebo sintió bien pronto que le abandonaban las fuerzas; miró á su alrededor, como implorando auxilio; una chispa de alegria brilló en sus ojos, y gritó con toda la energia que pudo:

—¡Compañeros, un esfuerzo mas, allí vienen nuestros amigos!.

Los soldados del gobierno amedrentados con seme-

jante noticia, dirigieron una mirada á su rededor, y como si la Providencia viniera á prestar un socorro inesperado á los revolucionarios, divisaron como á un kilómetro una numerosa guerrilla que parecia avanzar hácia aquel sitio. Sobrecogidos de miedo con la idea de ser alcanzados por fuerzas superiores, abandonaron el campo, emprendiendo vertiginosa carrera en dirección opuesta á la que parecia traer la guerrilla.

Siguiendo el adversario del jóven el ejemplo de sus demás compañeros, para huir sin estorbo, soltó la lanza de que estaba asido aquél, el que perdiendo su punto de apoyo cayó bruscamente sobre las toscas, que abundan en aquellos parajes, recibiendo una herida en la cabeza que le hizo perder el sentido.

Los demás compañeros del herido, en la necesidad de la fuga, ofuscados por el peligro y sin apercibirse del incidente acaecido á aquél; se apresuraron á tomar sus cabalgaduras.

Ya á caballo, uno de ellos notando el estado del heroico adolescente, que tendido en tierra, no daba señales de vida, esclamó:

¡Bravo muchacho!..... ¡pobre!..... seria lástima abandonarle.

—Debe estar muerto,—replicó otro.

—No me parece, — contestó el primero.

—Veamos,—dijo el tercero; y dando la brida á uno de los otros, se apeó, le examinó, y luego agregó, —no tiene nada, apenas una contusión, ¿qué hacemos?

—Llevarle con nosotros.

—¿Llevarle con nosotros?—preguntó el que estaba á pié.

—Si tal; no debemos dejarle aquí: los valientes como este niño, no deben morir, ni ser abandonados á la furia del vencedor.

—¿Pero cómo?.....

—Nada mas sencillo: levántale hasta ponerle á mi alcance, y yo le llevaré cruzado en el caballo.

El que se hallaba á pié no respondió, pero levantó al herido y le colocó en la delantera del caballo de un interlocutor, que desatándose la faja, aseguró con ella á su cintura el cuerpo del jóven, sugetándolo además con el brazo derecho.

—Ahora en marcha hácia al Norte, ya nada nos queda que hacer aquí,—y dirigiendo una mirada de ódio implacable hácia el lugar en que se hallaban las fuerzas enemigas, exclamó:

La fatalidad vence la revolucion, pero la idea no muere: al fin llegará el dia de la justicia. Quizás, no faltará algun oriental, que avergonzado de tanto vilependio, haga el solo, lo que esa valerosa y brillante juventud no ha podido realizar. No lo dudeis, defensores del ex-jefe del quinto de línea, la época del castigo se acerca; por ahora ensañaos en los vencidos, derramad su sangre generosa, pero temblad; porque regada por ella ha de levantarse enhiesto y vigoroso el árbol de la libertad y de las instituciones pátrias, que vuestro amo y señor ayudado por vosotros ha pisoteado y escarnecido.

Despues de pronunciar con acento profético y d profunda conviccion las anteriores palabras, el revolucionario añadió:

—¡Compañeros en marcha! aquí nuestra mision ha concluido.

Un instante despues partian los tres hombres al galope de sus caballos en direccion al Norte, oyendo aún el silvar de las balas y el tronar de los cañones.

Las escenas que hemos relatado tuvieron lugar en las proximidades del Arroyo de Soto, á una distancia poco más ó ménos de kilómetro y medio del costado izquierdo de la columna revolucionaria, que levantaba bandera de parlamento en el momento en que nuestros tres hombres abandonaron el campo, llevándose el cuerpo inanimado del jóven herido.

CAPITULO II

Ansiedad

Dejemos á Ricardo á merced de los vencedores, y sigamos á los tres revolucionarios, que llevando al desmayado jóven siguieron con direccion al Norte.

No tardó en sobrevenir la noche, noche oscura, siniestra y aterradora, digna por completo del pasado dia, tan fecundo en sangrientos episodios.

El cielo cubierto hácia el Sur de espesos y negros nubarrones y la atmósfera pesada y caliginosa presagiaban tempestad.

En medio de las tinieblas de aquella triste noche, la cárdena luz de los relámpagos, que se sucedian á cada instante, acompañados por el lejano retumbar de los truenos, era la única guia de los fugitivos.

Habrian recorrido como unas dos leguas al galope de sus caballos, cuando éstos comenzaren á flaquear.

—Amigos mios—dijo el ginete que conducia al herido deteniendo su cabalgadura—creo necesario

dar descanso á los animales; además—añadió—este muchacho parece que dá señales de volver en sí, y creo por lo tanto que seria muy conveniente que mal ó bien descansara algunos momentos.

—Bien pensado—contestó otro de los fugitivos—y de ese modo, aguardaremos la salida de la luna.

—¿A qué hora sale?—preguntó el que antes habia hablado.

—Entre nueve y diez.

—Perfectamente—agregó el tercero—si la tormenta se disipa, como es probable, tendremos un eficaz auxiliar en la luz de la luna.

—¿Qué hora será?—preguntó el segundo revolucionario.

—Las siete próximamente—contestó el primero.

—¿De modo que habrá que esperar tres horas?

—No hay remedio; es indispensable dar descanso á los caballos; de lo contrario pronto nos quedaríamos á pié, y como por otra parte es preciso hacer algo por este pobre jóven—contestó el que conducia al herido—lo mejor es que permanezcamos aquí ese tiempo.

Despues de este corto diálogo, sostenido á media voz por temor de caer en poder de alguna partida enemiga, los tres hombres se apearon, y colocaron al herido sobre un lecho que improvisaron con los ponchos y coginillos.

En seguida quitaron los frenos á los caballos, les aflojaron las cinchas y los soltaron sujetos entre sí por los cabestros.

Terminada esta operacion, los tres hombres rodearon al adolescente.

—Mira Pedro,—dijo el de mas edad dirigiéndose á uno de sus compañeros—tú que conoces algo de medicina, trata de saber lo que tiene este jóven, y busca el medio de que podemos conseguir que vuelva en sí.

El llamado Pedro era un hombre como de treinta años más ó ménos; cuando vivia su padre habia curzado parte de la carrera de medicina, la que tuvo que abandonar á la muerte del autor de sus dias, para consagrarse al cuidado de su familia y de valiosos establecimientos de campo dejados por aquél.

Pedro en el momento que le presentamos obedeciendo la voz del patriotismo, como tantos otros de tan buena ó mejor posicion social que la suya, habia ido á engrosar las filas de la revolucion, acompañado de Ignacio, que era el de mas edad de los tres, antiguo servidor del padre de Pedro y hombre fiel y de gran esperiencia, adquirida en las numerosas luchas civiles, en las que se ha visto envuelto el país.

Pedro no se hizo repetir la indicacion, vendó á tientas la cabeza del herido, le tomó el pulso, y despues de un momento de refleccion dijo:

—Creo qne la herida no es de cuidado, es posible que podamos hacerle recobrar el conocimiento, pero.....

—¿Pero qué?—preguntaron los otros dos con el más vivo interés.

—Segun mi parecer—contestó diciendo Pedro—me temo se presente una grave complicacion.

—¿Cuál?—replicaron los otros cada vez más alarmados.

—El golpe que ha recibido,—contestó Pedro—y las impresiones del dia demasiado fuertes para su edad, pueden haberle producido alguna conmocion en el cerebro, lo que quizás dé por resultado que sobrevenga un ataque cerebral, cosa que seria mucho más grave que la herida.

—¿Y no podríamos evitarlo?

—No; aquí, en medio del campo nada podemos hacer.

Aquellos tres hombres guardaron silencio por varios minutos, hasta que al fin el compañero de Pedro é Ignacio, murmuró:

—¿No seria conveniente que mientras ustedes hacen las veces de enfermeros, subiera yo á esa colina que tenemos al frente? Quizá desde ella se descubra alguna luz que nos indique la existencia de una vivienda cualquiera; de ese modo, podremos tal vez proporcionar al herido un techo bueno ó malo, que le libre de las inclemencias del tiempo.

—No está mal pensado—replicaron aquellos—pero la noche está muy oscura, ten cuidado, no sea que te estravies y no puedas volver al lugar en que nos dejas.

—Para que tal cosa no suceda, bastará que Ignacio que tan bien sabe imitar el grito de la lechuza, lo remede á cada momento, con esa señal no será fácil que me pierda.

—Así lo haré Manuel, replicó Ignacio—cuida de no alejarte mucho y vuelve pronto.

El llamado Manuel, emprendió en seguida su viaje de esploración, oyendo á cada instante el siniestro grito convenido, con tal perfección imitado, que dudaba á veces si procedia de su amigo ó del ave de mal agüero.

Como fácilmente se comprende, aquellos hombres convinieron en comunicarse de una manera tan estraña, obedeciendo á ese tacto esquisito y previsor que poseen en alto grado las gentes de campo de nuestros paises; pues en aquella noche, á unas dos leguas cuando más de los parajes donde habia acaecido el desastre, habria sido temeraria imprudencia el dar voces que hubieran denunciado su presencia, mientras que los gritos de las aves nocturnas en el campo y á aquellas horas á nadie podia causar estrañeza.

En tanto que Manuel ponia en ejecución la idea que se le habia ocurrido, Ignacio y Pedro continuaban prestando sus cuidados al herido, el cual, al cabo de pocos instantes, abrió los ojos, respirando con ansia como el que despierta de sueño agitado y lleno de pesadillas.

—¿Dónde estoy?..... ¡cuánta oscuridad!..... ¿y Ricardo?..... — esclamó el adolescente, pretendiendo recordar los acontecimientos del dia, sin atinar á darse cuenta real de su situación.

—No tengas cuidado por tu hermano — le contestó Pedro.

—¡Ah!.....ya me acuerdo.....¡una bala le hirió!.... ¡le creí muerto!.....pero vivia..... sí, ¡vivia!.....¿dónde está?..... quiero verle.....

—Tranquilízate; mañana le verás..... ahora se encuentra léjos de aquí—murmuró Pedro.

—¡Léjos!..... ¡y se ha separado de mí!..... ¿será posible?..... ¡oh!.... no.... ¡no puede ser!.....—continuó diciendo el jóven.

—No podia venir con nosotros, estaba herido.....

—¿Entónces le hemos abandonado?..... ¡esto es horrible!..... ¡habeis tenido valor de dejarle en el campo, donde si no le matan los enemigos, morirá sin auxilio!..... ¡sin que nadie recoja su último suspiro!.... ¡Dios mio!..... ¡Dios mio!..... ¡tened piedad de mí!....

—No tengas cuidado, tu hermano no morirá, sus heridas son leves, ya lo sabes..... además ¿qué podiamos hacer?..,..nos perseguian, era necesario huir y salvarnos, otra cosa habria sido perdernos todos sin salvarle á él—replicó Pedro con la mayor angustia.

—¡Ah!.... ¡me habeis arrancado de su lado!.... ¡si supiérais!..... ¿por qué no me dejasteis morir junto á él?..... ¡me salvasteis á mí!..... ¡y á él le habeis dejado morir!..... ¡la fatalidad me persigue!.....—y lanzando tristísimo y prolongado gemido inclinó la cabeza, perdiendo otra vez el conocimiento.

—¡Pobre jóven!.....—exclamó Ignacio—el corazón le anuncia la muerte del hermano.

Ignacio y Pedro hondamente impresionados con el nuevo desmayo del herido, y desesperados ante la imposibilidad de prestarle los socorros debidos, permanecieron silenciosos y aterrados cerca del jóven, que bien pronto comenzó á barbotar palabras inintelegibles.

Pedro que consultaba ansioso el pulso del herido, murmuró con desaliento:

—Se presenta lo que temia.....

—¿No te equivocarás? — preguntó Ignacio vivamente.

—No — respondió Pedro con acento sombrio — la fiebre se desarrolla rápidamente, acompañada del delirio.

—¿Y no podemos hacer nada para combatirla?

—Nada.

—Pero ¡esto es horrible!..... podríamos intentar algo.....

—Nada podemos hacer, Ignacio, nada absolutamente — contestó Pedro con voz dolorida.

—¡Caballos!..... ¡la falta de caballos nos pierde!..... murmuró en aquel instante el jóven en medio de su desvario.

Luego prórumpiendo en histéricas carcajadas continuó:

—¿Nos pierde?..... ¡Ah!..... ¡no, no!..... ¡si estoy mirando en el porvenir!..... ¡de entre esos valerosos uruguayos brota el rayo vengador!!..... ¡allí vá!..... sí.... ¡allí vá á caer sobre la cabeza del tirano!....

Despues oprimiéndose la frente con ámbas manos, repetia entre palabras entrecortadas y reprimidos sollozos :

—¡Ricardo!..... ¡tu no sabes!..... ¡mi madre pide venganza en el cielo!..... ¡ya ha conseguido algo de la justicia divina!.... ¡ya llega!.... ¡allá léjos!.... ¡ellos!.... ¡los desleales!..... ¡abandonan al amó!..... ja.....ja.....

ja.... ja.... ¡goza!.... ¡goza de tus riquezas!.... el oro satisface el sibaritismo.... ¡pero no compra la consecuencia de los serviles!.... no.... ¡ni acalla los gritos de la conciencia!....

—¡Desesperada situación!—dijo Pedro como hablando consigo mismo—perseguidos, rendidos de cansancio, mal montados..... ¿qué podemos hacer por este pobre jóven?..... ¡infeliz!..... ¡no tener un techo donde cobijarle, ni poderle prestar ningun auxilio!

Los dos hombres que presenciaban las terribles manifestaciones de aquella violenta fiebre, permanecian cabizbajos y casi llorosos, desesperados y con el corazón oprimido ante la aflictiva situación del enfermo, que en las incoherentes palabras pronunciadas en su delirio les dejaba adivinar todo un poema de intensos pesares y cruentos martirios.

Aunque abrumados de tristeza, ansiedad y sobresalto, resolvieron esperar á Manuel para ponerse en marcha inmediatamente, ya trajese buenas ó malas noticias.

Los instantes de espera parecían siglos á aquellas dos nobles corazones, aumentándose su intranquilidad con la alarma que les infundia los progresos de la fiebre y la fuerza cada vez más creciente del delirio.

El enfermo mezclaba con espantosa confusión las ideas de muerte y alegría; de sangre y victoria.

Madre, revolución, pátria, venganza, castigo, todo en tropel encontraba cabida en sus lábios entre risas y lágrimas, imprecaciones y ruegos.

Durante este tiempo Ignacio no dejó de hacer la señal

convenida con el esplorador, recurso que á la verdad no fué inútil, pues á las dos horas más ó ménos volvió aquel á reunirse por fin á sus compañeros.

No bien llegó, éstos le preguntaron cón la más viva ansiedad:

—¿Has encontrado algo?

—Sí—contestó el interpelado—pero bastante léjos. En dirección al Nordeste he visto una luz que, por la pequeñez que presenta, calculo distará lo ménos de tres á cuatro leguas. Pero ¿y nuestro herido cómo está?

—Al fin volvió en sí; habló unas cuantas palabras, pero despues le dominó la fiebre y ahora está delirando.

—¿Es grave su herida?

—La herida no, pero la complicación que se ha presentado puede ser de funestas consecuencias.

—¿Y qué hacemos?

—Ponernos en marcha—contestó Pedro.

—Entónces á caballo, y marchemos—dijo Manuel.

—Marchemos—añadió Ignacio.

Algunos minutos despues, emprendieron los tres hombres la marcha al paso de sus cabalgaduras, sirviendo Manuel de guia á sus dos compañeros, y llevando Pedro en la delantera de su caballo al jóven herido, cuidadosamente envuelto en los ponchos de los fugitivos.

Al llegar á lo alto de la cuchilla, divisaron la luz á que se habia referido el esplorador.

La probabilidad de encontrar habitación alentó el

ánimo de aquellos hombres y con la esperanza de llegar á ella lo más pronto posible, no desmayaron en su propósito apesar de la distancia que los separaba de la supuesta y anhelada vivienda, y de la consiguiente lentitud de la marcha, ya porque los cuidados del enfermo así lo exigian, ya tambien por no cansar mucho á los caballos.

Una hora más tarde el cielo comenzó á despejarse y una ténue claridad se difundió entre las sombras.

Era que la viajera nocturna se hallaba próxima á presentarse en el horizonte.

Poco á poco se iluminaron aquellos parajes solitarios, silenciosos y desiertos, ofreciendo el más encantador contraste con las sombras que, como despavoridas y avergonzadas, se replegaban hácia los desconocidos confines, empujadas, se puede decir, por la fuerza de los rayos luminosos á millares desprendidos del disco plateado de la luna.

Entónces las ondulaciones del terreno se hicieron perceptibles para los fugitivos.

Con esa intuición propia á las gentes del campo, nuestros hombres se orientaron mejor de su situación respecto al punto á que se dirigian.

La luz percibida antes, ya sea por la presencia de la luna, ó porque hubiera sido apagada, dejó de distinguirse , circunstancia que hizo decir á Ignacio, dirigiéndose á Manuel :

—Ahora, tú eres nuestro guia, no te equivoques.

—La luz estaba á nuestro frente—contestó el interpelado—ha desaparecido, pero no importa; he to-

mado mis medidas, pues antes de salir la luna el viento soplaba del lado izquierdo, y miéntras continúe con la misma direccion, no temo perderme. Lo que es menester es observar con cuidado si el viento cambia.

Despues de estas breves palabras los tres hombres continuaron la marcha preocupados, silenciosos y tristes.

CAPITULO III

Sobresalto

La fiebre del jóven herido, era cada vez más violenta.

Los compañeros del adolescente caminaban en silencio, llénos de tristeza al considerar que ningun auxilio podían prestar á su protegido, cuyo estado empeoraba por momentos.

Como ya hemos dicho, el horizonte se habia despejado á la salida de la luna, presentando el cielo ese diáfano y límpido color azul, que es el encanto de las noches de la América Meridional, encanto lleno de poesia y sublimidad misteriosa que nos impulsa á la meditacion y al recogimiento.

Como sucede á la mayor parte de los que se encuentran en el campo á esas horas, los tres fugitivos, oían rumores vagos y veian sombras indefinibles, que impresionando su imaginacion los tenia sobrecogidos y nerviosos, y con sobrada razon, pues en ellos se aumentaba esa especie de pavor inesplicable, á causa de

situación tan erizada de peligros, perseguidos y llevando consigo á un adolescente, enfermo de gravedad, al que desde el primer instante habian cobrado cierto cariño.

La luz del astro nocturno iluminaba vaga y misteriosamente los campos, formando esos mil accidentes que resultan de los variados contrastes de la luz y las sombras, no siempre tranquilizadores para los fugitivos que de cada sinuosidad del terreno esperaban ver salir á sus enemigos.

Llenos de intranquilidad y zozobra anduvieron toda la noche al lento paso de sus caballos, deteniéndose unas veces para procurar algun descanso al herido, y otras para turnarse en su conduccion, motivos por los cuales, en toda ella, no pudieron llegar á la casa. Todo parecia conjurarse contra los valientes revolucionarios, que veían llegar el dia sin haber conseguido alejarse tanto como hubieran querido de los sitios en que habían sido derrotados.

Al cabo las últimas sombras de la noche empezaron á disiparse, apareciendo al fin la aurora envuelta en su diáfana y alba vestidura.

A los fulgores del dia, Pedro, que fué el primero en divisar la habitacion objeto de los anhelos de toda la noche, dijo con marcada satisfaccion á sus compañeros:

—Allí está la casa que buscamos—y señalaba un rústico edificio que se veía á poca distancia.

—En verdad—contestó Ignacio—no cabe duda, aquella debe ser, y la luz que vimos ántes procedería

seguramente de esa cocina medio arruinada que tenemos en frente.

—Lo malo es—dijo Manuel—que los habitantes de esa casa estarán á estas horas durmiendo tranquilamente.

—Los despertaremos—contestó Ignacio.

—Sí, nosotros los podremos despertar, pero ellos.....

—¿Qué?

—Podrán tomarnos por ladrones y no abrirnos la puerta—contestó Pedro.

—Les pediremos auxilio, les diremos que conducimos un enfermo y.....

Pedro hizo un gesto de duda y murmuró:

—Lo creerán, ó no, y esto último es lo más probable.

—Esperemos entónces á que avance un poco el dia para hablar con los habitantes de la casa, y conseguir que se encarguen de nuestro pobre compañero y nos dén un pedazo de carne—respondió Manuel.

—No lo creo conveniente—replicó Pedro—porque no debemos olvidar que nuestra situación es cada vez más crítica; seremos perseguidos, y del modo que propone Manuel, perderíamos un tiempo que debemos aprovechar en alejarnos todo lo más que nos sea posible. Es preciso tener presente que de dia no estamos tan seguros como de noche.

—Me ocurre un medio—dijo Ignacio.

—¿Véamos cuál?—respondieron los otros dos.

—Que llamemos á la casa; si nos abren bien, y sinó, depositamos á nuestro enfermo en la cocina y nosotros.....

—¿Qué haremos nosotros?—preguntó Pedro.

—Nosotros nos dirigiremos á aquel monte que se divisa á nuestra izquierda, allí pasaremos todo el dia, y por la noche haremos lo ménos unas treinta leguas, puesto que los caballos habrán descansado.

—No es malo el plan; indudablemente no conviene que nos aventuremos de dia por estos sitios, en razon de que las partidas enemigas han de cruzarse á cada momento por estos lugares.

Al concluir este corto diálogo, llegaron los fugitivos á pocos pasos de la casa, cuya construccion era la misma que la de la mayor parte de las que hay en la campaña, esto es, se componía de dos ó tres habitaciones corridas, teniendo cercado uno de sus frentes por palos á pique y más léjos algunos estacones atravesados por tablas viejas que formaban el palenque destinado á los caballos.

Al rededor del edificio no se veía ni un árbol, ni la más pequeña planta que indicase el cuidado y esmero de sus moradores.

Aquella casa era como otras muchísimas que se vén en nuestros campos, las cuales apenas ofrecen las condiciones necesarias para no morirse de frio en invierno ó no calcinarse en el verano.

¿De qué procede esa incuria, ese abandono con que miran sus hogares la mayor parte de los hijos del país que habitan en el campo?

Triste es decirlo, pero es la verdad; los uruguayos, que no son estancieros, ó dueños de grandes establecimientos, sinó humildes trabajadores, no tienen asegu-

rados ni los más primordiales derechos del hombre social. Son pobres párias en su misma patria, cuyo hogar cambia de sitio, como los médanos al menor soplo de viento contrario.

La prevencion de un Comisario, las levas, la mal querencia de un hacendado, son motivos suficientes para obligarlos á emigrar de un punto á otro, y á veces fuera del país, abandonando hogar, familia y todas las afecciones que ligan al hombre con el suelo en que ha nacido.

¡Cuántas veces esos paisanos, emigrados por la fuerza, cuando tras largo tiempo de ausencia, vuelven á la pátria arrastrados por las afecciones y recuerdos de los primeros años, al avistar los lugares donde acaso vivieron felices, los encuentran solitarios y tristes, sin la familia que dejaron, y allí donde se levantaba el venerando hogar solo hallan ruinas, en cuyos restos se producen ruidos estraños y sombríos y donde la brisa parece que modula ayes de muerte, penetrantes, frios y tristísimos!

En tal situación ¿cuáles pueden ser los estímulos que impulsen á los infelices paisanos, á rodear sus casas de las comodidades necesarias?

Si un dia ú otro, se han de hallar en el duro trance de perder, no ya solo el trabajo de muchos años, sinó hasta las vinculaciones más íntimas del alma, y las afecciones más tiernas del corazón, y á ver destruidas sus aspiraciones más nobles, ¿á qué sacrificarse en formar un hogar, en el que reine cierto desahogo y bienestar relativos, conseguido á costa de una labor cons-

tante?..... ¿Cómo alzar sin cimientos estables ese santuario de la vida privada, ese místico paraiso de la dicha y de la alegría, perfumado con el incienso purísimo del amor de la esposa y de los hijos?

Penoso es decirlo; pero mientras las pobres gentes del campo no tengan verdaderas garantías para su persona, su propiedad, su familia y su hogar; mientras la suerte de estos infelices dependa de los caprichos de muchos que investidos de autoridad y validos de ella pretendan exigir vasallaje al pobre paisano, la campaña no alcanzará la prosperidad á que debiera llegar por la fertilidad del suelo y la laboriosidad y honradez de sus hijos.

Mientras no se proteja á los campesinos, poniéndolos al abrigo de toda clase de abusos vengan de donde vengan, el campo será siempre lo que hasta hoy; una gran cantidad de ranchos de paja, desmantelados y casi en ruinas, formando contraste con las casas de los potentados y de los extranjeros, en las que comienza á introducirse el aseo y ornato indispensables y en muchas hasta cierto lujo.

Pero dejemos estas tristes reflecciones y continuemos nuestro relato.

Los revolucionarios llegaron bien pronto á la humilde vivienda.

Detuvieron sus caballos, y dieron algunas palmadas acompañadas del tradicional *Ave María* como saludo á los para ellos desconocidos moradores de la casa, saludo que solo fué contestado por el ladrido de los perros.

Los habitantes del modesto edificio eran en aquel momento una buena señora llamada Luisa y dos hijas de ésta.

El marido y los hijos de doña Luisa se encontraban ocultos en los montes por temor á las levas y á las citaciones del Comisario.

Doña Luisa se despertó sobresaltada al oir los ladridos de los perros y el tropel de los caballos; sobresalto muy natural, si se tiene en cuenta que las noticias de haberse efectuado la invasion de los revolucionarios habían llegado hasta aquella solitaria morada.

—Los que llaman deben ser ladrones ó desertores—pensó doña Luisa toda temblorosa.

Al cabo de un momento se repitieron las palmadas y se volvió á escuchar el proverbial *Ave Maria.*

Doña Luisa continuó inmóvil y silenciosa.

Un instante despues volvieron á oirse las palmadas y una voz que decia:

—Señor ó señora, por favor escúchenos un momento.

La dueña de la casa no contestó tampoco, ni siquiera respiró; tal era el temor que la embargaba.

—Señor ó señora —volvió á decir la voz—por caridad oíganos; no somos gente mala, traemos un enfermo, un jóven que ademas de enfermo viene herido.

El acento con que fueron pronunciadas estas palabras, era tan espresivo, tan suplicante y lastimero, que conmovió el corazón de doña Luisa.

Su alma generosa no pudo resistir, y aunque po-

seida de cierta desconfianza, saltó de la cama y miró con precaución por un pequeño agujero, hecho en la puerta encima de la cerradura por el que podia ver sin ser vista lo que pasaba fuera de la casa.

Convencida de que en cuanto á lo del enfermo era verdad lo que decia el recien llegado, se tranquilizó un tanto y preguntó:

—¿Quién llama?

Pedro, que se habia apeado y era el que se encontraba más cerca de la puerta, conoció por la voz que era una muger la persona que hablaba.

—Señora—le contestó—somos unos infelices fugitivos, que no pensamos detenernos en su casa sinó un momento; venimos huyendo, somos de la gente del general Castro, fuimos derrótados ayer, y por lo que usted más quiera, le ruego que me escuche.

Doña Luisa un poco más tranquila, al oir las palabras del revolucionario, abrió un ventanillo, al mismo tiempo que sus hijas, que se habian despertado, preguntaban llenas de sobresalto:

—Mamá ¿qué hay? ¿qué sucede?

—No es nada, no asustarse—respondió doña Luisa.

Despues volvió á mirar por el ventanillo y añadió dirigiéndose á Pedro:

—¿Qué se les ofrecia?

—Señora; traemos un compañero con una leve herida, pero la herida es lo de ménos; lo peor es que viene muy enfermo, se le ha declarado una violenta fiebre y un fuerte delirio, y nos es completamente imposible llevarle con nosotros—contestó Pedro.

—¿Y yo qué puedo hacer?

—Puede usted hacerse cargo del enfermo, y créame usted señóra; procediendo así realizaria una gran obra de caridad.

—Con mucho gusto lo haria—repuso doña Luisa—pero una muger sola, sin recursos, con su marido é hijos ausentes, ¿qué auxilio puede prestar á nadie?

—Señora por piedad, por lo que mas quiera, por Dios hágalo usted, porque sinó seria obligarnos, por no abandonarle, á morir todos á manos de los enemigos, que sin duda nos persiguen.

—Si está tan enfermo su compañero, lo probable es que se muera, y eso seria para mí un compromiso tan grande como el que me traeria el ocultar á un revolucionario.

—Considere usted, señora, que nosotros no podemos llevarle más léjos; sino quiere usted acceder á mi ruego, tendremos que quedarnos, ya que no en su casa, en estos lugares, lo que quizas pudiera comprometer á usted tambien, y esperar que se cumpla la voluntad de Dios. Así pues, vuelvo á suplicarle, que tenga compasion del enfermo; mírele usted, allí le traen mis compañeros.

En efecto, Ignacio y Manuel llegaban con el enfermo en brazos, y sin esperar autorizacion le depositaron en la puerta de la cocina.

—¡Y qué jóven es!—dijo doña Luisa, despues de examinar con la vista al herido, al mismo tiempo que en su semblante se retrataba la mas viva compasion.

—Un niño, señora ¡y qué valiente!....

—¿De veras?

—Vamos; ¿qué dice la patrona?—preguntó Ignacio aproximándose á su compañero.

—¡Qué voy á decir!.... ya que es un desgraciado, no tengo mas remedio que acceder á la peticion de ustedes; le admitiré y sea lo que Dios quiera, mis hijas y yo harémos todo lo que sea posible para curarle.

Los tres amigos llenos de emocion, dieron gracias á la buena señora por el inmenso servicio que les prestaba haciéndose cargo del pobre herido.

—Señora; el mal de este mozo, creo que sea poca cosa—dijo Pedro, interrumpiendo las demostraciones de gratitud á que se entregaban sus dos amigos—con que descanse un poco y se le haga traspirar tal vez se consiga cortar la fiebre.

—¡Dios lo quiera!—contestó doña Luisa abriendo la puerta, por la que Ignacio y Pedro introdujeron al jóven, que continuaba sumido en una especie de letargo, interrumpido tan solo por las incoherentes palabras del delirio.

Doña Luisa le hizo colocar en una cama que habia en la segunda habitacion.

No bien instalado en ella el jóven herido, y en el momento en que Pedro ayudado por la señora de la casa se disponia á desnudarle, oyeron la voz de Manuel que gritaba desde afuera:

—¡Compañeros, á caballo, pronto, á caballo! viene gente armada hácia aquí.

Pedro dejó al adolescente en manos de doña Luisa y salió al patio seguido de Ignacio.

—¿Es verdad lo que dices?—preguntaron á Manuel.

—Miren ustedes hácia el Sur—respondió el interpelado.

Todos dirigieron la vista en aquella dirección, y distinguieron un grupo de ginetes, que aunque se hallaban á gran distancia se conocia que estaba formado por tropas del Gobierno, gracias á las banderolas rojas de los lanceros, que aparecian casi como puntos imperceptibles.

—¡Á caballo, partamos!—repuso Pedro, y dirigiéndose á doña Luisa añadió precipitadamente:

—Señora, un consejo; oculte usted ó queme el uniforme del enfermo, y si los enemigos vienen hasta aqui, sostenga que ese mozo se halla en cama desde hace muchos dias. Ahora, señora, adios;.... que la Providencia premie vuestro caritativo y generoso corazón.

—Pero dígame usted—replicó doña Luisa—¿cuando el enfermo y pregunte por ustedes, qué le diré?

—No nos conoce; ayer nos hemos visto por la primera vez; perteneciamos á distintos cuerpos: sin embargo, dígale usted que los que le ayudaron á salvar á su hermano, le han dejado aquí; y sobre todo, destruya usted el uniforme, pues si los enemigos lo encontraran se vería usted en un gran compromiso, y en grave riesgo nuestro compañero.

—Y ese jóven ¿cómo se llama?

—No lo sabemos.

—Si preguntan por su nombre ¿cuál daré?

—El primero que se le ocurra.

—En fin, sea lo que Dios quiera—contestó doña Luisa suspirando.

—Adios señora—volvieron á repetir aquellos hombres—quizás algun dia volvamos por aquí á demostrarle nuestro agradecimiento, ya que por ahora nada podemos hacer.

—Tome usted—añadió Pedro, entregando á doña Luisa varias monedas de oro, que acababa de sacar del tirador.

—No señor; á usted le harán mas falta que á mi—dijo aquella rehusándolas.

—¡El enfermo necesita asistencia, medicinas!....

—Es verdad.... lo olvidaba.... solo siendo para él las admito. Que Dios proteja á ustedes, los guie, y los salve de todo mal.

Despues de este corto diálogo, los tres revolucionarios montaron á caballo y haciendo un último saludo á la dueña de la casa, partieron al galope en dirección al monte que se veia á la izquierda.

CAPITULO IV

El Capitan Teodoro

—¡Oh!.... ¿qué ha pasado aquí?.... ¿dónde está?.... ¿habrá sido un sueño?....

Tales fueron las primeras palabras que pronunció con voz débil el infortunado Ricardo al volver en sí.

Despues lanzó á su rededor una vaga y angustiosa mirada, y la realidad se presentó á su vista con toda su terrible desnudez.

Á pocos pasos de él se encontraba el lancero muerto por el certero disparo de su jóven salvador.

Mas léjos, se hallaban tendidos los dos valientes revolucionarios que habian caido en la lucha.

Y mas allá, al fondo, vió con espanto, con inmensa amargura á sus compañeros de causa, desarmados y rodeados por las tropas enemigas á las que se habian entregado á discreción.

En el instante en que volvemos á encontrar al valiente jóven, los desbandados revolucionarios eran con-



El capitan Teodoro.

ducidos por las tropas enemigas á una cañada próxima en donde debian acampar.

El grueso del ejército del gobierno habia tomado posiciones en un grupo de colinas situadas al Noroeste del paraje donde tuvo lugar el desastre.

La caballería se habia posesionado de otra cuchilla hácia el Sudeste.

En el momento del desbande la columna revolucionaria se habia fraccionado en dos grupos.

El uno, compuesto de la caballeria de Mena y los batallones de Dominguez, Ordoñez y otros varios, el cual siguió por la colina por donde huyó el General Arredondo y su comitiva, esto es; por la misma ocupada pocos momentos despues por la caballeria del gobierno; y el otro formado de los batallones de Visillac, Amilivia, Ramirez y los lanceros de Uran, grupo que tomó rumbo al Norte, en dirección al lugar donde se hallaba Ricardo.

La retirada de éstas dos fracciones fué cortada por la caballería enemiga, la cual formó una especie de semicírculo, uno de cuyos estremos se encontraba hacia el Sur y el otro en el Norte, avanzando en esta forma y encerrando á los valientes revolucionarios dentro de aquella especie de círculo de hierro.

El lugar donde se encontraba Ricardo, se hallaba fuera de la zona comprendida en el movimiento envolvente de las tropas del gobierno, y á unos cuatrocientos metros de ella.

Tal era la situacion de vencidos y vencedores, en el instante en que el jóven oficial abrió los ojos.

—¿Habrá huido?.... ¿estará entre los prisioneros?....—pensó—¿cómo explicarme este misterio?.... ¿qué causas han motivado su venida?....—No, no soñaba continuó diciendo para sí—si, no me engaño.... no.... ¿pero donde está?....

Estas reflexiones embargaron la mente de Ricardo por un momento; luego, intentó levantarse, pero inútilmente. Las heridas no le permitian hacer uso de los brazos; á cada movimiento de estos sentía agudos dolores que le obligaban á permanecer inmóvil.

Quiso arrastrarse hasta una pequeña zanja que habia á pocos pasos, pero esta tentativa fué tan inútil como la primera; sin la ayuda de los brazos le era imposible realizar su deseo.

Ademas la pérdida de sangre habia estinguido sus fuerzas.

Un gesto de horrible angustia nubló el pálido semblante del herido, que lleno de desaliento se dejó caer en tierra exclamando:

—¡Nada puedo hacer!... ¡sea lo que Dios quiera!...

Así permaneció el jóven durante algunos instantes, conociendo que se debilitaba poco á poco, que la vida se le escapaba con la sangre que manaban sus heridas; despues, sus ojos se nublaron, empezaron á zumbarle los oidos, y cayó en una especie de letargo en medio del cual llegaban hasta él con insoportable martilleo las notas de las dianas del ejército vencedor. Despues su cabeza pareció despejarse un tanto, volvieron las ideas á ordenarse en su cerebro y abrió los ojos.

—¿Habré escapado de la muerte, para venir á morir solo y abandonado en medio del campo por falta de auxilio?—pensó el infortunado Ricardo.

De pronto una idea cruzó por su mente, y á pesar de su debilidad levantó la cabeza trabajosamente y clavó la vista en los cuerpos de los revolucionarios que se encontraban cerca de él.

—¿Si fuera uno de aquellos?.... ¿si hubiera muerto?—murmuró con ansiedad el herido.

Y el animoso jóven quiso arrastrarse hácia el sitio donde se hallaban tendidos sus compañeros.

Pero luchó en vano y concluyó por volver á su inmovilidad al mismo tiempo que decia con desesperacion:

—¡No puedo más!

En seguida cerró los ojos, sintiéndose desfallecer de nuevo.

Despues, pasados algunos instantes, un gemido y un ¡ay! lastimero llegaron á sus oidos.

Abrió los ojos, y vió cerca de sí á un hombre con el semblante lívido, la mirada estraviada, vacilante y ensangrentado.

—¿Quién es usted?—preguntó Ricardo al desconocido.

—Soy de los revolucionarios—contestó el recien llegado con voz apagada, al mismo tiempo que vacilaba y se oprimia el pecho con ámbas manos.

—¿Está usted herido?

—Sí, tengo una lanzada en un costado, y me siento desfallecer,—respondió con voz apagada, el desco-

nocido, que vaciló, abrió los brazos como buscando en el aire un punto de apoyo, y concluyó por dejarse caer pesadamente á dos pasos del jóven.

—Quisiera socorrer á usted—dijo Ricardo despues de hacer una tercera é inútil tentativa para levantarse.

—Pero yo tambien sufro,—añadió—estoy herido en dos partes y no puedo moverme.

El revolucionario solo contestó con un gemido.

—¿Sabe usted lo que ha pasado aquí?—preguntó Ricardo al cabo de algunos instantes, despues de un momento de vacilación.

—Si—contestó el interpelado, haciendo una señal afirmativa con la cabeza.

—¡Por Dios!.... cuénteme usted lo que ha sucedido.... pero no.... soy un imprudente, le estoy mortificando á usted con mis preguntas; ¡oh! dispénseme usted, pero me interesa tanto saber lo que ha ocurrido aquí desde que perdí el conocimiento....

—¿Qué quiere usted saber?

—¿No agravará los dolores de usted el contestarme?

—No lo creo; hable usted—respondió el desconocido con voz débil.

—Pues bien, entonces, dígame usted ¿qué ha sido del jóven que me ha salvado la vida?—preguntó Ricardo con creciente ansiedad.

—Seis lanceros nos atacaron, nos defendimos primero con las carabinas y en seguida cuerpo á cuerpo, entonces caí herido; despues me pareció ver que mis compañeros y el salvador de usted continua-

ban batiéndose;.... vagamente me parece recordar haber visto caer al valeroso jóven y.....

—¿Y qué?—le interrumpió Ricardo con afan.

—Nada mas; lo que ocurrió despues lo ignoro, perdí el conocimiento.

—¿Y aquel jóven? — murmuró Ricardo con angustia.

—No sé, creo que mis compañeros se lo llevaron—repuso el herido con voz interpelado por el sufrimiento.

—¿De modo que no puede usted decirme con certeza lo que ha sido de mi salvador?

—No — contestó el desconocido con un movimiento de cabeza.

—¿Y dónde le conoció usted?... ¿cómo se llama? —preguntó Ricardo, despues de un instante.

—No sé su nombre.... no le conozco.... hoy era la primera vez que le veia — replicó con acen to quejumbroso el infeliz herido.

—Entónces ¿cómo estaban juntos?

—Se nos agregó cuando huíamos hácia el Norte.... Nosotros éramos de la gente del Coronel Uran.... él pertenecia sin duda alguna á otro cuerpo — respondió el herido que á juzgar por la espresion de su rostro debia sufrir horriblemente.

—¿Y cómo le abandonaron á usted?

—Me creyeron muerto,.... y.... además yo habria sido una carga demasiado pesada; — contestó el desconocido.

En esto oyeron el ruido producido por el galope de algunos caballos.

—¿Qué ruido es ese?—preguntó Ricardo.

—Es una partida enemiga que viene en esta dirección—dijo el de la lanzada, despues de haberse incorporado trabajosamente, y mirado á su alrededor.

—¡Oh! entonces nuestra muerte es segura—balbuceó el jóven.

—Segura, si.... es verdad.... ¡y nada podèmos hacer para salvarnos! cúmplase nuestro destino, ¡sea lo que Dios quiera!.

Durante el breve diálogo anterior, el destacamento enemigo había avanzado, adelantándose dos de los soldados que lo componian al sitio en que se encontraban Ricardo y su compañero.

—Aqui hay de los dispersos—dijo uno de los soldados.

—¡Ya cayeron los maulas!....— respondió el otro.

—Que se *agarren* de los *sarandises*— añadió el primero.

En seguida detuvieron sus caballos, echaron pié á tierra y se acercaron al lugar donde estaba Ricardo, mientras los otros soldados recogian las armas, y reconocian los cadáveres, registrándoles de paso las ropas y desbalijándoles los bolsillos.

—¡Pobretes! — dijo uno de los soldados—no hay nada que *calchar*, ¡todos estos se han hecho revolucionarios de pura hambre!

—¡Este es de los nuestros!—exclamó otro, al ver el

cuerpo del lancero de cuyas manos se habia salvado Ricardo tan milagrosamente.

—Es verdad; y le han roto el *mate* de un balazo—respondió un tercero.

—Pero asi les ha ido—añadió el primero—miren, miren, ¡ tres por uno !

—Ciertamente; pero si no me engaño, dos de ellos estan vivos—contestó el otro, fijando su mirada en Ricardo y en el otro revolucionario herido.

—¡Me alegro!—interrumpió el tercero—con eso les enseñaremos ahora en lo que paran las revoluciones.

—¿Sois vosotros—preguntó el primer soldado á los heridos—los que han dado muerte á este lancero ?

Los interpelados guardaron silencio.

—¿Con que no quieren responder?—exclamó un nuevo infante que se habia agregado al grupo.—¡Ah maulas!... ¡miren que hazaña, tres contra uno!...

—¡ Levántense pronto—mandó el primero—si no quieren que los levante yo á bayonetazos!

—¡Vamos, en pié!—añadió otro, sacudiendo del brazo á Ricardo.

Este lanzó, un ¡ay! desgarrador y se puso densamente pálido, al mismo tiempo que de su hombro herido brotaba la sangre en abundancia.

—No puedo—murmuró el jóven—estoy herido.

—¡Basta de contemplaciones!—exclamó uno de aquellos soldados fijando en Ricardo una mirada que tenia algo de sombria—voy á darles el premio que merecen por haber matado á uno entre tres, despachándolos al otro mundo por mi propia mano.

El que asi hablaba no parecia soldado de linea, pues por la poca marcialidad con que llevaba el uniforme, se conocia bien pronto que era un paisano convertido en militar de la noche á la mañana, como casi todos los que formaban las divisiones de campaña organizadas en los momentos de la invasion.

Despues de pronunciar las anteriores palabras, el infante caló la bayoneta y se dispuso á ejecutar su amenaza.

Ricardo cerró los ojos esperando resignado el golpe que debia arrebatarle la vida, cuando oyó una voz enérgica, varonil, vóz de mando, que gritaba á los soldados:

—¡Alto!... el General ha mandado que se respete la vida de los vencidos, bajo pena de ser pasados por las armas los que no cumplan su órden.

El que se habia propuesto despachar al otro mundo á los heridos, terció el fusil, se cuadró é hizo la venia al oficial.

Todos los demas le imitaron.

El oficial se apeó, dió la brida á un soldado y dirigiéndose á los heridos dijo:

—Desde este instante son ustedes nuestros prisioneros y nada tienen que temer. Pueden levantarse y marchar al campamento, acompañados de estos soldados— y usted, sargento, me responde de la vida de estos hombres—añadió el oficial dirigiéndose á uno de los que componian el destacamento.

—Mi capitan, me parece que no podrán ir por su pié—respondió el sargento.

Los revolucionarios fijaron la vista en el oficial.

—¿Son muy graves las heridas que tienen ustedes? —preguntó el Capitan á los heridos.

Ricardo no contestó, pero una viva curiosidad se retrató en su semblante, fijó una mirada interrogadora en el oficial y murmuró:

—¡Oh! esa voz no me es desconocida.

Al oir estas palabras, el capitan miró atentamente al jóven y exclamó lleno de sorpresa:

—¡Ricardo! ¿tú aquí?

—Ya lo ves Teodoro—contestó Ricardo—no te habia reconocido, te hallas muy desfigurado con el cabello tan largo y la barba crecida!...

—¿Estás herido?

—Sí; tengo dos heridas que me inutilizan los brazos; ademas he perdido tanta sangre, estoy tan débil, que hasta el hablar me cuesta un gran esfuerzo.

—¿No podrias montar?

—Imposible.

—Bueno, todo tiene remedio—respondió el Capitan, y dirigiéndose al sargento añadió,—marche en seguida al campamento y traiga una carretilla para trasportar estos heridos. Le prevengo que necesito que esté de vuelta lo mas pronto posible, no quiero que la noche nos sorprenda aquí.

—Está bien mi capitan—contestó el sargento, y montando á caballo, partió al galope en dirección al campamento.

Mientras tanto el capitan, ayudado por uno de los soldados, vendó como pudo las heridas de Ricardo

y del otro herido, convirtiendo en improvisados vendajes, las fajas y pañuelos de los otros soldados, ofrecidos espontaneamente por estos.

Momentos despues, instalados los infelices revolucionarios lo mejor posible en un detestable vehículo, emprendieron la marcha en dirección al grueso del ejército vencedor que acababa de acampar en unas cuchillas como á media legua de distancia del paraje donde tuvieron lugar las escenas descritas.

—Sargento; haga usted que sean conducidos los heridos con el mayor cuidado—ordenó el Capitan—yo me adelanto con el fin de prepararles alojamiento.

—Muy bien mi capitan—contestó el sargento.

Al oir las anteriores palabras Ricardo llamó al oficial.

—Teodoro, —le dijo— te ruego que esta noche hagas por verme.

—En toda ella no me separaré de tí—replicó el capitan,—á no ser que el servicio me lo impida.

—Tengo algo muy extraordinario que comunicarte—contestó el jóven herido—y hasta que no hablemos me parece que no podré estar tranquilo.

—No te preocupes por eso, te prometo que nos veremos—respondió el oficial, que despues de pronunciar estas palabras se alejó en dirección al campamento.

En cuanto al carro que conducia á los heridos, siguió su lenta y perezosa marcha, arrastrado por dos mulas, sobre una de las cuales cabalgaba su conductor.

Los heridos algo aliviados gracias á los auxilios del capitan, guardaban silencio, entregándose á reflexiones, que por cierto nada tenian de agradables, pues el porvenir se les presentaba bajo un aspecto bien desconsolador y lleno de sombras.

CAPITULO V

Una visita inesperada

Seria la una y media de la madrugada del dia siguiente á aquel en que tuvo lugar el desastre de los revolucionarios.

Ténue y finísima lluvia caia en el campamento donde habian sido reunidos los prisioneros y los heridos, los que ateridos por el frio y acostados en el duro suelo no habian podido conciliar el sueño, apesar del silencio que reinaba interrumpido tan solo por el ¡alerta!... de los centinelas.

Es verdad, que para los míseros vencidos, á las molestias físicas de aquella noche, se agregaban la intranquilidad y el temor de un mañana bien poco lisonjero.

Ricardo alojado en la tienda que le habia hecho preparar el capitan Teodoro, tampoco habia podido descansar.

Sus heridas, como habia manifestado el médico que

le hizo la primera cura, no eran de gravedad, pero la idea de que el capitan debia llegar de un momento á otro, le tenia preocupado.

Su amigo le habia ofrecido pasar la noche con él y sin embargo pasaban las horas y el oficial no parecia.

—Estará de servicio—pensaba Ricardo.

De pronto, creyó oir un pequeño ruido en la entrada de la tienda, al mismo tiempo que una voz que decia:

—¿Es aquí?

—Si mi comandante; en esta tienda se halla el jóven por quien se interesa usted—contestó otra voz.

—¿No te habrás equivocado?

—Yo mismo le he conducido á este sitio por órden del capitan Teodoro.

—Está bien, retírate y espérame donde te he dicho.

Despues de este corto diálogo sostenido á media voz, Ricardo sintió que alguien entraba en la tienda.

—¿Quién es?—preguntó el jóven.

—Un amigo—respondió el recien llegado.

—¿Pero quién es usted?—volvió á interrogar el herido.

—¿No reconoces mi voz?

—No; no sé quien es usted.

—Pues bien, te lo diré; soy Adrian Leví.

—¡Mi tutor!...

—Si, tu tutor.... el mismo.... he sabido que estabas herido y me he apresurado á venir por si puedo servirte en algo.

—¿Servirme en algo?.... ¿usted, Adrian Leví, mi cariñoso tutor, viene á ofrecérseme?.... ¡qué sarcasmo!.... á lo que usted viene es á gozarse en mis dolores, en mis desgracias. ¡Qué cínico es usted don Adrian!...¿no le bastaba á usted con robarnos nuestro patrimonio á mi hermana y á mí, y viene á insultarme y escarnecerme con su presencia?

—No hables así Ricardo, yo siempre te he querido mucho—contestó el recien llegado.

—Don Adrian, váyase usted, déjeme usted tranquilo....

—Mira Ricardo, no seas terco ni orgulloso, estás en poder nuestro, tu vida depende de mí.... vengo á proponerte la paz.

—¡La paz, la paz entre los dos!... ¿puede existir entre la víctima y su verdugo?—contestó Ricardo con amargura.

—Si tú quieres, serémos buenos amigos.

—¿Amigos nosotros?... vamos don Adrian; usted delira.

—Considera que en estos momentos puedo salvarte la vida.

—¿La vida?... ¡Oh! don Adrian; la vida la tengo ya en muy poco;—respondió Ricardo con desprecio.

—Piénsalo bien Ricardo; te repito que tu vida está en mis manos—repuso Leví con acento insinuante—escucha mi proposicion y contéstame.

—Está bien, nada pierdo por escuchar á usted. Veamos. ¿Qué precio ha puesto usted á mi vida?—respondió el jóven en tono lleno de amarga ironía.

—Ese acento irónico no es el que debieras emplear conmigo que vengo á ofrecerte la paz—dijo Leví.

—Es cierto, tiene usted razon.... es demasiado dulce para emplearlo con don Adrian Leví, con el infame que nos ha robado nuestra fortuna—respondió Ricardo con vehemencia.

—Vamos Ricardo, tranquilízate; no hago caso de tus palabras, comprendo que estás excitado, reflexiona que te tiene cuenta que seamos amigos, y escucha con calma mi proposicion.

—Bueno, sea; le escucharé á usted, pero ántes debo advertirle que de mí no debe esperar mas que el ódio y el desprecio mas profundo. ¿Piensa usted don Adrian que puedo yo olvidar las lágrimas que he vertido, el hambre y la desnudez que he pasado? Piensa usted que los sufrimientos y martirios de mi pobre hermana se han borrado ya de mi memoria?

—¿Tengo yo la culpa de todo eso?.... ¿acaso no he socorrido á ustedes siempre que he podido?—contestó Leví.

—Don Adrian, es usted un bandido y un cobarde; lo primero, por habernos despojado miserablemente, y lo segundo, porque si usted me insulta ahora, es solo por que sabe que mis heridas me impiden arrancarle la lengua—dijo el jóven con voz irritada.

—Dejemos Ricardo esas recriminaciones inútiles que á nada conducen y escúchame bien—contestó Leví.

—Puede usted hablar... quizás sus palabras me pro-

pórcionen la ocasion de conocer de nuevo hasta donde llega el cinismo de usted—repuso el jóven.

—Tu padre cuando me nombró tutor de ustedes, tenia plena confianza en mi honradez, y mas aun en el cariño que siempre profesé tanto á él, como á vosotros. Es verdad que dejó cuantiosos bienes, pero tambien dejó muchas deudas que fué preciso pagar. Lo que tú llamas inmensa fortuna, no lo era ni mucho menos, pues apenas alcanzó á cubrir sus débitos, y al pago de los gastos judiciales de las diversas ejecuciones promovidas por los acreedores. Vosotros érais muy niños, no podiais valorar ni daros cuenta del estado real de los negocios de vuestros padres. Tú tenias en aquella época siete años y tu hermana Matilde apenas contaba cinco. Cuatro años despues del fallecimiento de mi buen amigo Tiburcio, estaban saldadas todas sus deudas, pero en cambio ustedes se quedaron sin un centésimo. Apesar de eso los conservé á ustedes á mi lado, los mantuve, los vestí y los eduqué lo mismo que á mis hijos....

—A la muerte de mi padre—interrumpió Ricardo, —usted era pobre, muy pobre, y ahora es rico, poderoso.

—No ha sido por cierto con lo que dejó tu padre que no alcanzó para pagar sus trampas—contestó Levi con impaciencia—sinó con el sudor de mi frente.—Pero déjame continuar—añadió dando á su acento toda la dulzura que pudo.—Así crecisteis á mi cuidado, hasta que llegaron para mí las horas de la desgracia y en un solo año perdí mi esposa y mis tres

hijos..... Entonces, en medio de aquella desolación, en medio de mis pesares concebí el proyecto de labrar la felicidad de los hijos de mi buen amigo Tiburcio.... pero ustedes rechazaron el brillante porvenir que les ofrecia.

—¡Infame!... no hable usted así... ¿buscaba usted la felicidad de los hijos de su amigo apoderándose de sus bienes y pretendiendo deshonrar á la hija para comprar su silencio?...

—Ricardo, las dos acusaciones son absurdas, son falsas. En cuanto á los bienes de tu padre, la justicia aprobó las cuentas de mi administración, y con respecto á Matilde lo que quise fué darle mi nombre.

—¡Calle usted don Adrian!

—Bien, no divaguemos y escucha mi proposicion.

—No quiero escuchar nada, presiento una nueva infamia—respondió Ricardo.

—Me escucharás mal que te pese, mal que le pese á tu estúpida soberbia que te hace olvidar que tu único bien es la miseria. Estás herido—continuó don Adrian—eres nuestro prisionero, y si yo no te salvo, mañana serás fusilado, como uno de los principales promotores de esta insensata revolución, vencida al primer soplo de nuestro valiente ejército. Y aún cuando fueras perdonado ¿qué puedes esperar en adelante?... Habiendo fracasado la descabellada empresa en que te has metido, empresa de algunos ambiciosos, muchos locos y multitud de niños, nuestra situación se consolida por diez años lo menos ¿podrás pues esperar algo?...

—Confio en Dios y en el patriotismo uruguayo.

—¡Vana esperanza!.... tu vida peligra!... tu porvenir está destruido; pues bien, yo te ofrezco ambas cosas con una condición.

—¿Cuál?

—Con la condición de que desistan ustedes, tu hermana y tú; del juicio que contra mí han iniciado, sobre la administración de los bienes dejados por tu padre, y al mismo tiempo acepten como buena la cuenta ya aprobada por la justicia....

—¡Jamás! eso nunca—respondió Ricardo con energia.

—Y porqué ¿Eres acaso tan nécio que creas por ventura que aun cuando fuera cierto lo que dicen ustedes de que les he robado su herencia, podrian, hoy por hoy, hacerme nada ante la justicia?... ¡pobres inocentes! olvidas que la situación es nuestra, y que para nosotros los que tenemos la sarten por el mango no hay mas ley que nuestra voluntad.

—¡Infames!—murmuró Ricardo con voz sorda.

—Acepta, Ricardo, mi proposición, y te prometo hacer tu felicidad y la de Matilde.

—La felicidad de manos de usted nos ahogaria.

—Estás dictando tu sentencia de muerte.... he venido con el ejército del gobierno con el solo objeto de asegurarme de tu silencio de cualquier modo.... á toda costa: hasta el crímen llegaré si es necesario; no lo dudes.

—¡Oh! no lo dudo ni un momento, todo lo contrario. De un miserable como usted no se puede esperar otra cosa.

—¡No me insultes! —contestó don Adrian.

—Pues entonces márchese usted, se lo aconsejo; mi paciencia se concluye, las verdades, no los insultos acuden á mi boca— respondió Ricardo.

—Sí, me marcharé, pero antes contéstame á una pregunta; ¿dónde está Matilde?—murmuró Leví con mal disimulado interés.

Ricardo, al oir una pregunta tan inesperada, hizo un brusco movimiento que fué seguido de una sonora carcajada.

—¡Responde! — añadió con impaciencia el tutor del jóven.

—¿Qué quiere usted que le diga?

—Contesta á mi pregunta.

—Decididamente señor don Adrian, ó me tiene usted por un nécio ó se ha vuelto usted muy cándido, si pensó por un momento que yo pudiera decirle donde se encuentra mi hermana.

—Responde; te repito que estás en mi poder y sinó....

—¿Y sinó que ?... sin duda pensará usted matarme.... ¡Oh! si es así, nunca mejor ocasión que ahora.... pero créalo usted, será un crimen inútil, tarde ó temprano el castigo ha de llegar, mas ó menos pronto la cárcel se abrirá para usted.

—No he cometido ningun delito, y aun que lo hubiera comètido ¿quién podria probarlo?

—¿Se acuerda usted del procurador Savelio?

Si en la tienda de campaña donde tenia lugar la escena que vamos describiendo hubiera habido luz en

aquel momento, se habria podido ver á don Adrian, ponerse pálido, temblar y apoderarse de él una especie de terror, al oir la pregunta del jóven.

—¿Qué tiene que ver conmigo ese procurador?—respondió don Adrian Leví, que apesar de lo acostumbrado que estaba á dominar sus sensaciones, no pudo impedir que un ligero temblor de su voz denunciara la impresion recibida.

—Por el momento nada; mas tarde, acaso....

—Me es igual—respondió el tutor de Ricardo, dueño ya por completo de sí mismo.

—¿De veras?... ¿se ha olvidado usted tan pronto de los veinte mil pesos que le entregó usted en pago de cierto trabajo que le hizo hará unos diez y ocho años?.... ¡Mala memoria tiene usted don Adrian!

—Vamos Ricardo tú deliras, ó estás inventando una historia....

—Realmente es una historia—contestó Ricardo con calma—y como es una historia curiosa, se la voy á referir á usted.

—No he venido para escuchar historias: hablemos claro y concluyamos de una vez; ¿aceptas ó nó lo que te acabo de proponer?

—Primero la historia; despues que se la refiera, quizás le conteste á su proposicion.

Leví guardó silencio.

—En mi historia, don Adrian—continuó hablando Ricardo—hay tres personajes principales: un tutor y sus dos pupilos. El primero es un malvado, los segundos sus infelices víctimas.

—El tal tutor, confirió poder al procurador Savelio con el objeto de que formulase la cuenta de la administracion de los bienes de la tutela y la presentase al Juez arreglada de tal modo, que no quedase un céntimo para los huérfanos. Á ese fin se inventaron deudas del finado padre de los menores, deudas que aparecian pagadas por el tutor sin observacion ninguna y sin conocimiento del Ministerio público.

El tutor era un bribon y el procurador un canalla; asi es que todo lo arreglaron á su paladar, y los bienes de los pobres niños pasaron á manos extrañas, para volver al poco tiempo á las del tutor.

—Todo eso es una bonita invencion, pero no basta relatar: para ser creido es necesario justificar con pruebas el relato—interrumpió don Adrian cada vez mas aterrado.

—¿Pruebas?...

—Si.

—¿Cree usted acaso que no las tengo?... como usted sabe muy bien, el procurador que le ayudó á cometer tales infamias ha muerto hace poco tiempo.

—¿Y bien?.... —murmuró Leví dominado por el miedo.

—Atormentado por los remordimientos, cuando sintió que la muerte se aproximaba me hizo llamar y me refirió lo que acaba usted de escuchar. ¿Necesitaré decirle el nombre del honrado tutor?

—Me importa poco.

—¡Quién sabe!...

—¿Por qué?

—Porque ese nombre, es el de un infame bandido; es el nombre de usted, don Adrian Leví.

—¡Calumnias, viles calumnias!—exclamó el tutor de Ricardo con un acento en el que se dejaba adivinar la ira, la duda y el temor.

—¿Lo cree usted así? mi honradísimo curador—respondió el jóven con ironía.

—Ciertamente; ademas las palabras se las lleva el viento.

—Las palabras sí, pero....

—¿Pero qué?—preguntó Leví con impaciencia.

—Si no me hubiera usted interrumpido, —continuó Ricardo—ya hubiera terminado la historia por completo; como decia á usted, me relató la referida historia, pero antes de separarnos, y quizás con el fin de que el daño causado pudiera remediarse un tanto, me entregó....

—¿Qué te entregó? ¡habla!...—murmuro don Adrian con ansiedad, avanzando un paso hácia Ricardo.

—¿Le vá interesando á usted la historia, señor Leví?

—¡Oh! habla pronto, concluye ¿qué te entregó?

—Me entregó unas cartas de usted, y una declaracion firmada por él, que contiene todo cuanto acaba usted de oir—dijo Ricardo con un acento que hizo estremecer á su tutor.

—¡Mis cartas!.... ¡una declaracion! — balbuceó don Adrian— no, no puede ser—continuó como hablando consigo mismo—mis cartas.... ¡imposible!... las quemó delante de mí, sí, las quemó, ¡no puede ser!...

—Siento decírselo á usted don Adrian; pero las cartas que usted vió quemar no fueron afortunadamente las que usted habia escrito: Savelio, su cómplice de usted, era hombre prevenido.

—¿Y esas cartas?...¿dónde están esas cartas?...—gritó don Adrian con voz ronca.

—¡Oh! esas cartas están léjos de aquí; esas cartas las tiene Matilde.

—¿Matilde?

—Sí, Matilde.

—¿Y dónde está tu hermana?... contesta, dímelo pronto, ¡sea como sea, yo necesito esas cartas!

—¿Dónde está mi hermana? me parece escusada la pregunta, pues debe usted suponer que no se lo he de decir.

—¡Oh!contéstame, porque sinó....

—No temo sus amenazas don Adrian, y le aconsejo á usted mi honradísimo tutor, que si no quiere ir á la cárcel como el último de los miserables, me mate usted ahora y despues se marche léjos, muy léjos, donde la justicia de los hombres no pueda alcanzarle, pues la de Dios tarde ó temprano le ha de alcanzar. Máteme y huya, pues de lo contrario la cárcel dará á usted albergue por ladrón y asesino, cuando suene la hora de la justicia nacional hoy paralizada.

—¡Oh! no, con el oro todo se consigue y con las influencias mas todavia... ¡Yo en la cárcel!.... ¡imposible!... ¡jamás!—exclamó don Adrian con voz temblorosa.

—¿Quién se atreve á gritar aquí?—dijo una voz

en aquel momento, al mismo tiempo que un nuevo personaje penetraba en la tienda de campaña.

—Teodoro; ¡al fin has venido!—dijo Ricardo reconociendo la voz del recien llegado.

—Sí, Ricardo, si, ¿pero quién está aquí contigo? ¿con quién hablabas?

—Con quien no puedes figurarte; hablaba con don Adrian.

—¡Con don Adrian!—respondió el capitan con estrañeza, al mismo tiempo que el tutor del jóven herido se lanzaba precipitadamente fuera de la tienda.

—Sí.

—¡Oh! y el infame huye de nosotros—murmuró Teodoro sintiendo alejarse á don Adrian—no importa—continuó—si ahora se escapa, ya nos veremos mas tarde.

—No te preocupes de ese canalla,—dijo Ricardo.

—Es un tunante que merece....

—Sí, merece un grillete.

—¿Entonces?—preguntó el capitan.

—Yo te aseguro que por el momento tiene de sobra con el temor que deben haberle infundido las palabras que esta noche ha escuchado de mi boca.... lleva clavada en el alma una espina que no le dejará vivir tranquilo—contestó Ricardo.

—Todo es poco tratándose de ese bandido. Pero aun no me has dicho como te encuentras. ¿Y tus heridas?—interrogó el capitan.

—Mis heridas son leves; el descanso y un vaso de vino que me dió tu asistente me han hecho mucho bien, ahora me siento con fuerzas.

—Entonces, cuéntame lo que ha pasado con ese bribón de Leví, y en seguida dáme noticias de Montevideo; hasta la diana podemos disponer de hora y media.

CAPITULO VI

Confidencias

El capitan Teodoro se sentó á la cabecera del lecho de Ricardo, sirviéndole de asiento la montura de su caballo, montura que pocos momentos antes habia introducido en la tienda el asistente.

—Habla Ricardo—dijo á su amigo—refiéreme tu conferencia con ese viejo infame; te escucho.

—Don Adrian vino en primer lugar á ofrecerme sus servicios, y luego....

—¿Á qué?

—Á proponerme la paz; tiene un cinismo que sorprende—respondió Ricardo.

—En verdad que se necesita un atrevimiento inaudito para que te haya propuesto la paz despues de haberte despojado de tu fortuna—contestó el oficial.

—No es eso solo—añadió Ricardo—cuando se convenció de que nada conseguiría de mi en ese sentido, arrojó la máscara y me dijo claro y terminan-

temente que habia venido aquí con el único fin de asegurarse á toda costa de mi silencio.

—¡Infame!... ya me suponia yo que ese bribón no habia venido con el objeto de defender al Gobierno.

—¡Oh! ten la seguridad de que por su gusto me hubiera asesinado esta noche.

—¡Quién sabe!—murmuró el capitan un tanto preocupado—puede ser que tus heridas no hayan sido el resultado de uno de los mil incidentes de la lucha... ese hombre es capaz de cualquier cosa.... es posible que se fijara en tí durante la acción, y como para un tunante no falta nunca otro, no sería estraño que él fuese la causa verdadera de tus heridas.

—No lo creo.

—No lo aseguro, pero pudiera ser; ¿cómo te hirieron?

Ricardo relató á su amigo las escenas que ya conocen nuestros lectores, y terminó diciendo:

—Ya ves Teodoro, que nada hay de extraordinario en lo que te acabo de contar.

—Á tí te parece que nó, pero yo, francamente, no participo de tu opinion en absoluto; debes considerar que en la situacion en que te encuentras, de todo se debe desconfiar. En fin, con lo que acabas de contarme, quizás pueda yo saber mañana si son ó no infundadas mis sospechas.

—¿Y desde cuándo está don Adrian aquí?—preguntó Ricardo.

—No lo sé—contestó Teodoro—pero debe haber

venido de Montevideo con los últimos refuerzos, pues no le he visto en nuestro campamento de Santa Rosa.

—Ese bribón es mi sombra negra; siempre que me sucede una desgracia, me encuentro con su siniestra figura—dijo Ricardo.

—Ya le tomaré yo por mi cuenta—respondió el capitan—pero dejemos á ese bandido y hablemos de lo mas importante.

—Sí, es verdad, dejemos á don Adrian.

—¿Qué me tenias que contar?

—Algo que tiene mucho de extraordinario.

—¿De extraórdinario?—exclamó el capitan con estrañeza.

—Ciertamente, escucha. Hoy me han salvado dos veces de la muerte: la segunda vez me libraste tú, la primera un jóven soldado, como ya te he dicho antes.

—Hasta ahora no veo nada de estraño.

—Lo extraordinario querido Teodoro, es que en mi primer salvador he creido reconocer....

—¿Á quién?—preguntó con curiosidad el capitan

—Á....—contestó Ricardo, y acercando los labios al oido de su amigo, pronunció un nombre.

—¡Imposible!....—exclamó el capitan—¡estás soñando!... alguna alucinacion mi pobre amigo ¡no puede ser!...

—Y sin embargo, Teodoro—replicó el herido con profunda conviccion—¡era su voz!... ¡era su rostro!... ¡era su mirada!...

—Vamos Ricardo, eso es imposible, hubiera teni-

do que abandonar á su madre.... y precisamente ahora que la infeliz se halla enferma, dejarla sola.... no, no,... es una ilusion tuya.

—No es ilusion, no.

—¿Ademas,—continuó el oficial—no comprendes, que es absurdo suponer que viniera á tomar parte en una campaña?.... te repito que son ilusiones tuyas, querido Ricardo.

—No, no estoy soñando, es la verdad—repuso el herido.

—¡Imposible!

—Mis presentimientos no me engañan, será absurdo, será moralmente imposible, ¡pero es verdad!... —murmuró Ricardo, con acento de conviccion.

Teodoro guardó silencio, un tanto impresionado con las palabras de su amigo, las que le parecían dictadas por un cerebro enfermo.

—¿Será que Ricardo ha perdido la razon?—pensó el oficial.

Este y su amigo permanecieron silenciosos algunos instantes, hasta que Ricardo murmuró dirigiéndose á su compañero:

—¿Qué opinas de lo que te he dicho?

—Lo que acabas de comunicarme es tan extraordinario—contestó el capitan—que francamente, no atino á esplicarme lo que te pasa.

—Dejemos de pretender esplicarnos, lo que por ahora no tiene esplicacion—repuso Ricardo—y aceptando como verdadero lo que te he manifestado, procedamos en consecuencia.

—Sea; ¿qué quieres que haga?

—Júrame por nuestra amistad, que accederás á lo que voy á pedirte—dijo el herido con acento de súplica.

—No es necesario que jure; sabes que ahora y siempre cuentas conmigo.

—Gracias, Teodoro.

—Te escucho; habla.

—Pues bien—continuó Ricardo—lo que tengo que pedirte es que en cuanto sea de dia procures ver á los heridos y prisioneros y si no encuentras entre ellos á mi salvador...

—¿Qué ?...

— Entónces Teodoro te ruego que examines las víctimas del combate ¡quién sabe!... quizás le ¡halles entre los muertos!...—terminó diciendo el jóven herido con voz alterada por la emocion.

—Te prometo hacer lo que deseas, y aunque tú no me lo hubieras encargado, ten la seguridad de que pensaba averiguar el paradero de tu misterioso salvador, con el objeto de tranquilizarte.

—Dirás que soy muy exigente, Teodoro, pero aun no he terminado.

—Continúa.

—Desearia, que averiguaras dos cosas, si las pesquizas hechas en el campamento y en el campo de batalla no diesen resultado: la primera, si alguno de los heridos ha sido conducido fuera del campamento, y la segunda, la direccion que tomaron en su huida mis compañeros de causa. De ese modo tal vez consigamos encontrar la clave del enigma.

—Te ofrezco, querido amigo, hacer punto por punto todo cuanto deseas, pero no abrigues esperanza alguna de éxito: tu preocupacion tiene por base un sueño, una aberracion, una ilusion de óptica. Prepárate al desencanto y olvida ese sueño. Creeme; mas útil y positivo sería no perder de vista á tu antiguo tutor, que representa para tí y para tu hermana una amenaza constante.

—Quizás tengas razon, por lo cual te suplico tambien que no te olvides un momento de vigilar á don Adrian; pero no por esó dejes de buscar á mi desconocido salvador.

—Así lo haré, confía en mí—respondió el capitan—y ahora que hemos hablado bastante de tí—añadió—dime algo de Montevideo, y sobre todo dáme noticias de tu hermana; ¿cómo has dejado á Matilde?

—Matilde está en el campo, á unas diez leguas de la capital—contestó Ricardo—en cuanto á noticias no he recibido ninguna desde que salimos de Buenos Aires.

—¿Está en lugar seguro tu hermana?—preguntó el capitan con viva ansiedad.

—Completamente; nadie sabe donde se halla; me fué preciso proceder así, para librarla de las asechanzas de don Adrian.

—Muy bien hecho Ricardo; ¡valiente pícaro!... como caiga en mis manos....—dijo Teodoro cón acento de profundo desprecio.

—Efectivamente es un infame—repuso el herido.

—¿Y sigue siempre con la idea de casarse con Matilde?

—No ceja en su insensata empresa, pero no por cariño, pues don Adrian, no tiene mas pasion que la del oro, sinó como medio de evitar de ese modo la tempestad que se amontona sobre su cabeza....

—¿Y á dónde llevastes á la pobre Matilde?—preguntó el capitan con creciente interés.

—Á un pueblecito, á Libertad; se encuentra en la casa de un honrado paisano, cuya familia la trata con el mayor cariño, procurando hacerla olvidar sus penas.

—Libertad....—murmuró el capitan queriendo hacer memoria del paraje donde se encontraba el pueblo.

—Si, Libertád—contestó Ricardo—¿no recuerdas en qué punto se halla?

—Tengo una idea.... ¿no es un pueblecito nuevo que hay mas allá de la barra de Santa Lucia?

—Justamente.

—¿Y está en el mismo pueblo?

—En el mismo pueblo, no; se encuentra en una estancia á un kilómetro de Libertad.

—Creo que has hecho perfectamente en llevarla allí—repuso el capitan un tanto mas tranquilo—en Montevideo—añadió—hubiera estado en constante peligro faltándole tu amparo.

—Todo eso lo tuve en cuenta; además, en el estado de nuestros recursos, era imposible que ella sola pudiera vivir en la capital.

—Has obrado con mucho tino. ¿Y tú en qué fecha salistes de Montevideo?

—El siete de Enero—respondió Ricardo.

Los dos amigos continuaron largo tiempo su con-

versacion, que fué interrumpida por el asistente del capitan que preguntó asomando la cabeza por la abertura de la tienda:

—Mi capitan, con su permiso.

—¿Qué quieres?—respondió Teodoro, que en aquel momento no se acordaba de que su asistente existia en el mundo.

—Mi capitan, queria preguntarle si tomaría un *verde*.... el agua de la *pavita* está hirviendo y....

—¿Y de dónde has sacado yerba?—pregunté al oficial.

—Me la han dado, mi capitan.

—¿Y quién te ha hecho ese regalo?

—El asistente de un gefe, un compañero que se ha hecho muy amigo mio. Me ha estado acompañando hasta hace poco aquí fuera. Encendimos fuego y tomamos algunos mates.

—¿No te llama la atencion ese asistente de un gefe, que se hace amigo del tuyo y viene á estas horas á hacerle compañia á dos pasos de aquí?—murmuró Ricardo al oido del capitan.

El oficial oprimió la mano de su amigo, como indicándole que guardara silencio.

—Sabes Márcos—continuó diciendo Teodoro á su asistente—que me estraña mucho que un soldado ande por el campamento á estas horas?... ¿á qué division pertenece tu amigo?

—Mi capitan, no lo sé, no me lo ha dicho—respondió el llamado Márcos con acento en el que se notaba cierta inquietud.

—¿Cómo se llama el gefe á quién sirve?

—Tampoco lo sé, solo conozco á ese soldado desde hace unos tres ó cuatro dias, pero me parece que habrá venido con los últimos refuerzos.

—¿Y él cómo se llama?

—Miguel.

El capitan guardó silencio; aquel soldado desconocido, que buscaba á su asistente á horas tan desusadas, cuando el ejército se entregaba al descanso, cuando todos estaban en sus puestos y no vagando por el campo, le llamaba profundamente la atencion. En otras circunstancias, quizás aquello hubiera pasado desapercibido, pero entonces, cuando tantos peligros rodeaban á su jóven amigo, la cosa mas pequeña tenia una gran importancia.

—¿Y tú porqué enciendes fuego y te pones á *matear* sin mi permiso?—murmuró el oficial.

—Mi capitan, no creia faltar á sus órdenes; además que yo no me he alejado de la tienda mas que un momento para ir á buscar agua, y entretanto....

—¿Qué pasó entretanto?

—Mi amigo quedó aquí, por si acaso se les ofrecia á ustedes alguna cosa, por cierto que no hubiera dejado de oir si llamaban, pues se sentó cerca de la tienda.

—Vaya tranquilo por el agua—me dijo—yo estaré alerta, de modo que si algo se le ocurre al capitan no tendrá que llamar dos veces.—Ya vé mi capitan que el servicio no quedó abandonado.

La mano de Teodoro oprimió con fuerza la del he-

rido; no le parecía todo aquello muy natural, creia ver detrás de aquel soldado desconocido la figura repulsiva de don Adrian, y suponia que parte del secreto de su amigo estaba descubierto, parte que era la mas importante, puesto que consistia en el nombre del punto donde se encontraba oculta Matilde.

En cuanto á Ricardo pensaba de igual manera que su amigo.

—Todo eso es muy sospechoso—murmuró Ricardo en voz baja.

—Sí, ciertamente, y es menester aclarar el misterio—repuso el capitan en el mismo tono.

—Ya vé mi capitan, que no he faltado—dijo el asistente.

—Sí; has faltado, y mereces un castigo, del cual solo puedes librarte de una manera.

—Usted dirá mi capitan, y sea lo que sea, estoy dispuesto á hacer lo que me mande, antes que verle enojado conmigo—respondió Márcos.

—Corriente: ¿conoces bien á ese soldado?

—Si señor.

—¿Le podrias reconocer en cualquiera parte?

—Si, mi capitan.

—Está bien; entonces le tienes que buscar por todos lados, recorrer mañana el campamento y no parar hasta encontrar á ese hombre, cuya conducta sospechosa quiero poner en claro. Tienes franco el dia, para que hagas lo que te he dicho. Te advierto que si le encuentras, te guardas muy bien de comunicarle mis órdenes. Te enterarás de su nombre, de la divi-

sion á que pertenece y de quién es el gefe á quien sirve. Si mañana por la noche me dás esas noticias puedes estar tranquilo; pero si no encuentras á nuestro hombre, entónces....

—¿Qué mi capitan?—preguntó Márcos con cierto temor.

—Dormirás en el cepo.

—Está bien mi capitan; pero yo desearia una cosa.

—¿Cuál?

—Qué me conceda esa licencia desde este instante; he visto la direccion que ha tomado, y ¡quién sabe! pudiera tener la suerte, de dar con él antes de lo que fuera de esperar. Sobre todo, con eso tengo algun tiempo mas para hacer mis averiguaciones, por que, lo confieso; no me agradaria pasar en el cepo una noche.

—Bueno—respondió el amigo de Ricardo,—desde este momento estás libre.

—Gracias, mi capitan—murmuró Márcos, y despues de hacer un saludo militar, que pasó desapercibido á causa de la oscuridad que reinaba en la tienda, giró sobre sus talones y se lanzó al campo.

—Me parece que Matilde está en peligro, pues si como sospecho ese flamante amigo de tu asistente es un espía de don Adrian, á estas horas, ese infame ya sabrá el sitio donde se encuentra mi pobre hermana—dijo Ricardo.

—Pienso lo mismo, contestó Teodoro—no sé porque creo que existe un lazo de union entre el asistente y el gefe, que para mí no es otro que el comandante Leví.

—¡Pobre Matilde!

—¡Oh! no te aflijas, Ricardo,—se apresuró á decir el capitan con vehemencia—aquí estamos nosotros para salvarla en caso de que se realizaran nuestras sospechas.

—¿Nosotros?—respondió Ricardo con amargura—¿olvidas acaso que yo estoy herido y prisionero?

—Es cierto; ¡pero yo estoy libre y pese á quien pese te prometo salvarla!—respondió el capitan con un tono en el que se revelaba la mas enérgica resolucion.

Ricardo estrechó con efusion la mano de su amigo. Pocos momentos despues, el toque de diana de las bandas del ejército anunciaba un nuevo dia.

—Ricardo—dijo Teodoro—tengo necesidad de ir á pasar lista, me voy, pero dentro de media hora estaré de vuelta. Te ruego no te preocupes, ten ánimo yo velo por tí y por Matilde, así como por tu misterioso salvador.

—No te olvides de mi encargo.

—¡Oh! pierde cuidado; hasta luego,—respondió el capitan al mismo tiempo que salia de la tienda de campaña.

CAPITULO VII

Dos bribones

Al salir don Adrian Leví de la tienda de campaña, que como ya hemos visto habia abandonado precipitadamente al penetrar en ella el capitan Teodoro, se dirigió hácia el bajo de la cañada, encontrándose á los pocos pasos con su asistente, colocado por él en aquel sitio desde donde podia acudir en su socorro en caso de peligro.

—Ven, Miguel—dijo Leví con voz breve dirijiéndose á su servidor.

Despues siguió adelante, yendo á sentarse por fin en un pequeño montículo formado por el terreno.

El llamado Miguel permaneció de pié.

—Estoy muy descontento de tí—murmuró don Adrian despues de un instante de silencio.

—¿Porqué?—preguntó Miguel con acento humilde.

—Tú no has cumplido mis órdenes—continuó Leví

sin prestar atencion á las palabras que le habia dirigido su asistente.

—Señor—contestó Miguel entre miedoso y resentido por un injusto reproche—no creo que usted pueda estar quejoso de mí.

—¿Porqué, como te recomendé no buscastes durante la pelea á ese aborrecido Ricardo?—repuso don Adrian con acento siniestro y amenazador.

—Le busqué—murmuró Miguel.

—Y no le quisistes encontrar, lo cual es mucho peor, y significa claramente que no has querido cumplir mis órdenes.

—No he dicho que no le encontrara, al contrario le hallé, pero....

—¿Y entónces cómo es que está vivo Ricardo?—interrogó Leví temblándole la voz de ira y de despecho.

—Porque el hombre propone y Dios dispone.

—¡Imbécil! ¿acabarás de esplicarte?—exclamó Leví—¿no ves que me estás haciendo perder la paciencia?

—No se enoje usted señor don Adrian—interrumpió el asistente.

—Pues habla pronto, concluye de una vez.

—Desde el principio de la accion estuve buscándole,—contestó Miguel—siéndome de no poca utilidad en algunos momentos el anteojo que usted me dió, pues auxiliado por él busqué á don Ricardo entre los revolucionarios que componian los grupos mas lejanos.

—Menos detalles y concluye—dijo don Adrian con marcada impaciencia, al mismo tiempo que golpeaba el suelo con el pié.

—Bien: cuando se produjo la dispersion de los revolucionarios —continuó Miguel—le distinguí en el momento en que salia huyendo perseguido por cuatro lanceros ¡vaya! me dije; la Providencia favorece los deseos de don Adrian, de ésta, de fijo que no escapa con vida el hermano de la hermosa Matilde.

—¿De manera que porque vistes que le iban persiguiendo, dejastes de cumplir mis órdenes? Eres un estúpido, y tu modo de proceder, no tiene disculpa ni merece perdon.

—Por Dios, señor don Adrian, escúcheme usted; aún no he concluido— contestó Miguel con la mayor sumision y humildad.

—Veamos, termina.

—En la confusion que en aquellos instantes se produjo—continuó Miguel—no pude ver lo que sucedió entre Ricardo y sus perseguidores, pero momentos despues me apercibí de que tres hombres huian con rumbo al Norte, llevando uno de ellos delante, sujeto sobre el caballo, á otro que parecia que iba herido y que no sé porqué me pareció que era Ricardo.

—¿Y despues?

—Despues, me lancé en su seguimiento acompañado por otros soldados.

—Entónces ¿cómo no le alcanzastes?

—Los *mancarrones* no nos ayudaron, estaban cansados, y los fugitivos nos llevaban mucha ventaja; además....

—¿Qué?—interrumpió don Adrian con impaciencia.

—Que nos tuvimos que apear, porque....

—¿Concluirás al fin?... ¿por qué te detuvistes?—volvió á decir don Adrian, cada vez mas excitado.

—Por que nos encontramos con cuatro hombres tendidos por tierra, de los cuales uno era de los nuestros y los otros de los enemigos, hallándose entre estos últimos....

—¿Quién?—preguntó Levi con afan.

—Ricardo.

—¿Y no aprovechastes tan magnífica ocasion para mandarle al otro mundo?—dijo don Adrian con acento lleno de ira.

—Le iba á despenar, y en el momento mismo de estar á punto de traspasarle el pecho de un bayonetazo, se presentó el capitan Teodoro y le salvó.

—¡Maldicion!—exclamó don Adrian—siempre ese capitan hace fracasar mis planes.

—Lo que pasó despues ya lo sabe usted.

—De todos modos no te has portado como debias—dijo Levi—ya te he dicho que quiero que desaparezca mi querido pupilo Ricardo Sasturen y.... nunca se vá á presentar una oportunidad como la que acabas de perder.

—Señor don Adrian, perdóneme usted—respondió Miguel con la voz temblorosa—no ha sido por mi culpa.

—Mira Miguel—repuso don Adrian con acento frio, cruel, preñado de amenazas, que hizo estremecer á su interlocutor—sabes muy bien, que quiero que se me obedezca cueste lo que cueste, aunque vaya la vida en ello....

—Don Adrian; por mí no ha quedado....

—No te has portado bien, estoy disgustado contigo.

—Señor—replicó el asistente—usted sabe que le pertenezco en cuerpo y alma....

—Miguel, tu vida y tu libertad dependen de mí—continuó don Adrian—¿supongo que no te habrás olvidado de cierto sumario formado á un tal Cantalicio Cavero?

—Señor Leví, ¿á qué viene recordarme eso en estos momentos?—respondió Miguel, cuyo rostro, á no impedirlo la oscuridad de la noche, se habria visto palidecer y brotar de sus ojos una mirada de ódio profundo é implacable.

—Los únicos que conocemos al asesino de la infeliz Severa, somos tres—prosiguió diciendo don Adrian con marcada persistencia—dos no dirán nunca nada, porque les conviene callar, pero el otro, que soy yo, puedo hacerlo y entregar á la justicia al delincuente....

—Don Adrian—interrumpió Miguel—no evoquemos cosas pasadas, y mande usted lo que quiera que será obedecido como siempre.

—Bien, pero nunca está demás que te refresque la memoria, porque asi no olvidarás tan fácilmente que tu vida está en mis manos.

Miguel guardó silencio, pero su rostro y sus ojos tomaron un aspecto terrible y amenazador, que pasó desapercibido para don Adrian gracias á las profundas tinieblas que los envolvian.

—Ahora bien,—continuó don Adrian—aunque no mereces que te trate con tantos miramientos, pues no

estoy satisfecho ni mucho menos de tu actividad y buen deseo; olvidaré por un momento tus faltas, hasta que me las vuelvas á recordar, pero si llega ese caso, entonces....

—Señor don Adrian, créame usted....—empezó á decir Miguel con acento humilde, humildad que distaba mucho de estar de acuerdo con sus pensamientos.

—No sigas; pruebas y no buenas palabras es lo que yo quiero—respondió Leví interrumpiendo á su asistente.

—Está bien, espero sus órdenes.

—Mis órdenes son muy sencillas; se reducen á que procures ahora mismo situarte cerca de la tienda donde se encuentra Ricardo y te enterés de lo que habla con el capitan Teodoro.

—¿En dónde nos reuniremos?

—Te espero aquí mismo.

Despues de cambiar con Leví las anteriores palabras, Miguel se alejó en direccion á la tienda indicada.

Hora y media mas tarde, Miguel volvió á reunirse con Leví, que le esperaba sumido en profundas meditaciones.

—¿Qué noticias me traes?—preguntó don Adrian á su asistente.

—Las noticias que le traigo, me parece que son de gran importancia—contestó Miguel.

—¿De gran importancia?

—Si señor.

— Habla.

Miguel se sentó al lado de don Adrian y comenzó su relato, que no trascribimos por ser tan solo la repeticion del diálogo que ya conocemos, sostenido entre Ricardo y el capitan.

Cuando concluyó de hablar el asistente, Leví lanzó una exclamacion de alegria y murmuró:

—Ya sé lo que necesitaba, y en cuanto amanezca, nos pondremos manos á la obra. Veamos que hora es—añadió, al mismo tiempo que consultaba su repeticion que dió cuatro campanadas de sonido grave, seguidas de otras tres de mas agudo timbre—las cuatro y tres cuartos—continuó diciendo don Adrian—tenemos aún que aguardar algun tiempo; entre tanto aproximémonos poco á poco á nuestro campamento.

Mientras caminaban con toda precaucion, don Adrian dió sus instrucciones á Miguel.

—En cuanto sea de dia—le dijo—irás á buscar los caballos; ensillas los oscuros, y los gateados los llevaremos de tiro. Á las siete cuando mas tarde partiremos.

—¿Para dónde?—preguntó Miguel.

—Para San José.

—Está bien.

—Miéntras, puedes ir pensando de que manera podremos robar á Matilde, y apoderarnos de ciertos documentos que guarda, los cuales estarán mejor en mis manos que en las suyas.

—¿Robar á Matilde, y apoderarme de unos papeles?—respondió Miguel.

—Si; es necesario, que tanto ella como esos papeles estén en mi poder lo mas pronto posible. En fin, en San José podremos madurar un plan conveniente.

—¿Y para eso vámos á San José?

—Si tal; estoy decidido á arrostrarlo todo, á dar un golpe que asegure mi fortuna y mi tranquilidad—respondió Leví.

—¿Me permite usted, don Adrian, que le diga una cosa?— murmuró Miguel.

—Habla.

—Me parece que su idea de ir á San José, no es la mejor; yo en su lugar....

—¿Qué harías? ¿Has formado algun plan?

—Del todo no, pero lo que usted piensa, no me parece que dé buen resultado.

—¿Qué harias tú?

—En primer lugar—dijo Miguel—¿cree usted por ventura que el capitan Teodoro se vá á quedar con los brazos cruzados al saber que nos hemos desprendido del ejército?

—Ya he pensado en ello—repuso don Adrian—pero eso se remedia con que nos adelantemos dos ó tres dias.

—No es bastante.

—Si no te esplicas, no puedo adivinar tu pensamiento.

—Yo en lugar de usted, empezaria por hacer perder la pista á esos perdigueros.

—¿Tendrias miedo acaso?....

—No conozco el miedo—respondió Miguel herido

en su amor propio—pero soy prudente, y en este asunto, en el que debemos andar con piés de plomo, la prudencia vale tanto como el valor.

—En resúmen, ¿qué harias?

—Si yo en vez de ser quien soy, fuera don Adrian Leví—repuso el asistente—mandaría á Miguel á que realizara la empresa como pudiera, y yo me quedaria por acá distrayendo la atencion de ese señor capitan.

—Me parece bien, continúa—dijo don Adrian entusiasmado ante la idea de no correr ningun riesgo personal.

—De ese modo—prosiguió Miguel—mientras yo trabajaba en Libertad para conseguir nuestro objeto, usted no perdia de vista al capitan, el cual quedaría completamente tranquilo y confiado, viéndole á usted en el campamento, ¿qué le parece mi idea señor Leví?

—Me parece buena siempre que me respondas del éxito.

—Entreténgame usted aquí al capitan siquiera dos dias y le respondo con mi cabeza que bien pronto estará Matilde en poder de usted y esos papeles en su bolsillo.

—¿Piensas embarcarte?

—No, iré por tierra á Montevideo, y despues á Libertad: si es necesario reventaré los oscuros; dos caballos poco valen;—replicó Miguel con la mas decidida resolucion.

—¿Pero con qué medios cuentas?

—De eso no se preocupe usted, bástele saber que espero salir bien de la empresa.

—No me disgusta el plan, y lo acepto — respondió don Adrian despues de un momento de refleccion.

—Entonces debo partir inmediatamente, y para ello necesito dinero y una órden á fin de no encontrar obstáculos en el camino—dijo Miguel.

— En cuanto á la órden aquí la tienes — repuso don Adrian sacando un papel de su cartera—Ahí vá; la tenia en blanco por lo que pudiera ocurrir, no hay mas que llenarla con tu nombre.

—Bueno, ahora falta el dinero, sin él, nada podria hacer.

— Dinero no te faltará—respondió don Adrian, y sacando de la misma cartera unos billetes de banco se los entregó á Miguel, añadiendo — Ahí van diez billetes de á cien pesos.

El asistente los contó y murmuró en seguida:

—Con esto, señor Leví, no hay para empezar.

—¡Son mil pesos!—dijo don Adrian.

— La empresa es muy delicada y muy peligrosa— contestó Miguel dando á su voz cierto tono de gravedad—yo no hablo por mí, que le pertenezco á usted en cuerpo y alma, pero yo nada puedo hacer solo, necesito del auxilio de otras personas, y esos servicios se pagan caros, señor don Adrian, por lo cual no estará de mas que me dé siquiera tres mil pesos; mas vale que sóbre que no que falte.

—Es mucho.

—Yo voy á prodigar mi vida, y usted hace mal en regatear—contestó Miguel con un acento en el que se traslucia la determinacion de no ceder.

—Toma—dijo don Adrian alargando otros diez billetes, iguales en valor á los anteriores—arréglate con dos mil.

—No es bastante—replicó Miguel—en fin, déme usted quinientos mas; quizás pueda arreglarme con ellos.

—Ahí van—dijo don Adrian, entregando á su asistente otros cinco billetes.

—Está bien, y espero señor don Adrian, que quede usted tan contento de mí, que no solamente me dé las gracias, sino....

—¿Qué?

—Sino que añada á ellas unos cuantos papelitos como los que acaba de entregarme.

—El dia que me entregues á Matilde y los documentos que te he indicado, te prometo darte el doble.

—Ahora una palabra, señor Leví.

—¿Qué quieres?

—Saber una cosa que se le olvida usted decirme.

—¿Cuál?

—¿Qué papeles son esos de los cuales debo apoderarme?

—Es verdad—respondió don Adrian con cierta contrariedad—esos documentos son....—Levi se interrumpió por un instante y luego continuó—¿supongo que no olvidarás que á mí no se me engaña impunemente, y que tu vida está en mi poder?

—Tengo buena memoria, don Adrian—respondió Miguel al mismo tiempo que se dibujaba en su semblante una espresion inesplicable—además—añadió—¿á quién le conviene mas que á mi el estar bien con el señor don Adrian Levi?

—Si, eso es cierto—murmuró entre dientes don Adrian—pues bien—prosiguió en voz alta—esos papeles son unas cartas y un documento firmado por un tal Quintin Savelio.

—Quintin Savelio, Quintin Savelio,—repitió Miguel como procurando que no se le olvidaran aquellas palabras.—Don Adrian apúnteme usted en un papel ese nombre—añadió el asistente—sino podria olvidárseme y teniéndolo escrito no hay peligro de que lo confunda.

Don Adrian sacó una tarjeta, y en ella, á la ténue claridad del crepúsculo que comenzaba á iluminar el horizonte, escribió el nombre indicado y se la entregó á su asistente.

Miguel guardó la tarjeta cuidadosamente, asi como los billetes de banco, y estrechando la mano de don Adrian murmuró:

—Ahora, don Adrian, hasta que nos veamos de nuevo, que sin duda será en Buenos Aires, pues allá pienso llevar á Matilde.

—Me parece buena idea, llévala á Buenos Aires; allí nos volveremos á encontrar, y sobre todo actividad y no pierdas un instante—respondió Levi, estrechando con efusion la mano de su asistente.

—Adios, señor don Adrian, y pierda usted cuidado,

pues yo le aseguro que hemos de salir á la orilla—contestó Miguel, quien despues de estas palabras se separó de su digno patron y cómplice.

Leví se quedó pensativo por algunos minutos y en seguida como tomando una pronta resolucion esclamó:

—Si; no me cabe duda, Miguel es hombre que cumplirá su promesa, lo importante ahora es desorientar por completo á ese maldito capitan.

Despues de pronunciar á media voz las anteriores palabras, el honrado Leví se dirigió lentamente hácia el sitio donde acampaba el ejército.

Entretanto Miguel llegó al paraje en el que se hallaban atados los caballos de don Adrian, ensilló uno de ellos, y ginete en él, llevando otro de tiro, partió al galope con rumbo al Departamento de Rio Negro.

CAPITULO VIII

Intrigas de don Adrian

Antes de seguir adelante en nuestra historia, bueno será que digamos cuatro palabras acerca de don Adrian Leví, que sirvan á manera de bosquejo de tan equívoco personage, uno de los principales de la presente obra.

Era don Adrian hombre de unos cincuenta y dos años poco mas ó menos, grueso, de mediana estatura, cabeza abultada, rostro cetrino y repulsivo con barba negra, rala, cerrada y espesa, en la que brillaban algunas canas que se solian escapar á la accion del cosmético.

Sus ojos grises y pequeños, ojos que tenian mas del gato montes que de la pupila humana, que jamás miraban de frente, salvo, cuando tenian que ayudar con su melosa expresion una adulacion falsa y rastrera, nunca bien sentida y siempre mal expresada; con una eterna sonrisa en sus delgados labios, sonrisa fria y

cruel para con los que suponia menos, repugnante, servil y complaciente para los que consideraba superiores.

Habia nacido á orillas del Rio Negro, de padres humildes y sin bienes de fortuna, sencillos paisanos, que no habian podido proporcionar á su hijo mas instruccion que la rudimentaria é incompleta que habia podido darle un mal aventurado maestro de escuela que la casualidad y el hambre habian conducido por aquellos lugares, educacion que se reducia á leer un poco, escribir otro poco, y no con muy buena ortografía, y contar peor que leer y escribir, si bien en aritmética llegó á perfeccionarse de tal modo, que como veremos mas adelante concluyó por saber contar perfectamente, no solamente lo propio sinó tambien lo ajeno, y casi siempre contra la voluntad de su dueño.

Cumplido habia los veinte años, y segun las trazas, el porvenir de Adrian no se presentaba muy lisonjero, pues parecia condenado á pasar su vida en el rancho donde habia visto la primera luz, salvo que andando el tiempo concluyera por ser arrastrado en una leva, ó ir á vestir el uniforme de soldado, y á vejetar en un cuartel.

Pero donde menos se piensa salta la liebre, y cuando menos se espera cambia la suerte del hombre, y así le pasó á Adriancito, cuando menos se lo esperaba.

Á unas cuantas leguas del rancho donde vivia nuestro mozo, habitaba un rico estanciero, honrado, trabajador y económico, con dos hijos que éran el re-

verso de la medalla del padre. Los dos mancebos, solo pensaban en divertirse y en gastar alegremente las peluconas del viejo, ya en los bailes de las cercanías, ya en *farras* monumentales que un dia sí y otro nó se armaban en las pulperias de aquellos contornos. Adriancillo, muchacho listo, alegre y decidor, era, aunque no conocia los pesos mas que de vista, el compañero inseparable de los hijos del estanciero, con los cuales asistia á las fiestas de aquellos pagos, en las que se bailaba, se tocaba la guitarra y el acordeon, y se payaba en grande, al mismo tiempo que se menudeaban los besos á los frascos de Ginebra, ó bien habia mate amargo corrido, con tortas fritas y alguna que otra chucheria. No dejaba tampoco de asistir á las carreras de los domingos de á esterlina la puesta, y á las partidas de taba, partidas á las que asistia invariablemente el comisario, que solamente se acordaba de su cargo para dar algun disgusto á los paisanos, en forma de multa ó de detencion caprichosa.

Pero un dia, el bueno del estanciero murió repentinamente, y los amigos de Adrian se encontraron dueños de una fortuna. Desgraciadamente, la herencia no estaba tan clara como hubieran deseado los dueños de ella, que vieron venírseles encima una nube de papel sellado compuesta de escritos judiciales, y se dieron á buscar el medio de evitar tamaños trastornos. Despues de mucho discurrir decidieron marchar á la capital, y buscar un abogado que les arreglara la herencia, tan desarreglada como la cabeza de los herederos. Pero estos se encontraban muy bien en la

estancia, además de que no servian para andar con gente de curia, y propusieron á Adrian que fuera á Montevideo y arreglara el asunto todo lo mejor posible.

Con gran alegria recibió Adrian la proposicion, y á los pocos dias con unas cuantas libras esterlinas en el bolsillo, se puso en camino con la ambicion un tanto despierta, y las malas intenciones no muy dormidas.

Adrian no tenia pelo de tonto, y en cuanto llegó á Montevideo se puso en relacion con abogados, alguaciles y escribanos, dándose tan buena maña con los unos y los otros, que la herencia se arregló de módo que los hijos del estanciero se encontraron no solo con lo que pretendian, sino con mucho mas que ni ellos mismos se hubieran atrevido á pedir, y tal fué su alegria y tan contentos quedaron de Adrian, que le regalaron un flamante taleguillo, conteniendo diez mil pesos en relucientes monedas de oro brasileñas que ostentaban la efigie del erudito defensor perpétuo del Brasil, S. M. Imperial don Pedro II.

Dueño don Adrian de los diez mil pesos, no pensó ni por un momento permanecer en la estancia, sinó sentar sus reales en Montevideo, en donde habia abierto los ojos, y en donde presentia un brillante porvenir de picardias convertibles á oro sellado.

Pensarlo y hacerlo todo fué uno, y bien pronto se encontró establecido en la capital, y empezó sus tenebrosas y poco límpias operaciones, que le proporcionaron una cuantiosa fortuna amasada con lágrimas y salpicada de sangre.

De dicha fortuna formaba parte la de Ricardo y de su hermana, que.... Pero hagamos punto aquí, y terminemos por el momento con lo dicho el retrato de don Adrian, al que hemos de ir conociendo íntimamente en el curso de nuestro relato. No podemos sinembargo terminar estas cuatro palabras descriptivas, sin explicar el por qué le designaban con el nombre de comandante, cosa que quizás haya llamado la atencion de nuestros lectores, que en el retrato de nuestro personaje no han encontrado ningun rasgo belicoso.

¿Era efectivamente comandante del ejército uruguayo don Adrian Leví?

No; no solamente no era comandante, sinó que ignoraba hasta lo que era un cuarto de conversion, y se hubiera visto en grave aprieto para fraccionar en guerrillas una compañia, aparte de que el olor de la pólvora le causaba dolor de cabeza y el ruido de las balas le atacaba los nervios.

Su atrevimiento y la proteccion que le dispensaban en las alturas, habian dado por bueno su grado de comandante, que no aparecia en ningun escalafon, y que solo tenia por base el testimonio de don Adrian, que aseguraba en tono grave, que el general Flores le le habia concedido dicho empleo despues de la accion de Coquimbo.

Todos se sonreian al oirle, pero nadie le sacaba los colores al rostro, bien por que hubiera sido imposible pues el rubor significa vergüenza, y don Adrian no la tenia, bien, y era lo mas general, por que le necesita-

ban ya para salir de ciertos apuros, ya como testaferro en las numerosas operaciones punibles que se llevaban á cabo en las alturas y en las que sus verdaderos autores no podian dar la cara.

En el campamento en donde le hemos presentado á nuestros lectores, no tenia mision ninguna oficial, y toleraban su presencia y los vergonzantes galones de su kepí, gracias á la íntima amistad que le unia á cierto Capitan General, amistad nacida quizás de alguna gauchada caida en gracia, ó de algun negocio no desgraciado.

Pero démos decididamente punto aquí á nuestro bosquejo, y volvamos á reanudar el hilo de nuestra historia.

Don Adrian Leví se dirigió lentamente hácia el campamento, pensativo y preocupado, como persona que trata de resolver un problema inútilmente. Por fin brilló en sus ojos un rayo de alegria, y en su rostro se dibujó cierta satisfaccion, al mismo tiempo que murmuraba entre dientes.

—Sí, magnífica idea, ya dí con lo que buscaba.

Despues una sonrisa diabólica se dibujó en sus lábios, y añadió:

—¡Oh! mi pensamiento es de primer órden.... de ese modo, no aparezco para nada, consigo mi objeto y quedo libre de ese maldito capitan que Dios confunda.... Y.... ¡quién sabe! quizás me sirva para poder recurrir á los grandes medios si las cosas se tuercen, y hacer que el General.... sí, el General no me diria que no.

Y despues de estas palabras mas bien pensadas que dichas, el tutor de Ricardo apretó el paso, llegó al campamento, y se dirigió hácia la tienda de uno de los jefes, que se hallaba á la sazon delante de la puerta de la misma, sentado sobre la montura de su caballo, tomando sendos mates que le servia el asistente, con el que hablaba al mismo tiempo de los acontecimientos del pasado dia.

Dicho jefe, que mandaba la division de que formaba parte el capitan Teodoro, era un antiguo militar, de rostro atezado y barba mas bien blanca que negra, hombre valiente como un leon, curtido por la pólvora y acariciado por las balas, que se creia un gran político y un hábil diplomático, pero que era simplemente un infeliz en toda la estencion de la palabra, de buenos y nobles sentimientos, que él ¡raro capricho! procuraba disimular todo lo posible, y de corazon leal y sencillo, que encubria con una tosca capa de brusquedad, que alguna que otra vez dejaba ver el verdadero fondo.

—¡Hola!... ¿qué le trae á usted por aqui tan temprano? —preguntó el militar al ver á don Adrian, al mismo tiempo que dejaba de sorber por la bombilla de plata, y entregaba el mate á su asistente.

—Don Mauricio; en campaña no se pegan las sábanas — respondió Leví, que era íntimo amigo del jefe á quien habia designado con el nombre de don Mauricio.

—De fijo, don Adrian, de fijo; sobre todo por que en campaña suelen no estar muy de sobra — respon-

dió don Mauricio enseñando una parte de su dentadura ennegrecida por el tabaco, al sonreir recordando los primeros tiempos de su carrera militar, en los que el firmamento hacia de tienda de campaña y de colchon el duro suelo.

—Efectivamente don Mauricio, — respondió Levi, al mismo tiempo que tomaba el mate que le ofrecia su amigo — pero además de eso, hay el motivo de que los que somos amigos del Gobierno, de las instituciones y del General, no podemos dormir mas que con un ojo.

—Tiene usted razon amigo mio, tiene usted razon; eso me pasa á mi — respondió con acento de conviccion don Mauricio, que siempre dormia con los dos y á pierna suelta.

—Gracias á eso puede uno descubrir muchas veces los manejos de los díscolos y ambiciosos, mal contentos del paternal gobierno que nos rige — contestó don Adrian.

—¿Acaso usted señor Leví, ha tenido la fortuna de descubrir algun complot? — preguntó sobresaltado don Mauricio, que no temia á la metralla, y temblaba ante las intrigas políticas, quizás por que la primera hiere de frente y las segundas suelen asesinar por la espalda.

—Desearia, don Mauricio que hablásemos á solas unos minutos — respondió Leví con cierto acento misterioso, sin contestar directamente á las palabras de su amigo.

—¿Unos minutos? ¡Y una hora si usted lo desea!

Entremos en la tienda, y allí podremos hablar libremente — contestó don Mauricio, uniendo la accion á la palabra, y penetrando en su alojamiento seguido de don Adrian.

—Vamos, amigo don Adrian — murmuró el militar despues que se cercioró de que nadie podia escuchar lo que se hablara en la tienda — escucho á usted.

—¿No podrá oirnos nadie?

—Nadie.

—Es que lo que tengo que decir á usted es grave.

—No importa, señor Leví — respondió don Mauricio cada vez mas alarmado, — puede usted hablar con entera libertad.

—Pues bien — dijo don Adrian bajando la voz — en el ejército hay traidores.

—¿Traidores en el ejército? — preguntó con sorpresa el viejo militar.

—Sí.

—¡Imposible!

—No solamente en el ejército, sino en la misma division de usted.

—¿En mi division? — respondió don Mauricio fijando en Leví una mirada de estupor.

—Si; en su division.

—Pues entonces es preciso descubrirlos, y hacer un ejemplar castigo, aplicar la ordenanza sin compasion. Traidores, y casi en frente del enemigo; ¡mal negocio para ellos! es asunto que huele á pólvora.

—Mal negocio para ellos si tenemos los leales ha-

bilidad, pero malo y muy malo para nosotros en caso contrario — respondió don Adrian con mal disimulada alegria al ver el giro que tomaba el asunto.

— ¡ Nada de contemplaciones! — añadió el veterano militar.

— Sí, nada de contemplaciones, amigo mio, pero no hay que levantar la caza. He tenido la suerte de descubrir un plan tan vasto, tan grande, tan diabólico, que usted se quedaria admirado si conociera sus detalles.

— ¿De veras?

— Sí.

— Entonces ¿qué hacemos?

— Se trata entre otras cosas, de sublevar una de las divisiones....

— ¿La mia sin duda?

— Exactamente.

El viejo soldado lanzó una enérgica exclamacion.

— ¿Mi division? — exclamó despues con voz ronca por la sorpresa y la rabia, pues le ponia fuera de sí, cualquier falta á la ordenanza de la que él era el más fiel observador.

— Si amigo mio, si; la division de usted está minada; uno de los oficiales mas queridos de las tropas está vendido á la revolucion.

— ¿Un oficial?

— Sí; he dudado mucho en dar este paso, en venir á descubrirle á usted lo que se tramaba, en venir á manifestarle quien es el cabecilla; en primer lugar por que no está en mi carácter el oficio de delator, y en se-

gundo, porque Ricardo, mi antiguo pupilo, al que quiero siempre á pesar mio, por mas que sea un ingrato para mí, se encuentra íntimamente ligado con el jefe de la conspiracion. Pero antes que todo es el deber, ántes que todo es la seguridad del Estado y....

—¡Oh! seguramente; ¿pero dice usted que su pupilo?....

—Sí; es un loco, un estraviado que formaba parte de las fuerzas revolucionarias, y que hoy se encuentra....

—¿En dónde?

—Prisionero de nuestras tropas.

—Entonces....—murmuró don Mauricio.

—Es que no está prisionero mas que en la apariencia, pues tiene por cárcel la tienda de campaña de su cómplice, del oficial que debe dar antes de cuarenta y ocho horas el grito de rebelion—contestó don Adrian.

—¿El nombre de ese oficial?—preguntó el viejo militar con acento breve.

—El capitan Teodoro—respondió Leví, con decision.

—¡Imposible! —respondió el militar con energia —el capitan Teodoro es el mejor y mas pundonoroso oficial de mi division, y no es capaz de faltar á su deber ni por nada ni por nadie.

—Amigo mio, siento decírselo á usted; las apariencias engañan, y á usted le han engañado: le creia mas diplomático.

—¿Qué tiene que ver la diplomacia con el capi-

tan Teodoro?—respondió don Mauricio resentido en su amor propio.

—Porque si hubiera usted sido mas observador, no se hubiera usted dejado engañar tan cándidamente por ese oficial.

—Es que todo el ejército piensa lo mismo que yo.

—En los demás es disculpable, ¿pero en usted?.... un gran político, de mirada penetrante é investigadora....—respondió don Adrian procurando halagar el amor propio de su interlocutor.

—Pero; ¿y las pruebas?

—¿Qué pruebas?

—Las de esa conspiracion de la que es el jefe el capitan Teodoro.

—No puedo dar á usted mas pruebas, que decirle que su division está ganada, y que el capitan Teodoro espera el amanecer de pasado mañana, para entregar á los prisioneros sus armas, y dar el grito de rebelion, despues de concluir de ponerse de acuerdo con varios jefes de la revolucion que le esperan á veinte leguas de aqui.

—Es que el capitan Teodoro está en el campamento, y mal puede por lo tanto ponerse de acuerdo con los revolucionarios.

—Es verdad, pero antes de dos horas, el capitan Teodoro vendrá aqui para pedirle á usted licencia por unos dias,— respondió don Adrian.

—¡Oh! si asi fuera....—contestó el viejo militar dudando á pesar suyo.

—Asi será ¿con qué pretesto? eso no sabré decirlo.

—Luego es cierto?

—¿Acaso lo dudaba usted?

—Me parecia imposible que el capitan Teodoro....

—¿Duda usted aún?

—No sé, no sé....

—Puede usted hacer lo que guste, dudar ó no; pero le advierto, que si el capitan Teodoro sale del campamento, si se pone de acuerdo con los jefes enemigos, la revolucion arrastrará parte del ejército, usted quedará deshonrado, y nuestras santas instituciones, nuestra querida pátria estará en peligro. Nada mas digo á usted, querido amigo, me retiro, por que tengo que escribir al General todo cuanto acabo de referir á usted y.... ya sabe usted tan bien como yo, que á él no le gustan ni retardos ni contemplaciones—dijo don Adrian acentuando de un modó especial sus últimas palabras.

Despues, dió media vuelta, y salió lentamente de la tienda de campaña, dejando aterrado y confuso al bravo militar, que iba quizás inconscientemente á secundar los tenebrosos planes de Leví.

CAPITULO IX

Contrariedades

No era el capitan Teodoro hombre que prometiera en balde; así es que en cuanto cumplió con sus deberes de militar, se dedicó á buscar al incógnito salvador de su amigo. Pero desgraciadamente, todas sus pesquisas fueron inútiles, pues ni entre los heridos ni entre los prisioneros encontró al jóven soldado.

Buscó entre los muertos, pero ninguna de las infelices víctimas de aquella triste jornada, presentaba los rasgos que segun Ricardo debian caracterizar á su valiente desconocido.

Pesaroso y cabizbajo volvió el jóven oficial á la tienda, en donde le esperaba Ricardo lleno de fébril impaciencia.

—¿Qué has averiguado?—preguntó con ansiedad el jóven herido.

—¡Nada!—respondió con desaliento el oficial.

—La fatalidad me persigue—añadió Ricardo.

—No desmayes, ten ánimo— murmuró Teodoro.

—¡Oh! la desesperacion me mata.

—Calma, Ricardo, calma,—respondió el capitan, que estaba muy léjos de seguir el consejo que daba á su amigo.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Qué pienso hacer?

—Si.

—En primer lugar, pedir al coronel una licencia por quince dias; bien sabe Dios que en estas circunstancias me cuesta bastante trabajo pedir licencia, pero es de todo punto necesario, necesito estar libre.

—¿Y despues?

—En seguida que obtenga la licencia, vendré á que formemos nuestro plan de campaña en vista de las noticias que nos traiga Márcos.

—¿No nos hará traicion tu asistente?

—No; es fiel como un perro.

—¿Volverás pronto?

—Antes de una hora—respondió el capitan Teodoro.

Despues de estas palabras, el jóven oficial se despidió de su amigo, salió de la tienda, montó á caballo y se dirigió hacia el campamento.

Le urgia hallarse libre, poder disponer de su tiempo y de su persona.

Presentia que algun peligro amenazaba á Ricardo, y sobre todo á la hermana de su amigo, á Matilde, á su amada Matilde, pues el jóven oficial amaba y era

amado por la hermana del infeliz herido. Sea como sea la salvaré, y desgraciado de don Adrian Leví si se cruza en mi camino;—pensaba el jóven,—sí, la salvaré, desharé los planes tenebrosos de ese infame bandido.

¡Oh! y pretende casarse con ella, continuó diciendo para si Teodoro, cuyo rostro se animó con una enérgica expresion, al mismo tiempo que maquinalmente castigaba á su cabalgadura que salió á galope largo.

Bien pronto se encontró el oficial en el campamento, y muy luego ante la tienda de campaña de don Mauricio, que se hallaba en aquel instante paseando por su estrecho alojamiento, pensando en la grave denuncia que le habia hecho don Adrian, denuncia que le habia contrariado estraordinariamente, poniéndole de un humor de los demonios y haciendo que su tostada frente se cubriera de menudas arrugas, las que iban desapareciendo á medida que el tiempo pasaba, y con él las probabilidades de que el capitan Teodoro se presentara con la pretencion indicada por Leví.

Como hemós dicho anteriormente, don Mauricio Ruiz, que Ruiz era el apellido del coronel, era un hombre de bien en toda la estension de la palabra, militar de la antigua escuela encanecido en el noble ejercicio de las armas, y prototipo de la lealtad, el cual hacia largo tiempo que se habia dedicado á las faenas del campo, las que á la sazon habia abandonado para volver á vestir el uniforme, en la creencia de que la

patria estaba en peligro y demandaba el auxilio de su brazo.

En el momento en que le hemos presentado á nuestros lectores, se encontraba al frente de un cuerpo de milicias, que formaba una de las varias divisiones de campaña mandadas por el general Tajes.

La espresion ceñuda del buen coronel Ruiz habia desaparecido casi por completo, cuando la puerta de la tienda se entreabrió y apareció en ella la simpática y varonil figura del capitan Teodoro.

El viejo militar detuvo su paseo, miró de arriba abajo al recien llegado, pareció dudar un momento, y luego tendió la mano á su subalterno al mismo tiempo que murmuraba:

—Tarde viene usted, capitan.

—Mi coronel,—ruego á usted me dispense si no he venido antes á tomar sus órdenes, pero he estado toda la mañana visitando á los heridos y prisioneros, y reconociendo los muertos que quedaron ayer en el campo de batalla, por si encontraba entre ellos el cadáver de alguna persona conocida,—respondió el oficial.

—La ocupacion es muy humanitaria sin duda alguna, pero es bien poco militar.

—Mi coronel—contestó Teodoro, al que habia estrañado el tono especial con que su jefe habia pronunciado las anteriores palabras—me parece que no he faltado á mis deberes; he asistido á la lista de diana y como no recibí ninguna comision especial, creia poder disponer del tiempo á mi antojo.

—Muy bien, capitan, nada hay que reprochar en su conducta.

—Gracias, mi Coronel.

—Segun tengo noticia, á esa ocupacion de auxiliar á los heridos se dedica usted desde ayer,—murmuró Ruiz despues de un instante de silencio.

—¿Desde ayer?

—Seguramente, puesto que desde entonces se aloja en su tienda de usted uno de los revolucionarios heridos.

—Asi es efectivamente.

—Y ese revolucionario ¿quién es, cómo se llama?

—Se llama Ricardo Sasturen.

—¡Ah! Ricardo Sasturen,—respondió el coronel, con un acento particular—si no me equivoco, ese Sasturen es uno de los revolucionarios mas peligrosos.

—Ignoro, mi coronel, si es ó no es peligroso, pero lo que si sé, es que le llamo amigo desde hace mucho tiempo, que quizás pronto seamos parientes, y sobre todo, que es un enemigo vencido al que salvé ayer de la muerte que unos soldados iban á darle, contraviniendo á las órdenes del General en jefe.

—Bien, muy bien, asi me gusta; valiente en el combate y generoso y compasivo despues de la victoria; asi deben ser los militares.

Despues de estas palabras, el coronel volvió á reanudar sus paseos, reinando un instante de silencio que fué interrumpido por el capitan, que murmuró con cierta vacilacion:

—Mi Coronel, deseaba pedir á usted un favor.

—¿Un favor? Capitan—respondió don Mauricio deteniéndose y haciendo un gesto de expresion incomprensible para el jóven.

—Sí, señor.

—¿Y qué favor es ese?

—Uno muy sencillo, pero de gran importancia para mi.

—Bueno; ¿qué desea usted?

—Una licencia por quince dias—respondió resueltamente Teodoro.

—¡Una licencia!—exclamó Ruiz, al que la peticion de un subordinado habia hecho un efecto de los mas desagradables.

—Sí, mi Coronel.

—¡Licencia, en los momentos en que es preciso no descuidarse, momentos en los que no sabemos si la revolucion ha terminado ó nó con la derrota de ayer, cuando todo el pais está en conmocion, y por doquiera aparecen descontentos! ¿es en estas circunstancias cuando viene usted á pedirme licencia?

—Mi Coronel, me es de absoluta necesidad—respondió Teodoro, fuertemente impresionado por las palabras de su jefe.

—Cuando la patria está en peligro, es deber de los buenos ciudadanos sacrificarse por ella.

—Todos hemos cumplido con ese deber, y tenga usted por seguro, mi Coronel, que la pátria me encontrará siempre dispuesto á derramar mi sangre por ella lo mismo ayer que hoy, lo mismo hoy que mañana: —contestó el jóven con dignidad.

—¿Entonces?...

—Ayer, mi Coronel, llené mis deberes para con esa patria que amo tanto por lo menos como el primero, y hoy, que creo con razon haber cumplido con ella, vengo á demandar unos dias de libertad, para ventilar asuntos particulares de la mayor importancia para mí.

—Capitan, la pretension de usted tiene todos los visos de una desercion—dijo el coronel con cierta violencia.

—Mi Coronel, ni ahora ni nunca he dado motivo para que se me juzgue así, y no admito que se me llame desertor—respondió el jóven con entereza.

—Capitan Teodoro, no tolero ni por un momento ese tono descomedido con que usted se expresa, y escuso decirle que no accedo de ningun modo á su demanda de licencia, que presenta todas las apariencias de una imposicion— respondió el coronel con acento irritado.

—Mi Coronel, yo no pretendo imponerme, pero tampoco puedo permitir que mi honor se manche con la mas leve sospecha. Asuntos de la mas alta importancia, cuestiones en las que me vá mas que la vida, me obligaban á pedir á usted un favor, que si bien grande, muy grande para mí en estos momentos, es de los que se pretenden y conceden diariamente por motivos de menor cuantia. En vez de acceder á mis deseos, mi jefe ha lanzado sobre mí una frase, ante la que tenia que revelarme, á riesgo, de lo contrario, de dejar de ser digno del honroso uniforme que visto, de la patria á quien sirvo, y de usted que es mi jefe:—contestó Teodoro con creciente energia.



—Entrégueme usted su espada—repitió don Mauricio con voz breve.

—¡Capitan, no sufro recovenciones!

—¡Coronel, no permito que se me ofenda!

—¡Cumpla usted con sus deberes de militar!

—¡Nunca he faltado á ellos!

—Basta; no admito insubordinaciones.

—¿Me niega usted la licencia?

—Capitan, esa insistencia me irrita, y se hace sospechosa....

—¡Mi Coronel!...

—Entrégueme usted su espada, y preséntese arrestado en la mayoría—respondió con acento irritado el coronel Ruiz.

—¿Arrestado?—contestó Teodoro lleno de sorpresa.

—Entrégueme usted su espada—repitió don Mauricio con voz breve.

—Tómela usted, mi Coronel— respondió Teodoro desciñéndose el arma y presentándosela á su jefe.

—Está bien; ahora cumpla usted inmediatamente mi órden de arresto.

—¿Por cuánto tiempo quedo arrestado?

—Ya lo sabrá usted.

—Obedezco, pero....

—No doy esplicaciones á mis subalternos — respondió el coronel cuyo rostro habia tomado una marcada expresion de dureza.

—Está bien—respondió el capitan, y despues de saludar militarmente á su jefe, salió de la tienda de campaña, y se dirigió á la mayoria de su batallon, en donde se constituyó en arresto, con gran asombro de

sus compañeros, que por mas que discurrian no podian esplicarse que motivo habria podido dar el capitan Teodoro para merecer aquel castigo.

Pero aunque nada habria sido tan natural, como el que los amigos y compañeros del jóven oficial hubieran pedido su libertad en atencion á la pasada victoria, ninguno de los subalternos del coronel Ruiz se atrevió siquiera á formular su pensamiento sobre el particular, pues si bien el coronel era bondadoso y considerado con ellos, era al mismo tiempo severo hasta la exageracion y pudiéramos decir inflexible cuando se trataba de la subordinacion del soldado.

En cuanto al jóven, se encontraba presa de la mayor desesperacion, pues pasado el primer momento de la natural irritacion producida por las palabras del Coronel, su situacion se le presentó con toda su terrible realidad, comprendiendo que aquel inesperado incidente era la perdicion de Matilde, que se encontraba á merced del infame Leví, sin que nadie pudiera acudir en su socorro.

En cuanto á don Adrian, llegó á la tienda de don Mauricio pocos instantes despues de salir de ella el capitan, y cuando aún el honrado veterano se encontraba bajo la penosa impresion de la anterior escena, que bien contra su voluntad habia terminado de aquel modo, pues el jóven militar era uno de los subalternos que mas queria, y solo por el giro un tanto violento de las palabras cruzadas, y por la infame denuncia de Leví, habia arrestado á su oficial predilecto.

Don Adrian que conocia el arresto de Teodoro, penetró con cierto aire de triunfo en la tienda del coronel.

—¿Tenia ó no tenia razon?—murmuró Leví despues de saludar á don Mauricio.

—No sé—contestó con voz breve el militar.

—Me parece que no es dudoso.

—Tampoco está muy claro, señor Leví, y si en vez de haber sido á mi, á un amigo, le hubiera usted hecho á otra persona la denuncia consabida, es posible que se hubiera usted metido en algun mal negocio sinó tenia usted pruebas para justificar su acusacion.

—En estos asuntos las pruebas son difíciles de procurar.

—Si, es verdad.

—El caso es, don Mauricio, que ha prestado usted un gran servicio al pais, evitando con el arresto de ese capitan que corra mas sangre uruguaya; es un servicio que le honra....

—Gracias.

—Y que tendrá su recompensa.

—He cumplido con mis deberes—respondió el coronel que parecia fuertemente contrariado.

—Y ahora que ha cesado el peligro de una nueva intentona — continuó don Adrian — pienso partir para Montevideo á donde me llaman asuntos urgentes.

—Buen viaje, señor Leví, y tenga usted en cuenta un consejo que me permito darle.

—¿Un consejo?

—Sí.

—¿Cuál?

—Que procure usted que el capitan Teodoro no sepa que usted ha sido su delator, por que es posible que si lo llega á saber le mate á usted como á un perro.

—Gracias por la advertencia, viviré sobre aviso —respondió don Adrian con voz un tanto temblorosa, al pensar que pudiera realizarse el pronóstico de su amigo.

CAPITULO X

Un hombre agradecido

Mientras tenian lugar las escenas anteriormente descriptas, Ricardo esperaba inútilmente el regreso del capitan. Las horas pasaban una tras otra con desesperante lentitud para el infeliz herido, que consideraba que el peligro que corria su pobre hermana aumentaba en relacion directa con el tiempo que trascurria.

Mas de una vez, contraviniendo los preceptos del médico, que habia prohibido que tuviera el mas pequeño movimiento, pues si bien las heridas no presentaban gravedad habia que evitar una complicacion, quizo lanzarse del lecho de campaña en que yacia y salir en busca de su amigo. Pero no siempre la voluntad es bastante para dominar la materia, y el dolor le habia hecho bien pronto renunciar á su intento y volver á su inmobilidad.

Próximo á ocultarse se hallaba el sol, cuando sintió pasos cerca de la tienda, apareciendo en ella po-

cos momentos despues el asistente del capitan Teodoro.

—¡Oh! Márcos — murmuró Ricardo con cierta contrariedad.

—¿Y el capitan? — preguntó el asistente despues de lanzar á su alrededor una mirada investigadora.

—No ha venido desde esta mañana — respondió Ricardo. —¿Acaso has averiguado alguna cosa?

—Si asi no fuera no estaria yo por aquí; me he enterado de lo principal, por lo que espero que me perdone el capitan mi torpeza de ayer.

—¿Qué has sabido? habla — añadió Ricardo.

—¡Oh! ¿qué hable?

—Sí, habla, ¿qué noticias traes?

—Hablar no cuesta trabajo, pero si el capitan se enoja por que cuente á usted lo que he sabido...

—No temas, te respondo que tu jefe no te dirá nada por eso; puedes estar tranquilo.

—Si usted me lo asegura....

—Sí, cien veces sí, habla de una vez — respondió el jóven herido con creciente impaciencia.

—Entonces bueno, pero sentiria que mi capitan....

—Te digo que puedes hablar conmigo lo mismo que con él.

—Está bien.

—¿Encontrastes á tu amigo?

—Sí y no.

—No comprendo.

—Le encontré pero no pude hablarle.

—¿Porqué?

—Porque se hallaba con su jefe, que es un comandante segun supe despues. Se encontraban los dos en la cañada, á la orilla del arroyo, y hablaban en voz baja.

—¿Y no pudistes oir lo que decian?

—No señor, harto hacia en observarlos sin que me vieran; ademas, el viento era contrario.

—¿Y despues?

—Estuvieron hablando un buen rato, hasta que se levantaron y echaron á andar; despues, se separaron, dirigiéndose el comandante hácia el campamento, y el asistente en direccion opuesta.

¿Y tú qué hicistes?

—Yo dudé un momento entre seguir al primero ó dirigirme al segundo, decidiéndome por no perder de vista al jefe, pues calculé que averiguando el nombre del patron fácil me seria encontrar al asistente.

—No estaba mal pensado.

—El comandante llegó al campamento y se dirigió á la tienda del coronel don Mauricio.

—¿Quién es el coronel don Mauricio?

—¿No conóce usted á don Mauricio? Pues es el jefe del capitan—terminó diciendo Márcos al ver que Ricardo contestaba á su pregunta con un signo negativo.

—¿Y el comandante?

—Ese estuvo largo rato en la tienda del coronel, y yo mientras aproveché el tiempo averiguando su nombre.

—¿Y cómo se llama?

—El jefe á quien sirve mi amigo es el comandante Leví.

Ricardo sintió que la sangre afluia con mayor rapidez á su corazon, y un escalofrio recorrió todo su cuerpo; sus sospechas se realizaban: el punto en que se ocultaba Matilde estaba descubierto.

—¡Oh! don Adrian ha sorprendido el secreto—murmuró Ricardo como hablando consigo mismo.

—¿Don Adrian?

—Sí; el comandante Leví: continúa.

—Cuando salió el comandante, en vez de seguirle me dediqué á buscar á su asistente, pero por mas que hice no pude encontrarle; en cambio, ví al comandante abandonar el campamento y tomar el camino del Departamento de Rio Negro.

—¿De Rio Negro?

—Sí.

Ricardo se estremeció; ya no le cabia duda, el infame don Adrian no solamente sabia la morada de Matilde, sino que habia formado algun plan tenebroso, y para su realizacion abandonaba el campamento. Era por lo tanto necesario no perder tiempo, ponerse en compañía, socorrer á la pobre niña. ¿Pero cómo? El capitan Teodoro no llegaba, y él que se moria de rabia y desesperacion nada podia hacer.

—Es necesario, Márcos, que busques inmediatamente al capitan, es preciso que le encuentres á toda costa; de ello depende la tranquilidad de tu jefe y la mia — murmuró Ricardo despues de un instante de silencio.

—Le buscaré, señor, le buscaré.

—Anda, si, búscale sin descansar, refiérele lo que me acabas de contar, y dile de mi parte que le espero.

—Está bien, así lo haré—respondió Márcos, saliendo de la tienda despues de pronunciar estas palabras.

Al cabo de una hora el asistente del capitan Teodoro volvia á penetrar en el alojamiento de Ricardo. El rostro del pobre paisano parecia velado por una nube sombria.

—¿Y el capitan?—preguntó Ricardo con ansiedad.

—El capitan no puede venir; esta arrestado de órden del coronel don Mauricio, y me ha sido imposible hablar con él.

—¿Arrestado por el Coronel?

—Sí.

—¡Oh! en ese arresto veo claramente la mano de don Adrian, ¡Matilde está perdida!... Pobre hermana mia, pobre de mi y pobre Teodoro!—murmuró lleno de desesperacion el infeliz herido.

—¿Le amenaza alguna desgracia al Capitan?—preguntó con vivo interés el asistente.

—Sí, una desgracia que le ha de hacer infeliz para toda su vida.

—Señor, eso no puede ser, no señor, el capitan Teodoro no puede ser desgraciado, ¡no habria justicia en la tierra!—respondió Márcos con una emocion que llamó la atencion de Ricardo.

—¿Quieres mucho al capitan?—preguntó con curiosidad el jóven.

—¿Que si quiero al capitan? ¡cien vidas que tuviera este pobre gaucho las daria por él!—respondió con vehemencia el soldado.

—¡Ah!

—¿Qué digo cien vidas? ¡mil y mas! Usted no comprenderá que yo quiero al capitan de ese modo, pero ha de saber usted, que sin él ya hubiera yo entregado el rosquete hace tiempo, despues de morir cien veces de rabia y desesperacion. ¡Oh! señor; esa es una historia vieja que yo no olvido. Digame usted si á costa de toda mi sangre puedo evitar que el capitan Teodoro sea desgraciado como usted dice, y pronto estoy á derramarla—y al pronunciar estas palabras, el semblante franco y leal del paisano se animaba de un modo extraordinario.

Una idea cruzó rápidamente por la imaginacion de Ricardo, que fijó una mirada penetrante en su interlocutor, como queriendo adivinar si aquellas protestas de afecto eran ó no verdaderas. El resultado de aquella mirada fué completamente satisfactorio para el asistente.

—¿Tanto le quieres?— le preguntó.

—No le diré á usted, ni si, ni no, pero si usted me lo permite, le contaré mi historia en dós palabras, y despues usted me dirá si no debo ser fiel como un perro para el capitan.

—Te escucho y....

—¿Y qué? señor.

—Y te prometo si es asi, procurarte la ocasion de que le prestes un servicio tan grande al capitan, que acaso saldes tu deuda.

—¡Oh! eso nunca.

—Empieza.

El soldado pareció reconcentrarse un instante en si mismo, y luego comenzó del siguiente modo su relato:

—Hace dos años, era yo mas libre que el viento y me consideraba feliz, en lo que puede uno ser feliz en este mundo.

Trabajaba en una estancia donde era querido y apreciado, y era cosa de verme los domingos ir á las pulperias de los contornos, ginete en mi lobuno que se moria por hacer corcovos, con el recado chapeado de plata, y el arreador parejero del recado y del tirador en el que siempre saltaban unas cuantas amarillas dispuestas para pagar la copa de los amigos, ó hacer una puesta, ó echar una manita á la taba, en la que yo era un jugador de los buenos.

Todo iba bien; pero un dia, se cruzó una hembra en mi camino, y de ahí vienen todas mis desgracias. Sin embargo, bendito sea el instante en que conocí á mi china, pues sin ella ya me hubiera roto el *mate* contra una piedra.

¡Oh! habia usted de haber visto á mi Petrona lo bonita que estaba el dia que la conocí. Era el tiempo de la hierra, y habia gran fiesta en la estancia. Todas las muchachas del pago estaban allí, y mozos no hay que decir, y el *coperio* de primer órden; aquello, señor, era una fiesta, lo demas nada.

Yo antes era algo aficionado á payar, y tenia un poquito de amor propio cuando tomaba la guitarra.

Aquella noche estaba yo payando con un paisano de las cercanias, mozo muy compadre y pretencioso, que se tenia por el mejor payador de aquellos pagos. Rato hacia que le dábamos duro y parejo á la guitarra y á la lengua, cuando entró Petrona dando envidia á las demás muchachas, vestida con un trajecito nuevo de sarasa, y unos colores como una rosa.

Verla y sentir algo que me arañaba en el corazon, todo fué uno; crucé una mirada con ella y desde aquel momento nos entendimos.

Concluimos de payar, y empezó el baile.

Gatos, pericones, de todo se bailó, y yo bailé con mi Petrona un pericon relacionado que no se me olvidará mientras viva.

Desde aquella noche nos quisimos Petrona y yo, y formamos el proyecto de casarnos en cuanto yo reuniera unos cobres para los gastos.

Petrona, era hija de uno de los puesteros de una estancia próxima, y el rancho donde vivia con su madre y con el viejo Juan que así se llamaba su padre, fué desde entonces mi punto de parada en todos los momentos que tenia libres.

¡Qué feliz fuí yo en aquella época!

Pero detrás de la calma viene el pampero, y para los pobres paisanos el pampero suele ser el comisario de la seccion, que por desgracia en vez de garantizarles sus derechos de ciudadano, se convierten á veces en infame cacique, siendo el mas terrible azote del infeliz gaucho que no tiene cónsul. Es verdad que para esos tiranuelos, el paisano no es un hombre, y

está obligado á satisfacerle todos los caprichos. ¡Desgraciados los que si se le antoja una vaca, un caballo ó cualquier otra cosa no se la regalan! El que no le haya hecho el gusto, puede mandarse mudar sino quiere ir preso bajo cualquier pretesto en á comisaria, ó ser remitido al juzgado por supuesto delito de abijeato. Otras veces no es la vaca ni el caballo, sino la hija ó la hermana lo que desea el comisario que sale de mala ley, y raro es que no cometa un atropello y pierda para siempre á una familia.

En la seccion donde se hallaba el rancho de mi *china,* habia un comisario, matrero arrepentido segun decian, y mas malo que Cain.

Para Petrona y para mí pasaban los dias tranquilos y dichosos, cuando el demonio hizo que el citado comisario viera á la muchacha y se enamorara de ella. Desde aquel dia empezó nuestro martirio. El maldito comisario se pasaba las horas muertas en el rancho de Juan, insinuándose con mi Petrona, que le rechazaba del mejor modo posible para no irritar al bandido aquel, y evitar que ella y yo fuéramos el blanco de sus iras. Yo, por mi parte me moria de rabia viendo al comisario arrastrarle el ála á mi *china,* y mas de una vez tuve intencion de dar un disgusto á aquel canalla. Los padres de mi muchacha, se hallaban apesadumbrados, pues veian que aquello tenia que concluir mal. En cuanto á mí, iba al rancho muy de tarde en tarde y cuando nadie me veia, pues el comisario habia amenazado con meter en la cárcel á todos los del rancho si me encontraba por allí, y á mí me-

terme en el cepo hasta que reventara. Si solo hubiera sido por mí, bien seguro puede estar el comisario que me hubiera encontrado bien pronto, y hubiera recibido una buena caricia de mi arreador, pues era tan cobarde como malo, é incapaz de pelearse con nadie, pero estaba Petrona por medio y me hize el *zonzo*.

Seguia menudeando sus visitas el comisario, el cual un dia si y otro no armaba baile en el rancho, y cada vez aumentaban sus pretenciones, cuando una tarde, suponiendo que no iria por la morada del viejo Juan, me encaminé hacia ella, deseando ver á mi pobre Petrona que cada vez estaba mas triste y apesadumbrada.

Me recibieron como de costumbre aquellas buenas gentes, y en los ojos de mi muchacha brilló un rayo de alegria. Nos sentamos en la cocina, y empezaba á correr el mate, cuando sentimos ruido de caballos, y un momento despues apareció el comisario en la puerta del rancho.

CAPITULO XI

Continuacion y fin del anterior

Petrona y sus padres cambiaron de color al ver á aquel mal hombre en la puerta, y él se puso verde, verde como la albahaca, mientras yo le miraba tranquilamente diciendo al mismo tiempo para mí:

—Milagro será que este bruto no arme ahora la gran *farra*.

—Buenas tardes don Juan—dijo con voz ronca el comisario.

—Buenos dias señor Comisario — respondimos todos.

—¿Y tú qué haces aquí? buena pieza—añadió aquel bandido dirigiéndose á mí.

—Ya lo vé, señor, pasando el rato,—contesté yo.

— Todos le queremos mucho—añadieron los padres de Petrona con voz no muy segura.

—Le quieren ¿eh? pues me alegro; pero como yo no quiero gente mala ni sospechosa por mi seccion,

ahora mismo se larga mas que de prisa, si no quiere que le acaricie las espaldas — contestó sulfurado el comisario.

— Pero señor, si no hace nada malo.... — empezó á decir mi novia.

— No hace nada malo, conforme, pero puede hacerlo y quiero evitarlo.

— Señor.... — continuó diciendo Petrona, que veia que un color se me iba y otro se me venia, y queria evitar á todo trance que me trenzara con aquel hombre.

— ¡ Basta de súplicas, y silencio, maulas ! — contestó el comisario — y tú gaucho malo, apriétate el gorro y mándate mudar, pues sino te haces humo te voy á poner blando como una breva.

Me levanté; la sangre me subió á la cabeza, pero supe contenerme; estaba de Dios, sin embargo, que aquello habia de acabar mal. Petrona y su madre quisieron pedir por mí, pero aquel hombre las rechazó brutalmente vomitando una infinidad de insultos.

— Insultar y maltratar á las mujeres, es feo, señor Comisario, — dije yo conteniendo á duras penas la rabia que me dominaba.

— ¡ Sarnoso ! ¿ te atreves á insultarme ? — respondió el comisario ciego de ira, al mismo tiempo que sacaba la *lata* — ¡ ahora vas á ver lo que es bueno, ladron matrero ! — y aquel bandido se me echó encima tirándome un tajo á la cabeza que evité dando un salto.

El comisario volvió á la carga, y quiso madru-

garme, pero yo ya estaba en guardia con el poncho liado al brazo y el cuchillo en la mano, dispuesto á trenzarme con aquel bandido; mas el comisario era cobarde, y retrocedió llamando á los *milicos* que le acompañaban. Pude cortarle el resuello, pero me dió asco matar á un hombre tan cobarde, y esto me perdió. Además, el temor de comprometer á mi novia y á sus padres me contuvo. Entraron los seis hombres que venian con el comisario, y no me hubiera sido difícil escapar de ellos, si no hubiera tenido la desgracia de tropezar y caer al suelo. Entonces todos se echaron encima, y apesar de las lágrimas de Petrona, de los ruegos del viejo Juan y de mis esfuerzos, me ataron como si hubiera sido un fardo.

—Ya estás á mi gusto, bribon, — murmuró el comisario — y ahora ya te compondré yo en la comisaria y te bajaré el cogote á rebencazos.

Hice un esfuerzo para soltarme, pero inútilmente.

—Y en cuanto á vosotros — añadió dirigiéndose á la muchacha, y al viejo Juan y su muger — ya están andando conmigo á la comisaria, y de allí á la cárcel en donde se han de secar en castigo de tratarse con matreros como ese. ¡Vamos! — añadió dirigiéndose á los milicos — aseguren á esos dos viejos y á ese sarnoso, que con la muchacha yo me arreglaré.

Despues de pronunciar estas palabras, el comisario agarró á Petrona que lloraba amargamente, y apesar de que la pobre chica se defendia con piés y manos, la sugetó, la sacó al campo, montó á caballo y partió al galope llevándose á mi china.

Yo lancé un rugido, hize un esfuerzo sobrehumano, conseguí romper mis ligaduras, y ántes que los *milicos* se dieran cuenta de ello, estaba ya en el palenque, habia saltado sobre mi lobuno y corria como un diablo detrás del canalla que se llevaba á mi Petrona.

No era malo el *flete* del comisario, pero el que yo llevaba era una centella, y tenia esperanzas de alcanzarle. En el primer instante olvidé que estaba desarmado, pues el cuchillo me lo habian quitado los milicos. Á pesar de eso, yo castigaba sin cesar á mi *pingo*. Bien pronto me encontré á cuadra y media del comisario, que al verme hizo un gesto estraño y apuró al *mancarron:* yo obligué al mio y seguí adelantando terreno. El comisario al ver que le iba á los alcances, sacó una pistola, me apuntó sin dejar de correr é hizo fuego.

Al ver que me apuntaba bajé la cabeza, y la bala no me tocó. Pero aquello aumentó mi rabia y castigué á mi lobuno que dió un salto y siguió corriendo. En cuanto á Petrona, al verme habia empezado á gritar, procurando al mismo tiempo desacirse del brazo del comisario. Este, viéndome llegar, y comprendiendo que los esfuerzos de la muchacha le estorbaban para apurar el *pingo*, alzó el arreador y cruzó la cara de mi pobre china, que dió un grito, y perdió el conocimiento.

Yo, al ver que aquel bárbaro pegaba á mi Petrona, castigué al lobuno, y busqué mi cuchillo en el tirador. No lo tenia; pero al bajar la mano me en-



Tomé un par de boleadoras, las hice girar sobre mi cabeza...........

contré con las boleadoras y el lazo que llevaba sujeto en el recado. Lancé un grito de alegria: el comisario era hombre muerto: Petrona iba á verse libre. No tenia tiempo que perder; los *milicos* venian persiguiéndome y estaban á seis ú ocho cuadras de distancia: del comisario apenas me separaban veinte varas; tomé un par de boleadoras, las hice girar sobre mi cabeza y las lancé á los piés del caballo de aquel bandido. El pobre animal rodó por tierra arrastrando en su caida á Petrona y á mi enemigo.

Llegué al sitio en que se hallaba tendido el comisario, pues no habia tenido tiempo para desenredarse del caballo; en cuanto á mi china, habia vuelto en si y al verme se arrojó á mis brazos. En su cara se veia la sangrienta huella dejada por el arreador. Tentaciones tuve de matar á aquel cobarde, pero estaba indefenso, y un gaucho no madruga á nadie.

—¡Infame!—le dije—merecia que le matara como á un perro por lo que ha hecho con mi Petrona.

No debia ser mi acento muy tranquilizador, pues aquel bandido me miró con el rostro desencajado y respondió:

—No me mate, amigo, que yo no queria hacerle nada malo á la muchacha.

—¡Cállese! y dé gracias á que está indefenso—añadí yo disponiéndome á montar sobre el pingo, y á llevarme á mi Petrona.

Ya ponia el pié en el estribo, cuando cayeron sobre mi los milicos. Me defendí como pude, pero todo inútilmente; no tenia un arma con que hacerme res-

petar. Me ataron, y el comisario que ayudado por uno de sus hombres se habia puesto de pié, se acercó á mí, y me dijo con un acento que nunca olvidaré:

— ¡ Bribon, matrero, ahora me las vas á pagar todas juntas! En cuanto lleguemos á la comisaria te voy á hacer bailar un pericon con acompañamiento de rebenque, que no te se ha de olvidar ni en el otro mundo á donde voy á enviarte por bandido y compadre; y en cuanto á Petrona — añadió acompañando sus palabras con una sonrisa asquerosa — ¡ esa está de boda á buenas ó á malas, y tú serás testigo de la ceremonia, gaucho malo! — y al concluir de decir esto, soltó una carcajada y quiso apoderarse de mi novia. Yo sentí que algo estraño pasaba por mí, y atado como estaba me quise arrojar sobre aquel bribon, pero el comisario, que aunque sabia que yo estaba atado, no las tenia todas consigo, sacó el *charrasco* y me tiró un tajo que me hizo una ancha herida en la cabeza. Despues, aquellos hombres y su jefe se ensañaron en mí, me golpearon con los rebenques, y el comisario no contento con eso puso su mano en mi cara: ¡Aquel hombre era un valiente!....

Volvieron á montar á caballo, y el comisario volvió á colocar sobre su mancarron á mi china, mientras que á mí, ensangrentado, magullado, me sujetaron con un lazo lo mismo que á una res, y asi me llevaron á la comisaria. Mucho habia pasado hasta entonces, pero no era nada en comparacion de lo que me esperaba.

Entramos en una sala en la que se veían dos puertas; una que comunicaba con el zaguan, y otra que

daba á una habitacion en donde encerró el comisario á Petrona, guardándose la llave en el bolsillo.

—¿Qué hacemos con este mozo?—dijo uno de los milicos.

—Este canalla nos vá á divertir un rato, con los gestos que haga cuando entre en danza. Vengan un par de carabinas, y á ver si me lo ponen en cepo de lazo, donde concluya sus picardias. ¿Qué tal, te gusta la idea?

Aquellos hombres trajeron las armas pedidas, y empezaron á cumplir las órdenes del jefe. Hace tiempo de aquello, y sin embargo, me da frio solamente al pensar lo que sufrí aquel dia ¡aquellos eran dolores del infierno! Me cruzaron una carabina por debajo de las corvas, carabina que sugetaba tambien mis brazos por las sangrias; me colocaron despues la cabeza entre las rodillas, y poniendo otra carabina sobre mi nuca me ataron á ella las manos. ¡La gran *pucha!*... ¡cuánto sufrí!... ¡mis huesos crugian, mi cuello se tronchaba, y á cada esfuerzo que aquellos sayones hacian para que mi cabeza descendiera hasta mis rodillas, sentia que una oleada de sangre brotaba de la herida de mi cabeza y me inundaba el rostro! Entretanto, el comisario azuzaba á sus hombres, y me llenaba de insultos. Despues que destrozado y medio muerto estuve bien colocado en el cepo, el comisario despidió á los milicos, los cuales estoy seguro que en el fondo de su corazon se compadecian de mí.

—Ahora ya estás á mi gusto, ladron—dijo el comisario cuando estuvimos solos—y voy á cumplirte

lo prometido; voy á probarle á tu china, que vale mas un hombre decente como yo, que no un sarnoso como tú; verás como asi te mueres mas á gusto.

Y el bandido aquel, lanzó una carcajada, y se dirigió á la habitacion donde estaba Petrona. Lo que yo sufria no es para dicho. El comisario metió la llave en la cerradura, pero la puerta no se abrió; la muchacha habia echado los pasadores por dentro. El comisario soltó un juramento redondo, tomó un barrote de hierro que estaba en un rincon, y la puerta saltó.

—¡Ya eres mia, muchacha, basta de remilgos!—exclamó el comisario entrando en la habitacion.

Despues vi salir huyendo á mi china, que lanzó un grito al sentir que aquel hombre le ponia la mano en la cintura; yo, cerré los ojos y me sentí morir.

Pero en el mismo momento, apareció en la puerta del zaguan un hombre, que amparó á Petrona y rechazó violentamente al comisario.

Aquel hombre, señor, era mi capitan, el capitan Teodoro.

—¿Qué es esto? ¿qué pasa aqui? ¿dónde está el comisario?—gritó con voz enérgica el capitan.

—El comisario soy yo, y aunque sea usted el demonio en persona, le voy á meter en la cárcel por entremeterse en lo que no le importa— gritó el comisario ciego de ira.

—¡Miente usted!; de ningun modo puede ser un funcionario público, el hombre que persigue á una pobre niña como hacia usted hace un momento, y en

cuanto á meterme en la cárcel, eso es una ilusion como otra cualquiera.

En aquel momento lancé yo un gemido, y el capitan que me volvia la espalda, reparó en mí; sus cejas se fruncieron, y avanzando hácia mi verdugo le dijo con voz dura:

—¿Quién es ese hombre?

—¿Á usted que le importa?— respondió el comisario con groseria.

—En primer lugar, vá usted á contestarme con buenos modos y no con una groseria, pues lo contrario pudiera ser causa de que le diera á usted una leccion que no fuera muy de su agrado. ¿Quién es ese hombre?

—Un matrero,—gruñó el comisario.

—¡Mentira, señor, mentira!—murmuró Petrona entre sollozos.

—Está bien—respondió el capitan haciendo seña á mi china de que guardara silencio—¿con que ese infeliz es un matrero?

—Si señor, un bandido.

—Pues á ese matrero vá usted á ponerlo inmediatamente en libertad.

—¿En libertad?

—Cinco minutos tiene usted para dejar libre á ese infeliz.

El comisario miró al capitan con insolencia y murmuró.

—Yo no obedezco mas que al Jefe Político.

—Pues hoy me va usted á obedecer á mí, apesar

de que no soy mas que capitan del ejército—respondió con calma mi protector—y le advierto que todavia le hago á usted un favor, por que lo que debia hacer era colocarle á usted en el lugar que ocupa ese hombre.

—¡Á mí!....— gritó á sus milicos el comisario, que no las tenia todas consigo.

—¡Hola!, ¿quiere usted que sea público el desagravio? pues sea.

—¿Quién le ha dado á usted facultades para torturar á ese hombre?

En esto aparecieron en la puerta cuatro de los milicos: otros dos habian vuelto al rancho de Petrona para llevarse presos al viejo Juan y á su muger.

—Á nadie tengo que dar cuenta de mis acciones, y usted ya puede largarse sino quiere pasarlo mal—respondió el comisario envalentonado con la presencia de los cuatro soldados.

—Yo, que soy un hombre honrado, —respondió el Capitan—le he preguntado á usted, deshonra del pais á quien sirve, que quien era ese hombre, y á continuacion le he mandado á usted que lo ponga en libertad, con el derecho que tiene todo hombre de bien á impedir un crímen, pues crímen es, todo castigo no impuesto por las leyes, y mucho mas cuando el castigo no solo no está consignado en los códigos, sinó prohibido por la ley, por lo cual constituye un delito el aplicarlo, y por lo tanto usted que lo aplica es el verdadero criminal en estos momentos.—¡Muchachos—añadió dirigiéndose á los milicos, pongan pron-

to en libertad á ese hombre, si no quieren hacerse cómplices de su Jefe!

Los milicos miraron al comisario que se sentia dominado por la fria energia de mi salvador; despues miraron al capitan, y en seguida los cuatro hombres se llegaron á mí, desataron las ligaduras y cesó mi martirio.

—Está bien—dijó el capitan al verme libre—ahora señor mio,—añadió volviéndose hácia el comisario—ese hombre y esta muger se vienen conmigo, pues yo los tomo bajo mi proteccion, y respondo por ámbos: soy el capitan Teodoro y me encuentro en este punto en comision del servicio.

—Ese hombre y esa muger no salen de aquí—rugió el comisario.

El capitan miró de alto á bajo á mi verdugo, y volviéndose hácia mí murmuró:

—Vamos, amigo, y si es usted un buen hombre, nada tema, que aquí estoy yo.

Me adelanté agarrándome á las paredes y ayudado por Petrona; el capitan se dispuso á seguirnos; pero al ir á salir, brilló un cuchillo sobre su cabeza; era el comisario que ciego de ira queria asesinar á mi salvador.

Afortunadamente, el capitan adivinó mas bien que vió la accion de aquel bandido, y se volvió á tiempo de evitar el golpe, sugetando la mano del comisario, que bajo la presion de la del capitan soltó el cuchillo y vaciló.

—No le castigo á usted como merece—murmuró cón

desprecio mi protector—por que no me gusta mancharme tocando á bandidos de su jaez; sin embargo le aconsejo cambie de rumbo, pues sinó mal porvenir le espera.

El comisario no contestó, pero retrocedió lentamente hácia el fondo de la habitacion. En cuanto á nosotros, salimos de la comisaria al mismo tiempo que llegaban los dos milicos llevando presos á los padres de Petrona.

Escuso decir á usted que el viejo Juan y su muger se vinieron con nosotros.

Al llegar á cierto sitio, el capitan se separó y me dijo al mismo tiempo que me ponia en la mano un par de *brasileras*.

—Mira muchacho, de esta has salido, pero te aconsejo que te marches del pago hoy mismo, pues otra vez no es probable que pueda yo llegar á tiempo de salvarte de las manos de ese bárbaro.

Petrona y sus padres lloraban como Magdalenas; yo, oprimí con mis dos manos la que me tendió el capitan, y juré en el fondo de mi corazon no olvidar nunca que le debia mas que la vida, y morir cien veces por él, si llegaba la ocasion de que me necesitara.

Despues que nos separamos, mi china y sus padres se fueron conmigo á otro departamento. ¿Comprende usted ahora, señor, por qué derramaria toda mi sangre por el capitan?

—Sí, lo comprendo, y veo al mismo tiempo que tienes un noble corazon — respondió Ricardo profundamente conmovido por el relato de Márcos.

—Despues empezó la guerra, —añadió el soldado —y entonces me fuí á ver al capitan, y antes que me arrearan en una razia, senté plaza en su compañia. ¡Quién sabe—me dije—si querrá Dios que le pueda servir de algo en la campaña!

—Si, Márcos, sí; le vas á servir de mucho, vas á evitar una gran desgracia; la empresa es arriesgada y no carece de peligro....

—Está bien.

—Acércate, y escucha.

Márcos se aproximó al lecho de Ricardo, y éste le dió sus instrucciones en voz baja. Segun estas, Márcos debia dirigirse á Libertad, sin pérdida de momento, y advertir á Matilde el peligro que corria.

Despues, el herido entregó al soldado una tarjeta, un pliego, y unas monedas de oro: la tarjeta era para Matilde, y en ella habia escrito Ricardo unas lineas para que se confiara por completo al portador de ella; el pliego era una papeleta de ciudadania estranjera, que en otra época habia servido á Ricardo para pasar á la otra banda, y que en aquel momento iba á servir á Márcos de salvo conducta.

¿Llegaria el asistente del Capitan á tiempo de salvar á Matilde?

CAPITULO XII

Sorpresa

Abandonemos por un instante al capitan Teodoro y á Ricardo, y veamos que habia sido del salvador del último de estos dos personages, que como ya sabemos quedó en manos de doña Luisa y de sus hijas, en tanto que sus compañeros enderezaban el galope de sus caballos hácia el monte cercano, huyendo de las tropas que habian visto dirigirse hacia ellos.

Doña Luisa desnudó al herido, no sin lanzar un grito de sorpresa, á continuacion del cual llamó apresuradamente á sus hijas que en la próxima habitacion comentaban la llegada de los revolucionarios.

—¡ Elvira, Magdalena !— gritó doña Luisa arreglando las ropas del lecho del enfermo — ¡ vengan pronto!

Las dos jóvenes aparecieron en la puerta, lanzando una tímida y curiosa mirada hácia el jóven herido, cuyo delirio se habia convertido en una especie de murmullo ininteligible que apenas se percibia en algunos momentos.

—Mamá, ¿nos llamaba usted?—preguntó Magdalena, que era la mas pequeña de las dos hermanas, y al mismo tiempo la mas decidida.

—Sí; las llamaba á ustedes, porque ocurre una cosa estraña—respondió doña Luisa fijando sus miradas en el herido.

—¿Una cosa estraña?—preguntaron las dos jóvenes con creciente curiosidad.

—Seguramente; estraña y muy estraña; una cosa que encierra un misterio que me es imposible descifrar.... Ese pobre jóven....

—¿Qué?—interrogó Magdalena con interés.

—Que no es lo que parece.

—¿No es un revoluciónario? ¿será por ventura algun bandido? ¡oh! no puede ser, tan jóven, tan simpático como parece....—respondió Elvira.

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—No es eso precisamente; sinó que el que ustedes tienen por un revolucionario, podrá ser todo lo mas....

—¿El qué?—mamá.

—Una revolucionaria, puesto que es una muger y no un hombre.

Las hijas de doña Luisa miraron á su madre con estupor; aquella noticia era seguramente la que menós esperaban, y ¡quién sabe! la menos agradable. ¡Despiertan tanto interés las desgracias de un guerrero, jóven, hermoso, y simpático!....

—¿Una muger?—respondió al fin Magdalena!—¡qué lástima!

—Sí, una muger,—añadió doña Luisa—y esto, me tranquiliza por una parte, pues disminuye nuestro compromiso cuando lleguen las tropas del gobierno, pero por otro lado, cómo explicar....

—¡Oh! no se preocupe usted, mamá—contestó Elvira.

—En fin, sea como sea ya veremos de salir del apuro; lo urgente por el momento es concluir de arreglar á esta pobre niña antes que lleguen los soldados....

—Que si no están ahí, no tardarán mucho en llegar—respondió Elvira.

—Lo supongo, y por lo tanto, tú Magdalena busca una gorrita de dormir, cualquier cosa con que se pueda cubrir el vendaje que tiene esta pobre jóven en la cabeza, y mientras tanto yo voy á ocultar el uniforme de nuestra revolucionaria en sitio donde no dén con él por mucho que lo busquen.

Doña Luisa, salió de la habitacion donde se encontraba la desconocida, seguida de Magdalena, que no dejaba de deplorar en su interior, que él se hubiera convertido en ella.

Un instante despues, el ensangrentado y roto uniforme estaba en lugar seguro, y la cabeza de la misteriosa jóven, se hallaba cubierta por una especie de redecilla de crochet que disimulaba bastante bien el vendaje, dejando salir á través de sus tupidas mallas algunos pequeños rizos de la negra y sedosa cabellera de la pobre jóven, cuyo hermoso semblante alterado por la fiebre, estaba bien lejos de hacer sos-

pechar que pocas horas ántes se batia en los campos del Quebracho.

Pasó un momento: despues se sintió el ruido producido por el galope de algunos caballos, enseguida el ruido cesó.

Doña Luisa miró por el agujero hecho en la puerta, y vió como á unos cincuenta pasos un grupo de soldados de caballeria, y mucho mas cerca, junto á la casa, un oficial y un soldado que se apeaban, y despues de atar los caballos en el palenque se dirigian hacia la puerta de la vivienda.

Doña Luisa abrió la puerta no sin tener que hacer un esfuerzo sobrehumano para dominar el miedo que la embargaba, y esperó al oficial. Este, que era un alferez, al llegar junto á ella llevó atentamente su mano derecha al kepí, al mismo tiempo que murmuraba:

—Buenos dias, señora.

— Buenos dias, señor oficial,—contestó doña Luisa—¿quiéren ustedes tomar unos amargos? pueden pasar adelante—añadió dirigiéndose á los dos recien llegados.

—Gracias señora, pero no podemos detenernos.

—Entonces ¿en qué puedo servirle?

—Señora, estoy encargado de perseguir y recoger todos los revolucionarios que han huido por esta parte, y mi deber me obliga á detenerme aqui— respondió el Alferez, que era un apuesto mancebo, en cuyo semblante varonil y simpático sombreaba apenas un fino y naciente bozo.

—¿Su deber?

—Si señora; de su casa de usted hemos visto salir tres hombres, que por las señas, y por la velocidad con que han huido al divisarnos, no me queda duda de que son revolucionarios.

—Yo.... —respondió doña Luisa con mal disimulado temor.

—Una palabra—añadió el alferez haciendo señal á su interlocutora para que no terminara la frase y le escuchara atenta.

—Escucho, —murmuró doña Luisa que cada vez se encòntraba mas intranquila.

—Deseo señora que sea usted franca conmigo, que conteste usted á todas mis preguntas, que me facilite en fin todos los indicios que pueda para ayudarme al cumplimiento de mi deber.

—Pregunte usted, señor oficial — contestó la paisana.

—¿Quiénes eran esos tres hombres que han huido al aproximarnos nosotros?

—No lo sé.

—¿No los conocia usted? señora.

—No señor; esta mañana los he visto por primera vez.

—¿Pero sabrá usted que son revolucionarios?

—Tampoco; lo supongo ahora en vista de lo que me acaba usted de decir.

El jóven oficial fijó una interrogadora y penetrante mirada en doña Luisa, como procurando adivinar si aquellas palabras eran verdaderas ó resultado de un refinado fingimiento.

—¿Para qué se detuvieron aquí, teniendo como debian tener gran prisa por alejarse del campo de batalla?

—Se detuvieron para pedirme un pedazo de carne y yerba.

—¿Y usted?

—No les pude facilitar lo primero por que no habia en casa, pero les dí un poco de yerba.

—Siento molestarla con mis preguntas señora—dijo el alferez.

—Nada de eso, señor oficial, puede usted preguntar cuanto guste—respondió doña Luisa.

—Y.... ¿no se ha quedado aquí ningun revolucionario?—preguntó el jóven despues de un instante de vacilacion.

—No señor—contestó doña Luisa cuya energia empezaba á flaquer, al ver que su interlocutor tomaba la cuestion bajo el punto de vista que ella queria evitar á todo trance que se tocara.

—¿Cuántas personas habitan esta casa?

—Cuatro; mis hijas, una amiga de estas, y yo,—respondió resueltamente doña Luisa.

—¿Cuatro mugeres?—interrogó el oficial con cierta estrañeza.

—Sí, señor; por que mi marido y mis hijos se encuentran en el Salto.

—Señora, por mas que lo deplore, mi deber me impone ciertas obligaciones que no puedo dejar de cumplir.

—Si yo puedo auxiliarle en algo....—contestó do-

ña Luisa, cuyo valor volvió á flaquear al oir el tono con que el oficial habia pronunciado las anteriores palabras.

—Si señora; necesitaria registrar su casa; yo la creo á usted, libreme Dios de dudar de sus palabras, pero sin usted misma saberlo podria muy bien haberse ocultado en ella algun rezagado.

—Señor alferez, puede usted pasar adelante, y cumplir con su deber —respondió doña Luisa, cuyo semblante se puso un tanto pálido, palidez que afortunadamente no fué notada por el oficial, que penetró en la casa seguido de doña Luisa.

El alferez recorrió con investigadora mirada la primera habitacion, siendo despues introducido por doña Luisa en la que ocupaba la incógnita revolucionaria, no sin encomendarse antes la buena campesina á todos los santos y santas del almanaque, para que la sacaran con bien de tamaño aprieto.

El cuadro que se presentó ante los ojos del jóven oficial, le sorprendió de tal modo por lo inesperado y seductor, que permaneció un momento parado en el umbral de la puerta sin murmurar ni una sola palabra.

Efectivamente, el cuadro era para impresionar á nuestro jóven alferez.

Elvira, de cabellos rubios como el oro, de ojos dulces y apacibles, que formaban un delicioso contraste con el ligero tostado de su rostro producido por el sol y el aire libre de los campos, pero que dejaba adivinar una blancura diáfana y traspa-

rente, se inclinaba llena de solicitud sobre el lecho de la enferma, mientras Magdalena, de formas mas pronunciadas que Elvira, de rostro moreno, de labios rojos y cabello negro, ofrecia á su hermana una taza en la que humeaba un liquido amarillento, al mismo tiempo que fijaba en el recien llegado sus ojos oscuros, muy oscuros, lanzándole una mirada que tenia tanto de interrogacion como de desafío.

En cuanto á la desconocida, nada puede imaginarse mas encantador, mas interesante; su poético rostro ligeramente sonrosado por la fiebre, coronado por una peregrina diadema formada por pequeños y oscuros rizos que se escapaban por las menudas mallas de la redecilla, se destacaba sobre las modestas ropas de la cama, que ostentaban una blancura deslumbradora. Anchos y oscuros círculos rodeaban los ojos de la enferma, ojos grandes, negros, mas y mas engrandecidos si cabe por las anchas ojeras que los circundaban, ojos árabes, rasgados, brillantes por la fiebre, que miraban sin ver, de pupila llena de tinieblas, profunda, misteriosa, magnífica por decirlo asi.

El alferez sintió algo estraño en su ser al fijar sus ojos en la desconocida, algo, que apesar suyo le atraia, le dominaba. Al fin, hizo un esfuerzo, consiguió hacerse dueño de si mismo, y murmuró:

—Señoritas....

—Estas dos son mis hijas—dijo doña Luisa, señalando á Elvira y Magdalena.

—Sentiria molestarlas....—respondió el alferez.

—No señor, de ningun modo,—respondió Elvira.

El oficial se inclinó ligeramente como dando gracias á las jóvenes, y despues añadió con cierta indecision:

—Y esa jóven que se encuentra en el lecho ¿no es tambien hija de usted? señora.

— No señor; es una amiga — respondió doña Luisa.

—¿Una amiga?

—Si tal, una amiguita nuestra—añadió Elvira.

—¿Se encuentra enferma segun parece?

—Si señor, esta muy malita — contestó Magdalena agitando con una cucharilla el contenido de la taza que tenia en la mano—no quiere ser buena.

— Efectivamente esta muy enferma — murmuró doña Luisa al ver que sus hijas la ayudaban á salir del compromiso.

—¡Qué lástima!.... ¡tan jóven, tan hermosa!— contestó el alferez mirando á la desconocida con creciente interés.

—¡Oh! si, efectivamente que es una lástima, es tan buena....

—¿Y cómo se llama esta señorita?—preguntó el oficial.

—Se llama, se llama....—murmuró doña Luisa llena de turbacion, turbacion que pasó desapercibida para el jóven, gracias á que este no se ocupaba de doña Luisa, pues toda su atencion se reconcentraba en la enferma.

—Nuestra amiguita se llama Mariana—murmuró

Magdalena resueltamente, al ver la turbacion de su madre.

—Eso es, Mariana,—dijo doña Luisa, al mismo tiempo que fijaba en su hija una mirada de reconocimiento.

—Mariana ¡bonito nombre!—murmuró el alferez como si hablara consigo mismo.

—Nos queremos mucho, nos hemos criado juntos—añadió Magdalena.

—¿Y qué enfermedad padece esta jóven?

—No sabemos: hace dos dias estaba completamente buena; despues, antes de ayer, empezó á quejarse de dolor de cabeza, de frio, de malestar, y ayer por la mañana se le declaró una violenta fiebre—dijo doña Luisa.

—¿Y no la asiste ningun médico?

—No señor: esto está muy léjos de la ciudad, y nosotras no tenemos con quien avisarle para que venga. Por no tener, no tenemos ni un miserable *mancarron* por que todos nos los han llevado. Si hubiéramos tenido un caballo, en último estremo, aunque hubiera sido una de las muchachas, que son algo *raqueanas*, se hubiera ido á la pulperia y hubieran traido una medicina; pero ni eso podemos hacer, y nos tenemos que contentar con darle cocimiento de flor de tilo y de otras yerbas medicinales, y con abrigarla lo mejor posible, esperando que Dios la mire con buenos ojos y haga que pronto recobre la salud.

—Si está grave, poco eficaces me parecen esos remedios—respondió el oficial.

—Tiene usted razon, pero es lo único que podemos hacer.

—¿Y qué medicamentos tienen en la pulperia?

—El pulpero, segun dicen, tiene algo de médico, y á los que van á su casa les da la homeopatia; ya ve usted, siempre es algo, y mejor que no darle nada...

El alferez no pudo menos de sonreir al oir las palabras de doña Luisa, que no demostraban mucha confianza en el sistema de Hahnemann.

—¿Dónde vive la familia de esta jóven? por que me parece que en el estado en que se encuentra, y considerando los pocos medios de curacion de que disponen ustedes, lo mejor seria avisar á sus parientes para que la llevaran á su casa.

—Es verdad, tiene usted razon—respondió doña Luisa apresuradamente, discurriendo al mismo tiempo á que persona le colgaria la paternidad ó el parentezco de la desconocida.

—Entonces....

—¿Pero cómo avisar?... ¿Con quién?

—¿Y dista mucho de aqui el punto donde reside la familia de esta jóven?—volvió á preguntar el alferez.

—Si señor; su familia está en Paysandú—respondió doña Luisa, que gracias á un supremo esfuerzo y á una repentina inspiracion, habia logrado combinar un embuste, que casi, casi, pareciera verdad.

—¿En Paysandú, dice usted?—interrogó el alferez con curiosidad.

—Si señor, en Paysandú.

—¿Y cómo se llama el padre de esta jóven?

—Se llama Juan Valdéz—respondió doña Luisa, que en aquel momento se acordó de un compadre suyo que tenia dicho nombre y apellido.

—¿Juan Valdéz?—contestó el Alferez como haciendo memoria—francamente—añadió—no conozco en Paysandú á ninguno de ese apellido.

—No es estraño, por que Valdéz anda siempre de una parte á otra.

—¿Qué oficio tiene?

—Es conductor de ganados, y trabaja para el saladero de Sacra—terminó diciendo doña Luisa.

El Alferez pareció reflexionar un momento; despues fijó sus ojos en doña Luisa y murmuró:

—Es menester hacer algo por esta señorita, pues en las condiciones en que se encuentra no es posible esperar su curacion.

—Ciertamente, ¿pero qué podemos hacer nosotras?... ya vé usted, tres mugeres solas, sin recursos para poder aliviar su mal....

—Lo comprendo, señora, lo comprendo, y en vista de ello, si usted me lo permite yo contribuiré en cuanto pueda á el restablecimiento de esta señorita. Una jóven tan hermosa no debe morir, no, seria horrible.

—¡Oh! señor oficial, mil gracias por su buen deseo, ¿pero qué auxilios puede usted prestarnos?

—Esta tarde estaré de vuelta en el campamento, y esta noche tendrán ustedes aquí un hombre con medicinas y cuanto se requiera por el momento para curar á la enferma.

—Gracias, señor.

—Gracias, no, puesto que yo tengo un placer en hacerlo así.

—De todos modos.... — añadió doña Luisa.

—Además, — continuó el alferez—el hombre que traiga los medicamentos se dirigirá luego á Paysandú con el objeto de avisar al señor Valdéz, y traer un coche en el que pueda ser trasladada la enferma, á la que espero saludar en dicha poblacion. Y ahora, señoras, mi deber me llama; soy soldado, y tengo órdenes que cumplir.

Despues de pronunciar las anteriores palabras y de fijar en la hermosa incógnita una ardiente mirada, el oficial se lanzó fuera de la habitacion, salió al campo, montó á caballo, se reunió con sus soldados y se alejó al galope en direccion del monte cercano, preguntándose á si mismo, si él, que habia ido á la solitaria casa para hacer prisioneros, no habia dejado su corazon preso en la humilde vivienda.

CAPITULO XIII

La vuelta á la vida

Al ver doña Luisa alejarse al jóven Alferez, respiró con libertad, como si se le hubiera quitado un gran peso de encima; y peso y no pequeño, era el susto que habia pasado la pobre señora poco acostumbrada á aquellos trotes.

Por fin se perdió á lo lejos el grupo de los soldados y el oficial, y doña Luisa entró en la casa, yendo á reunirse con sus hijas que continuaban á la cabecera del lecho de la hermosa desconocida.

—¿Se marcharon?—preguntó Elvira al ver á su madre.

— Sí, hija mia; ¡valiente susto me han hecho pasar!

—¿A nosotras qué nos habian de hacer? — dijo Magdalena.

—¡Quién sabe! Pero ya pasó el susto, y lo que es necesario ahora, es prodigar todós nuestros cui-

dados á esta pobre jóven, que buena falta le hace.

—Lo que es con las medicinas que tenemos en casa, me parece que poco podremos hacer—respondió Magdalena.

—Hija mia, ya sé que de bien poca cosa disponemos, pero con ella y con nuestros cuidados, quizás se realice el milagro de que veamos mejorar á nuestra enferma.

—Y la herida que tiene en la cabeza ¿no se la curamos?

—No es necesario; á mi modo de ver no es grave ni mucho menos, y basta con el vendaje que tiene puesto.

—¿Y no le parece á usted estraño—dijo Magdalena—que una jóven se vista y se bata como un hombre?

—Seguramente, Magdalena; ese es un misterio, que solamente ella podrá aclarar, — respondió doña Luisa—sin embargo, — añadió—aunque tiene mucho de raro el que una mujer jóven y bonita se vista de hombre, y ande mezclada con los soldados por esos mundos de Dios, no sé por qué me parece que en todo esto no ha de haber nada malo ni censurable: mi corazon me dice que esa pobre niña merece y es digna de nuestro cariño.

Durante este corto diálogo, no habian cesado las tres mugeres de prestar sus cuidados á la enferma. Esta continuaba dominada por la fiebre, con gran desesperacion de doña Luisa y de sus hijas, que hubieran deseado ver curada y fuera de todo peligro á su protegida.

En terrible incertidumbre se pasó todo el dia, durante el cual no dejaron de administrar á la enferma sendas tazas de diversos cocimientos, aplicándole al mismo tiempo á los piés porrones de agua hirviendo, con el objeto de provocar una saludable reaccion.

Escusado es decir, que al mismo tiempo que atendian á la enferma, no cesaban de pensar en el misterio que envolvia á la jóven, á aquella tierna y hermosa niña que apenas contaria diez y siete ó diez y ocho años, y que pocas horas antes vestia el uniforme de soldado.

Las tres mugeres se sentian instintivamente arrastradas hacia la incógnita por la fuerza magnética de la simpatia; por un sentimiento mezcla de compasion y de naciente cariño.

—Lo que no me explico,—dijo Elvira—es la razon que puedan haber tenido los hombres que la han dejado aqui para ocultar su sexo.

—Sus compañeros—respondió doña Luisa—no solamente no la conocian, sinó que hasta ignoraban su nombre.

—¡Qué estraño es todo eso!—murmuró Magdalena, al mismo tiempo que arreglaba las ropas del lecho de la enferma.

—Estraño, si, muy estraño,—respondió doña Luisa pensativa, pues apesar de las simpatias que le habia inspirado la jóven desconocida, habia momentos en los cuales temblaba al pensar de que pudiera engañarse su corazon leal, y que no fuera digna de sus atenciones y cariño.

—Si Dios quisiera que se aliviara—dijo Elvira,—ella misma nos daria la clave del misterio.

—Seguramente, hijas mias; pero si cede la fiebre, si por un milagro se despeja su cabeza, no vayais á importunarla con preguntas indiscretas, que pudieran ser causa de que se empeorara—contestó doña Luisa.

—¡Oh! no tenga usted cuidado, mamá, te prometemos ser prudentes,—respondió Magdalena.

—¡Pobrecita!—exclamó Elvira.

—¿Cómo se llamará?—añadió Magdalena.

—Por el momento se llama Mariana—respondió doña Luisa—y es hija nada menos que de mi compadre Juan. ¡Qué ajeno estará Valdéz de que tiene una hija por estos pagos!

—Vaya, mamá,—contestó Magdalena—que bien puede poner buena cara mi padrino cuando sepa que tiene una hija tan linda.

—Si, hija, si; todo eso está muy bien, pero lo que no lo está, es que no sé yo, como me voy á gobernar, para que tu padrino no se sorprenda al encontrarse de buenas á primeras con una hija que no sabe ni de donde viene ni á donde vá, pues si el oficial cumple su palabra de enviarnos no solamente medicamentos, sinó un carruage para ir á Paysandú, la primera noticia que tendrá será encontrarse con nuestra enferma—dijo doña Luisa, un tanto preocupada.

—La verdad es, mamá, que sinó se le avisa antes, mal arreglo tiene—respondió Elvira.

—No encuentro mas que un medio.

—¿Cuál?

—Que la acompañemos nosotras—murmuró doña Luisa.

—No es mala idea—contestó Magdalena, cuyos ojos brillaron de alegria, al pensar en la posibilidad de ir á la ciudad mencionada.

—Es la única que me ocurre,—respondió doña Luisa—pero tiene un gran inconveniente: ¿cómo dejamos la casa sola? ¿qué pensarian tu padre y tus hermanos si volvieran y se la encontraran cerrada? De seguro se supondrian que nos habia ocurrido una desgracia. Por otra parte, hemos contraido el compromiso moral de velar por esta jóven al hacernos cargo de ella, y no podemos por lo tanto abandonarla á su destino, dejándola partir sola á Paysandú en el caso en que su estado lo permita. De todo esto resulta, hijas mias, que nos encontramos en un compromiso; en el de faltar á los unos, ó no cumplir con nuestro deber respecto de esta pobre niña. ¡Qué ajena estaba yo hace dos dias, de que habiamos de estar hoy metidas en estos lios!—terminó diciendo doña Luisa, con cierto acento de pesar.

—Vamos, mamá, no se preocupe usted de eso; Dios nos inspirará y sea de un modo ó de otro ya saldremos del paso—respondió Elvira.

—Si, si; esperemos en la Providencia, que es la que lo arreglará todo del modo mas conveniente—respondió doña Luisa, que un instante despues abandonó la alcoba de la enferma, para dirigirse á la cocina con el objeto de preparar la cena, y un caldo

para la jóven desconocida, con cuyo objeto sacrificó despiadadamente una de sus mas hermosas gallinas.

Entretanto la enferma parecia mejorar notablemente; el delirio habia cesado, siendo sustituido por un sueño tranquilo, y sus manos y su frente tenian ya una temperatura casi natural, cediendo la terrible fiebre que pocos momentos antes la devoraba haciendo peligrar su existencia.

Una reaccion favorable se realizaba, una reaccion inesperada, estraña, sorprendente por lo rápida. La juventud de la enferma, y la herida que habia recibido en la cabeza, cuya hemorragia produjo resultados mucho mas positivos que los cocimientos suministrados por doña Luisa y sus hijas, habian salvado á la hermosa revolucionaria de una muerte segura.

Las cariñosas enfermeras veian con alegria la rápida mejoria de la jóven, que al cabo abrió los ojos, miró con suprema estrañeza á su alrededor, volviéndolos á cerrar como quien se figura estar durmiendo todavia, abriéndolos nuevamente un instante mas tarde para fijarlos por segunda vez con expresion de interrogadora sorpresa en Magdalena y Elvira, al mismo tiempo que murmuraba:

—¡Oh! ¿dónde estoy?... ¿Y Ricardo?... ¿Qué ha sido de mí?

En aquel momento llegó doña Luisa precipitadamente, llamada por Elvira que le dió la noticia de la que pudiéramos llamar resurreccion de la enferma.

—¡Gracias á Dios, hija mia, que vuelve usted á la vida! —murmuró al entrar la buena paisana.

—¿Que vuelvo á la vida?—contestó la jóven, cuya sorprendida mirada examinaba á las tres mugeres—si, es verdad; pero mi vida me importa poco... ¿Por qué estoy aquí?... ¿Quiénes son ustedes?... ¿Y Ricardo?—preguntó con afan—¿saben ustedes algo de él?

Y la jóven se incorporó un poco, fijando una mirada ansiosa en sus protectoras.

—Señorita, tranquilízese usted, nada tiene que temer aquí, nosotras somos buenas gentes que nos interesamos vivamente por usted, y la serviremos en todo cuanto podamos, pero no se altere usted, no se preocupe, está usted débil, está enferma, y pudiera ponerse peor—respondió doña Luisa—voy á traerle á usted una taza de caldo—añadió—y despues que recobre un tanto las fuerzas podrá usted hablar cuanto quiera.

—¡Oh! gracias, gracias, señora; pero por favor, contesten ustedes á mi pregunta. ¿Y Ricardo?... ¿saben ustedes algo de Ricardo?—volvió á preguntar con ansiedad creciente la jóven.

Doña Luisa y sus hijas guardaron silencio.

—¡Oh! no me contestan, callan, ¿qué habrá sido de Ricardo?... ¿habrá muerto?... si, si, sin duda alguna.... ¡Ricardo!... ¡Ricardo!...—exclamó la jóven con voz desgarradora entrecortada por los sollozos, al mismo tiempo que dejaba caer sobre la almohada su hermosa cabeza, ocultando el pálido rostro entre manos.

—Por favor, hija mia, tranquilízese usted, está usted agravando su enfermedad—respondió doña Luisa

por cuyo rostro corrian las lágrimas, fuertemente impresionada, lo mismo que sus hijas por la inmensa pena que parecia atormentar á su protegida.

—¡Qué me importa!... ¡sola!... ¡sola en el mundo!... ¡prefiero morir!—exclamó sollozando la jóven.

—No, morir no;—respondió Elvira llena de emocion, estrechando con cariño una de las manos de la enferma—no está usted sola, estamos nosotras aqui, que seremos sus hermanas, si, sus hermanas cariñosas que procuraremos endulzar sus penas.

—Gracias, gracias, señoritas—murmuró la enferma fijando en Elvira una mirada de reconocimiento.

—Procure usted calmarse un poco, sus temores son infundados sin duda alguna,—dijo doña Luisa—aquí está usted segura, nada tiene usted que temer y....

—Señora, es usted muy buena, no sé como agradecerle sus frases de consuelo, pero la incertidumbre me mata, ¿quisiera usted contestar á mis preguntas?—respondió la enferma.

—Con mucho gusto hija mia,—contestó doña Luisa.

—¿Tiene usted alguna noticia de Ricardo?—preguntó con ansiedad la jóven.

—¿De Ricardo? no sé....—respondió titubeando doña Luisa, no sabiendo á quien se referia su protegida.

—¿No sabe usted nada?... ¡Pero qué nécia soy! como mi pensamiento está fijo en él, me parece que es preciso que todos le conozcan. Dispénseme usted

señora, ¡creerá usted que me he vuelto loca! Ricardo es mi prometido, y formaba parte de las fuerzas revolucionarias.

—¡Oh! entonces puede usted estar tranquila, por que si no me engaño, su prometido se encuentra en lugar seguro — contestó doña Luisa, que se figuró que Ricardo era uno de los tres revolucionarios que conducian á la jóven.

—¿En dónde está? —interrogó la enferma.

—No lo sé; tuvieron que huir tanto él como sus compañeros, pues las fuerzas del gobierno los venian persiguiendo — respondió doña Luisa.

—Entonces ¿quién sabe lo que habrá sido de él?

—Nada, no tema usted; llevaban una gran delantera á sus perseguidores, y además, aunque caigan prisioneros, el oficial que mandaba la tropa me ha prometido respetarles la vida.

—¡Qué desgraciada soy, señora! — murmuró con desaliento la enferma inclinando su cabeza en el hombro de doña Luisa, al mismo tiempo que abundantes lágrimas corrian por sus mejillas.

—Bien, llore usted; el llanto suele ser un desahogo para nuestras penas — contestó doña Luisa, que consecuente con esta opinion dió rienda suelta á sus lágrimas, lo mismo que sus hijas, cuyos sensibles corazones se encontraban fuertemente impresionados.

—¡Oh! que buenas son ustedes — respondió la jóven enferma, envolviendo á sus protectoras en una mirada de reconocimiento, á la vez que las reunia en un estrecho abrazo lleno de encantadora efusion.

—¡Soy tan desgraciada!—añadió—¡mi situacion es tan triste!

—Animo, señorita, y tenga usted esperanza en Dios—añadió doña Luisa—hágase usted cuenta de que está en medio de su familia, que mis hijas son sus hermanas, y yo haré las veces de madre—terminó diciendo doña Luisa con emocionado acento.

—Sí, mis hermanas,—respondió la jóven—¡qué buenas son!.... mi madre, ¡oh! ¡madre mia!—concluyó diciendo la enferma con un acento desgarrador, inesplicable.

Enseguida cerró los ojos un momento como si quisiera reconcentrarse en sí misma; despues fijó una mirada en doña Luisa y preguntó:

—¿Cómo es que me encuentro aquí?

—Tres revolucionarios la trajeron á usted esta mañana.

—¡Usted! ¡usted!... ¿no soy su hija? ¿por qué no me ha de tratar como á mis hermanas?—respondió la jóven, con encantadora sencillez, al mismo tiempo que una de sus manos buscaba las de Elvira y la otra las de Magdalena.

—Sí, como quieras, hija mia—contestó la paisana.

—¿Y ellos?... ¿qué fué de ellos?—preguntó despues la jóven.

—Ellos tuvieron que partir; los venian persiguiendo, pero antes de marcharse, me encargaron llenos de cariñoso interés que te cuidara y te atendiera, y me dejaron dinero de sobra para atender á todo lo que fuera necesario—respondió doña Luisa.

—¡Qué valientes y qué nobles son!—murmuró la enferma,—¿y sabian que yo era una muger?—añadió despues, al mismo tiempo que sus mejillas se cubrian de un ligero rubor.

—Me parece que no, pues siempre me hablaron de ti como de un jóven compañero; ademas, segun me indicaron, no te conocian sinó desde ayer.

—Es verdad—respondió la jóven—no me conocian, ni yo tampoco los conocia á ellos. Pero eso es lo de menos dada la terrible situacion en que me encuentro.

—Tranquilízate hija mia, tu herida no es grave, y en cuanto á la fiebre que hacia temer por tu vida, ya, gracias á Dios, parece haber cedido en gran parte si es que no ha desaparecido por completo,— contestó doña Luisa.

—¡Oh! mi enfermedad me importa poco,—respondió la jóven—mi herida, ni siquiera la recordaba. Las heridas de mi cuerpo no me preocupan, peco las del alma si, porque manan sangre sin cesar ¡Vuestra hermana Ester es muy desgraciada?—terminó diciendo la jóven, al mismo tiempo que volvian á brotar las lágrimas de sus ojos.

—¡Oh! ¡Ester, hermana mia! ¡no te aflijas!—respondió Elvira.

—No conocen ustedes toda la estension de mi desgracia.

—Habla, hija mia, si eso ha de aliviar tu pena—dijo doña Luisa.

—Ayer, cuando fueron derrotadas las fuerzas re-

volucionarias — dijo Ester — la casualidad hizo que pudiera salvar de una muerte segura á mi prometido, á Ricardo. ¿Cómo fué? ¡no lo quiero recordar, me estremezco al pensar en aquella escena! — continuó diciendo la jóven, cubriéndose los ojos con las manos como si quisiera sustraerse á alguna terrible vision — despues, cuando él iba á reconocerme, una bala le hirió y perdió el conocimiento; en seguida nos atacó un grupo enemigo, luchamos con la rabia de la desesperacion, despues caí al suelo, sentí un dolor muy vivo en la cabeza, y de nada mas me acuerdo hasta el momento en que la tierna solicitud de ustedes me ha hecho volver á la vida.

— ¡Pobre hermana Ester! — exclamaron Elvira y Magdalena, al mismo tiempo que estrechaban entre las suyas las manos de la jóven.

— ¡Pobre niña! — añadió la madre de aquellas.

— Usted, señora — añadió Ester dirigiéndose á doña Luisa, — me ha dicho antes que Ricardo se ha salvado. ¿Tiene usted algunas noticias de él? Contésteme usted por favor ¡su hija se lo ruega!

Doña Luisa permaneció silenciosa; no queria mentir, no queria engañar á aquella infeliz criatura.

— ¿Calla usted?... ¡todo lo comprendo!; sus anteriores palabras fueron pronunciadas tan solo para tranquilizarme. ¡Oh! ¡esto es horrible.... si, le habrán asesinado! ¡Ricardo ha muerto, y yo tambien quiero morir!

Y al concluir de pronunciar estas palabras, amargos sollozos se escaparon del pecho de la jóven.

—No lo creas, hija mia, no puede ser; al fin todos son uruguayos, todos son hermanos!...—respondió doña Luisa.

—Es verdad; así debia ser,—pero por desgracia no lo es; algunos de nuestros enemigos incitaban á sus compañeros á no dar cuartel á los revolucionarios.... — respondió Ester con acento de suprema amargura.

—¡Y no habia medio de conocer la suerte de tu prometido?—preguntó Magdalena.

—¿Cómo?—contestó Ester con desaliento.

—¿En dónde tuvo lugar la batalla?—preguntó doña Luisa.

—En las puntas del arroyo de Soto. ¿Dista mucho esta casa de ese sitio?

—Unas siete leguas—respondió Elvira.

—Como yo tuviera aquí mi rosillo, te juro hermana mia, que á falta de otra persona me plantaba allí de un galope, y malo habia de ser que no averiguara yo lo que habia sido de tu prometido.—murmuró Magdalena.

—Gracias, hermana mia—respondió Ester, atrayendo hácia sí á la decidida jóven y besándola en la frente.

—Lo que siento es que no puede pasar de la intension — contestó, Magdalena.

—¿Acaso no podriamos ir á pié— interrogó tímidamente Ester.

—Ciertamente — respondió Elvira.

—Entonces, mañana, sí, mañana si mis hermanas

me acompañan, iré al arroyo de Soto, le buscaré, y sabré lo que ha sido del desgraciado Ricardo — murmuró Ester.

— Bueno, bueno, hija mia, mañana hablaremos de eso, — respondió doña Luisa — pero ahora, lo que es menester es que tomes una taza de caldo y descanses, pues tanto hablar quizás te ponga peor. ¡Vamos! ya que soy tu mamá, debes obedecerme — concluyó diciendo la buena paisana con acento cariñoso.

— Sí, sí; me callaré, mamá, haré lo que usted quiera — respondió Ester.

Pocos momentos despues, la jóven enferma parecia dormida, y Magdalena y Elvira velaban su sueño, mientras doña Luisa se entregaba á sus ocupaciones en la próxima cocina.

Pero Ester no dormia; habia cerrado los ojos dominada por una especie de pesadez, que no era otra cosa que el recargo natural de la fiebre no curada por completo, y se entregaba á mil tristes reflexiones. Pensaba que muerto Ricardo ya no le quedaba nadie en el mundo, y profundamente religiosa como era, tenia la conviccion de que aquellas personas que la rodeaban, le habian sido destinadas por Dios, á manera de compensacion á sus tribulaciones, soledad y desgracia.

Elvira y Magdalena se entregaban tambien á sus pensamientos, si bien distaban mucho de ser tan tristes como los de Ester. Jóvenes ambas, y sin conocer las miserias de la vida, tomaban parte en las penas de su nueva compañera, casi inconscientemente y sin

darse cuenta exacta de la magnitud de aquellas, alegrándose al mismo tiempo al considerar que tenian una nueva hermana.

En cuanto á doña Luisa, sus reflexiones eran mas serias y maduras. La simpatia y el cariño que desde el primer momento le habia inspirado Ester, luchaban con lo estraño, con lo anómalo de la situacion de esta, por más que siempre salian triunfantes los primeros sentimientos.

—Sí, sí; es una pobre niña, muy desgraciada sin duda alguna, pero buena, y honrada; mi corazon es leal y no puede engañarme—se decia doña Luisa;— lo que ella ha hecho, obedece seguramente á un impulso bueno, justo y honrado. No me arrepiento, no, de haberle tendido mis brazos.

Á este punto llegaba de sus reflexiones, cuando le pareció escuchar un ruido lejano que se iba acercando poco á poco.

Doña Luisa salió de la cocina, se fué al palenque y fijó la vista en el horizonte, pero nada pudo descubrir en medio de las tinieblas. Entonces, se arrodilló y aplicó su oido contra la tierra; al cabo de un instante se levantó, murmurando con acento un tanto intranquilo:

—Ese ruido es producido por el galope de un caballo que se dirige hacia aquí ¿quién vendrá á estas horas por estos sitios?

Y despues de estas palabras mas bien pensadas que dichas, doña Luisa fué á comunicar el resultado de su observacion á Elvira y Magdalena que se alarmaron al oir las palabras de su madre.

Pocos momentos despues, un hombre detenia su caballo á la puerta de la casa y preguntaba por doña Luisa. Aquel hombre iba enviado por el alferez que habia estado en la casa por la mañana, y era portador de varios medicamentos que el jóven oficial en cumplimiento de su palabra, remitia á la hermosa y simpática enferma.

CAPITULO XIV

Juan Valdéz

En un coche con honores de carreta, llegaron á Paysandú doña Luisa, sus hijas, y Ester, acompañadas por el paisano que el jóven alferez habia enviado con los medicamentos.

En cuanto á dicho oficial, no habia podido acompañar á las viajeras, bien apesar suyo, pues el amor para el que no hay valla ni obstáculos, se habia apoderado de su corazon desde el instante en que vió por primera vez á la bella revolucionaria; pero el militar es esclavo de su deber, y solo pudo acompañar con el pensamiento á la hermosa jóven, con gran alegria de doña Luisa, que no sabia como se las iba á componer para hacer á su compadre la presentacion oficial de Ester, hija del dicho compadre por obra y gracia de doña Luisa, que no encontró á mano nadie mas apropósito que Juan Valdéz para colgarle el milagro.

Tuvo la suerte la buena señora, de que el tal Val-

déz estuviera en Paysandú, y de que se conformara con su honoraria paternidad.

Es verdad que pocas palabras bastaron para convencerle de que Ester era hija suya, pues Juan Valdéz no tenia pelo de tonto, ni mucho menos, y reunia á la picardia innata en el gaucho, cierta educacion poco común entre los conductores de ganados, que como ya sabemos ese era el oficio del compadre de doña Luisa.

Es verdad que el tal compadre, no siempre habia seguido el aperreado oficio á que se dedicaba á la sazón, pues segun contaban los que de antiguo le conocian, en otros tiempos se habia visto poseedor de algunos cientos de peluconas, y en otra esfera mas elevada que en la que giraba cuando le presentamos á nuestros lectores, sin que esto quiera decir que el tal Valdéz anduviera escaso de cobres ni mucho menos, pues era dueño de algunos miles de pesos en buenas y relucientes esterlinas.

En su juventud habia sido Valdéz un tanto levantisco, valiente y atrevido, y aun despues, en la edad de la reflexión, se habia visto metido en más de cuatro lios, pues tenia la costumbre no sabemos si buena ó picara, de decir la verdad á todo el mundo, por lo cual muchos le solian llamar Juan Cantaclaro en vez de Juan Valdéz, en gracia á las claridades que solia soltarle al lucero del alba, si el lucero del alba se ponia á tiro de su ruda franqueza. Esta costumbre, de dudosos resultados en todas partes, era por demás peligrosa por estas tierras, sobre todo si entre dichas claridades

se encontraba algunas de color político, que pudieran parecer impolíticas á cualquier cacique de la ciudad ó la campaña. Y tanto es así, que debido á ello, tuvo el bueno de Valdéz que emigrar de sus antiguos pagos, para ir á ganarse la vida á Paysandú punto en donde se encontraba en aquellos momentos.

Juan Valdéz era soltero, y segun decia, aunque las polleras le habian trastornado la cabeza más de cuatro veces, nunca ninguna muchacha consiguió llevarle á la parroquia, que el buey suelto bien se lame, y el apreciaba su libertad en mas que todas las muchachas bonitas.

Tenia muchos conocidos y pocos amigos íntimos; mejor dicho, estos últimos se reducian la familia de doña Luisa á la que le unia una estrecha y antigua amistad, y á un hermoso perro de Terranova, compañero inseparable suyo, al que queria Valdéz con todo su corazón, cariño que la fidelidad y nobleza del hermoso animal justificaban, cosa que no debe extrañarnos, pues los perros son por lo general más fieles y leales que los hombres, en los que la envidia y malas pasiones suelen á veces colocarlos muy por debajo de los perros.

Además, aquel perro segun Valdéz, tenia su historia; historia que se susurraba era terrible, aunque nadie la conocia más que Juan Valdéz, y este á nadie se la habiá referido durante los cinco años que hacia que el noble animal le acompañaba como la sombra al cuerpo.

Cuando le daban bromas acerca del cariño que profesaba á Ómbú, que asi se llamaba el hermoso animal, la frente de Valdéz se oscurecia, y contestaba casi invariablemente:

—Hablemos de otra cosa.

Otras veces, al verse muy importunado por los amigos, solia contestar con cierta melancolia:

—Hay perros que valen más que algunas personas y Ombú vale más que muchas. Este animalito tiene su historia, es un valiente; — y al pronunciar estas palabras, solia acariciar la hermosa cabeza del perro — le debo la vida — continuaba diciendo — y... — y en este punto se detenian sus expansiones.

—¿Y qué más? — le preguntaban sus compañeros.

—Y nada más; el resto es un secreto que pertenece á Ombú y no á mí, y no me gusta faltar á la confianza de los amigos.

Y los de Valdéz se quedaban con la misma curiosidad que antes, y el secreto del perro continuab conservado por su amigo el hombre.

Por lo demás, Ombú era un animal tranquilo y sociable que con nadie se metia, salvo que su amo se lo mandara, pues en este caso, el perro se convertia en leon, y pobre de aquel que se encontraba al alcance de sus dientes.

Pero Ombú tenia una mania; mania rara, que hubiera sido peligrosa si Valdéz no hubiera estado siempre sobre aviso: Ombú se ponia furioso en cuanto veia un hombre con un poncho azúl forrado de encarnado; el animal aullaba primero lúgubremente, luego se herizaba su negro pelo, sus ojos se ponian sangrientos y fieros, y mostraba sus imponentes colmillos, como si se dispusiera á destrozar alguna deseada presa.

Esta rara mania, tan poco tranquilizadora en sus

manifestaciones, fué cediendo poco á poco con el tiempo, pero no se extinguió nunca; era menos fiera, pero la antipatía existia siempre.

En esos momentos, y cuando el animal se mostraba algo rebelde á las órdenes de su amo, éste le acariciaba al mismo tiempo que murmuraba como si el noble animal fuera capaz de comprenderle:

— ¡Quieto Ombú, quieto! no es ese á quien tú buscas, ya encontraremos á aquel mal hombre y entonces.... duro en él.

El perro, volvia hácia Valdéz sus inteligentes ojos, y despues de lamerle las manos, y de lanzar un último aullido concluía por echarse á sus piés.

Apesar de su carácter independiente, en el fondo no era Valdéz completamente feliz; habia momentos en que se encontraba solo, muy solo, y la idea de morir sin una mano amiga que le cerrara los ojos, solia darle algunos pequeños malos ratos, en los cortísimos en que podia entregarse tranquilamente á sus reflexiones.

Apesar de esto, siempre habia rehusado cambiar de vida, por mas que Valdéz tenia de sobra para vivir.

— Pero compadre Juan, ¿por que no deja el oficio y se retira á la buena vida? — le habia dicho muchas veces el marido de doña Luisa.

— Por que ni la bota de potro ni la buena vida es para todos, y la última no se ha hecho para mí, que aunque solo ganara el jornal del Tape, creo que siempre seguiria por esos pagos del mismo modo, durmiendo sobre el pingo, y sin mas familia que Ombú, que si bien no me entretiene con su conversacion, tampoco me lle-

va nunca la contraria, ni es capaz de jugarme ninguna mala partida — contestaba Valdéz.

— Si le hiciera falta para vivir lo comprenderia, pero cuando se tiene una punta de pesos con que ir pasando sin quebraderos de cabeza....

— Compadre, compadre; — respondia Valdéz — si cambiara de vida me moriría mas pronto, y no tengo malditas las ganas de que me coman los caranchos.

— Pero....

— Nada, compadre, lo que es por ahora no me apeo de mi burro.... mañana, ¡quién sabe! puede que se me ablande el seso, y me dé por compadrear, y me compre *galera* de felpa para pasearme como un señor por la capital — concluia por decir el bueno de Juan Valdéz, al mismo tiempo que se reía de la mejor gana del mundo.

Cuando llegó doña Luisa á Paysandú, se encontraba Valdéz en uno de sus instantes de aburrimiento, debido por una parte á que los negocios estaban completamente paralizados, pues en los saladeros no se faenaba gracias á la situacion anormal por que atravesaba el país, que por una parte retraia á los saladeristas, y por otra á las gentes que estos solian emplear en las faenas, gentes que por temor á las levas, procuraban escurrir el bulto en cuanto veían la ocasion propicia, pues habia cada ojeo que metia miedo, y en ellas arrastraban á todo mozo que tenia la desgracia de encontrarse al paso; y por otro lado, á causa de ciertos disgustos tenidos con algunos individuos pertenecientes al elemento oficial del Departamento, que nada bueno le pre-

sagiaban para el porvenir, disgustos debidos á su franqueza habitual y á su manera de decir claridades, pues como ya hemos dicho, Valdéz no se paraba en barras en este punto.

Con gran alegria recibió Juan á su comadre y á las hijas de éstá, á las que dió un fuerte abrazo, cosa que en nada ofendia á la sana moral, pues Valdéz las habia visto nacer, como suele decirse, y las queria con todo su corazón, contentándose respecto á Ester con un ligero saludo, lo que era disculpable, pues no tenia aún noticia de su íntimo parentesco.

Despues de las palabras de bien venida, doña Luisa llamó aparte á Juan Valdéz, y le refirió punto por punto los acontecimientos que habian motivado su viaje á Paysandú.

—Esto es lo que hay,— concluyó diciendo doña Luisa—y solo por el compromiso en que me encontraba, que me parecia que el cielo se me caia encima, fué por lo que me resolví á colgarle á usted el milagro. Ahora lo que es menester, es que en prueba de nuestra buena amistad, me saque usted por completo del atolladero, y veamos la manera de arreglarlo todo lo mejor posible, para poder yo volverme tranquila al pago, y saber que ha sido de mi marido y mis hijos, que se mandaron mudar en cuanto empezaron las levas.

—Ya sabe usted doña Luisa, que no tengo mas amigos que ustedes, que conmigo cuentan siempre, y puesto que las cosas han venido así, así las tenemos que tomar. Acepto pues esa hija que me ha caido del cielo, y ya veremos como salimos del paso.

— ¡ Oh ! no sabe usted amigo Valdéz el favor que me hace.

— Bien, bien, doña Luisa; lo mas difícil es los primeros dias, pues como nadie ha tenido nunca noticias de que yo fuera casado, y menos de que tuviera semejante hija....

— Dice usted que lo estaba y no habia querido decirlo — respondió doña Luisa.

— No, no; nada de casorio, esa es broma pesada; por todo paso menos por eso.

— Entónces....

— Diré que soy viudo y en paz.

— Arrégleló usted como mejor le parezca, el caso es que salvemos á la pobre Mariana.

— ¡ Ah ! ¿se llama Mariana mi hija? pues me alegro el saberlo. Lo que es menester es que sea digna de su padre, pues si he de ser franco, una muchacha jóven como ella que anda vestida de máscara sin ser Carnaval, y se bate ó lo intenta por lo menos, y anda mezclada con los soldados por esos mundos de Dios, no me parece que dá muy buena idea de su juicio.

—No piense usted mal, Valdéz; Ester es buena....

— ¿Ester? ¿ y quién es Ester? ¿ tengo acaso otra hija que se llama Ester ?

—No; Ester y Mariana son una misma persona, pero su verdadero nombre es Ester.

— Comprendo.

— Pues bien; Ester es buena, es una mártir ¿Acaso la dejaria yo sino al lado de mis hijas?

— Amen.

—Su historia es larga, muy larga, y lo que conozco de ella me ha hecho derramar abundantes lágrimas; usted la oirá y la amará como yo la amo. ¡Es muy desgraciada!... ¡Pobre niña!....

— Buenó, no hay mas que hablar; queda resuelto que soy viudo y que Mariana ó Ester es mi hija.

Y efectivamente; con gran sorpresa de todos sus amigos que creían soltero á Valdéz, este los convenció de la noche á la mañana de que se habian engañado de medio á medio, y Ester se llamó Mariana, y Mariana fué desde aquel momento la hija de Juan Valdéz, el cual, concluyó bien pronto por participar de la simpatía que la bella jóven habia inspirado á doña Luisa.

¿Era merecido el cariño y la simpatía que habia despertado en doña Luisa, en sus hijas y en el bueno de Valdéz la jóven revolucionaria?

¿No era la atrevida jóven una aventurera vulgar, hábil en el arte del fingimiento?

No; Ester era pura, era digna; pobre mártir inmaculada, merecia seguramente no solo la simpatia, sinó la admiracion de toda persona honrada.

Ester... Pero mejor será retroceder un tanto en nuestra historia, y que el lector conozca paso á paso, los rudos embates, los terribles golpes de la adversa suerte, las crisis tremendas, en que se habia visto á prueba la virtud de la jóven, y que habian dado por resultado el que esta se arrojara en la inmensa ola formada por el noble pueblo uruguayo, ola que fué á romperse en los campos del Quebracho, y que si bien no echó por tierra

al ridículo tiranuelo que combatia, le hizo bambolear preparándole para caer al menor soplo de viento.

Separémonos pues por un instante del curso de nuestro relato, y recorramos las páginas de la historia de nuestra protagonista, historia escrita con lágrimas, historia de sangre, luto y miseria, en que la depravacion, la codicia y la infamia, formaron rastrera tela de araña donde inútilmente pretendieron hacer sucumbir la inocencia y la virtud.

CAPITULO XV

Historia de Ester

Era Ester hija de un antiguo militar valiente y pundonoroso, que no habia tenido nunca mas que un defecto; el de no haber sido adulador en su vida, ni haberse apartado jamás de sus deberes militares para lanzarse en las intrigas ruines de la política.

Don Luis Mendieta, que este era el nombre y apellido del padre de la jóven, cifraba toda su felicidad en los dulces goces del hogar, en el que una esposa buena, bella y amable, y una niña hermosa como un querubin, formaban los amorosos lazos, que constituian para él todos los resortes de la humana felicidad. No era rico ni mucho menos, pues todos sus caudales se reducian á su espada, que si bien habia brillado al fuego de numerosos combates, nunca se habia arrastrado vergonzosa por las alfombradas antesalas de ningun magnate, lo que deja adivinar claramente, que Mendieta no habia alcanzado los primeros puestos del ejército,

llegando tan solo al grado de comandante, cuando en conciencia y con arreglo á su hoja de servicios, debia haber llevado los entorchados de general. En cuanto á Mercedes, su esposa, era una santa en toda la extension de la palabra, que no vivia mas que para su esposo y para su hija, á quienes adoraba, siendo todas sus aspiraciones el amor y la felicidad de ámbos.

Era pues el hogar de Mendieta un verdadero paraiso, en el que se deslizaba la vida tranquila y dichosa para Luis y Mercedes, que cifraban todo su amor en Ester, único fruto de su matrimonio.

Pero no hay cielo por trasparente y azul que sea, que al fin no llegue á nublarse, y el de los padres de Ester empezó á oscurecerse, concluyendo al cabo por desencadenarse la tempestad.

Mendieta tenia un hermano menor, que era la antitesis del oficial. Todo lo que este último tenia de noble, leal y honrado, tenia el otro de bandido y canalla; era una mala cabeza, que habia acelerado con sus fechorias la muerte de sus honrados padres, un verdadero compadrito, sin valor personal como la mayor parte de ellos, pero cínico y traidor hasta lo inverosímil. Criado en una estancia al otro estremo de la República, no pudieron conseguir los autores de sus dias que se dedicara á ningun trabajo sério; qué en cuanto á trabajos alegres, era de primera fuerza pues no habia quien le ganara á bailar, tocar la guitarra y todo lo que fuera holgar y darle gusto al cuerpo. Sus padres enviaron á Luis á Montevideo, en donde estudió con afan, siguiendo poco despues la honrosa carrera de las armas; pero

de Julian, el hermano de Luis, nada pudieron sacar en limpio, pues los libros le ponian enfermo, y en cuanto á carreras, las únicas que agradaban al mozo eran las que algunos parejeros corrian los domingos. Llegó un dia, en que Julian armó una farra monumental en una pulperia, farra que concluyó saliendo los cuchillos al aire, y dejando seco el hermano de Luis á uno de sus compañeros de broma. Tan fresco se quedó aquel bandido, que todavia pretendió hacer escarceos de resistencia cuando le prendieran, contestando con un par de frasecitas de academia á los que le reconvenian por su conducta.

Aquel hecho, si bien no impresionó á su autor, fué causa de la muerte de los padres de este, que al poco tiempo murieron de pena, al ver que su hijo mas querido—siempre se suele poner el cariño en lo peor—se habia colocado al nivel de los mas infames bandidos. En cuanto á Julian, se quedó tan tranquilo, siendo puesto en libertad al poco tiempo, pues las leyes por estos paises, suelen valorar en bien poco la vida de un hombre, sobre todo si el oro ó el favoritismo abonan en favor del delincuente, pues mas de cuatro veces, la vara de la justicia tiene más de caprichoso garabato, que de recto símbolo de la ley.

Verse en libertad y volver á las andadas todo fué uno, y al poco tiempo se habia comido alegremente todos los bienes de sus padres, pues Luis habia cedido generosamente á su hermano la parte que á él le correspondia en la herencia, por que segun decia, á él le bastaba con su carrera, mientras que á Julian todo le

hacia falta, haciéndose Luis la ilusion de que quizás los cuidados de su hacienda apartarian á su hermano de la senda del vicio y de la infamia. Así pasaron algunos años, durante los cuales no tuvierón Luis y Mercedes noticias sinó muy de tarde en tarde de aquel infeliz, que era la deshonra del honrado apellido de Mendieta. Escusado es decir, que las noticias no podian ser más desconsoladoras. Cuando menos lo esperaban, supieron que habia desaparecido de sus antiguos pagos, con gran pena y dolor de los pulperos de aquellos contornos, á quienes habia dejado clavados con *clavos* de primer órden, y con no poca alegria de los pacíficos habitantes de aquellos sitios, que no veian en él mas que á un bandido de la peor especie. Despues pasó algun tiempo sin tener noticias de Julian.

—¿Qué será de tu pobre hermano?—preguntaba algunas veces Mercedes á su esposo.

—¡Quién sabe!—contestaba Luis.

—¿Por qué no procuras averiguar donde se encuentra?

—¡Oh! ¿crées acaso que no me preocupa la suerte que puede haber corrido? Si no consigo saber lo que es de ese infeliz, no será por falta de averiguaciones. Por desgracia, hasta la fecha todas han sido inútiles, de tal modo, que algunas veces pienso si se habrá muerto.

Este corto diálogo se repetia frecuentemente entre los dos esposos, pero pasaron tres años y nada volvió á saberse de Julian.

Una noche, noche de invierno, fria, lluviosa, desa-

pacible, noche en la que los relámpagos y los truenos se sucedian sin interrupcion, sintió Mendieta que por la azotea de la casa andaban apresuradamente; era cerca de la madrugada, el esposo de Mercedes pensó que serian ladrones que pretendian darle un asalto á la caja, en la que tenia algunos miles de pesos, que un amigo y compañero de armas habia dejado confiados á su custodia.

Mendieta se lanzó del lecho, tomó su espada, y salió al patio. En aquel momento brilló un relámpago: á su luz se vió un hombre que pretendia herir al oficial con un cuchillo, y dos gritos fueron á confundirse con el ruido del trueno; el uno fué de angustiosa pena y el otro de contrariedad y de íra.

El primero habia sido lanzado por don Luis, que solo habia pronunciado un nombre: ¡ Julian !

El otro habia sido emitido con voz ronca por el recien llegado, que se echó hácia atrás, exclamando con acento huraño:

— ¡ Maldicion ! mi hermano.

Quedaron frente á frente por un momento aquellos dos hombres, en cuyos pechos bullian sentimientos bien diferentes y encontrados, hasta que al fin don Luis murmuró con un acento en el que se dejaba adivinar lástima y profunda pena:

—¿Qué buscas aquí, Julian? ¿por qué querias matarme?

—No queria matarte.... me perseguian.... huia desesperado; ignoraba en donde estaba — respondió Julian de una manera osca, medio salvaje.

—Está bien; pero ya nada temas, tranquilizate, ya estás en lugar seguro; entra, y hablemos — respondió don Luis.

Julian, pues el desconocido no era otro que el extraviado hermano del pundonoroso oficial, entró en las habitaciones, no sin antes mirar con recelo á todas partes, y conservando siempre en su diestra el cuchillo, con el que habia estado á punto de matar á su hermano.

Don Luis dejó la espada en un rincon, encendió luz, y se volvió hácia Julian, que permanecia de pié delante de la puerta de la habitacion que el oficial habia cerrado tras de si.

Al ver á su hermano, el estupor se retrató en el semblante de don Luis. Aquel hombre con el rostro descompuesto, con el traje destrozado en el que se veian grandes manchas de sangre, tenia todas las trazas de un bandido. En su mano continuaba brillando el cuchillo, cuya ancha hoja aparecia tambien teñida en sangre.

Trascurrió un instante en silencio; aquellos dos hombres tenian miedo de hablar. El uno temia escuchar la confirmacion de lo que sospechaba; el otro se revelaba ante el tener que confesar sus crímenes á su hermano.

Al fin, don Luis rompió el silencio:

— Guarda ese cuchillo, y siéntate — murmuró el oficial con voz suave.

— ¡ Es que me persiguen ! — respondió Julian.

— No importa; aquí no corres peligro.

Julian guardó el cuchillo, y despues de escuchar un momento los leves ruidos que venian de la calle, producidos por la lluvia que seguia cayendo en abundancia, fué á sentarse en una silla al extremo de la habitacion.

Don Luis volvió á tomar la palabra.

— No te pregunto de donde vienes, ni lo que has hecho....

— Bebí, me provocaron, lo ví todo color de sangre y....

— ¡Calla, Julian, calla! — respondió don Luis levantándose y extendiendo su brazo en direccion de su hermano — no sigas, no quiero saber nada, de sobra me dice tu aspecto lo que no quisiera sospechar, pero que no quiero oirlo de tu boca. Eres un desgraciado, te ves perseguido, en peligro, me encuentras, te abro mis brazos y te salvo. No quiero saber otra cosa; eres mi hermano, y nuestros padres nos miran desde el cielo.

A la mañana siguiente, la policia fué á llamar á la puerta de la casa del comandante Mendieta, pues los perseguidores de Julian habian visto á este penetrar en ella por la azotea, y se contentaron con cercar la casa en la seguridad de que el perseguido no podia escaparse. Sin embargo, con gran sorpresa de los agentes de la autoridad, oyeron á don Luis que les decia:

— Señores, me parece que se equivocan ustedes, aquí no ha entrado nadie.

— Pero.... — respondieron un tanto desconcertados los agentes.

— Señores, pueden ustedes registrar la casa, y de ese modo yo me quedaré tranquilo, y ustedes cumplirán con su deber.

Y los sabuesos registrarOn la casa de alto abajo, pero no encontraron al bandido que perseguian: sin duda se habia evaporado ó se lo habia tragado la tierra.

— Dispense usted mi comandante — dijo el sargento al despedirse de don Luis, — pero es un pege el que buscamos, que será una lástima que se escape. Un asesino, un bandido en toda la extension de la palabra, que en cuanto le agarremos de seguro le pegan cuatro tiros.

—¿De veras?— murmuró don Luis maquinalmente, sintiendo que su sangre se helaba.

—¡Ya lo creo! hace tiempo que le teniamos echada la vista encima; es un ladron, y á mas de ladron, asesino. Un compadrito que anoche mató á un infeliz en una academia, y este es el tercero....

— ¿Y cómo se llama ese hombre?— preguntó Mendieta con voz casi temblorosa, al mismo tiempo que se ponia densamente pálido.

— Su verdadero nombre no lo conoce nadie, pero en las academias le llaman el Gaucho.

Don Luis respiró; un instante despues, el sargento abandonaba la casa, preguntándose á si mismo en donde se habria metido el asesino que con tanto interés perseguian la noche anterior. — Hubiera jurado, — pensaba el militar, — que habia entrado en la casa del comandante.

Sinembargo, Julian no habia abandonado la casa de su hermano. Si el sargento hubiera podido ver lo que pasaba en ella despues de su partida, se hubiera convencido de que no se habia equivocado. Don Luis alzó uno de los extremos de la alfombra que cubria el piso del comedor, levantó una trampa que daba paso á un extenso zótano, y la fisonomía repulsiva de su hermano apareció en el hueco.

Pocos dias despues, disfrazado y provisto de un falso pasaporte, proporcionado á cambio de oro por un tal Leví, agente de negocios sucios y antiguo compañero de aventuras de Julian, único que conocia el verdadero nombre del Gaucho, abandonaba á Montevideo el hermano del comandante, llevando una suma regular de dinero para poder hacer frente á lo que pudiera ocurrir, último sacrificio debido á su hermano y Mercedes, que vendió sus modestas alhajas para aumentar la suma que debia ser entregada al hermano de su esposo.

Julian partió, pero al despedirse de su hermano, su mirada parecia más franca, menos huraña; los pocos dias que habia estado respirando aquella atmósfera pura y vivificadora de aquel tranquilo hogar parecian haberle impresionado.

Al saber poco tiempo despues que su hermano estaba libre, don Luis respiró y dió gracias á Dios, pidiéndole en el fondo de su corazon que hiciera volver al redil á la oveja descarriada.

¿ Se realizó este milagró ? Nadie lo supo, pues nadie volvió á tener noticias del hermano del comandante.

Esta fué la primera nube que entristeció el hogar de don Luis.

Por desgracia, esta nunca viene sola, y dos años despues, un fúnebre acontecimiento enlutó para siempre el corazon de doña Mercedes.

El comandante Mendieta, fué destinado con su batallon á batir algunas partidas sediciosas, que por no perder la costumbre se habian lanzado al campo, en las eternas luchas de blancos y colorados.

El comandante era valiente, se lanzaba el primero á la pelea, y en una escaramuza fué víctima de su valor. Una bala le hirió en el pecho, dándole apenas tiempo para pronunciar el nombre de su esposa y de su hija.

Cuando doña Mercedes recibió la noticia de la muerte de su esposo, le pareció que el mundo se concluia para ella; estuvo largo rato con la mirada fija en el espacio, sin poder pronunciar una palabra, ni derramar una lagrima. Al fin lanzó un grito desgarrador, se abrazó á su hija y murmuró estrechándola contra su pecho, con esa expresion inexplicable del dolor verdadero.

— ¡ Hija mia, ya no tienes padre !

CAPITULO XVI

Continua la historia de Ester

Doña Mercedes estuvo largos dias entre la vida ó la muerte; la pérdida del compañero de su vida, era para ella de las que no se suplen con nada; en el primer momento hubiera querido morir. ¡Qué vida más triste la suya! Y sinembargo, Mercedes no debia ni podia morir; se debia á su hija, á Ester, cuya preciosa cabeza de ensortijados cabellos negros solia ir á posarse sobre la almohada de su lecho.

Al fin el dolor cedió ante el deber y el cariño maternal, y doña Mercedes comprendió que si bien su inmensa pena le hacia desear la muerte para ir á reunirse con el dulce compañero de su existencia, su deber de madre le ordenaba, le imponia la obligacion de cuidar y velar por su hija.

Consagrose pues por completo al cuidado y á la educacion de Ester, en la que desde aquel triste dia cifró toda su felicidad, toda su ventura en la tierra.

Como ya hemos dicho anteriormente, Mendieta no poseia bienes de fortuna, asi es que á su muerte, su esposa y su hija solo heredaron el respeto de un nombre honrado y sin tacha, el nombre de un héroe, contando solamente para vivir, con la modesta viudedad de comandante, que aun con indiscutible derecho costó no poco trabajo, pasos y paciencia á doña Mercedes, el entrar en posesion de ella.

La pension era corta relativamente, pero bastaba y sobraba para las atenciones de la casa, y para la educacion de Ester, punto en el cual la viuda de Mendieta no admitia economias de ningun género, ni consejos de nadie, pues doña Mercedes queria formar á su hija con arreglo á sus ideas, ideas que en amor á la verdad, no podian ser ni mas sanas ni mas sensatas.

Nunca se resolvió á poner interna á la niña en ningun colegio, apesar de los consejos de sus amigas, pues opinaba que á Ester nadie podia amarla, ni cuidarla ni velar por ella mejor que su madre.

— Además — solia decir cuando le hablaban sobre el particular — la educacion de esos colegios será muy buena, pero á mí, francamente, dirán que pienso como cien años atrás, pero creo que esa educacion no es para hacer la felicidad de la mujer. Allí suelen enseñarles lo supérfluo y nó lo necesario. Les hacen estudiar mil cosas que maldita la falta que le hace á una mujer el conocerlas.

— Hoy dia si, los tiempos adelantan, y hay que ir con los tiempos — contestaba alguna de sus amigas, que por tener menos cuidados y mas libertad seguia el sistema moderno.

— Los tiempos me importan poco, y la felicidad de mi hija me importa mucho.

¿Acaso para ser feliz necesita una jóven estudiar el cuerpo humano y cosas por el estilo?

Se hará muy sabia, pero esa sabiduria no le servirá de mucho, y en cambio la inocencia y la candidez no ganarán nada, y esas me parecen las prendas mas valiosas para una jóven. Yo á mi hija no la educo para la vida ficticia de los salones, vida que solo despierta en ellas la ambicion y las pasiones dormidas, formando mujeres de escaparate, que concluyen su mision al apagarse la última bujia del sarao.

Preguntarle á la mayor parte de esas mujeres que es el hogar, que es amar y creer; contestarán probablemente hablando del último figurin, ó de la última representacion en Solís. ¿De la familia? no le hableis de la familia, eso es cursi; de los hijos, ¡qué horror! son una desdicha, que solo se puede tolerar teniéndolos algo lejos, y habiendo biberones ó mamaderas en el mundo.

Las mugeres, segun ellas, han nacido para lucir, para brillar; los hijos, son casi contrariedades del matrimonio, no lazos de union entre dos séres que se aman. Seré antigua, seré monomaniaca, pero Este ser educará á mi lado, á mi manera; que sea instruida, enhorabuena, me agrada, lo creo conveniente; que sepa tocar el piano, que conozca un poco los idiomas, santo y bueno, pero primero que aprenda á ser mujer de su casa, que aprenda á zurcir, á coser, á remendar, antes que á bordar en cañamazo ó en cristal; que aprenda

prácticamente la economia doméstica en vez del álgebra, y que sepa el catecismo antes que la anatomia, la historia, y la astronomía. ¿Qué soy ignorante? Bueno; no me importa, si al fin y al cabo consigo mi objeto, es decir, hacer de mi Ester una mujer buena y virtuosa, una respetuosa hija en el presente, que podrá ser el dia de mañana una buena esposa y una buena madre. ¿Para qué necesita tantos conocimientos la muger? Acaso le hace falta á una madre estudiar de tal modo para enseñar á rezar á sus hijos?

Sus amigas concluían por callarse, por mas que solia lastimarles un tanto el amor propio las palabras de doña Mercedes, lo que dió por resultado, que al cabo y al fin, el número de las amistades de la viuda de Mendieta fuera disminuyendo y aumentando el de sus desengaños.

Así pasaron algunos años, y Ester llegó á esa transicion en que la niña se convierte en mujer, abandonando para siempre los frívolos entretenimientos de la infancia, para entrar de lleno en las tristes realidades de la vida.

Ester se convirtió en una hermosa jóven de esbelto talle, y de formas pocos pronunciadas aunque de líneas irreprochables; su rostro ligeramente moreno era de una belleza seductora, pero belleza estraña, llena de atractivos, rostro al que sus grandes ojos negros prestaban una movilidad y una expresion particular, ya expresase el mas íntimo y tierno sentimiento, ya se retratara en él la contrariedad ó la cólera. En cuanto á su retrato moral, baste decir que doña Mer

cedes consiguió su objeto: Ester era de un claro talento, y aprovechó largamente los consejos de su madre.

Ester sacó la dulzura angelical de aquella, y al mismo tiempo la energia indomable de su padre. La resistencia le irritaba; su máxima era que siempre se debe resistir al fuerte, y protejer al débil. Cuando en las conversaciones familiares ó en las columnas de algun diario se trataba de alguna gran injusticia de las muchas que comete la humanidad, Ester se rebelaba, y en sus negras pupilas brillaba una chispa de cólera. Todo lo noble le atraia; todo lo desleal, todo lo malo, le repugnaba.

Tranquilos transcurrian los dias para Ester y su madre, que contentas con una modesta mediania, vivian agenas á todas las intrigas y ambiciones mundanas. Pero aquella tranquilidad no debia ser muy duradera; la fatalidad les preparaba un calvario lleno de abrojos, lágrimas y peligros: la miseria iba á llamar bien pronto á la puerta.

Como ya sabemos, doña Mercedes no contaba con mas elementos para vivir, que la modesta viudedad que le pagaba el Estado. Llegó un dia en que se suspendió el pago de las pensiones; en las alturas del poder se necesitaba dinero, mucho dinero, no para gastarlo en engrandecer el país, en aumentar su prestigio; no, hacia falta para derrocharlo en escandalosas orgias, para hacer economias para el dia de la adversidad. El hombre funesto que por desgracia regia los destinos del país, habia arrojado la máscara: la patria de los Trein-

ta y Tres se convertia en el patrimonio de un bandido con uniforme, escándalo de extraños y vergüenza de los propios; el valladar quedó roto, y el latrocinio se elevó á virtud, y la virtud se arrastró por el polvo. El país.... el país sufria y callaba; aun no habia vuelto de la sorpresa. Suspendiéronse los pagos como decíamos, y las infelices hijas y viudas de los leales servidores de la patria, muertos muchos de ellos en defensa de su libertad, se vieron privadas del pedazo de pan que esa misma patria les ofrecia como modesta recompensa á los servicios de sus difuntos deudos.

Es verdad, que esa misma patria, les dejaba libres dos caminos; el de la miseria y el de la prostitucion; el hambre ó la deshonra. Esto era natural; las viudas y huérfanas no tenian ningun batallon á sus órdenes ni crucero en el puerto que reclamara, y sus gritos no llegaban al jefe supremo, que como todo espíritu pequeño, era soberbio con el débil y cobarde, bajo y ruin con el fuerte.

¡Funesto personaje, que con su personalidad hizo pasar no pocas amarguras y vergüenzas á la noble nacion que oprimia !.

Los grandes dramas de la vida social, suelen no dejar en la escena del mundo, sitio para la representacion de los pequeños, ¡ y cuánto mas interesantes son á veces estos últimos !... Ese drama íntimo de la familia, esa lucha entre el espíritu y el cuerpo, entre el hambre y las conveniencias sociales del medio en que se vive, esa lucha horrible, silenciosa, que va dejando desnudas las paredes del hogar, lucha sorda, sin mas

espectadores que el avaro prestamista, que alarga su diestra como tentáculo de asqueroso pulpo para ir enlazando cada vez mas al pobre vergonzante. ¡ La pobreza vergonzante !... Esa es la pobreza mas cruel, la miseria que encierra mas sarcasmo, la que vende la camisa y conserva la levita, la que suele preferir la muerte antes de tender la mano para pedir pan al transeunte. ¡Oh! en la miseria que se oculta, en la que sufre en la sombra hay rudos tormentos, no tiene ni la alegria del rayo de sol; lo íntimo, lo pequeño, tiene tambien su ruda grandeza, como la tiene la gota de agua, sin valor á nuestros ojos, que encierra un mundo admirable de infinitos séres, séres, que encierran sin duda otros á su vez, en esa maravillosa y sorprendente division y subdivision de la materia.

. . . .

Los primeros meses, los pasaron Ester y su madre viviendo con las pequeñas economías que habian reunido gracias al órden admirable que reinaba en la casa. Triste era, pero al fin y cabo, segun decian los periódicos ministeriales, aquello no tenia nada de particular, y solo era cuestion de contabilidad, de tal modo, que enseguida debian volver á regularizarse los pagos, siendo todo cuestion de que se tomaran luego reunidas las tres ó cuatro pagas atrasadas, cosa que al fin y á la postre se podia llevar con paciencia.

Pero los meses pasaban, y los sueldos no se satisfacian. Al fin doña Mercedes empezó á preocuparse sériamente; de sus ahorros apenas le quedaba media docena de libras esterlinas.

— Hay que tomar una resolucion — dijo á Ester una noche. — Esta tarde he ido á la Contaduria, y me han dicho como siempre: No hay dinero ni órden de pago. Lo peor no es eso, sino que segun me ha dicho doña Gertrudis, la viuda del comandante Leon, nadie sabe cuando pagarán. Doña Gertrudis estaba desesperada, y yo, francamente no sé que vamos á hacer; seis libras es el único capital que tenemos, y yo profiero morirme á tener deudas.

— Mamá, lo mejor es cortar por lo sano, y lo que haya que hacer mientras mas pronto mejor — respondió Ester, que comprendia que su madre sufria no poco en su interior, al pensar en lo oscuro que se presentaba el porvenir.

— Quien sabe, puede ser que doña Gertrudis se equivoque: — contestó doña Mercedes.

— Mamá, mamá, no se confie usted; lo probable será que no haya pagas hasta sabe Dios cuando, y yo no quiero verla á usted con apuros, ni disgustada, pudiendo como podemos muy bien tomar un partido desde luego.

— ¿Un partido? — preguntó timidamente doña Mercedes, que hacia tiempo tenia el mismo pensamiento que su hija, pensamiento qne no se habia atrevido á expresar.

— Sí, mamá; una determinacion que nos permita esperar con cierta tranquilidad el que se vuelvan á regularizar los pagos.

—Sí, sí, pero eso no es tan fácil.

—Ya lo creo que es fácil, teniendo voluntad. En

primer lugar, nosotras no necesitamos para maldita la cosa una casa tan grande. ¡Cinco piezas! ¡á donde vamos á parar! mire usted, mamá, con dos buenas, alegres y limpias tenemos de sobra. Veinticinco pesos de alquiler es un escándalo, un lujo que no nos podemos permitir. En cuanto á sirvientes, desengáñese usted, mamá, sirviéndonos nosotras estaremos mejor servidas que por nadie de fuera, además, que dos piezas con darmedia vuelta están limpias.

— ¡Oh! no, no; ¡irse á vivir con nadie!... me pareceria que daba el primer paso para ir á parar á un conventillo, y eso seria horrible, si, horrible; hija mia, pobre hija mia, nunca pensé que llegaras á pasar escaseces. — Y las lágrimas brotaron de los ojos de doña Mercedes, y madre é hija se confundieron en un estrecho abrazo.

Pasaron algunos dias, y la realidad apareció de nuevo con toda su descarnada desnudez, y la conversacion entre doña Mercedes y su hija volvió á suscitarse en igual terreno que la vez anterior, al volver la desgraciada viuda de sus diarias escursiones á la Contaduria del Estado.

— No hay remedio, mamá, cuanto antes debemos dejar esta casa, y emprender nueva vida.

—Sí, hija mia me parece que tienes razon; como los que mandan no pasan privaciones, ni tienen hijos que les pidan pan, no se cuidan de las pobres como nosotras que sentimos á la miseria llamar á nuestra puerta.

—Mamá, no piense usted en eso; buscaré trabajo, coseré, bordaré, plancharé si es preciso, y nos gana-

remos la vidá honradamente. Casi, casi, me servirá de distraccion. Vamos, vamos, vida nueva. Estoy segura que el trabajo, el trajin diario me ha de sentar perfectamente, sin contar con que hasta economias vamos á hacer.

Y Ester, reia como una loquilla con una alegria ficticia, procurando animar á su madre que á duras penas podia contener las lágrimas.

—¿Está decidido? Dejemos la casa y á trabajar,—concluyó diciendo la jóven.

Aquella vez, doña Mercedes no hizo ninguna observacion á su hija; la realidad se imponia. Los pequeños ahorros habian desaparecido, y detalle terrible; la pobre viuda de Mendieta tenia deudas. No eran grandes ni apremiantes, pero eran deudas. Doña Mercedes habia seguido el sistema de comprarlo todo siempre al contado, nunca habia entrado por la tradicional costumbre de la libreta. Segun su opinion, la libreta daba por resultado estar mal servido y pagar dos por lo que valía uno. Pero las circunstancias, obligaron á la buena señora á pasar por las horcas caudinas, y carnicero, panadero y pulpero, entregaron su correspondiente libreta. Hay que confesar que doña Mercedes se defendió valerosamente antes de entrar en la general costumbre, y si al fin sucumbió, fué por que sinó no hubiera habido pan en su casa.

Antes de fin de mes es probable que paguen y entonces todo se arreglará, pensó la pobre viuda, pero llegó el fin del mes, y ni satisfacieron las mensualidades devengadas, ni doña Mercedes tenia un peso siquiera

con que pagar á sus proveedores, que al poner la última partida sumaban el gasto del mes en las terribles libretas.

Doña Mercedes se rindió pues á las circunstancias, y se decidió por fin á abandonar la casa, á la que madre é hija tenian un gran cariño, y de la que habian hecho una monada, un verdadero *chiche,* con sus enredaderas en el patio, y sus grandes macetones de flores, flores que cuidaba Ester con todo el cariño de una madre, gozando con infantil alegria en contar los capullos de los rosales y los blancos jazmines, y en admirar las extrañas flores del aire que aparecian como caprichosas y aisladas pinceladas en las blancas paredes del patio.

Las cosas no se arreglaron tan mal como creia doña Mercedes, pues la gran repugnancia que sentia en irse á vivir con extrañas personas, cesó gracias á una feliz casualidad, á una afortunada coincidencia.

Doña Gertrudis, la viuda del comandante Leon, habló á doña Mercedes un dia con toda franqueza; la situacion de las dos viudas era exactamente igual.

— Doña Mercedes yo no sé lo que vá á ser de nosotras (la viuda de Leon tenia una hija de la misma edad poco más ó menos que Ester) yo no contaba más que con la viudedad para vivir, y ésta no la pagan, ni sabe Dios cuando la pagarán.

— ¿Á quién se lo cuenta usted doña Gertrudis? mi hija y yo no tendremos más remedio que buscar trabajo para poder vivir, — contestó doña Mercedes.

— Pues á Emilia y á mí nos pasa lo mismo.

— Nosotras hemos pensado mudarnos de casa, y meternos en dos habitaciones; la criada ya la despedimos el mes pasado, y ahora solo tenemos una niña del Cerrito que abulta lo que la mano del mortero, y solo sirve para dar guerra, y para ir al tambo y barrer la vereda. No nos cuesta mas que vestirla y calzarla, pero tambien la despediremos, pues como van las cosas, ni eso podremos hacer, y gracias que Ester y yo no nos quedemos casi desnudas por no tener que ponernos.

—Nosotras tambien buscamos casa, digo, un par de piezas, y algo que trabajar para poder vivir.

—¡Pobres hijas!

—Sí; ¡pobres hijas!

—Lo que me asusta es pensar que tenemos que irnos á vivir con personas extrañas,—añadió doña Mercedes.

— Podiamos hacer una cosa,— respondió la viuda de Leon.

—¿Qué?

— Puesto que ustedes lo mismo que nosotras se ven obligadas á vivir lo mas reducidas, podiamos muy bien buscar una casita de tres ó cuatro habitaciones y tomarla á medias; de este modo, tendriamos mas economia, estariamos mas á gusto, y pasariamos mejor nuestras penas y desgracias; además, las niñas estarian mas alegres, Ester es de la misma edad que Emilia, y se animarian la una á la otra. Por otra parte, así reunidas, podiamos ganar más y gastar menos.

—Tiene usted mucha razon, doña Gertrudis, es una

buena idea, y la apruebo desde luego. ¡Oh! y Ester se pondrá muy contenta cuando le diga que va á tener una compañera.

Las dos viudas se despidieron, para volverse á reunir aquella noche en casa de la de Mendieta, y á los dos dias, las dos familias tomaban posesion de una modesta casa, mas bien morada de muñecas que de personas, casa con tres reducidísimas piezas nada mas, pero limpia y nuevecita, con una ventana á la calle, con su persiana pintada de verde, con su pequeño patio y un diminuto zaguan enlosado de mármol. La casita tenia el techo de zinc, lo que quiere decir que era un horno en el verano y una nevera en el invierno, pero no costaba mas que diez y ocho pesos, y ante lo módico del precio desaparecian todos los inconvenientes.

Trasladaron á la casa las dos familias su modesto mobiliario, no poco mermado por ambas partes, que tuvieron que sacrificar todos los muebles superfluos y aun algunos de los necesarios, para pagar los alquileres vencidos de las antiguas viviendas, y las terribles libretas que eran la pesadilla de doña Mercedes, á la que proporcionaban largas horas de insomnio.

CAPITULO XVII

Que trata de lo mismo que el anterior

Ya instaladas en su nueva casa, ocupáronse doña Mercedes y doña Gertrudis de buscar trabajo, empresa por demás difícil, pues por la mayor parte de las tiendas no aparecia un comprador para un remedio, y los dependientes se pasaban la gran vida, paseándose de arriba abajo con los brazos cruzados en espera del deseado parroquiano.

Visitaron todos los comercios en los que en épocas mas felices se surtian las dos familias, pero con más ó menos atencion y amabilidad, según tenian mas ó menos en cuenta el pasado un tanto oscurecido por el presente, les contestaban las siguientes palabras:

— Señora doña Mercedes (ó doña Gertrudis) con muchísimo gusto la serviríamos á usted, pues ya sabe que la apreciamos, pero nos es imposible, completamente imposible; todas esas cajas — el dependiente ó principal señalaba una larga fila de ellas que aparecian

en los estantes — están llenas de artículos confeccionados á los que no podemos dar salida. No sé lo que va á ser de nosotros.

—¡Qué época, señor don Fulano! — contestaba la interpelada.

—¡Oh! no lo sabe usted bien; nadie vende ni un centésimo, y si alguna vez viene álguien á comprar, ofrece uno por lo que vale cuatro, y es peor el remedio que el mal.

—¿Y no sabria usted en dónde nos dieran costura?

—En este momento no señora, pero pudiera suceder que sinó hoy, mañana, supiera de algo, ó bien que mejorara la situacion, y yo mismo....

—Tómelo usted con interés.

—Descuide usted señora, y pásese por aqui de cuando en cuando sinó le molesta, por si se proporciona alguna cosa.

Este diálogo frase mas, frase menos, sostenian diariamente las dos viudas, en los sitios á donde iban en busca de trabajo.

Por la noche, cuando se reunian alrededor de la mesa, las dos señoras referian llenas de desaliento lo infructuoso de su excursion diaria.

En cuanto á las dos jóvenes, despues de ocuparse del arreglo de la casa, empresa poco difícil pues como hèmos dicho era bien reducida, se dedicaban á hacer algunos pequeños trabajos de còstura; tapetitos, colchas, y otras fruslerias, que doña Gertrudis procuraba vender entre sus conocimientos.

Sentadas junto á la única ventana de la casa, traba-

jaban Ester y Emilia, acompañando muchas veces con alegres risas el ir y venir de la aguja, risas con que procuraban engañar las tristezas y privaciones. No era Ester sin embargo la que mas alegraba la casa, y casi siempre cuando sus risas se unian á las de Emilia, tenian una nota triste, concluian con una especie de queja; por que la alegria en Ester, era ficticia; la jóven comprendia con su raro talento lo oscuro del porvenir, y no olvidaba ni un instante lo difícil del presente.

En cuanto á Emilia era otra cosa: Emilia era bajo todos conceptos el polo opuesto de su compañera, tanto física como moralmente. Emilia era rubia, muy rubia, blanca, muy blanca, de redondas formas, y de fisonomía un si es no es provocativa y picarezca. En cuanto á su parte moral, baste decir que sin dejar de ser sanas y morales las máximas de doña Gertrudis, no habian sido iguales á las de doña Mercedes respecto á la educacion de su hija.

Acostumbrada á brillar en los salones, en los que era tenida por una belleza de primer órden, doña Gertrudis para tener mas libertad y menos quebraderos de cabeza, consiguió de su esposo, hombre que la adoraba con todo su corazon, el que fuera enviada Emilia á un colegio de Buenos Aires, y la niña á los cinco años, fué encerrada en uno magnífico de la otra orilla, famoso por su lujo y por las cuentas que ponia á los papas de las educandas; colegio en el que se daba una educacion por todo lo alto, educacion libre de toda creencia religiosa, pues habia ilustres descendientas de

sectarios de toda clase de religiones, y hasta de algunos que por comodidad no tenian ninguna. Magnífico establecimiento, del que las felices alumnas salian hechas unas sabias, con vastos conocimientos en una infinidad de cosas mas ó ménos inútiles, grandes profesoras de piano, (un poco del Trovador, de Norma y Aida, el imno patrio, y un poquito de música de zarzuelas) hablando el francés y el inglés lo bastante bien para casi entenderse entre ellas, y para traducir Good Night y Bonjour; baile y canto, una coleccion completa de picardías, y mucho humo en la cabeza, producido por las grandezas de las condiscípulas, reunidas á las propias.

En estas ó parecidas condiciones salió Emilia del colegio porteño, despues de grandes gastos que habian absorvido casi toda la reducida fortuna del comandante Leon. Tenia la jóven diez y seis años cuando fué á reunirse con su madre, pues su padre habia muerto sin que su hija estuviera á su lado para endulzar sus últimos momentos. Grande fué la desilucion de doña Gertrudis respeto de Emilia, en la que soñaba encontrar una hija amante y cariñosa, pues se halló con una chiquilla hipócrita y pretensiosa, que no tenia grandes nociones del cariño y respeto filial, (dicha asignatura no se estudiaba en el colegio) y quiso tratar á su madre desde el primer momento con cierta familiaridad impertinente, como si la autora de sus dias fuera tan solo su hermana mayor ó simplemente alguna compañera de Colegio.

Tarde conoció su error la pobre viuda, dedicándose

á enderezar aquel árbol torcido, empresa que habia de costarle no pocas lágrimas, y que al fin y al cabo no habia de conseguir realizar. Entre las peligrosas aficiones de Emilia se hallaba la del lujo, aficion que dió al traste bien pronto con todas las economías de doña Gertrudis, la que imprudentemente, y con la esperanza de que su hija hallase una buena y honrada colocacion, cosa que no le parecia difícil, pues la jóven era encantadora, alentó las inclinaciones de ésta, presentándola en teatros y en paseos, lo que dió por resultado que la transicion fuera mas terrible, al encontrarse al fin sin el marido ambicionado y en la mas desconsoladora pobreza. Rudas escenas tuvieron lugar en la casa de doña Gertrudis entre ésta y su hija, la que se rebelaba contra la suerte, que no la permitia brillar en la sociedad en que segun ella estaba acostumbrada y destinada á vivir. Su madre la oia y sufria sus reconvenciones con punible condescendencia, hasta que al fin las circunstancias se impusieron, y la jóven tuvo que rendirse á la dura realidad, y tomar los tiempos tal como se presentaban, sin que por esto dejara siempre de haber en su corazon un gérmen de rebeldia.

Los pocos pesos que habian quedado á doña Gertrudis de la venta de sus muebles, se concluyeron; trabajo no habian encontrado en ninguna parte, y Emilia se alzaba fiera contra la miseria que veia en perspectiva, miseria que Ester y su madre soportaban con santa resignacion, lo que exasperaba á la bella é impaciente rubia.

—¡Oh! no sé como tú eres — solia decir Emilia

á su amiga á la que tuteaba desde el primer momento. ¿ Cómo te conformas con la pobreza, con no tener ni lo mas necesario ?

— ¿ Qué he de hacer ? — contestaba Ester — ¿ Acaso con desesperarme conseguiré cambiar la suerte ?

— Esa no es razon.

— Es una razon seguramente, pero hay otra, que á falta de esa seria lo bastante para hacerme sufrir con paciencia los golpes adversos de la fortuna.

— ¿ Cuál ?

— El no afligir á mi madre que sufre tanto como yo, miento, mas que yo, pues estoy segura que ella sufre cien veces mas, como le pasara á la tuya....

— ¿ Tú mamá y la mia ?...

— ¿ Acaso no piensas tú lo mismo que yo en el fondo de tu corazon ?

— No; no soy hipócrita; no pienso lo mismo; esas son sensiblerias. Mamá se ha divertido de jóven, ha disfrutado del mundo, yo apenas he visto ese mundo en que ella ha brillado. ¿ Por qué le he de tener lástima ? Me tengo lástima á mí misma, que soy jóven, que soy bonita; si, lo soy; el espejo me lo dice; yo no soy gazmoña, y tengo ambicion, quiero lucir, tener brillantes, trajes, joyas; bailes, teatros; ese es el paraiso, ese es mi elemento, no, yo no quiero vivir escondida como los buhos, ir á la miseria pone flaca y fea; yo soy honrada, eso nada tiene que ver, pero no quiero ser pobre, me dan deseos de llorar estas cuatro paredes, el ruido de la máquina me pone mala, no, no; mis manos no se han hecho para trabajar; barrer, fregar, limpiar los

pisos si es necesario, no, no; ¡primero me tiro al rio, si.... primero, así quedaba tranquila!

—¡Calla, calla, Emilia! —decia Ester, queriendo tapar con su pequeña mano la rosada boca de su amiga en un movimiento de espontáneo cariño.

—¡No, no!—contestaba la rebelde, con el rostro enrojecido y la mirada brillante,—pienso así, y la que no piense así no se debia llamar muger.

Y la discusion continuaba, terminando al cabo por ir Emilia á encerrarse en su cuarto llena de ira y de despecho, dejando á Ester mucho mas triste que antes.

Un áncora de salvacion, que mas bien era de perdicion que de otra cosa, encontraron de improviso las dos viudas.

Como todo se explota en este mundo, y de todo se saca partido, á los pocos meses de la suspension de pagas, aparecieron en las portadas de algunos escritorios de los alrededores de los llamados portales de la Pasiva, brillantes rótulos que solo contenian estas palabras:

Se compran sueldos.

Era un nuevo negocio, una nueva explotacion, una vuelta más al volante de la prensa en que el *ilustre* Mariscal exprimia á sus conciudadanos, negocio en el que sacaban hermosas presas amigos y deudos del mismo.

Á aquellos antros de la usura, acudian acosados por el hambre viudas y empleados, y entregaban sus sueldos, digo, el derecho de cobrarlos, por un pedazo de

pan lleno de amargas lágrimas. Y cosa extraña; los sueldos que aquellos desdichados y desdichadas vendian con el sesenta por ciento de pérdida, recibiendo en cambio unos cuantos miserables pesos acompañados á veces de no escasas groserias, eran pagados al dia siguiente en las cajas del Estado, mediante una tarjetita del gran patricio, ó de cualquiera de los dignos coriteos que le acompañaban en el opiparo festin, en el que desplumaban y descuartizaban al país tranquilamente. Pero tales andaban los tiempos, que aquella soberana estafa fué acogida casi con júbilo por los míseros acreedores del Estado, que no tenian pan que llevar á la boca, mientras el Gran Mariscal elevaba soberbios alcázares con la mas desvergonzada impudencia. No pecariamos de exagerados si dijéramos, que casi formaban cola aquellos innumerables imitadores de Esaú, que pretendian vender sino sus derechos de primogénitura por un plato de lentejas, sus derechos á la comodidad y el bienestar por un mendrugo de pan y el zaquizamí de un conventillo.

No fueron de las últimas doña Mercedes y doña Gertrudis, que una mañana muy temprano se presentaron en uno de aquellos antros con la pretension de vender los sueldos devengados. Acompañaba Emilia á su madre, y las tres penetraron tímidamente en el lugar del sacrificio.

Estaba la oficina del usurero tan exenta de muebles como de buenas acciones la conciencia de su propietario; cuatro sillas de dudosa seguridad y limpieza, era todo el mobiliario de la antesala, separada del des-

pacho del comprador de sueldos por unos tableros amarillos, con una pequeña puerta que apenas podia dar paso al referido despacho ó escritorio de don Jaime, que así se llamaba aquel honrado especular de la miseria.

Don Jaime era la imágen perfecta del avaro. Sentado en un fementido sillon compañero de una fementida mesa, envuelto en un gaban antidiluviano en el que encuadraba perfectamente su individualidad, aparecia don Jaime, cuyo rostro tenia mirado de perfil mucho de la garduña, y mirado de frente bastante del chacal.

Miráronse las tres mugeres antes de romper el silencio, miró don Jaime primero á Emilia y luego á sus compañeras, y murmuró con voz chillona y desagradable:

—¿Qué se les ofrecia?

—Veniamos á vender unos sueldos—contestó Emilia con su natural desenvoltura.

—¿Y es usted la interesada?

—Hasta cierto punto; mi mamá es quien los quiere vender, y esta señora que es amiga nuestra.

—¡Ah! ya.

—Si señor; queriamos vender los sueldos vencidos, —añadió doña Mercedes—somos pensionistas, y....

—Bien, bien; veamos, hay más gente que espera, ¿qué quieren ustedes?—respondió don Jaime.

—Ya lo hemos dicho: vender los sueldos.

—Advierto á ustedes que se puede dar bien poco por ellos. El Estado sabe Dios cuando pagará, ó sinó pagará nunca.

—Seguramente que pagará, —dijo doña Gertrudis.

—Entonces no vendan ustedes.

—Pero en resumidas cuentas ¿puede usted comprarlos?—preguntó doña Gertrudis.

—Seguramente; pero no abono mas que el treinta por ciento de las pagas, y eso hoy, que mañana quizás no las tome ni de balde.

Las dos pobres viudas se miraron con estupor.

Aquello era horrible ¡Un treinta por ciento!

—Eso es muy poco.—respondió doña Gertrudis.

—Menos es no tomar nada, que será probablemente lo que á mí me pase. ¡Valiente clavo son las tales pagas!

—Pero.....

—No hay pero que valga; ó se toma ó se deja.

La rabia se retrataba en el semblante de Emilia, que de buena gana le hubiera dicho alguna claridad á aquel espantajo, pero su madre que la conocia perfectamente la miró, y aquella mirada la hizo recordar que estaban á merced del usurero.

Doña Mercedes y doña Gertrudis vendieron sus pagas. Aquel dia y algunos mas hubo pan en la casa, por mas que la miserable cantidad recibida á cambio de los sueldos, que importaban unos cientos de pesos, se fué bien pronto en pagar deudas.

Al cabo de algunos dias, la miseria volvió á enseñorearse de aquel humilde hogar.

Emilia ya no reia; su mirada se volvió sombría, y algunas veces parecia evitar las de su madre, que habia caido enferma de resultas de una antigua dolencia

agravada por la miseria y las privaciones. Aquella enfermedad, obligaba á Emilia á salir diariamente para buscar algunos recursos entre sus conocimientos.

Aquello era un martirio para la hermosa jóven, en cuyo rostro empezó por reflejarse la desesperacion, concluyendo como ya hemos dicho por volverse huraña y sombría.

Una tarde, al anochecer, Emilia se puso su viejo vestido de seda, y su sombrero descolorido y anticuado; bajó cuidadosamente la falda para disimular en lo posible los descocidos y rozaduras de las en un tiempo elegantes botitas de tafilete, tomó un roto paraguas, y salió á la calle, llevando un tapetito de primoroso trabajo que habia concluido la noche antes, y que esperaba vender en casa de alguna amiga, para poder comprar pan y medicinas para su madre.

Antes de salir, se acercó al lecho de doña Gertrudis: esta dormia; se detuvo un momento; despues se inclinó y la besó en la frente. Enseguida salió sin murmurar una palabra, con paso rápido, decidido.

Al cabo de algunas horas, doña Gertrudis abrió los ojos y llamó á su hija: Emilia hacia tiempo que debia haber vuelto. Pero pasaron las horas, llegó la media noche, y la jóven no pareció. Doña Gertrudis se arrojó del lecho, y con el rostro pegado á los cristales de la ventana esperó el regreso de su hija. Dieron las dos, las tres, las cinco de la mañana, y Emilia no llegaba.

—¡Pobre hija mia! —murmuraba la pobre viuda.

—Tranquilícese usted; como la noche está tan mala, las señoras á cuya casa iba la habrán obligado á

quedarse allí—le decian doña Mercedes y su hija, procurando tranquilizarla.

—No, no; algo le ha pasado á mi Emilia—contestaba con angustia la pobre madre.

Y las horas seguian pasando, y llegó el amanecer, y la hija de su alma no volvió.

Á las siete de la mañana intentó salir á la calle, pero la fiebre se habia apoderado de ella, y sus piernas se negaron á obedecer: Doña Gertrudis queria ir en busca de su hija.

—No piense usted en eso, —le dijo doña Mercedes—yo iré y le traeré á Emilia.

Y la madre de Ester, salió poseida de tristes presentimientos en busca de la hija de doña Gertrudis.

Pero sus diligencias fueron inútiles: en la casa á donde la tarde antes debia haber ido la jóven, supo con gran sorpresa que allí no la habian vista hacía mucho tiempo. Aquella noticia era terrible.—¿Le habrá pasado alguna desgracia?—pensó doña Mercedes.

Y la viuda de Mendieta, emprendió la tarea de recorrer la mayor parte de las Comisarias en busca de la jóven. Pero todas sus pesquisas fueron inútiles.

Regresó pues á su casa llena de tristeza, ideando una disculpable mentira con que atenuar el golpe que esperaba á su pobre amiga. Esta la esperaba contando los instantes; al verla exclamó con voz de suprema ansiedad:

—¿Y mi hija?

—¡Oh! Emilia está buena, digo, regular—contestó medio turbada doña Gertrudis—se puso un poco enferma en casa de esas señoras, y no la dejaron salir.

— Pero esta mañana podia haber venido.... ¡Á mi Emilia le ha pasado algo grave!... ¡es necesario que yo la vea!

— ¡Buena está usted para salir á la calle! ¿y para qué?... Las señoras de la casa se han empeñado en que pase allí todo el dia, y esta noche estoy segura que ellas mismas la traeran, — respondió la madre de Ester.

Doña Gertrudis no contestó; pero claramente se conocia que las palabras de doña Mercedes no la habian convencido. Se envolvió en una de las mantas de la cama, y se colocó cerca de los cristales de la ventana. Al anochecer un hombre llamó á la puerta; Ester salió á abrir.

Aquel hombre preguntó por doña Gertrudis: traia una carta para ella. Ester reconoció la letra de su amiga. Interrogó al portador de la misiva pero nada pudo sacar en limpio.

Toda temblorosa, entregó la carta á la infeliz viuda, que al recibirla, al leer el sobre, se puso densamente pálida y se apoyó en la pared para no caer.

Despues se metió en sus habitaciones y se encerró por dentro.

Ester y su madre respetaron aquel aislamiento; oyeron sollozar á la pobre viuda, gemir de un modo contenido, palabras entrecortadas, ininteligibles. Era ya muy tarde, cuando todo ruido cesó en el cuarto de doña Gertrudis.

Doña Mercedes y su hija se acostaron, pero no pudieron reconciliar el sueño; estaban dominadas por una penosa impresion.

Tarde, muy tarde, les pareció oir como si alguien abriera y cerrara la puerta de la calle.

—Ester ¿has oido?—murmuró doña Mercedes—parece que han abierto la puerta.

—No, mamá, es ilusion de usted; es el ruido que hace el mar al romper en la costa.

Doña Mercedes se calló; efectivamente seria lo que decia su hija; la casa en que vivian estaba á pocos pasos del mar, aquella noche hacia un fuerte pampero, y el oleaje, ya fuerte, ya débil, causaba efectos acústicos que podian muy bien haberla hecho equivocarse.

Al amanecer se levantaron doña Mercedes y su hija; el sueño de ámbas habia sido bien corto. Corrieron al cuarto de doña Gertrudis, pero con gran extrañeza encontraron abierta la habitacion. Llamaron á la pobre viuda, pero esta habia desaparecido. ¿Á dónde podia haber ido á aquella hora?

Madre é hija se miraron con estupor; ámbas presentian una desgracia.

En aquel momento oyose un extraño murmullo en la calle, murmullo que se fué acercando haciendo salir á los vecinos á las puertas de sus casas.

Doña Mercedes y Ester salieron tambien á la puerta; una turba de muchachos volvia en aquel momento la próxima esquina.

—¿Qué ocurre? — preguntaban con curiosidad los vecinos.

—¡Una ahogada!... ¡una ahogada! —contestaban los granujas, que daban un par de cabriolas y seguian su marcha.

Detrás de los muchachos venian unos hombres trayendo en una escalera el cadáver de una muger. El negro traje de la ahogada, desgarrado y lleno de barro, flotaba al viento como fúnebre bandera, dejando al descubierto los piés de la muerta; uno calzado, el otro descalzo.

Ester y su madre sintieron que la sangre se helaba en sus venas, y se estrecharon la una contra la otra. Los hombres con la escalera y el cadáver se pararon delante de la casa de doña Mercedes. Esta y su hija fijaron sus ojos desmesuradamente abiertos en la pobre muerta, que parecia fijar en ellas los suyos vidriosos.

Aquel cadáver lleno de lodo, medio destrozado por el chocar y rechocar contra las piedras, era el cadáver de doña Gertrudis.

CAPITULO XVIII

Sigue la historia de Ester — El conventillo

La infeliz viuda del comandante Leon, se habia suicidado. La carta que habia recibido la víspera la encontraron los agentes de la autoridad en el bolsillo del traje de doña Gertrudis. La carta medio borrada, por el agua del mar, era bien breve; solo contenia las siguientes líneas:

« Mamá: soy jóven y bella, he pensado morir,
« pero la vida me atrae. Para tí soy una carga, y
« por otra parte el sufrimiento constante, la horrible
« miseria me volverian loca. No me maldigas: me voy
« lejos, muy lejos, pero soy amada, y aún podré ser
« dichosa.

EMILIA.

Aquella carta, carta escrita por un ser sin corazon, rompió los últimos lazos que retenian en la tierra á là pobre viuda. Leyó la carta, una, dos y tres veces, y

despues... despues lloró, lloró hasta que se le concluyeron las lágrimas. Entonces, salió á la calle, y automáticamente, como una sombra, se dirigió hácia el mar que rompia con potente empuje á pocos pasos de la casa; se santiguó, pronunció el nombre de su hija, cerró los ojos, y se lanzó á las olas. Era una víctima de la miseria, una víctima mas de la rapacidad y el cinismo que reinaba en las alturas del poder.

Aquella desgracia aterró á Ester y á su madre, y durante largo tiempo el rostro descompuesto de la ahogada, apareció constantemente en los sueños de la viuda y de su hija.

Para estas, con la muerte de doña Gertrudis se presentó un nuevo problema; el de mudarse de casa, por que ellas solas no podian permitirse el lujo de una habitacion de diez y ocho pesos.

Madre é hija discutieron detenidamente lo que debian hacer, en vista de que no tenian ni dinero, ni esperanza de tenerlo.

—Veamos si al cabo encontramos trabajo—dijo Ester—y con lo que se saque de la costura, mas lo poco ó mucho que nos den por las pagas, quizás podamos ir pasando.

Pero el trabajo no se encontró, y las pagas, era una cantidad tan miserable la que daban por ellas, que ni llegaba para pagar el alquiler de la casa.

La situacion llegó á hacerse critica en extremo, y un dia, después de discurrir no poco buscando el medio de salir adelante, y de pagar todas las deudas que

habian contraido bien apesar suyo, resolvieron abandonar la reducida vivienda que tenia para ellas algo de siniestro, vender todos los pocos muebles que les quedaban, pagar á los acreedores con el producto, é irse á vivir á una miserable pieza de un conventillo, por la que solo pagaran cuatro ó cinco pesos, y mil gracias á Dios, si al fin y al cabo podian vivir allí tranquilas.

¡Cuántas lágrimas se derramaron en silencio, durante las últimas noches que pasaron en la casa!...

Al fin una mañana salieron Ester y su madre, y se dedicaron á buscar el futuro domicilio. En un extremo de la poblacion hallaron lo que buscaban: Sobre la puerta de una casa de mediana apariencia vieron una tablilla en la que se leía escrito con letras blancas lo siguiente: *Se alquilan cuartos.*

Por ancha puerta pintada de color de chocolate, se entraba en un extenso patio, en el que á uno y otro lado se contaban hasta treinta habitaciones, sobre cuyas puertas campeaba el número correspondiente. Gran pileta de piedra se veia en el centro del referido patio, destinada al lavado de la ropa de toda la gente menuda de aquel mundo en pequeño, en el que raro era el vecino que no tenia media docena de tiernos vástagos, causa diaria é inconsciente de largas discusiones, y á veces rudas peleas entre las comadres de aquella Córte de los Milagros, que un dia si y otro no se agarraban de las *mechas*, concluyendo por ir á la comisaría vencidas y vencedoras, es decir; unas sin pelo, y estas eran las primeras, y otras con él, que eran las segundas, volviendo luego las contendientes á sus hoga-

res en paz y en gracia de Dios, tan amigas como antes, y convencidas de que solo los *chiquilines* tenian la culpa de todo, motivo por el cual concluia el dia con una soberana zurra á los correspondientes herederos, que ponian el grito en el cielo, cada vez que la mano maternal se descargaba colérica sobre la parte posterior y más prominente de sus infantiles humanidades.

Próximo á la pila se veia el ancho brocal de profundo aljibe, del que se surtia el vecindario, aljibe que á veces quedaba en seco, caso tenido en cuenta por el propietario de la finca, que á prevencion, y resguardada por tosco cajon muy parecido al cepillo de las ánimas, cerrado por su correspondiente llave colocada bajo la salvaguardia de la capataza, habia una brillante *canilla* de agua corriente, que solo se utilizaba en las grandes ocasiones.

Era la dicha capataza muger de unos cuarenta años, viuda del capatáz del conventillo, hombre honrado y bueno, que habia muerto en el cumplimiento de su deber, pues perdió la vida gracias á un garrotazo que le pegó un inquilino moroso al ser requerido para el pago.

Doña Silvestra, que así pusieron en la pila á la capataza, regia los destinos del conventillo con toda equidad, soliendo ser amable algunas veces, y poniendo cara de perro de presa las mas, cuando lo crítico de las circunstancias así lo exigia.

Ocupaba doña Silvestra en compañia de su familia, formada por una muchacha de unos catorce años y un muchacho de unos doce, una de las dos habita-

ciones que daban á la calle, habitando en la otra un *señor sargento de la Guardia Negra*, como decia la capataza, especie de giganton de ébano, con más facha de facineroso que de hombre honrado, (y la facha no mentia) sargento, que era el personaje de alto coturno ó alta bota del conventillo, y al que escuchaban como á un oráculo sus convecinos cuando se dignaba hablar, gracias á unas copas de caña, compañeras inseparables del Marte negro.

Entre los demás vecinos los habia de todas castas: dos hojalateros, un vendedor de *torticha*, un afilador y un vendedor de *tomata*, hijos de la hermosa Nápoles; dos changadores descendientes del ilustre Pelayo; un francés talabartero que se emborrachaba quince dias al mes y trabajaba otros quince; un griego quitamanchas á domicilio, y un negro llamado Anselmo, mas feo que un mico, portero de los porteros de un banco, negro que parecia alguien, vamos al decir, cuando se ponia su levita azul y su gorra idem, con gran letrero dorado, y que era el segundo personaje del conventillo: el sargento representaba la milicia, y el señor Anselmo la banca.

Además habia un número considerable de lavanderas, planchadoras, costureras, aparadoras, de industria.... libre, etc., etc., hasta el número de ciento y tantos individuos, que vivian en paz y en gracia de Dios, relativamente, observando la más sana moral, salvo alguno que otro punto negro por no decir verde subido.

Eran las siete de la mañana, cuando doña Merce-

des y su hija penetraron con no poca repugnancia en el patio del conventillo.

Sorpresa grande causó en aquel público ilustrado la presencia de Ester y de la viuda, y por un momento todos suspendieron sus quehaceres, quedando en expectacion de ulteriores acontecimientos.

Abandonaron las comadres los hornillos de hierro destinados á la confeccion de la polenta, los garbanzos ó el zapallo, hornillos que formaban dos líneas más menos regulares delante de las puertas; el hojalatero quedó con el martillo suspendido en alto, y suspendido tambien su canto en uno de los más atractivos trozos de la Pinota; suspendieron el llanto los chicos, y hasta el señor Anselmo y el señor sargento suspendieron un mate cimarron que estaban tomando en aquel momento.

Con el rostro del color de la grana al verse blanco de las interrogadoras miradas de aquella ilustre sociedad, adelantaron un paso doña Mercedes y Ester buscando una persona á quien poder preguntar por la capataza.

Al fin, una pobre muger que lavaba á la sazón unas camisas de sus vástagos, se acercó á las recien llegadas.

—¿Qué se les ofrecia á ustedes, señoras?—les preguntó con voz que queria ser agradable.

—Buscábamos á la encargada; hemos visto en la tablilla de la puerta que habia cuartos desalquilados, y....—respondió doña Mercedes, con acento velado por los comprimidos sollozos.

—¡Ah! ¿p:eguntan ustedes por la capataza?

—¿La capataza?

—Sí; no sé si estará, ahora veremos—y á renglon seguido, soltó la buena muger un ¡doña Silvestraaaa! que despertó á todos los tiernos infantes de la colonia.

—Doña Silvestra no está, misia Ramona—contestó una cocinera de reemplazo asomándose á la puerta de su habitacion.

—¿Qué no está? misia María.

—No, señora, no está; salió esta mañana, creo que fué á casa del patron, ya sabe usted para qué.

—Sí, es verdad, no me acordaba; usted dispense misia Maria.

—No hay de qué, misia Ramona.

—Pues no sabe usted lo que sentimos no ver á esa señora,—murmuró tímidamente doña Mercedes,—nos urgia verla por cuestion del cuarto...

—¿Querían ustedes alquilarlo?—preguntó la llamada misia Ramona.

—Sí, eso es—respondió la infeliz viuda, que estaba pasando un verdadero tormento.

—¿Para guardar muebles?

—No, señora; para vivir, somos pensionistas y....

—Sí, si, y el gobierno tiene á las clases par... partivas... ó pasivas, ¿no es eso? sin pagarles un cuarto.

—Sí, eso es, á las clases pasivas no les pagan, y como no nos pagan, ya puede usted figurarse. Por eso, vimos el cartel de que aquí se alquilaban cuartos, y...

—Sí, es verdad, hay uno; aquel de allí, el número trece. Es una pieza muy grande; antes vivia en él un

gringo, que siempre estaba en.... pues, ya me entiende usted, y el *napoli* tenia mal vino, y la capataza se vió en la precision de echarlo, y no costó poco que se mandara mudar, pues hasta el comisario tuvo que venir. Pero al fin se largó, y esta casa, que no se crea usted que es un conventillo como otros que hay por ahí, sino una casa decente, se quedó tranquila sin ningun perdido que escandalizara.

—Si, si; eso es lo necesario.

—¡Ya lo creo!

—Y nosotras nos vamos, y ya volveremos mas tarde á hora que esté, y....

—Espérense ustedes un poco; puede ser que se halle en casa de su compadre don José, el carnicero de la esquina; no debe tardar, y mientras tanto, si quieren ustedes ver la pieza desalquilada, pueden ustedes verla, y yo les enteraré de las condiciones del alquiler, que son las corrientes; fiador de casa abierta ó tres meses adelantados; yo tengo fiador; un paisano, don Santiago Tineo, de seguro le conocerán ustedes, ¿no? pues es extraño; hasta las piedras le conocen; es todo un señor, tiene almacen en la calle de Arenal Grande; somos de la misma parroquia, de á tres horas de Vigo, por que yo soy gallega mejorando lo presente y aunque me esté mal el decirlo, y la coronela Martinez y yo hemos tenido un chico á medias con perdon de ustedes, es decir, ella lo echó al mundo y yo lo crié, con que ya vé usted; y el coronel y la coronela me quieren mucho, y si no hubiera sido por mi hombre, pues, mi marido, pues yo siempre he sido muy honrada, y en-

tré soltera en la casa y salí para casarme con Ramon que ya cerró el ojo, aún estaria yo criando á la coronela, digo al muchacho, por que le queria mucho y.... Pero vean ustedes, esta es la habitacion — concluyó diciendo la buena muger que hablaba por los codos, al mismo tiempo que llegaban al cuarto número trece.

Doña Mercedes y Ester, apesar de sus tristezas no habian podido menos de sonreirse al oir á la buena vecina, que cuando tomába la palabra parecia que le daban cuerda, si bien es de advertir que la señora Ramona era una de las principales oradoras del conventillo.

La viuda y su hija arrojaron una mirada á la habitacion que era bastante grande, habitacion en la que podian caber dos camas con toda comodidad, y algunos otros muebles.

La pieza tenia una ventana que daba al patio, y además dos puertas cerradas y condenadas con unas maderitas clavadas en las hojas, puertas que comunicaban con los cuartos de ambos lados, es decir, con el doce y el catorce.

— ¿ Qué les parece ? — preguntó la señora Ramona á doña Mercedes.

— Bien, está bien — contestó la pobre viuda, que sufria horriblemente en su interior, solo al pensar que se veia obligada á ir á vivir allí con su pobre hija.

— En cuanto al precio.... ¿ no les he dicho á ustedes el precio ?

— No.

— Pues son cinco pesos; ni un veinten menos.

— Bueno, el precio nos conviene, y si nos arreglamos con la encargada....

— Si, de seguro; y ahora mismo pueden ustedes hablar con ella porque ya está ahí — y la buena vecina señalaba á la puerta de la calle en la que habia aparecido doña Silvestra.

Al dia siguiente, y no sin haberles prevenido antes la capataza de que el reglamento interno del conventillo prohibia tener palomas y otros animalitos, se instalaron doña Mercedes y Ester en la habitacion número trece, llevando por todo moviliario dos catres, un baul, tres sillas, una cómoda vieja, una mesita no muy nueva, y la máquina de coser. Los demás muebles habian sido vendidos para pagar la casa y cumplir con otros pequeños acreedores.

Aquella noche Ester y su madre no durmieron; les parecia una horrible pesadilla el verse entre aquellas cuatro paredes, hasta donde llegaban los repulsivos vapores del resto de aquella colmena, y los écos de mil palabras soeces á traves de las débiles puertas, valladar para la vista pero inútil barrera para el oido.

Aquellas dos mártires, presentian quizás que allí iba á desenvolverse y concluir el terrible drama de la miseria.

CAPITULO XIX

En el que prosigue la historia de Ester

Tantos disgustos, tantas penas, tantas y tan encontradas sensaciones concluyeron por quebrantar la salud de doña Mercedes, que hacia esfuerzos sobre humanos para sostenerse en pié, y no rendirse á la dolencia qua poco á poco iba minando su naturaleza, dolencia que no era otra cosa que una horrible anemia; su sangre iba perdiendo su riqueza de glóbulos rojos, se iba convirtiendo en sangre imposible para la vida. La miseria ayudaba á la enfermedad, las privaciones, y el hambre eran su mejor aliado.

La voluntad sostenia tan solo á doña Mercedes, pero para Ester, que adoraba á su madre, no pasaba desapercibida la enfermedad, lo que era causa de que derramara abundantes lágrimas. Al mismo tiempo la miseria las oprimia cada vez mas en su circulo de hierro. La pobre viuda fué un dia con Ester al escritorio de don Jaime; queria vender una paga, la única que

le quedaba. El prestamista las recibió con afectuosa deferencia, cosa que extrañó á doña Mercedes que no estaba acostumbrada á aquel recibimiento, diferente en un todo al que le habia hecho don Jaime las demás veces que habia ido sola.

—¡Oh! se conoce que este hombre es una buena persona en el fondo, y respeta y considera nuestra desgracia;— pensó doña Mercedes.

En cuanto á Ester, su pensamiento estaba en otra parte, pensaba en los alegres dias de su infancia.

La pobre viuda vendió su modesta paga al usurero, que se ganó en la operacion un ochenta por ciento, y salió del escritorio casi contenta estrechando contra su pecho aquel puñado de reales que significaban unos dias de relativa tranquilidad, y sobre todo unos dias en que no les faltaria pan ni á ella ni á su hija.

Con paso rápido cruzaron la ciudad para llegar á su modesto domicilio la pobre viuda y su hija, llamando esta última la atencion de todos por su encantadora belleza y elegancia, que llegaba al punto de disimular la pobreza de sus galas; elegancia esquisita de esa que no proporciona el dinero, pero que nace, con ciertas personas privilegiadas.

Al salir doña Mercedes y su hija del despacho de don Jaime, se cruzaron en la puerta con un caballero, que se separó un tanto para dejarlas pasar. Ni Ester ni su madre se fijaron en aquel individuo, pero éste fijó sus miradas de una manera especial en la jóven, deteniéndose en el umbral del escritorio del comprador de sueldos, siguiéndola largo tiempo con la vista, hasta que desapareció por la próxima boca-calle.

Despues penetró en la habitacion del usurero, que al verle se levantó y le alargó la mano, al mismo tiempo que murmuraba:

—Bien venido, señor Leví.

—Buenos dias amigo Jaime—contestó el recien llegado.

—¿Qué novedades hay?

—Novedades ninguna; todo marcha bien. ¿Y esos sueldos?... ¿han caido muchos *zonzos*?

—No han dejado de caer algunos, pero se defienden bien y cuesta trabajo hacerlos entrar por el aro. No crea usted señor Leví, que no todo es coser y cantar.

—Vamos, amigo Jaime, que no creo que se arruinará con el negocio.

—¡Oh! seguramente que no, pero tienen exigencias, no se contentan con un veinticinco ó un treinta por ciento, que me parece que no es poco; es menester ceder, y....

—Amigo, ya nos conocemos, y me parece que aunque se pongan en cruz no lograrán sacarle á usted ni un veinten mas de lo que usted quiera dar; de todos modos el negocio es bonito, pues usted compra por el dia al treinta lo que yo le tomo por la noche al cincuenta.

—Si, es verdad; pero tambien tiene uno tantos gastos, la patente de giro, el alquiler, mil menudencias... además, uno se ablanda algunas veces y....

—Pero pocas, muy pocas; no olvide usted que nos conocemos hace tiempo;—respondió el llamado Leví.

— Ciertamente.

— Véamos ¿à cuanto ascienden las pagas compradas hoy?

— Á unos mil pesos poco mas ó menos.

— Que al cincuenta por ciento son quinientos pesos; cuenta redonda.

— Y además cinco pesos veinte centésimos que importan los timbres.

— Sean los quinientos cinco con veinte.

El usurero sacó varios papeles de uno de los cajones de la mesa, papeles que entregó á Leví, que alargó al prestamista un paquete de billetes y unas monedas, billetes y monedas que fueron examinados cuidadosamente por don Jaime.

— Me han traido á vender algunas cuentas de suministros y trabajos hechos para el Estado, pero yo no he hecho nada sobre el particular por que no tenia instrucciones.

— ¡Oh! tambien se pueden comprar si las dan baratas.

— Bueno, así lo haré.

— Un veinticinco por ciento y nada mas; y ahora hablemos de otra cosa. ¿Quién es una jóven que hace un momento salia de aquí acompañada de una señora?

— La señora es una viuda que ha venido á vender una paga, y esa muchacha es su hija. ¿Qué le parece señor Leví?... no es del todo mala.... — contestó el prestamista cuyos ojillos se animaron.

— ¿Mala?... ¡una gran muger!... si pudiéramos hacerla seguir el mismo camino que hemos hecho se-

guir á otras, el negocio seria bueno. Al *Viejo* no le gustan las mugeres vulgares, y esa niña seria un magnífico presente. El amo tiene buen gusto, y se cansa pronto.

—Quizás no sea difícil, pues deben estar en la mayor miseria.

—¡Si pudiéramos conquistarla!...

—Se ponen los medios, y de una manera ó de otra....

—Si, si; pero á buenas seria mucho mejor que á malas.

—Es verdad, pero cuando no se puede de un modo, hay que recurrir al otro.

—Seguramente, y mas cuando esos servicios se pagan bien. ¡Magnífica sorpresa, que podria valer algunos miles de pesos!

—¿Miles de pesos?—interrogó el usurero, cuyas pálidas mejillas se colorearon bajo la influencia de la avaricia.

—El Viejo no es tacaño.

—Pues á ello señor Leví, y si hay dificultades se salvan. ¡Despues de todo, hariamos la suerte de la muchacha!

—Si, es verdad, y creo que podiamos ponernos de acuerdo.

Los dos amigos continuaron hablando sobre el mismo asunto, formando proyectos en los que la hermosa jóven jugaba el principal papel.

Ester, agena á los planes de que era objeto, continuó resignada su calvario, que cada dia se hacia mas

espinoso. El dinero de las pagas se acabó bien pronto, y el hambre volvió mas terrible que nunca á llamar á su puerta.

Una nueva desgracia vino á complicar la situacion de la jóven: doña Mercedes se agravó de un modo alarmante, y Ester se encontró no solo sin pan, sino sin medios para llamar á un médico. Durante muchos dias buscó trabajo inútilmente, hasta que al fin unas vecinas le proporcionaron costura; unos uniformes para la tropa, pantalones de municion por cuya hechura pagaban un real. Admitió aquel miserable trabajo con gran alegria; trabajando dia y noche se hacia cuatro ó cinco pares. Se privó hasta de lo mas necesario, y pudo tener pan para su madre y para ella.

Como ya hemos dicho, la pobre viuda tenia anemia, anemia producida por la falta de alimento. Un dia cayó enfermo un niño de una de las vecinas, y fué á verlo el médico; aquella muger era mas feliz que Ester, pues tenia para pagarle. Ester esperó en la puerta la salida del Doctor, y con lágrimas en los ojos, y el semblante enrojecido por la vergüenza, le rogó que viera á su madre. El médico dudó un momento, el pobre siempre es mirado con recelo; pero aunque el tal Doctor era de los que antes de visitar á un infeliz exigen el dinero adelantado, se sintió conmovido por las lágrimas de Ester, y entró en la habitacion de la viuda de Mendieta.

Examinó á la pobre señora que casi no podia hablar pues el menor esfuerzo la fatigaba, la pulsó, levantó los párpados, miró atentamente el glóbulo del ojo

que aparecia con todas las señales de la mas horrible de las anemias, de la anemia del hambre, frunció las cejas, y concluyó por extender una receta que entregó á Ester.

—¿Qué tiene mi madre?... ¿está grave? — preguntó la jóven al médico cuando salió á despedirlo.

—Su enfermedad, hija mia, aunque es grave, es de las que se curan fácilmente: — contestó el médico.

—¿Se pondrá buena con la medicina que usted indica en su receta?

—¡Oh! no es ese medicamento el que la ha de salvar. Ese la calmará un tanto, pero no la salva, lo que necesita su mamá de usted, es....

—¿El qué, señor Doctor?

—¡Buenas sopas, buenos *churrascos* y buen vino!... Su mamá de usted lo que tiene es hambre, ¡mucha hambre!

Y el médico salió del conventillo, dejando á Ester llena de estupor con las palabras que acababa de pronunciar.

—¡Hambre! ¡hambre! — murmuró la jóven en voz baja, y lentamente volvió á su cuarto, cerró la puerta y se dejó caer de rodillas delante del lecho de su madre, al mismo tiempo que murmuraba entre sollozos con voz apenas perceptible.

— Hambre, si; hambre, ¡pobre madre mia!

Despues se sentó delante de la máquina y trabajó, trabajó hasta el amanecer, hasta que sus párpados se cerraron dominados por el sueño. Ester no comió aquel dia, pero su madre se alimentó, tomó una buena

taza de caldo, un trozo de carne y un poco de vino.

Y asi pasaron algunos dias, sosteniéndose Ester con un pedazo de pan y viviendo solo para su madre. Pero llegó un momento en que faltó de pronto el trabajo, y Ester se encontró sin recursos.

No tenia pagas que vender, pues habian cedido hasta dos de las que no estaban vencidas; se las habian entregado á un pulpero en pago de una cuenta atrasada. Sinembargo, un dia se puso el sombrero y se fué al escritorio de don Jaime. Este la recibió con exagerada finura, la atendió, le dió buenas esperanzas, le ofreció hacer todo lo posible por servirla, y le indicó que volviera al otro dia, pero no le dió un centésimo.

Al dia siguiente la esperaba el prestamista acompañado de un caballero de cierta edad.

—Yo, señorita — le dijo á la jóven el usurero — nada puedo hacer por usted; los tiempos son muy malos, y no están para perder el dinero al santo cohete.

—Señor, es que mi madre se muere, se muere, y yo tambien me moriré — y los ojos de la jóven se llenaron de lágrimas.

— Nada puedo hacer — contestó el prestamista revolviendo unos papeles que tenia sobre la mesa.

— ¡ Oh ! ¡ qué desgraciadas somos !

—No se impresione usted, señorita, — murmuró el caballero que estaba con don Jaime — las circunstancias cambian....

— Si, es verdad, caballero; pero el porvenir lo veo mas oscuro que el presente.

Despues, Ester y aquel buen señor hablaron, ha-



— Nada puedo hacer — contestó el prestamista.

blaron largamente; él se llamaba Adrian Leví, y habia conocido mucho al padre de Ester. Y efectivamente debia ser así, pues habló á la jóven de mil particularidades de la época en que vivia don Luís Mendieta. Ester sintió cierta alegria al recordar aquellos tiempos de sus primeros años, y aunque miraba sin saber por que con cierta instintiva desconfianza á su interlocutor, le relató parte de las penas, de las desdichas que sufrian y estaban pasando la viuda y la hija de aquel que segun Leví habia sido su amigo.

Al fin se levantó Ester; era tarde, el fuego no se habia encendido en su casa, y era menester que su madre comiera, que tomara una taza de caldo, cualquier cosa. Una vecina, la señora Ramona, se habia quedado encargada de cuidar á la enferma.

Don Adrian Leví estrechó su mano con efusion, casi con paternal cariño.

—Señorita; cuanto tengo y cuanto valgo está á la disposicion de usted y de su mamá. —¿Puedo serles útil en algo?

—¡Oh! gracias, pero nada puede usted hacer.

—Sinembargo, yo tengo algun favor en los ministerios, el gefe del Estado me honra con su amistad....

—¡Honra que no le envidio!... —respondió Ester con amarga sonrisa.

—¡Oh! las cuestiones de Estado, la política, obligan muchas veces....

—Á cometer infamias, á torturar al inocente, á robar el pan al infeliz, á colocarlo en la dura alternativa de morir, robar ó prostituirse. ¡Oh! caballero, he

tenido ejemplos bien cerca; la desgracia enseña bien y pronto! — Y al pronunciar estas palabras el hermoso semblante de Ester se cubrió de carmin, y sus hojos brillaban con una chispa de cólera.

— Si; es verdad, señorita, pero por desgracia no podemos variar el mundo, y tenemos que tomarlo tal como es. En fin, lo principal es que ustedes salgan adelantes, que su mamá de usted se cure, que se restablezca....

— Si, que se cure, que se restablezca; si, señor, eso es lo principal — contestó Ester con amargura.

— De todos modos, no olviden ustedes que cuentan conmigo. Ya he indicado á usted cual es mi situacion respecto á los hombres que están en el poder. No son tan malos como parecen, y si usted quiere yo la presentaré á uno de los personajes de mas influencia; hombre recto, pero que tiene que marchar con la corriente. Si usted le viera estoy seguro que conseguiria algo. Tiene un gran corazon, y si usted le rogara, si le refiriera sus sufrimientos.... ¡Oh! quizás se conseguiria que se hiciera una exepcion con ustedes, y se les pagara al corriente. Piénselo usted; yo la presentaré, y pondré toda mi influencia para que usted y su mamá consigan mejorar de situacion. Es usted la hija de mi querido amigo Mendieta y eso basta.

— Gracias, señor, gracias; se lo agradezco con toda mi alma, pero hoy por hoy no acepto su ofrecimiento. No conozco á ese caballero, á ese amigo de usted pero no comprendo su rectitud; ¡ es honrado, y se prostituye caminando del brazo de los que no lo son, tan

solo por seguir la corriente! No, no lo entiendo. Es verdad que yo no tengo esperiencia; soy una pobre jóven que no tiene mas mundo que el que la desgracia le ha hecho entrever. ¿Qué haria una exepcion por nosotras, que regularizaria nuestros haberes? ¡Oh! eso seria la salvacion de mi madre, la mia, ¿pero con qué derecho habiamos de tener nosotras pan, y los demás no?... ¿Somos nosotras las únicas infelices pensionistas que se mueren de hambre?... Si llegara á conseguirse eso, me pareceria que los demás desgraciados me lo echarian en cara. No, no, gracias, señor Leví; apuraremos la copa de la amargura.

Y Ester se despidió de aquellos dos hombres, y se dirigio lentamente hacia su casa, pensando en donde encontraria pan para su madre.

Aquel dia doña Mercedes se encontraba mal, muy mal: la debilidad la consumia.

Al ver á su hija, la miró con ojos amorosos, despues al ver la tristeza retratada en el semblante de Ester, cerró los ojos y quedó inmóvil.

— Ha pedido caldo dos veces, señorita Ester — le dijo la señora Ramona. — Le he dado una tacita de mi puchero, pero eso no la satisface, y la pobre señora tiene razon. El dinero anda escaso, y no estamos los *proces* para echar gallina en la olla, así es que el caldo de la mia parece agua de fregar. ¡En fin, la que dá lo que tiene!...

—Muchas gracias, señora Ramona, Dios se lo pague.

—No hay por que darme gracias, lo que siento....

— continuó diciendo la buena muger, con cierta vacicion y cierta contrariedad — es que tengo que dar á usted una mala noticia....

— ¿Una mala noticia? — preguntó Ester casi con indiferencia, pues las contrariedades, los rudos golpes de la fortuna habian sido tan horribles, que no se figuraba que pudiera haber un mas allá de sus desgracias.

— Sí, señorita Ester; doña Silvestra me ha encargado que les diga á ustedes, que si no pagan hoy mismo los dos meses que deben del alquiler de la pieza, mañana vendrán á intimarles el desalojo.

— ¡ Dos meses! ¿le debemos dos meses? — murmuró Ester como hablando consigo misma.

— Parece que sí; yo le dije que se esperara á que misia Mercedes estuviera mejor, que ustedes no estaban ahora para nada.... pero parece aragonesa, tiene la cabeza dura como una piedra, y no la pude convencer. Es verdad, que creo que hay alguien que quiere la habitacion; un primo de la planchadora, ya sabe usted, la Robustiana, y segun creo le ofrece seis pesos. Si yo no estuviera tan pobre....

— Gracias, gracias, todo se arreglará — contestó Ester, al mismo tiempo que miraba á su alrededor.

La señora Ramona salió; la jóven se quedó sola. Arrodillose delante de un pequeño cuadro de la Vírgen y oró un momento; enseguida se levantó, salió al patio, encargó de nuevo á la señora Ramona el cuidado de doña Mercedes, y se lanzó á la calle. Á los pocos instantes volvió con un prendero, que un momento despues salia llevándose la máquina de coser y la vieja cómoda.

El moviliario de la pobre viuda y de su hija quedó reducido á los dos catres, las tres sillas, una mesita y un baul; pero aquel dia durmió mas tranquila Ester: su madre habia comido, la jóven hasta se habia permitido el lujo de gastarse un peso en una botella de vino de Oporto para la enferma, y además habia pagado un mes del alquiler de la casa.

Pero pasaron algunos dias, el dinero se concluyó, y la situacion se hizo horrible. El médico habia vuelto, y habia dicho á Ester que su madre estaba peor: su enfermedad era siempre la misma: ¡el hambre!

Una noche, hacía veinte y cuatro horas que en aquel miserable hogar no se encendia lumbre, y por primera vez la infeliz viuda pedia pan á su hija.

Dieron las nueve de la noche, la luz se habia estinguido por falta de aceite, la pobre muger se habia quedado aletargada. Ester se arrodilló delante de la cama de su madre, y dirigió sus miradas hácia el cielo siempre lleno de luz y de esperanza para el creyente. Enseguida besó á doña Mercedes, buscó á tientas en el viejo baul un medio destrozado sombrero de luto con gran gasa que cubria el rostro por completo, abrió la puerta, y se lanzó á la calle: Ester iba á pedir una limosna.

Cruzó calles y calles tendiendo tímidamente su mano á los transeuntes, que la miraban con curiosidad y pasaban de largo.

Hacía una hora que habia salido de su casa, y nada habia podido recoger; sí, habia recogido alguna palabra obscena de algun transeunte grosero. Solo una

pobre muger puso en su mano una moneda, un centésimo; la jóven besó la moneda y la guardó.

Siguió andando, llegó cerca de un restaurant; era ya muy tarde. Dentro del establecimiento se oian risas y chocar de copas. Despues la puerta del restaurant se abrió y salieron cinco ó seis jóvenes con el traje medio en desorden, y con el semblante enrojecido por el vino.

Ester se adelantó, y murmuró con voz suplicante al mismo tiempo que tendia su mano:

— Señores, ¡ una limosna por Dios !

— ¿ Una limosna ? — murmuró uno de ellos.

— ¡ Vaya una hora para pedir limosna! — contestó otro con voz aguardentosa.

— Y no tiene mala facha la mendiga — añadió un tercero.

— ¡ Pido la palabra ! — gritó otro.

— ¡ La tienes ! — contestaron sus compañeros, que habian rodeado á la pobre Ester.

— Pedir limosna está prohibido, y el darla debe estarlo tambien; pero no lo está el convidar á cenar á una mendiga, cuando tiene un talle como el de la que hemos tenido la suerte de encontrarnos, y una cara que me figuro ha de ser tan bonita como el talle.

— ¿ Vamos á cenar dos veces ?...

— No; pero nos contará su historia mientras cena, y nos dará un beso de postre.

Un alarido de aprobacion respondió á las últimas frases del orador, y Ester llena de terror, temblando de miedo, se vió oprimida por aquellos borrachos.

— ¡ Propongo que se le vea la cara antes de cenar ! — exclamó uno.

— Convenido, ¡ fuera el velo ! — contestaron los demás. Y el velo del sombrero de Ester fué arrancado, y su hermoso róstro hizo lanzar un grito de admiracion á aquellos beodos, que la empujaron hacia la puerta del restaurant.

— ¡ Alto ! — dijo uno de ellos.

— ¡ Alto ! — respondieron los demás.

— Pido que nuestra mendiga me dé un beso antes de entrar, en premio de ser yo el inventor del convite.

— ¡ Bravo ! — ahullaron los compañeros del que habia hablado.

Ester sintió el aliento de aquel hombre junto á su rostro: haciendo un supremo esfuerzo logró evitar aquellos labios que la perseguian, y maquinalmente gritó con voz débil: ¡ Socorro !... ¡ Socorro !

— ¡ El beso, el beso ! — contestaron los borrachos.

— ¡ Sí, dáme primero un beso, y luego pide socorro ! — añadió uno de ellos. Pero en aquel instante una mano sujetó por el cuello al atrevido y lo lanzó rodando á tres pasos de distancia; los demás se contuviéron.

Delante de Ester habia un jóven de rostro simpático y de mirada fiera, que fijó sus ojos con desprecio en los beodos, y murmuró con airado acento.

— Son ustedes unos cobardes al querer abusar de una jóven indefensa; afortunadamente estoy yo aquí, y pobre de aquel que se atreva á acercarse, — y el re-

cien llegado, se colocó al lado de Ester, y miró con ademan de desafío á los jóvenes calaveras.

Estos dudaron un momento, la actitud del desconocido les imponia; al fin los jóvenes concluyeron por alejarse.

Ester y su salvador quedaron frente á frente.

CAPITULO XX

En el que sigue relatándose la historia de Ester

Como hemos dicho al final del capítulo anterior, quedaron frente á frente Ester y el desconocido.

Pasó un instante; la jóven alzó los ojos, y su mirada se cruzó con la de su salvador.

Era este un gallardo jóven de unos veintiseis á veintiocho años, de mediana estatura, de figura elegante, de rostro simpático ligeramente moreno, con escasa barba rubia y un sedoso y fino bigote que cubria su bien delineada boca. Sus ojos de un azul oscuro, tenian una expresion de profunda melancolia.

El desconocido miró á la jóven con sorpresa; el hermoso rostro de la pobre niña se destacaba con un tinte particular de entre la semi-sombra que formaba la no muy brillante luz del alumbrado público.

Al fin, la jóven rompió el silencio.

— ¡ Gracias, caballero, gracias ! — murmuró Ester con voz insegura — sinó hubiera sido por usted no sé lo que hubiera sido de mí.

—¡Oh! señorita, no tiene usted por que darme gracias. Es deber de toda alma honrada socorrer al débil, sobre todo cuando se trata de una muger.

—Pensé morir, caballero; gracias nuevamente.

Y despues de pronunciar estas palabras, la jóven hizo ademan de seguir su camino.

—Una palabra, señorita—murmuró tímidamente el jóven.

—Le escucho, caballero.

—Desearia pedir á usted un favor.

—¿Cuál?

—Que me permitiera usted acompañarla.

Ester guardo silencio; vacilaba en aceptar la compañía del desconocido. ¿Cómo contar á su salvador que habia salido de su casa para pedir una limosna?

—Señorita,—añadió el jóven al cabo de un instante—si le ruego que me permita acompañarla, es por evitar que vuelva usted á tener un mal encuentro, cosa que no me perdonaria.

—Vivo lejos....—respondió Ester.

—Mayor razon para que no vaya usted sola.

—Sea como usted quiera—contestó al fin la jóven resueltamente.

Y la desgraciada niña, acompañada de su gallardo salvador, emprendió rápidamenfe el camino de su casa, en donde su pobre madre se moria lentamente destruida por la fiebre del hambre.

Las primeras calles fueron recorridas silenciosamente por los dos jóvenes: despues él rompió el silencio, y ella, aunque su pensamiento estaba bien lejos,

habló tambien ¿cómo aparecer reservada con el que tan generosamente la acababa de librar de las manos de aquellos hombres?

Él le dijo su nombre; se llamaba Ricardo Sasturen, era huérfano, y tenia una hermana que se llamaba Matilde.

—Y usted ¿cómo se llama?—preguntó Ricardo á la jóven.

—¿Yo?... me llamo Ester.

—¡Qué nombre tan encantador!

—Es posible que sea bonito, pero me parece que es un nombre que lleva consigo la desgracia—respondió Ester con tristeza.

—¿La desgracia?

—Si, la desgracia; yo por lo menos, lo llevo y no soy feliz.

—¿Será posible que usted sea desgraciada?

—¡Oh! si.

Ricardo guardó silencio; hubiera deseado preguntar á la jóven lo que motivaba que se considerara desgraciada, pero temió cometer una indiscrecion. Sinembargo, las palabras de Ester despertaron ciertas simpatias en el corazon del jóven: él tambien era desgraciado. Cruzaron calles y calles; la conversacion continuó; versaba sobre cosas indiferentes, peró apesar de eso, cuando Ester llegó á su modesto albergue, los dos jóvenes se despidieron con cierto pesar.

Ester habia hablado de la enfermedad de su madre.

—Señorita,—dijo Ricardo á la jóven—¿me permitirá usted que la venga á saludar algun dia y á enterarme del estado de su querida enferma?

— Como usted quiera — habia contestado la hija de Mendieta.

Despues se extrecharon las manos; Ester penetró en el zaguan del conventillo y cruzó el patio alumbrado por la mortecina luz de un farol.

Pocos pasos antes de llegar á la puerta de su cuarto un hombre se destacó de la semi-oscuridad que reinaba en aquella especie de corralón, y se acercó á la jóven.

— Buenas noches, vecina — le dijó á Ester — ya sabia yo, que no habia usted de ser tan desdeñosa como parecia. Si nó ya le habria yo dicho á usted cuatro cosas que le habian de haber gustado. Pero mas vale tarde que nunca.

Ester miró á aquel hombre; era efectivamente uno de los vecinos del conventillo; un italiano que pasaba por ser el Tenorio del barrio, una especie de compadrito, que pasaba en el Cabildo la mayor parte de las noches.

Ester no contestó y apretó el paso; aquel encuentro la desagradaba sobre manera; aquel hombre le daba miedo. Llegó delante de su habitacion, metió la llave en la cerradura de la puerta y abrió. El hombre aquel se interpuso entre la puerta y ella; Ester tuvo miedo.

— Déjeme usted pasar, — murmuró la jóven.

— ¿Y por qué no he de pasar yo tambien? — respondió el italiano con voz vinosa; dormida la vieja estará y sola tendrá usted miedo.

Ester retrocedió, y pensó gritar. El hombre aban-

donó su sitio y se acercó á ella. En esto se abrió la puerta de uno de los cuartos, y apareció en el umbral la señora Ramona.

—Buenas noches, señorita —dijo la buena muger al ver á la jóven. — Tengo que darle á usted una buena noticia.

—¿Una buena noticia? —preguntó Ester, algo mas tranquila con la presencia de la señora Ramona.

—Sí, allá voy, espéreme un momento.

El italiano se alejó.

Ester entró en su habitacion; su madre dormia. Un instante despues llegó la señora Ramona con semblante alegre.

—He encontrado trabajo para usted; esa era la noticia que tenia que darle. Es poca cosa, pero al fin es algo.

—¡Oh! sea lo que sea— respondió Ester con alegria.

Se trataba de unos bordados. Una persona muy principal, segun decía la señora Ramona, tenia necesidad de una buena bordadora, y ella se habia acordado de la jóven: lo malo era que habia que ir por el trabajo todas las noches. Para Ester eso era lo de menos, con tal de tener pan para su madre. Despidióse la buena vecina, y la jóven despues de besar en la frente á doña Mercedes, se acostó no sin haber dado antes gracias á Dios por el inesperado auxilio que se le presentaba.

Al amanecer del siguiente dia salió á la calle; en el bolsillo llevaba unas cuantas monedas que la buena vecina le habia prestado la noche anterior, con las

que compró algun alimento para su madre y para ella. Despues, á la tarde, fué con la señora Ramona á la casa donde debian darle el trabajo. Era una actriz que habia dejado las tablas para dedicarse al amor; este resultaba mas productivo, pues el amante era un personage, casi señor de vidas y haciendas. La actriz recibió bien á la jóven, que se encargó de los bordados; eran poca cosa, unas sencillas marcas.

Todas las noches debia ir á entregar el trabajo terminado y á recojer el del dia siguiente.

Ester volvió á su casa, y se puso á trabajar con afan.

Á la siguiente noche salió á llevar la labor concluida. En la puerta se encontró á Ricardo, que la acompañó hasta cerca de la morada de la actriz. Ester se despidió del jóven mucho antes de llegar á la casa de la extraviada.

Todas las noches se repitió lo mismo, y bien pronto los dos jóvenes, en los que la desgracia formaba un estrecho lazo de union, pues Ricardo era tambien harto desgraciado, concluyeron por amarse con un amor grande, casto y puro. Eran dos almas nobles, y ningun sentimiento bastardo podia caber en ellas. Ricardo refirió su historia á Ester; el jóven era víctima de un infame tutor que le habia despojado de su fortuna.

Doña Mercedes continuaba entretanto en el mismo estado, es decir en el mismo peligro, aunque algo mas reanimado á veces gracias al constante cuidado de su hija. Esta por su parte trabajaba sin descanso; queria ganar todo lo posible, no solamente para mantener á su

madre, mantenerse ella, y comprar medicinas, sino para mudarse de aquella casa. Se habia encontrado varias veces al hombre aquel que la aguardaba en el patio el dia de su encuentro con Ricardo. Paolo, que así llamaban al italiano, la esperaba casi todas las noches en la puerta del conventillo, persiguiéndola con pretensiones soeces que habian llegado hasta la amenaza.

—Mire usted, Ester—le habia dicho una noche Paolo—la que no me quiere á buenas me quiere á malas, y es igual ¡per Baco!... ¡seria la primera que se hiciera la gazmoña! En cuanto al pisaverde que la acompaña á usted, pronto le quito de enmedio. ¡Por un muerto mas ó menos no he de tener pesadillas!

Aquellas palabras de Paolo la aterraron. Además, le parecia que en el conventillo la miraban con cierta prevencion. Sobre todo una napolitana que vivia enfrente de su cuarto le pareció que la miraba de un modo particular.

Aquella muger, segun decían, habia sido amante de Paolo, habian vivido juntos; uniones de amor, uniones sexuales que duran lo que dura el apetito bestial, pero uniones por desgracia muy comunes. Despues Paolo se separó, pero se quedó en el conventillo. Vivia con otros compatriotas en la habitacion núm. 14; una de las que lindaban con la de Ester.

Pasó un mes; toda las noches iba la jóven á casa de la actriz, en compañía de la cual habia visto dos ó tres veces á un caballero, que sinó era esposo de la artista, tenia por lo menos mucha confianza con ella. Era un

hombre de mediana estatura, con bigote y perilla negra, que entre el vulgo hubiera podido pasar por hermoso; pero su hermosura era una hermosura de plazuela, de academia. Ester se fijó en el esposo ó amigo de la actriz de un modo particular, le parecia que aquella cara la habia visto en alguna otra parte, no sabia donde, pero la habia visto, si, seguramente la habia visto. En cuanto al desconocido, fijó en Ester una mirada, curiosa primero, de admiracion despues y de deseo por último. La hermosura de la jóven le habia impresionado sin duda alguna. Pero la hija de Doña Mercedes no se fijó en ello; ¿ á ella qué le importaba ?

Una de las noches, que como de costumbre la esperaba Ricardo, éste no se hallaba solo; habia con el otro jóven, un oficial. Ricardo presentó su amigo á la jóven. El compañero de Ricardo se llamaba Teodoro Garcés, era capitan de infanteria, y debia partir al dia siguiente para uno de los Departamentos. La atmósfera política se iba oscureciendo cada vez mas, las nubes se agrupaban sobre los hombres que ocupaban el poder, y estos querian evitar con tiempo la tormenta que muy bien pudiera engendrar el rayo.

Los que oprimian y explotaban al pueblo, sentian que este empezaba á despertar. Los opresores se dispusieron para resistir los terribles efectos de la pública indignacion, para ahogar en sangre cualquier acto de justificada rebeldia. Se crearon nuevos batallones, y el hombre fué cazado por el hombre en las ciudades y en el campo, para formar nuevos cuerpos de milicia que

defendieran al opresor; porque aquello no era cuestion de partidos, era cuestion de hombres, de personalidades.

Aquella noche hablaron los tres largamente. El oficial marchaba con pena; presentia lo que iba á pasar ¡ cuántas veces habia tenido el pensamiento de arrancarse los galones! Le horrorizaba tener que batirse con sus propios hermanos, con uruguayos, hijos todos de la misma patria.

—¡ Quién sabe! — dijo Ester — Dios no querrá que pase tal desgracia.

— Si, si, pasará; la situacion es insostenible, el pueblo se muere de hambre, las huérfanas, las viudas tendrán que pedir limosna.

Ester sonrió tristemente; ella ya habia tendido su mano, ya habia salido á implorar la caridad pública.

— Si, Teodoro, si; — respondió Ricardo — tienes razon; todo hombre que tenga sangre uruguaya en su pecho, debe morir antes que soportar sobre el cuello la planta del tirano.

— Es verdad, Ricardo, pero aun creo que no es tiempo. ¡ Oh! ¡ si no me sujetara el uniforme que visto! Sinembargo, ¡ quién sabe!

—¿Qué no es tiempo?... ¡ Cuando entonces! ¿Esperará el pueblo oriental á concluir de perder su última gota de generosa sangre, para álzarse enfrente de su opresor? No;no, puede ser: vivir así es vivir esclavo, y el pueblo de los Treinta y Tres no ha nacido para vivir encadenado. Los campos quedan desiertos, sus habitantes cruzan cabizbajos y tristes las fronteras bus-

cando en país estraño la seguridad y la libertad que le niega el suyo; los pueblos, al caer la noche parecen ciudades muertas, cuyo silencio es alterado tan solo por el acompasado marchar de las patrullas, que se apoderan de todo aquel que tiene la desgracia de cruzarse en su camino. ¡ Sangre, lágrimas y miseria por todas partes !... en las alturas del poder, cinismo, desvergüenza y sordida avaricia ¡ Oh ! no, no puede ser; ¡ vivir así es morir ! — concluyó diciendo Ricardo con reconcentrado acento.

Ester guardaba silencio, pero en el fondo de su corazon participaba de las ideas de Ricardo. ¡ Si ella hubiera sido hombre !...

Á la noche siguiente, la jóven preguntó á Sasturen por el capitan.

— Ha partido con su batallon — respondió el jóven con voz sombria.

Algunas noches despues cuando los dos jóvenes se reunieron, Ester encontró á Ricardo triste y preocupado.

— ¿ Qué tiene usted ? — le preguntó.

— ¿ Me ama usted, Ester ? — interrogó á su vez Ricardo sin contestar á la pregunta de su amada.

— ¿ Acaso necesita usted que se lo repita ? — respondió la jóven con estrañeza.

— No, es verdad, lo sé, y en ese amor estriba toda mi la felicidad, sobre todo en estos momentos.

— ¿ Porqué en estos momentos ?

— Por que voy á partir, voy á donde me llama mi deber de ciudadano.

— ¿Á partir?

— Si, á partir. Para tí amada mia no tengo secretos — continuó Ricardo tuteando cariñosamente á la jóven y estrechando sus manos — ¡ voy á partir y sabe Dios si volveré ! Si no vuelvo, rezame amada mia, rezame, por que será señal de que habré dejado de existir.

— ¡ Oh ! ¡ calla ! — contestó Ester.

— Pero si muero será cumpliendo con mi deber; moriré como bueno.

Aquella noche, los dos jóvenes se juraron de nuevo amarse eternamente.

Al otro dia Ricardo partió para Buenos Aires con el objeto de alistarse en las filas revolucionarias.

Ester lloró, lloró con toda su alma, ¡ le parecia que se quedaba tan sola !...

Pero apesar de eso no intentó detener al jóven; comprendia que su deber le llamaba lejos de ella. Ester sintió solamente no ser tambien hombre para alistarse en las filas de los vengadores.

Y sinembargo, no debia tardar mucho en vestir el uniforme revolucionario.

CAPITULO XXI

Que trata del mismo asunto que el anterior

Hay seres para quienes la vida es un calvario, un dia siempre sin sol, y Ester era uno de estos séres, hijos predilectos de la desgracia.

La fatalidad la perseguia de una manera implacable: cada dia encontraba un nuevo obstáculo en su camino, una nueva descepcion, un nuevo tormento. Ricardo habia sido para ella un destello de brillante luz que habian iluminado un momento la espinosa senda de su existencia. Pero Ricardo habia partido, y ella se quedó mucho mas sola que antes.

Una circunstancia vino á agravar su situacion; el trabajo volvió de nuevo á faltarle.

Además, como si la carencia de recursos y la lenta agonia de su madre no fuera lo suficiente para llenarla de amargura, habia otros motivos para que el martirio de la jóven llegara á lo último.

Ester y su madre, habian sido siempre considera-

das en el conventillo con esa especie de deferencia por no decir respeto, con que es considerada la desgracia por las gentes del pueblo, cuando esa misma desgracia lleva á vivir con ellas en la intimidad á personas de otra esfera diferente. Atencion brusca y quizás envidiosa, pero al fin atencion.

Desde algun tiempo antes, habia notado cierta sonrisas, ciertas frases de doble sentido, en las que no se habia fijado mucho, pero que al fin y al cabo habian de hacerla comprender que era el blanco de todas las críticas, de todas las conversaciones de las comadres del conventillo.

Ester no era ya para ellas la jóven simpática y modesta de antes, era una muger pervertida y viciosa, à quien no tenian para que tener consideracion de ninguna clase.

Hasta la señora Ramona que era una buena muger, parecia algunas veces mas reservada, menos comunicativa con la hija de Mendieta, que veia hcerse el vacio á su alrededor, viviendo en una atmósfera que conocia que le era completamente contraria.

¡ Y bien sabe Dios, que la jóven era bien digna del aprecio de todos!

¿Quién tenia la culpa de aquel cambio realizado en las convecinas de Ester?

Como ya hemos dicho, vivia en el conventillo una italiana que habia sido la amante preferida de Paolo, del napolitano que perseguia á la pobre niña con sus groseras pretensiones. Aquella muger, de reputacion mas que dudosa, tenia unos celos horribles de la jó-

ven, á la que consideraba á su nivel, y procuró con su lengua viperina deshonrarla de la mejor manera posible. Segun aquella harpia, que habia espiado mas de cuatro veces los pasos de Ester, esta era una muchacha perdida que tenia un amante con el que se pasaba las noches en baquicas aventuras; y como por desgracia todo lo malo suele ser creido, y la curiosidad por mas que sea un vicio feo tiene muchos prosélitos, no hubo comadre en la casa de vecindad que no saliera tambien á espiar por las noches la vuelta de la jóven, lo que daba lugar á no pocos diálogos entre las vecinas, en los cuales la honra de Ester salia hecha girones.

—¡Vaya con la mosquita muerta!—solia exclamar alguna vecina despues de despellejar á la pobre niña.

—Si, si; fíese usted ¡cuidado con la zonza!... su madre muriéndose, y ella del brazo con el novio—contestaba otra.

—Vá por trabajo—decia la señora Ramona.

—¡Trabajo, si, trabajo!—respondia la italiana—para buscar trabajo no se necesita compañía: ya verán como el mejor dia se marcha con ese pisaverde y no se la vuelve á ver el pelo.

—¡Oh! no diga usted eso, ella es buena,—añadia la señora Ramona.

—¡Buena, si; mejor sea el año!... sinó al tiempo, ya me lo dirá usted algun dia misia Ramona,—contestaba irritada la antigua amante de Paolo.

Y las demas vecinas se callaban, ó daban la razon á la muger aquella que odiaba de muerte á la jóven.

En cuanto á Paolo, dába á todos los demonios la curiosidad de las comadres que impedia sus persecuciones, y buscaba en su imaginacion un medio para conseguir sus deseos.

— Si, si; — pensaba aquel bandido — la *ragazza* es bonita, y si se la ha de llevar otro, primero estoy yo. Es menester que seamos amigos, que me quiera á buenas ó á malas.

Y Paolo se quedaba pensativo, formando mil planes dignos de él para perder á la jóven.

En cuanto á Ester, se hallaba bien agena del peligro que corria, consagrándose por completo á cuidar á su madre, cuya vida iba extinguiendo poco á poco.

El dinero recibido por el último trabajo que habia entregado se le concluyó, y la pobre niña se preguntó un dia llena de desesperacion que iba á ser de ella y de su pobre madre.

—¡Iré á pedir limosna! — dijo al fin la jóven, no sin estremecerse de temor al pensar en la escena de que habia sido la protagonista, la noche que habia salido en busca de un socorro.

— Si, saldré de nuevo á mendigar — añadió para sí Ester — ¡todo pór mi madre!

Y la hermosa jóven, corrió hacia el miserable catre donde descansaba doña Mercedes, y la abrazó, la abrazó con toda su alma, mientras los ojos de la pobre enferma se fijaban en su hija con espresion de inmenso cariño, sus delgados brazos rodeaban el cuello de la pobre niña, y sus labios se posaban en sus cabellos al mismo tiempo que murmuraba:

— Hija mia, tú eres buena, no te pareces á Emilia; ¡pobre extraviada!... no, tú eres una santa, ¡bendita seas!

Aunque decidida Ester á tender su mano al transeunte en demanda de una limosna, pensó ir á ver antes á don Jaime con el objeto de pedirle un pequeño préstamo sobre las pagas. ¿Conseguiría su objeto? no tenia mucha confianza en el resultado, pero las circunstancias le imponian el deber de intentarlo todo.

Dirigióse pues resueltamente una mañana al escritorio de don Jaime. Este recibió á la jóven con una sonrisa, cosa nunca vista, por mas que la sonrisa del usurero tenia de horrible mueca que de gesto de plácida alegria.

—Buenos dias, señorita —murmuró el prestamista levantándose y tendiendo á Ester su huesosa mano.

— Buenos dias, don Jaime, respondió la jóven.

— ¿Se puede saber en qué puedo servir á usted?— interrogó el comprador de sueldos, á quien Levi habia encargado que buscara á la jóven á toda costa.

— Venia á pedir á usted un favor — respondió tímidamente Ester.

— Escucho á usted, hija mia — contestó don Jaime.

—Don Jaime, mi madre está muy enferma, y carezco de recursos para comprar medicinas.

— Y usted....

— Yo desearia que me hiciera usted un préstamo sobre nuestras pagas, un pequeño anticipo....

— ¡Oh! un préstamo; ¡imposible! — respondió involuntariamente don Jaime frunciendo el entrecejo.

—¡Señor, señor, no me diga usted que es imposible! Póngame usted los intereses que le parezcan, sea como sea á todo me conformo; pero por Dios acceda usted á mi peticion, sálveme usted don Jaime, haga usted una buena accion; ¡Dios se lo pagará á usted!

Don Jaime hizo un gesto particular; la proposicion le parecia ridícula y extraña en gran manera ¿Por quién le habria tomado aquella muger? ¡Una buena obra!... ¡para buenas obras estaba el tiempo!

A punto estuvo don Jaime de preguntarle á Ester si se burlaba y enviarla á paseo mas que de prisa. Pero don Jaime se contuvo; se acordó de Leví, de Leví á quien le unian ciertos lazos que le interesaba no romper, y el que al partir pocos dias antes para uno de los Departamentos le habia encargado que buscara á la hija de Mendieta.

—Amigo Jaime,—le habia dicho su amigo—¿y la jóven Ester?... ¿no ha vuelto por aquí?

—¿Para qué? Vendieron todas sus pagas vencidas, y casi las que están por vencer. Lo que es si viene la chiquilla esa, la planto en la calle,—respondió el avaro—si no tienen plata que la busquen; la muchacha no es fea, y una cara bonita siempre encuentra dinero—concluyó diciendo el prestamista.

—En cuanto á darle dinero, hará usted lo que quiera; pero en cuanto á plantarla en la calle varia la cuestion. Si tiene usted la suerte de que Ester venga por aquí, ya puede ver el modo de entretenerla aunque solo sea con promesas, hasta que yo vuelva, y si he vuelto me avisa usted enseguida,—contestó Leví,

—Pero....

—Lo dicho, amigo Jaime; ya se acordará usted de lo que le hablé un dia acerca de esa jóven.

—Sí, sí, algo recuerdo, pero creí que habia usted mudado de pensar.

—De ningun modo; y tanto es así, que si ella no viene le encargo á usted que la busque con todo empeño.

—Está bien, señor Leví, se hará como usted desea—habia respondido don Jaime.

Y este fué el motivo de que el usurero tolerara y llevara con paciencia el que Ester supusiera que él era capaz de hacer una buena accion. Pero de esto á dar dinero iba una gran diferencia, y don Jaime se contentó con dar buenas palabras.

—Señorita, no hay dinero, no puedo hacer nada. Los sueldos cada dia es mas dudoso el que sean satisfechos, y si al fin y al cabo no se pagan tendré que pedir limosna—respondió don Jaime.

—¡Oh! ¡pero mi madre, mi madre está enferma, y yo quiero que se cure, que viva!...

—Seguramente, lo comprendo, pero no puedo servir á usted.

—¡Qué será de mí!—contestó la jóven llena de desaliento.

—Yo lo siento, lo siento mucho....

—Si quisiera usted...

—Ahora por lo menos me es imposible; pero me intereso por usted, vuelva mañana, y quizás.... no lo aseguro, pero quizás pueda hacer algo.

Y despues de estas palabras, el usurero despidió á

la jóven que se dirigió á su casa, esperando que al fin y al cabo don Jaime se ablandaria y le haria el pretendido préstamo, momentánea áncora de salvacion para la jóven.

En cuanto á don Jaime, aquella misma noche fué á buscar á Leví que habia regresado del campo el dia anterior.

—¿Y Ester?—fué la primer pregunta, y las primeras palabras que dirigió Leví al usurero.

—Esa jóven ha estado hoy en el escritorio y por eso he venido á ver á usted.

—¿Ocurre algo de particular?—preguntó Leví con acento un tanto intranquilo.

—No, nada; sino que como usted me habia encargado que la buscara....

—Si, si, perfectamente; nunca mas apropósito que ahora. Tengo mas de un motivo.... digo, mas de uno no, pero es uno que vale por cien, para desear que caiga en la trampa esa hermosa jóven, así es que me alegro muy mucho de la noticia.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! figúrese usted que por una extraña coincidencia, el *Viejo* la conoce, se le han encandilado los ojos, y.... no digo mas.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—¿A qué ha ido al escritorio?

—Pues sencillamente á pedirme que le hiciera un préstamo sobre las pagas que tienen que vencer. ¡La muchacha es atrevida!... ¡se necesita valor para proponerme semejante negocio!

—¿Y su madre?

—Creo que se está muriendo.

Leví pareció reflexionar un momento; despues alzó la cabeza y murmuró:

—¿Cuándo podria yo ver á esa jóven?

—Mañana; con el pretesto de que quizás mañana pueda hacerle el préstamo que desea, cosa en que estoy muy lejos de pensar, pues no he perdido el juicio, le he indicado que vaya al escritorio á la misma hora que hoy; de dos á tres.

—Bueno; á esa hora iré yo, y en cuanto á lo del préstamo, amigo Jaime, puede hacer lo que le parezca.

Al dia siguiente, la hermosa huérfana se presentó á la hora convenida en el escritorio del usurero. Este la recibió con mas frialdad que el dia anterior.

—Venia á ver si puede usted acceder á mi peticion, —murmuró Ester llena de temor, pues temia que el prestamista le contestara con una negativa.

—Si, sí; siento haberla molestado á usted, por que apesar de mi buen deseo nada puedo hacer, me es imposible servirla; el dinero vale mucho y las pagas que su mamá de usted tiene que tomar no valen nada —respondió don Jaime con acento displicente, al mismo tiempo que ojeaba unos papeles.

—Pero señor, considere usted que mi madre se muere, que no tenemos recursos de ninguna clase....

—Sí, si, lo comprendo, pero no puede ser.

—¡Un pequeño anticipo, con que poder comprar medicamentos para mi madre!—gimió Ester, que cifraba todas sus esperanzas en el miserable préstamo

que pretendia, pretension que hacía se sublevara su carácter noble, recto y viril por decirlo así, ante aquel ser de alma pequeña y cálculo bastardo.

—No, imposible; no hay plata.... el gobierno no paga ni pagará. Lo siento, pero no puedo adelantar ni un veinten con semejante garantia, — contestó el usurero que se sublevaba ante la sola idea de soltar un cuarto.

— Don Jaime, ¡ no tiene usted corazon, ni sabe lo que son la miseria y el hambre! — respondió Ester, que se hirguió, miró con desprecio al prestamista y se dirigió hacia la puerta.

— ¡ Señorita, señorita !... ¡ no querria que usted se marchara enojada conmigo! — respondió el avaro al ver que la jóven partia, y que su digno compañero Leví no llegaba.

Ester oyó sin duda las palabras del usurero, pero continuó andando; su sangre se habia rebelado.

—¡ Oh! ¡Deténgase usted, hablemos un momento!... —prosiguió diciendo el prestamista.

Pero Ester continuó su camino sin volver la cabeza.

En aquel instante apareció Leví en la puerta del escritorio de don Jaime.

CAPITULO XXII

Planes diabólicos

—Señorita, celebro tener el gusto de saludar á usted—mumuró don Adrian Leví al ver á la jóven.

— Buenos dias, caballero, — respondió Ester queriendo continuar su camino.

—¿Y su mamá de usted, se encuentra ya restablecida?— añadió Leví.

—Mi madre, caballero, sigue mal, muy mal,—respondió Ester deteniéndose— para curarse necesitaria medicinas, y otras muchas cosas, y usted olvida que somos pensionistas; es decir, somos de las desheredadas.

—¡Oh! ya pagarán los sueldos atrasados, y mientras....

—¿Mientras?

—Mientras está aqui don Jaime, que aunque un poco brusco suele ablandarse á última hora. ¿No es verdad amigo mio?—dijo Leví, dirigiendo al usurero sus últimas palabras.

—Ciertamente, pero el negocio es el negocio, —respondió don Jaime.

En cuanto á Ester, guardaba silencio, dibujándose en su boca una sonrisa particular.

—Por las palabras que ha pronunciado usted hace un instante, me parece adivinar que la suerte persiste en serles adversa.

—Así es, caballero, —respondió tristemente la jóven.

—Yo, señorita, me intereso vivamente por usted y deploro sus desgracias, y tanto es así, que antes de mi partida á los Departamentos, y despues de mi vuelta, me he ocupado de usted mas que lo que usted se puede figurar.

—¿De mi?—respondió Ester con extrañeza.

—Si, de usted, y si me concede unos momentos de conversacion, se quedará usted convencida de ello.

—Con mucho gusto, caballero—respondió Ester, que no esperando auxilio de nadie, solo le quedaba la esperanza de que la Providencia fuera en su socorro por medio de lo imprevisto.

Don Adrian Leví y Ester penetraron en el despacho de don Jaime, y mientras que este se entregaba á complicados cálculos aritméticos, se entabló entre ellos el siguiente diálogo.

—Señorita, desde el primer momento me ha inspirado usted un vivo interes, interés que se aumentó al saber que era usted la hija de mi desgraciado y querido amigo Mendieta—murmuró Leví.

—Gracias, caballero—contestó Ester.

—Ahora bien, como dije á usted en otra ocasion, tengo íntimas relaciones con los hombres que ocupan el poder....

—Si, recuerdo que hablamos de eso—respondió la jóven con indiferencia.

—Hablé con algunos de mis conocidos acerca de la situacion de usted, pero con harto sentimiento mio, comprendí que eran inútiles mis gestiones para mejorar la posicion de la viuda y la hija de mi pobre amigo.

—De todos modos agradezco á usted su buen deseo.

—En cuanto á mi deseo no podia ser mejor, pero nada pude conseguir; no se podia hacer una excepcion.

—Que nosotras tampoco hubiéramos admitido.

—Lo cual, si se hubiera conseguido, hubiera sido una tonteria pues á nadie hubieran ustedes perjudicado.

—¿Lo cree usted así?

—Seguramente.

—Pienso de distinta manera, caballero.

—Bueno, señorita, no discutiré con usted sobre el particular. Además, como ya le he dicho, mis pretensiones no obtuvieron resultado,—respondió Leví.

—Entonces, le agradezco de nuevo su interés, y me retiro; mi madre necesita de mis cuidados y....

—Un momento, señorita; no ha sido tan solo para noticiarle el mal éxito de mis gestiones para lo que me he tomado la libertad de detenerla. Tengo algo mas que decirle.

—¿Algo más?

—Seguramente; entre las personas á quienes hablé

de ustedes, se encuentra un antiguo militar, retirado hoy dia, que despues de escucharme me contestó lo mismo que los demas: eso es imposible. El esposo de esa pobre viuda murió como un héroe al frente del enemigo — añadí yo. — Sí, lo creo amigo mio, pero en el mismo caso hay muchas. — ¡ Pobre Mendieta! — exclamé — ¡ si pudiera abrir los ojos, y ver como su pátria premia la sangre que derramó por ella! — ¿Ha dicho usted Mendieta? — exclamó vívamente mi interlocutor. — Seguramente; el Comandante don Luis Mendieta, era esposo de la señora por quien yo me intereso, y á favor de la cual solicitaba la influencia de usted. — Si ese don Luis Mendieta es el que yo me figuro, su viuda y su hija pueden disponer de cuanto tengo y cuanto valgo, — me contestó mi amigo, con un acento que revelaba la mayor emocion. Despues me hizo diversas preguntas acerca de la familia de usted, me habló de un hermano del desgraciado Comandante, un hermano menor que se llamaba ó se llama....

— Julian — respondió la jóven, que habia escuchado con el mayor interés el relato de Leví.

— Es verdad, Julian; un hermano que segun creo se marchó lejos, muy lejos... — dijo don Adrian fijando en Ester una penetrante mirada.

— Sí, creo que sí; yo era pequeñita, y recuerdo vagamente haber visto á mi tio Julian; pero de esto hace muchos años, despues....

— ¿Le volvió usted á ver? — murmuró Leví con un acento particular.

— No señor; ni le he vuelto haber, ni hemos vuelto

á tener noticias suyas; debe haber muerto — contestó Ester.

— Si, habrá muerto — respondió Leví con una entonacion tan extraña, que la jóven alzó la cabeza y fijó su límpida mirada en el semblante de don Adrian.

— Pues como decia á usted, mi amigo me habló largamente de ustedes, — continuó diciendo Leví, en cuyo rostro impenetrable nada habia podido leer la jóven, — y por último, me dijo con cierta emocion que inútilmente queria disimular. — Amigo mio, con el comandante Mendieta tenia contraida una deuda, que su inesperado fin impidió que satisfaciera; pero lo que no he podido hacer con él, lo haré con su viuda y con su hija. En cierta ocasion, recibí del comandante una suma bastante fuerte para cumplir con una deuda de honor. ¡ Pobre amigo mio, era un corazon noble y generoso ! — y al llegar aqui, su voz parecia entrecortada por una profunda pena.

— ¡ Padre mio ! — murmuró Ester al mismo tiempo que las lágrimas asomaban á sus hermosos ojos.

— Yo, señorita, á cada palabra de mi amigo sentia un verdadero placer. Seguimos hablando, y finalmente me dijo: — Amigo mio, me ha hecho usted un gran favor, pero necesito que lo haga usted por completo — ¿ cómo ? — le pregunté yo — Haciéndome conocer á la familia de mi valiente amigo. Quiero que me presente usted á la viuda de Mendieta y á su hija.

— ¿ Presentarnos ? — murmuró Ester.

— Si, señorita; gracias á sus achaques, hace algunos años que mi viejo amigo no puede salir de casa.

—¡Ah!

—Que vengan á verme, las espero; quiero saldar mi deuda, y bendigo al cielo por haberme proporcionado el gusto de saber de la familia de mi pobre amigo, y el de poder devolver á la hija el dinero que recibí del padre. —Así concluyó diciendo el veterano, haciéndome prometer que veria á su mamá de usted, é interpondria toda mi influencia para proporcionarle la satisfaccion de volver á ver á la viuda y á la hija de su antiguo compañero.

—Desgraciadamente, eso es imposible; mi pobre madre se encuentra enferma, muy enferma — contestó Ester con acento lleno de tristeza.

—¿Y usted misma no podria ir á ver á mi viejo amigo?... Considere usted que quizas de esa entrevista dependa el porvenir de ustedes, ó por lo menos el poder esperar mejores tiempos — respondió Leví con acento insinuante.

—Sí, es posible; pero yo sola, sin mi madre, no voy — respondió Ester, á la que sin saber por qué le habia inspirado cierta desconfianza el relato de Leví.

—Como usted guste; pero creo que hace mal; en fin, sea como usted quiera, pero no debe olvidar, que en manos de mi amigo se encuentra quizás la salvacion de ustedes, y que usted tendrá una grave responsabilidad, si solo por un capricho suyo llegara á faltar á su mamá de usted la asistencia necesaria.

—¿Por qué puesto que se interesa usted por nosotras no sirve usted de intermediario para que su amigo satisfaga la deuda que contrajo con mi padre? — respondió Ester fijando sus miradas en Leví.

—Porque cada uno piensa á su manera, y mi amigo no quiere hacer esa restitucion mas que á la viuda ó la hija del comandante Mendieta — contestó Leví.

—¡Cómo ha de ser! ¡seguiremos nuestra suerte!— murmuró la jóven.

— Como usted guste, señorita, pero como me intereso vivamente por usted, voy á decirle una última palabra: si alguna vez varia usted de modo de pensar, y se decide á ver al viejo militar deudor de su papá de usted, no tiene mas que venir aquí y decirle á don Jaime que me avise.

— Gracias, caballero, creo que no le molestaré; esperaré el restablecimiento de mi madre, y entonces haré lo que ella crea conveniente, — respondió Ester al mismo tiempo que se levantaba y se disponia á salir.

—Como usted quiera — contestó Leví.

Ester partió; Leví y don Jaime quedaron solos.

—¿Porqué no ha presentado usted las cosas de frente?— preguntó el usurero, que se figuraba que el oro todo lo conseguia.

— Por que hubiera sido inútil, amigo Jaime; la muchacha es honrada, es altiva, y lo hubiéramos echado tódo á perder: esa muger, no es de las que venden su honra por un collar de casa de Carassale — respondió Leví.

— ¡Bah! — contestó don Jaime con incredulidad.

— Lo dicho, amigo Jaime; usted entenderá mucho de tanto por ciento, pero en cuestiones de mugeres no entiende usted ni una palabra.

— ¿Y cree usted que caerá en la red?

—Seguramente: pasará un dia, dos, diez, veinte, ¡quizás un mes! pero al fin vendrá, y ese dia será un gran dia. ¡La chiquilla es una perla!

—¿Y el *Viejo*?

—El *Viejo* tiene capricho por la muchacha. ¡Ya verá usted, amigo Jaime, como cae alguna tajada de las alturas; una playita, como dicen esos danzantes de la prensa de oposicion!

—¡Buena falta hace!

—Vamos, no se queje usted, que por doscientos mil pesos estoy seguro que no se dejaria usted ahorcar.

—¡Por Dios, silencio! qué bromas tiene usted señor Leví; podría haber habido gente ahí fuera escuchando, y.... — respondió don Jaime con el semblante alterado.

—No tema usted que nadie lo haya oido, pues no hay ahí fuera ningun infeliz á quien desollar, — respondió don Adrian, que pocos instantes despues abandonaba el despacho del comprador de sueldos.

En cuanto á Ester, se dirigió lentamente hacia su morada, rogando á Dios con fervoroso afan que le proporcionara medios para salir adelante: la pobre jóven no tenia á quien volver los ojos. Llegó á su casa, abrió la puerta, su madre parecia sumida en una especie de letargo.

Á los pocos instantes llamaron; era un jovencito que le entregó un papel.

Ester fijó en el papel una mirada, y palideció al encontrarse con una intimacion de desalojo: debia tres meses del alquiler de la casa.

—¡Oh! esto es horrible — murmuró la jóven.

Despues contempló un momento á su madre, y volvió á salir: se habia acordado de que cierto pulpero habia recibido en una ocasion algunos sueldos en pago de la libreta. Aquel hombre tal vez le compraria algunos de los que debian ir venciendo.

Sus esperanzas no salieron fallidas; el pulpero le compró por un diez por ciento de su valor, cuatro de las pagas que estaban por vencer. El descuento era grande, pero apesar de eso, el honrado industrial hizo firmar á la jóven un documento en el que se obligaba por si y por su madre, á indemnizarle siempre y cuando las pagas sufrieran algun perjuicio al ser realizadas.

Pero Ester no se fijó en tales detalles; sobre el súcio mostrador brillaban tres ó cuatro monedas de oro, y aquellos pequeños trozos del noble metal representaban una parte de la existencia de su adorada madre. Firmó pues el documento sin leerlo siquiera y recogió las monedas.

Con aquel dinero pagó algunas deudas y un mes de la casa, pero no por eso doña Silvestra quiso levantar la órden de desalojo.

—Señora, yo le pagaré á usted el resto cuando pueda — le habia dicho la jóven á la capataza.

—Está bien, hija, está bien; pero hasta que no pague usted todo lo que debe, y además los tres meses adelantados de la fianza, yo no hago retirar la órden de desalojo; ¡lo dicho, dicho! — respondió groseramente doña Silvestra.

Ester guardó silencio y se metió en su habitacion; se propuso buscar trabajo, pero el trabajo no llegó.

En cambio, la jóven vió con terror que el dinero de las pagas se le concluia. Su calvario no terminaba nunca. Eu cuanto á su madre, cada dia estaba peor, aquella naturaleza se extinguia; la pobre señora parecia un cadáver. Una noche Ester se despertó sobresaltada: encendió la vela de sebo con que solian alumbrarse; su madre parecia presa de una agitacion extraordinaria, tenia los ojos desmesuradamente abiertos, su boca se hallaba cubierta por una especie de espuma sanguinolenta, y sus manos delgadas y trasparentes, permítasenos la frase, oprimian su pecho, como si quisieran arrancar algo que la oprimiera, algo que la ahogara.

La jóven se lanzó del lecho, y medio desnuda salió al patio y fué á llamar á la puerta de la señora Ramona.

—¿Qué hay, qué ocurre?—preguntó desde adentro la buena muger.

—¡Señora! ¡señora! ¡mi madre se muere!... por favor venga usted!

Despues, la pobre niña volvió á su habitacion.

Doña Mercedes continuaba lo mismo. Poco despues llegó la señora Ramona. Era una buena muger, en la que las calumnias de las comadres del conventillo no habian podido extinguir la simpatia que le habia inspirado la jóven.

Quisieron prestar algun auxilio á la enferma, pero esta cada vez parecia ponerse más grave.

Las dos mugeres le miraron.

—¿Qué hacemos?— preguntó la señora Ramona.

—¡No lo sé; pero el tiempo pasa y mi madre se muere — contestó Ester — y yo, — añadió despues de un instante — no puedo dejar morir é mi madre. Voy en busca de un médico.

Y Ester se puso un viejo y deslucido sombrero y se lanzó á la calle; recordaba haber visto en una puerta, á pocas cuadras de su casa, una placa dorada que ponia ¿qué ponia? ella no se acordaba del nombre, pero sí recordaba que debajo de un nombre que habia olvidado se leian las palabras de: *Médico Cirujano.*

Cruzó algunas calles; al fin vió brillar á lo lejos la brillante placa, áncora de salvacion en aquellos momentos para la atribulada jóven. Apretó el paso, llegó á la puerta de la casa del médico, y llamó tímidamente con el niquelado aldabón. Pasó un instante y nadie contestó. Repitió su llamamiento, pero aquella vez con mas fuerza; su madre no podia esperar. Pero aquella segunda vez recibió la misma contestacion que la primera.

Volvió á coger el aldabon de un modo febril, pero antes de dejarlo caer, oyó á su espalda una voz que decia:

—Señora, ¿qué se le ofrece á usted?

Ester se volvió; quien habia pronunciado aquellas palabras, era un vigilante del órden público, el sereno de la manzana que habia acudido al oir llamar en la puerta del Médico.

—Vengo en busca del Doctor, ¡mi madre se muere, si, se muere! — y la jóven alzó de nuevo el llamador de la puerta.

—Es inútil que llame usted—añadió el sereno.

—¿ Cómo inútil ?—preguntó Ester llena de sorpresa.

—¿ Conoce usted al Doctor ?

—No, no le conozco; pero eso me parece que no tiene nada que ver. ¡Hay una enferma que necesita de sus auxilios!—respondió la jóven.

—Bueno, bueno, todo eso está muy bien; pero si no llena usted cierto requisito, se estará usted llamando hasta mañana sin que el Doctor se dé por entendido — contestó el sereno.

— ¿Un requisito ? — respondió maquinalmente Ester.

—Si tal; para que el Doctor conteste, tengo que ver al que llame, y llamar yo despues de cierto modo.

—¡ Oh ! ¡ pues llame usted, por Dios, que mi madre se muere ! — exclamo Ester.

— Sí, llamaré, pero antes me tiene usted que entregar cuatro pesos. El Doctor está cansado de levantarse á media noche al santo boton; vengan los pesos y en seguida le prometo á usted que llamo. Tengo órden terminante de no llamarle sin recibir antes el dinero de la visita. ¡Pocos clavos ha recibido este señor ! Enfermo ha habido que por no pagarle ha renegado de su muger y de sus hijos en pleno juicio —concluyó diciendo el sereno.

En cuanto á Ester, se habia quedado inmóvil, como alelada; le parecia mentira lo que oia; pero no, no era mentira; su madre podia morirse, se moriria sin duda alguna, si, seguramente ¿qué le importaba á nadie que se muriera?... ¡cuatro pesos!... ¡aquello era un sarcasmo! Permaneció un buen rato en la puerta de la casa del Doctor; el sereno se habia alejado. Al fin echó á andar, se dirigió á su casa, ¿para qué buscar otro médico? En primer lugar no sabia que por allí hubiera ninguno mas, en segundo, era probable que todos hubieran tomado las mismas medidas preventivas. Alzó los ojos al cielo: al fondo, á lo lejos, iluminados por los rayos de la luna, se destacaban los altos miradores del marmóreo palacio del tirano... En los ojos de la jóven brilló un rayo de cólera.

— ¡Oh! — murmuró. — ¿Por qué habré nacido muger?

Cuando Ester llegó á su casa, la pobre enferma parecia más tranquila. Doña Ramona se retiró, era ya muy tarde, cerca de las dos de la madrugada.

Durante cuatro noches volvió á presentarse aquel ataque, y Ester permaneció sin desnudarse cuidando á la pobre enferma. La última noche, — era la noche de un sábado, — la jóven se quedó un momento dormida; doña Mercedes estaba mejor, y el sueño habia rendido á Ester.

De pronto la jóven se despertó; le pareció que hablaban dentro de la habitacion, abrió los ojos, la mortecina luz de la vela de sebo estaba á punto de extinguirse. En la habitacion no habia nadie, pero

cerca, muy cerca se oia claramente una voz vinosa.

—Mira, muchacha, no seas gazmoña y abre la puerta, — decia la voz.

Ester se estremeció; aquella voz era la de Paolo, que hablaba detrás de la puerta que comunicaba con el cuarto de la jóven; esta guardó silencio.

— ¿ Abrirás ? — continuó el napolitano con voz irritada, al mismo tiempo que golpeaba la puerta. — ¡ Vamos, pronto ! un buen mozo no debe esperar.... ¡ por la Madona !... ¡ tendria gracia !...

Ester miró con angustia á su alrededor; el miedo empezaba á dominarla.

— ¡ Eh ! chiquilina; si tú no abres, abro yo; así como asi la puerta parece de papel. ¡Vaya ! se me ha puesto en la cabeza de que has de ser mia y lo serás. ¡ Corpo di Baco ! ¡ ya lo creo !

Pasó un instante, durante el cual reinó el silencio.

Despues el borracho sacudió violentamente la puerta al mismo tiempo que gruñia una blasfemia.

Despues sintiéronse pasos, luego ruido como de herramientas, en seguida volvió á escucharse la voz del beodo que decia:

— ¡ Ahora si que no te escapas !... ¡ tú no me abres la puerta pero yo voy á abrirla !

Enseguida sintió Ester que trataban de forzar la cerradura. La jóven lanzó á su alrededor una mirada llena de terror, despues se lanzó hácia donde se hallaba el viejo baul, lo abrió, buscó entre los pocos objetos que contenia, hasta encontrar un pequeño puñal, que bien pronto brilló en su mano, y avanzó des-

pues resueltamente hacia el punto por donde esperaba ver aparecer al napolitano.

La puerta empezó á ceder; la jóven adelantó un paso más.

CAPITULO XXIII

Unos cuantos caballeros

En una calle de cuyo nombre no quiero acordarme, vivia en la época en que tenian lugar las escenas que vamos describiendo, cierto personage llamado don Blas Leonidas, (á cualquier pelagatos se le llamaba entonces personaje), que por obra y gracia del Gran Mariscal del Uruguay, habia llegado á alcanzar honores y fortuna, perdiendo en cambio el honor y la vergüenza.

Era el tal Leónidas galeoto particular de dicho Mariscal, y su casa centro diario de la mas desenfrenada orgia, á la que solia asistir con su sombrerito gacho, como el último paisano, su excelencia el Gran Mariscal don Mínimo Santero.

Pero antes de seguir adelante con nuestro relato, bueno será que presentemos á nuestros lectores al referido don Mínimo, uno de los primeros personajes de la nacion, pues aunque ningun honor puede reportar-

les, es conveniente y necesario, puesto que desempeña en nuestra historia uno de los principales papeles.

Era Mínimo Santero, Gran Mariscal por obra y gracia de sí mismo y de unos cuantos caballeros particulares. Al llegar á la cumbre del poder, Mínimo, que poseia el máximo de la osadia y la desvergüenza, se propuso comerse poco á poco á su desgraciada pátria, en compañía de unos cuantos compañeros mas dignos del grillete muchos de ellos, que de pisar alfombradas antesalas. Es verdad que Dios los cria y ellos se juntan, y á tal amo tales criados. ¿Cómo habia llegado Mínimo á tales alturas, para sorpresa y escándalo de los extraños y vergüenza y desdicha de los propios? Absurdos de la casualidad y de la suerte, que á veces en sus momentos de buen humor suelen hacer las cosas al revés, quizás por cansancio de hacerlas al derecho ó por procurar un saludable ejemplo para el final de la jornada. Aunque los suyos eran honrados, casi pudiéramos decir que nuestro personaje era hijo de malos padres, pues los hombres son hijos de sus obras, y las de Mínimo no habian podido ser nunca peores, llegando en pocos años por el camino de sus fementidos hechos, desde mozo de una chacra allá por las alturas de la Union, destino en el que se pasaba de servicial y buen muchacho, hasta el primer puesto de la milicia, contando con una hoja de servicios llena de fechorias, de ingratitudes y de botellas de caña, pero exenta de acciones de guerra, pues nunca en su corta vida militar oyó el ruido de las ba-

las; pero hay que hacerle la justicia de que jamás volvió la espalda al enemigo, al que, bueno es hacerlo constar, jamás presentó tampoco la cara, pues si bien el celebérrimo Gran Mariscal pecaba por exceso de entorchados y galones, en cambio tenia una espada vírgen, pues todas sus ofensas eran vengadas por sus amigos del batallon quince de cazadores, especie de guardia particular del engreido personaje. Grande, digno de admiracion y de respeto, es el hombre que desde humilde cuna se alza hasta las alturas del poder por su propio esfuerzo y apoyado en su talento ó en su indomable valor y virtudes cívicas, que no hay mejores ascendientes que las buenas acciones y el propio mérito. Pero el que sin razon de ser, sin un rasgo de génio, sin un hecho glorioso, sinó á fuerza de infamias, de sordas intrigas y negros crímenes pretende subyugar á un pueblo noble y leal; ese, ese solo merece el desprecio de los extraños y el castigo implacable de los propios.

Como ninguna persona honrada podia prestarle su concurso, pues lo honrado rechaza todo lo rufian y lo canalla, procuró el buen Mariscal buscar su fuerza en gente de su jaez, ocurriendo el raro caso de que mas de cuatro en vez de cargar con el grillete, cargaran con el honroso uniforme militar por gracia especial del gran magnate, que listo como era, pues no tenia pelo de tonto, elevaba á aquellos que jamás pudieron soñar llegar á tanto, y que por instinto de conservacion tenian que prestarle su apoyo. Tal sistema dió por resultado con íntimo pesar de los pundonorosos y valientes militares de carrera, relegados al olvido,

que los primeros puestos del ejército fueran ocupados por eminentes desconocidos sin instruccion militar ni de ninguna clase, de tal modo, que entre otros muchos casos de improvisados coroneles, pues en aquella época de decadencia moral política se repartian grados y gangas como pan bendito, se citaba el de cierto coronel, al que le estorbaba lo negro, pues no sabia leer ni escribir y sí solamente firmar, aunque bastante mal; cuyo dicho coronel no queriendo pasar por hombre ignorante, se gastó bonitamente los cuartos en una hermosa biblioteca, en la que el librero proveedor colocó las obras mas sorprendentes y famosas del humano ingénio. Cumplió así el comerciante concienzudamente con su deber, por mas que nuestro coronel se quedó en ayunas, pues lo mismo le daban las obras de Santa Teresa que las de Voltaire, porque para él todas eran geroglíficos tan difíciles de descifrar como los de las ruinas de Ninive ó de Karnac.

Desgraciadamente todos los volúmenes no eran iguales, pues los habia en fólio, en cuarto y en octavo, y al coronel le atacaba á los nervios ver aquellas faltas de simetria, cosa que habia observado no pasaba en la régia biblioteca de su protector.

—Decididamente—se dijo un dia nuestro hombre—ese librero me ha querido fumar con esos librotes cada uno de su tamaño, y lo que es á mi nadie me toma el pelo.

Y el ilustrado jefe llamó incontinenti y con toda urgencia al librero, que se presentó inmediatamente en casa de su parroquiano, no sin cierto recelo, pues

el ilustre militar tenia mas fama de bruto que de estratégico.

— Mire, amigo — dijo el coronel al librero señalando á la famosa biblioteca — yo soy hombre de gusto y me revientan los mamarrachos, esos librotes....

— Son las mejores obras que se han publicado últimamente en Europa— contestó timidamente el industrial.

— ¡ Déjese de embromar! señor; ¡ bonita biblioteca con los libros unos mas largos y otros mas cortos!... Ya que me he gastado la plata, quiero tener las cosas en regla, como el Gran Mariscal; él tiene todos los libros en fila y de igual tamaño y yo no soy menos que el Viejo; con que, déjese de zonzeras, y córtele á esos libros lo que les sobra hasta dejarlos igualitos y á mi gusto.

Con lo dicho basta para conocer el calibre del estado mayor del ilustre personaje de que nos venimos ocupando, dejando á un lado á su digno secretario particular Perico Camaleon, eminente renegado, doctor en gramática parda, que gozaba á ratos del pródigo favor del amo, lo que no quitaba que se riera socarronamente de sus flaquezas, cosa nn tanto disculpable, pues si buena ínsula tenia, buenos azotes le costaba, es decir, que si buenos grados y playitas pescaba, buenos disgustos y malos ratos solia pasar el referido individuo.

Pero sigamos adelante con nuestra historia y dejemos en bosquejo los retratos del Gran Mariscal y sus á láteres, que ellos mismos irán en el trascurso

de nuestro relato añadiendo nuevas pinceladas que les hagan adquirir el apetecido relieve y brillante colorido.

Como íbamos diciendo, en casa del señor Leonidas tenian lugar diariamente terribles orgías, donde no perdian los comensales el pudor, la dignidad y la vergüenza, por la razon muy sencilla de que ninguno de ellos tenia semejantes estorbos.

Más de un drama tuvo principio en aquella casa, y más de cuatro tuvieron fin entre la espuma del champagne, con que brindaban aquellos sátiros, agenos á todo sentimiento noble, y atentos tan solo á la satisfaccion de sus brutales apetitos.

Aquella casa era una especie de antro, á donde eran atraidas las jóvenes que por su hermosura despertaban los deseos de los amigos de don Blas. Durante una época, fué de cierto asilo benéfico de donde salieron las víctimas de aquellos hombres, para los que las lágrimas, las súplicas y la honra de una pobre niña eran cosas de poca monta y altamente fastidiosas y ridículas.

Despues, no hubo muger hermosa y pura que no fuese deseada por aquellos canallas, que recurrian á todos los medios imaginables para conseguir la ambicionada presa. Inútil es decir, que el Gran Mariscal era el más audaz de todos los concurrentes, y al que todos se apresuraban á servir y complacer, cosa que solia no ser tan fácil, porque el amo tenia el gusto muy delicado.

El ilustre personaje habia abusado de los placeres

de tal modo, que el hastío solia dominarle, y en esos casos era empresa muy difícil, si bien lucrativa en extremo, dar con una muger cuyos atractivos despertarán sus bastardas pasiones.

El Gran Mariscal habia recorrido todos los tipos de la femenil belleza, dedicándose á las hermosuras artísticas de todas las compañías de canto, verso y baile que habian arribado á estas playas, hermosuras, que gracias á unos cuantos brillantes de los que con largueza repartia Mínimo, se ablandaban y se rendian al audaz conquistador, que solia tomar como moneda de buena ley, la que era falsa y sin curso legal.

En el momento en que presentamos á nuestros lectores á Mínimo Santero y compañía, se hallaba el salon del señor don Blas Leonidas brillantemente iluminado. En el centro de la extensa sala se veía una bien servida mesa, en cuya rica cristalería se reflejaban las luces con mil caprichosos cambiantes que reproducian todos los colores del arco íris. Doce personas rodeaban la mesa; seis hombres y seis mujeres. Ellos eran unos caballeros por el traje, por que en cuanto al fondo peor fuera meneallo. Ellas... en cuanto á ellas, eran unas infelices dignas de lástima, rameras de alto vuelo, pero al fin rameras.

El vino corria en abundancia y las lenguas desatadas por el rojo licor, cultivaban con entusiasmo el escogido lenguaje de las academias.

Entre los concurrentes se hallaba el dignísimo secretario de don Mínimo.

—Mirá tú, Ché, Camaleon, — le decia al dicho secretario, la Vénus de pacotilla que le habia tocado en suerte, — ¿cómo no viene el Viejo esta noche?

—¿Quién te ha dicho á tí que no viene?

—Me parece que ya es hora.

—Para tí es posible, pero no para él; el Gran Mariscal tiene mucho que hacer, y....

—Valiente zorro estás tú....

—No solamente viene, sino que se le prepara una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Sí.

—¿Te has vuelto á casar como la vez pasada?

—No embromes...

—Lo que me parece, es que si viene el Viejo como tú dices, no vamos á estar parejas completas y se aburrirá soberanamente; salvo que cualquiera de nosotras le haga gracia, ó le entretengas refiriéndole aquel cuento de tu tierra que me contabas el otro dia.

—¿Cuál? mala lengua.

—¡No seas pavo! Aquel del gitano que le faltaba un ojo, y le preguntaba al inglés si le gustaban los tuertos.

—Mira, Sofía, eres peor que un pampero, y sino te callas le voy á pedir al Gran Mariscal que te envie al quince de cazadores.

—¿A que me coman los tigres? Muchas gracias.

— Pues entonces, cállate.

— Pues cuéntame la sorpresa que le vas á dar al amo.

—Pues el amo, como tú le llamas, está enamorado.

—La noticia es fresca, porque siempre le pasa lo mismo. Ya lo sé; está muerto por los pedazos de la Maloff, esa partiquina que parece un grillo cuando canta.

—Me sospecho que si te descuidas vas á parar con los tigres.

—No, no digo nada; pero cuéntame ¿qué sorpresa le vais á dar al Viejo?

—Cuida de no morirte antes de tiempo, y asi lo sabrás sin que yo te lo cuente,—y el famoso secretario se echó á reir al mismo tiempo que rodeaba la cintura de su compañera.

Abrióse en esto la puerta del salon y apareció en ella la figura del Gran Mariscal. Suspendieron los convidados y el anfitrion sus livaciones, y despues en un rapto de entusiasmo, mas de estómago que de corazon, brindaron todos por el recien llegado.

Este paseó sus miradas por la sala, sonrió desdeñosamente á los comensales, y fué á sentarse con aire aburrido en el sillon que aparecia vacio en la cabecera de la mesa, no sin antes saludar á sus cotidianos compañeros de orgia con un —¡Hola, muchachos!— lleno de pretenciosa superioridad.

El dueño de la casa que era el menos borracho de los seis, abandonó á su compañera y fué á colocarse cerca de su augusto amo.

—¿Sabes, Ché, que las farras de tu casa me aburren ya horriblemente?—dijo el Gran Mariscal al

anfitrion—¡ siempre el mismo *ganao* de polleras! Ya no sirves para el caso, has perdido el gusto y voy á encargar á Angel que eche una leva de muchachas bonitas.

—Señor Mariscal, no haga usted tal cosa; ya sabe que todos le servimos de cabeza.

—Si, para aburrirme y llevarme todos los dias una punta de pesos.

—No, señor; para complacer á nuestro amigo y jefe.

—Si, ya lo veo.

—Y la prueba es que esta noche le preparamos una sorpresa.

—¿Una sorpresa? ¡cuéntame eso, Ché, cuéntamelo!—murmuró el Gran Mariscal cuyos ojos se animaron.

—Si tal, una sorpresa ¡y que ha sido bien difícil y costoso podérsela ofrecer!

—Pues déjate de músicas, y trae á la muchacha para que seamos siete parejas—contestó Mínimo, llenando un vaso de licor y vaciándolo de un trago.

—Es una belleza agreste, una virtud salvaje.

—¡No me embromes! eso de salvaje lo dirás por ti.

—Es la verdad.

—Vamos, ¿dónde está esa presiocidad?

—Hace dos horas que le espera á usted.

—¿Y estás con esa pachorra? Vamos, vamos, que tengo deseos de verla.

—Mariscal, usted ya la conoce.

—¿Qué la conozco?

—Si, me habló usted de ella en cierta ocasion.

—¿Cómo se llama?

—Me permitirá usted que no se lo diga, pues si se lo digo no tendrá el gusto de sorprenderse con lo inesperado.

—¿Y está en el gabinete de costumbre?

—En el mismo.

—¡Vales más que la renta de aduanas! querido Leonidas — respondió el Gran Mariscal, que despues de apurar una gran copa de dorado champagne, desapareció del salon con la mirada ardiente y el labio palpitante.

—¡Buena suerte!—murmuraron algunos convidados al ver desaparecer á don Mínimo.

—El Viejo se divierte —añadierón otros.

Despues continuó la orgía; pero de pronto, se oyeron gritos á lo lejos, despues pasos precipitados, y al fin se abrió la puerta del salon apareciendo en ella una hermosa jóven con un puñal en la mano.

Aquella jóven era Ester.

CAPITULO XXIV

El gabilán y la paloma

¿Cómo se encontraba Ester en aquella infame casa?

Cosa es esta que encontrará explicada el lector en las páginas siguientes.

Dejamos á la desgraciada jóven en el momento en que dominada por el temor, se dirigió armada de un pequeño puñal hacia la puerta próxima á saltar bajo los esfuerzos de Paolo.

No se le ocurrió á Ester gritar, pedir socorro; se veia tan aislada, colocada en el conventillo en una situacion tan especial, que dudo si sus gritos serian atendidos, y solo pensó en resistir.

Además, las contrariedades de uno y otro dia, las miserias y las injusticias de siempre, poniendo á prueba su energia, habian producido en ella una especie de excitacion que le prestaba una fuerza indomable aunque solo fuera momentánea y ficticia.

Ester avanzó como ya hemos dicho hasta la puerta que pretendia forzar el napolitano.

Este parecia estar bajó la influencia del vino, segun las frases incoherentes que pronunciaba de cuando en cuando.

La puerta crugió fuertemente; un último esfuerzo y quedaba abierta.

La pobre jóven, dominada al mismo tiempo por la rabia y el miedo, esperó palpitante la aparicion del bandido.

De pronto, se oyeron otras voces en la habitacion próxima, sintió que Paolo dejaba de forzar la puerta, luego gritos ahogados é imprecaciones; los compañeros de cuarto del italiano se disputaban la jóven.

Estaban todos completamente borrachos.

Despues las voces cesaron casi por completo, en seguida se sintió el ruido producido por una lucha, y al cabo de un instante se oyó un grito ahogado, pasos precipitados, abrirse la puerta de la próxima habitacion y alejarse los pasos, abrir y cerrar la puerta del conventillo, y luego el silencio mas absoluto.

Con el oido atento permaneció largo rato la jóven, sin querer adivinar la escena que habia tenido lugar en la vecina habitacion, en la que solo se oia una especie de quejido, de hipo extraño que apenas se percibia.

Inmóvil, sobrecojida por el miedo permaneció Ester largo tiempo, hasta que la luz del dia fué disipando las tinieblas é iluminando poco á poco el interior de la humilde vivienda.

Entonces Ester guardó maquinalmente el puñal en el bolsillo de su traje, y fué á arrodillarse delante de la cama de su amada enferma, cuyo rostro pálido y demacrado se destacaba vagamente de entre las sábanas á la indecisa luz del crepúsculo. Allí, con la cabeza reclinada sobre las revueltas ropas del lecho, descansó un instante con un sueño lleno de horribles visiones, de terribles pesadillas. De pronto, sintió ruido de voces, ir y venir en el cuarto de junto, y las palabras comisario y policia muchas veces repetidas. La jóven abrió los ojos, era de dia claro; en el pátio del conventillo se oia un ruido de colmena, un murmullo inexplicable. Se aproximó temerosa á los cristales de la pequeña ventana; un inmenso grupo formado por todos los vecinos, se hallaba parado delante de la puerta inmediata; en ella habia dos vigilantes; luego cesó un tanto el murmullo, la puerta se abrió y aparecieron dos hombres que llevaban unas parihuelas; encima, ensangrentado y con el rostro horriblemente contraido iba Paolo, que habia sido asesinado la pasada noche por sus compañeros de cuarto en medio de la horrible borrachera que los dominaba. Ester fijó en el napolitano sus ojos, y despues toda temblorosa fué á ocultar su rostro en las almohadas del lecho de su madre, para sustraerse á la horrible vision y al temor que la dominaba, terror que convulcionaba todo su ser, víctima triste de tan terribles y encontradas impresiones.

Pasó una hora, dos quizás, y Ester no se atrevia á moverse; al fin alzó la cabeza, su madre habia pro-

nunciado dos palabras, dos palabras que habian realizado una rápida reaccion en la jóven.

—¡Tengo hambre!—habia dicho su pobre madre con una voz que parecia un soplo, y Ester lo olvidó todo para concentrarse en si misma y no pensar mas que en su adorada enferma.

—¡Madre mia! tiene hambre—murmuró con acento profundo, íntimo, de horrible desesperacion. Despues buscó en el viejo baul, en sus bolsillos, en el cajon de la miserable mesilla, pero no encontró ni un mendrugo ni una moneda. En el bolsillo solo tenia el pequeño puñal. Ester lo oprimió un momento con fuerza; ¡si no hubiera sido por sus creencias y por su madre, en él hubiera encontrado la solucion de todos sus males, la única posible para ella que era demasiado altiva y honrada para prostituirse!

—¡Madre mia, madre mia!—repitió la jóven, retorciéndose las manos ante su impotencia—¡madre del alma, me pides pan y no lo tengo! ¡Oh! ¡si pudiera abrir mis venas y alimentarte con mi sangre!

—¡Hija mia!... ¿donde estás?... ¡tengo hambre!... ¡pan!... ¡pan!... ¿No me oyes?... Ester, Ester, ¿Me has abandonado? ¡No, no, tú no eres como Emilia, tú eres honrada!—murmuraba la pobre enferma con voz casi ininteligible, voz entrecortada por la fatiga; y Ester, cubria de besos y humedecia con sus lágrimas el semblante de su pobre madre.

En aquel momento llamaron á la puerta; la jóven se levantó y fué á abrir; era la señora Ramona.

—¿Cómo está la enferma?—preguntó la buena

mujer lanzando á su alrededor una investigadora mirada.

—Mi madre sigue mal, muy mal, — respondió Ester con voz ahogada.

—¡Pobre misia Mercedes! y sin embargo otros están peores; ya habrá usted oido señorita Ester, que á Paolo le mataron sus compañeros, ¡pero ya lo sabrá usted! de seguro se habrá usted enterado de todo; era un canalla, pero ha sido una mala muerte — dijo la buena muger.

— ¿Yo? si.... digo, no; no sé nada, — respondió la pobre niña estremeciéndose.

— Pues todos creen que usted está enterada del crímen, y la China, ya sabe usted; esa mala muger que estuvo *amigada* con el muerto, ha dicho al comisario que si fué que si vino, y que si usted puede decir ó no decir; es una harpia, el caso es que quizás vengan á tomar á usted declaracion, y yo vengo á prevenirselo.

— Gracias, me es igual — contestó Ester con acento indiferente, distraido, — lo que me interesa es mi pobre madre que se muere, y yo moriré tambien.

— ¡ Pobre doña Mercedes !

— Si, si; ¡ pobre de ella y de mí !

— Y el Doctor, ¿no ha venido?

— No ha venido, no, pero vendrá; si hoy no puede ser, vendrá mañana. Yo voy á salir, señora Ramona — añadió la jóven tomando una resolucion rápida y firme — y desearia que cuidara usted á mi madre; yo volveré pronto, voy á buscar al médico, voy á la botica, ¡ qué sé yo á donde voy!

Y Ester se concluyó de vestir apresuradamente, y despues de dar un beso á su madre, salió del conventillo sin fijarse en las comadres del patio que la señalaban al pasar.

Ester habia tomado su resolucion; iba en busca de aquel amigo de su padre que habia conocido en el escritorio del comprador de sueldos.

Estaba decidida; iria á visitar al antiguo militar que, segun decia, queria ver á la viuda y á la hija del comandante Mendieta para satisfacerles una antigua deuda. Sí, iria hasta el fin del mundo con tal de tener pan para su madre.

Llegó á la casa del comprador de sueldos; habia gente esperando para ser devorada por el infame usurero, pero Ester no se fijó en los que esperaban turno para entrar, y penetró resueltamente en el despacho de don Jaime. Este al verla sonrió de un modo particular; tendió la mano á la jóven, pero ésta no vió la huesosa mano del viejo avaro, ó no quiso tender la suya, pues no contestó al saludo del viejo.

—Don Jaime: un amigo de usted, el señor Leví, me ha dicho que cuando quisiera verle, viniera aquí y que usted le avisaria. Yo necesito hablar con él enseguida, lo mas pronto posible — murmuró Ester con voz breve, seca, casi dura.

— Está bien, señorita, se le avisará; espere usted un momento, — contestó el usurero.

— Bueno, esperaré.

Don Jaime tomó un papel, escribió dos líneas en él y lo metió en un sobre; despues miró si estaba bien

cerrada la vieja caja de hierro que se veia en un rincon, cerró cuidadosamente los cajones de su mesa, y en seguida salió á la puerta del escritorio, llamó á un changador que habia en la próxima esquina y le entregó la carta, despidió á la gente que esperaba en el antedespacho y penetró de nuevo en su escritorio, fijando en la jóven una mirada maligna y traidora.

Ester se habia sentado en una silla que habia en el rincon mas oscuro de la habitacion, y allí, replegada por decirlo así sobre sí misma, esperó la llegada de Leví.

Pasó media hora, que á Ester le pareció un siglo, al cabo de la cual apareció en la puerta del escritorio la figura de don Adrian.

— Señorita, me ha llamado usted y aquí estoy — murmuró Leví acompañando sus palabras con una falsa sonrrisa.

— Sí, es verdad; gracias — contestó Ester poniéndose de pié; — necesito que me preste usted un servicio.

— Estoy á sus órdenes, señorita.

— Mi madre se muere, se muere de hambre, y yo quiero que viva; me he acordado de lo que me dijo usted acerca de aquel antiguo amigo de mi padre, y vengo á que me presente usted á él — concluyó diciendo la jóven con una voz velada por las lágrimas.

— Está bien, hija mia; veo que ha pensado usted con juicio, que sigue mis consejos. En esa entrevista encontrará usted sin duda alguna los medios de salvar á su madre, — respondió Leví con mal disimulada alegria.

— Sí, señor, salvar á mi madre; en eso es en lo único que he pensado. ¿ Puede usted acompañarme ahora á casa de esa persona?

— ¿ Ahora ?

— Si.

— ¡ Imposible! es un hombre que por su posicion política se encuentra ocupado todo el dia, y solamente por la noche puede consagrarse á sus asuntos particulares.

— ¿ Entonces ?

— Podemos verle esta noche de diez á once, prévia vénia que yo le pediré al anunciar la visita de usted — contestó Leví.

— ¿ De diez á once ? — murmuró Ester fijando en su interlocutor una mirada llena de interrogaciones y de desconfianzas.

— Exactamente.

Ester vaciló un momento; en su interior se sostenia una pequeña lucha, entre la desconfianza que sin saber porqué le habia inspirado siempre Leví, y el deseo, el ánsia de salvar la vida de su madre, de abandonar el repulsivo conventillo y llevar á su pobre enferma donde hubiera luz, aire puro, tranquilidad y bienestar.

El amor filial triunfó de su instintivo recelo.

— Está bien, — contestó al cabo con resolucion — iré á esa hora.

— Perfectamente, señorita. ¿ Dónde debo esperar á usted para acompañarla ?

— Sí, es verdad ; yo no puedo ir sola, lo olvidaba.

Ester y Leví quedaron en reunirse á pocos pasos del conventillo donde vivia la jóven; despues se separaron, y la pobre niña volvió afanosa al lado de su madre, sin pensar que arrastrada por la fatalidad se habia enredado sin saberlo en la infame tela de araña que le habian preparado Leví y su digno socio.

En cuanto á éstos, al quedar solos se miraron con cierta satisfaccion.

—¡Al fin! — exclamó el usurero.

— Sí, el triunfo es seguro, — contestó Leví — mi plan ha dado el resultado que me esperaba.

—¿Y el Viejo?

— El Viejo se aburria, pero esta noche tendrá una agradable sorpresa al encontrarse con la muchacha; está enamorado de ella perdidamente; no la ha visto más que una sola vez, pero no la ha olvidado.

—¿Y está enamorado de veras?

—¡Oh! de veras ó no, lo cierto es que se ha encaprichado por esa chiquilla. Su capricho durará un dia, ó dos, ó tres, pero sea como sea, nosotros haremos nuestro negocio, y en cuanto á ella, se canse pronto ó tarde de su palmito, siempre saldrá ganando algunos pesos, sin contar con que la muchacha es bonita, y encontrará fácilmente quien pague bien sus favores. Pero eso ya me importa poco, y si le da por lo sentimental peor para ella.

Despues de este corto diálogo, Leví se separó de don Jaime, no sin prometerle una buena presa del producto de la infamia que iban á cometer con la pobre jóven.

En cuanto á esta última, se encontró al llegar al conventillo con que su madre se había agravado de una manera alarmante. El rostro de la pobre enferma habia tomado ese tinte terroso precursor de la muerte, tinte con el que la sábia é implacable naturaleza parece querer asimilar con la madre tierra á los séres próximos á confundirse de nuevo con ella.

Doña Mercedes abrió los ojos cuando llegó la jóven, sus lábios se movieron pero sin pronunciar ningun sonido, despues las casi apagadas pupilas de la enferma dejaron de fijarse en su hija.

—¡Mi madre se muere! señora Ramona, —dijo Ester con suprema angustia.

—Tanto nó, señorita; pero está mala, muy malita, — contestó la buena mujer. — El médico ha venido — añadió doña Ramona — estuvo en casa de una de las vecinas y yo le hice entrar... no queria, pero le dije que si usted no podia pagarle yo le pagaria, y entró...

—Gracias, señora, gracias, ¡Dios se lo pague á usted! — murmuró la jóven estrechando con efusion las manos de la honrada vecina.

—Gracias, ¿por qué? Nada he hecho para que me dé usted las gracias.

—¿Y qué dijo de mi madre? ¿está muy mal? Hable usted, me muero de impaciencia, señora Ramona,—añadió Ester.

—El doctor estuvo examinando detenidamente á su mamá de usted, y despues me preguntó una infinidad de cosas que maldito si me acuerdo de ellas. En se-

guida extendió una receta, esa que está ahí sobre la mesita; dijo que la pobre señora estaba muy mal, y que si durante el dia no se mejoraba, que tomara esa medicina por la noche, y con ella se dominaria probablemente la enfermedad. — Afortunadamente, me han llamado cuando casi, casi, todavia es tiempo, — dijo el Doctor al despedirse, — pero si se agrava y no toma esa medicina que he recetado, no respondo de la vida de la enferma. — Yo, señorita Ester, envié la receta á la botica, pero no quisieron despacharla sin que se llevara el dinero por delante; eran tres pesos, y yo no los tenia; á las vecinas no habia que soñar en pedirles ni un veinten. ¡Buenas son todas ellas para hacer un favor!

—Gracias, señora Ramona, gracias; esta noche se le traerá la medicina, y vivirá mi madre, sí, vivirá ó yo moriré — y la jóven fijaba en su querida enferma una mirada llena de inmensa ternura.

— Dios quiera que la veamos pronto buena.

— Sí, Dios querrá.

— Ya que usted está aquí yo me voy; todavia no he arreglado mi cuarto, — dijo la señora Ramona; despues, como con cierta vacilacion, como si le costara trabajo el hablar, murmuró: — Me iba sin decirle á usted una cosa; como no es agradable, se me olvidaba.

— ¿El qué? sea lo que sea me es igual; solo me importa mi madre.

— Sí, sí, es verdad; pero á todo hay que atender, sobre todo cuando hay personas en el mundo que no

tienen corazon; yo no hablo nunca mal de nadie, pero cada uno es como Dios le ha hecho. En fin, al grano; la señora Silvestra, la capataza, estuvo aquí y me encargó que le dijera á usted que sinó le pagaba usted hoy los alquileres que le debe, procederia al lanzamiento. Si yo hubiera tenido unos cuantos cochinos pesos, se los hubiera tirado á los hocicos; por desgracia cuando una no está presa la andan buscando, y gracias que pueda pagar una los cinco pesos de su habitacion; en fin, eso no quita para que yo haya pasado un mal rato, y usted no se preocupe mas que de su enferma, y yo me voy á arreglar mi pieza que todo está manga por hombro.

Y la buena muger se despidió de la pobre jóven, que habia llegado al máximun de las tribulaciones y los dolores, y que rogaba á Dios con toda su alma que la llamara á sí, ó la mirara con ojos misericordiosos no permitiéndola apurar hasta las heces el cáliz de la amargura.

Pasó todo el dia, y llegó la noche sin que se presentara la mas pequeña mejoria; por el contrario, cada vez parecia alejarse mas la vida de aquel cuerpo enflaquecido por el sufrimiento y por el hambre.

Dieron las diez en uno de los relojes de la vecindad; Ester pareció dudar un momento; como ya hemos dicho, sin saber por que recelaba de Leví, pero sus ojos se fijaron en un papel que se destacaba sobre el oscuro tablero de la vieja mesilla que habia en uno de los rincones del cuarto; aquel papel era la receta dejada por el médico, la receta de aquel medi-

camento del que dependia la vida de su madre. Tomó el papel rápidamente, besó la pálida frente de la enferma, y salió de la habitacion; cruzó el patio, llamó á la señora Ramona, la dejó encargada del cuidado de doña Mercedes mientras ella iba á la botica, segun dijo á la buena muger, y salió á la calle con paso apresurado, sin volver la cabeza, ni preocuparse de nada, sin pensar mas que en su madre, á la que esperaba volver á ver á los pocos instantes llevándole la salud, es decir, la medicina que marcaban los garabatos escritos en aquel pedazo de papel que oprimian sus dedos nerviosamente.

A unos cien pasos del conventillo se encontró con Leví; Ester contestó apenas á su saludo.

—Señorita, veo que es usted exacta; son las diez en punto.

— Sí, es verdad, son las diez — contestó la jóven.

—Mi viejo amigo la espera á usted con impaciencia; le he referido por segunda vez la triste posicion de ustedes, sus penas, sus dolores, y se ha impresionado mucho con mi relato—dijo Leví.

—Gracias. Vamos de prisa si no le molesta á usted: mi madre me espera, no quiero tardar mucho; ¿está muy lejos la casa de ese señor? — murmuró Ester de una manera nerviosa, febril.

—No, no está muy distante: unas cuantas cuadras solamente; pronto llegamos. Como le iba diciendo á usted, hija mia, mi amigo se sintió muy conmovido al oirme relatar las desgracias de ustedes — ¡Oh! que venga esa pobre niña, yo haré su felicidad en re-

cuerdo de mi pobre amigo, y mientras entréguele usted esto, — me dijo entregándome un sobre cerrado, este mismo que yo entrego á usted, — concluyó diciendo Levi, entregando un sobre á la jóven.

—¿Qué es esto?—preguntó Ester tomando el sobre que le tendia su compañero.

— Lo ignoro.

— Bueno, es igual, — respondió Ester, guardando maquinalmente el sobre en su bolsillo, — ¿tardaremos mucho en llegar?

—No; unos cinco minutos todo lo mas.

Siguieron andando la jóven y su acompañante; al fin se detuvo Leví delante de una casa de buena apariencia. Alzó el dorado aldabon de la puerta y llamó de un modo particular; dos golpes primero y uno despues de un corto intérvalo.

Pasó un instante; enseguida se oyeron pasos detras de la puerta, y ésta se abrió ante los recien llegados.

CAPITULO XXV

¡ Prisionera !

Cruzaron un ancho zaguán, despues dos ó tres habitaciones; al fin llegaron á una especie de antesalita elegantemente alhajada: muebles ricos, grandes espejos, pesados cortinajes, anchos sillones, una meridiana de raso y peluche; del techo pendia un globo de cristal rosado que inundaba con luz ténue y misteriosa la elegante habitacion.

—Espere usted un momento aquí, hija mia,—dijo Leví,—voy á participar á mi amigo la llegada de usted; pronto vuelvo.

Ester no contestó, estaba fatigada, y se dejó caer sobre uno de los sillones. El falso amigo de su padre desapareció trás de una de las pesadas colgaduras; Ester quedó sola, abandonada á sus tristes pensamientos.

Al cabo de un instante sintió pasos, y un hombre apareció en el hueco de una de las puertas. Ester se

levantó, alzó la cabeza y miró al recien llegado: un grito de sorpresa estuvo á punto de brotar de sus lábios.

Aquel hombre que tenia delante no podia ser el viejo amigo de su padre, aquel hombre era el mismo que habia visto dos ó tres veces en casa de la cantante; sí, no le cabia duda, era él, con sus ojos mas brillantes y con una expresion mas grosera, pero era él mismo. ¿Por qué estaria en aquella casa?

Ester permaneció en pié, sin separar su mirada del desconocido, que adelantó un paso.

— Decididamente eres bonita, muchacha — dijo al fin el Gran Mariscal, que no era otro el recien llegado, sentándose familiarmente en la meridiana, — *mirá*, *sentate* aquí, á mi lado; si has venido á esta casa ha sido para que nos entendamos de cerca y no por teléfono.

Ester miró con ojos sorprendidos al recien llegado y guardó silencio; aquel hombre, segun ella, debia estar loco.

— Mira, morochita, á mí me gustas mucho, me hiciste mucha gracia desde que te ví en casa de Elvira; pero, francamente, los mudos no me gustan como no sean representantes, que á ésos generalmente se les paga para que no digan esta boca es mia. Vamos, *sentate*, te digo — concluyó diciendo el Gran Mariscal, adelantando un tanto el brazo para asir el de la jóven.

— Caballero — dijo Ester con acento firme, retrocediendo un paso — sin duda alguna, ó me toma us-

ted por otra persona, ó es una broma indigna y pesada por demás la que quiere darme. Yo he venido á esta casa accediendo á los deseos del dueño de ella; un antiguo amigo de mi padre, á quien la edad y sus achaques.....

—¡Su edad y sus achaques!—respondió el Mariscal riéndose sin dejar que la jóven concluyera de expresar su pensamiento.—¡Tiene gracia! Vaya, vaya, *dejate* de zonzeras y ven aquí, si es que no prefieres que juguemos al escondite. ¡Diablo! al demonio se le ocurre. ¿Quién te ha contado todo eso?

—Caballero; don Adrian Leví....

—¿Te ha hecho creer esas historias? ¡Demonio de muchacho! Pero es igual, puesto que no perderás en el cambio; entre ese amigo de tu padre, viejo y sin poder moverse y yó, me parece que sales ganando en el cambio.

Ester miró de alto abajo á su interlocutor, y despues con ademan soberbio, en el que se adivinaba el mas profundo desprecio, se dirigió lentamente hácia una de las puertas de la habitacion.

Llegó á ella, alzó el cortinaje, y lanzó un pequeño grito; la puerta estaba cerrada con llave.

—Caballero, ¡abra usted esa puerta!—exclamó Ester volviéndose fieramente hácia el Gran Mariscal —quiero marcharme, mi madre me espera.

— Aunque te espere *tata* me tiene sin cuidado; me gustas, me gustas mucho, sobre todo así, con esa actitud trágica; ya debes saber que las trágicas son mi especialidad. Estás espléndida; ¡qué lástima que mi

amigo Manuel se haya marchado, sinó de fijo te componia un par de sonetos!

—¡Abra usted! —contestó Ester con voz breve.

—Dejate de embromar; tendria gracia que te dejara escapar teniéndote en mi poder. ¡Hasta el zonzo de Camaleon seria capaz de reirse de mí!

Ester miró de nuevo á el Gran Mariscal, de un modo terrible, hiriente, por decirlo así, y golpeó violentamente la puerta.

—Mirá, tú, morocha, basta de remilgos y gazmoñerias, que demasiado sabés á lo que has venido aquí, no sea que concluya por cansarme, y te envíe al cuartel del quince para que se distraigan contigo los muchachos —respondió el Gran Mariscal levantándose resueltamente y dirigiéndose hácia la jóven.

En cuanto á Ester se habia quedado inmóvil al oir las palabras del desconocido, como si aquellas hubieran sido la clave de un enigma.

—Camaleon, el quince.... —murmuró como hablando consigo misma. —Sí, sí, es él mismo, ¡el infame que hace morir de hambre á mi madre, el tirano, el bandido, usted es Mínimo Santero! —concluyó diciendo la jóven en voz alta, dirigiéndose al Mariscal, con un acento lleno de dureza, preñado de insultos y amenazas.

—Pues bien conocido soy para que hayas tardado tanto en conocerme. Apuradamente, Perquin me ha retratado de todos modos, y no solamente á mí sinó hasta las salivaderas que tengo en el palacete; ¡es un buen muchacho que se gana bien los cuatrocientos pesotes!

—¡Ah! ¿conque es verdad que usted es el Gran Mariscal, el mónstruo de infamia y de maldad que destruye á mi pátria?—respondió Ester con acento ronco, avanzando un paso hacia aquel hombre, y fijando las miradas de sus negras pupilas en el semblante de lúbrica expresión del magnate.

—¡Basta de músicas! ¡dáme un beso y un abrazo, y no seas gazmoña!—respondió Mínimo, adelantándose hasta la jóven con los brazos abiertos.—Vamos, Ché, ¡un abrazo!—y al pronunciar estas palabras su mano rozó el cuerpo de la jóven, que rápida como un relámpago evitó el repulsivo contacto de aquel hombre, que fijaba en ella una mirada de sátiro.

—Vamos, ¿tendrás juicio?... mirá que de aquí no has de salir como no seas amable y condescendiente conmigo; ¡venga pues ese abrazo!—y al concluir de pronunciar las últimas palabras, el Gran Mariscal avanzó rápidamente hácia la jóven, pretendiendo posar sus lábios sobre su rosada mejilla.

—¡Infame!—gritó Ester con acento indefinible—¡matas á mi madre y quieres deshonrarme á mí! pero eso no será, yo te lo prometo,—respondió la jóven con acento terrible.

—¡Qué me importa tu madre! lo que me importa eres tú, tú que vas á ser mia—respondió el Gran Mariscal, rodeando con sus brazos la cintura de la jóven.

—¡Atrás! bandido,—gritó Ester con voz firme, y haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró desasirse

de las manos de aquel hombre, que se lanzó de nuevo hácia ella. La hermosa jóven miró á su alrededor buscando un arma con que defenderse: de pronto lanzó un grito de triunfo y su mano apareció armada con un puñal.

— ¡ Oh ! — exclamó Ester con expresion sombría — ¡ ven, cobarde, ven si te atreves ! ¡ acércate y te prometo que te clavo este puñal en el corazon, salvando así mi honra y vengando á tantas infelices víctimas, que por tu causa duermen el sueño de la muerte!

El Gran Mariscal se detuvo, y miró á su alrededor como si se sintiera mal; aquella muger le seducía, le encantaba, le atraia, pero aquel puñal intempestivo le hacía un efecto deplorable; ¿ debia avanzar, debia retroceder ?

Pasó un instante, durante el cual aquel hombre y aquella muger se miraron frente á frente: ella, con aire de fiero desafío; él, con intranquila vacilacion. Al fin el Gran Mariscal rompió el silencio.

— Vamos, deja ese cuchillo, y no seas tonta — dijo con voz no muy segura.

La jóven se replegó contra una de las puertas y guardó silencio.

En aquel instante llegó hasta el pequeño gabinete una oleada de alegre murmullo; risas, voces, chocar de copas. El Gran Mariscal se sintió poseido del génio de los héroes y adelantó un paso; Ester le esperó inmóvil; él pretendió con un movimiento de tigre sujetar las manos de la jóven, pero ésta rápida como

el pensamiento adivinó su intencion, y al ver que aquel hombre se aproximaba levantó el brazo para herir, al mismo tiempo que en sus ojos brillaba un rayo de cólera. Pero en aquel momento, la puerta en que se apoyaba Ester se abrió, y la jóven se lanzó por ella seguida del Gran Mariscal. Un instante despues, aparecian ámbos en la puerta de la habitación donde tenia lugar la orgía.

Las copas próximas á llegar á los lábios se detuvieron sin llegar á su destino, y se escuchó entre los comensales del ilustre Leonidas un grito de sorpresa y de desaprobacion; segun ellas, aquel modo de presentarse Ester puñal en mano era del peor gusto, era eminentemente incorrecto; segun ellos, aquella muger estaba loca al desconocer la honra que le hacia el Gran Mariscal bajando sus miradas hasta ella.

En cuanto al Gran Mariscal se sentia poco á gusto; si retrocedia se ponia en ridículo, si avanzaba, ¡ oh ! si avanzaba, no estaba muy tranquilo de lo que pudiera hacer la jóven. Todo esto fué cosa de un instante, y el silencio que reinó en el primer momento, fué interrumpido por uno de los convidados que se levantó y exclamó dirigiéndose á Ester, al mismo tiempo que echaba vino en su copa:

—Hija mia, aquí se viene á beber y á gozar, suelta ese cuchillo, y brinda con nosotros por nuestro jefe, que segun veo quiere que seas la reina del festin; aquí no se admite el drama, está prohibido terminantemente.

Estas palabras fueron acogidas por un alarido de

aprobacion, lanzado por aquellos hombres y aquellas mugeres próximos á la embriaguez.

Ester miró con desprecio á su alrededor y exclamó con acento lleno de amargo sarcasmo:

— ¡ Infames, son ustedes dignos compañeros de su amo !

Despues, intentó volverse para salir á toda costa de aquella horrible casa, pero el Gran Mariscal extendió sus brazos con la intencion de desarmar á la jóven y rodear su cintura; entónces la débil niña se volvió con la fiereza del tigre, brilló en su oscura púpila un fuego sombrio, y buscó el corazon del magnate con la punta de su cuchillo. Todos los asistentes á la orgía dieron un grito, pero en aquel instante dos nervudos brazos sujetaron á la jóven, una férrea mano oprimió la delicada y débil de Ester, y el puñal cayó al suelo. El Gran Mariscal respiró, hubo un momento en que no se habia considerado muy seguro.

¿ Quién era el que habia llegado tan á tiempo para desarmar á la jóven ?

Uno de los hombres que formaban la coleccion de guardianes, vulgo perros de presa del Gran Mariscal; uno de los ejecutores de su alta y baja justicia, un tal Flavio Colmillos, conocido tambien por el nombre de Juan Diente, en recuerdo quizás, y como consecuencia del parecido que existia entre los hechos de Colmillos, y los tenebrosos que achaca la historia al terrible ballestero de don Pedro I de Castilla.

La pobre niña se sintió sujeta por dos hombres,

y llevada á una habitacion interior, cuya puerta cerraron con llave. Ester, si Dios no hacia un milagro estaba perdida. ¿Quién la defenderia de los intentos criminales del Gran Mariscal?

Afortunadamente para ella, graves noticias recibidas de la otra orilla, distrajeron al magnate de sus viles designios haciendo fijar su atencion en asuntos de gran importancia si no para la salvacion del Estado, para la conservacion de su malhadado poder.

Algunos miles de pundonorosos y valientes uruguayos habian dado el primer paso para salvar á su patria de la humillante tiranía que la rebajaba á los ojos de propios y extraños. El Gran Mariscal tenia la fuerza, y se propuso resistir, resistir y vencer, y ¡ ay del vencido !

Despues de leer unos partes que le habia llevado Colmillos, salió de aquella casa acompañado de su secretario, quien, si bien no conocia la vergüenza, en cambio hay que hacerle la justicia de que jamás se tiñeron sus manos de sangre.

Llegó el Gran Mariscal á su palacete, púsose su brillante uniforme colorado, y despues de lanzar á todos sus ayudantes con perentorias órdenes para que casi todas las fuerzas se dispusieran á marchar, se dirigió al puerto acompañado de su fiel Camaleon, que se encontraba poco á gusto dentro de su casaca de coronel.

Una hora despues, llegaron hasta la prision de Ester los rumores producidos por la marcha de numero-

sas fuerzas de infanteria, y el estruendo que hacian los pesados cañones al rodar por el desigual empedrado de las calles.

CAPITULO XXVI

Una harpía, una buena mujer y una mártir

Mientras que en la casa de don Blas Leonidas tenian lugar las escenas que acabamos de describir, la pobre madre de Ester agonizaba lentamente en el miserable cuarto del no menos miserable conventillo.

La agravacion que el médico temia se presentó, y la muerte empezó á apoderarse de aquel cuerpo sin fuerzas destruido por el hambre y los sufrimientos.

La señora Ramona, la honrada vecina á cuyo cuidado habia quedado doña Mercedes, esperó con impaciencia la vuelta de la jóven que como sabemos se habia llevado la receta del medicamento, que segun el Doctor era el único que podia volver á la vida á la pobre enferma.

Pero dieron las once, las doce de la noche, y Ester no volvia; la enferma abrió los ojos dos ó tres veces recorriendo con mirada insegura la reducida habitacion, despues sus labios se movian pronunciando un nombre, el nombre de su hija.

Pero esta se hallaba lejos y prisionera, víctima de una de tantas infamias como entonces se cometian.

Por su parte, la señora Ramona estaba intranquila, violenta, ella, la constante defensora de Ester, no se podia explicar aquella larga ausencia?

—¡Oh! á la señorita Ester le habrá pasado algo malo, no es posible que por su voluntad abandone á su pobre madre, que la deje morir de este modo—decia para sí.

Pero las horas siguieron pasando, pronto iba á amanecer, y la jóven no volvia.

—Seria una infamia que no puedo creer—pensaba la señora Ramona—no, no, imposible. La señorita Ester no puede ser una bribona como otras muchas que andan por el mundo.

Y la buena muger, se esforzaba por convencerse á si misma de que la jóven era incapaz de faltar á sus deberes.

Doña Mercedes en tanto seguia agravándose, conociéndose bien á las claras en su lívido y demacrado semblante, que la muerte tenia asegurada su presa por completo. Hubo un momento en que la señora Ramona pensó que la enferma se moria, le pareció que lanzaba su último suspiro. Pero aquel ataque brusco de la muerte pasó.

—La señorita Ester no tiene perdon de Dios si ha abandonado á su madre en vez de estar á su lado hasta que Dios se la lleve. Si es así, ella la mata, sí, la mata, porque sabia que solo podia salvarla la medicina mandada por el Doctor, y no la ha traido de-

jándola morir como á un perro. Si siquiera estuviera aquí la receta, aunque tuviera que pedirle el dinero á doña Silvestra, yo iria á la botica y traeria la medicina, y se la daria á esta buena señora, que es una santa en toda la extension de la palabra.

Pero ni Ester volvia ni la receta estaba allí para que la buena mujer pudiera realizar sus nobles impulsos, y doña Mercedes seguia muriéndose, pronunciando palabras ininteligibles, entrecortadas por la fatiga precursora de la muerte, y buscando ansiosa con la mirada de sus ojos apagados á la hija querida de su corazon.

A eso de las siete de la mañana doña Mercedes pareció experimentar una gran mejoría, sus ojos se animaron, y preguntó por su hija.

— ¡ Ester ! ¡ Ester ! ¿ Donde estás ? ven hija mia, ven, quiero verte, tenerte á mi lado — murmuró la pobre enferma buscando á la jóven con la mirada. — ¡ Oh ! ¿ Dónde se halla Ester ? ¿ por qué no está aquí ? —añadió despues con un acento especial — ¿ me ha abandonado acaso ? no, no, ella no es como Emilia.

— Tranquilícese usted, doña Mercedes, la señorita Ester acaba de salir, ha ido á la botica y no tardará en volver — respondió la señora Ramona, viendo con alegria que la enferma parecia reanimarse, sin comprender que aquella era la mejoria de la muerte.

— Sí, sí; pero no recuerdo haberla visto en toda la noche, ¡ oh ! hija mia, cuanto te amo — continuó diciendo la viuda de Mendieta, con voz débil, y como hablando consigo misma: despues guardó silencio.

En aquel instante llamaron á la puerta; la señora Ramona se levantó rápidamente y fué á abrir, esperando ver aparecer la esbelta figura de la jóven. Su desilusion fué grande; no era Ester, era una de las vecinas: la antigua querida de Paolo que iba á informarse de la salud de la enferma.

La señora Ramona la dejó entrar de mala gana; aquella visita le extrañaba, ¿á qué iba allí aquella mujer? De fijo á nada bueno.

—¿Y misia Mercedes cómo está? —preguntó la recien llegada fijando sus miradas en el cadavérico semblante de la enferma.

—Ahora parece que está algo mejor, pero hace un momento creí que se me escapaba de entre las manos.

—¡Pobre señora! —respondió aquella mujer separándose del lecho.

—Sí, pobrecita.

—Parece mentira que siendo ella tan buena, su hija sea una arrastrada perdida, —dijo la antigua amante del napolitano.

—Misia Teresa, respete usted un poco á esa pobre jóven, que harta desgracia tiene con los trabajos que la suerte le proporciona y que merece que se la respete y no que se la calumnie y se la saquen las tiras de la piel, —respondió la señora Ramona disimulando su mal humor, y yendo á apoyarse en el marco de la puerta que daba al patio, con ánimo de poner en él á la vecina si seguia por el camino emprendido.

— Vamos, misia Ramona, no sea usted zonza; ¿se figura usted que somos pampas? Cuando yo hablo sé lo que digo, y no hablo por hablar, que yo no soy ninguna enredadora chismosa como otras muchas del patio, sinó una mujer honrada que no puede ver las gazmoñerias; sí, señora, las gazmoñerias — terminó diciendo la vecina.

— Bueno, bueno, misia Teresa, todo eso está bien, pero la pobre señorita es buena á carta cabal...

— Sí, angelito, ¡lástima de chiquilina! tuvo la culpa de que mataran á mi Paolo, y ahora la tiene de que se muera su *mama*. Ya la veo cuidando á la enferma, metida en casa, si, en medio del arroyo.... — continuó diciendo la italiana, — ¡pobre querubin!... su madre se muere, y ella se va de farra con un mozo, si, señora, si, — continuó la vecina al ver un movimiento de protesta de la señora Ramona — anoche á las ocho salió, y yo como ya estaba cansada de que se empeñara usted en hacerme creer que esa joya es una preciosidad que ha venido al conventillo para darnos ejemplo, la seguí, y la niña, en vez de estar aquí con la enferma, se marchó á farrear con un mozo que la esperaba en la otra cuadra, y hasta hoy, y....

Oyose en esto un grito y un golpe como el que produce el cuerpo de una persona al chocar contra el suelo. Volviéronse las vecinas y una exclamacion de sorpresa se escapó de sus lábios. Doña Mercedes, medio desnuda, y con los ojos desmesuradamente abiertos, yacía tendida á los piés del miserable catre que le servia de lecho.

¿Qué le habia pasado á la desgraciada viuda de Mendieta?

Las vecinas durante su conversacion, se habian olvidado por completo de doña Mercedes, que al oir pronunciar el nombre de su hija abrió los ojos, y el resto de vida que le quedaba se reconcentró en su mirada y en sus oidos. Despues, aquel cuerpo, que solo conservaba un átomo de vida, pareció galvanizado por las palabras de la italiana, y poco á poco se fué incorporando, se fué alzando como animada imagen de la muerte, con las megillas hundidas y terrosas, con la boca entreabierta, con la nariz afilada, con esa semi trasparencia mate que toma la piel de los muertos, con los ojos fijos en las dos mujeres, ojos horriblemente sepultados en las cavernosas concavidades de sus órbitas, y así, avanzando el escuálido cuerpo, apoyándose en la húmeda pared, oyó las palabras de aquella harpía, y al escuchar que su hija la habia abandonado, la pobre enferma agitó sus huesosos brazos y lanzó un grito, grito en el cual iba el resto de su fuerza vital, y cayó al suelo, al pretender quizás desmentir á la que calumniaba á su hija.

Las dos mujeres se aproximaron, levantaron á doña Mercedes y la colocaron sobre el lecho. Pero ya la viuda de Mendieta no necesitaba ninguna clase de auxilios. La infeliz madre de Ester habia dejado de existir; las palabras de la infame mujer, habian terminado la obra de la miseria.

La señora Ramona colocó su mano sobre el ina-

nimado pecho de doña Mercedes; el corazon no latia, entonces la honrada vecina volviose con fiera energia hácia la italiana, y exclamó, al mismo tiempo que la asia violentamente por un brazo y la empujaba en direccion á la puerta:

— ¡ Bribona, mala mujer ! ¡ has asesinado á esta santa ! largo de aquí, lengua de víbora, largo de aquí ó te señalo para siempre esa cara de mona vieja.

— Misia Ramona, no me insulte; — gruñó la vecina — yo....

— ¡ Largo, y pronto, canalla ! y sinó.... — concluyó diciendo la señora Ramona con aire amenazador.

La italiana salió; sabia demasiado que aquel sinó podria traerle malas consecuencias, pues su vecina tenia fama en el conventillo por su valor y por su entereza.

Quedóse sola un momento la señora Ramona, por cuyas tostadas y arrugadas megillas corrieron las lágrimas; despues, la puerta del cuartucho se abrió, y una trás otra fueron desfilando todas las comadres del conventillo por delante de los míseros restos de la viuda de Mendieta, y dedicando todas una frase de lástima y forzada pena para aquella infeliz; frases que indefectiblemente concluian con alguna alusion mas ó menos hiriente á la desgraciada Ester.

Algunas horas despues, el cadáver de doña Mercedes, rígido y con los vidriosos ojos abiertos, aparecia iluminado por la mortecina luz de dos pequeñas velas de cera compradas por la señora Ramona, que se desprendió con gusto de los pocos reales que



—¡Madre mia!

tenia en su casa, para rend'r aquel pequeño y último tributo de cariño á la pobre madre de la desgraciada Ester.

Despues, la honrada gallega se arrodilló á los piés de la cama de la muerta, y rezó un Padre Nuestro. Luego, tarde, mny tarde, despues de estar largas horas velando el cadáver de doña Mercedes, volvió á rezar, y dejando la puerta entreabierta cruzó el patio, y se arrojó vestida sobre el lecho; un instante despues la pobre muger dormia profundamente.

Pasó una hora, serian las cinco de la mañana; el silencio reinaba en el miserable cuarto, silencio alterado tan solamente por el chisporroteo del negro pavilo de las velas, cuyas luces mortecinas iluminaban vagamente el rostro de la muerta. De pronto, sintiéronse rápidos pasos en el patio de la casa de vecindad, luego, una mano empujó la mal cerrada puerta, y una muger penetró en la habitacion en donde doña Mercedes dormia el eterno sueño de la muerte.

Aquella muger, se detuvo un momento y se llevó la mano al corazón, despues, avanzó, salió de la sombra, entró en el foco de luz que formaban los resplandores de las velas, foco en cuyo centro se hallaba la pálida cabeza de doña Mercedes, y con los ojos desmesuradamente abiertos avanzó hasta tocar el lecho, allí, se inclinó sobre el cadáver, clavó sus miradas en las vidriosas pupilas de doña Mercedes y despues de pronunciar un — ¡ Madre mia ! — con acento de supremo dolor, cayó sin sen-

tido á los piés del humilde catre que servia de cama imperial á la desgraciada viuda de Mendieta.

Aquella muger, era Ester.

CAPITULO XXVII

¡ Prisionera !

¿ De qué manera habia conseguido Ester su libertad ?

Dejamos á la jóven en el momento en que llegaban hasta ella los mil rumores producidos por las tropas al cruzar la poblacion para irse á embarcar.

La hermosa jóven escuchó con indiferencia todos aquellos extraños ruidos.

Su pensamiento estaba en otra parte: su pensamiento, su vida, su voluntad estaban al lado de su pobre madre que agonizaba en el conventillo. Replegada por decirlo así en una de los ángulos de la oscura y desconocida habitacion, Ester escuchó palpitante, febril, dar una tras otra todas las horas, contando los minutos, los segundos; segundos y minutos que no sabia si eran los últimos de la existencia de su madre adorada.

¡ Oh ! la infamia que cometian con ella no tenia

nombre. ¿Y quién era el infame, causa de todas sus desdichas? El Gran Mariscal, el insigne patricio, que debia haber dado ejemplo de rectitud y austeridad, el hombre que jamás pudo soñar llegar á tanto, el que al encontrarse en la altura se habia llegado á imaginar que la nacion era un inmenso redil de carneros, cuando era un pueblo de la raza de los héroes; él, que en el loco desvario del poder se figuraba que era un Napoleón, un Washington ó un César, no llegando á ser ni la caricatura de ninguno de ellos.

—¡Maldito! ¡maldito sea el infame que me roba hasta el último suspiro de mi madre; maldito sea mil veces! — murmuraba Ester ahogada por la pena y por la rábia. Y las horas corrian, y ella recordaba que en su bolsillo llevaba quizás la vida de la que le habia dado el sér, la receta de aquel medicamento que, segun el dicho del médico, era la única salvacion de su infeliz madre.

¡Oh! ¡qué instantes de horrible tortura! ¿con qué palabras poder explicar los terribles sufrimientos de Ester?

Llegó un instante en que creyó volverse loca; habia oido dar las doce en un relój de la próxima habitacion; en un momento sus fuerzas se duplicaron y recorrió la habitacion fuera de sí, palpitante, convulsa, tocando las paredes, tropezando en los muebles, hasta llegar á la puerta, que en vano intentó abrir con sus débiles manos. Despues se apoyó desfallecida contra uno de los muros, y gritó, gritó con voz ahogada, pero nadie contestó á sus gritos.

Al fin lució el dia, y una pequeña claridad penetró en la cárcel de la jóven por una claraboya de cristal opaco que habia en el techo.

Avanzó el sol en su carrera, y Ester esperó inútilmente que le abrieran la puerta de su prision y que fueran á darle libertad; ningun ruido se oia en la casa, reinaba en ella el más absoluto silencio: parecia que estaba abandonada.

Al fin, tarde, muy tarde, sintió pasos, la puerta se abrió, y un hombre apareció en el umbral.

Era Leví.

— ¿Viene usted á gozarse en su infamia, ó á darme libertad? ¡Oh! si es á lo segundo, le prometo á usted olvidar la primera, — exclamó Ester al ver al falso amigo de su padre.

— No sea usted niña, hija mia, cálmese un poco. ¿Tiene nadie la culpa de que sea usted hermosa y se haya enamorado de usted el Gran Mariscal? ¡Cuántas envidiarian la suerte de usted!

— ¡Cualquiera muger perdida, sí; cualquier muger honrada nó! — respondió Ester con soberbia energia.

— ¡Oh! esas son las primeras frases de todas, y luego todas concluyen por lo mismo.

— Señor Leví; es usted un canalla, un bandido, que me ha engañado miserablemente, que ha abusado usted de mi credulidad y de mi desgracia para traerme á esta infame casa. ¿Era usted el que se decia amigo de mi padre?... ¡Oh! si yo fuera hombre ya le habria hecho pagar cara su infame accion.

— Tonterias, hija mia, tonterias, con las que nada se consigue — respondió Leví.

—¡Ah! ¿son tonterias al que mi madre se muera léjos de mí, maldiciéndome quizás al ver que la abandono?... ¿Son tonterias el traerme á esta mansion del vicio y de la infamia? ¡Oh! ¡es usted digno lacayo de su amo!

—Suprima usted los insultos de los cuales quizás luego se arrepienta, pues más que á mí le conviene á usted que seamos aliados.

—¿Aliados?

—¡Es natural! aunque el amor del Gran Mariscal sea breve y pasajero, de acuerdo los dos podemos explotarlo; ¡usted, brillantes, coches, caballos, sedas, y encajes! Yo.... en cuanto á mí ya hablaremos,— concluyó diciendo Leví con el mayor cinismo.

—¡Pero Dios mio, Dios mio! mi cabeza se rompe: ó yo estoy loca, ó este hombre ha perdido el juicio. ¿Yo aliada de un infame como usted?... ¿yo venderme, yo prostituirme? ¡Oh! ¡qué necio! no me conoce usted, nó, no me conoce. Yo soy Ester, la hija del comandante don Luis Mendieta que murió en defensa de su pátria: yo no me parezco á las mugeres que usted trata: yo solo me parezco á mí misma, y ántes que entregarme al tirano de mi patria, al que es la causa de todas mis desgracias, juro á usted que me romperia la cabeza contra una de estas paredes. ¡Oh! váyase usted, ó déjeme salir de aquí.

—¿Salir? eso sí que es un sueño.

—¿Con qué derecho se me tiene prisionera?

—El Gran Mariscal se ha enamorado de usted

como ya le he dicho antes, y seria una groseria despues de lo que pasó anoche, que no le diera usted sus disculpas. El vendrá, y ya se pondrán ustedes de acuerdo. El Gran Mariscal es un gran hombre que tiene á su alcance mil medios de convencer; ¡ el oro y los diamantes son irresistibles !

— Es usted un canalla, un monstruo de cinismo ¿ Qué me importan el oro y los diamantes ?... ¿ acaso todos los tesoros de la tierra valen lo que mi honra y la vida de mi madre ?

— ¡ Qué necedad ! la honra no se descuenta en plaza y el oro tiene valor en todas partes. ¡ Su mamá de usted ! justamente por ella debia usted dejarse de tonterias; el Gran Mariscal es espléndido, y con su oro podrá usted hacer que recobre la salud.

— ¿ Y si ha muerto, podria hacerla recobrar tambien la vida con el oro robado que me diera por mi honra ?..... Váyase usted, salga de aquí, no me ofenda con su odiosa presencia y sus cínicas palabras. Apártese de mi vista, ó déjeme partir — respondió Ester con entereza, con acento de soberbia energia, al mismo tiempo que daba un paso hácia la entreabierta puerta.

— No hago caso de sus palabras, me voy, pero no piense en salir de aquí; ya se calmará usted con el tiempo, — respondió Leví con cínica sonrisa, á la vez que salia de la habitacion cerrando la puerta tras de sí.

Ester permaneció inmóvil largo rato, con la mirada fija en la cerrada puerta, en tanto que por sus

megillas corrian amargas lágrimas, lágrimas de dolor y desesperacion. Luego, cerca de noche entró un negro con algunos manjares que colocó sobre una mesa; Ester le quiso interrogar, pero aquel hombre la miró de un modo particular, con mirada de idiota, y salió sin responder.

Ester no tocó á las provisiones que le habian llevado; no tenia hambre ni sed; además ¿ podia tener confianza en que aquellos manjares no contuvieran un narcótico?

Cerró la noche, pronto haria veinticuatro horas que estaba prisionera ¡ todo un dia que se hallaba separada de su madre! Despues, tarde, muy tarde, el silencio de aquella casa se interrumpió; hasta ella llegaron ruidos de risas, de chocar de copas, luego, cantos, en que se mezclaban las voces de muger y de hombre; y Ester, escuchó palpitante aquellos diversos ruidos, oleadas que de la orgía llegaban hasta ella, y la jóven se estremeció al recordar las escenas de la pasada noche. Durante largo tiempo resonaron en sus oidos aquellos rumores, despues fueron extinguiéndose, al fin cesaron. Al cabo de un instante, el silencio fué interrumpido por el rumor de los pasos vacilantes de una persona que se dirigia á la prision de Ester; ésta se estremeció, un sudor frio inundaba su frente; temia que la persona que se aproximaba fuera el Gran Mariscal. Al fin la puerta se abrió, y al reflejo que proyectaban las luces de un lejano aposento, vió Ester á un hombre que con incierto paso avanzó hácia el centro de la habitacion,

al mismo tiempo que murmuraba con voz vinosa, con esa voz característica de los borrachos:

—Vamos, chiquilla, el Viejo se olvida de tí, y.... y yo.... yo vengo á consolarte de su ausencia. ¡Vamos!... ¿dónde estás? venga un abrazo y no se lo cuentes al Viejo.

Aquel hombre estaba completamente ébrio; era uno de los comensales del ilustre don Blas Leonidas.

Ester se replegó al rincon mas oscuro de la habitacion; el borracho continuaba sin verla, de pronto tropezó con uno de los muebles, y aquel hombre cayó al suelo. Entonces Ester rápida como el pensamiento abandonó su prision, cruzó sobresaltada, temblando de miedo, dos ó tres habitaciones y un patio, llegó al zaguán, abrió la puerta con mano temblorosa y se lanzó á la calle. Allí respiró, estaba en libertad.

Ester miró á su alrededor tratando de orientarse: no sabia en que calle se hallaba. Echó á andar á la ventura, con paso precipitado, queria alejarse cuanto antes de aquella maldita mansion, á la que lanzó una mirada de ódio y amenaza.

Anduvo algunas cuadras, al fin se orientó por completo, se encontraba muy léjos de su domicilio; Ester apresuró el paso, y anduvo, anduvo mucho por las calles desiertas, en las que sólo se veia algun vigilante nocturno, paseándose perezosamente por la acera, ó dormido en el hueco de alguna puerta, con la linterna colocada en el suelo. Al fin distinguió la jóven la fachada del conventillo. Un instante des-

pues entraba en la casa, cruzaba el patio y se encontraba frente á frente con el cadéver de su madre.

Lo que pasó despues ya lo saben nuestros lectores.

CAPITULO XXVIII

¡Pobre Ester!

Eran las ocho de la mañana cuando llegaron los enterradores. Pocos momentos antes habian llevado la caja: cuatro tablas mal unidas, forradas de percalina negra. La señora Ramona se levantó y entró en la habitacion de doña Mercedes. Un grito se escapó de sus lábios; habia visto á Ester tendida en el suelo y sin conocimiento.

La buena vecina levantó á la jóven y la colocó sobre una silla procurando hacerla volver en sí. Los enterradores metieron en la caja el cuerpo de la infeliz viuda de Mendieta, que al ser depositado de una manera indiferente, brusca, grosera, en su última y estrecha cárcel, produjo un sonido mate, seco, especial.

Ester abrió los ojos en aquel momento; la pobre niña se levantó y se lanzó sobre el ataud que iba á cerrarse, ¡queria darle el último adios á la pobre

muerta! Pero los enterradores la rechazaron. ¿Acaso estaban allí para perder el tiempo con simplesas? La pobre jóven miró con desesperacion á su alrededor como buscando auxilio, y solo encontró los rostros de unas cuantas vecinas, que pegados á los cristales de la ventana, observaban con curiosidad lo que ocurria en la habitacion.

Entre aquellos semblantes mas ó menos vulgares, estaba el de la antigua querida de Paolo. Ester se extremeció: aquella muger le daba miedo. Pero dicha sensacion fué rápida, pasajera. ¿Qué le importaba á ella del mundo de los vivos, reconcentrado como se hallaba su sér en aquel instante en el mundo de los muertos?

Entre tanto los sepultureros habian levantado el ataud, despues abrieron la puerta y salieron al patio. Ester salió detrás. Las vecinas que se agrupaban delante de la habitacion de la infeliz huérfana, miraron á esta de un modo agresivo, sonrieron de una manera burlona, y le dirigieron alguna que otra palabra soez. Es verdad que para ellas la jóven era una perdida, una mala hija que habia dejado morir á su madre como á un perro, por pasar una noche de placer.

Los sepultureros continuaron su camino, salieron á la calle, colocaron el ataud en el coche fúnebre, y éste echó á andar, mientras ellos entraban á tomar unas chiquitas en la próxima pulperia.

Ester siguió detrás del carro, que lentamente emprendió el camino del Buceo.

Triste camino, que la jóven recorrió con la mirada fija en el humilde féretro que encerraba los restos de su adorada madre.

Cada sacudida que el fementido coche daba al chocar en las desigualdades del camino, resonaba en el corazon de Ester, á la que le parecia que aquellos bruscos movimientos martirizaban á su querida muerta. Llegaron al cementerio; en la puerta habia parados una infinidad de carruajes, un magnífico coche fúnebre con negros caballos empenachados, con gualdrapas de terciopelo, galones de oro, é iniciales doradas; lacayos de luto, coches de duelo cubiertos de paños negros.... todo lo que la vanidad ha inventado para halagar á los que se quedan á costa de los que se van....

El miserable carro se detuvo léjos de la puerta del Campo Santo; luego salieron dos hombres, sacaron la caja, y penetraron en el fúnebre recinto. Ester los siguió con los ojos desmesuradamente abiertos, pálida, pálida como la cera; y los hombres y el ataúd cruzaron un ancho patio, en donde mucha gente rodeaba una magnífica sepultura de mármol y bronce; y siguieron adelante los sepultureros, y llegaron á un perdido rincon, árido, triste, sin una rama; allí se detuvieron los conductores del féretro, y Ester tambien se detuvo. Los enterradores dejaron el ataúd en el suelo, tomaron una pala y un azadon, y despues de unos cuantos azadonazos quedó abierta la fosa: la última mansion de la pobre muerta; un pedazo de tierra en aquel rincon del cementerio, rincon des-

tinado á los muertos desconocidos, es decir, á los desheredados de la fortuna. Sugetaron la caja con unas cuerdas, y en seguida la bajaron lentamente, chocando á intervalos en las paredes de la fosa; al fin sonó un golpe seco, y las cuerdas se aflojaron; la caja habia llegado al fondo. Despues aquellos hombres arrojaron unas paladas de tierra sobre el ataúd, luego recogieron los azadones, las palas y las cuerdas, y se alejaron cantando entredientes una cancion obscena. Ester los vió alejarse sin hacer el mas pequeño movimiento; parecia la estatua del dolor. Pálida, con la mirada fija en la removida tierra de la fosa, continuó largo rato, sola, aislada en aquel desierto sitio, al que llevaba el viento de cuando en cuando alguna frase perdida de los discursos con que amigos y deudos despedian al muerto de la carroza de los caballos negros, de los enlutados lacayos y de la tumba de bronce y mármol. Luego Ester cayó de rodillas junto á la humilde sepultura de doña Mercedes y oró, oró con toda su alma, y pidió á Dios con inmenso fervor que le quitara la vida para reunirse con su adorada madre.

Y orando pasó el dia cerca de la mísera sepultura: oracion mezclada con amargos sollozos, con ardientes lágrimas.

Al llegar la noche abandonó el cementerio, ¡ con qué placer se hubiera quedado en él ! Pero no era posible; el guardian del Campo Santo no se lo habia querido permitir.

Detúvose la jóven un instante en la puerta de la

mansion de los muertos; despues se santiguó y tomó lentamente el camino de la ciudad. Era muy de noche, la lluvia empezaba á caer en menudas gotas; á lo léjos se veian brillar las mil luces de las calles y paseos.

Al fin llegó al conventillo, delante de cuya entrada habia un pequeño monton de muebles. Ester los miró con indiferencia ¿qué le importaba aquello? Al aproximarse la jóven á la puerta, se destacó de ella una muger; aquella muger era la señora Ramona.

Ester siguió adelante; la buena muger la detuvo.

— ¿A dónde vá usted? señorita Ester — preguntó la vecina.

— ¿A dónde?... A la habitacion donde ha muerto mi madre, — respondió la pobre huérfana.

— Es inútil; está alquilada á otras personas, la capataza....

— ¿Alquilada?... ¿cómo? — contestó la jóven maquinalmente.

— Sí, señorita Ester. Cuando usted se marchó, vino la gente de curia con la intimacion de desalojo que doña Silvestra no habia retirado, y sacaron todos los muebles al arroyo. Ahí los tiene usted — añadió la señora Ramona señalando á los que habia delante de la puerta — doña Silvestra no tiene corazon; lo que es yo, no se me harán ya los huesos viejos en el conventillo.

Ester miró á su alrededor con ojos estraviados; efectivamente, aquel informe monton que habia delante de la casa estaba formado por los miserables

mueblesillos que formaban su ajuar: los dos catres, el baul, las sillas, la mesita, un hornillo de hierro y otros varios objetos de menor importancia.

— ¡ Es verdad! es verdad, — murmuró Ester — ya no tengo madre ni hogar; ¡ nada me queda en el mundo ! — y la jóven queria llorar, llorar para desahogar su corazon, pero las lágrimas no brotaron. ¡Habia llorado tanto que no tenian lágrimas sus ojos!

— Paciencia, hija mia, paciencia ¡ Dios aprieta pero no ahoga! — dijo la buena muger profundamente conmovida ante el dolor de la jóven.

— ¡ Sin madre, sin hogar ! — volvió á repetir Ester.

—Y lo malo es — continuó con cierta vacilacion la señora Ramona — que tampoco puedo ofrecerle á usted que se quede conmigo, porque; ¡ válgame Dios y cuanta bribona hay en el mundo !... la italiana, pues, la querida de Paolo, no sé como se las ha arreglado que la ha mezclado á usted en el asunto del asesinato del *gringo*. Hoy vino á buscarla á usted un señor que debe ser algo de la Jefatura, y luego un vigilante y un comisario que la están esperando á usted en el patio. Se estuvieron primero en la puerta, pero cuando empezó á llover se metieron adentro, y entonces salí yo; ahora están tomando mate con el señor sargento.

— ¿ Y qué me quieren ?

— ¡Cuando le digo á usted que hay mucha bribona y mucho bribon por el mundo ! lo que quieren es prenderla á usted y llevarla al Cabildo. Estaban ha-

blando en la puerta y los oí perfectamente. ¡ Pobre señorita Ester ! — concluyó diciendo la buena muger.

— ¿ Prenderme ? — exclamó la jóven con acento de sorpresa.

— Sí, prenderla; tenga usted cuidado. Debe usted tener algun enemigo entre la gente de arriba, pues no creo que sea solo cosa de la desmanotada de la italiana. Y yo señorita Ester, me voy al patio, que quiero ver lo que ocurre por allí, y al mismo tiempo dar una vuelta por mi habitacion, pues los muchachos mios están solos y aquello estará hecho un infierno; y usted, hija mia, tenga conformidad, que no hay mal que dure cien años.

Y despues de pronunciar la señora Ramona las anteriores palabras, desapareció de la puerta y se entró en el conventillo.

Ester se quedó completamente sola delante de aquel monton de trastos viejos que componian toda su fortuna.

Insensible á la menuda lluvia que seguia cayendo, lluvia que calaba sus destrozados vestidos y humedecia su cuerpo, permaneció largo rato sin acertar á coordinar sus revueltas ideas. ¡ Sin madre, sin hogar, perseguida ! ¿ qué porvenir era el suyo?... ¿ Á quién volver los ojos?... No tenia parientes, no tenia amigos, estaba completamente sola en el mundo.

Perseguida, sí; perseguida no por las declaraciones de la italiana; perseguida sin duda alguna por iniciativa de Leví y por órden del Gran Mariscal.

¡ El Gran Mariscal, el infame que tenia la culpa

de todas sus desgracias!... ¡Oh! habia pensado morir, habia tenido un momento en que la única felicidad para ella hubiera sido la muerte. Pero no; la muerte no le asustaba, pero ántes queria vengarse del tirano, que habia sido la causa de la muerte de su madre; del cobarde que habia pretendido deshonrarla. ¿Pero cómo? Débil muger y sola, ¿qué venganza podia tomar del magnate?

Ester pasaba por una crísis tremenda, de esas crísis que suelen decidir del porvenir de las personas.

Permaneció un momento inmóvil y silenciosa; luego se oyó á lo léjos el estallido de algunos cohetes, despues algunos muchachos desarrapados pasaron corriendo cerca de Ester, gritando con voz destemplada:

—¡El Boletin de la Tribuna! ¡primera edicion extraordinaria, con las últimas noticias de los revolucionarios!... ¡A dos veintenes!...

Y los gritos se perdieron á lo léjos; pero al oirlos Ester habia alzado su hermosa cabeza, un rayo de fiereza indomable habia brillado en sus ojos; el problema estaba resuelto.

—¡No estoy sola! —exclamó— ¡Tengo á Ricardo por amigo, y á mi venganza por compañera! Ambos se encuentran en la otra orilla, forman parte de la avalancha que debe derrumbar al tirano; pues bien, formaré parte de la avalancha, y aunque débil muger en el fondo, me batiré y moriré si es preciso por vengar á mi madre, vengando á mi país. ¡Oh! Sí; ¡me vengaré! —continuó despues de un instante—

pero para eso necesito unas monedas de oro y no las poseo—añadió metiendo maquinalmente la mano en su bolsillo, que solo contenia dos papeles: la receta de la medicina que debia haber salvado á doña Mercedes, y un sobre cerrado.

Ester guardó extremeciéndose la receta; no podia olvidar que con la medicina indicada en aquel papel podia haberse salvado su madre.

En cuanto al sobre lo conservó en la mano; no recordaba su procedencia; al fin se acordó que al ir á la infame casa en que habia estado prisionera, el falso amigo de su padre le habia entregado aquel papel. Ella lo habia guardado maquinalmente, y no se volvió á ocupar de semejante cosa.

¿Qué contenia? la jóven no queria saberlo, é hizo un movimiento para arrojarlo al arroyo, despues se contuvo, ¿qué le importaba que aquel pliego encerrara una nueva infamia? ¿podia ir mas allá su dolor? no, de ningun modo; por otra parte, si era una iniquidad mas, de ese modo se aumentaria su deseo de venganza.

Ester rompió el sobre; un pequeño grito, de rabia y alegria á un mismo tiempo, se escapó de sus lábios.

El sobre encerraba unos cuantos billetes de Banco y un papel con algunas palabras escritas.

Aquellos billetes habian sido sin duda un anticipo que le habian querido hacer sobre el precio de su deshonra, ó iban á servir para que Ester realizara sus proyectos.

Desde aquel instante la revolucion podia contar con un soldado mas en aquella jóven hermosa, digna y pura, á la que la fatalidad habia llevado hasta los últimos límites del dolor, realizándose por la misma fuerza de éste la explosion de salvaje energía, que la iba á llevar mas tarde á los campos del Quebracho.

CAPITULO XXIX

Fin de la historia de Ester

Ester arrojó una postrera mirada á los miserables muebles testigos de los últimos momentos de su madre, y luego con paso rápido se alejó del conventillo, donde tantas lágrimas habian vertido sus ojos.

Su decision era irrevocable. Un terrible deseo de venganza la animaba; la vida le importaba poco: la hermosa niña se habia transfigurado. Se veia perseguida, se hallaba sola en el mundo, y la desesperacion le prestaba una fuerza y una energia de que nunca se hubiera creido capáz. Cruzó varias calles y llegó á la del 18 de Julio; la noche continuaba lluviosa; la mayor parte de los comercios empezaban á cerrarse. Ester bajó por la referida calle, entró en una tienda, compró alguna ropa blanca de hombre: y siguió adelante, buscaba una sastreria. Al fin, en la plaza Independencia vió una muestra, en la que se leia escrito con letras doradas: *La Vencedora*. Un muchacho se

disponia en aquel instante cerrar el establecimiento, en el que la jóven penetró sin vacilar.

— Deseo un trage de hombre — dijo al dependiente con voz breve, nerviosa.

—¿Un traje de hombre? — preguntó con cierta extrañeza el dueño de la tienda.

— Si; un traje de hombre.

— Perfectamente; hay un gran surtido de ropa hecha, pero seria necesario ver á la persona que lo ha de usar, pues tenemos tres ó cuatro medidas, y de otro modo se corre el riesgo de que sea ó muy estrecho ó muy ancho, — contestó el sastre.

—¿La persona que lo ha de usar? — respondió Ester sonriendo de un modo extraño al pronunciar estas palabras.

— Sí, señorita.

— El caso es que esa persona no puede venir á probarse el trage.

— Entonces....

—¡Oh! no importa; quien se lo ha de poner es de mi estatura poco mas ó menos, de modo que puede usted darme uno que pudiera servirme á mí.

El sastre miró á la jóven; aquella manera de comprar ropa le parecia sumamente rara. Sin embargo, los tiempos no estaban para perder parroquianos por meterse á hacer observaciones, y al cabo de un instante Ester habia adquirido un traje oscuro completo, y además un sombrerito flexible, saliendo al poco rato de la sastreria, llevando en la mano un pequeño paquete que encerraba todas sus compras. Es-

tas quedaron terminadas con la adquisicion de unos botines, complemento de su traje de hombre.

En seguida la jóven se dirigió á un Hotel, entró en un gabinete, pidió algunos platos, corrió el pasador de la puerta despues que le sirvieron los manjares pedidos, y un momento despues Ester se hallaba convertida en un hermoso mancebo, en el que era bien difícil adivinar á la encantadora y angelical hija del comandante Mendieta.

Despues comió un pedazo de pan, bebió un vaso de agua, hizó un lio con sus ropas de muger, colocó sobre la mesa dos pesos, precio de la cena que no habia consumido, y se lanzó fuera del gabinete, saliendo á la calle, sin que ninguno de los camareros que la habian visto entrar, se figurara ni por un momento que aquel adolescente de rostro simpático y de expresion un tanto atrevida, fuese la jóven hermosa que un momento antes habia entrado en la casa.

Pocos instantes despues, Ester se hospedaba en un Hotel próximo al Puerto.

Eran las seis de la tarde del siguiente dia, cuando los vapores de la carrera de Buenos Aires, levaban anclas y se ponian en marcha. En la toldilla de uno de ellos, y con la vista fija en la hermosa ciudad, gala del Plata, permaneció un apuesto jóven hasta que las sombras de la noche y la distancia la borraron ante sus ojos.

Si en aquel momento alguien se hubiera fijado en el adolescente, hubiera visto, no sin cierta extrañeza, que dos lágrimas corrian por sus megillas y que sus lábios murmuraban una oracion.

Aquel viajero, segun el rol del vapor se llamaba Luis Martinez; pero bajo este nombre se escondia otro bien conocido de nuestros lectores: el de la hija del comandante Mendieta. Luis Martinez y Ester eran una misma persona.

Al romper el dia, el vapor en que iba la hermosa jóven echaba el ancla frente al muelle de las Catalinas. Pocos instantes despues.... Pero dejemos hablar á la pobre huérfana, copiando algunas páginas de su diario, en el que relata su triste historia, y en el que estampó sus impresiones desde el momento en que pisó por primera vez tierra argentina.

DIARIO DE ESTER

Mañana 10 de Marzo salgo para el Rosario con las fuerzas del coronel V***. Antes de partir para una espedicion en la que quizás pierda la vida en aras de mi venganza, quiero trasladar al papel los mas importantes acontecimientos de ella. Mis memorias, cuyas pobres páginas irán escritas con amargas lágrimas, vertidas por el dolor y la desesperacion, memorias que terminarán con mi muerte ó con el triunfo de la noble causa que defiendo deben ser leidas tan solo por Ricardo, único sér que me ama en el mundo, para que recuerde siempre lo que su pobre Ester ha sufrido, y que siempre, hasta el último momento ha sido digna de su cariño.

. . . .

Febrero 28: — Me he embarcado para Buenos Ai-

res; entre los pasageros del vapor van algunos jóvenes compatriotas que se dirigen á la otra orilla con el mismo objeto que yo; es decir, con el de alistarse un las filas de la revolucion. Por ellos he sabido algunas noticias de sumo interés para mí, que obedeciendo á un impulso de mi corazon, marcho á formar parte del ejército de los leales. Me he presentado á los futuros soldados de la libertad como un compañero de glorias y de fatigas; ¡ yo misma me admiro !... ¡ lo que hace una voluntad firme, una resolucion irrevocable, y la conciencia de que se abraza una causa noble y honrada ! Si en otra época alguien me hubiera dicho que habia de cruzar el Plata vestida de hombre, y dispuesta á combatir, seguramente que le hubiera tenido por loco.

Marzo 1º: — Me encuentro instalada en un Hotel, en el que permaneceré hasta el momento de partir con el ejército. Entre los nobles orientales emigrados en esta ciudad, reina gran entusiasmo. Segun se deja comprender por los relatos de los diarios, cuyas columnas vienen llenas de noticias acerca de la próxima espedicion, parte de las fuerzas leales entrarán muy pronto en campaña. Segun he sabido, dentro de pocos dias se formará aquí un numeroso cuerpo de voluntarios mandados por un valiente oriental, por el coronel V***, que no ha dudado un momento en sacrificar su porvenir, probablemente su fortuna y caras afecciones, las afecciones de un hogar tranquilo, en aras del patriotismo, en el altar de su

querida pátria, que quiere romper las duras cadenas conque en su loco desvario quiere aprisionarla un tirano. ¡ El coronel V.*** es un valiente y tiene un noble corazon ! Dicho oriental que ocupa un puesto militar importante en la próxima ciudad de La Plata, ha sido llamado por su jefe que le ha interrogado acerca de su participacion en el próximo movimiento revolucionario.

— Me han dicho que usted toma parte en la revolucion — refieren que le dijo á su subordinado.

— Efectivamente; no le han engañado á usted: esa es mi idea.

— ¿ Y vá usted á abandonar el puesto que ocupa, por empeñarse en una empresa cuyo resultado es mas que problemático ?

— Sí.

— ¿ Y no ha pensado usted que al obrar de esa manera, no solamente sacrifica usted su posicion sino el porvenir de sus hijos ?

— Si, señor; lo he pensado.

— ¿ Y no desiste usted de su empeño ?

— No, señor.

— Considere usted que deja lo cierto por lo dudoso.

— Solo considero, solo pienso que mi desgraciada pátria necesita de todos sus hijos, que me llama, y yo no puedo cerrar mi puerta á esa patria por la que daria hasta la última gota de mi sangre. ¿ Qué pierdo mi porvenir ?... ¡ sea en buena hora ! ¿ qué el de mi familia puede ser la miseria y la oscuridad si

pierdo la vida en las revueltas olas de la revolucion? ¡Es muy posible! Pero prefiero que en la oscuridad y en la pobreza oigan mis hijos pronunciar mi nombre con respeto, que no que en la abundancia llegue á sus oidos pronunciando con despreciativo desdén, como se pronuncia el de un trasfuga. ¿Qué es probable que fracase nuestra empresa? Lejos de mi el afirmar lo contrario: pero cualquiera que sea su resultado siempre será una protesta armada contra la tiránia, será el primer barreno que haga falsear su base.

Dia 2: — Vuelvo de La Plata en este momento: el entusiasmo rebosa en mi pecho, y sin embargo, al tomar el tren esta mañana vacilé un instante, ¿nó era empresa demasiado grande para mis fuerzas la que iba á emprender?

Pero mi vacilacion duró tan solo un segundo; despues, la desesperacion y el deseo de venganza se sobrepusieron á todas las demas consideraciones, y partí. En la hermosa ciudad improvisada me esperaba una sorpresa. Al llegar me dirigí á la casa donde habita el coronel V*** mi futuro jefe.

En la puerta habia un número considerable de oficiales y soldados, que segun supe despues, pertenecian al cuerpo que hasta aquel dia habia estado á sus ordenes. Aquellos hombres no querian abandonar á su jefe, querian correr su misma suerte. El coronel les habló lleno de emocion, y concluyo por aceptar los ofrecimientos de aquellos leales corazones. Sin embargo, no era posible llevarlos á todos: ¡Con qué

pena se quedaron los que no pudieron agregarse á las filas revolucionarias!

Yo me detuve á la puerta de la casa del jefe; temblaba al pensar que mi disfraz pudiera ser descubierto.

Ya iba á retroceder en mi camino, cuando me encontré frente á frente con un hombre que salia de la casa del coronel.

Aquel hombre, de rostro enérgico y de ademan resuelto, con un traje mitad de soldado mitad de gaucho, se paró delante de mí al mismo tiempo que su rostro espresaba la mayor sorpresa.

El hombre aquel se llamaba Mariano y era un antiguo asistente de mi padre, que mas de cuatro veces me habia dormido en sus brazos. Viejo veterano curtido en los combates, que habia abandonado su patria para irse á alistar en las filas de los leales. Hacia algunos meses que habia estado á despedirse de mi pobre madre y de mí, fué uno de los últimos amigos que se alejaron. Al ver al antiguo asistente quise continuar mi camino á la vez que mi rostro enrogecia; pero aquel buen hombre me cortó el paso murmurando al mismo tiempo.

— ¡ Diablo ! ó yo soy un zonzo, ó usted es la señorita Ester.

— ¿ Yo ?... no.... usted se equivoca, buen amigo, — le respondí con voz balbuciente.

Pero Mariano movió lo cabeza en señal de duda y añadió:

— No; Mariano no se equivoca; usted es la señorita Ester, la hija de mi pobre comandante.

Yo vacilé, quise seguir negando, pero mi rostro desmentia mis palabras; no estaba acostumbrada á mentir. Al fin tomé una resolucion: Mariano podia serme de gran utilidad, podia ser un poderoso auxiliar para mi empresa, un protector inapreciable.

— Bueno, sí, yo soy Ester, la hija de tu comandante — murmuré al fin resueltamente.

— ¡ Oh ! aunque me hubiera usted jurado lo contrario hubiera seguido en mis trece. ¿ Y la patrona ?

— Mi pobre madre está en el cielo, y yo.... yo por desgracia vivo aún. Las penas y los dolores dicen que matan, pero es mentira, porque si eso fuera verdad hace tiempo que yo hubiera muerto.

Despues, Mariano y yo hablamos largo rato; el antiguo asistente no salia de su sorpresa al verme en aquel traje, pero su admiracion creció de punto cuando le dije que habia ido á La Plata para alistarme en las filas de la revolucion. Me miró con ojos espantados; estoy segura qne creyó que me habia vuelto loca. Pretendió disuadirme, pero en vano.

— Es inútil todo cuanto me digas para hacerme cambiar de propósito — le contesté, — mi resolucion es irrevocable.

— Pero, señorita....

— Nada, Mariano, lo dicho, no me vuelvo atrás. ¿ No vas tú tambien ?

— ¡ Oh ! pero yo soy carne de cañon, estoy acostumbrado á dormir al raso, y á batir el cobre; las balas me conocen, son amigas mias.

— ¡ Tanto mejor ! con eso me presentarás á ellas, — le contesté.

Mariano movió la cabeza con aire de duda.

Al cabo logré convencerle, pero con una condicion: la de que no se separaria de mí durante toda la campaña.

—Acepto con alegria tu ofrecimiento, mi buen Mariano,—le dije—tú velarás por la desgraciada hija de tu comandante.

Despues tratamos largamente de mi incorporacion al ejército leal del que Mariano era sargento, y muy apreciado por todos sus jefes.

Quedamos en que él me presentaria al coronel V***, y hasta que intrigaria para alcanzarme los cordones de cadete.

Como se las arregló Mariano, de qué medios se valió para conseguirlo, es cosa que ignoro; pero es el caso, que he sido presentada al coronel; y que he vuelto á Buenos Aires con mi nombramiento de cadete en el bolsillo, y con el pecho henchido de entusiasmo.

Marzo 3: — El coronel V*** ha llegado aquí; segun me ha contado Mariano, al ir á tomar el tren el coronel ha tenido lugar una escena conmovedora: cerca de un centenar de sus antiguos subordinados, le aclamaban y le rogaban que los llevara con él, que querian batirse á su lado. El coronel—me decia el antiguo asistente,—estaba muy conmovido; al fin tuvo que acceder, y ha llegado á Buenos Aires con cerca de doscientos voluntarios, de los que mas de cincuenta son antiguos soldados suyos, y entre ellos

tres oficiales, tres trompas, y algunas clases. ¡ Oh ! ¡ todo su escuadron hubiera querido venirse con él !

Marzo 4: — Se han establecido dos cuarteles: uno en la calle del Paraná y otro en la del Paraguay. Ya he obtenido licencia para vivir fuera del cuartel, pero he asistido á algunos ejercicios en compañía de Mariano, que es uno de los sargentos instructores. Por éste he sabido que mi amado Ricardo hace unos dias que ha partido para Entre Rios. ¡ Mas vale así ! hubiera sentido encontrarme con él antes de entrar en campaña, quizás me hubiera hecho retroceder en mi empresa; nos veremos en el campo de batalla.

Dia 9: — Mañana partimos: hoy me he puesto mi uniforme que quien sabe si me servirá de mortaja. Si Dios lo dispone así, sea en buen hora. No he podido menos de contemplarme al espejo con cierta satisfaccion. ¡ Ya soy un combatiente!... ¡ mañana seré un vengador !

Marzo 10: — Escribo abordo del buque que nos conduce al Rosario. Vamos unos ciento ochenta voluntarios, todos llenos del mayor entusiasmo.

A las ocho de la noche llegamos á nuestro destino, y acto continuo nos embarcamos en el *Felix Naporta*, vapor que un buen patriota ha fletado por su cuenta.

A las nueve zarpamos con rumbo á Entre Rios.

Antes de partir se aumentaron nuestras fuerzas con ochenta voluntarios mas, y algunos jefes y oficiales.

Dia 13: — Empiezan á presentarse algunas dificultades. Al llegar al Diamante, primer punto de la provincia de Entre Rios en que tocamos, uno de los oficiales se dirigió á tierra con el objeto de poner un telégrama pidiendo los equipos y monturas que se quedaron olvidados en la Estacion Central de Buenos Aires. Pero al saltar del bote se encontró nuestro compañero con que habia órden para que de ninguna manera se dejara desembarcar en dicho punto á ningun espedicionario. ¿A qué obedecia semejante medida respecto á nosotros, cuando todas las demás fuerzas que nos habian precedido habian desembarcado líbremente?... ¿erá un mal presagio para el porvenir?... ¡quién sabe!...

Sinembargo, para los que sienten en su pecho el santo amor de la patria, los obstáculos no importan nada, se quitan ó se salvan, pero no se retrocede.

Llegamos á Paraná á las seis de la tarde, y nos encontramos con la misma órden que en el anterior punto de escala. No importa: ¡adelante!

Dia 15: — Continuamos con rumbo á La Paz á donde llegamos ayer á las dos de la tarde. De allí nos dirigimos al sitio denominado Algarrobos con el objeto de recoger los equipages de dos jefes.

Arribamos á dicho punto á las dos de la mañana,

y á las diez anclaba el vapor en el puerto del Ingá que se encuentra á unas dos leguas del pueblo de la Esquina. Nos hallamos en la provincia de Corrientes, y nadie nos impide que saltemos en tierra. Se envió á un ayudante en busca de caballos y de algunas provisiones. Un momento despues se presentaba un oficial correntino con treinta hombres, que supusimos iria á intimarnos el reembarque; afortunadamente no fué así, y pudimos comer y descansar tranquilamente apesar de la turba de mosquitos que nos rodeaba en nuestro primero é improvisado campamento.

Durante todo el viaje, el buen Mariano no se ha separado un momento de mí; él ha velado mi sueño, y ha procurado hacerme lo mas tolerable posible todas las incomodidades de la espedicion, que para los demás no han sido pocas. Por él he sabido que me llaman el cadete melancólico. Ese nombre me cuadra perfectamente, pues yo no alterno con mis compañeros tomando parte en sus alegrias. Pero sinó tomo parte en sus alegres espanciones, participo en cambio del santo entusiasmo que les anima, y sabré morir por mi pátria.... ¿por mi pátria?... sí, por mi pátria, pero sobre todo por mi venganza.

Algunas veces, al mirarme vestida de uniforme y formando parte de un cuerpo de ejército, me pregunto si estoy soñando, ó si estoy despierta. Yo, pobre de mí, que en otro tiempo, en mis dias de felicidad me impresionaba por cualquier cosa, me encuentro hoy próxima á entrar en campaña, á presenciar terribles

escenas de muerte. ¿ Habré equivocado mi camino ? No; mi madre pide venganza; yo debo estar entre los que combaten al tirano, causa de todas mis penas, yo debo estar donde está el único ser que me ama en el mundo, donde está Ricardo.

Dia 17: — Me encuentro dominada por una impresion desagradable; anoche ha ocurrido un triste acontecimiento. Uno de los soldados alistados en La Plata se trajo del vapor una botella de caña, se emborrachó, y quiso herir con su cuchillo á uno de los oficiales que estaban de guardia. Este alzó su revolver y disparó sobre aquel infeliz.

El oficial obró con arreglo á la ordenanza, pero yo no olvidaré jamás aquella escena. Al oir el disparo, al ver al soldado llevarse las manos al pecho y caer muerto instantáneamente, sentí que me desmayaba. Por fortuna estaba á mi lado Mariano, que en voz baja murmuró rápidamente á mi oido:

— Señorita Ester, ¡ ánimo, ó se descubre todo !

— Sí, — le contesté yó consiguiendo dominarme — tendré ánimo.

— Hay que irse acostumbrando, señorita. Eso no vale la pena. ¿ Por qué se ha metido usted en estos trotes en vez de estarse tranquila en casa ?

Al escuchar las palabras del buen Mariano me sonreí: ¡ Tranquila en casa !... ¿ Acaso tenia yo casa ni hogar ?... ¿ No me veia perseguida por el terrible delito de ser honrada ?

— Estas no son cosas á propósito para una jóven —

continuó el viejo asistente — y eso que ahora estamos al principio, que luego cuando vea usted como se despeña á los hombres degollándolos de oreja á oreja, entonces si que se va usted á desmayar. ¡ Eso es bueno para mí que tengo el cuero curtido por la pólvora !

— ¡ Oh ! mi buen Mariano — respondí yo, que al oir al soldado debí ponerme pálida como la cera — ¡ no hables así ! Soy valiente, no me asusta morir, y ya verás como no tiemblo en los dias de combate, pero apesar mio, me impresionan tus palabras, todo eso es horrible.

Mariano guardó silencio. Estoy segura que tuvo idea de contestarme queriendo disuadirme por última vez de que siguiera adelante, pero comprendió sin duda que era tiempo perdido.

Aquel incidente pasó; el infeliz soldado fué enterrado en la costa, y nadie se volvió á acordar de él; miento, yo no lo he olvidado, y me temo que durante muchos dias no le olvidaré tampoco.

Dia 18: — Hoy á las cinco de la tarde nos hemos puesto en marcha, acampando algunas horas despues á dos leguas de la costa de Sarandí Chico. Tenemos buenos caballos, y yo me he portado como una buena amazona, digo, como un buen militar, como un buen ginete.

Uno de los capitanes de mi regimiento se ha quedado en el pueblo de la Esquina enfermo de gravedad: con él se quedaron dos oficiales.

Dia 19 — Al toque de diana hemos emprendido la marcha, que ha sido bien penosa y ha durado hasta medio dia. Despues hemos descansado hasta las tres de la tarde, á cuya hora se comenzó á pasar el arroyo de Barrancas por el paso de la Llana. Lo hemos cruzado en canoas; el pasar los caballos ha sido empresa difícil, á causa de la mucha anchura y corriente del arroyo.

Dia 20: — Despues del toque de diana nos hemos puesto de nuevo en camino andando ocho leguas en dos jornadas. Mas pudiéramos haber adelantado si hubiéramos tenido caballos de repuesto, pero por desgracia no tenemos mas que los que montamos. La alegria y el entusiasmo continúan reinando entre todos los voluntarios, mis compañeros, para quienes las fatigas no significan nada, por más que la mayor parte de ellos estén mas acostumbrados á pasearse por la calle de Sarandí, que á correr por los campos. ¡ Lo que es defender una causa santa !

Pero yo admiro á los demás y me olvido de mí. Es verdad que yo no he abandonado placeres y fortuna para lanzarme en medio de la corriente, sino desgracias y miserias, tristezas y persecusiones, que me han transformado de tal modo que yo misma me desconozco. Y sinembargo, soy la misma, la desheredada, la miserable huérfana que ha tenido el atrevimiento de revelarse contra el déspota y no entregarle su honra. Sí, la misma soy, é igual el deseo de vengan-

za que me anima. ¡ Abajo el tirano, sea mi patria libre y quede yo vengada !

Dia 21 — Hemos seguido la marcha hasta la cañada de Ohayar, donde nos hemos detenido para tomar algun alimento.

Despues hemos continuado nuestro camino bajo una lluvia torrencial que calaba nuestra ropa, llegando al fin al arroyo de Bermudez-Guayquiraró.

Dia 22: — Hemos pasado el arroyo, unos en canoas y otros á nado. Gracias á los cuidados de Mariano que no me abandona un momento, paso todas las menos incomodidades posibles. El es mi protector, protector inapreciable, cuyas atenciones tienen un gran valor para mí. ¡ Pobre Mariano !

Dia 23: — Hemos llegado á San José de Feliciano acampando en el mismo sitio en que hace poco ha acampado uno de nuestros valientes generales. Durante nuestra estancia en el campamento, se ha presentado al coronel V*** un comandante; don Pedro A*** Dicho oficial fué dejado en aquel punto por el general de su division, á causa de hallarse gravemente enfermo. Pero el valiente militar no ha podido oir con tranquilidad el éco marcial de nuestras cornetas y el entusiasmo ha dominado por un momento á la enfermedad; el deseo de participar de nuestras glorias y nuestras fatigas, le ha dado fuerzas para llegar hasta el alojamiento de nuestro coronel.

— ¿Que desea usted, señor comandante? — le ha preguntado nuestro jefe al oficial.

— Incorporarme á la division de usted.

— ¿Incorporarse á mi division? — añadió el coronel con asombro, al ver el rostro de su interlocutor, descompuesto por el sufrimiento.

— Si, señor: soy militar y uruguayo, y mi sitio está con mis compañeros de armas, con mis hermanos, en el campo de batalla, no aquí, — respondió el pundonoroso oficial.

— Agradezco su buen deseo, pero usted está enfermo, se le conoce á usted en el rostro, y permitir que nos acompañára seria un crímen. Quédese usted aquí algunos dias, restablézcase usted y luego podrá incorporarse de nuevo al ejército.

El comandante segun me referia uno de los testigos de dicha escena, movió negativamente la cabeza al mismo tiempo que murmuraba:

— Mi coronel, por montar á caballo y batirme no me he de morir; al contrario, eso ahuyenta las enfermedades.

— Se hace usted ilusiones, comandante — respondió el jefe, admirado de la fuerza de voluntad de aquel valiente, al que se le veia palidecer por momentos bajo la influencia de la fiebre que le dominaba.

— No, señor, mi coronel; si me quedo aquí me lleva la trampa, me muero de rabia. Le ruego me conceda el favor de admitirme en su division.

— ¡ Imposible!

— ¡Oh! ¡ por favor mi coronel! — respondió el valiente oficial.

Segun refieren, nuestro coronel no tuvo mas remedio que usar de su autoridad de jefe, y mandar al bravo militar que se quedara en el pueblo hasta nueva órden.

En dicho punto de San José se incorporó á la division el capitan G***, que acompañaba al comandante enfermo.

Dia 24: — Hemos llegado al Sauce, donde se ha descansado un momento; despues hemos continuado hasta la laguna llamada del Agua Patito, en donde el coronel ha recibido órden de marchar hácia el paso de la misma, en el que nos espera el doctor L*** con caballos de refresco. Despues estando ya en marcha, ha llegado un emisario con un parte para que nos dirijamos hácia Tatutí, á causa de que el ejército habia abandonado el Naranjito, donde se encontraba ántes.

Dia 26: — Ayer nos dirijimos desde el Quebratito á Florida en donde pasamos la noche. Hoy hemos emprendido la marcha en direccion á la estancia de don Pedro C***, situada en Tatutí, en donde se churrasqueó, marchando luego hasta Curupí, en cuyo punto se recibió un parte del General dando órden de apresurar la marcha hasta reventar los caballos, pues solo se esperaba nuestro regimiento para empezar las operaciones. Esta noticia corrió por las filas con la velocidad del rayo, y las fatigas pasadas se olvidaron al pensar que pronto se iban á ver realizados los generales deseos de encontrarse con el enemigo y empezar la lucha.

Dia 27: — A las dos de la mañana han ensillado (y digo han ensillado y no hemos ensillado, porque Mariano es el encargado del cuidado de mi armamento y de mi cabalgadura), y hemos emprendido la marcha hácia el Paso de la Cruz de Mocoretá. Gracias á mi buen amigo he podido pasar el arroyo, pues sinó, á pesar de mi buena voluntad hubiera tenido que abandonar á mis compañeros de causa, pues el vadearlo ha sido empresa bien difícil. Los animales han pasado á nado, ahogándose muchos, y quedándose otros en las grandes islas que hay en aquellos sitios. En este paso perdimos bastantes caballos, que tuvimos que reponer, así como los que fueron abandonados por haberse estropeado con las grandes marchas que habiamos tenido que hacer.

Despues de dicho paso, que duró mas de cuatro horas, continuamos á marchas forzadas con rumbo al Naranjito. Al llegar á este punto, no solamente habiamos repuesto las cabalgaduras perdidas, sinó que el que mas y el que menos llevaba uno de repuesto. Es verdad que los jefes no reparaban en el precio, y mas de un oficial tuvo que pagar cien pesos oro por un caballo, pues no estaba el tiempo para andarse en regateos.

Serian las tres de la tarde, cuando se reunió á nuestro batallon un oficial participándonos que no siguiéramos adelante, pues en la estacion del referido pueblo se hallaba un comisionado del gobernador de la provincia. En vista de esto hicimos alto, se des-

ensilló, se hicieron fogones, y se empezó á churrasquear. Allí se nos reunieron dos coroneles que con parte de sus fuerzas esperaban el tren que debia conducirlos á Concordia.

Serian las seis de la tarde cuando recibimos órden de subir á los wagones; órden que cumplimos, viéndonos precisados á abandonar los caballos que tantos trabajos y dinero habia costado el poder reunir. Nuestro valiente jefe, que se hallaba indispuesto á causa de una antigua herida ha tenido, que ser conducido al tren en brazos de sus soldados.

Dia 28: — A las dos de la madrugada hemos llegado á Concordia, en donde nos han dado nuevos uniformes de paño azul con vivos punzó que han sustituido á las blusas color de plomo, y se ha repartido el armamento y el correaje. Mi buen Mariano no sé cómo se ha proporcionado una preciosa tercerola cuyo peso apenas cansa mi brazo; es verdad que el viejo asistente se desvive por servirme. Gracias á sus lecciones, casi soy una buena tiradora, digo, un buen tirador.

Despues de uniformados y municionados, recibimos órden de marchar hácia la costa del Uruguay, y de embarcar en una goleta los recados de los caballos y parte del equipo de la tropa, la que debe permanecer oculta en dicho buque.

A las cinco de la tarde partió la goleta remolcada por un vaporcito, en el que íbamos parte de los voluntarios, seguramente demasiados (mas de doscien-

tos), para poder ir á gusto y con desahogo en buque tan pequeño.

Mientras nosotros, es decir, nuestro batallon, navegaba por el Uruguay, el general en jefe ocupaba la vanguardia con las demás fuerzas y se dirigia á Guaviyú.

Durante nuestro viaje hemos encontrado un vapor cargado de tejas, que el coronel ha embargado, trasbordándose á él parte de la fuerza.

Por la gente del vapor embargado supimos que mas arriba se encontraba un buque de guerra enemigo, *La Tactique*, tomándose acto continuo las disposiciones necesarias para abordar al antiguo crucero francés, al que divisamos poco despues. El coronel V*** mandó poner la proa al buque enemigo, pues deseaba apoderarse de él lanzándose al abordaje.

Los deseos del jefe no han podido realizarse, pues ha recibido del general A*** la órden de desembarcar. Se obedece la órden, no sin cierta pena, y despues de hallarnos en tierra y de haber hecho pabellones con las armas, nos dedicamos al desembarco de los recados que conducia la goleta. Estando en esta operacion aparece á la vista otro nuevo buque de guerra, el *Fortuna*, que se dirige hácia la parte de la costa donde acampamos.

Nuestro coronel nos da órden de formar, y pocos momentos despues contestábamos con nutridas descargas de fusilería al fuego de la artillería del buque enemigo, que al fin se alejó dejándonos el campo por nuestro.

El coronel quiso embarcarse de nuevo para perseguir y apoderarse del *Fortuna*, pero no tenia órden del General para hacerlo así, y con gran sentimiento suyo y de todos, le vimos perderse á lo léjos. ¡Con qué placer nos hubiéramos apoderado de la nave! Aquella escaramuza fué mi bautismo de fuego. ¡Qué cosa tan extraña es la humanidad! Yo, que en mejores tiempos me asustaba de ver un arma de fuego, manejo hoy mi pequeña tercerola con igual tranquilidad que ántes la aguja de *crochet*. En mí el espíritu domina la materia de tal modo, que débil por naturaleza, me encuentro fuerte por voluntad. ¡Con qué afan veo aproximarse el momento de la lucha, en la que espero tomar parte, realizando así en lo posible mi venganza! Y despues del combate... ¡Oh! despues, ó la tranquilidad del hogar al lado de mi amado Ricardo, ó la tranquilidad de la tumba, que quien sabe si será la mayor de las felicidades para mí, infeliz desheredada de la fortuna...

Dia 29: — Anoche se nos incorporaron varios oficiales y la cuarta compañia con el mayor T***.

A la una de la tarde de hoy recibimos algunas órdenes que nos hacen suponer vamos á tener caballos á nuestra disposicion. ¡Buena falta hacen! Despues se forman los cuerpos por órden numérico tomando nuestro jefe, el coronel V***, el mando del 5°. de Infanteria, ocupando con él la retaguardia de la columna. Despues de una marcha de seis leguas, hicimos alto, pasando la noche en un corral de piedra

junto á la costa de Guaviyú. Segun me han dicho, el sitio donde pernoctamos pertenece á la estancia de don Amaro Galves.

Dia 30: — Al amanecer emprendimos la marcha, deteniéndonos á las ocho de la mañana despues de andar cuatro leguas.

Aún no habiamos tenido tiempo de tomar un frugal desayuno, cuando se nos presentó la vanguardia del enemigo. Acto continuo formaron los cuerpos en batalla, recibiendo el nuestro la órden de proteger al batallon del comandante R*** que se habia desplegado en guerrillas, á cuyo batallon relevamos pocos momentos despues, mientras dicho cuerpo se retiraba al campamento.

Hemos dejado nuestro pabellon bien puesto; despues de haber permanecido hasta bien entrada la noche enfrente de las tropas del mal llamado gobierno, nos hemos retirado por órden del General, quedando la vanguardia enemiga en el mas completo desórden. Este encuentro nos ha costado cinco bajas, entre muertos y heridos. Entre los primeros se encuentra un cadete aleman, jóven de vasta instruccion, cuya pérdida ha sido muy sentida por todos. ¡ Infeliz ! quizás tenga una madre ausente que le llore... Yo en cambio me he batido, sí, me he batido con rabia, con desesperacion, con un valor que me parece inverosímil, del que no me hubiera creido nunca capaz y las balas me han respetado; y sin embargo, yo no tengo madre que me llore. ¡ Pobre madre mia !....

El bueno de Mariano me contemplaba durante la lucha lleno de admiracion. Despues, en un rapto de su ruda franqueza, me ha estrechado las manos, murmurando al mismo tiempo que una lágrima rodaba por sus tostadas mejillas:

— Señorita, Ester, ¡ es usted idéntica á mi pobre comandante! ¡ Oh ! no le asusta á usted el olor de la pólvora.

Yo le he mirado tristemente, y he guardado silencio. ¿ Qué podia contestarle ? Podia haberle dicho que no temo á la muerte, que lo único que me asusta es la vida. ¿ Puedo yo acaso ser feliz ? ¡ oh ! sí; ¡ la muerte puede hacerme dichosa !

Dia 31: — Escribo estas líneas rendida de cansancio, despues de largas marchas, marchas que afortunadamente no he tenido que hacer á pié como todos los demás, pues gracias á Mariano nunca me ha faltado un buen caballo. Hemos llegado á las 10 de la mañana á Burucayupí y Quebracho; recibimos órden de acampar, y....

Hasta aquí llegaban los apuntes de Ester; lo que pasó despues ya lo saben nuestros lectores. El ejército enemigo era cuatro veces mas numeroso que el de los valientes revolucionarios, y éstos sucumbieron; pero no sucumbió con ellos la idea, que mas tarde habia de verse coronada por el triunfo, ¿ por qué ? porque lo justo, lo noble y leal, siempre concluye por triunfar de lo injusto, lo traidor y lo infame.

El sol de la justicia podrá ser eclipsado un momento, pero siempre vuelve á lucir con brillante luz, para alegria y tranquilidad de las almas honradas

---

CAPITULO XXX

Dos antiguos conocidos

A un lado de polvoriento camino formado mas por las ruedas de las carretas y las tropillas de ganados que por la inteligente mano del hombre, se alzaba un rancho con honores de casa, donde tenia establecida su pulperia don Nicomedes, honrado ciudadano, muy querido por todos los habitantes de aquellos sitios, en los que hacía muchos años habia sentado sus reales el mencionado industrial.

Don Nicomedes era hombre de una calma envidiable, de una pachorra á toda prueba, incapaz de alterarse por nada del mundo, y atento sólo á su negocio, que le habia dado y le daba magníficos resultados, pues su casa era punto obligado de descanso para todo trajinero, mercachifle, tropero ó infeliz caminante á quien su mala estrella obligaba á transitar por los mal llamados caminos de la República, en la que se empleaban buenos centenares de miles de pe-

sos en armamentos inútiles y en contentar á parientes y amigos del Gran Mariscal (sin contar á su Excelencia que llevaba siempre la parte del león) pero que en cambio no se hacia una carretera ni un camino vecinal, por considerarlo cosa inútil y baladí los prohombres del Gobierno.

Constaba el edificio de la pulperia de cuatro grandes habitaciones, además de la destinada al despacho, habitaciones de las cuales una servia para dormitorio del pulpero, otra para guardar barricas viejas y otros envases vacios, y los restantes de alojamiento á los viajantes que de cuando en cuando solian quedarse á dormir en la casa, bien porque así les convenia, bien porque las chiquitas de caña les impedian seguir su camino.

El surtido del establecimiento no era muy abundante ni variado, pero era el necesario para atender á las necesidades de los parroquianos. En la tienda, y en unos estantes ni muy limpios ni muy nuevos, se veian unas dos docenas de botellas de diferentes licores y procedencias á juzgar por las marcas, pero que segun decian algunos maliciosos todos eran producto de las sabias combinaciones químicas de don Nicomedes, que se bastaba y se sobraba para confeccionar toda clase de bebidas más ó ménos auténticas, sin comprender en ellas la imprescindible caña de la que siempre habia sobre el mostrador dos enormes limetas, para regocijo y solaz de los aficionados, que las apuraban con delicia, por mas que la dicha caña solo tuviera de ello el nombre, pues se reducia

á una mezcla de aguardiente y melaza, que el señor Nicomedes arreglaba con un tacto admirable.

En el momento en que presentamos á nuestros lectores á don Nicomedes, se hallaba éste detras de su mostrador, escuchando á un paisano que con su sombrero echado para atrás, y sentado sobre el dicho mostrador, leia *La Tribuna Popular* mas ó menos correctamente.

A un lado del despacho, sentados cerca de una mesa pintada de encarnado, se hallaban dos hombres jugando á la murra, mientras en la parte opuesta otros dos individuos hablaban en voz baja.

Uno de estos últimos parecia por su traje un gaucho rico; su compañero, de fisonomia repulsiva, vestia el uniforme de los comisarios de campaña. Sobre la mesa, junto á la que estaban sentado el Comisario y el paisano se veia una botella y dos copas.

Fuera, delante de la pulperia, tomaban mate tres soldados de policia, puestos en cuclillas alrededor de una improvisada fogata en la que se calentaba el agua.

Un poco mas lejos, atados en el palenque, se veian varios caballos sin las monturas.

Mientras los dos hombres que jugaban al juego primitivo de la murra, exclamaba con no muy agradable voz — ¡ uno ! ¡ tres ! ¡ cuatro! ¡cinco! seis, ó siete, segun las exigencias del inocente juego, el comisario y su compañero hablaban á media voz, sin preocuparse de los demás concurrentes á la pulperia.

— Vaya, Miguel, que no pensaba verte por estos pagos, — decia el Comisario.

— ¡ Oh ! señor comisario, no creia yo tampoco andar por estos sitios, pero las cosas se han arreglado de otra manera, — respondió el paisano. — Los que no tenemos mas capital que el pingo y algunos chirlos en el cuerpo, no podemos saber nunca donde se pasará el dia ni donde se descansará por la noche.

— ¿ Y don Adrian ? Mucho tiempo hace que no le veo, supongo que siempre estarás con él.

— Eso por sabido se calla — respondió el interpelado, que no era otro que el asistente de Leví.

— Verdaderamente; ningun patron podias tener que fuera mejor.

— Sí, es verdad — respondió Miguel con un acento particular.

— ¿ Acaso no estás contento con él ? — preguntó el comisario, fijando una mirada interrogadora en Miguel.

— ¿ Yo ? nada de eso. Estoy contento, pero....

— ¿Pero qué ?

— Nada.

Pasó un instante de silencio; aquellos dos hombres eran antiguos conocidos, habian cometido mas de cuatro fechorias juntos, pero á pesar de eso no era la franqueza la que solia dominar entre ámbos.

El comisario llenó las copas y apuró la suya de un trago; su compañero le imitó.

— ¿ Y qué asuntos te traen por aquí ? ¿Vas á negocios tuyos ó á negocios del patron ?

— Voy á Montevideo para asuntos propios y ajenos — contestó Miguel.

—¿Pero qué clase de negocios?—interrogó el comisario dándole otro tiento á la botella, tiento que fué secundado por su compañero.

—¡Oh! de várias clases.

—Supongo que no será ninguno como aquel que tú sabes, en el que casi casi perdemos la piel.

—No, no son de esa clase,—contestó Miguel estremeciéndose.

—La verdad es que aquella noche pensé entregar el rosquete. Aquel hombre no era manco; ¡la gran pucha! como se defendia.

—Si, pero no estaba solo.

—¡Bah! un perro....

—Si, un perro que era una fiera, y la prueba es que éramos dos hombres, y....

—Sí, nos dió que hacer; pero el amo y el perro cayeron....

—Seguramente; pero aquella puñalada que tenia el primero en el corazon cuando le encontramos al dia siguiente entre las pitas, no habia sido dada por ninguno de los dos....

—Eso es verdad.... aquella noche no tenia yo la mano muy firme.... habia estado de farra y se habia bebido más que lo de ordinario.... nó, nó, aquel golpe no era mio....

—Ni mio; lo que no quitaba que fuera de mano maestra.

—Sí, de mano maestra—contestó el comisario, que repitió su caricia á la botella de caña, cuyo contenido estaba próximo á apurarse.

— Lo que no me he explicado todavia es que se hizo del perro, de aquel endiablado animal; pues al dia siguiente cuando fuimos á rematarle se habia hecho humo.

— Yo no sé si será porque yo veia un poco turbio aquella noche, por lo que no he conseguido ver claro todavia lo que pasó en aquella ocasion.

— Yo no tenia muy pesada la cabeza, pero tampoco me explico muchas cosas.... aquella puñalada... aquel perrazo que se lo tragó la tierra....

— Sí, es verdad....

— La puñalada casi casi....

— ¿Conoces al que la dió? — preguntó con curiosidad el comisario.

— ¿Yo? nó, — respondió rápidamente Miguel, mirando con desconfianza á su interlocutor.

— Creí que le conocias. ¡Tenia la mano dura!

— Seguramente. ¡Pero esos son recuerdos viejos!

— Sí, viejos, aunque sólo haga cinco años de aquella noche.

Pasó un momento de silencio, durante el cual Miguel y su compañero concluyeron de apurar la botella.

— En campaña se trabaja mejor que en la ciudad, con mas libertad y mas seguro, — murmuró el comisario; — se puede sin cuidado servir al jefe, á un amigo, y á uno mismo.

— Seguramente.

— En la campaña uno es el amo, y nadie le pide á uno cuentas. Se pasa buena vida. Sobre todo, yo,

que no tengo sitio fijo y que una temporada estoy aquí y otra allá.... Hoy hay algun trabajo con las levas, pero tambien producen: echa uno mano hasta de las moscas que pasan volando, y todo el mundo por delante; despues algunos se escapan si tienen brasileras en el tirador, lo que no quita para que se los vuelva á arrear al dia siguiente si se ponen á tiro. Los paisanos son buenos muchachos, no reclaman, y si reclaman nadie les hace caso, y encima se les receta en el cuartel una diana con música y se quedan tan convencidos.

— El oficio de usted es bueno; bien comido, bien bebido y sin que falte nunca una chiquilla que le quiera á uno. ¡Y principalmente, libertad ámplia para todo ! — terminó diciendo Miguel, al mismo tiempo que lanzaba un suspiro.

—Sí, sí, es verdad; pero todo eso lo daria yo de muy buena gana en ciertas ocasiones por poderme vengar de algunos que yo sé, y que el demonio ha hecho que se escapen de entre mis manos, — respondió el comisario con acento sombrío.

— Al fin, tarde ó temprano se saldan todas las cuentas.

— Sí, pero....

El Comisario no terminó la frase, sus ojos se habian fijado en un hombre, un paisano, que acababa de entrar en la pulperia, dirigiéndose al mostrador sin preocuparse de los parroquianos de don Nicomedes.

Miguel fijó tambien su vista en el recien llegado

y un pequeño grito se escapó de sus lábios, despues, se echó á la cara el sombrero, procurando ocultarse en el ángulo sombrío donde se encontraba.

En cuanto al comisario, se levantó lentamente sin ocuparse de su compañero, dibujóse en su rostro una sonrisa maligna, brilló en sus ojos una mirada traidora y adelantó un paso hácia el paisano, no sin cerciorarse ántes de que sus soldados estaban en la puerta, prontos á acudir en su socorro en caso de que fuera necesario.

En seguida, llegó hasta el recien llegado, y exclamó con voz estridente al mismo tiempo que le ponia la mano en el hombro:

—Al fin nos encontramos, canalla ¡date preso!

El paisano se volvió rápidamente al oir las palabras del comisario.

Aquel hombre era Márcos, el honrado asistente del capitan Teodoro.

El comisario era el infame raptor de Petrona, de la novia del honrado gaucho.

CAPITULO XXXI

Cuentas viejas

Como ya hemos dicho, Márcos se volvió al oir las palabras del comisario. El valiente gaucho palideció al encontrarse frente á frente de su enemigo, é instintivamente buscó el mango de su facon. Despues el fiel servidor del capitan Teodoro retiró lentamente su mano de la empuñadura del cuchillo, al mismo tiempo que murmuraba:

— Señor, yo no le conozco á usted, ni sé lo que quiere decirme, ni por qué motivo quiere arrear conmigo.

— ¿ De veras ? — respondió el comisario, al mismo tiempo que hacia una indicacion con la mano á los soldados que estaban en la puerta.

— Sí, señor; usted se equivoca, señor comisario — añadió Márcos, con voz que queria aparecer tranquila, pero en la que no era difícil adivinar el sobresalto que embargaba al honrado paisano, que tem-

blaba al pensar que pudiera no llegar á tiempo de salvar á Matilde, pues lo que es por él, á buen seguro que en vez de negar su personalidad hubiera hecho pagar de buena gana al infame comisario los sufrimientos suyos y de Petrona.

— ¡ *Dejate* de cantar, *silguero!* — contestó el comisario con acento destemplado. — ¿ Te figuras que soy zonzo, bandido cobarde?

Márcos palideció, y por un movimiento involuntario colocó de nuevo su mano èn la empuñadura del cuchillo; aquel hombre le insultaba, y no solamente le insultaba, sinó que ó mucho se engañaba ó estaba á punto de querer cometer con él un atropello, y esto lo queria evitar á todo trance; él no se pertenecia, tenia una mision que cumplir, y cada minuto que pasaba podia ser causa de que fracasara su empresa.

Hacía dos años que no le veia el comisario, y se figuró por un momento poder hacerle creer que se equivocaba de persona, pero desgraciadamente la fisonomía del gaucho no se habia borrado ni un instante de la imaginacion de aquel bandido, que habia jurado vengarse de Márcos, ya que no podia tomar la revancha del capitan, contra el que comprendia que era impotente.

— Yo soy un honrado paisano que voy por mi camino, y....

— ¡ El del infierno, vas á tomar muy pronto, pícaro matrero! — respondió el comisario, con un acento que no dejaba duda alguna acerca de sus malignas intenciones.

Durante el anterior diálogo, los jugadores de murra habian suspendido su juego, y el gaucho del mostrador su lectura, y presenciaban con cierta extrañeza aquella escena, lo mismo que don Nicomedes y el peon de la pulperia que asomaba la cabeza por encima del hombro de su patron. En cuanto á los soldados, se agrupaban á la puerta obedeciendo la indicacion hecha por su jefe.

Miguel habia desaparecido silenciosamente del rincon donde se hallaba, yéndose á colocar detrás de los tres soldados, desde donde podia ver sin ser visto toda la escena que tenia lugar en la pulperia.

—Yo me llamo Blas Coello, soy *brasilero*, y no le he visto á usted nunca; si quiere le enseñaré la papeleta del cónsul,—respondió el gaucho procurando por última vez desorientar al comisario, haciéndose pasar por la persona que indicaba la papeleta de ciudadanía que le habia entregado Ricardo; esto no sin mirar al mismo tiempo hácia la puerta, con ánimo de recurrir en último extremo á la fuerza para librarse de ser preso por su enemigo.

—¿Conque ahora te llamas Blas Coello? Pues mira me alegro, porque tenia ganas de estaquear á un brasilero y me voy á salir con mi gusto. Márcos ó Blas lo mismo me dá; no te escapas. ¡Eres muy vivo, canalla, pero yo no me mamo el dedo! ¡Eh! muchachos, ¡á ver si se le ponen maneadoras á este pingo!—terminó diciendo el comisario lanzando una carcajada, al mismo tiempo que indicaba á los soldados que se acercaran y ataran al fiel asistente del capitan Teodoro.

Los soldados entraron y se dirigieron hácia Márcos, pero éste, rápido como el pensamiento, al ver que solo por medio de la fuerza podia librarse de las manos de aquel hombre, pegó un salto tremendo, al mismo tiempo que su cuchillo brillaba en su mano derecha.

—¡Pues bien, bandido, canalla, ven á prenderme si tienes coraje para ello! — exclamó Márcos, dirigiéndose al comisario, al mismo tiempo que envolvia su brazo izquierdo en el poncho.

El comisario se puso horriblemente pálido y vaciló un momento; los asistentes á la pulperia se replegaron detrás del mostrador, mirando no sin cierta simpatía al valiente gaucho que se ponia frente á frente del comisario, que aunque odiado por todos, era tambien por todos respetado, porque sabian que sinó les esperaba la cárcel ó algo peor.

El comisario miró á su alrededor con cierta zozobra; aquel hombre era cruel, traidor, pero no valiente. Sin embargo, al verse blanco de las mal disimuladas sonrisas de los parroquianos de don Nicomedes, comprendió que perdia su prestigio, y la soberbia le dió ánimo.

— Suelta ese alfiler, si no quieres que te rompa los huesos con el arreador, matrero sin vergüenza, — murmuró al fin, al mismo tiempo que él y sus soldados sacaban los sables y adelantaban con ademan no muy resuelto hácia el valiente gaucho, que esperó el ataque con arrogante fiereza.

— ¡Vamos! larga el cuchillo, y ¡pronto! — repitió el comisario.

—Ven por él, gran maula, si es que no quieres que me adelante yo á entregártelo, haciéndote ántes un *barbijo* en esa cara que tienes de macaco aburrido, — respondió Márcos, acompañando sus palabras con una sonrisa burlona.

El comisario no contestó; lanzó una mirada de ira á su enemigo, miró con aire de amenaza á los concurrentes á la pulperia que habian acogido con un pequeño murmullo de aprobacion las palabras de Márcos, y avanzó con el sable en alto acompañado de sus tres hombres.

Márcos se cubrió con el poncho y se dispuso á recibir dignamente á sus contrarios: sabia que aquella lucha era de vida ó muerte.

Los cuatro hombres avanzaron, y un instante despues dirigian una lluvia de cuchilladas sobre el valiente paisano, que sonreia tranquilamente al mismo tiempo que paraba los golpes de sus enemigos.

Pasaron algunos instantes sin que ninguno de aquellos hombres lograra tocar á Márcos, que ágil como una ardilla evitaba con rara habilidad los golpes que le dirigian, manteniéndose constantemente á la defensiva, como si solo quisiera cansar á sus adversarios, que manejaban con cierta torpeza los pesados sables, mientras que él, colocado en un ángulo de la habitacion en el que se veia una puerta cerrada que servia de comunicacion con las habitaciones interiores, presentaba el menos blanco posible á los ataques de sus contrarios, á los que simulaba atacar con la rapidez del relámpago cada vez que aquellos se descubrian, y

decimos simulaba, porque Márcos queria salvarse de las manos de sus enemigos, pero á ser posible sin tener que matar á ninguno de los soldados, que el que mas y el que menos se encontraba por la fuerza vistiendo el uniforme.

En cuanto al comisario, se hallaba dominado por la rabia al ver que aquel hombre se burlaba de él y de sus tres compañeros, á los que ganaba en habilidad y en arrojo.

—¡A él, muchachos! duro con ese matrero; ¡abrirle el mate de un tajo, á ver si así deja de compadrear!—gruñia el bandido, animando á sus hombres.

—¿No querias el cuchillo? pues ven por él, ¡canalla!—respondió Márcos, al mismo tiempo que abria ancho círculo á su alrededor con la punta de su facon.

—¡Adelante, cobardes!—respondió el comisario fuera de sí, dirigiéndose á sus soldados.—Como ántes de cinco minutos no esté atado á mi gusto ese bandido, los he de poner á los tres en cepo de lazo durante una semana.

Los tres hombres hicieron un esfuerzo, y se lanzaron todos á un tiempo sobre Márcos, que se cubrió bien con el poncho, dió un salto, amagó á uno de sus contrarios con el cuchillo, se replegó despues, desconcertó con una rápida conversion á los otros dos hombres, y luego, velóz como el rayo tendió el brazo y alcanzó al comisario, que no esperaba tan rápida acometida, cortándole la cara con el cuchillo ántes de que se pudiera dar cuenta del ataque.

—Ahí tienes el barbijo prometido; ¡ahora ven á desarmarme!— murmuró Márcos volviendo á colocarse á la defensiva.

Larga huella sangrienta se dibujó en el semblante del enemigo del gaucho, haciendo mas repulsiva su repugnante fisonomia. La herida no era grave, era casi un simple rasguño, pero se extendia desde la frente, hasta el cuello.

Don Nicomedes y sus parroquianos lanzaron una exclamacion de entusiasmo; aquel golpe habia sido de primer órden, de mano maestra.

En cuanto al comisario, sintió que la rábia le ahogaba, y lo que no habia hecho el valor de que carecia, lo hizo la soberbia, al verse herido por aquel paisano á quien aborrecia, y en ridículo ante todos aquellos hombres que le contemplaban. Fuera de sí, con la vista extraviada, se adelantó hácia Márcos, que continuaba defendiéndose vigorosamente de dos de sus adversarios, pues el tercero habia quedado fuera de cómbate, de resultas de una cuchillada que el valiente gaucho le habia dado en la mano con que manejaba el sable, que habia saltado léjos del soldado.

Como hemos dicho, el comisario fuera de sí atacó con el sable en alto á su contrario.

—¿No tienes bastante? ¿quieres que te dibuje el otro lado de la cara, cobarde bandido?— exclamó Márcos dirigiéndose al comisario, que en aquel momento le tiraba una tremenda cuchillada.

—¡Como á una res te voy á carnear para escarmiento de canallas!— contestó el Comisario.

—¡Ahí tienes mi contestacion! —respondió Márcos, al mismo tiempo que se lanzaba sobre su enemigo con el objeto de herirle de nuevo en el rostro. Pero en aquel mismo instante, la puerta que se hallaba detrás del gaucho se abrió, y apareció en ella un hombre, que rápido como el pensamiento arrojó un poncho sobre la cabeza del paisano.

Márcos se detuvo un instante, y vaciló intentando desembarazar su cabeza de la tela que la envolvia; pero aquel momento de vacilacion fué lo suficiente para que sus adversarios le rodearan, le desarmaran y le sujetaran sólidamente.

Habia sido tan rápido el desenlace de aquella lucha, que ninguno de los espectadores de ella se habia dado cuenta exacta de lo que habia pasado.

¿Quién habia sido el que tan traidoramente has atacado á Márcos poniéndole á merced de su enemigo.

El hombre que habia arrojado el poncho sobre la cabeza de Márcos, no era otro que Miguel, el asistente de don Adrian Leví.

CAPITULO XXXII

Socorro inesperado

Los soldados ataron sólidamente al valiente gaucho, encerrándolo en seguida en una de las habitaciones de la pulperia, despues de quitarle el puñal y el *tirador*, que colocaron sobre la mesa que antes de la llegada de Márcos ocupaban Miguel y el comisario.

Este último envainó el sable, no sin descargarlo primero sobre las espaldas del indefenso prisionero, al que llenó de insultos cuando le vió bien asegurado, y despues exclamó volviéndose hácia los parroquianos de don Nicomedes, á los que habia tomado cierta ojeriza, por sus manifestaciones de simpatía hácia Márcos.

—Lo que hago yo con ese sarnoso, estoy dispuesto á hacerlo con todos los que se le parezcan ó simpaticen con él: ¿lo oyen bien? Y ahora á ver si todos se mandan mudar, que me hacen sombra, y á mí me gusta ver claro, — terminó diciendo el bárbaro

aquel, que parecia la caricatura de un señor de horca y cuchillo.

Los buenos paisanos concurrentes á la pulperia se miraron, y al que más y al que ménos se le pasaron ganas de contestarle, y áun de ponerle un correctivo. Pero los tiempos no estaban para bromas; sabian que aquel hombre era un bandido que contaba con la impunidad, gracias á la proteccion de que gozaba, que hacia que de uno ú otro modo siempre resultara inocente, á pesar de que estaba pidiendo á gritos una barra de grillos por sus crímenes, y optaron por callarse y marcharse lo más pronto posible para evitar un contratiempo.

Fueron, pues, desfilando los parroquianos de don Nicomedes, no quedando poco despues en la pulperia mas que el dueño de ella, el peon de la misma, el prisionero encerrado con guardia de vista, los tres soldados, el comisario, y Miguel, que habia vuelto á ocupar su sitio cerca de la mesa, á la que no tardó en aproximarse el enemigo de Márcos.

—Te doy gracias por tu ayuda, Miguel, aunque casi he sentido que te mezclaras en el bochinche, pues si me dejan un minuto mas á ese matrero le rajo de arriba abajo, —murmuró el comisario con aire fanfarron, consecuencia de la caña bebida y de la seguridad completa de que su contrario no podia desmentirle.

— Siento haberle hecho mal tercio, don Pancho; si lo hubiera sabido, líbreme Dios de haberme metido en el lío — respondió Miguel con un acento en el que no hubiera sido difícil encontrar cierto tinte de ironía.

—No lo digo por tanto, —contestó el comisario designado por su interlocutor con el nombre de don Pancho, al mismo tiempo que se sentaba y pedia una nueva botella de caña, que le sirvió el pulpero de no muy buena gana, pues tenia la seguridad de que no habia de cobrar nunca su importe.

— La verdad — continuó diciendo Miguel — como el hombre peleaba bien, y uno debe ayudar á los amigos, me colé en la casa, y corté la riña poniéndole el poncho por la cabeza, — terminó diciendo el asistente de Leví, que habia hecho lo que habia hecho, no por ayudar al comisario que le importaba muy poco que le enviaran al otro mundo de una puñalada, sinó por dejar fuera de combate al asistente del capitan Teodoro, en el que presentia un enemigo.

— ¡Y el bandido creía que me iba á engañar! Decia que se llamaba Blas Coello; ¡valiente canalla! — murmuró el comisario, al mismo tiempo que lavaba con agua mezclada con caña la herida recibida en la lucha.

—El no se llamará Coello, pero lo afirmaba con mucha formalidad, y, si mal no recuerdo, hablaba de la cédula del consulado....

—Es cierto; no seria difícil que llevara papeleta *brasilera*. ¡Tendria gracia!... Y no seria extraño, porque ahora para librarse de las levas, se valen del recurso de las malditas papeletas de ciudadania. ¡Oh! si el jefe me dejara, ya arreglaria yo ese asunto. A todo el que encontrara con esas papeletas, le daba cien

palos y enseguida al cuartel, despues de quitarle la cédula.

— La idea no era mala.

— ¡Magnífica! sinó no vamos á tener voluntarios, pues todos se van á convertir en *gallegos* ó en *gringos*. Lo malo es que el jefe no quiere que uno se meta con los extranjeros...

— Y sin embargo.....

— Sí, algunos caen; pero de esos, los que caen no vuelven á levantarse — respondió el comisario con cínica sonrisa.

— Y ese Márcos puede que lleve cédula de brasilero — murmuró Miguel, que miraba el tirador del gaucho con ojos ansiosos.

— Es posible; y ahora vamos á verlo — respondió el comisario, al mismo tiempo que tomaba el tirador y vaciaba su contenido sobre la mesa.

Sobre el súcio tablero cayeron algunas monedas de oro y dos papeles: la papeleta de extranjero, y la tarjeta dirigida á Matilde que Ricardo habia entregado al asistente de su amigo.

El comisario arrojó con desden á un lado la tarjeta y tomó el certificado, que se puso á leer con gran atencion, en tanto que Miguel se apoderaba del pequeño trozo de cartulina y recorria con afan las líneas que contenia. Conforme iba leyendo, una maligna sonrisa se dibujaba en sus lábios: dueño él de aquella tarjeta, su empresa se facilitaba notablemente.

Entre tanto el comisario habia concluido de leer la papeleta y la volvia á dejar sobre la mesa, al mismo tiempo que murmuraba:

— La papeleta está en toda regla; ya me lo suponia. Lo que tiene es que no le valdrá para evitar el que mañana le haga estaquear por mis hombres hasta que le falte el resuello, ni impedir á que le abriguemos luego debajo de tierra para que no se eche á perder, — dijo el comisario, acompañando sus últimas palabras con una repugnante sonrisa.

— ¿Tan mal le quiere? don Pancho.

— ¿Mal? nó; pero me estorba, — contestó el comisario, volviendo á humedecer su herida con el agua y la caña. Despues arrojó el certificado sobre la mesa, en la que se veia una pequeña hoja de papel blanco con la que Miguel acababa de sustituir la tarjeta que habia guardado cuidadosamente por éste, y recogiendo despues las monedas de oro las hizo desaparecer en su bolsillo.

En aquel momento se levantó el asistente de Levi.

— ¿Ya te vás? Miguel — murmuró el comisario al ver levantarse á su compañero; — quédate para la fiesta, que no todos los dias hay quien baile sin música, como bailará mañana ese mozo.

— Lo siento; pero he perdido demasiado tiempo, y éste vale mucho para mí; en fin, apuraré los mancarrones y ganaré lo perdido.

— Pues es lástima, Miguel, es lástima y....

La aparicion de uno de los soldados en la sala de la pulperia llamó la atencion del comisario, que dejó sin terminar su frase.

— Señor comisario, acaban de traer este parte del Jefe Político del Departamento, — dijo el recien llegado.

— ¿ Un parte ?

— Sí, señor.

— Venga.

Y el comisario tomó el parte, que leyó frunciendo el gesto, arrojándolo despues sobre la mesa con aire de contrariedad, al mismo tiempo que murmuraba:

— ¡ Maldito incidente !

— ¿ Qué es ello ? — preguntó Miguel con cierta curiosidad.

— Que me mandan bajar á la capital del Departamento, para declarar no sé qué cosa sobre uno que dicen si lo despenaron ó no lo despenaron, ó si se murió ó no se murió por su gusto; ¡ cuánto ruido por un muerto !

— ¿ Y entonces el prisionero ?... — preguntó Miguel con cierta intranquilidad.

— ¡ Oh ! ese se quedará aquí bien guardado hasta pasado mañana, que estaré de vuelta. ¡ Malditas declaraciones ! ¿ y para qué ? porque siempre que he tenido que declarar en asuntos de esta especie nunca he dicho esta boca es mia, y lo único que he hecho ha sido firmar la declaracion dada por mí sin saberlo. En fin, no hay nada malo que no tenga algo de bueno; de este modo podremos caminar juntos algunas horas.

Pocos instantes despues se alejaban de la venta Miguel y don Pancho, seguidos por un soldado de policia.

A los dos dias estaba de vuelta el comisario, y se disponia á cumplir su promesa de asesinar cobar-

de y cruelmente al infeliz Márcos, que lleno de desesperacion habia sentido trascurrir las horas encerrado en su prision, en la que habia permanecido atado, y vigilado por los dos soldados que habian quedado custodiándole.

Cuando llegó el comisario era yá cerca de la noche; lo primero que hizo fué cerciorarse de que su prisionero continuaba preso en la pulperia.

— Mañana vamos á ajustar cuentas, matrero — dijo al pobre Márcos, al mismo tiempo que fijaba en él una mirada traidora.

El gaucho le miró y no contestó.

— Véte preparando á entregar el rosquete, canalla, que lo que es de esta no te escapas, — añadió aquel bandido.

Márcos se encogió de hombros, mirando á su enemigo con desprecio.

— ¡ De rodillas me vas á pedir que te perdone ! cobarde — concluyó diciendo el comisario, á quien irritaba mas y mas la indiferencia del valiente paisano.

— Yo no me arrodillo delante de ningun asesino como tú — contestó Márcos con energia.

— ¡ No me insultes, ó te atravieso el corazon de una puñalada !

— No lo dudo; porque estoy atado, y solo así es como te atreverias á semejante cosa.

— ¡Oh! ¡no sé como me contengo! — contestó con reconcentrada ira el comisario.

— ¡Me es igual !

—No, nó; tranquilízate, que no quiero privarme del gusto de ver los gestos que hagas cuando te descoyunten los huesos,—murmuró el infame bandido, saliendo despues de la prision del gaucho, y dirigiéndose á la sala de la pulperia, en donde habia reunidos algunos parroquianos de don Nicomedes.

—Mañana hay fiesta—dijo el comisario dirigiéndose al pulpero.

—¿Fiesta?

—Si tal; mañana voy á hacer un escarmiento con ese gaucho sarnoso que tengo encerrado.

—¡Pobre mozo!—exclamó don Nicomedes, á quien le habia sido simpático el asistente del capitan Teodoro.

—¡Pobre bandido! querrá decir,—respondió el comisario con voz destemplada.

—¿Pero tan malo es?

—¿Malo? ¡un bandido de los peores! y todo el que le tenga lástima es tan malo como él—contestó don Pancho, de un modo agresivo, hiriente.

El pulpero guardó silencio; conocia que con interceder por el prisionero solo habia de conseguir malquistarse con el comisario, cosa que no le convenia, pues hubiera equivalido á perder su comercio que tan buenos resultados le daba.

A la mañana siguiente, el pobre Márcos fué sacado de su prision, en medio de los insultos de su enemigo, y llevado fuera de la pulperia con gran sentimiento de don Nicomedes, que sabia muy bien el triste fin que esperaba al infeliz paisano.

—¡Vamos, señor Coello, señor Márcos ó señor demonio, hoy vas á dejar de compadrear!—murmuró el comisario al ver al valiente gaucho; despues añadio dirigiéndose á sus subordinados:

—¡Muchachos! ¡al avío! á ver si me poneis en cruz á ese mocito. Estiren bien las correas para que baile á mi gusto.

Márcos miró con soberano desprecio á su enemigo y despues fijó sus ojos con indiferencia en los tres soldados que clavaban en aquel instante cuatro pequeñas estacas en el suelo.

La idea del comisario no podia ser mas cruel: el estaqueamiento es un suplicio de los mas terribles, es uno de los martirios mas tremendos que la vericidad humana ha podido idear. Suspendida la víctima de cuatro tiras de cuero humedecido, sugetas á cuatro estacas, siente como poco á poco, á medida que el cuero se seca y se contrae, se van descoyuntando sus miembros, se van destrozando sus carnes, van crugiendo sus huesos, haciéndole pasar mil muertes antes que realmente pierda la vida.

¿Cómo en pleno siglo XIX, y en una nacion civilizada se realizan tales actos de barbarie?

Misterios del despotismo y la tirania, que colocada siempre fuera de la ley se burla descaradamente de ella. La ley prohibe tan bárbaros castigos, es verdad; ¿pero cómo sin ellos podrian dominar muchos caciques de campaña al valiente paisano que mira con soberano desprecio la muerte?

El gaucho es valeroso hasta el heroismo, espone

cien veces su vida con la sonrisa en los lábios, no le aterra perder la existencia de un tiro ó de una puñalada en lucha con otro hombre, pero el cepo de lazo, el ser estaqueado, abre sus carnes; le aterra. Por eso el pobre paisano sufria y callaba en aquellos tiempos, en los que algunos bandidos con posicion oficial solian dominar la campaña siendo el azote de ella, y sin que apesar de eso nadie lanzara un grito de protesta. Es verdad que si alguno lanzaba el primero, no lo volvia á repetir á buen seguro, pues un poco de tierra despues de una buena puñalada se encargaba de ahogar la voz del incauto. Despues.... un viviente ménos y un muerto mas; unos huérfanos, una viuda, y quizá un grado al asesino en premio de la hazaña.

Tal era ni mas ni menos la desgraciada época en que el Gran Mariscal se agitaba en las alturas del poder, siguiendo las máximas de Candelas y José Maria.

Como ibamos diciendo, dos de los hombres clavaron unas estacas en el campo despues colocaron á Márcos enmedio de ellas y le desataron.

Al sentir sus miembros libres, el asistente del capitan Teodoro hizo un esfuerzo terrible y logró desprenderse de sus verdugos, pero al querer huir sus piernas se negaron á obedecerle entumecidas por las ligaduras, y el infeliz gaucho cayó pesadamente al suelo, recibiendo una lluvia de insultos y sablazos, con que el comisario satisfizo el encono de su corazon infame.

Despues, Márcos fué colocado de nuevo entre las estacas, ajustaron á sus tobillos y á sus muñecas las terribles tiras de cuero, y poco á poco fué sintiendo como estiraban sus miembros, como laceraban sus carnes, mientras que el infame comisario fijaba en él una mirada traidora y sonreia con una repugnante y cruel sonrisa de demonio, que al dibujarse en sus lábios daba una expresion repulsiva á aquel semblante de indio bravo.

Márcos estaba perdido: si no moria en el atroz suplicio, al llegar la noche una puñalada concluiria con su existencia, enterrándolo en seguida en media del campo. Despues.... despues la impunidad absoluta del asesino. El comisario aquel, tenia un valor inapreciable para sus jefes, pues era una notabilidad para enganchar voluntarios por la fuerza, y para realizar elecciones libres!...

Los sufrimientos de Márcos no eran tan solo sufrimientos físicos, á estos acompañaba la horrible pena, el sentimiento que le causaba el pensar que la prometida de su capitan estaba en peligro, y que él, si moria no podia llegar á tiempo de salvarla. Cada vez que pensaba en esto, su lacerado cuerpo se crispaba, intentando hacer saltar las ligaduras que cada vez se clavaban mas y mas en sus carnes.

—Sí, sí, salta si puedes, matrero, que ya estás pagando todas tus matrerias,—murmuró el comisario con horrible acento burlon.—¡Vamos, muchachos! apretar bien, que ese pingo está muy retozon —añadió dirigiéndose á sus hombres, que acto continuo obedecieron el mandato.

—¡Bandido! —gritó Márcos haciendo un último esfuerzo para librarse de las correas.

—¡Hola! ¿rezongas? lo siento por tí, porque me duele la cabeza, me hace daño el ruido, y voy á hacer que te pongan una mordaza. ¡A ver! una mordaza para este canalla—concluyó diciendo el comisario, señalando el prisionero á sus subordinados.

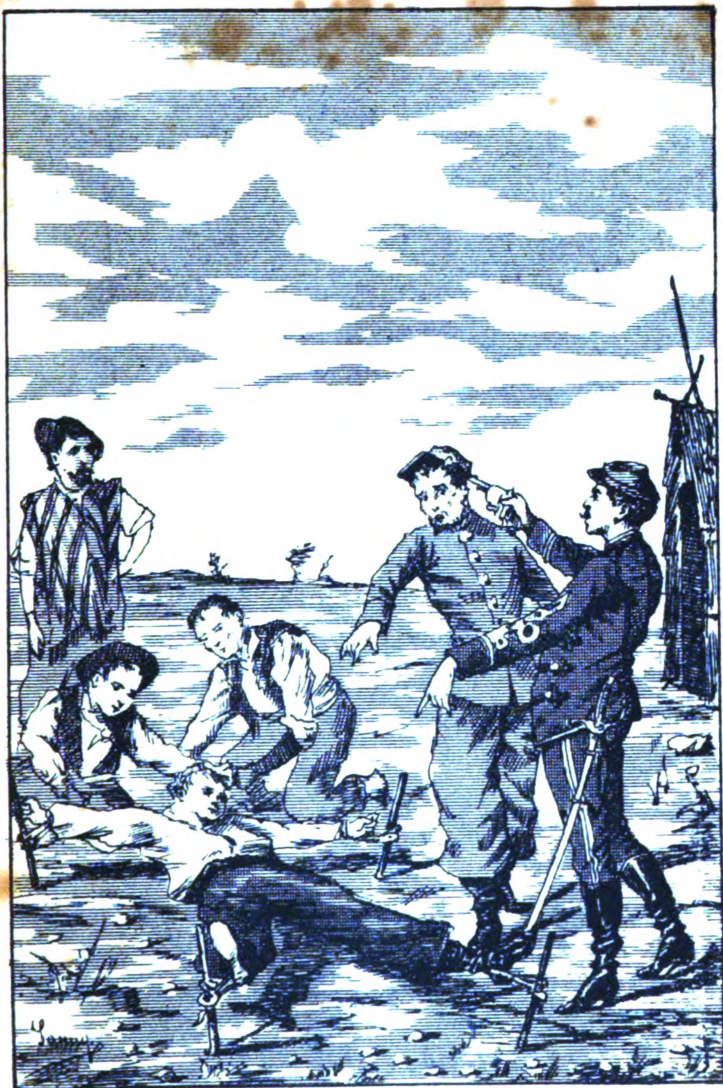
Los soldados continuaron apretando las correas.

—Así con mordaza, vas á estar mejor; de ese modo, no gritarás cuando te despenen, y....

El comisario no concluyó su frase; habia sentido apoyarse en su frente el cañon de un rewolver, al mismo tiempo que una voz enérgica, amenazadora, hacia resonar en su oido las siguientes palabras:

—¡Pon inmediatamente en libertad á ese hombre, ó te salto la tapa de los sesos!

El comisario se volvió, y se encontró cara á cara con el capitan Teodoro.



Pon inmediatamente en libertad á este hombre....

CAPITULO XXX[illegible]

[illegible] la pared

[illegible] el capitan [illegible], el [illegible] del comisario [illegible] en el la rabia y [illegible] horriblemente, [illegible] en el la rabia y [illegible]

[illegible] la intimo que pongas [illegible] de lo contrario te mato [illegible] el capitan con un acento en el [illegible] à cumplir su [illegible]

[illegible] mis [illegible]

[illegible]

CAPITULO XXXIII

Entre la ospada y la pared

Al ver al capitan Teodoro, el rostro del comisario palideció horriblemente, retratándose en él la rábia y el espanto.

— Por última vez, bandido, te intimo que pongas en libertad á ese hombre, ó de lo contrario te mato como á un perro — repitió el capitan con un acento en el que se dejaba adivinar que estaba pronto á cumplir su promesa.

Los soldados, al ver al oficial se miraron y suspendieron su trabajo.

— No me mate usted y le pondré en libertad — respondió el comisario con voz ronca.

— Está bien, — contestó el capitan con acento breve separando el rewolver de la frente de don Pancho.

El comisario adelantó un paso temblando de ira y con el semblante descompuesto, al que daba un aspecto repulsivo y siniestro la roja huella que habia dejado en él el cuchillo de Márcos.

—¡Desatar á ese matrero!—murmuró aque bandido diriguiéndose á sus subordinados—ponerle en libertad, que ya ajustaremos cuentas cuando no tenga miedo de que me madruguen pegándome un tiro—concluyó diciendo el comisario, con voz temblorosa por la rábia que le dominaba.

Los soldados se dispusieron á cumplir la órden de su jefe, pero el capitan guardó el rewolver, avanzó hácia ellos, les indicó con la mano que se estuvieran quietos, y fué á colocarse junto al comisario que le vió acercarse con creciente temor.

—Eres un canalla, eres un animal dañino, que si ahora te levantara la tapa de los sesos haria un gran beneficio á la sociedad; sin embargo, no temas, no tiembles de miedo, pues eres tan cobarde como infame; no te mataré, pero eso no quita para que te haga una advertencia, que si mal no recuerdo te hice en otra ocasion, y ahora te la hago de nuevo; tú te figuras que todos son de tu calaña, y te has equivocado; acabas de pronunciar una frase que no provi-niendo de tí pudiera haberse tomado por insulto, pero que de todos modos te retractarás de ella—murmuró el capitan mirando con desden al comisario.

—¿Yo?—contestó don Pancho.

—¡Tú! En primer lugar vas á desatar á Márcos, á quien de un modo tan infame estás martirizando.

—Ya he mandado que lo desaten—contestó el comisario con acento huraño.

—No me satisface eso: es menester que tú mis-

mo le pongas en libertad, y esto ha de ser pronto, pero muy pronto, ¿lo entiendes? ¡Vamos! desata á ese infeliz.

—Ese hombre se ha resistido á mis soldados y me ha herido á mí—gruñó el comisario.

—Mi capitan, me querian prender.... fuí atacado y me defendí—murmuró el infeliz Márcos con voz alterada por el sufrimiento.

—Está bien, Márcos—contestó el capitan á su asistente; luego dirigiéndose al comisario añadió con voz amenazadora.—Te he mandado que libres á ese hombre de sus ligaduras y aún está prisionero; tienes un minuto para obedecerme, sinó....—el capitan no concluyó su frase, pero sacó de nuevo el revolver y lo volvió á apoyar en la sien del comisario, que pálido como un cadáver se adelantó hácia donde se encontraba Márcos y desató las correas que lo suspendian á las estacas; despues, fijó una mirada traidora en el valiente gaucho, lanzó entre dientes una grosera blasfemia, y se dirigió con lentitud hácia la pulperia; pero antes de llegar sintió que una mano se apoyaba en su hombro; el comisario se volvió, y se encontró con el capitan.

—¿Qué quiere usted ahora?—preguntó aquel hombre con mal comprimida ira.

—Poca cosa; unas cuantas líneas escritas en que hagas constar que faltando descaradamente á la ley estabas estaqueando á un hombre honrado por satisfacer una infame venganza personal,—respondió el oficial.

— Yo no escribo eso — contestó el comisario de una manera huraña, salvaje.

— Silencio y obedece, si no quieres pasarlo mal.

— No sé escribir.

— Mientes; sabes escribir, y vas á hacer lo que te he dicho. No te reveles, pues sinó te prometo que despues de imponerte un duro correctivo, escribo yo mismo la relacion de lo que ha pasado, la hago firmar por tus soldados, por los concurrentes á la pulperia, por el pulpero, y últimamente por tí, y me presento con dicha relacion en Montevideo, en donde la haré publicar por todos los periódicos, y, tendrás que ir allí á dar cuenta de tu conducta, y ten la seguridad de que como eres muy poca cosa para que por allá se comprometan por tí, no dudarán en sacrificarte metiéndote en el Taller.

— He dicho que nó; abusa usted de la fuerza; ¡hacer eso seria perderme! — murmuró el comisario con voz destemplada.

— ¿Sí? pues me alegro; así aprenderás tú á no abusar del débil, que lo que es por mi parte, lo que ejecuto contigo es un simple acto de justicia, mientras lo que tú haces son simplemente infamias á las que te impulsa el miedo y tu mal instinto, pues eres tan cobarde como cruel.

— Yo....

— ¡Adelante y obedece! — respondió el capitan volviendo á dirigir su rewolver á la cabeza de aquel bandido, que con la mirada osca, pálido, tembloroso, entró en la pulperia seguido del oficial, yendo

á sentarse por indicacion del mismo cerca de una de las mesas que habia en la sala del despacho.

Detrás del comisario entró Márcos, sostenido por un soldado y el peon de la pulperia.

Los otros dos soldados se quedaron en la puerta, pero á ninguno de ellos se le ocurrió correr en defensa de su jefe atacando de improviso al capitan, pues aquellos tres hombres, voluntarios.... contra su voluntad, no querian ni mucho menos á don Pancho, que era malo y cruel para ellos. Casi hubieran tenido cierta satisfaccion en que el capitan hubiera cumplido su promesa.

—Amigo, —dijo el capitan dirigiéndose al pulpero, —hágame usted el favor de traer tinta, pluma y papel, y despues le ruego se encargue de ese pobre mozo á quien este bandido queria asesinar, y le cure y reanime lo mejor posible. Es mi asistente; un valiente muchacho, al que tengo gran cariño.

Don Nicomedes sirvió con prontitud los objetos pedidos, metiéndose en seguida para adentro, en donde se dedicó á dar unas fricciones con caña al valiente gaucho, fricciones que fueron acompañadas de unos tragos del mismo licor, del ménos artificial que habia en la casa; lujo que el bueno de don Nicomedes se permitió, gracias á la alegria que le habia causado el ver libre al simpático paisano, al que con harto dolor de su corazon consideró perdido pocos momentos antes.

Bien pronto el pobre Márcos se encontró fuerte, gracias á la caña administrada interior y exterior-

mente por el pulpero, hallándose dispuesto á montar á caballo y áun á pintarle otro *barbijo* á su contrario, segun le decia á don Nicomedes. Es verdad que el bravo gaucho era de esos hombres de hierro que se pasan la vida á caballo, insensibles al frio, al calor y casi hasta á las puñaladas, que con tanta facilidad suelen repartirse á veces por la campaña.

Despues de unos cortos instantes de descanso, volvieron al despacho de la pulperia don Nicomedes y Márcos, en el momento en que el capitan Teodoro, despues de leer cuidadosamente un papel en el que se veian algunas líneas mal trazadas y la firma del comisario, lo doblaba y se disponia á guardarlo en el bolsillo de su uniforme.

—¿Cómo estás, muchacho?—exclamó el oficial al ver á su asistente.

—Mi capitan, muy bien, y esperando sus órdenes.

—¿Podrás montar á caballo?

—¡Ya lo creo!

—Pues entonces, en marcha.

Y el capitan miró por última vez al comisario, con supremo desprecio, y salió de la pulperia seguido de Márcos, que despues de haberse despedido del pulpero, subió sobre su cabalgadura, no sin sentir insoportables dolores, saliendo á galope en demanda de su jefe, que se habia adelantado algunos pasos.

—Y ahora Márcos—murmuró el capitan cuando éste se encontró á su lado,—cuéntame cómo es que te hallas aquí. ¿Qué ha sido de mi amigo Sasturen, y qué es lo que ha ocurrido desde mi arresto?

— En pocas palabras puedo referírselo á usted, mi capitan — contestó Márcos.

— Pues habla pronto, porque la impaciencia me mata.

Entónces el valiente paisano refirió á su jefe la conversacion que habia tenido con Ricardo, y que él se habia encargado de librar á Matilde de caer en manos del infame don Adrian. Despues contó con frases llenas de colorido las escenas de la pulperia, terminando su relato con las siguientes palabras:

— Me parece, mi capitan, que nada se hubiera perdido con haberle metido una bala en la cabeza á ese bandido. Créame usted, señor, que se hubiera hecho un bien; es un animal dañino. Cuando á orillas del rio Negro he visto en los cañaverales asomar la cabeza de un tigre, no me he andado con cumplidos, sinó que le he roto la cabeza de un balazo, y ese comisario es peor que los tigres del rio Negro.

— No tengas cuidado, que tarde ó temprano saldará su deuda — respondió el capitan con voz reposada.

Márcos movió la cabeza con aire de duda; la respuesta de su jefe no le satisfacia. El hubiera preferido que el comisario hubiese quedado en paz cuanto ántes, pues comprendia que aquel hombre habia de querer vengarse del capitan. Y no era solamente el comisario quien preocupaba al honrado paisano: era otra persona desconocida para él, á la que no habia visto, pero que no por eso dejaba de existir; la per-

sona que traidoramente habia arrojado un poncho sobre su cabeza, poniéndole á merced de sus enemigos.

— Sí, sí; en la pulperia habia álguien á quien yo no he podido echar la vista encima, y ese álguien debia ser amigo del comisario y tan tunante como él. ¡ Maldita sea mi suerte ! daria el pingo y los pesos que llevo en el tirador — y al decir estas palabras dirigió instintivamente la mano á la cintura, lanzando luego un grito de sorpresa y de rabia al notar que el cinturon no rodeaba su cuerpo.

— ¿ Qué te ocurre ? — preguntó el capitan volviéndose y deteniendo su caballo.

— ¡ Qué ese tunante de comisario me ha robado el tirador con la plata que me dió don Ricardo, y la tarjeta dirigida á la señorita Matilde !

— ¿ Qué te ha robado el tirador el comisario ?

— Sí, señor; y no lo siento por el dinero sinó por la tarjeta.

— Pues entonces no te apures, que yendo yo contigo, espero que no necesitaremos tarjeta para cumplir el encargo de mi amigo, que estará á estas horas en Paysandú, lleno de intranquilidad y desesperacion.

— Sin embargo....

— ¿ Qué ?

— Que no me gusta que ese bandido de comisario se haya quedado con mis cuartos y con los papeles.

— ¡ Oh ! consuélate, que á él para nada le sirven.

— Seguramente; pero lo dicho: no me quedo á gusto.

— No te preocupes de eso, y castiga el caballo, que lo que urge es que lleguemos cuanto antes á Libertad, para poder proteger á la señorita Matilde contra las tenebrosas maquinaciones de don Adrian Leví.

— Sí, mi capitan, corramos hasta reventar los mancarrones; pero eso no quita para que tenga yo un humor de los diablos al pensar que me ha robado ese tunante, y que no puedo adivinar quién fué el traidor que me puso el poncho por la cabeza.

Y Márcos despues de pronunciar las anteriores palabras, castigó á su cabalgadura, continuando oficial y soldado su rápida marcha en direccion á Libertad.

CAPITULO XXXIV

El capitan Teodoro y Márcos, llegan tarde

Con el ánimo intranquilo y los caballos rendidos de fatiga llegaron el capitan Teodoro y su asistente al pequeño pueblo de Libertad, cuyas blancas casitas se destacaban de entre el verde esmeralda de los campos.

Al llegar á la poblacion detuvieron sus cabalgaduras; aquel era el pueblecito de Libertad indicado por Ricardo, pero ¿en qué direccion se hallaba la estancia de Santa Rosa, en la que se encontraba Matilde?

—Me parece que lo mejor que podemos hacer es preguntarle á aquel paisano que viene con las carretas—dijo el capitan Teodoro despues de un instante de vacilacion, indicando á su asistente un hombre que se dirigia hácia ellos.

—Tiene usted razon, mi capitan; ese hombre es posible que nos diga hácia qué lado se encuentra la estancia.

Despues, los dos ginetes castigaron sus rendidos caballos, llegando bien pronto al lado del carretero, que se habia detenido un instante para encender un cigarro mientras que los bueyes continuaban su camino con lento y perezoso paso.

— Buen dia, amigo, — murmuró el capitan dirigiéndose al paisano.

— Buenos se los dé Dios, señores, — contestó el carretero, mirando con cierta intranquilidad al oficial y al soldado, pues en aquellos tiempos, en que se buscaban á todo trance voluntarios, los campesinos huian de los uniformes como del demonio, pues en vez de significar para ellos una garantia de libertad, les significaba una seguridad de perderla.

— Queria que me hiciera un favor, buen amigo — murmuró el capitan con amabilidad, deteniendo al gaucho, que no sin cierta zozobra se disponia á continuar su marcha.

— ¿Un favor? — respondió el carretero, con un acento en el que se adivinaba la desconfianza que le inspiraba su interlocutor.

— Sí; un favor que no le cuesta mucho trabajo el hacerlo, pues consiste en que nos diga hacia donde se encuentra la estancia de Santa Rosa.

— ¿La estancia de Santa Rosa? — contestó el paisano cuyo semblante cambió instantáneamente de expresion, retratándose en él la tranquilidad y la franqueza.

— Sí.

— Pues la estancia de Santa Rosa es aquella que

se ve allí á la izquierda. ¿Vén ustedes una casita blanca, y cerca un gran rancho? — respondió el carretero.

— Sí, casi enfrente de nosotros.

— Eso es, casi enfrente; pues bien: aquella es la estancia que ustedes buscan, y á la que voy yo para recoger unos cueros, un poco de pasto, y....

El buen paisano no concluyó su frase, pues sin esperar que terminara de hablar, habian partido el capitan Teodoro y su asistente en la direccion indicada.

En cuanto á este, se encogió de hombros al ver alejarse á los dos ginetes, murmurando al mismo tiempo:

— ¡ Vaya, vaya! ¡ ni que hubiera fiesta en la estancia! Con este oficial son ya dos personas las que me preguntan hoy por ella.

Enseguida picó los bueyes, encendió de nuevo su cigarro que se le habia apagado, y continuó su marcha sin volverse á preocupar de los dos ginetes.

Entretanto, Márcos y el capitan seguian al galope en direccion á la casa de la estancia, á la que no tardaron en llegar, y en cuya puerta detuvieron la vertiginosa carrera de sus cabalgaduras, que arrojaban torrentes de vapor por sus dilatadas narices.

En la puerta de la casa habia un hombre de unos cincuenta años, decentemente vestido, que en el momento de llegar los dos viajeros fijaba sus miradas con cierto interés en una espesa nube de polvo que se veia á lo léjos, en el camino que como una estrecha

cinta amarillenta se perdia en lontananza, polvareda producida sin duda por alguna diligencia, carreta ó tropilla de ganado.

Al ver al oficial y á Márcos, aquel hombre bajó la mano que tenia colocada á la altura de su frente, por manera puntallo, para evitar sin duda los rayos del sol, y miró con cierta desconfianza á los recien llegados que se descubrieron atentamente, al mismo tiempo que el capitan murmuraba:

—Caballero, ¿seria usted por casualidad el propietario de esta estancia?

—Sí, señor; yo soy el dueño de ella. ¿En qué puedo servir á usted?—respondió el estanciero, fijando una penetrante mirada en su interlocutor.

—Desearia saludar á una persona que se encuentra aquí, á la señorita doña Matilde Sasturen, de cuyo hermano soy íntimo amigo, y acerca del cual deseo darle algunas noticias de sumo interés.

—¡Ah! ¿usted es amigo del hermano de Matilde?—contestó el dueño de la estancia con un acento particular, que no hubiera dejado de estrañar al capitan en otra ocasion en que hubiera estado mas tranquilo.

—Sí, señor—respondió Teodoro,—hace muchos años que nos conocemos... Pero desearia merecer de la amabilidad de usted que hiciera avisar á esa señorita, pues deseo saludarla cuanto antes, y comunicarle las noticias de que soy portador.

—¿Tan urgentes son?—preguntó el estanciero con marcado acento de desconfianza.

— Urgentísimas.

— Pues es el caso, que no sé si estará en la casa — añadió don Manuel, que Manuel se llamaba de nombre y Martinez de apellido, el interlocutor del capitan.

— ¿ Qué no sabe usted si está en la estancia ?

— No he dicho en la estancia, sino en la casa, lo cual no es lo mismo — contestó el estanciero.

— Entonces....

— Espérenme ustedes un momento, y me enteraré si ha salido ó nó á dar su paseo de costumbre con mi esposa y con mis hijas.

Y despues de éstas palabras, el estanciero dió media vuelta y se entró en la casa, dejando en la puerta á Márcos, y al capitan que se mordia los bigotes de rabia é impaciencia.

— Mi capitan, ¡ vaya una manera de recibir á la gente ! No me parece muy atenta, y sobre todo, yo no sé por qué me figuro que nos mira con prevencion el estanciero — murmuró el asistente.

— Ilusiones tuyas, Márcos, ilusiones tuyas — contestó el capitan, que no se habia fijado ni poco ni mucho en don Manuel, preocupado como se hallaba con la idea de vòlver á ver á su amada Matilde.

Pasó una media hora, al cabo de la cual volvió á aparecer en la puerta el estanciero.

— ¿ Y esa señorita se encuentra en casa, ó ha salido segun usted suponia hace un instante ? — preguntó el capitan.

— Siento mucho darle á usted una mala noticia,

pero Matilde ha salido á caballo acompañando á mi familia — respondió el estanciero con cierta ligera vacilacion, que no pasó desapercibida para Márcos, que sin despegar sus lábios escuchaba atentamente sus palabras de aquel hombre.

— ¿ Y no podria usted decirme hacia qué parte se han dirigido ? Si usted fuera tan amable que nos indicára el sitio por donde suelen pasear, iríamos á su encuentro.

— ¡ Oh ! no tienen sitio fijo; pasean indistintamente por toda la estancia — respondió don Manuel con visible embarazo.

— Entonces....

— Puede usted pasar adelante, y descansar algunos momentos, salvo....

— ¿ Qué ?

— Que quisiera usted esperar su regreso, lo cual no sé hasta que punto le convendrá, pues mi familia no suele regresar de sus paseos hasta el anochecer, y usted probablemente tendrá prisa — terminó diciendo el estanciero, de un modo que claramente dejaba conocer que tenia grandes deseos de que no aceptaran su ofrecimiento los recien llegados.

— Caballero, lo único que me interesa es saludar á esa señorita; acepto el ofrecimiento de usted, y esperaré su regreso: — respondió el capitan.

— Como usted guste, caballero — contestó don Manuel con mal disimulada contrariedad, separándose de la puerta y dejando el paso franco al oficial, que entró en la casa seguido de su fiel asistente.

Don Manuel penetró en el edificio detrás de los recien llegados, á los que indicó que pasaran á una pequeña habitacion, al mismo tiempo que decia dirigiéndose al capitan Teodoro.

— Caballero, aquí puede usted esperar el regreso de Matilde, molestia, que quisiera evitarle....

Una exclamacion lanzada por Márcos interrumpió al estanciero, que miró sorprendido al paisano, al mismo tiempo que el oficial se volvia rápidamente hácia su asistente.

El valiente gaucho, miraba con ojos espantados una tarjeta que habia recogido del suelo. Aquella tarjeta era la que Ricardo le habia dado para Matilde. Sin decir una palabra alargó la tarjeta á su jefe, que dejó escapar un pequeño grito de sorpresa, mirando primero á Márcos de un modo interrogador, y luego al estanciero con mal disimulada desconfianza.

— ¡ Mi capitan, esta es la tarjeta que me dió don Ricardo ! ¡ oh ! ¡ el corazon me decia que aquí nos ocultaban alguna cosa !... ¡ á la señorita Matilde se la han llevado !

El estanciero se turbó, pronunciando algunas frases de protesta, en las que no se fijaron ni el oficial ni el asistente.

El capitan Teodoro permaneció un instante silencioso, luego se volvió lentamente hácia don Manuel y murmuró:

— Caballero, no puedo creer que usted pueda haber sido cómplice de una infamia, por mas que las apariencias acusan á usted terriblemente.

—¡Señor Capitan!—contestó el estanciero con acento de reproche—me estrañan esas palabras.

—En primer lugar ¿quiere usted contestar con franqueza á las preguntas que voy á dirigirle?

—¿Es acaso un interrogatorio?

—No, señor; no es un interrogatorio, pues se reduce á preguntarle si ha partido de aquí la señorita Matilde Sasturen, con quién, y cuándo.

—¿Y puedo saber con qué derecho me hace usted esas preguntas?—murmuró el estanciero, que parecia querer ganar tiempo.

—Caballero, el tiempo es de un valor inapreciable para mí: cada instante que pasa, cada momento que tarda usted en decir si ha partido ó nó esa señorita, cómo, y cuándo, disminuye usted las probabilidades de poder salvar á esa inocente jóven de un terrible peligro. Yo, Teodoro Garcés, que no sé mentir, ni por nada mentiria, juro á usted que es cierto lo que le acabo de referir. Si Matilde está en esta casa, estoy tranquilo; la hermana de mi amigo no puede estar en mejor compañía, estando con la noble familia que hidalgamente la dió asilo, y prestó consuelo á sus pesares. Pero si ha sido sacada de este digno hogar por medio del engaño, gracias á un tenebroso plan urdido por sus enemigos, que al mismo tiempo lo son de su hermano; entonces, cada instante que pasa es un instante que imposibilita mas y mas el que pueda arrancarla de manos de sus raptores.

El estanciero miró al capitan y permaneció un momento silencioso; en el interior de aquel hombre,

sostenian una terrible lucha la franqueza y el disimulo.

— Caballero, ¡por favor! ¿y Matilde? — exclamó el capitan con vehemencia, con una expresion que claramente se conocia que no era fingida.

— Matilde.... — respondió el estanciero como titubeando.

— Sí, Matilde; presiento una desgracia, y al mismo tiempo veo que desconfía usted de mí. Pues bien, yo probaré á usted que soy Teodoro Garcés, ¿cómo? no lo sé; pero sí, sí, nada mas fácil ¿conoce usted la letra de Matilde? — murmuró el oficial al mismo tiempo que desabrochaba su uniforme y sacaba una cartera.

— Seguramente, caballero, que conozco la letra de Matilde.

— Pues bien, ahí tiene usted su retrato y al dorso escrito mi nombre de su puño y letra — murmuró el capitan con aire de triunfo, mostrando al estanciero un retrato en fotografía á cuyo respaldo se veian escritas algunas líneas.

El estanciero miró el retrato, leyó la dedicatoria y palideció horriblemente, al mismo tiempo que murmuraba con acento lleno de desesperacion:

— ¡ Pobre Matilde! ¡Nécio de mí que me he dejado engañar estúpidamente por esos miserables!

CAPITULO XXXV

¡ Adelante !

Una hora despues de haber tenido lugar la escena que acabamos de describir en el capítulo anterior, el capitan Teodoro y su asistente se alejaban de la estancia de Santa Rosa al galope de sus caballos, caballos que habia puesto á su disposicion el estanciero, quien se habia despedido del oficial casi con lágrimas en los ojos.

¿Cómo se encontraba el capitan Teodoro en libertad, y cómo habia sido arrebatada Matilde del tranquilo y honrado hogar donde se albergaba?

Cuestiones son estas que el lector verá en parte explicadas en el presente capítulo.

Como ya sabemos, el capitan Teodoro habia sido arrestado por el coronel don Mauricio, presentándose en la mayoria de su batallon para cumplir el castigo.

Pero el coronel, jefe del leal capitan, era un hom-

bre bueno á carta cabal, y pasado el primer momento de incomodidad, empezó á sentir cierto remordimiento por haber castigado al jóven oficial,—el mejor y mas valiente de su division y casi, casi del ejército, y dió principio á una série de paseos por su tienda de campaña, muy parecidos á los del leon en su jaula, al mismo tiempo que murmuraba entre dientes palabras solo comprensibles para él.

—Sí, he sido quizás demasiado duro; ese maldito Leví tiene ojeriza á Garcés que es un buen muchacho. Sinembargo; injusto no he sido, no; hay que dar ejemplo de subordinacion. Pero apesar de eso, no daré parte ninguno á la superioridad; quince dias de arresto bastarán.... — murmuraba para sí el buen coronel al mismo tiempo que recorria á grandes pasos el estrecho recinto de la tienda. — ¿Y si todo lo que me ha dicho ese Leví, que es peor que quedarse sin municiones, fuera simplemente una invencion suya, para convertirme en juguete de sus proyectos, que maldito si siendo cosa de ese judío han de tener nada de bueno?... No seria estraño. ¡Oh! pues lo que es á mi no me engaña, ¡soy demasiado listo para eso!.... Yo lo averiguaré, y por lo pronto, el pobre capitan no debe estar arrestado quince eternos dias, porque como delito.... no ha cometido ninguno mas que dejarse llevar un poco de su génio, de suyo un poco vivo.... y en verdad que yo estuve un poco duro, á causa de lo que me habia dicho ese Leví — y el coronel continuó su paseo, despues de estas reflexiones hasta que parándose de pronto, murmuró dirigiéndose á un invisible personaje:

— Ocho dias es demasiado castigo, sí, señor; el capitan al fin y al cabo es un valiente, y, bien mirado, no ha faltado á la ordenanza. Con cuatro ó cinco dias basta y sobra. ¿Y por qué ese tiempo?... Despues de todo, no ha hecho mas que pedirme una licencia que se tenia bien ganada, y que no le hubiera negado sinó hubiera sido por ese endiablado comandante. ¡Oh! en justicia no debia haberle arrestado. Sí, he obrado muy ligeramente.... ¡Qué demonio! yo le levantaria el arresto, pero seria confesar que he sido injusto.... ¿Por qué no habrán venido sus compañeros á interceder por él?.... Decididamente hay poco compañerismo — concluyó diciendo el veterano, al mismo tiempo que mordia con rábia los extremos de su encanecido bigote.

Pero el buen coronel, que era un infeliz y tenia nobles sentimientos y una alma sensible, por mas que, como ya dijimos, encubriera dicha sensibilidad con una especie de corteza áspera, que sus íntimos amigos y subordinados sabian separar en las grandes ocasiones, haciendo brillar en todo su valor aquel corazon de oro, concluyó por arreglarse de tal modo (casi, casi, tachándolos de malos compañeros por que no lo hacian) que los demás oficiales del regimiento pidieron la libertad de su caro compañero, cosa que por otra parte, el que mas y el que menos habia pensado hacer individualmente. Excusado es decir que el varonil semblante del veterano se despejó, y que accedió inmediatamente á la peticion, mandando poner en libertad al capitan, con órden de que se le

presentara inmediatamente. Lo que pasó despue sentre aquellos dos valientes y nobles corazones, no es difícil suponerlo.

El jóven oficial refirió al coronel la historia de los dos huérfanos, presentando á Leví en toda su repugnante desnudez, no sin provocar mas de cuatro exclamaciones del coronel, algunas quizás no muy cultas, pero de sobra enérgicas, saliendo al fin el capitan de la tienda del jefe, llevando en el bolsillo una licencia por quince dias, que el coronel le habia dado con lo mejor voluntad del mundo.

Pero si grande fué la alegria que tuvo al recibir la licencia que le permitia correr á salvar á su querida Matilde, grande fué tambien su pesar al encontrarse con que Ricardo habia sido llevado á Paysandú con los heridos, y que su asistente tampoco se hallaba en el campamento.

La partida de Ricardo se comprendia. Pero ¿por qué le habia abandonado Márcos?

Además supo con intranquilidad que el comandante Leví se habia separado del ejército.

—A Ricardo no es cosa de que vaya á buscarle estando en grave peligro Matilde, á la que es preciso salvar sin pérdida de tiempo, y Dios quiera que no llegue tarde; en cuanto á Márcos.... ¿en dónde demonio se habrá metido? En su partida hay algo de misterioso, pues él es fiel como un perro é incapaz de abandonarme. En fin, ahora no es tiempo de reflexionar, sinó de ir á socorrer á mi amada Matilde.

Y á los pocos minutos el capitan corria á rienda

suelta en direccion á Montevideo, llegando á la pulperia á tiempo de salvar á su fiel Márcos de las garras de la muerte.

En cuanto á Matilde, habia sido engañada miserablemente por Miguel, que, con un carruaje, y acompañado de una al parecer señora, no mal parecida y de elegante porte, á la que llamaba hermana, se habia presentado en la estancia de Santa Rosa presentando la tarjeta de Ricardo, que hizo que se abrieran ante él de par en par las puertas de la casa del estanciero. Llevóse, pues, á Matilde, no sin prevenir con intencion diabólica á don Manuel, que don Adrian Leví, enemigo de la jóven, trataba de apoderarse de ella, enviando por Matilde bajo el pretexto de que iban de parte de su hermano y del capitan Teodoro.

— Si vienen, señor, entretenga usted á esos malos hombres — dijo Miguel al estanciero al tiempo de despedirse. El buen paisano siguió al pié de la letra la indicacion, negando á los amigos de la jóven su partida, cuando aún se divisaba á lo léjos envuelto entre una nube de polvo el carruaje que la conducia; carruaje en el que iba la hermosa y angelical hermana de Ricardo, acompañada de aquella muger que se decia parienta del portador de la tarjeta de Sasturen.

Durante la primera media hora, ni el oficial ni el asistente desplegaron sus labios, pues iban profundamente preocupados; el uno pensando en que quizás no conseguiria alcanzar el coche en que se llevaban á Matilde, y el otro en que con la jóven iria Miguel,

al que pensaba hacer pagar cara su intervencion en la lucha con él comisario, pues ya no le quedaba duda alguna de que habia sido Miguel el que habia arrojado el malhadado poncho sobre su cabeza, poniéndole á merced de sus contrarios, y robándole despues de la tarjeta que habia servido para apoderarse de la jóven. Porque lo mismo Márcos que el capitan, tenian la completa seguridad de que el asistente de Leví era el raptor de la jóven, en vista de las señas del estanciero, y teniendo en cuenta que tan solo aquel hombre, hechura de don Adrian, podia estar enterado y tener interés en secundar y realizar sus tenebrosos planes.

—¡Oh!—murmuraba Márcos entre dientes—lo que es como le eche yo la vista encima á ese bandido, no le vuelven á quedar ganas de meterse en lo que no le importa. Nó, no le perdonaré nunca el que no me dejara pintarle otro barbijo al tunante del comisario.

El capitan castigaba á su caballo oprimiéndole nerviosamente con sus rodillas, como si hubiera querido darle alas para que volara en vez de correr, pues aunque su carrera era vertiginosa, á él le parecia que caminaba muy despacio, pues los instantes se le hacian siglos.

—¡Oh! infame Leví; ¡te prometo que no he de descansar hasta que no sufras el castigo merecido!—murmuró el capitan, alzándose sobre los estribos, y mirando con afan á lo léjos, con la esperanza de divisar el carruaje en que conducian á Matilde. Pero

pasaron dos y tres horas, sin que nuestros dos hombres distinguieran nada mas que una tropilla de ganado que avanzaba en direccion contraria á la que ellos llevaban. Pero aunque no era la tropilla el coche donde iba Matilde, un pequeño rayo de alegria brilló en los ojos del oficial, pues suponia que los troperos podrian sin duda alguna, dar noticias acerca de la jóven, con cuyo carruaje se habrian cruzado seguramente.

—¡Más de prisa, Márcos, más de prisa!... Aquellos hombres nos podrán quizás dar noticias de Matilde; apura el caballo, duro en él: —murmuró el capitan, castigando furiosamente su cabalgadura.

—Volando iria yo, mi capitan, pero mi flete está cansado, y temo que se me plante á lo mejor—contestó Márcos, al mismo tiempo que castigaba á su corcel con energia.

—¡Que se lleve el demonio á los caballos, con tal que lleguemos á tiempo de salvar á Matilde!—exclamó el oficial.

—Lo malo es, mi capitan, que si revientan los pingos ántes, nos hemos lucido; si hubiéramos tenido la precaucion de traernos un par de ellos de tiro, ya era otra cosa.

El capitan no contestó á la atinada observacion de su asistente, se encogió de hombres y siguió corriendo.

Un momento despues se encontraban con la tropilla; el capitan contuvo su caballo.

—¡Eh! ¡buen amigo!—exclamó dirigiéndose á

uno de los troperos, que en aquel instante procuraba ordenar el ganado que se habia alborotado un poco, desparramándose por las laderas del mal llamado camino.

Volvióse el tropero al oir la voz del capitan, y adelantó hácia él, murmurando:

— Buen dia, señor, ¿en qué puedo servirle?

— Desearia me hiciera el favor de decirme si ha encontrado por el camino una diligencia en la que van dos señoras.

— Una diligencia nos hemos encontrado á poco de pasar el rio, pero no puedo decirle á usted quién iba dentro, pues la tropilla estaba alborotada, y yo andaba reuniendo los mancarrones; únicamente recuerdo que la diligencia iba tirada por cuatro pingos que no eran malos, los cuales corrian que era un gusto; se conocia que tenian prisa los que iban en el coche — contestó el tropero.

— ¿Y no iba con la diligencia un paisano?

— Sí, señor, un hombre mal encarado, con un caballo tordillo.

— Justamente. Y diga amigo: ¿á qué distancia crée usted que se encontrará de nosotros la diligencia?

— ¿Piensan ustedes alcanzarla?

— Si fuera posible....

El tropero echó una mirada á los caballos y luego murmuró:

— Con esos caballos me parece difícil, porque están muy cansados....

— ¿De manera que será imposible darle alcance? — preguntó el capitan con cierto desaliento.

— Seguramente: sin embargo, quizás puedan ustedes conseguirlo, porque el rio viene muy crecido y tendrán que pasarlo en la balsa, y eso lleva mucho tiempo. Apuren los animales y puede ser que encuentren á los viajeros.

Y despues de contestar al saludo de despedida que le hacia el capitan Teodoro, continuó el tropero su camino, miéntras aquel y su asistente animaban sus caballos continuando su vertiginosa carrera.

Media hora despues aparecia ante la vista de los dos viajeros una ancha cinta de plata: era el rio anunciado por el tropero, rio que tenian que atravesar para continuar su camino, y cuyas aguas aumentadas por las lluvias invadian en una gran extension ambas riberas.

En el momento en qne el rio apareció ante la vista del oficial y de Márcos, la balsa se separaba de la orilla y empezaba á cruzar la corriente. Sobre la balsa se veia una diligencia con cuatro caballos.

El capitan Teodoro soltó un juramento; habia llegado tarde.

— ¡ Maldicion ! — murmuró el jóven al ver que su amada Matilde era arrebatada por sus enemigos, que la tenia allí, ante su vista, y no podia salvarla.

— Quizás sea tiempo todavia, mi capitan, la balsa pronto vuelve.

— ¡ Corramos, Márcos, corramos ! — respondió el oficial castigando á su cabalgadura.

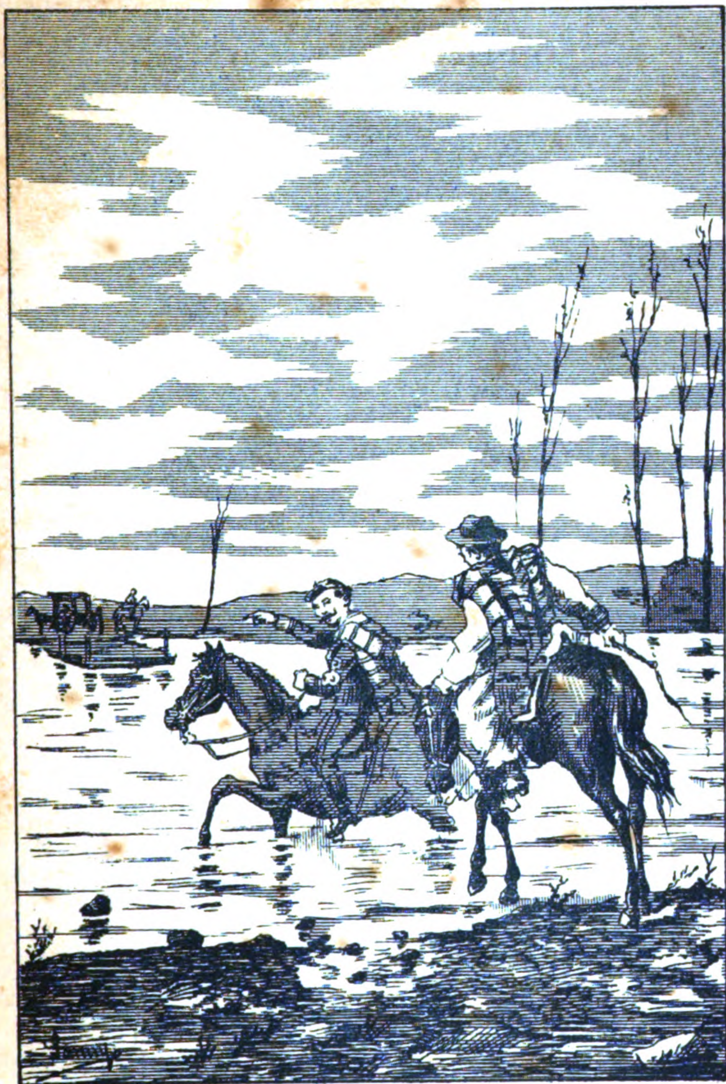
Un minuto despues los dos ginetes se hallaban á la orilla del rio; en aquel momento tocaba la balsa en la ribera opuesta.

El capitan Teodoro, de pié sobre los estribos, fijaba con ansiedad sus miradas en la otra orilla. Transcurrieron algunos minutos, durante los cuales vió desembarcar la diligencia, que siguió adelante arrastrada por sus cuatro caballos, mientras el ginete, en el que adivinó enseguida al infame asistente de Leví, se quedaba sosteniendo una acalorada discusion con el barquero, que señalaba de cuando en cuando al sitio en donde se encontraban nuestros amigos. Pasaron algunos minutos de horrible impaciencia para el oficial, que veia alejarse cada vez mas la diligencia donde iba Matilde. Despues, en las manos del supuesto Miguel se vió brillar un objeto que se sepultó dos veces en el pecho del hombre de la balsa, que abrió los brazos y cayó al suelo.

En seguida, Miguel montó en su cabalgadura al galope en la misma direccion que llevaba la diligencia.

— ¡ Oh ! ¡ infame asesino, no te escaparás con tu presa ! — ¿ quiéres impedirme que pase el rio ? pues bien, sea como sea lo pasaré, si no es en balsa, á nado, ¡ adelante ! — concluyó diciendo el capitan, al mismo tiempo que castigaba al caballo y se lanzaba con él á la corriente.

El bravo paisano le imitó, y un momento despues nadaban los dos caballos en direccion á la otra orilla.



—Adelante.—

CAPITULO XXXVI

En el que se habla de un ciego que vé, y de un cojo que corre.

Retrocedamos un poco en nuestro relato, y veamos cómo habia conseguido apoderarse Miguel de Matilde, y cuales eran sus proyectos respecto de la jóven secuestrada por órden del infame don Adrian Leví.

Dejamos al digno criado del infame tutor de Ricardo en el momento en que salia de la pulperia acompañado de don Pancho el comisario y seguidos ámbos por un soldado de policía.

Caminaron reunidos durante unas dos horas, hasta llegar á un punto en el que se bifurcaba el camino, segun le llamaban por allí las gentes, aunque con harta impropiedad, despidiéndose y separándose Miguel y el comisario, continuando ámbos en opuestas direcciones. El segundo, dado á todos los demonios, por tener que presentarse en la capital del Departamento, siendo así retrasada su venganza; y el

otro, pensativo, en direccion á Montevideo, ma durando el plan que habia de dar por resultado el que Matilde y el documento indicado por Leví estuvieran prontos en su poder. Y decimos en su poder, y no añadimos en poder de don Adrian, porque Miguel en todo pensaba menos en entregar sin mas ni mas al honrado Leví la jóven y el papel. Leví habia sido para él durante mucho tiempo un déspota cruel, un tirano insoportable, y en opinion de su asistente habia llegado el momento de tomar la revancha.

Miguel era un bribon en toda la extension de la palabra, un criminal empedernido; pero hagámosle justicia: no era peor que su digno amo. Entre los dos no habia mas que una diferiencia: que el uno era un campesino sin un cuarto, y el otro era un caballero; es decir, lo parecia. ¿Qué misterioso lazo sujetaba á Miguel á la tiránica voluntad de don Adrian Leví?

Terrible debia de ser, cuando Miguel, que mas tenia de demonio que de ángel, se convertia en esclavo sumiso del comandante.

Efectivamente; el misterioso lazo lo formaba una página sangrienta del asistente, página solamente conocida por Leví y á medias por Miguel. Pero ya conoceremos á su debido tiempo el terrible secreto que formaba el yugo bajo el que doblaba la cerviz el asistente de don Adrian.

Miguel hacia tiempo que ansiaba romper sus cadenas, y al recibir de su digno amo la mision de apoderarse de Matilde y del documento firmado por el

procurador Savelio, formó el plan de emanciparse de su tirano.

— Decididamente tengo suerte — iba pensando Miguel, al mismo tiempo que castigaba á su caballo — don Pancho vale un mundo; si no hubiera sido por él, no llevaria yo en el bolsillo la tarjeta que me ha de abreviar la mitad del camino para salir adelante en mi empresa. ¡ Oh ! que consiga yo apoderarme de la muchacha, y de ese papelote, que debe ser muy importante, y en seguida me hago perdiz con la niña, y le impongo á don Adrian condiciones á mi antojo. ¡ Ya era tiempo !... Sí, pero tengo que atar bien todos los cabos.... el amo puede mucho, y si me descuido puede costarme la vida. Sí, es verdad; el patron es malo y no perdona; pero ya tomaré yo bien todas las medidas para que si se pierde una puñalada no sea yo el que la encuentre. Me iré á Buenos Aires con la muchacha, y allí concluiré tranquilamente de formar mi plan. Lo primero á Montevideo, á buscar á Teresa; hace tiempo que no la veo, pero eso no importa; puedo contar con ella siempre. Además, tengo plata de sobra para decidirla á que me ayude. Pero supongo que no tendré que tocar al dinero que me entregó don Adrian; ¡ somos demasiado buenos amigos para que tenga que recurrir á ese medio ! — murmuró para sí Miguel, al mismo tiempo que una sonrisa especial se dibujaba en sus lábios.

El asistente de Leví siguió su camino entregado á sus reflexiones, y al siguiente dia llegaba á Montevideo, y se alojaba en una fonda de la calle 25 de Agosto.

Pocas horas despues se dirigia al conventillo en una de cuyas miserables habitaciones habia exhalado su último suspiro la viuda de Mendieta.

Miguel iba en busca de la italiana, de la antigua amante de Paolo, de la infame muger enemiga irreconciliable de la pobre huérfana.

¿Qué relacion existia entre la italiana y el paisano?

Teresa, conocida generalmente por el apodo de la *China*, habia venido á América cuando casi era una niña. Pero aunque con pocos años de edad, tenia ya un enorme capital de picardias, cuando llegó á esta tierra, capital que habia reunido sirviendo de lazarillo á un ciego, que en sus horas de ócio veia mas que un lince. Teresa no tenia ni padre, ni madre, ni hogar, habiendo llegado á los catorce años viviendo en el arroyo y revolviéndose en el fango.

Pero Teresina se cansó de servir de perro al mendigo, que solia no tratarla con mucha amabilidad, y empezó á pensar en abandonar aquella vida por otra que le ofreciera mas libertad y menos palos, viendo con cierta envidia á los que abandonaban el pátrio suelo para venirse á hacer fortuna á la jóven América.

Desgraciadamente aquella idea, que concluyó por ser su sueño dorado, era para ella imposible de realizar, pues no poseia ni una miserable lira, y mucho menos, por lo tanto, la cantidad necesaria para tomar pasaje á bordo de un vapor de los que cruzaban el Atlántico.

Entre los conocidos del ciego.... con vista, se hallaba un cojo que corria mas que un galgo en cuanto veia á los gendarmes, cuyo cojo llevaba siempre de compañero á un muchacho de unos quince años, de familia tan desconocida como la de Teresilla, el cual solia tener frecuentes diálogos con la muchacha, tendidos cómodamente ambos sobre la playa, royendo algun sabroso mendrugo, ó mirando con envidia como los roian los demás muchachos, pues en aquella vida ascendcreada mas recojian palos y puntapiés que caricias y buenos bocados.

En uno de esos momentos en los que la infantil pareja (no decimos inocente, por no levantarle falso testimonio), se entregaba á la contemplacion de la naturaleza, que desarrollaba ante sus ojos la bóveda celeste de los cielos, y la azulada superficie del anchuroso mar, cuyas olas venian á morir cerca de los dos muchachos; Teresina fijó de pronto su vista en un punto lejano del horizonte, en el que se destacaba la oscura silueta de un vapor, cuya negra chimenea lanzaba torrentes de negro humo que formaba una extensa estela en los aires, y murmuró lanzando un suspiro:

—¡Felices los que se van!

—¿Por qué? Teresina —preguntó su compañero.

—¿Por qué? ¡porque son libres!... ¿no te gustaria á tí ser libre, Pipo?

—¿Libre?—contestó el llamado Pipo, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Sí, libres; no tener que aguantar puntapiés y

malos tratos, correr libremente, saltar uno á su antojo, comer si tiene hambre, dormir si tiene sueño.

— Sí, sí, eso es bonito; pero para comer se necesita dinero y.... nosotros no lo tenemos.

— Es verdad, Pipo; pero de seguro tu amo lo tiene, y el mio tambien: mi amo, ese ciego que lo es para pedir limosna, y vé claro para sacudirme el polvo!... si pudiera.... pero el ciego es malo, muy malo, — y la muchacha hizo un gesto de cólera y un movimiento de amenaza.

— Sí, sí, ellos tienen dinero, es verdad; y el cojo tiene guardadas debajo de un ladrillo unas monedas amarillas, muy bonitas; yo las he visto; por la noche las cuenta y las recuenta. ¡ Oh ! ¡ debajo de aquel ladrillo hay mucho dinero ! — respondió Pipo.

— ¡ Tonto !

— ¿ Por qué ?

— Por que yo en tu lugar se las quitaria y me marcharia á América.

— ¿ Quitárselas ? — murmuró Pipo, mirando á Teresina con estupor.

— Sí, quitárselas — respondió la muchacha con decision— ¿ no engaña él al público fingiéndose cojo, y le roba el dinero haciéndose pasar por mendigo?

— Eso es verdad — respondió Pipo pensativo.

— Entonces....

— Es que robar dicen que es malo ....

— ¡ Bah ! eso lo dicen los ricos para que *no le* quiten el dinero los pobres, — contestó Teresina; — asi dice por lo menos mi amo. ¡ Oh ! ¡ si el ciego tu-

viera tambien amarillas, no andaria yo con miedo para echarlas en mi bolsillo!

—¿Y qué hariamos con tanto dinero?—preguntó Pipo con timidez.

—Nos iriamos á Génova, y luego á América, y allí nos dariamos buena vida,— contestó la muchacha.

—¿Y si se descubria y nos cogian los gendarmes?

—¡Qué tonto eres! ¿Cómo quieres tú que tu amo diera parte de que te habias llevado su dinero? ¡Quién se lo habia de creer, cuando todos se figuran que es un pobre, que le falta poco para morirse de hambre!... ¡Se reirian de él!

— Eso es verdad; sin embargo....

—Lo que hay, es que tú eres un mándria —murmuró la muchacha con un acento que hirió el amor propio de su interlocutor.

—Yo no soy mándria y no hay muchacho que á mí me pueda—respondió Pipo alzando con fiereza la cabeza, y clavando en su compañera una mirada.

—Sí, sí, ya lo sé; pero le tienes miedo al cojo. Si yo estuviera en tu lugar te aseguro que pronto estaba libre.

—No sabes tú quién es el cojo.... es malo, muy malo.....—respondió Pipo, como hablando consigo mismo.

Teresina no contestó, pero miró á su compañero con cierta expresion de cólera, y se puso luego á canturrear una de las canciones que habia aprendido por las calles.

Despues, Pipo y Teresina se separaron; pero al poco tiempo los dos muchachos desaparecian de Nápoles sin que nadie volviera á verlos. El ciego fingido se quedó sin lazarillo, y el cojo.... En cuanto á éste nada le hacia falta, pues Pipo, por instigacion de Teresina, habia prendido fuego al modesto albergue en donde vivia, despues de haber levantado el famoso ladrillo y de haber sacado la fortuna del mendigo, que murió abrasado, siendo sorprendido por las llamas cuando dormia una soberana mona de las que tomaba de cuando en cuando por modo de distraccion de sus penas.

Teresina y Pipo se dirigieron á Génova al abandonar á Nápoles, figurándose ver en todas partes á los gendarmes, gendarmes que solo existian en la imaginacion de los dos muchachos. Ya en Génova, pensaron tomar pasaje en seguida en uno de los vapores, pero el miedo de que sospecharan de ellos si los veian con dinero, dió por resultado que se confiaran á un tunante conocido de Pipo, merodeador de playa, que concluyó por traspasar bonitamente del bolsillo de Pipo al suyo las monedas de oro robadas al mendigo.

Grande fué la consternacion de los muchachos al verse despojados, y por ende teniendo que guardar silencio, pues al reclamar Pipo á su amigo la cantidad sustraida, le contestó éste con cierta sacarronería:

—Mira Pipo, tú estás loco; yo no te he tomado nada. Sin embargo, si no lo crees, puedes dar parte

á los gendarmes; que despues de oirte, procurarán enterarse de la procedencia de ese dinero, que sin duda habrás perdido en cualquier parte, y vienes con la pretension de que yo te lo he robado. Esto sin contar, con que si me incomodas mucho te tiro al mar para que te se refresque la cabeza.

Pero Teresina se habia empeñado en venir á América, y ella y su compañero se embarcaron un dia en uno de los vapores, sin que nadie se fijara en ellos, escondiéndose en el último rincon del barco, rincon que no abandonaron hasta que no estuvieron bien léjos de la costa, y áun así lo hicieron acosados por el hambre, causando gran sorpresa al capitan del buque el ver á aquellos dos pasajeros que no constaban en el rol. De buena gana los hubiera desembarcado, pero el vapor no hacia escalas en ningun punto hasta llegar á Montevideo, y Teresina se salió con su empeño de pisar la tierra americana.

Ya en América, Pipo y Teresina se separaron, pero un año despues se volvieron á reunir, y la muchacha fué la querida de Pipo. Este se marchó á la República Argentina, llevándose á su amada, y al poco tiempo y gracias á no pocas picardias cometidas por Pipo, ya solo, ya acompañado de otros cuantos pillos de su calaña, llegó á reunir algunos cuartos, con los que se propuso darse buena vida, cosa en la que estaba de acuerdo su compañera, que era aficionada á llevar buenos vestidos y á lucir buenas alhajas. Pipo era un canalla, pero adoraba á Teresina, que se habia convertido en una bonita muger,

morena en extremo, lo que despues debia valerle el sobrenombre de *China*, pero muy graciosa y con buenos ojos, aunque de mirada un tanto dura.

Así pasaron algunos años, hasta que un dia desapareció Teresina, llevándose todas las economias de Pipo, que juró matar á su querida en cuanto la encontrara al alcance de su brazo. En cuanto á la jóven habia huido seducida por la buena planta de Miguel, que se habia aficionado á la muchacha y á las peluconas de Pipo. La tierna pareja cruzó el rio y se vino al Uruguay, en donde se comieron los cuartos robados al italiano. Pero el dinero se concluyó pronto, y la muchacha entró de criada en una estancia, de la que estuvo á punto de salir para una correccional, pues al poco tiempo fué acusada de infanticidio; infenticidio cometido con el pobre sér, resultado de las relaciones sostenidas con su segundo amante. Afortunadamente para ella, supo con tiempo que la iban á prender, y huyó de la estancia, viniéndose á Montevideo, en donde se lanzó desenfrenadamente en el vicio, no sin escribir de cuando en cuando á Miguel, que tampoco andaba muy de acuerdo con la justicia.

Conocidos ya los lazos de union que existian entre el asistente de Leví y la italiana, seguiremos adelante con nuestro relato.

Como decíamos al principio de este capítulo, Miguel se dirigió al conventillo, antigua morada de Ester, con el objeto de buscar á su antigua querida.

—¿Podria usted decirme, señora, en qué cuarto vive una jóven llamada Teresina? — preguntó Miguel

á una muger que estaba en la puerta del conventillo.

—¿Teresina?—interrogó la interpelada, mirando á su interlocutor.

—Sí, señora, Teresina.

—Pues mire usted, yo vivo aquí en esta casa hace seis años, soy la inquilina mas antigua, y no conozco á esa señora.

—Es una jóven morocha, italiana, que vive aquí sola....

—Aquí vivia una jóven de esas señas, sí, es verdad, ahora recuerdo, no me acordaba, sí, sí. Usted pregunta por la *China:* debe ser la misma, porque se llamaba Teresa.

—Sí, señora, esa misma debe ser. ¿Y dice usted que no vive aquí?—concluyó diciendo Miguel, á quien aquella noticia contrariaba en extremo.

—No, señor; hace ocho dias que se marchó; tuvo una pelea con una de las vecinas, con misia Ramona, pues, la señora del número cuatro, y se mandó mudar. Y la verdad es que la casa se ha quedado como una balsa de aceite—respondió la muger.

—¿Y no podria usted decirme en donde vive ahora esa jóven?

—¿Dónde vive? no, señor; y francamente, no me hace mucha falta saberlo, pues una mujer honrada como yo no se trata con cierta gente—respondió la muger, que á continuacion dió media vuelta y se metió para adentro, dejando perplejo á Miguel, cuyos planes desbarataba el no encontrar á su antigua amante.

Pero hay un refran que dice que todos los pillos tienen fortuna, y Miguel la tuvo, deparándole aquella un muchacho vecino del conventillo, quien, mas despreocupado que la vecina, le dió noticias de Teresa, mediante un par de veintenes, suma que el muchacho guardó con gran regocijo en uno de los bolsillos de su raida blusa.

Por él supo Miguel que su antigua amante habia sentado sus reales en una academia, cuyas señas grabó cuidadosamente en su memoria.

CAPITULO XXXVII

Vino, mugeres y juego

En la época en que tenian lugar las escenas que vamos relatando, habia cerca del Cordon, en una de las calles principales, y en lucha abierta con la moralidad y las leyes, una academia famosa, no de artes ni ciencias, sinó de malas costumbres, padron de ignominia del barrio y escándalo perpétuo de la calle, de la que era el punto negro, ó especie de berruga que no habian podido eliminar de allí los vecinos honrados, á pesar de todos los esfuerzos que habian hecho para conseguirlo.

Era la tal academia centro de reunion de todo lo peor de lo mas malo, que es todo lo qne se puede decir de sus concurrentes, salvo alguno que otro individuo mal aconsejado, que entraba arrastrado por la curiosidad, y salia de allí apartando la mirada con asco de las repulsivas escenas de que era teatro aquel infierno del vicio y las malas pasiones.

Daba entrada á la malhadada academia una estrecha puerta, guardada por un vigilante nocturno, encargado, no sabemos si de conservar la tranquilidad ó la intranquilidad pública; vigilante, que registraba cuidadosamente, salvo erratas, á todos los que entraban en la academia, con el objeto de impedir que pasaran con armas los desalmados asistentes. Previsora medida de las autoridades, en cuyo desmedido caletre no cabia quizás que hubiera sido mas sano y mas lógico cerrar el establecimiento con regocijo de la moral y de la decencia, que nó registrar á los concurrentes para prevenir contingencias, que maldito si evitaban ni prevenian.

Despues del visto bueno del activo vigilante, á quien solian dar algun disgusto á pesar de su linterna y pito (armas defensivas), y de un sable (arma casi ofensiva) que por lo vírgen, solia correr parejas con la espada del Gran Mariscal, se encontraba el recien llegado en un salon en el que las mujeres, el vino y el juego le brindaban con sus favores.

Era el tal salon de grandes dimensiones, y estaba destinado al baile, baile capáz de ruborizar, no á un sargento de caballeria, que en opinion de una infinidad de autores es el personaje mas refractario al rubor, sinó á toda una division de cosacos del Don, que segun dicen (y si no lo dice nadie lo decimos nosotros) son los mas difíciles de ruborizarse.

A la izquierda de dicho salon se abria una puerta, que daba paso á una sala en donde se ostentaba una vieja mesa deslucida, cubierta con tapete verde, en el

que se jugaba á la blanca y negra y á la ruleta, por unos cuantos caballeros de rostros repulsivos y de mirada atravesada como el alma de la mayor parte de ellos, á pesar de que muchos apenas si habian salido de la adolescencia, por mas que estuvieran en plena decrepitud moral bajo la influencia del vicio.

A otro lado del salon, habia otra puerta, por la que se pasaba al local donde Baco tenia su templo, brindando con sus dones, ó sea con sendas botellas de guindado, caña y grapa, que contribuian á embrutecer á los académicos (dispensen los de la Española y los inmortales de la Francesa), académicos que concluian por ponerse allí al nivel de los brutos.

Al frente del gran salon, aparecia otra puerta, que daba entrada á las habitaciones interiores, que.... Pero dejemos las habitaciones interiores y volvamos al salon, que lo que en la sombra debe estar en la sombra debe quedarse.

En el dicho salon, al que daban luz varias lámparas de petróleo, se veian unos cuantos bancos destinados á las sílfides de la academia, que ataviadas con brillantes trajes y desprovistas de toda vergüenza, sacaban á la idem sus encantos, que mas de cuatro veces solian recibir como final de amorosa empresa algun trompis en inglés, ó alguna bofetada de cuello vuelto, en castellano. Dichas Vénus eran las bailarinas con que los concurrentes distraian sus ócios estirando las piernas, mediante dos veintenes por cada cuadrilla, cada polka ó cada danza que bailaban con aquellas infelices, veintenes de los cuales uno era

entregado por la bailarina á la dueña de la casa, que lo recibia con cara de perro, y dispénseme la clase, porque perros hay mucho mas bonitos y simpáticos que la tal dueña, mientras que el otro era depositado en una bolsita de seda colgada en la pared, pues cada individua tenia la suya, distinguiéndose por los colores para evitar equivocaciones, que sinó hubieran sido muy frecuentes entre gentes tan honradas.

Encima de la puerta de entrada, y sostenido casi milagrosamente por unas maderas que se sujetaban en los tirantes del techo, se veia una especie de jaula en donde cuatro músicos tocaban desesperadamente danzas y cuadrillas, segun el gusto del *distinguido* público, piezas musicales que resultaban completamente reformadas y desconocidas al ser interpretadas por aquellos desdichados.

En las paredes del salon, que eran de una blancura relativa, se veian dos ó tres letreros, que decian textualmente:

Se prohibe la entrada á los menores.

Segun aquel letrero, traducido libremente, no podian asistir á aquel sitio los y las que no hubieran llegado á la mayor edad, pero como nadie exigia á la entrada la fé de bautismo, ni preguntaban á nadie cuantos años tenia para constatar que el aspirante á académico ó á académica estaba en condiciones de recibir el título, el aviso era completamente ineficáz é inútil.

Una noche, dos dias ántes que el capitan Teodoro y su asistente llegaran al pueblo de Libertad, se ha-

llaba la ilustre academia en todo su esplendor; la concurrencia era enorme; parecia que se habian dado cita en aquel sitio todas las *chinas* y compadritos de la hermosa capital. Los músicos soplaban, ó rascaban el violin desesperadamente, segun sus aptitudes; una espesa atmósfera envolvia á los asistentes, formando una especie de nube en la que se agitaban los bailarines como séres fantásticos. Concluyó una cuadrilla y empezó una danza, que fué bailada por todo lo alto por cuatro ó seis parejas, entre las que descollaba una formada por una muchachuela de unos quince años (á pesar del rótulo de la pared), de mirada atrevida y semblante descarado, muchacha que era conocida por el apodo de *Urraca;* siendo su compañero un jovencillo, de rostro casi barbilampiño, pues apénas si le apuntaba el bozo, lo cual no quitaba para que fuera uno de los mas asíduos asistentes á las academias, y digno por todos conceptos de haber sido con arreglo á la más recta justicia huésped perpétuo del Taller, para tranquilidad de los hombres honrados. Periquito Bailén, que así se llamaba el tal mozo, era hijo de don Pedro, personaje de la situacion, que por su facha y grotesca personalidad pertenecia al género bufo, y hubiera sido un gran tipo para Halevy y Offembach; y por sus hechos de crueldad y salvajismo encuadraba perfectamente en la escuela trágica ó por mejor decir, en la cuadra de un presidio.

Periquito, el digno hijo de don Pedro, se hallaba en uno de sus momentos mas felices, quebrándose con

toda la gracia de su desgarbado cuerpo, y causando la admiracion de los espectadores, cuando apareció en la puerta de la àcademia uno de nuestros personajes: Miguel, el asistente de de don Adrian Leví.

A qué iba á la academia no era difícil suponerlo; iba en busca de su antigua amiga, de Teresa; que, segun las indicaciones del muchacho del conventillo, debia encontrarse allí.

Efectivamente; sentada en uno de los bancos, y esperando un *académico* con dos veintenes que se prendara de sus encantos y fuera á sacarla á bailar, se hallaba Teresina, sin suponer ni remotamente que la contemplaba su antiguo amante. En cuanto á éste miró un momento á la italiana cuyo semblante ajado por los excesos aparecia cubierto por una espesa capa de polvos de arroz, y luego murmuró como hablando consigo mismo, al ver el deslucido traje de seda de la *China:*

—Vaya, la suerte se conoce que no le ha sido muy favorable, pues tiene trazar de estar sin un veinten. Mas vale así, pues con poco que haga para convencerla conseguiré que se deje de farras y se venga conmigo.

Despues de murmurar para sí las anteriores palabras, adelantó un paso, colocándose de manera que pudiera llamar la atencion de la jóven, que al cabo de un instante se entregaba á los placeres del baile con uno de los concurrentes, que empezó á bailar una danza por lo fino, con cada quiebro que valia un mundo, siendo dignamente acompañado por la italiana,

que seguia el compás de la destemplada música con mil movimientos cadenciosos y provocativos que entusiasmaban á los espectadores.

Cerca de la *China* y de la pareja de ésta que era un bailarin de primer órden, continuaban bailando Periquito y la muchachuela, que habian dejado de llamar la pública atencion que se habia fijado en Teresina, cuyo descoco no tenia igual, con gran sentimiento de Periquito que estaba acostumbrado á ser el gallito de la academia, y le sabia muy mal que otro bailara mejor que él y fuera festejado y aplaudido.

Continuaron bailando las dos parejas, echando ámbas el resto, y mirándose las dos mugeres con aire nada tranquilizador, pues eran enemigas antiguas, que mas de cuatro veces, habian ventilado sus asuntos á bofetadas y arañazo limpio.

Miguel contemplaba lleno de impaciencia el baile, temiendo que su antigua amante y la pareja de Periquito se vinieran á las manos, y como consecuencia fueran á parar al Cabildo en donde seguramente las hubieran detenido algunos dias, viendo deshechos de este modo todos sus planes.

— Milagro será que concluya en paz la fiesta, — pensaba Miguel — y lo que es como Teresa haga una de las suyas, me desbarata todos mis proyectos, pues sin ella me parece muy difícil poderlos realizar.

Entretanto seguia la danza, acompañada de furiosas y provocadoras miradas que se lanzaban Teresa y la pareja de Periquito, miradas que concluyeron

por traducirse en palabras, prólogo seguro de algun exceso. En uno de los giros de las dos parejas, Teresa pisó inadvertida ó intencionalmente á su enemiga, que se detuvo en uno de los movimientos mas seductores, y exclamó con voz irritada dirigiéndose á Teresina:

—¿Diga usted, señora, se figura que mis piés son salon de baile?

—Lo que yo me figuro no le importa á usted; yo bailo porque quiero, y como quiero, y á la que no le guste, la calle es ancha,—respondió Teresina con un acento que encerraba toda una declaracion de guerra.

—¡Válgame Dios, y que comadre!....—respondió la muchachuela con una ironia equivalente á una decidida roptura de hostilidades.—Vamos, señores, ¡sáquense las *galeras* que está aquí la reina de los trapos!—concluyó diciendo la pareja de Periquito, el cual se habia separado algunos pasos, y cruzaba en aquel momento algunas palabras con el compañero de Teresa.

En cuanto á ésta, al escuchar las últimas frases de su contraria, se echó para atrás, sacó un pequeño cuchillo del bolsillo y se le fué encima, murmurando con voz enronquecida por la soberbia:

—Te voy á cortar esa mala lengua que tienes, arrastrada, sin vergüenza! ¡toma! para que comadrees,—concluyó de decir la *China*, dirigiendo una cuchillada al rostro de su enemiga.

En cuanto á la *Urraca*, no esperó que Teresina

cumpliera su promesa, y se puso á la defensiva, armada de su correspondiente cuchillo.

Los espectadores se arremolinaron alrededor de las combatientes, sin que ninguno pensara en desarmar á las dos mugeres, y solo en gozar del hermoso espectáculo que procuraban gratis aquellas dos hembras de rompe y rasga.

Periquito se acercó á las dos mugeres, cruzando palabras agresivas con la pareja de Teresina, que era hombre de pelo en pecho, y le cargaba extraordinariamente el semblante afeminado del ilustre hijo de don Pedro, al que tenia deseos de dar un soberano pié de paliza cara á cara, cosa difícil, pues Periquito jamás habia visto el gesto de sus contrarios cuando habia pegado una puñalada, pues educado en la escuela de su digno papá, todas las habia dado por la espalda.

— Amigo, ¿por qué no sigue compadreando, como tiene por costumbre? — le decia á Periquito el compañero de Teresa.

— Déjese, y tenga calma, que nada pierde por esperarse, — respondió Periquito, mirando de través á su contrario — porque si yo tuviera mi cuchillo ya le hubiera enseñado á carnear.

— Es usted muy chiquilin para enseñarme, amigo; usted compadrea entre polleras pero no entre hombres.

— ¡La gran pucha; que le he de sacar las tripas con mi facon!... ¡pues si empiezo á retozar!...

— Eres muy pequeño para irte al humo, amigo —

contestó el otro, mirando con desden al insolente mozalvete.

Entretanto, las dos muchachas se atacaban con furor, y la pareja de Periquito lucia ya una pequeña cortadura en el cuello, de la que brotaban algunas gotas de sangre.

Miguel, durante esta escena, pugnaba por acercarse á las combatientes, al mismo tiempo que murmuraba lleno de rábia:

—¡Maldita sea mi suerte! ya se armó el bochinche que me esperaba, y se echaron á perder todos mis planes.

No hubiera terminado nunca aquella escena, sinó quedando tendida en el campo del honor una de las protaginistas de ella, si el vigilante á pesar de ser sordo como una tápia en semejante casos, no hubiera temido que las cosas se hubieran puesto demasiado feas, y hubiera entrado en el salon con el sable en alto y la linterna á manera de rodela, no sin ántes haber tocado desesperadamente el pito, llamando á sus compañeros para que le sacaran de tamaño aprieto y le ayudaran á dar cima á la formidable empresa de apaciguar á las dos académicas.

—¡Alto, señores, vengan esos cuchillos; basta de barullo!... ¡todos al Cabildo! —gritó el defensor de la paz pública, penetrando valerosamente por entre el grupo que habian formado los concurrentes alrededor de las esforzadas duelistas.

Pero entrar el vigilante en el salon y empeñarse en abandonarlo los que lo ocupaban todo fué uno. En

cuanto á las combatientes fueron separadas y desarmadas, buscando tambien la puerta de la academia en el ¡ sálvese quien pueda ! de los asistentes. Miguel entre tanto, hombre de malas intenciones y buenos puños, consiguió acercarse á Teresina y sacarla á la calle en el momento en que iba á caer en las garras de los vigilantes, que como movibles fuegos fátuos se agitaban alrededor de la casa.

La italiana, no se fijó en su salvador hasta que no volvieron la esquina de la próxima calle; entonces se detuvo y exclamó con un acento en el que se dejaba adivinar la sorpresa:

—¡ Miguel ! ¿ eres tú ? francamente, no esperaba verte, ni mucho menos.

— Pues mira, soy el mismo, que he llegado á tiempo de impedir que te metan en chirona; pero anda de prisa, que tenemos que hablar de cosas de interés y no es cosa de hablar en la calle, ni la calle está muy segura que digamos.

— Pues mira, andando, y guia, que yo siempre soy para tí la misma — respondió Teresa.

Despues, ésta y el asistente de Leví siguieron adelante á buen paso, procurando alejarse de la academia lo mas pronto posible.

Mientras tanto los vigilantes cercaban el malhadado templo del vicio y detenian á unas cuantas personas, pues al entrar en el salon de baile se habian encontrado un hombre tendido en el suelo con una tremenda puñalada en el costado izquierdo. Aquel hombre era el que habia sido la pareja de Teresina ¿quién

habia sido su agresor? Fácil era adivinar su nombre: era Bailén, que habia desarmado á una de las combatientes, aprovechado despues un descuido de su enemigo para herirle á traicion.

Todos señalaron á Periquito como autor del crímen, los vigilantes casi podia decirse que habian visto cometer el delito, y tenian la conviccion de que aquel repugnante individuo era el criminal, pues conocian perfectamente sus mañas: el desalmado mancebo estaba entre los detenidos, con su sombrerito gacho sobre los ojos, mirando con estúpida insolencia á sus compañeros de detencion y á los vigilantes; pero éstos en vez de asegurarle bien para que no se escapara, le miraban con cierta temerosa consideracion. Al ir á salir á la calle los presos, se acercó un sargento al doncel y saludándole, casi, casi, con respeto, murmuró con un acento en el que se conocia el deseo que tenia de ponerse bien con el antipático y repulsivo jóven:

— Señor don Periquito, con usted no reza la órden de ir al Cabildo; ya sabemos todos que usted es una persona incapaz de armar ningun bochinche. Puede usted salir libremente, y mandar si quiere alguna cosa, que aquí estamos todos para servir á usted y á su papá.

— Ya suponia yo, sargento, que conmigo no rezaria la órden. ¡Hubiera tenido gracia que fuera al Cabildo, siendo yo hijo de mi padre! — murmuró Periquito, que miró con soberbia superioridad á los demás detenidos, y salió con aire triunfal de la aca-

demia, no sin ser saludado respetuosamente por los vigilantes, que sabian lo poco que les convenia ponerse mal con el ilustre vástago del no ménos ilustre *personaje* y conocido asesino don Pedro Bailen.

Y verdaderamente, hacian muy bien; pues una ó dos veces que le habian detenido en cumplimiento de su deber, á la media hora estaba Periquito en libertad, gracias á una tarjetita del papá, en que pedia al Jefe Politico que «le soltara al muchacho», recibiendo el vigilante aprehensor una soberana reprimenda por haberse atrevido á detener nada menos que al distinguido Periquito.

CAPITULO XXXVIII

Tal para cual

Como suponia el asistente de Leví, bien pronto encontró en Teresina un auxiliar; pues á parte de la antigua amistad que los unia, la italiana no tenia un cuarto, ni de donde viniera, y al oir hablar á su antiguo amante sospechó no sin fundamento que Miguel estaba tan sobrado de peluconas como ella estaba falta de cobres, lo que dió por resultado que bien pronto se pusieran de acuerdo.

—Mira, Teresina, me alegro que siempre seas la misma, —le dijo Miguel despues que la italiana le hubo dicho que le seguiria al fin del mundo —yo nunca dudé de tí; pero me habian dicho que si estabas ó no estabas amigada, y francamente, si hubieras tenido algun compromiso.... hubiera sentido hacerte mal tercio.

—Pues mira, Ché, tranquilízate; porque no tengo mas compromisos que aquellos en que nos metamos

los dos; que ya sabes tú que siempre te quiero, y aunque haya tenido un centenar que me arrastraran el ala, yo nunca he dejado de quererte; pues si le he dicho que sí á alguno ha sido solo por la plata; porque ya ves tú: yo soy una muchacha desamparada, y no tenia ningun recurso; pero eso no quita para que siempre me haya acordado de tí, y contigo me hubiera vuelto sinó hubiera sido por aquel asuntillo de la criatura, y porque no he tenido nunca ni dos vein-tenes de sobra para comprar *La Tribuna*.

— Lo sé, hijita, lo sé sin necesidad de que lo ju-res — respondió Miguel, que á pesar de que no esta-ba muy seguro de la pasion de su antigua amada, le convenia persuadirla de que se lo creia.

— Ahora que nos hemos encontrado, no tienes más que decir: — Haz esto, — para que Teresina lo haga de cabeza.

— Pues mira, una de las cosas que vamos á hacer es darnos buena vida.

— ¿ De veras ?

— Seguramente; pero no aquí, en Buenos Aires, — respondió Miguel.

— ¿ En Buenos Aires ? — preguntó la italiana.

— Sí.

—¡ Oh ! ¿ no podriamos irnos á otra parte ?... Te olvidas que Pipo está en la Argentina y.... ¡ ten la seguridad que si me encuentra me mata ! — murmuró Teresina.

— ¿ Te has vuelto cobarde ?

— ¿ Yó ? nó; pero á Pipo le tengo miedo.

—¡Bah! no seas tonta, que en todo caso aquí estoy para defenderte, y yo tengo los huesos duros,—contestó Miguel.

— Bueno, iremos á Buenos Aires,— respondió la *China*, despues de un instante de vacilacion.

— Así me gusta, Ché, que no tengas miedo á nada. Y ahora vamos á otra cosa, pues no supondrás que me he hecho estanciero, ni que me ha tocado la loteria para pensar solo en pasearme con *galera* y guantes por la otra banda.

—¡Ah!

— Sí, hija, sí; todos trabajamos, los unos de un modo y los otros de otro, y á mí me ha caido ahora una chapuza, que me valdrá una buena punta de pesos.

—¿Y para eso qué tienes que hacer?— respondió Teresina, mirando fijamente á su interlocutor.

—Casi nada.

—¿Y yo?

—Poca cosa; vestirte como una señora, y hacer un pequeño viaje conmigo en busca de una paloma que tenemos que enjaular,—respondió Mariano.

—¿Y si nos enjaulan á nosotros?— preguntó la italiana con cierta zozobra.

—Mira, Ché, eso es casi tan difícil como hacerme á mí obispo y á tí abadesa, y en cambio, despues que el pájaro esté en la jaula tomaremos unos cuantos miles de pesos, con los que podremos compadrear y darnos tono.

—¿De veras?—respondió Teresa, cuyos ojos brillaron bajo la influencia de la codicia.

—Y tan de veras.

—Entonces bueno, sea como quieras, y cuanto antes mejor.

Como consecuencia del anterior diálogo, al dia siguiente salian de Montevideo Teresina y Miguel, convertida la primera en una señora elegantemente vestida, gracias al dinero entregado por don Adrian, dirigiéndose al pueblo de Libertad, en donde debian apoderarse de su jóven víctima.

Una diligencia y unos buenos caballos alquilados por Miguel, diligencia que debia conducirlos á Libertad, completaron los elementos necesarios para llevar á efecto el proyectado rapto. La diligencia iba conducida por un hombre de absoluta confianza, amigo de Miguel, y tan á propósito para guiar los caballos como para pegarle una puñalada á cualquiera.

Como ya hemos dicho anteriormente, la tarjetá de Ricardo sirvió para allanar todos los obstáculos, y disipar momentáneamente la prevencion y recelo con que al principio fueron recibidos en la estancia. Ver Matilde la tarjeta de su hermano y lanzar un grito de alegria, todo fué uno. No se cuidó de reflexionar sobre si seria ó no víctima de un engaño: su hermano le indicaba que estaba en peligro, que se confiara al portador de la tarjeta, y ella obedecia sin titubear. ¡Pobre niña inocente, solo seguia los impulsos de su corazon!

Matilde, hermosa niña de unos diez y nueve años, blanca como el armiño, de ojos azules, muy azules, con ese azul diáfano y profundo, digámoslo así, del

cielo; alta, esbelta, con magníficos cabellos rubios que formaban á su cándido rostro valioso marco de doradas ondas, era una jóven cándida, ingénua y sin malicia; para ella Miguel era un íntimo amigo de su hermano y del capitan Teodoro, su prometido; y aquella muger que le acompañaba, la hermana del amigo de su hermano. Cuando llegó Miguel á la estancia, la familia del estanciero habia partido para otra estancia distante cuatro leguas, en donde debian pasar dos ó tres dias, y á la que no habia acompañado Matilde porque esperaba con ansiedad noticias de su hermano, á quien suponia muerto, herido ó prisionero.

Matilde quiso esperar el regreso de la esposa y las hijas del estanciero; pero Miguel movió la cabeza negativamente, al mismo tiempo que murmuraba:

— Señorita, lo siento mucho; pero don Ricardo me rogó que sin pérdida de momento se viniera usted con mi hermana y conmigo. Don Adrian Leví quiere apoderarse de usted, y no seria extraño que viniera pisándonos los talones álguien enviado por ese mal hombre. Si don Ricardo ó el capitan hubieran podido venir, ya era otra cosa; pero el uno está herido y prisionero, y el otro no puede separarse del ejército. — No pierdas un momento, — me dijo al despedirse de mí, — cada instante que pasa crece el peligro en que se encuentra mi hermana. Y sobre todo — añadió — que no se separe de los papeles que le entregué, de los que te hago á tí depositario y responsable. — Yo partí, reventé un par de

fletes, busqué á mi hermana, alquilé una diligencia, y aquí estoy; pero no podemos perder ni un instante sin exponernos á un contratiempo.

A pesar de las palabras de Miguel, Matilde dudó un momento; sentia con toda su alma separarse de aquel modo de la familia de don Manuel, de la que tan franca y leal acogida habia recibido y á la que ya amaba con todo su corazon.

El bueno del estanciero fué el que decidió á la jóven á partir.

— Hija mia, — dijo á Matilde — sé que mi muger y mis hijas van á tener un gran sentimiento por no haberla visto á usted antes de marchar; pero creo que debe usted partir. Nunca me perdonaria que por un pequeño retraso del que indirectamente seríamos nosotros la causa, cayera usted en poder de sus infames enemigos.

La jóven abandonó la estancia acompañada de Teresina, la infame mujerzuela disfrazada de señora por obra y gracia de Miguel. En cuanto á éste, ya conocemos las palabras que dirigió al crédulo estanciero antes de partir y que fueron suficientes para impedir que la jóven fuera encontrada á tiempo por sus amigos, que á pesar de todo hubieran conseguido su objeto si la balsa los hubiera pasado al otro lado del rio. Desgraciadamente, Miguel no era hombre que se paraba en barras, y al distinguir en la otra orilla á sus enemigos, comprendió que tenia que jugar el todo por el todo. Al desembarcar la diligencia, el barquero se disponia á volver á la otra ribera, desde donde le

llamaban el capitan y el valiente Márcos; pero Miguel se interpuso: sabia que si la barca cruzaba de nuevo la corriente estaba perdido.

—Mire, amigo, —dijo al hombre de la balsa, — tengo interés en que aquellos ginetes que están allí no pasen el rio hasta mañana; es una apuesta que he hecho con ellos; son amigos, pero quiero ganarles unos pesos que les he apostado á que yo llegaba á Montevideo ántes que ellos.

— Pues mire usted: siento que pierda la apuesta y los pesos, pero mi obligacion es pasar en la balsa á todo el que quiera cruzar el rio, y aunque usted lo sienta los pasaré, que yo no falto á mi obligacion ni por nada ni por nadie; — y despues de pronunciar estas palabras, el hombre de la balsa puso el pié en ella y se dispuso á atravesar de nuevo la corriente.

— Hágame ese favor, y en pago le daré un par de libras, que nunca le vendrán mal — añadió Miguel deteniendo al balsero.

— Aunque me dé usted mil pesos no dejo de pasar — respondió el interlocutor de Miguel.

— ¡ Es que no quiero que pase á esos dos hombres que esperan en la otra orilla ! — respondió el paisano frunciendo el ceño, al mismo tiempo que brillaba en sus ojos una chispa de cólera.

— ¿ No?

— Nó.

— Usted dice que nó, y yo que sí, y pasarán.

— No pasarán.

— Sí.

—Nó.

—¿Por qué?

—Porque yo no quiero.

—¡Tiene gracia!.... pero le advierto que los voy á pasar ahora mismo —respondió el hombre encargado de la rudimentaria embarcacion.

—¿Te empeñas? ¡pues toma! ahora veremos si pasan—contestó Miguel al mismo tiempo que sacaba un cuchillo y lo clavaba en el pecho de su interlocutor, que abrió los brazos, lanzó un ¡ay! y cayó al suelo.

Despues, Miguel guardó el cuchillo, miró con aire de desafio al capitan y á Márcos, montó á caballo, y corrió á reunirse con las viajeras que de nada se habian apercibido

En cuanto al capitan y á su valiente compañero, que como ya sabemos se habian arrojado al agua con los caballos tratando de cruzar con ellos la corriente, bien pronto se vieron arrastrados por ella, cuyas revueltas y tormentosas aguas en vano pretendian cruzar las cabalgaduras; los pobres animales se hallaban cansados, y bien pronto empezaron á derivar y muy luego á sumerjirse, rendidos por la fatiga é impotentes para dominar la fuerza del rio. El capitan y Márcos se miraron al considerar el peligro en que se encontraban.

— Mi capitan, si seguimos á caballo estamos perdidos: los animales no pueden mas, y nos vamos á ahogar con ellos, lo cual no es muy agradable.

— Tienes razon, Márcos; abandonemos los caballos, y tratemos de pasar el rio á nado.

Y siguiendo el capitan el consejo que daba á su asistente, abandonó su cabalgadura y empezó á nadar vigorosamente hácia la orilla, seguido de Márcos, cuyo caballo no tardó en desaparecer en medio de las aguas.

Durante largo rato lucharon el capitan Teodoro y su compañero con el revuelto rio, cuyo impetuoso curso les impedia alcanzar la orilla opuesta. Solamente unos hombres de hierro como parecian ser el capitan y el soldado, eran capaces de resistir aquella lucha con el líquido elemento. Pero capitan y asistente eran unos buenos nadadores, tenian una voluntad indomable y unos músculos de acero, y al fin despues de una larga lucha con las aguas, lograron alcanzar la deseada orilla, cuando ya las fuerzas estaban á punto de faltarles.

—¡Ya era tiempo, mi capitan!—murmuró Márcos al sentir la tierra bajo sus piés—un momento más, y tomo una mona de agua fresca de la que despierto en el otro mundo.

—Sí, es verdad, nosotros nos hemos salvado; pero en cambio Matilde está perdida.

Márcos guardó silencio: él pensaba lo mismo que su capitan.

Despues de un instante el capitan procuró orientarse; el rio los habia arrastrado largo trecho, y se encontraban muy léjos del sitio donde se hallaba la balsa, punto donde empezaba el camino por donde iba la desgraciada Matilde.

Despues el capitan Teodoro y su asistente echaron

á andar por la orilla del rio en demanda de la balsa; el oficial queria enterarse de si el encargado de ella habia sido muerto por el infame Miguel, ó si estaba herido solamente.

Al cabo distinguieron la balsa junto á la orilla del solitario rio; bien pronto llegaron á ella, sobre la cual, y en medio de un charco de sangre se encontraba su conductor.

El capitan y Márcos le reconocieron; aquel hombre no estaba muerto; tenia tres heridas, pero ninguna era mortal: el puñal del paisano se habia desviado al herir á aquel hombre, cuyo único delito habia sido querer cumplir con su deber.

El oficial, ayudado de su asistente, vendó lo mejor posible las heridas de aquel infeliz, que al cabo de largo rato abrió los ojos clavando sus sorprendidas miradas en el capitan y en el asistente.

CAPITULO XXXIX

En libertad

Tiempo es yá de que volvamos á encontrar al hermano de la angelical Matilde, á quien dejamos herido en la tienda de campaña de su amigo el capitan Teodoro.

Pocas horas despues de la partida de Márcos, y cuando devorado por la rabia y la desesperacion sentia trascurrir el tiempo presa de la mayor impaciencia, supo que el General en jefe habia dado la órden de que todos los prisioneros heridos ó nó fueran conducidos á Paysandú. Aquella noticia concluia de contrariar y entristecer al infeliz Ricardo, que se veia separado por completo del capitan Teodoro, al que no podia dirigir una palabra de despedida ántes de partir.

Bien triste se le hizo el viaje, á pesar de que los demás prisioneros procuraban animarse mútuamente, olvidando las fatigas pasadas con alegres conversa-

ciones sobre los ausentes, sin ocuparse del hoy ni del mañana. Pero él era una excepcion: él estaba herido de cuerpo y de alma; sin embargo, las heridas recibidas en los campos del Quebracho no le preocupaban; pero las heridas, los sufrimientos morales, digámoslo así, esos se le hacian insoportables; el *yo* le importaba poco; pero su hermana Matilde, su adorada Ester le importaban mucho. ¡Ester! ¿qué habria sido de la adorable niña? El creia haberla visto en medio del combate, tenia casi la conviccion de que aquel cadete que le habia salvado la vida era la amada de su corazon; pero á veces dudaba, dudaba porque le parecia completamente inverosímil. La observacion hecha por el capitan Teodoro no podia ser mas natural: ¿cómo habia de haber abandonado á su pobre madre?

Por otra parte, su hermana de su alma estaba en peligro; la dulce compañera de su infancia estaba á punto de caer en poder del infame don Adrian Leví, del bandido que los habia despojado, del que pretendia casarse con su querida hermana Matilde, para encubrir en parte de ese modo el despojo realizado con ellos, despojo que habia llegado hasta lo último, y que Leví queria legalizar á todo trance. Y no solamente estaba á punto de apoderarse de su antigua pupila el cínico tutor, sinó que tambien iba á hacerse dueño del arma terrible con la que Ricardo debia confundirle, de la famosa declaracion del procurador Savelio, arma tremenda con la que esperaba anonadar al infame Leví.

Cuando todos estos pensamientos acudian á su imaginacion, Ricardo casi enloquecia de rabia al encontrarse prisionero é impotente, por lo tanto, para correr en socorro de su hermana.

Bien corta fué su estancia en Paysandú, pues los prisioneros recibieron enseguida la órden de partir para Montevideo, en donde debia decidirse su suerte. Quedaban exceptuados de esta órden los heridos, que debian quedar allí hasta su completo restablecimiento.

En conciencia, Ricardo debia haberse quedado; pero la impaciencia, la ansiedad que sentia hubiera sido de peor resultado que cualquier agravacion en sus heridas, que por otra parte no ofrecian gran peligro.

Sin embargo, quizás hubiera tenido que quedarse en Paysandú hasta sabe Dios cuándo, sinó hubiera sido encargado de los heridos un médico al que el jóven fué altamente simpático.

—Usted tiene que quedarse aquí—habia dicho al jóven, al reconocer sus heridas.

—¡Oh! no lo crea usted, yo debo partir con mis compañeros—habia respondido Ricardo.

—Está usted herido, y los heridos deben permanecer en esta ciudad: esa es la órden.

—Sí, esa será la órden; pero yo desearia marchar con mis compañeros; sea cualquiera el destino que me tiene deparado la suerte, yo quiero ir á Montevideo; tengo allí afecciones, tengo asuntos de gran importancia para mí, y mi permanencia por mas tiempo en esta poblacion concluiria por matarme de impaciencia.

—Señor Sasturen,—respondió el médicó, que conocia al jóven, pues más de cuatro veces se habia cruzado con él en los salones de la capital—lo que usted desea es casi imposible, pues solamente de un modo podia usted realizar sus deseos.

—¿Cómo?

—Faltando yo á mi deber.

—¿Faltando usted á su deber?

—Seguramente; la órden que tengo es dar solamente de alta á los contusos y á los heridos muy leves, y usted no está en ese caso. Si á usted le incluyera entre los primeros ó los segundos, adquiria una gran responsabilidad.

—Responsabilidad que es mas un sueño que otra cosa, pues yo me siento fuerte, mis heridas no me molestan, y solamente la impaciencia es la que me mata.

—Sus heridas de usted no son graves, hoy por hoy, pero pudiera sobrevenir una complicacion....—murmuró el médico, que habia comprendido el interés que tenia el jóven por partir, y empezaba á dudar si le daria ó no de alta.

—¡Oh! caballero; le ruego á usted que me incluya entre los heridos leves: crea usted que si accede á mi súplica, me hará un favor que nunca olvidaré.

El médico miró á su interlocutor, y murmuró:

—¿Efectivamente presto á usted un servicio en ello?

—Un servicio de gran importancia.

—Entonces partirá usted; sé que me comprometo, pero no importa; voy á curarle á usted cuidadosamente, le pondré enseguida el brazo en un cabestrillo, y despues podrá usted marchar á Montevideo con sus compañeros, — respondió el médico.

—Gracias, señor, gracias—murmuró Ricardo con efusion.

Despues, el médico cumplió su palabra, curó con el mayor esmero al jóven, y éste partió para la capital, en donde esperaba encontrar la resolucion de mas de un problema.

Y sin embargo, si se hubiera quedado en Paysandú hubiera encontrado bien pronto la solucion de uno; el que consistia en saber si su amada Ester era ó nó el valiente cadete que le habia salvado la vida dando muerte á su enemigo, pues poco tiempo despues de la partida del jóven se presentaba Juan Valdéz en donde habia estado alojado, preguntando con insistencia por Sasturen; y Juan Valdéz, llevaba la solucion del problema, pues que iba de parte de Ester, en busca del hermano de Matilde. Desgraciadamente para todos, el conductor de ganados llegó tarde.

En cuanto á Ricardo, vió con inmensa alegria destacarse á lo léjos sobre el azul del cielo las altas torres de la Catedral, y con no ménos placer sintió bajo su planta el suelo de la ciudad querida. Sobre todo, su alegria fué inmensa al ver entre los curiosos que esperaban el desembarque de los prisioneros, á su querido amigo Teodoro Garcés.

El varonil semblante del capitan parecia cubierto por una nube de tristeza. Al ver á Ricardo brilló en sus ojos un rayo de alegria, y avanzó un paso como para salir á su encuentro; despues, al ver que no podia acercarse, pues los prisioneros siguieron su marcha, hizo al jóven una indicacion con la mano, que podia traducirse por la palabra: espera.

Pocos momentos despues los prisioneros eran puestos en libertad por el Gran Mariscal, que una vez siquiera habia sido bien aconsejado, siguiendo sin embargo el consejo más por egoismo si se quiere que por otra cosa, y por no ser ménos que el hombre leal y humano, que sin consultarle, por temor á una negativa, habia salvado la vida de los vencidos en el campo de batalla.

Al fin Ricardo se vió libre, confundiéndose en estrecho abrazo con el capitan Teodoro, cuya tristeza se disipó por un momento al volver á ver á un amigo.

—¿Y Matilde, y Ester?

Fueron las primeras palabras que Ricardo dirigió al oficial, con un afán fácil de comprender.

—¡Matilde! Matilde ya no está en la estancia de Santa Rosa; los esfuerzos que hicimos Márcos y yo para salvarla fueron inútiles: Matilde está en poder de don Adrian — respondió el capitan con voz sombria.

—¡Maldicion! — contestó Ricardo con acento desgarrador, — mi pobre hermana está perdida: don Adrian Leví es un bandido que no se detendrá ante una nueva infamia — concluyó diciendo el jóven.

—Lo creo; el comandante Leví es un canalla al que hay que tratar sin piedad—respondió el capitan Teodoro, cuyo semblante habia adquirido una amenadora expresion.

—¡Oh! sí, debemos hacerle pagar todo el mal que nos ha hecho, y sobre todo, no descansar un momento hasta encontrar á mi hermana, á esa infeliz víctima de las infames ambiciones de ese hombre.

—¡Oh! eso corre de mi cuenta,—murmuró el capitan con una sonrisa especial.

—Y de la mia, Teodoro; no pienso descansar hasta no vengarme de ese infame, que tras de devorar nuestra fortuna quiere devorar nuestra honra—contestó Ricardo con energia.

—Está bien, y es muy justo; seremos dos, pero te pido un favor.

—¿Cuál?

—Que me dejes á mí la direccion de la empresa. Mi carácter es más frio, más calculador, ménos violento que el tuyo. Con hombres como don Adrian no basta el valor: se necesita la astucia; tú te dejarias llevar de tu impetuoso carácter, y Leví concluiria por descartarse de tí, haciéndote caer en una celada; por que al luchar con tu infame tutor, no se lucha tan sólo con un hombre, se lucha con todos sus amigos que se enseñorean del país, y que son dueños por lo tanto de valiosos elementos de que nosotros carecemos. Pues bien: con la misma astucia que es una de sus armas predilectas, le iremos formando la tela de araña en que se quede enredado, y le forzaremos

á que nos entregue á Matilde; pero esto sin violencias de resultados còntraproducentes, con calma, y combinando siempre nuestros planes de modo que su éxito sea seguro; eso sin quitar, que cuando llegue el momento nuestros revólveres se apoyen sobre su sien, y le matemos de un tiro como á una bestia feróz si se sigue haciendo acreedor á ello y continúa por el camino de la infamia.

— Pero....

— ¿ Crees, acaso, que mi interés es menor que el tuyo, y que no sacrificaré tranquilidad y vida por salvar á Matilde?

— ¡ Oh ! nó; lo sé: ¿acaso no eres tú su prometido?

— Entónces, ten confianza en mí.

— ¿ Y don Adrian?

— Don Adrian está en Montevideo, y se halla vigilado cuidadosamente por Márcos, que se ha portado como un valiente durante nuestra expedicion. Mi fiel asistente se ha convertido en la sombra de Leví, gracias á lo cual tengo la seguridad de que Matilde no está en Montevideo. ¿ Dónde ? Eso es lo que ignoro.

El capitan y Ricardo hablaron largamente; el primero refirió al segundo todos los acontecimientos que conocen nuestros lectores; es decir, su arresto, su encuentro con Márcos, y las escenas de la balsa. Ricardo se estremecía de rabia y desesperacion al escuchar el relato de su amigo.

¡ Oh ! si hubiera estado don Adrian al alcance del jóven en aquel instante de suprema desesperacion,

á buen seguro que hubiera tenido que arrepentirse de sus infamias.

El capitan Teodoro concluyó de hablar, y Ricardo permaneció un momento silencioso; despues preguntó á su amigo por Ester, por Ester á quien amaba con todo su corazon.

—Ester no vive ya en donde tú la dejastes,— respondió el capitan con visible contrariedad.

—¿Qué no vive allí?... Entonces, ¿dónde se encuentra?—respondió Ricardo fijando en su amigo una mirada interrogadora.

—No lo sé, lo ignoro—contestó el capitan, como queriendo abreviar aquella conversacion.

—¿Y doña Mercedes?

—La madre de Ester ha muerto.

—¡Pobre doña Mercedes y pobre Ester!... ¡qué será de ella sola en el mundo!

—¡Quién sabe!—murmuró el capitan con un acento particular que hizo que Ricardo clavara en su interlocutor una interrogante mirada.

—¿Acaso me espera otro desengaño?—murmuró al fin Sasturen, estremeciéndose ante la idea de que Ester no fuera digna de su cariño.

—¿Desengaño? no lo creo; pero las penas son por lo regular mas abundantes que las alegrias.

—Pero, en fin: ¿no puedes darme alguna noticia de Ester?

— Ninguna.

—¿En el conventillo no saben á dónde ha dirigido sus pasos?

—No; Ester ha desaparecido sin dejar el mas pequeño rastro, la mas mínima indicacion acerca de su destino.

—¡Oh! no quiero pensar en que sea indigna de mí, en que haya faltado á sus deberes. Nó, nó, ella ha partido, sí; pero á donde ha ido ha sido á batirse con los leales: sí, sí, no me queda duda: parece absurdo, parece inverosímil, pero debe y tiene que ser así—murmuró Ricardo, que se reveleba ante la idea de que la amada de su corazon pudiera dejar de merecer el inmenso cariño que le profesaba.

—No quiero disipar tus ilusiones; en primer lugar, porque no tengo motivos para combatirlas, y en segundo, porque la esperanza es la vida del hombre, y cuando la primera se desvanece, la segunda pierde todo su atractivo. De todos modos, sé fuerte: nunca como ahora es necesaria la energia para luchar, y la grandeza de alma para sobrellevar los golpes de la adversidad ó de la ingratitud — murmuró el capitan con acento cariñoso.

—Sí, tienes razon; pero á toda costa tengo que saber lo que ha sido de mi querida Ester: ella y Matilde formian toda mi existencia, puesto que á ellas me he consagrado por completo. Mañana iré á la casa donde vivia, y sea como sea sabré lo que ha sido de ella, ó, por lo ménos, recogeré algun indicio que me haga encontrar á esa pobre niña, que lo mismo que yo debe haber sido arrastrada por la corriente de la adversidad. ¡Pobre amada mia! tú eres buena, sí, tú no puedes olvidar tus deberes, tu planta no sabe pisar

la senda del vicio — concluyó diciendo Ricardo con acento conmovido.

En cuanto á Teodoro guardó silencio; el bravo oficial habia estado en el conventillo, y las noticias que le habian dado acerca de la jóven no eran nada edificantes ni tranquilizadoras, pero aquellas noticias no habia querido comunicárselas á su amigo porque comprendia el daño que le habian de causar aquellas terribles nuevas. De buena gana le hubiera disuadido de ir al conventillo, en donde le esperaba el mas horrible desencanto.

CAPITULO XL

Malas noticias

Mientras que el capitan Teodoro y Ricardo se entregaban á la desesperacion al considerar que Matilde se hallaba en poder de Leví, y que Miguel se creia vencedor y se disponia á combinar los planes que habian de dar por resultado el tratar de potencia á potencia á don Adrian y explotarle bonitamente, Ester permanecia en Paysandú en compañía de doña Luisa, de las hijas de ésta y de Juan Valdez, su padre adoptivo.

Inútil es decir, conociendo á la hermosa jóven, cuyo corazon estaba en nobles sentimientos á la altura de su belleza, que todos la amaban y hacian suyos sus penas y dolores.

Y éstos no eran pocos, ni aquéllas escasas, pues la adversidad parecia haber hecho á la pobre niña blanco de todos sus golpes.

Primero aquella horrible existencia del conven-

tillo, hambre, miseria; luego el Gran Mariscal, la orgía, su entrevista con el tirano, la visita de su digno servidor, del infame Leví; despues su madre muerta, soledad, abandono.... Al fin una explosion de enérgica venganza, lanzándola violentamente en medio de la revolucion.... Ultimamente, el final de la jornada, su encuentro con su amado Ricardo, ella, jóven, llena de sensibilidad y sentimiento, disparando su tercerola contra el contrario del jóven; despues un golpe violento, un dolor grande, un paréntesis en la existencia, al cabo del cual su vuelta á la vida, y los cariñosos brazos de doña Luisa.

Eran demasiadas sensaciones encontradas, era demesiado el rudo choque de sentimientos experimentados por la pobre niña, para que á pesar de su energia y de su gran fuerza de voluntad, no concluyera por sentirse abatida bajo la fuerza de las unas y de los otros.

Además, su última esperanza se habia desvanecido: la de encontrar á Ricardo.

Como hemos dicho anteriormente, Juan Valdez llegó al alojamiento de la jóven cuando ésta acababa de partir.

—¡Válgame Dios, y qué mala suerte tiene la hija que me ha deparado la fortuna! —murmuró el buen conductor de ganados, dirigiéndose á su morada, que era la misma que la de su comadre doña Luisa,—todo le sale al revés. Estoy seguro que si alguna vez le toca la loteria suspenden el pago de los premios. Y la pobre niña es seguramente digna de mejor

fortuna. Lástima que haya tanto pillo por el mundo y que no nos reunamos un dia todos los hombres honrados y les demos una corrida que.... Sí, pero para eso seria menester que los pillos se parecieran ménos á los hombres honrados. Debian marcarlos á hierro como á los potros. Lo malo es que son orejanos y difíciles de distinguir — concluyó diciendo para sí Valdéz, al mismo tiempo que en sus lábios se dibujaba una sonrisa.

Luego continuó su camino, llegando un instante despues á su morada, en donde Ester le esperaba con impaciencia.

—¿Qué noticias me trae usted, señor Valdez?— preguntó la jóven con mal disimulado afan.

—Hija mia, las noticias no son muy buenas ni muy malas; mejor las quisiera traer, pero no todo se arregla á medida del deseo de uno.

—¿Qué no son buenas ni malas? — respondió Ester, cuyas mejillas se colorearon.

—Exactamente; no son malas, porque he sabido que ese señor don Ricardo está casi tan bueno como yo, puesto que sólo tiene un par de rasguños que no tienen gravedad alguna; y son malas, porque me he encontrado que mi futuro yerno ha partido con los demás prisioneros para la capital, y que por lo tanto no he podido traérmelo conmigo para que se anime mi querida hija, que está triste y mústia, y sin color en el semblante ni alegria en el corazon — contestó Juan Vadéz.

—¿Conque ha partido? — respondió Ester con

una expresion que dejaba conocer la angustia de su alma.

—Sí, hija mia, sí; pero hay que consolarse, porque si bien no podamos tenerle aquí, el saber que está casi bueno y sano, ya es algo. ¿Algo? Nó, es mucho, muchísimo.

—Sí, pero está prisionero—respondió Ester.

—Vamos, vamos, déjate de preocupaciones y alégrate. ¿Acaso se van á comer á los prisioneros?—murmuró Elvira, que hasta entonces no habia desplegado sus labios.

—Elvira tiene razon, Ester—añadió doña Luisa;—no creo que les hagan nada; los pondrán en libertad quizás.

—¿En libertad?—contestó la jóven con amargura—¡Cómo se conoce que no saben ustedes quién es el Gran Mariscal! Si lo supieran ustedes, no abrigarian esas esperanzas. Como le dejen á ese infame satisfacer los impulsos de su corazon perverso, tengan ustedes la seguridad de que la venganza será tremenda. Si él hubiera estado en el Quebracho no hubiera habido prisioneros: hubiera habido solamente cadáveres despues de la victoria.

—¿Tan malo es?—preguntó ingénuamente Magdalena.

—¿Malo?.... no, no es malo: es cínico, es cruel, es malvado y cobarde.

—Algo hay de eso, hija, algo hay de eso,—respondió Juan Valdéz;—yo no he tenido el disgusto de verle nunca la cara, pero he conocido muchas hechu-

ras suyas, y por aquello de que á tal amo tal criado, saco la consecuencia de lo que será ese amigo hecho Gran Mariscal por sorpresa y para martirio de todos, y al que mas de cuatro maldiciones le tengo echadas, pues gracias á él la campaña está intransitable de matreros, y en las ciudades pasa lo mismo, salvo que en éstas andan con uniforme y armados por cuenta del gobierno, robando para su jefe y para sí; y los otros roban y asesinan para ellos solos; un poco mas egoistas, y nada mas; pero no son peores. Yo por mi parte prefiero á los primeros: éstos siquiera se presentan de frente. Algunas cuentas tengo yo que ajustar con los segundos, y quizás hasta Ombú tenga con ellos alguna pendiente — respondió Valdéz, acariciando al hermoso perro que habia ido á colocar su inteligente cabeza sobre las rodillas de su amo.

—Soy muy desgraciada, señor Valdéz. ¡Sola en el mundo! Y gracias doy á Dios en mis oraciones, porque me ha hecho encontrar á todos ustedes, que tan buenos son para mí; — añadió la jóven, al mismo tiempo que las lágrimas asomaban á sus ojos.

— ¡Vaya, vaya! pues tiene gracia. ¿Por ventura los padres no tienen obligacion de ser cariñosos con sus hijos? — respondió Valdéz con tono de broma.

Ester hizo un esfuerzo por sonreir, pero apénas una leve sonrisa entreabrió sus lábios.

—¿Acaso los demás somos felices? — murmuró doña Luisa, que no habia vuelto á tener noticias de su marido ni de sus hijos.

— Sí, es verdad, tiene usted razon; soy una ingrata al querer aumentar sus tristezas con las mias; no me haga usted caso, perdone usted á su hija, — respondió Ester, al mismo tiempo que tomaba una mano de su protectora y la estrechaba entre las suyas.

— Dispensarte, pobre niña; — contestó doña Luisa estrechando á la jóven contra su corazon — ¿De qué te he de dispensar? ¿Acaso de ser desgraciada?

Durante dos ó tres dias no se habló mas que de los ausentes: Ester, de Ricardo; doña Luisa, de sus hijos.

Al fin la jóven pareció tomar una resolucion, é indicó que pensaba partir para Montevideo.

— Soy huérfana, estoy sola en el mundo, no sé qué será de mí, pues no tengo allí ningun amigo y sí muchos enemigos; pero, allí están la tumba de mi madre y los séres sin corazón que son la causa de todas mis desgracias.

Doña Luisa y sus hijas miraron á Ester con estupor; no querian suponer ni por un momento que la jóven quisiera separarse de ellas.

— Ester, hija mia, ¿piensas abandonarnos? — murmuró al fin doña Luisa, fijando en la huérfana una mirada interrogadora.

— ¿Nos quieres abandonar, hermana? — dijeron á un mismo tiempo Elvira y Magdalena.

— ¿Querer?... nó, no quiero; pero mi destino me arrastra; necesito llorar sobre la sepultura de mi madre, y vengarla; sí, vengarla, y vengarme — respondió Ester con creciente exaltacion.

Despues murmuró en voz baja, como si lo que decia se lo dijera á sí misma:

— Sí, necesito vengarme.... la tranquilidad no se ha hecho para mí... la felicidad.... ¿acaso existe la felicidad?... nó, no existe; yo por lo ménos no sé lo que es.... ¡ni siquiera mi sueño es á veces tranquilo!... tengo alucinaciones, veo rostros lívidos cuyos ojos vidriosos me miran con fijeza.... sí, sí, ¡aquel soldado!... ¡Oh! ¡qué desgraciada soy! — concluyó diciendo Ester, al mismo tiempo que ocultaba su peregrino rostro entre las manos y rompia á llorar.

Doña Luisa y sus hijas rodearon á la jóven, procurando hacer cambiar con sus caricias aquellos tristes pensamientos.

En aquel instante entro Juan Valdéz; el semblante del honrado conductor de ganados aparecia sombrio: se conocia que el buen paisano se hallaba fuertemente contrariado.

— ¿Qué tiene mi hija? — murmuró Valdéz, procurando aparecer alegre, dirigiéndose á la jóven.

— Que ha de tener — respondió doña Luisa — que se va permitiendo tener caprichos, y ahora se empeña en querer dejarnos, é irse á Montevideo.

— ¡Hola! — Irse á Montevideo pudiera pasar; ¡pero dejarnos!... ¿tendré yo que hacer valer mis derechos de papá honorario? — contestó el compadre de doña Luisa, cuyo semblante pareció despejarse un momento.

— Espero que mi papá será razonable y me dejara partir — respondió Ester, acompañando sus palabras con una triste sonrisa.

—Señorita, ó mejor dicho, hija mia; se prohibe por hoy hablar de semejante cosa — murmuró Valdéz dirigiéndose á la jóven.

— ¡ Bravo, muy bien ! — respondieron Elvira y Magdalena.

— Sí, se prohibe por hoy; que mañana será otro dia, y las circunstancias pueden cambiar — contestó Valdéz; luego añadió, volviéndose hácia doña Luisa:
— Y ahora doña Luisa, tengo que darle noticias de mi compadre.

— ¿ Ha tenido usted noticias de mis hijos ? — preguntó con afán la buena paisana.

— He tenidó noticias del compadre — respondió Valdéz, con acento sombrio, despues de vacilar un momento.

— ¡ Oh ! ¡ alguna desgracia les ha pasado á mis hijos ! — murmuró con angustia doña Luisa.

— Nó, nada. El compadre se encuentra en la República Argentina, pero no se atreve á volver aquí mientras no se arregle esto un poco; los muchachos estarán con él sin duda alguna

—¡ Valdéz, Valdéz ! no me oculte nada; ¡ sea lo que sea, dígame que le ha ocurrido á mis hijos !

— Pues que yo sepa no lès ha ocurrido nada — respondió Valdéz, procurando evadir una contestacion categórica.

Las tres jóvenes procuraron tambien averiguar si el buen paisano sabia alguna cosa de los dos jóvenes, pero no consiguieron mas que la buena doña Luisa.

¿ No sabia nada efectivamente el honrado conductor de ganados ?

Sí, Juan Valdéz habia tenido noticias no solamente de su compadre sinó de los hijos de éste.

El pobre paisano y sus hijos se habian visto perseguidos por una partida de soldados que querian llevárselos á todo trance; ellos huyeron, las tropas los cercaron, los acosaron, los acorralaron como si hubieran sido unas fieras. Los tres hombres prefirieron la muerte á caer en poder de los soldados. Llegó un momento en que se encontraron entre las tropas y un rio: la eleccion no era dudosa y se arrojaron á la corriente: los soldados hicieron fuego. A la orilla opuesta no llegó mas que uno de los tres hombres: el compadre de Juan Valdéz. En cuanto á sus dos hijos, el uno desapareció en medio de las aguas; el otro cayó en poder de la tropa.

Tales eran las noticias que habia tenido Juan Valdéz del esposo y de los hijos de su comadre, noticias recibidas de un paisano que dos dias antes habia estado hablando con el desdichado marido de la honrada paisana.

—¡Canallas, matreros!—exclamaba Juan Valdéz aquella noche paseándose por su habitacion—esos tunantes no pagaban aunque los hicieran cuartos como á una res. ¡Válgame Dios, y cómo se ha puesto el país! hasta yo mismo no me encuentro muy seguro aquí, pues voy notando que me miran de reojo mas de cuatro bandidos de esos que barajan los Departamentos.... Casi, casi, Ester tiene razon.... y yo tambien debia marcharme.... Despues de todo, lo mismo hago en Paysandú que en Montevideo, porque lo que

es aquí, no hay mas trabajo que el que nos dan cuatro pillos. Casi casi, lo que debiamos hacer todos era mandarnos mudar y plantarnos en la capital. Sí, seguramente; allí seria fácil que pudiera encontrar ó tener noticias del hijo ó de los hijos de mi comadre, porque lo que es aquí cualquiera va á preguntarles á éstos ídolos del Chaco que nos mandan, que es lo que han hecho con el muchacho, ó con los muchachos, si por casualidad sacaron del rio otro pobrecillo. Sí, ¡facilito seria que uno pudiera averiguar algo de esta gente, que no atiende á razones!

Y despues de murmurar las anteriores palabras, Valdéz se quedó un momento pensativo; despues alzó la cabeza y murmuró:

—Sí, está decidido; me agrada poco ir á la capital, pero el campo y las demas ciudades se van poniendo inhabitables. No pensaba descansar tan pronto, pero ¡bah! qué le hemos de hacer, si las cosas se han arreglado así. Despues de todo, no estaré mano sobre mano, me dedicaré á buscar á los hijos de mi compadre, ayudaré á mi hija adoptiva en su venganza, ó procuraré disuadirla si ella hubiera de ser causa de su desgracia; buscaré á mi yerno, sinó se ha perdido por el camino, y hasta trabajaré algo por que mi pobre Ombú tome su revancha por sí y por su pobre amo. Esto último no será muy fácil. Sin embargo, aunque pequeño tengo un indicio, y quizás la Providencia me ayude á descubrir á un infame asesino y á vengar á un inocente. Sí, sí, á Montevideo y vida nueva.—Y despues de murmurar á me-

dia voz las anteriores palabras, Juan Valdéz se metió en el lecho, y pocos instantes despues dormia á pierna suelta, satisfecho con la resolucion que habia tomado.

Al dia siguiente fueron grande la alegria de Ester y el contento y la extrañeza de doña Luisa y de sus hijas, cuando les comunicó el buen paisano su proyecto de partir para Montevideo.

—No tengo más familia que ustedes,—dijo Juan Valdéz dirigiéndose á su comadre y á las tres jóvenes, — me voy haciendo viejo y me he cansado de trabajar; por otra parte, aquí no anda uno muy seguro, por lo cual he pensado marcharme á Montevideo. ¿Me dejará mi familia ir solo?

La contestacion no era difícil de adivinar, y dos dias despues abandonaban á Paysandú doña Luisa, sus hijas, Ester y el bueno del Juan Valdéz.

CAPITULO XLI

Don Adrian forma proyectos dignos de él.

¿Qué hacia don Adrian Leví en tanto que tenian lugar las escenas anteriormente descriptas?

Despues de abandonar el campamento se dirigió Leví á Montevideo, pensando en que quizás, gracias á Miguel, pronto se encontrarian en su poder Matilde y el famoso documento firmado por el procurador Savelio, documento que podia destruir y echar por tierra todos sus planes para legitimar el despojo realizado con sus infelices pupilos. Despojo llevado á cabo de una manera infame y traidora. Los padres de Matilde y Ricardo Sasturen eran inmensamente ricos, poseian una fortuna saneada, buenos campos, numerosos ganados, fincas urbanas y una buena cantidad de peluconas que formaban una bonita suma.

Pero el padre de Ricardo era un hombre de buena fé, que tenia el defecto de no saber conocer á los de mala, y cayó en la red que le tendió don Adrian

Leví haciéndole creer que era un amigo verdadero, capaz de sacrificarse en áras de la amistad, y tirarse al rio por ella si hubiera sido preciso.

Como hemos dicho anteriormente, don Adrian no tenia nada de tonto, sinó mucho de listo, y fué preparando el terreno para enseñorearse de la fortuna de don Cárlos Santuren, padre de los que despues habian de ser sus pupilos.

No era don Cárlos tonto; pero como él era bueno pensaba que todos los hombres estaban cortados por el mismo patrón, y eso le perdió. Don Adrian se convirtió en consejero y administrador hasta cierto punto de los bienes de don Cárlos mientras éste vivió, y decimos hasta cierto punto, porque el bueno de Sasturen no dejaba á nadie el completo manejo de sus bienes.

— Mientras esté bueno y sano, y me sienta fuerte, no pienso dejar á nadie que cuide de mi hacienda, porque nadie puede cuidarla mejor que yo. Cuando llegue á viejo será ya otra cosa; pero entonces estará Ricardo para sustituirme, — decia algunas veces don Cárlos, cuando le hablaban de que se dejara de cuidados y sólo pensara en darse buena vida.

Pero á pesar de eso, tal maña se dió Leví, que fué consiguiendo que Sasturen le confiera una gran parte de la administracion de su fortuna, aunque con ciertas restricciones, restricciones inútiles, porque como Leví se habia empeñado en llevarse la totalidad el dia en que falleciera don Cárlos, no pensaba en contentarse con una presa por buena que ésta fuera.

Sabia que Sasturen le dejaba en su testamento por tutor de sus hijos y ámplios poderes sobre su fortuna, y esperaba pacientemente el desenlace, el que suponia que no se haria esperar mucho, pues don Cárlos Sasturen, era una especie de sentenciado á muerte puesto en capilla, gracias á una afeccion que padecia al corazon, la que según los mas afamados médicos debia arrebatarle la vida cuando menos lo esperara.

Y los médicos no se engañaron, y traidora y callada llegó la muerte, aunque segun algunas personas ayudada por una mano alevosa que precipitó la catástrofe final, quedándose Ricardo y Matilde huérfanos y solos en el mundo, pues su madre hacía largo tiempo que habia muerto, encontrándose las dos pobres criaturas, él de doce años y ella de cinco, con una cuantiosísima fortuna y en poder de don Adrian Leví, que lanzó un grito de triunfo al encontrarse dueño absoluto de los millones de su amigo, que con todas las apariencias de la legalidad debia hacer pasar bonitamente á su bolsillo. Pero para esto necesitaba un hombre que legitimara sus picardias, encontrando en el procurador Savelio, guardador de la fé pública, que no la podia tener peor, el digno cómplice de sus infamias, que él suponia completamente á salvo de toda investigacion molesta y de toda sospecha malévola. Para saldar cuentas con el pasado, (se entiende en aquel asunto, pues tenia varios por el estilo, y aún peores, que el lector irá conociendo en el transcurso de la presente historia), solo le faltaba el visto

bueno ó aprobacion ó conformidad de sus cuentas, que tenian que darle sus pupilos; cosa que comprendió era un poco fuerte, pues equivalia á pretender que una persona robada aprobara su despojo. Para obtener dicho resultado, ó para poder prescindir más ó ménos legalmente de dicho requisito, buscó todos los medios, pretendiendo primero casarse con su pupila, cuya belleza dulce y poética habia despertado sus pasiones bastardas, aparte del interés de que le dejaran gozar en paz de la fortuna robada; y luego queriendo hacer asesinar á Ricardo, proyecto que afortunadamente hizo fracasar la Providencia. Pero todo le hubiera importado poco á Leví, pues gracias á sus relaciones íntimas con el Gran Mariscal y sus sicários abrigaba la esperanza y no sin fundamento de hacer burla de las leyes, que en aquella época solian no ser temidas por los verdaderos criminales, y si sólo por los hombres honrados, que invariablemente eran metidos en la cárcel si se atrevian á implorar su proteccion en contra de cualquier cacique de la campaña y hasta de la ciudad, porque el mayor delito era en aquella época ser persona decente y la mayor falta no ser tomador de lo ajeno.

Sin embargo, á pesar de toda su influencia, aquella declaracion de Savelio echaba por tierra toda su obra. Sí, la destruia, porque Ricardo la colocaria en manos bien seguras, en poder de algunos de los hombres incorruptibles en quienes se habian ido á refugiar la equidad y la justicia. Sinó hubiera sido así, Leví hubiera estado tranquilo; ya sabia cómo se hacía

desaparecer un documento de unos autos, y sé cómo cortaban hojas de los mismos; conocia muchas personas que prestaban dichos servicios con arreglo á una tarifa especial. Por desgracia en aquella ocasion no podia aplicarse aquel procedimiento; ademas, temia á la prensa de oposicion que hablaria alto y claro; ¡sinó hubiera sido por la prensa!...

—¡Malditos papeluchos!—pensaba Leví, al acordarse de los diarios de oposicion, que podian sacar sus faltas á la vergüenza.—¡Malditos periodistas que no hacen 'mas que perturbar el país!... ¡El Gran Mariscal es demasiado bueno, debia enviarlos á todos al quince de cazadores!... ¿Para qué sirven? para nada.... son como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. Sinó fuera por esa gentecilla, algunos negocios buenos hubiera yo hecho.

Y Leví se desesperaba al pensar que no estaba en él el poder amordazar á todo aquel que pudiera dar el grito de alerta acerca sus infamias.

—¡Oh! sea como sea, tengo que arreglar pronto esa cuestion,—decia para sí don Adrian, cuando recordaba que Ricardo podia perderle;—por fortuna, Miguel debe tener ese papel en su poder. Salvo.... —y al llegar á este punto de sus pensamientos, Leví se estremeció—que quiera tomar su revancha, lo que no creo; Miguel es fiel, sí, no me venderá. No tardaré en recibir noticias suyas: pero será el último servicio que me preste, porque sabe demasiadas cosas de importancia para que no esté mejor sepultado en el campo que sano y bueno; pues aunque le tengo en mi

poder, y puedo perderle cuando quiera, al fin los vivos hablan y los muertos nó.

Y don Adrian sonreia de un modo cruel al pensar en aquel nuevo delito que proyectaba.

Pero pasaron algunos dias y Leví no tuvo noticias de Miguel, lo que empezó á preocuparle un tanto. Y no era esa sola la preocupacion que tenia don Adrian: tenia otra que casi le quitaba el sueño, otra en la que estaba mezclado su augusto amo el Gran Mariscal.

Como ya sabemos, gracias al infame lazo tendido por él, habia estado Ester á punto de servir de pasto á las viles pasiones del magnate; conocemos por qué feliz casualidad logró evadirse de la casa de Leonidas, despues de haberse defendido valientemente del tirano que la pretendia colocar al nivel de las mugeres prostituidas que solia tratar y que le concedian sus favores por un puñado de oro ó unos cuantos brillantes.

El oficio que habia ejercido Leví con Mínimo Santero no era de los mas honrosos: era demasiado bajo y ruin; pero era aquel cuyos servicios apreciaba más Mínimo, atento sólo á satisfacer su ambicion desmedida y sus pasiones; nunca saciada la primera, ni satisfechas las segundas. Pero la huida de Ester habia colocado á don Adrian en una falsa posicion para con el ridículo tirano, lo que habia sido explotado largamente por sus otros satélites, envidiosos siempre de los favores que buscaban ú obtenian los demás; y en cuanto al Gran Mariscal, manifestó cierto

desvio para Leví, que si bien le habia servido hasta cierto punto conduciendo hasta sus brazos á la jóven, en cambio habia sido causa indirecta del casi ridículo (y decimos casi ridículo, porque para sus lacayos ó amigos siempre era el Gran Mariscal un Dios, mientras les pagaba á costa de la Nacion, por que es cosa sabida que el que paga nunca se pone en ridículo para los que cobran) en que se habia puesto su Excelencia al encontrarse frente á frente de la hermosa y casta jóven que habia tenido la entereza de rechazarle con desprecio.

El Gran Mariscal no habló mucho sobre el incidente, pero fué lo bastante para irritar á don Adrian que contaba entre los triunfos de su baraja de picardias el resultado del que él creia obtener con la seduccion de la jóven.

— Ese Leví con los años se va volviendo zonzo. Ni él ni Leodidas sirven ya para el caso. ¡Valiente fumada les ha hecho la chiquilla! Y la verdad es que me gusta: ¡qué comadrona! Otro que yo le hubiera tenido miedo. ¡Bonita querida para una semana! Así me gustan á mí las mugeres: ¡estaba tigre! ¿No es verdad, Camaleón? — habia dicho el Gran Mariscal á su secretario íntimo, especie de Cabeza de Turco de sus enojos.

— Seguramente que la muchacha es valiente, y en cuanto á bonita es una hembra de primer órden, — respondió Camaleon, que parecia una copia del famoso cronista de la zarzuela «El Molinero de Subiza.»

—¡Magnífica, Camaleon, magnífica! Lástima que se haya hecho perdiz; me hubiera gustado amansarla; á mí me agradan las dificultades, los peligros: la lucha me entusiasma. Pero la fuga de esa muchacha me ha puesto de un humor de perros, y si me dejara llevar de mi génio.... ¡no sé lo que haria! —murmuró el Gran Mariscal mirando de reojo á su secretario.

—¡Oh! no se deje usted llevar de su impetuoso carácter. Un gran estadista, el jefe de un Estado, no debe alterarse, no se pertenece á sí propio—respondió Camaleon llevando su mano á la parte de su individuo cubierta por los faldones de la levita, en donde la punta de la bota de su digno amo habia dejado; dolorosas huellas en algunas ocasiones en que el Gran Mariscal habia hecho sentir á su secretario la impetuosidad de su génio.

—Sí, sí, tienes razon, querido Camaleon; un hombre como yo, se debe á su pueblo, y sobre todo ahora que andamos con esos empréstitos, y ese puerto, y ese banco; sí, no debo alterarme. Despues de todo, es posible que la muchacha parezca, y entonces ya sabrá quién es Mínimo Santero; á buenas ó á malas ha de ser mia. Esos muchachos son unos bobos; lo siento por ellos, tenia pensado cederles unas tierras fiscales: ¿no hemos acordado llamar tierras fiscales á esas que repartimos á los amigos?

—Sí, señor, tierras fiscales.

—Pues bien: tenia pensado regalarle unas tierras de esas á Leví y á Leonidas, en pago de sus buenos

servicios. ¡Pero ahora me dan unos deseos de soplarlos por un canuto!

—No haga usted tal cosa, señor Mariscal; son buenos amigos, y estoy seguro que harán todo lo que puedan por volver al redil la oveja descarriada.

—¿La oveja descarriada?

—Sí, señor, la incauta y mal aconsejada jóven.

—¿Sabes, Camaleon, que tienes talento? Eres uno de los gallegos mas listos que he conocido; ¡me gusta esa figurarctórica de la oveja descarriada! En el primer discurso que tenga que pronunciar, me has de poner eso de la oveja. ¿En dónde demonios has aprendido tanto?

—En la escuela de usted, señor Mariscal; con los grandes hombres se aprende mucho, —respondió Camaleon con una socarroneria que de fina se perdia de vista.

—Sí, es verdad; conmigo ha sido, ya no me acordaba; como hace tanto tiempo.... Decididamente eres un buen muchacho. Tienes que ver qué habrá por ahí que te convenga para salir de apuros, porque debes andar atrasadillo; no tienes mas que tres ó cuatro destinos, y eso apenas si te dará para comprar manzanilla.

—Algo alcanzadillo anda uno—contestó con cierta alegria Camaleon, que veia á su amo entrar por el buen camino.

—Pues mira, Ché, á ver si inventas algun impuesto nuevo; la limpieza de azoteas por ejemplo, y te concedo enseguida las contrata; el barrido ya se lo

llevó el de la Escuela, que sinó.... Pero no importa, discurre no mas, que quiero hacerte hombre — concluyó diciendo Mínimo Santero dando un familiar golpecito en la espalda á su digno secretario.

—Gracias, señor Mariscal; aprovecharé su ofrecimiento.

—Sí, sí, cuenta conmigo, y á esos zonzos de Leví y de Leonidas, diles que no se me presenten delante miéntras no encuentren á la muchacha. ¡Caramba! no se me olvida, ¡es bonita como un sol!

Aquella conversacion llegó á oidos de don Blas y de don Adrian, y ambos se pusieron sobre la pista de la jóven, pero inútilmente. El mismo dia de su desaparicion habia estado el primero en el conventillo en busca de ella, por indicacion de Leví, dejando á un sargento y dos vigilantes con órden de prenderla, pero gracias á la señora Ramona no pudieron realizar sus odiosos planes, y ninguno de los dos volvió á saber ni una palabra del paradero de la jóven.

Pero Leví, á quien las tierras fiscales de que habia hablado el Gran Mariscal, habian despertado terriblemente su voraz codicia, se propuso encontrar á toda costa á la inocente jóven, y buscarla á todo trance, aunque tuviera que derramar el oro á manos llenas, poniéndose en campaña desde que llegó á Montevideo, para lograr descubrir á la jóven.

Conseguir esto, y tener la seguridad de que Miguel habia cumplido fielmente y con lisonjero éxito su comision, eran sus ambiciones del momento. Ase-

gurar y legitimar la posesion de la fortuna robada á sus pupilos, y entregar á Ester al Gran Mariscal, recibiendo en cambio una lluvia del oro robado á la Nacion, era el bello ideal del infame don Adrian Leví.

CAPITULO XLII

En el que aparece de nuevo el comisario don Pancho.

A don Adrian Leví le gustaban las situaciones claras, y no era hombre que se estuviera inactivo ante el peligro, ni que dejara para mañana lo que fuera fácil y hacedero ejecutar en el momento.

Como hemos dicho, Leví veía con cierta intranquilidad que Miguel no daba acuerdo de su persona. Habian pasado varios dias y continuaba guardando el silencio mas absoluto. ¿No habria triunfado? De todos modos, salvo en el caso en que le hubieran dado á Miguel su merecido pegándole una buena puñalada, debia haberse presentado á su amo para darle cuenta del éxito de su empresa.

—Vamos, es imposible pasar mas tiempo en esta incertidumbre; iré á Libertad, y procuraré enterarme de lo que ha sido de mi pupila — dijo un dia Leví, y al siguiente tomaba el tren para Santa Lucia, donde pensaba hallar la diligencia que debia conducirle á Libertad.

Ya en el pequeño pueblecito dudó un momento:
—¿Me presentaré en la estancia donde está ó estaba Matilde?—murmuró para sí don Adrian—no; primero será conveniente que me entere de si está ó no está en la estancia. Pero esto no es fácil, salvo que la casualidad me depare un alma caritativa que me saque de dudas.

Don Adrian después de pensar mas bien que pronunciar las anteriores palabras, arrojó una mirada á su alrrededor en busca sin duda del alma caritativa que la casualidad debia depararle.

Despues de aquel instante de vacilacion, Leví entró resueltamente en una pulperia que se hallaba frente por frente al camino que conducia á la estancia; pulperia delante de la cual habia parádas várias carretas cargadas de pasto.

Don Adrian entró en el establecimiento, y un instante despues sabia que Matilde no estaba yá en la estancia de Santa Rosa.

¿Quién se habia llevado á la jóven?

Según las señas que le dió uno de los hombres que habia en la pulperia, mozo de la estancia, y cuya lengua se desató gracias á unas chiquitas de caña, el hombre que se habia llevado á la jóven no era otro que Miguel. Lo que le extrañaba era aquella señora que le acompañaba, y lo breve y fácil de su empresa; pues segun le referia el criado, la jóven habia tardado bien poco en partir con el que don Adrian suponia su asistente.

—La señorita Matilde se mandó mudar ensegui-

da; no se esperó siquiera á despedirse de la patrona y de las señoritas. ¡Y qué cara tan alegre llevaba cuando se marchó! — dijo el paisano á Leví, contestando á una de sus preguntas.

Don Adrian se quedó un momento pensativo; despues pagó el gasto hecho y salió de la pulperia, no consiguiendo resolver tambien como hubiera querido el problema de la partida de Matilde.

Por una parte, casi tenia la evidencia de que era su asistente el que se habia llevado á la jóven, pues como ya hemos dicho, la señas que le dió el paisano concordaban perfectamente con las suyas; pero al mismo tiempo, la hermosa y elegante señora que segun el paisano acompañaba á aquel hombre, y la que no sabia quien pudiera ser, le desorientaba por completo.

— Decididamente — pensó — nada he conseguido y casi casi me encuentro en las mismas dudas que ántes: ¡Oh! ese Miguel me ha de pagar caro estos momentos de angustia é impaciencia que me hace pasar.... ¿Me hará traicion?... nó, nó, imposible, á él le conviene estar bien conmigo.

Don Adrian llegó á Montevideo hondamente preocupado, y se dirigió á la quinta donde vivia, quinta situada cerca del Paso del Molino, y en la que habia reunido toda clase de comodidades; pues Leví, aunque era un avaro de primer órden, gustaba de ellas y aûn de los placeres, aunque unas y otros procuraba que fueran lo más económico posible.

La quinta que le servia de albergue, que habia

llegado á su poder gracias á una de las muchas estafas con apariencias legales cometidas por él, era una de las mejores y más bonitas de aquellos sitios, y al mismo tiempo la de mayor extension, cruzando por en medio de ella un ancho arroyo que la fertilizaba y aumentaba sus atractivos con su plácida corriente.

Algo lejos y extraviada del centro de la capital era la morada de Leví, pero en medio de la poblacion difícilmente hubiera podido reunir las comodidades que allí reunia, aparte que con carruaje y con teléfono que acorta todas las distancias, éstas quedaban reducidas á la nada. Además, á don Adrian le convenia estar léjos del centro, poder pasar desapercibido cuando le conviniera y entrar y salir sin llamar la atencion de nadie. Además como era un hombre que habia hecho toda su fortuna en la sombra, parecia como si le tuviera cierto cariño y huía del foco principal del movimiento y de la luz. Es verdad que, por otra parte, aquella quinta podia servir y habia servido en momentos dados para mas de cuatro infamias, pues su extension y aislamiento le daban condiciones para que el mayor misterio envolviera todo cuanto en ella pudiera realizarse.

Don Adrian llegó á la quinta, subió la escalinata de mármol, y penetró en su despacho. Despnes se sentó ante un magnífico escritorio y apoyó la cabeza entre sus manos.

— ¡ Oh ! es menester tomar una resolucion: esta situacion es difícil, es insostenible; necesito triunfar

cuanto ántes; me hace falta la declaracion de Savelio, y apoderarme de Ester.

¡Ester! ¿A dónde habrá ido á arrastrar su hambre y su miseria?... Sí, hambre y miseria, porque fué tan estúpida que la fortuna llamó á su puerta y la rechazó.... Sí, sí, debe estar en la miseria, porque ella no se vende... Nó, no se vende, ni se doblega. ¡Si supiera ella que hace tiempo que podia ser rica, muy rica!.... Sí, podia serlo; pero no lo será. Bah! ¡eso no lo sabe ella ni yo pienso contárselo! ¿para qué necesita ella el dinero? — Lo que es menester es que parezca, sea como sea. Pero para eso me hacen falta hombres listos y de confianza que sepan comprenderme y obedecerme, que tengan el corazon bien puesto, que no se ablanden por nada; si yo no hubiera sido así, si á mí me hubiera dado por la sensibilidad, estaria ahora en el Asilo de Mendigos. Afortunadamente no me ha dado por tal cosa, y espero que no tendré nunca semejante debilidad. Nó, no me parece difícil. Este mundo está dividido en dos fracciones: la una compuesta de los que comen, y la otra de los que son comidos; el que es sensible y toma la vida por lo sério, y se empeña en figurarse que vale algo eso de honra, pundonor, vergüenza y otras pamplinas por el estilo, es comido invariablemente; el que piensa lo contrario, come constantemente á dos carrillos. Sí, sí, yo soy y seré de los segundos — terminó diciendo para sí don Adrian, á la vez que en sus labios se dibujaba una cínica sonrisa.

Despues pareció reflexionar un momento, enseguida

un rayo de alegria brilló en sus ojos, al mismo tiempo que decia para sí:

—¡Ya encontré lo que buscaba! Sí, ninguno tan á propósito como él; Pancho es un buen muchacho, valiente, listo y atrevido, que no se detiene por nada, ni le importa enviar al otro mundo á una persona. ¡Oh, qué feliz inspiracion! Sí, Pancho el comisario es mi hombre; me falta Miguel, que era un auxiliar inapreciable; pero con Pancho, si no salgo ganando, estoy seguro que no pierdo en el cambio.

Al dia siguiente, don Adrian se enteraba del punto donde se encontraba don Pancho, que no era otro que el terrible enemigo de Márcos, y despues de conseguir para él dos meses de licencia, que le concedieron de muy buena gana en el Ministerio, puso un telegrama al comisario diciéndole que viniera inmediatamente á Montevideo. Pero no fué solamente el telegrama para don Pancho el que Leví hizo trasmitir; al mismo tiempo puso otro para Buenos Aires dirigido á Miguel, que sólo contenia las siguientes palabras:

«Necesito noticias con urgencia: no me agrada esperar. ¿Lo entiendes bien?»

El telégrama no era muy extenso, pero dada la situacion de Leví y de su asistente tenia una gran significacion, pues encerraba una embozada amenaza.

Una dificultad encontró don Adrian al extender el telégrama: la de que no sabia las señas de la morada de Miguel; y, en conciencia: ¿sabia acaso con seguridad tampoco si su asistente se hallaria ó nó en

Buenos Aires, caso de que, como suponia en algunos momentos, fuera él quien habia arrebatado á Matilde de la estancia de Santa Rosa?

Verdaderamente no lo sabia; pero como era lo más probable, á pesar del silencio extraño y alarmente de Miguel, no dudó en poner el telégrama citado: despues de todo, ¿qué perdia?

Serian las diez de la noche del dia siguiente á aquel en que don Adrian habia puesto los telégramas, cuando un hombre envuelto en un poncho azul forrado de encarnado, se apeaba delante de la puerta de la quinta de don Adrian, y preguntaba por el indigno usurero.

Ordenes especiales debia haber tenido el conserje de la quinta, cuando el hombre aquél pasaba adelante y entraba luego en la casa, cuando nadie solia penetrar en su recinto por ningun motivo ni bajo ningun pretexto, pues don Adrian, que tenia la conviccion de que no tenia amigos, pues él tampoco lo era de nadie, y como nunca había hecho ningun bien y sí muchas infamias, no estaba muy tranquilo, y procuraba preservarse de cualquier sorpresa ó visita desagradables.

Pero el recien llegado estaba exceptuado de la regla, ó quizás era esperado con impaciencia, cuando el guardador de la puerta, antíguo bandido en cuadrilla al servicio de Leví, le habia dado entrada franca. Aquel hombre subió la ancha graderia, y llamó suavemente á la puerta del escritorio de Leví. Un instante despues la puerta se abria, y aparecia en ella

don Adrian, al mismo tiempo que la luz que alumbraba el escritorio daba de lleno en el rostro del recien llegado. Aquel hombre era don Pancho, el comisario que habia estado á punto de asesinar al asistente del capitan Teodoro.

Al ver al comisario, el semblante de don Adrian, se animó.

— Adelante, Pancho, adelante! — dijo Leví al recien llegado, indicándole que entrara en el escritorio.

Don Pancho obedeció, y un momento despues aquellos dos hombres hablaban cerca de la gran mesa que se veia en uno de los lados de la lujosa habitacion.

— Vamos, Pancho, cuéntame lo que es de tu vida: ¿qué has hecho desde que no te veo?

— Señor Leví, mi vida es siempre la misma: perseguir matreros, y hacer un favor á un amigo si llega la ocasion; y á usted, sobre todo, pues yo siempre soy agradecido y no olvido un beneficio.

— Eso me gusta, Pancho, eso me gusta; mucho más ahora, que si te he hecho venir es para que trabajes bajo mis órdenes, bien y con buen deseo.

— ¡Oh! buen deseo no falta, señor Leví — respondió el comisario. — Usted es un buen amo; ya se lo decia yo no hace muchos dias á Miguel, y....

— ¿A Miguel? — interrogó Leví con sorpresa, no dejando á su interlocutor que terminara su frase.

— Sí, á Miguel. ¿Acaso no le ha dicho á usted que nos encontramos?

— Nó; no le he visto desde hace muchos dias;

está desempeñando varias comisiones en la otra banda —respondió don Adrian, que no queria dar parte á don Pancho de sus secretos, ni de sus zozobras é intranquilidades.

—Pues nos encontramos en una pulperia, y me alegré mucho de volverle á ver despues de tantos años como hacia que no nos veíamos. Recordamos los tiempos viejos y.....

—Sí, sí, ¿y qué más?—murmuró Leví, al que sin duda no agradaban mucho los recuerdos de los tiempos viejos que el comisario queria evocar.

—Pues luego me prestó un gran servicio, servicio que hubiera sido causa de que me hubiera desembarazado de cierto bandido que es mi pesadilla. Por desgracia, cuando iba á saldar cuentas, pues á mí, señor Leví, no me agrada tener cuentas pendientes, apareció como llamado del cielo un hombre al que veria con placer hecho pedazos, y me impidió que arreglara á Márcos á mi gusto, á mi enemigo: ¡un canalla sin vergüenza!... ¡Maldito capitan! — terminó diciendo el comisario, al mismo tiempo que su semblante se descomponia terriblemente al traer á su memoria el recuerdo de las escenas de la pulperia.

—¿Y quién es ese Márcos con quien quieres saldar cuentas? ¿Qué te ha hecho?—preguntó don Adrian con cierta curiosidad, pues en aquel momento recordó vagamente que aquél era el nombre del asistente del capitan Teodoro.

—Lo que me ha hecho es historia vieja, y usted se cansaria de oirla. En cuanto á quién es Már-

cos, no es difícil de explicar; ayer un gaucho malo, y hoy asistente ó criado de un capitan que el diablo se lleve — contestó don Pancho.

—¿Un capitan?

— Sí, un capitan del ejército.

—¿Cómo se llama?

— Teodoro Garcés.

—¿Teodoro Garcés?

— Sí.

Don Adrian Leví guardó silencio, y en sus ojos brilló un rayo de alegria: el que don Pancho fuera enemigo del jóven oficial era de una gran importancia para él; aquel hombre trabajaria no solamente por cuenta suya sinó por cuenta propia cuando llegara el momento de luchar con el capitan. Despues de un instante, Leví clavó una penetrante mirada en su interlocutor, y murmuró lentamente:

—¿Tienes muchos deseos de vengarte de ese Márcos y del capitan Teodoro?

— ¡Que si tengo! — respondió don Pancho con rabia — ¡diez años de mi vida daria con gusto con tal de verlos á los dos degollados de oreja á oreja!

— Pues bien: trabajando por mí trabajarás tambien por tu venganza: ¡yo te prometo que tendrás ocasion de tomar una revancha terrible!

Despues, Leví y el comisario hablaron largamente; el primero dió sus instrucciones al segundo para que averiguara el paradero de Ester, y al mismo tiempo procurara enterarse de los proyectos de Ricardo; de Miguel y de Matilde no habló nada: esperaba aún

tener noticias de su asistente; sinó las tenia, entónces quizás el comisario podria servirle para descubrir dónde se hallaban el paisano y su pupila, caso de que, como suponia, ésta estuviera con él.

Eran las once y media de la noche cuando don Pancho montaba á caballo y se alejaba despues de despedirse de don Adrian, que habia salido hasta la gran verja de la quinta á despedir al comisario.

Despues de ver alejarse á don Pancho, Leví se volvió para entrar de nuevo en la casa pero al volverse se encontró frente á frente con dos hombres. Leví lanzó un pequeño grito de sorpresa: uno de aquellos dos hombres era Ricardo; el otro: el capitan Teodoro.

CAPITULO XLIII

Cuatro dias de plazo.

Al ver á los recien llegados don Adrian retrocedió dos pasos lanzando á su alrededor una mirada, como si buscara un defensor ó un auxiliar que le sacara de tamaño aprieto, pues por tal tenia la presencia de aquellos hombres en su casa, de tan extraña manera aparecidos y á tan intempestiva hora llegados.

—Espero, mi comandante — murmuró el capitan con un leve acento burlón—que nos dispensará usted el que á una hora tan desusada vengamos á molestarle en su tranquilo retiro; sobre todo yo, que según creo no le he sido presentado hasta la fecha, —terminó diciendo el oficial, al mismo tiempo que cerraba cuidadosamente la puerta.

—Señores.... —murmuró Leví con voz velada por el temor, —me extraña....

—Pues no debia extrañarle á usted nada, don

Adrian, — respondió Ricardo con un acento en el que se conocia la violenta excitacion que le dominaba. — Creo que debia usted esperarnos.

— ¿Yo, Ricardo? ¿Por qué? — contestó Leví, mirando con recelo á su antiguo pupilo.

— Me parece — murmuró el capitan — que el señor comandante es demasiado buen caballero y de sobra atento y fino, sobre todo fino, para que no nos invite á pasar adelante, con el objeto de que con toda comodidad podamos hablar de los asuntos que nos traen á esta hora á su casa. ¿Me he equivocado acaso, señor Leví? — concluyó de decir el capitan, fijando una mirada en su interlocutor.

— Puesto que es necesario, sea, — respondió don Adrian con cierta vacilacion.

— Sí, señor, es necesario, — contestó Ricardo con acento breve.

— Sí; creemos conveniente para ambos que nos expliquemos, que tengamos una pequeña conferencia, — añadió el capitan.

— Sea como ustedes quieran, — respondió Leví, buscando con la mirada á su fiel conserje que parecia habérselo tragado la tierra; despues, echó á andar delante, no sin mirar con recelo al capitan y á su antiguo pupilo, que sorprendieron aquella mirada recelosa y se sonrieron con desprecio.

Anduvieron algunos pasos hasta llegar á la casa en la que penetraron precedidos de don Adrian, y al cabo de un instante entraban en el lujoso escritorio del usurero, cuya puerta cerró tras sí Ricardo Sasuren.

—Cualquiera diria que estoy prisionero,—murmuró Leví.

—Prisionero, ¿por qué?—preguntó el capitan ocupando el mismo sitio que antes habia ocupado el comisario.

—Me parece que la forma en que ustedes penetran en mi casa á las altas horas de la noche, el modo con que me obligan á recibirlos, y la precaucion tomada por el señor Sasturen de cerrar la puerta cuidadosamente, no creo que sean cosas muy tranquilizadoras—contestó Leví, que se sentia mal delante de aquellos dos hombres.

—Decididamente, señor don Adrian, ó no nos explicamos bien ó usted quiere comprendernos mal. Hemos venido á saludarle, un poco tarde, sin prévi-aviso, casi por sorpresa, es verdad, no lo niego; además yo me he tomado la libertad de cerrar la verja y mi querido amigo la de cerrar esa puerta, pero todo eso no puede ser mas natural; lo primero, porque tenemos conocimiento de que usted no es afecto á visitas, y la conviccion de que no nos hubiera usted recibido si hubiéramos venido á saludarle en mitad del dia; y lo segundo, porque somos poco aficionados á que nos importunen en nuestros asuntos,—respondió el capitan Teodoro.

—En fin, señores, concluyamos: ¿qué pretenden ustedes de mí?—murmuró don Adrian, fijando una interrogadora mirada en su pupilo y en el capitan.

—¿No se lo sospecha usted, mi querido tutor?—respondió Ricardo.

—Nó.

—Pues es bien fácil de adivinar: venimos á pedirle á usted cuenta de lo que ha hecho de mi hermana, á la que ha arrebatado usted de la estancia de Santa Rosa, valiéndose para conseguir su propósito, de un hombre tan infame como usted: de su asistente Miguel, digno criado de tal amo, de un bandido, que traidoramente se apoderó de una tarjeta escrita por mí y dirigida á mi pobre hermana, en la que le advertia el peligro que la amenazaba, para fingirse emisario mio, y hacerla abandonar el honrado hogar donde se hallaba. En poco ha estado que no fracasara su infame plan, y si ha triunfado ha sido solamente sacrificando á un inocente que se cruzó en su camino, que sinó, á estas horas Matilde estaria en libertad y yo no tendria el disgusto de encontrarme aquí. Ya sabe usted cuál es el objeto principal de nuestra visita, y esperamos su contestacion—terminó diciendo Ricardo.

—Exactamente; ese es el objeto de nuestra vista—añadió el capitan Teodoro.

—Y usted señor capitan, ¿es acaso tambien hermano de Matilde Sasturen, cuando hace usted suya la pregunta de Ricardo?—respondió Leví con ironia.

—No, señor, no soy hermano de esa señorita; pero en primer lugar soy un hombre honrado que me inclino siempre del lado de las buenas causas, al contrario que usted que se dedica á las malas, y en segundo, soy el prometido esposo de Matilde, y estoy perfectamente en mi lugar defendiendo á la que ha

de llevar mi nombre, y haciendo mia la pregunta de mi amigo acerca del paradero de esa señorita —respondió el capitan, en cuyos ojos brilló una pequeña chispa de cólera al escuchar la pregunta de Leví.

—¡Ah! ya eso es otra cosa. Además, comprendo muy bien que Ricardo no haya venido solo: accompañado de usted siempre tiene doble fuerza su pregunta, y es más enérgica la imposicion —contestó Leví, al que la respuesta del capitan habia irritado, pues descubria un nuevo obstáculo á sus planes.

—¡Señor Leví! —respondió Ricardo, cuyas mejillas enrojecieron á impulsos de la cólera al oír las frases agresivas del usurero.

—Calma, Ricardo, calma —murmuró el capitan —el señor Leví estoy seguro que no ha pesado el valor de sus palabras, ó se empeña en no conocernos, pues sinó, debia comprender que cualquiera de nosotros se bastaba y se sobraba para arrancarle la lengua ó para abofetearle el rostro. Si, señor Leví, cualquiera de nosotros, y si le ofenden á usted mis palabras, cosa que me parece difícil, pues para eso seria menester que poseyera usted dos cualidades que le faltan, es decir valor y vergüenza, pronto me tiene usted á darle una satisfaccion en el terreno en que se zanjan estas cuestiones entre caballeros, lo que usted quizás ignorara, por carecer de tal condicion —respondió el capitan con energia, dirigiendo una desdeñosa mirada á su interlocutor.

—¡Señor Garcés! —contestó Leví, al que domi-

maba la ira al verse ante aquellos hombres á quienes odiaba.

— ¿ Acaso vuelve usted al buen camino y acepta mi reto ? — contestó el capitan.

— Yo no me bato con los que asaltan mi casa — respondió Leví con voz sorda.

— ¡ Oh ! Ya sabia yo que desgraciadamente usted no se bate. Pero dejemos eso, y volvamos al punto de partida, es decir, al objeto de nuestra visita. ¿ Quiere usted decirnos dónde se encuentra Matilde ? — concluyó diciendo el capitan fijando en su interlocutor una penetrante mirada.

— No lo sé — contesto Leví con acento breve.

— ¡ Miente usted, don Adrian ! — exclamó Ricardo con vehemencia — miente usted, puesto que su infame cómplice, por órden de usted sin duda alguna se ha llevado á mi hermana de la estancia de Santa Rosa — concluyó diciendo el jóven, que á duras penas podia contener su cólera.

— ¿ Me insultas ? — respondio Leví, casi sin darse cuenta de sus palabras, pues cada vez comprendia más y más que se encontraba en un mal paso.

— ¡ Insultarle yo á usted ! ¿ Acaso se insulta á los reptiles ? — contestó Ricardo.

— Verdaderamente, á los reptiles no se los insulta se los aplasta con el pié — murmuró el capitan Teodoro, á quien la presencia de Leví le era altamente repulsiva.

— Por última vez, ¿quiere usted decirnos dónde se encuentra Matilde ? — preguntó de nuevo Ricardo,

— Lo ignoro; si mi asistente Miguel ha hecho eso, que lo dudo mucho, esos son asuntos suyos, en lo que nada tengo que ver. Se separó de mí en los campos del Quebracho y no he vuelto á tener más noticias de él, — respondió Leví con voz sorda.

—¿Es la última palabra de usted? — murmuró Sasturen.

— Sí.

— ¿Se niega usted á decirme dónde se encuentra mi hermana Matilde?

— He dicho que lo ignoro.

— Está bien; entónces escuche usted lo que voy á decirle — añadió, Ricardo con un acento que tenia algo de solemne.

Leví guardó silencio.

— Escuche usted, señor ladrón de fortunas, que le interesan mucho mis palabras. Usted no se ha contentado con devorar la fortuna que á mi hermana y á mí nos dejaron nuestros padres, cosa fea, muy fea, que tiene ó debe tener su recompensa en un grillete; sinó que tambien pretende usted robar honras, abusar del desamparo de una niña pura é inocente, para apoderarse de un arma que puede á usted perderle, y al mismo tiempo comprometer á su víctima para conseguir enlazarse á ella con el objeto de legitimar en parte su despojo; pero usted no contaba con nosotros, que no estamos de acuerdo con sus planes, y que sabremos estorbarlos, que sabremos poner coto á sus infames manejos. Mi amigo Garcés ha dicho ántes que á los reptiles se los aplasta

con el pié, y efectivamente eso pensamos hacer los dos con usted, que es un réptil de la peor especie — murmuró Ricardo, cuyas mejillas se coloreaban bajo la impresion de la sobrexcitacion que le dominaba, que hacia afluir su sangre al corazon en turbulentas oleadas.

Don Adrian miró á su antiguo pupilo y al capitan, y se estremeció; en el semblante de ambos se retrataba la más fria y terrible energia.

— Vamos á darle á usted un plazo, durante el cual usted podrá decidirse ó bien á contestar á nuestra pregunta diciéndonos dónde se encuentra Matilde, ó bien á persistir en su negativa; pero si al terminar el plazo, opta usted por lo segundo, y mi hermana no está en libertad, acusaré á usted ante los tribunales como raptor de menores, como secuestrador y acusaré á su asistente de usted, y al mismo tiempo presentaré una copia que conservo cuidadosamente de la declaracion del procurador Savelio, en la que da tales detalles tan claros y precisos acerca de las infamias que cometieron ustedes juntos, que á pesar de que la justicia parece dormir en este mi desgraciado país, no tendrá más remedio que despertarse ante la voz de la moral ofendida, y aunque no sea la declaracion original firmada por el procurador, tenga usted la firme conviccion de que no podrá usted evitar el ir ante un tribunal á dar cuenta de los hechos que yo denuncie. Y al fin la luz se hará, y tras de los delitos que yo haga conocer á los jueces, quizás se descubran otros de los que usted ha cometido y son ignorados hasta hoy.

Además, su cómplice de usted, Miguel, será detenido, y es muy probable que al fin y al cabo se convierta en acusador de su infame amo. Además, salvo que no pre tenda usted asesinar á mi hermana, cosa muy digna de usted y que no me estrañaria, al fin y al cabo la encontraremos, y usted no podrá aprovecharse de su infame accion, ni le servirán de nada sus tenebrosas maquinaciones, y verá premiados sus esfuerzos con una plaza en el Taller, á la que se ha hecho usted digno desde hace mucho tiempo. Sin embargo, como estoy leyendo en la imaginacion de usted como en un libro, y veo que duda usted de que la ley se cumpla y de que la justicia sea una verdad, contando con que en estos desdichados tiempos todo se bastardea y se vende, voy á decirle á usted mi última palabra. Si por una casualidad lo que usted piensa se realizara, tenemos un último medio, que si bien á ambos nos repugna, es el único que pensamos emplear caso que usted se burle de las leyes. Y ese medio, es tomarnos la justicia por nuestra mano. Sí, señor Leví,—continuó diciendo Ricardo con acento amenazador, sin hacer caso del gesto de temor que se habia dibujado en el repulsivo semblante de su antiguo tutor.—Si eso pasa, tanto Garcés como yó, le prometemos á usted matarle como á un perro rabioso, sin compasion de ninguna clase; nó á traicion, pues no somos de la escuela de usted, sinó cara á cara; pero tenga usted la seguridad de que morirá usted á nuestras manos,—concluyó diciendo el jóven con un acento en el que se conocia que la amenaza no se quedaria sin cumplir.

— Estoy completamente de acuerdo con el señor Sasturen, señor don Adrian Leví, — tiene usted cuatro dias para pensar lo que le tiene más cuenta; es decir, devolverle la libertad á esa señorita ó bien exponerse á la causa criminal que le ha indicado Ricardo, y á que le levantemos la tapa de los sesos él ó yo dado caso que los tribunales le absuelvan. Y tenga usted por seguro que aunque me repugne, no titubearé en cumplir lo prometido. Los reptiles son repulsivos y se les destruye. Eso haré yo con usted, señor Leví, destruirle sin compasion, vengando así á Matilde y realizando un acto de justicia, y bien sabe Dios que sólo atento á los males y ofensas causadas por usted á Ricardo y á su hermana, olvido por completo el indigno proceder de usted para commigo en el campamento del Quebracho, cuando engañaba usted vilmente al hombre mas honrado y mas leal que he conocido, al coronel don Mauricio, diciéndole que yo pretendia sublevar su division, para que me arrestara, impidiéndome de ese modo correr en auxilio de Matilde. Eso lo dejo á un lado; mis ofensas no significan nada en comparacion con las infamias que usted ha cometido con los demás. Ahora queda usted advertido, tiene usted cuatro dias de plazo para decidirse, murmuró el capitan.

— ¡ Cuatro dias de plazo solamente, don Adrian ! — añadió Ricardo con acento amenazador — cuatro dias, pasados los cuales no habrá compasion; se cree usted fuerte por que tiene en su poder á mi hermana y el documento firmado por Savelio, pero de nada le ser-

virá á usted todo eso si pierde la vida, y no pretenda usted huir, alejarse, por que á cualquier parte que vaya usted, allí nos encontrará dispuestos á realizar nuestra amenaza.

— ¡Oh! ¡ese es un abuso de la fuerza, eso seria un crímen, un asesinato! — contestó Leví maquinalmente.

— De ningun modo, señor Leví; libre será usted de defenderse; sólo que hasta para defender su vida le falta á usted valor. Y ahora, don Adrian, nosotros nos retiramos, nuestra mision está concluida por el momento. No olvide usted que tiene cuatro dias tan sólo para escoger entre entregar á Matilde, ó perder la libertad ó la existencia.

Y despues de pronunciar el capitan las anteriores palabras, se levantó y salió del despacho de Leví, seguido por Ricardo, encontrándose ambos poco despues en el camino que conducia á Montevideo.

— ¡Pobre Matilde! — murmuró Ricardo al abandonar la quinta de su antiguo tutor.

— Sí: ¡pobre Matilde, y pobre de Leví si no la pone en libertad! — contestó el capitan Teodoro con sorda voz.

CAPITULO XLIV

Desencanto

Ricardo y el capitan anduvieron algunos pasos en silencio; despues, cuando estuvieron bastante lejos de la quinta de Leví, el oficial se detuvo cerca de un grupo de árboles que se veia junto á la orilla del camino, y murmuró: —Aquí debemos esperar á Márcos.

—Sí, es verdad, aquí es — contestó Ricardo maquinalmente.

Despues los dos amigos volvieron á guardar silencio; ambos se hallaban preocupados. El resultado del paso que acababan de dar para averiguar el paradero de Matilde no les satisfacia, pues en conciencia nada positivo habian conseguido. Sinenbargo no se arrepentian de haber ido á llamar á la puerta de don Adrian. Era la única esperanza que tenian de poder hallar á la jóven; el intimidar á Leví, y conseguir por este medio arrancarle su presa, ó por lo menos descubrir algun indicio que los pusiera sobre la pista para po-

der encontrar á Matilde. Algo atrevido habia sido el paso que habian dado, y no habian dejado de tener que vencer dificultades para procurarse aquella entrevista, pues don Andrian jamás los hubiera recibido en su casa si se hubiera presentado en medio del dia, segun le habia dicho el capitan Teodoro. Afortunadamente tenian en su empresa un valioso auxiliar, Marcos, cuya fidelidad y abnegacion eran á toda prueba. El fiel y valiente paisano se habia convertido desde su llegada á Montevideo en la sombra de Leví. Para conseguir no perder de vista al enemigo de su amo, se habia valido de mil medios, consiguiendo al fin un resultado que ni él mismo se esperaba; el de lograr introducirse en la quinta de don Adrian y espiarle dentro de su propia casa. Como ya hemos dicho, el infame tutor de Ricardo tenia de conserje á un hombre que era una especie de Cerbero de una sola cabeza, hombre que tenia más de fiera que de persona, pero que era en cuerpo y alma de Leví. El referido conserje era un hombre incorruptible, y era empresa imposible el sobornarlo, pero como todo mortal, tenia sus debilidades, y aquel tenia dos pasiones: la caña y el juego. Estas dos pasiones eran ya dos puntos vulnerables, y Márcos que era listo é inteligente, supo aprovecharlos, y consiguió indirectamente dominar á aquella especie de salvaje, halagando sus defectos. De qué medios se valió para aprovecharse de las debilidades de aquel hombre no sabremos decirlo; pero el caso es que empezó por invitar á unas chiquitas al conserje, y luego por proponerle una partida

de juego; chiquitas y partida que primero fueron rechazadas con recelo, y al fin aceptadas con la mejor voluntad del mundo. Un dia despues de haberse reunido dos ó tres veces en la pulperia, el conserje se levantó en lo más interesante del juego, que aquella noche le era favorable, y murmuró despidiéndose de Marcos:

— Amigo, lo siento mucho, pero es tarde y me voy; el patron puede llamar y si se encontrara con que no estoy, seria cosa que le oirían hasta los sordos. Es una lástima que siempre me quede en lo mejor de la partida.... ¡ Maldita esclavitud! — terminó diciendo, al mismo tiempo que guardaba sus ganancias en el bolsillo. — ¡ Lástima que la pulperia no esté en frente de casa, así podria echar todas las noches una partidita sin temor ni cuidado ninguno! ¡ En fin, cómo ha de ser!

— ¿Y en la quinta no podríamos hacer lo que hacemos aquí? Francamente, amigo, esto es quedarse á medias, pues siempre anda de prisa, como si le estuvieran persiguiendo — respondió Marcos.

— ¿ En la quinta? — contestó con cierta extrañeza el conserje.

— Sí, en la quinta.

— No, no puede ser; seria una gran cosa, pero es imposible; el patron me tiene prohibido que permita entrar á nadie en casa, y no quiero ponerme mal con el patron.

— Pues francamente, compañero, es una lástima. Yo me hubiera llevado unas botellas de caña de la

mejor que se conoce, Tres estrellas; y hubiéramos podido pasar buenos ratos entre la baraja y las chiquitas de caña; en fin, si no puede ser, paciencia, pero es una lástima — concluyó diciendo Marcos.

— Ya lo creo que es lástima, pero no puede ser — anadió el conserje, que vació de un trago una copa de caña y salió de la pulperia.

Al dia siguiente volvieron á cambiarse las mismas palabras poco mas ó menos entre Marcos y el conserje, hasta que al fin un dia en que aquel habia bebido más de lo de costumbre, y abandonaba con visible pesar una partida que Marcos le habia dejado ganar sin ninguna dificultad, el conserje se detuvo un momento y dijo á Marcos despues de vacilar un instante:

— ¡Diablo! si el patron no se enterara, la idea de reunirnos en la quinta no era mala.

— Como usted no se lo cuente, amigo, — respondió Marcos.

— ¿Yo? Dios me libre.

— Entonces...

— Verdaderamente es una vida aburrida; á las seis de la tarde en casa y sin ver el camino siquiera. ¿Y para qué? Porque á la quinta no va nadie; todo el mundo sabe que mi patron no es aficionado á visitas, y por la noche mucho menos. Ademas si sale se va en el coche con Pancho — Pancho era el cochero de Leví, una buena alhaja como el conserje, que con el cocinero formaban toda la servidumbre del usurero — y se lleva una de las llaves de la verja.

Ademas, he pensado que tener un amigo alegre y buen compañero de juego no es ningun delito, por lo cual desde esta noche podemos reunirnos en la casilla del jardin y pasar un rato entretenido —murmuró el conserje.

—¡Gracias á Dios que tiene una buena idea! —contestó Márcos— verá qué buenas partida vamos á echar, acompañados de tragos de caña.

—¡Sí, sí! una chiquita no viene nunca mal —contestó el conserje, apurando una que le ofrecia su interlocutor.

—¿Y cuándo echamos nuestra primera partida?—preguntó Marcos.

—Si quiere, esta misma noche.

—Corriente, esta noche.

Y aquella noche se reunieron Marcos y el conserje en la casilla del jardin de la quinta, alojamiento del segundo, y lo mismo hicieron las noches sucesivas, y el buen paisano continuó su espionaje á toda hora, haciendo hablar aunque no mucho al hombre aquel que era sordo, ciego y mudo cuando se trataba de su amo, gracias al miedo que le tenia, por mas que el tal conserje mas trazas presentaba de asesino que de otra cosa. Pero á pesar de aquella reserva, siempre se le escapaba alguna frase que sin valor alguno para él, era aprovechada sin embargo por su compañero de juego y de chiquitas, que invariablemente se dejaba desplumar todas las noches siguiendo las indicaciones de su amo, consiguiendo de este modo ir ganando las simpatías y la confianza de aquel individuo que

se guardaba todas las noches algunos reales en el bolsillo, que compensaban lo reducido del salario que le pagaba don Adrian.

Pero á pesar de su vigilancia exquisita y de no perder ni un momento de vista á Leví, nada habia podido sacar en limpio, pues á ninguna parte sospechosa habia dirigido sus pasos el usurero donde pudiera haber estado encerrada la jóven. El dia de su expedicion á Libertad, el corazon de Marcos latió de alegria, siendo grande su decepcion al ver fallidas sus esperanzas. Entretanto el capitan y Ricardo, se morian de impaciencia viendo que los dias pasaban y nada sabian del paradero de Matilde, decidiéndose al fin á tener con Adrian la entrevista que ya conocemos. Sobre todo, Ricardo, se encontraba dominado por una gran excitacion, se hallaba febril, la impaciencia le mataba. Es verdad que no era solamente la ausencia de Matilde la que torturaba su corazon; Ricardo habia ido al conventillo, y segun se temia el capitan, el jóven vió desvanecidas sus más hermosas ilusiones; sintió desgarrada su alma por una pena horrible; luego, la pena se convirtió en sorda rabia, en despecho, en desvío, en desprecio, en una mezcla de pasiones encontradas, en la que ejercian su esfuerzo el inmenso cariño que habia profesado á la jóven, y su amor propio lastimado.

Ricardo fué al conventillo, y la fatalidad que hasta en las cosas más pequeñas parecia perseguir á la amada de Ricardo, hizo que éste se dirigiera para obtener los deseados informes á una mujer íntima amiga

de la *China*, de la que era digna pareja, y enemiga acérrima de la jóven y de la señora Ramona su protectora. Aquella mujer era del bando enemigo de la pobre huérfana, capitaneado por la italiana hasta su partida del conventillo, bando que estaba en guerra abierta con los defensores de la jóven que formaban el grupo más reducido, dirigido por la señora Ramona, que defendia á la pobre huérfana á capa y espada, mucho por cariño y simpatía y un poquito para llevarles la contraria á las comadres del bando opuesto.

— Señor, — dijo la vecina á Ricardo, cuando éste la preguntó por Ester — nadie mejor que yo puede dar á usted noticias de esa mala mujer, deshonra del conventillo.

— Señora, usted quizás no me haya comprendido. Yo pregunto por una jóven que se llama Ester, que vivia con su mamá, y que era un modelo de virtud — contestó Ricardo, ofendido por las palabras de la vecina.

— Sí, sí; ya lo sé, Ester; ¿quién no la conocia? pero no por sus virtudes sinó por lo escandalosa.

— Pero....

— Usted estará en un error como lo estuvimos nosotros. No es extraño, parecia una santita con los ojos bajos; ¡fiése usted, si, fiése usted! era una bribona que con el pretexto de ir por costura se iba de farra con un hombre, y á casa de una perdida, una cómica ó una *pruebista* ó cosa así, que está amigada con un personaje de mucha importancia, no sé si con el Gran Mariscal, otro perdido; pero al menos esa mu-

ger tiene cierto decoro, sí, usted la debe conocer, es una señora que vive en la calle de Daiman....

— Señora, ¿está usted segura de lo que dice?

— ¡Qué si estoy segura! y eso no es nada. ¡Hasta en el conventillo ha habido muertes por ella! Sí, era una perdida, y su pobre madre murió sola, completamente sola, miéntras ella se marchaba á farrear con un señor que la esperaba en la calle, y su madre se murió y la enterraron, y la hija se quedó tan fresca, y luego desapareció y hasta hoy — terminó diciendo la vecina, sin fijarse en su interlocutor que habia palidecido horriblemente, y que al cabo de un instante le rogaba que le explicara palabra por palabra todo lo que de horrible le habia hecho adivinar acerca de Ester.

— Señor, entre usted en mi habitacion y le referiré á usted todo lo que sé de esa alhaja, sin quitarle ni ponerle coma.

Y Ricardo estaba un momento despues sentado en la habitacion de la muger aquella, que refirió á su gusto, y segun su mala voluntad se los hacia sospechar todos los acontecimientos ocurridos en el conventillo, en los cuales Ester habia tenido parte mas ó menos directa. La existencia llena de virtuosa abnegacion que habia llevado la jóven convirtiéndose en una mártir, fué convertida al ser relatada por aquella harpía en una existencia de vicio y de corrupcion.

Las últimas palabras que pronunció la vecina fueron el golpe más terrible que recibió el jóven; la no-

che que engañada por don Adrian habia ido á casa de don Blas Leonidas, habia sido seguida por la italiana, que refirió á la interlocutora de Ricardo el sitio á donde habia ido la jóven en vez de estar al lado de su madre que se moria lejos de ella. Al oir las señas de la casa de Leonidas, sintió Sasturen que la pena y la desesperacion le ahogaban; no quiso oir más, colocó un peso en la mano de uno de los cuatro ó cinco chiquillos que durante su entrevista habian rodeado á su interlocutora, mirándole de cuando en cuando con aire receloso, y se lanzó á la calle loco de desesperacion y preguntándose para qué queria la existencia despues de tan terrible desengaño. Porque ya no le quedaba duda, Ester era una muger prostituida, habia llegado hasta el último límite del vicio. Aquella muger de la calle Daiman era la Maloff, la pública amante del tirano: aquella casa donde la jóven pasó la noche en que murió doña Mercedes, la conocia de sobra, todo el mundo la señalaba con el dedo. Era el infame centro donde tenian lugar las terribles orgías que celebraban Mínimo Santero y sus amigos.

—¡Oh! no, no quiero morir,—murmuró Ricardo despues de un momento, cuando se hubo alejado del conventillo — no quiero morir; tengo que vivir para salvar á mi hermana, y para odiar y despreciar á esa infame muger que ha destrozado mi corazon.

Por la tarde cuando el capitan le preguntó acerca de su visita al conventillo, Ricardo contestó con las siguientes palabras:

— Ester ha muerto.

El capitan miró sorprendido á su amigo, y guardó silencia suponia que Ester vivia, pero comprendió que para su amigo habia muerto efectivamente. Y así fué, pues jamás volvió á pronunciar el nombre de la jóven ni el capitan quiso evocar su recuerdo.

Como hemos dicho al principio de este capítulo, Ricardo y el capitan se detuvieron, esperando la llegada de Marcos. Al fin, al cabo de algunos instantes apareció el bravo paisano.

— Algo has tardado, Marcos, murmuró el oficial al ver llegar á su asistente.

— Antes hubiera podido haber venido, mi capitan — pero temia que ustedes no hubiesen terminado su visita, y no me atrevi á separarme del conserje.

— Has hecho bien, Marcos, — contestó Ricardo á quien el fiel asistente le habia inspirado grandes simpatias.

— Bien, era solo una observancia porque temia que te hubiera ocurrido algun contratiempo, — respondió el oficial.

— Afortunadamente no, pero las cosas me parece que van á cambiar de aspecto. — murmuró Márcos, que parecia un tanto preocupado.

— ¿ Hay alguna novedad ? — preguntaron con afan los dos amigos.

— Hoy no, pero pudiera suceder que las hubiera mañana; esta noche ha estado en la quinta un hombre cuya sola presencia aqui es de mal agüero.

— ¿ Un hombre ?

— Sí, mi capitan. ¿Cuando ustedes entraron en la quinta no vieron ustedes alejarse un hombre á caballo?

— Sí, — respondieron los dos jóvenes.

— Pues bien, al internarme con el conserje por una de las calles del jardin, con el objeto de dejarles á ustedes el paso franco, fijé mis miradas en aquel hombre y me encontré que era un enemigo nuestro, que para nada bueno debe haber ido á la quinta.

— ¿Un enemigo? murmuró el capitan Teodoro con extrañeza.

— Sí señor; el hombre que salia de la casa de don Adrian cuando ustedes llegaron, no era otro que el comisario don Pancho.

CAPITULO XLV

En el que aparecen de nuevo Matilde, Miguel, y Teresa

En tanto que Leví se desesperaba por no tener noticias de su asistente, éste se hallaba tranquilamente en Buenos Aires, á donde se habia dirigido en compañía de Teresa y de la pobre niña hermana de Ricardo, arrebatada traidoramente de la estancia de Santa Rosa.

Miguel, su cómplice, y su víctima, llegaron á Montevideo, embarcándose enseguida para la capital de la vecina república, haciéndose inscribir con nombres supuestos en el rol del buque.

Matilde, que no desconfiaba ni mucho menos de sus compañeros á quienes consideraba íntimos amigos de su hermano, los siguió de buen grado, creyendo escapar á un peligro que solo existia en su imaginacion, forjado por las palabras del paisano, que procuraba en todo lo posible aterrarla con la supuesta persecucion de que según él era objeto.

Al llegar á Buenos Aires fueron á alojarse á una casa del Paseo de Julio que encontró desalquilada el asistente de Leví, casa no màla, sinó malísima, por el sitio en que se hallaba; pues la mayor parte de los concurrentes y habitantes de aquella parte de la ciudad, era gente perdida ó poco menos.

El mobiliario estaba en perfecta relacion con la casa, y Teresa y Miguel estaban al nivel de la casa y del mobiliario.

—¿Cuándo podré ver á mi hermano?—fué la primero pregunta que hizo Matilde en cuanto llegaron á Buenos Aires.

—¡Oh! eso no es posible saberlo con seguridad; podrá ser hoy, lo mismo que mañana—contestó Miguel. Como ya he dicho á usted, cayó prisionero, y sabe Dios cuándo le soltarán,—concluyó diciendo Miguel.

Dos ó tres veces la jóven hizo la misma pregunta, recibiendo siempre idéntica contestacion.

En cuanto á Teresina, tambien parecia un tanto impaciente, mejor dicho intranquila.

—Ya estamos en Buenos Aires, Miguel,—le dijo *China* á su antiguo amante, á los pocos momentos de tomar posesion de su fementida vivienda—el asunto salió á pedir de boca, la paloma cayó en la red; me parece que ya no nos queda más que cobrar aquellos miles de pesos de que me hablabas, y....

—¿Y qué?—preguntó el paisano.

—Y marcharnos ambos de aquí, que el aire de por acá no me prueba—concluyó diciendo Teresina,

que sólo dominada por el interés habia consentido en ir á Buenos Aires, en donde tenia encontrarse con Pipo.

—Estoy conforme en que nos mandemos mudar de aquí lo más pronto posible, pues maldito el interés que tengo en quedarme; pero no se puede andar tan de prisa, es menester tener calma....

—¿Y por qué?...

—Por una razon sencillísima; porque los miles de pesos de que tú hablas no se cobran como una letra ó un giro postal, sino que hay que apurar el ingenio y aún exponer algo la piel antes de tenerlos en el bolsillo—contestó Miguel.

—No me decias eso en Montevideo; allí, segun me explicabas, no habia que hacer más que llevarse á la muchacha y tomar enseguida el dinero—respondió Teresina con un acento que tenia algo de reconvencion, algo de reproche.

—Mira, Teresa, no seas tonta ni rezongues que por eso no se adelanta mas camino. Lo que te he dicho te lo repito: tendremos buenos miles de pesos; pero hay que esperar un poco. La muchacha está en nuestro poder, y la muchacha es un mina que hemos de explotar bien y hasta lo último pero para obtener ese resultado; es necesario que yo vaya á Montevideo, con el objeto de poner por obra el plan que tengo formado, pues supongo que no te figuras que van á traernos á casa los talegos de libras,—concluyó diciendo Miguel, al que maldita la gracia que le habia hecho la especie de reconvencion que le

habia dirigido su compañera, á la que á buen seguro hubiera contestado quizás de un modo contundente, á no haber tenido necesidad de ella en aquellos momentos.

—Bueno, sí, es verdad, tienes razon—contestó Teresina con voz más dulce—pero procura arreglarlo todo cuanto ántes, pues aquí no me encuentro á gusto; temo á cada momento ver aparecer á Pipo, y.... lo dicho, no estoy tranquila. Yo me figuraba que era cuestion de amores: la jóven no es fea y podia haberse encaprichado álguien de su palmito, y, pues, haberte ofrecido esos miles de pesos por que la sacaras de la estancia—concluyó diciendo la italiana, á la que Miguel no habia dicho ni una sola palabra acerca de don Adrian.

—Pues no hay nada de eso, Teresina; la muchacha es bonita, es verdad, pero no hay nada de lo que tú te figuras. Esa chiquilina tiene novio ó cosa por el estilo; le hace la rueda segun creo ese capitan Teodoro de que ella hablaba antes, y con el que procuraré no encontrarme cara á cara, pues entónces adios miles de pesos, y quizás adios cuero—respondió Miguel, que sabia que el jóven oficial no le habia de perdonar nunca el rapto de Matilde.

—Sabes, ché, que el negocio no me parece ya tan claro.

—Qué sabes tú; ¡valiente cosa me importa á mí que tenga ó no tenga novio la muchacha! Al contrario; tengo una idea, que si logro realizarla á mi gusto, no solamente dejaria de ser un mal enemigo

el capitan, sinó que tambien le sacaríamos una buena punta de pesos. Pero para eso hay que discurrir un poco, no tengas impaciencias que no por mucho madrugar amanece más temprano — concluyó diciendo Miguel, el que efectivamente habia empezado á formar un plan que esperaba le diera magníficos resultados.

Su primera idea habia sido dirigirse lisa y llanamente á Montevideo, ver á don Adrian, imponerse á él con la fuerza que le daba el tener en su poder á Matilde y la posesion del terrible documento firmado por Savelio, que la jóven le habia entregado creyendo con esto obedecer una órden de su hermano, y obligarle á que le entregara cuarenta ó cincuenta mil pesos en cambio de su antigua pupila y del temido papel. Pero Miguel no era tonto, y en uno de sus momentos de labor mental, concluyó por darse una palmada en la frente al mismo tiempo que murmuraba:

—¿Y por qué no he de jugar con dos barajas? Me acuerdo de ese maldito capitan y de su endemoniado asistente que el diablo confunda, considerándolos como los peores enemigos que puedo echarme á la cara, y bien mirado, con alguna habilidad y siendo un poco listo, tambien podria explotar la caja del capitan, que debe estar bien repleta, pues tiene una bonita fortuna que no ha sido administrada por mi patron. Sí, sí, seguramente.... — continuó diciendo para sí Miguel, que se sonreia, satisfecho al pensar que habia encontrado un nuevo filón que ex-

plotar — sí, sí..., despues de arreglar mis asuntos con don Adrian, le propondré al capitan entregarle su amada: ¡ya lo creo que soltará las peluconas!... Lo malo es que si me conoce su asistente pueden darme un disgusto, porque aunque yo no soy manco, ellos son bravos y.... ¡Bah! ya procuraré yo hablar á solas con el oficial, y dudo mucho que me conozca no habiéndome visto más que una vez, y con el rio por medio. Sí, sí, es una buena idea que bien atados todos los cabos ha de dar un soberbio resultado; ¡oh! será una buena gauchada!—y al llegar á este punto de sus reflexiones, Miguel se sonrió lleno de petulante satisfaccion. A dichos proyectos se referia Miguel, al decirle á Teresina que quizás podrian sacarle al capitan una buena punta de pesos.

Pasaron varios dias, y Matilde empezó á sentirse mal en aquella casa, fuera de su centro por decirlo así, en compañía de aquel hombre y aquella mujer que sin saber por qué empezaban á hacérsele sospechosos, y seguramente muy mala facha debia tener Miguel y muy sospechosa debia ser la de Teresina para despertar al fin y al cabo el recelo de la jóven, que era una niña inocente ajena á todas las luchas y pasiones mundanas, pues para ella en el mundo no habia nadie malo, y sí sólo unas cuantas séries de ángeles de mayor ó menor cuantía. Y no se crea por esto que Matilde era tonta ni mucho menos, sinó que cándida y buena hasta la exageracion, no cabia en su alma sencilla ni la sospecha de lo malo.

Sin embargo, el lenguaje soez de sus compañeros, aquella casucha donde se albergaban, aquellos sitios por los que sólo se veian pasar caras sospechosas y figuras incomprensibles, permitásenos la frase, hombres cuyos semblantes tenian la patina de la perversidad y del crímen y mugeres dignas en todo de aquellos hombres. Varias veces se habia asomado á la pequeña ventana de la casucha y se habia retirado de ella con miedo. No habia sido por lo tanto seguramente un martirio para ella la prohibicion que le habian impuesto sus compañeros de asomarse á la reja; no, no solamente no le habia causado enojo, sinó que estaba completamente de acuerdo con esa medida.

—Señorita,—le habia dicho Miguel un dia—no conviene que la vean á usted desde la calle; tiene usted, lo mismo que don Ricardo, muchos enemigos; don Adrian tiene mucho dinero y es hombre de influencia, habrá enviado por todas partes gente que la busquen, y si por una casualidad la ven en la ventana.... Nó, no vuelva usted á asomarse, no sea que vayamos á tener un disgusto — concluyó diciendo Miguel, que fué apoyado con iguales razones por Teresina.

—¡Oh! señor Miguel—habia respondido la jóven — no tenga usted cuidado que no volveré á asomarme á la ventana; despues de todo, pasan por delante unas caras que francamente me dan miedo.

—Sí, seguramente, este es un sitio algo extraviado, pero por lo mismo ha sido elejido por mi

hermana y por mí con el objeto de que esté usted más segura.

—Sí, es verdad—contestó Matilde.

Esta preguntaba á menudo por su hermano y por el capitan Teodoro, pero siempre era una evasiva la repuesta que obtenia.

Al fin un dia la jóven se atrevió á presentar la cuestion de frente, y al levantarse de la mesa murmuró dirigiéndose al paisano:

—Señor Miguel, yo estoy con mucha intranquilidad: lo que á mí me pasa me parece extraño, muy extraño; mi hermano debe haber muerto, de otra manera no me explico su silencio; le he escrito, usted mismo ha echado mi carta en el Correo, y sin embargo yo no he tenido contestacion. Este silencio, esta incertidumbre me matan, y yo no puedo continuar así: si no tengo mañana carta de mi hermano ó de su amigo el capitan Teodoro dándome noticias acerca de la suerte de Ricardo, estoy decidida á arrostrar toda clase de peligros, á jugar el todo por el todo exponiéndome á caer en poder de don Adrian, y...

—¿Y qué?—preguntó Miguel.

—Y marchar á Montevideo á saber qué ha sido de mi hermano. ¡Pobre Ricardo! ¡quién sabe si ya no existirá!—concluyó diciendo Matilde, al mismo tiempo que las lágrimas asomaban á sus ojos.

—¿Qué está usted diciendo, ir á Montevideo? ¡No piense usted en semejante cosa!—respondió Teresina cruzando una mirada de inteligencia con su antiguo

amante — nosotros hemos prometido á su hermano de usted salvarla de las manos de don Adrian, y tendríamos una grave responsabilidad si la dejáramos partir. ¿No comprende usted, hija mia, que eso no puede ser?

— Lo que yo comprendo es que me muero de pena y desesperacion — añadió Matilde — aislada, léjos de él: ¡oh! todo menos seguir con esta vida llena de dudas y de intranquilidades; ustedes lo hacen sin duda alguna para mi bien, pero la verdad es que estoy prisionera y léjos de los séres que amo.

— Señorita Matilde, es usted injusta, muy injusta — murmuró Miguel con calma — por nosotros, lo mismo por mi hermana que por mí, hubiera usted salido á respirar el aire libre, hubiera usted estado en otra casa más digna de usted, pero entónces nos hubiera sido más difícil librarla de las asechanzas de sus enemigos, que tenga usted la más completa seseguridad de que no descansan un momento para averiguar dónde se encuentra.

— Sí, sí lo creo; ¿pero por qué no me contesta Ricardo? Además, ¿cree usted que mi tutor se atreveria á cometer un crímen para apoderarse de mi persona? Nó, no quiero, señor Miguel, dispénseme usted, les doy las gracias por sus bondades; pero si Ricardo no contesta á mis cartas, yo no quiero seguir así, — murmuró la jóven con exaltacion.

— ¡Oh! hija mia, no conoce usted sus intereses — respondió la *China* — ni agradece usted el interés que nos tomamos, ni....

— Calla, Teresa — murmuró Miguel dirigiéndose á su antigua querida — la señorita Matilde está intranquila, y es muy natural; lo comprendo, perfectamente, y en prueba de ello, mañana parto yo mismo para Montevideo y le prometo traerle noticias de don Ricardo. Es más: trataré de ver la manera de llevarla á Montevideo, si por casualidad nuestro amigo se encuentra en libertad. ¿Está usted conforme, señorita Matilde? — concluyó diciendo Miguel, que queria ganar tiempo y que sabia perfectamente que mal podian tener contestacion las cartas de la jóven puesto que las tenia él en su bolsillo.

— ¡Oh! sí, señor Miguel, tráigame usted noticias de Ricardo, que sepa yo que mi hermano está bueno, y al mismo tiempo haga usted por que vuelva á Montevideo, por que respire aire puro, por que salgamos de esta casa en la que sin saber por qué tengo miedo, ¡mucho miedo! — murmuró Matilde, terminando su frase con acento medroso.

— Sí, señorita Matilde, no tenga usted cuidado, mañana me voy y espero que pronto se arreglará todo.

Matilde pareció quedarse más tranquila. Pocos momentos despues se retiró á su habitacion; se sentia mal. Teresa y Miguel se quedaron solos. Tarde, bastante tarde, la jóven que se habia recostado vestida sobre el lecho, creyó oir pronunciar su nombre vagamente; Matilde se incorporó y apoyada sobre una de las manos prestó atento oido á las voces que llegaban hasta ella.

Los que hablaban eran Teresa y su compañero; creían dormida á la jóven, y suponian cerradas las puertas de las habitaciones que separaban el comedor del dormitorio de Matilde. Pero en ambas cosas se equivocaban: la primera no dormia, y las segundas se hallaban abiertas, dando libre paso al sonido de sus voces.

— La chiquilla va perdiendo la confianza — decia Teresa.

— Sí, por lo cual es necesario concluir pronto. Ya puedes suponer que no le voy á traer noticias del tonto de su hermano ni del capitan Teodoro á quien quisiera ver hecho cuartos — respondió Miguel.

— Ganas me daban esta noche de haberle dado unos azotes á esa zonza. Ya me cansa su cara de gatito de Angola — respondió Teresa.

— No, no; hay que arreglarlo todo enseguida: mañana me voy, termino el asunto, cobro los pesos y me vuelvo para darle libertad, salvo....

— ¿Salvo qué?

— Que el capitan no quiera hacerse amigo mio y cierta persona disponga otra cosa, que en ese caso, de una puñalada se la saca de penas.

En aquel momento se oyó en la próxima habitacion un ruido, como el que produce el cuerpo de una persona al caer en tierra.

Teresa y Miguel se levantaron rápidamente, y se dirigieron hácia el punto donde se habia producido el ruido.

Cerca de la puerta del comedor que daba paso á

las demás habitaciones, se hallaba Matilde tendida y sin conocimiento.

—¡Nos ha oido! — murmuró Teresa inclinándose sobre Matilde.

—¡Peor para ella! — respondió Miguel con acento sombrio.

CAPITULO XLVI

En el que Juan Valdéz vá de sorpresa en sorpresa

Al llegar á Montevideo, Juan Valdéz, doña Luisa, las hijas de ésta y la desgraciada huérfana, fueron á alojarse al Hotel Peninsular, con gran contentamiento de Magdalena y Elvira, para las que era una cosa completamente nueva la hermosa plaza Independencia, que por su extension es una de las primeras en la tierra americana. Que diferencia tan grande encontraban las dos jóvenes entre su humilde rancho y la capital.

En cuanto á doña Luisa, su compadre y Ester, se preocupaban poco de las bellezas de la ciudad; la una fijo su pensamiento tan sólo en su esposo y en sus hijos, á los que temia les hubiera sucedido una desgracia, en lo cual no se equivocaba; Juan Valdéz con la idea fija en los hijos de su compadre, en buscar á Ricardo prometido de su hija adoptiva y en descubrir un criminal y vengar á un inocente, empresa en la que entraba como factor su fiel Ombú. Respecto á la

desgraciada hija del comandante Mendieta, esa, solo pensaba en su triste pasado, en su incierto presente y en su oscuro porvenir. Su pensamiento estaba fijo en los séres queridos que no existian.

A los dos dias, Juan Valdéz y la que él llamaba su familia abandonaron el Hotel Peninsular y fueron á instalarse en una bonita quinta de los alrededores de Montevideo, á unos quinientos metros del puente de las Duranas, en la que Valdéz esperaba encontrarse más á gusto que en medio de la capital, pues tenia por suyos un pedazo de campo y unos cuantos árboles, que á él, acostumbrado á la vida de la campaña, le alegraban y le hacian olvidar su brusco cambio de manera de vivir.

A su ahijada y á la hermana de ésta más les hubiera gustado no salir del Hotel, en el que se pasaban largas horas contemplando el ir y venir de tranvias, carruajes y transeuntes, pero como segun dice el adagio, donde hay patron no manda marinero, y allí habia dos patrones que eran Luisa y Valdéz, tuvieron que conformarse é irse á vivir á la quinta, en donde por otra parte se hallaban perfectamente instaladas, con más lujo y más comodidades que las que estaban acostumbrados á disfrutar, pues el antiguo conductor de ganados, que tenia un bonito capital adquirido honradamente, no habia querido que en la casa faltara lo más pequeño para el bienestar de sus moradores.

— De hacer las cosas hay que hacerlas bien — habia dicho Valdéz — ya que me retiro del servicio

activo, quiero vivir á gusto en compensacion del tiempo que he pasado rabiando. Además, no quiero que mi familia diga que no la trata bien. Los pesos son para gastarse, y no para guardarlos esperando la cria. Nada, doña Luisa — habia añadido dirigiéndose á su comadre — gaste usted lo que quiera, y fuera penas que eso quita el apetito.

Doña Luisa siguió las indicaciones de su compadre, ménos en echar fuera las penas, y todo quedó arreglado á medida del deseo de Juan Valdéz.

En cuanto á Ester, en todas partes se encontraba bien y en ninguna era feliz; la pobre huérfana no podia ser dichosa en ningun sitio. ¡Con cuánta envidia escuchaba las risas de sus amigas Elvira y Magdalena, risas francas, alegres, de esas que produce la felicidad relativa de las primeras ilusiones cuando aún no se ha recorrido sinó una pequeña parte del camino de la vida!

Un hombre, mejor dicho, un niño, se cruzó en el camino de Ester; ella sonrió tristemente y le dejó pasar de largo. Aquel hombre era el jóven oficial que habia ido á llamar al rancho de doña Luisa el dia en que Ester fué recojida por la buena paisana.

Como ya hemos dicho anteriormente, el alférez se sintió impresionado al contemplar el encantador semblante de la jóven, sintió algo dentro de su corazon que le impulsaba hácia la pobre huérfana, un sentimiento extraño que ligaba su voluntad á aquella hermosa niña. Cuando doña Luisa, sus hijas y Ester llegaron á Paysandú, recibieron la visita del jóven

oficial, que corrió ansioso á la morada de Juan Valdéz, deseando volver á contemplar el peregrino semblante de la huérfana. Esta conoció bien pronto el sentimiento que habia inspirado al jóven y el que éste habia despertad en una de sus amigas, en Magdalena, que sentia enrojerse su semblante cada vez que veia al oficial.

Al fin, un dia, el jóven alférez declaró á Ester el secreto de su corazon. La pobre huérfana le oyó con pena, con verdadero senfimiento; luego fijó en él una mirada de sus grandes ojos negros y murmuró:

— Amigo mio, no me pertenezco, no quiero engañar á usted. Jamás podré amarle más que como una buena amiga; seamos pues buenos amigos, domine usted sus sentimientos, y consagre usted ese cariño á otra mujer que valga más que yo y que sea menos desgraciada. Perdóneme; el destino lo quiere así. ¡Quién sabe, quizás no se encuentre léjos la mujer que pudiera hacer feliz á usted!

El jóven quiso insistir; Ester llevó entónces con cierta melancolia un dedo á sus lábios en señal de silencio, y el oficial no insistió. Desde aquel dia los dos jóvenes fueron buenos amigos, pero el alférez no volvió á hablar de su amor; en cambio, Elvira y Magdalena se convirtieron en confidentes del jóven; con ellas se lamentaba de los desdenes de la huérfana.

Cuando Valdéz y su familia abandonaron á Paysandú, el oficial se quedó bien triste:

— Pronto nos veremos, fueron las últimas palabras

que pronunció al ver partir á doña Luisa, á las hijas de ésta y á Ester.

Y efectivamente, desde aquel dia su mayor deseo fué el ser destinado á la capital, pues encontraba un vacio en la ausencia de las tres jóvenes.

Conforme se instalaron en la quinta, Juan Valdéz se dedicó á buscar á los hijos de su comadre, y á Ricardo.

—Veamos si consigo que mi familia improvisada esté alegre y satisfecha—murmuró Valdéz el primer dia que se lanzó á la calle con el objeto de indagar el paradero de los tres jóvenes. —Mucho me alegraría que parecieran los hijos de mi compadre. ¡Quién sabe! puede ser que el que creen que se ahogó en el rio saliera al fin sano y salvo del agua, y esté á estas horas en un cuartel haciéndole compañía á su hermano, porque lo que es el otro, está con el fusil y la mochila; sí, no me queda duda. A éste tambien hay que encontrarle sea como sea, y ver de que le pongan en libertad, lo que segun me han dicho me parece que será más difícil que hacerme á mí obispo. En fin, allá veremos; al ministerio me voy, y Dios dirá; de paso, preguntaré dónde se encuentra ese capitan Teodoro, amigo del futuro esposo de mi hija adoptiva, y de ese modo de un tiro mato dos pájaros, —concluyó diciendo para sí el buen paisano, al mismo tiempo que se dirigía al sitio donde esperaba obtener las deseadas noticias.

Llegó al fin al Ministerio, en donde al cabo de un

buen rato logró entablar conversacion con uno de los altos empleados del mismo.

—¿Qué quiere el hombre?—preguntó el funcionario sin contestar al saludo de Valdéz.

—Desearía conseguir algunas noticias acerca del paradero de una persona.

—¿Del paradero de una persona?—interrogó el empleado.

—Sí, señor, de un jóven que fué detenido por las tropas del ejército en el Departamento de Paysandú.

—¿Un jóven que fué detenido por la tropa? ¡Algun matrero sin duda alguna!—respondió el interlocutor de Valdéz frunciendo el entrecejo.

—No señor; un buen muchacho, un honrado paisano, que no cometía más delito que no querer ser soldado. Le persiguieron; él iba con su padre y su hermano; se arrojaron al rio los tres para no caer en poder de la tropa, el padre salió á la otra orilla, el jóven por quien yo pregunto fué sacado del agua por los soldados, y del otro jóven no se sabe cuál seria su suerte.

—¿Y cómo se llama ese mozo que usted busca?

—Se llama Felipe Gonzalez.

—¿Y él ha indicado á usted que venga aquí?

—No señor. ¿No he dicho á usted que ignoro dónde se encuentra?

—Sí, es verdad. ¿Y ese jóven es oriental?—preguntó el funcionario.

—Sí señor.

—Entonces, amigo, le aconsejo á usted que le busque por otra parte.

—¿Que le busque por otra parte?

—Ciertamente.

—Pues no le digo á usted que se lo llevó la tropa—respondió Valdéz con cierta extrañeza al oir las palabras de su interlocutor.

—Si tal, y por eso mismo le digo á usted que lo busque por otro lado. Ese jóven estará en libertad, los soldados le soltarian inmediatamente.

—¡Pero si era una leva que corria que volaba en cuanto divisaba un poncho!

—Imposible, señor mio, á nadie se le hace ser soldado por la fuerza. ¡Y oriental! Apuradamente, no hay en los cuerpos ni uno que no esté por su gusto. Si fuera extrangero ya seria otra cosa; de esos suelen entrar algunos en los cuarteles, por equivocacion, por supuesto pero bien pronto les damos suelta cuando el cónsul ó el ministro nos hacen alguna indicacion ¡pero orientales! nada, amigo, ni uno, que se le quite eso de la cabeza, los que sirven en filas son voluntarios, y muy voluntarios; lo dicho, busque usted al mozo por otra parte, salvo....

—¿Qué?—se atrevió á preguntar Valdéz, que no salia de su asombro al escuchar al empleado.

—Que haya sentado plaza en un batallon—terminó diciendo el funcionario público, en el que el antiguo conductor de ganados fijó una mirada recelosa, pues le parecia que se estaba burlando de él.

—¿Pero lo cree usted así?—murmuró al fin Valdéz.

—Seguramente.

—¿De modo qué crée usted que ese jóven que se tiraba al rio por no cargar con el fusil, habrá cambiado de modo de pensar debajo del agua? Mire usted, parece extraño; pero verdad será cuando usted lo dice— respondió Valdéz, que miró con sorna á su galoneado interlocutor, al que volvio luego la espalda dirigiéndose pensativo hácia la puerta del Ministerio, al mismo tiempo que decia para sí:

—Decididamente, los que mandan no tienen vergüenza, pero creo que tenemos mucha menos los que nos dejamos mandar por ellos. ¡Se necesita descaro! Por poco me dice que delante de los cuarteles hacian ¡cola los mozos para sentar plaza!— y Valdéz continuó su camino fuertemente preocupado con la conversacion que acababa de sostener.

De pronto se detuvo y se dió un golpe en la frente, al mismo tiempo que murmuró:

—Vaya una memoria la mia; ya decia yo que algo se me olvidaba. En el Ministerio tenia que averiguar donde se encuentra el capitan Teodoro Garcés, pues como ese Ricardo Sasturen no parece ni muerto ni vivo, lo más conveniente creo es buscar al capitan para que me dé noticias de mi futuro yerno. Dios quiera que esta segunda empresa no tenga un resultado tan lastimoso como la primera.

Y Juan Valdéz volvió sobre sus pasos y entró por segunda vez en el Ministerio, de donde salia al poco rato llevando en el bolsillo las señas de la casa del capitan, el cual, segun le dejieron, se hallaba en la capital con licencia.

Pocos instantes despues llamaba en la puerta de la casa del oficial. Un criado acudió á su llamamiento.

— El patron no está — respondió el servidor á Valdéz cuando éste preguntó por el capitan.

— ¿Que no está?

— No señor.

— ¿Y á qué hora estará en casa?

— Hoy á ninguna; está fuera de Montevideo, y lo mismo puede venir hoy, que mañana, que dentro de un mes — contestó el criado, que efectivamente no sabia lo que podia durar la ausencia del oficial, que el dia anterior, siguiente á aquel en que se habia presentado con Ricardo en la quinta de don Adrian, se habia dirijido á Santa Lucia, en busca de algun nuevo indicio que pudiera colocarle sobre la pista de la suerte que habia corrido la jóven, indicio que por desgracia no debia encontrar, pues sus huellas se perdian á la orilla del rio en donde el capitan y su asistente habian estado á punto de perecer.

— El caso es, que tenia necesidad de ver al señor capitan — murmuró Valdéz, al que contrariaba fuertemente la ausencia del jóven.

— ¿Acaso tiene usted que comunicarle alguna cosa de importancia? — respondió el criado con cierta vacilacion.

— Seguramente — contestó con decision Juan Valdéz, que se figuró que el jóven oficial se hallaba en la casa.

— ¿Es muy urgente?

— Urgentísimo — respondió el paisano, que á toda costa queria ver al oficial.

— En ese caso....

— ¿Podré ver al señor capitan?

— ¡Oh! eso no; ya he dicho á usted que se encuentra fuera de Montevideo.

— Pensé que era una simple disculpa para no recibir á nadie.

— No, señor; no está en Montevideo — contestó el criado.

— Pues entónces, francamente, lo mismo da que sea ó no sea de interés el asunto que aquí me trae; — murmuró Valdéz de mal talante, al mismo tiempo que daba un paso hácia la puerta.

— No sea usted tan vivo de genio; si el patron no está, en cambio se encuentra en casa el señor Sasturen, al que podrá usted decir lo que guste, lo mismo que si fuera al capitan, pues los dos son casi casi como si dijéramos hermanos — respondió el criado.

— ¿Dice usted el señor Sasturen? — murmuró Valdéz retrocediendo de nuevo, y mirando al criado con ojos sorprendidos.

— Eso he dicho: con don Ricardo Sasturen es con quien puede usted hablar en ausencia del patron — contestó el sirviente.

— Pues mire usted, avíselo á ese señor que quieren hablarle, pues á el principalmente venia yo buscando, y doy las gracias á Dios por haberle encontrado tan pronto — contestó Valdéz, en cuyo semblante se retrataba la más viva alegria al considerar con cuánta facilidad habia encontrado al jóven.

El criado se retiró, y un momento despues el antiguo conductor de ganados se encontraba frente á frente con el hermano de Matilde.

— ¿ Deseaba usted hablar conmigo? — preguntó Ricardo fijando una mirada en el compadre de doña Luisa.

— Sí, señor, pues supongo que estoy hablando con don Ricardo Sasturen.

— Efectivamente, ¿ y yo con quién tengo el gusto de hablar? — respondió el jóven.

— Señor, mi nombre es lo de menos, puesto que no lo conoce.

— ¿ Entónces?

— Es que si á mí no me conoce usted, conoce usted en cambio á una persona que hoy casi forma parte de mi familia.

— ¿ Y cómo se llama esa persona? — preguntó Ricardo con curiosidad.

— Se llama Ester Mendieta — contestó Valdéz.

Ricardo sintió que el curso de su sangre se aceleraba, un estremecimiento agitó su cuerpo, y al fin murmuró lentamente con un acento extraño:

— ¿ Ester Mendieta? No conozco á ninguna persona de ese nombre.

CAPITULO XLVII

En el que Valdéz no parece muy contento

Juan Valdéz salió de la casa del capitan Teodoro lleno de confusion, aturdido, por decirlo así, por las palabras que habia oído de los labios de Ricardo Sasturen.

¿Ester? No conozco á ninguna persona de ese nombre, habia contestado Ricardo al escuchar que Valdéz pronunciaba el nombre de su antigua amada.

El honrado paisano quiso insistir, suponia que su interlocutor no le comprendia bien, pero el jóven que en el fondo de su corazon sufria horriblemente al rechazar hasta el recuerdo de la mujer amada, concluyó por poner término á la entrevista con las siguientes frases:

—Amigo mio, siento mucho que tome usted ta empeño en convencerme de lo que es inútil quererme convencer; es decir, de que he conocido á esa señorita. No, no la he conocido jamás; ó....

—¿Qué?—habia interogado su interlocutor.

—O bien no quiero saber ni recordar que la he conocido, lo cual viene á ser lo mismo.

—Pero, señor Sasturen.... —habia añadido Juan Valdéz mirando á su interlocutor lleno de sorpresa.

—Lo dicho, señor, lo dicho, —contestó Ricardo —vea usted si le puede servir en algo, pues tendré mucho gusto en complacerle, pero acerca de esa señorita le ruego que no me hable ni una palabra más.

Y Juan Valdéz salió de la morada del capitan, cabizbajo, y pensativo, dirigiéndose á la suya, sin poder aclarar el misterio que envolvian las palabras del jóven. Este, por su parte, quedó presa de una violenta agitacion, pues si bien habia creido cumplir con su deber rechazando hasta la más leve probabilidad de encontrar á la muger que él suponia prostituida é indigna de su cariño, el amor no es cosa que se arroja tan fácilmente por la ventana, por más que el amor propio ofendido ó la sana razon quieran con más ó ménos motivo arrancarlo del pecho.

Ricardo pensó referir á su amigo Garcés la visita que habia tenido, pero cuando aquél volvió de Santa Lucia, el jóven concluyó por guardar silencio. Es posible que si el capitan hubiera recibido á Valdéz ó Ricardo le hubiera referido su entrevista con el compadre de doña Luisa, las cosas hubieran variado, pero como ya hemos dicho anteriormente, hasta en las cosas más pequeñas tenia desgracia la pobre huérfana.

Respecto á Juan Valdéz, sólo diremos que empezaba á dudar si habria hecho bien ó nó en venirse

á Montevideo, pues sus primeras diligencias le habian desilusionado en gran manera, y le habian puesto de un humor de todos los demonios. Comió aquel dia sin ningun apetito, habló poco, con gran extrañeza de su familia adoptiva, y enseguida se encerró en su cuarto, bajo el pretexto de que tenia un fuerte dolor de cabeza, pretexto que fué aceptado pero no creido por doña Luisa ni por sus hijas, que al verle alejarse, se preguntaron con cierta curiosidad, que podria tener el bueno de Juan Valdéz para estar taciturno y silencioso. Pero aunque todas se hicieron igual pregunta, ninguna atinó con la respuesta pues ninguna podia figurarse lo que pasaba por la imaginacion del buen conductor de ganados.

En cuanto á éste, despues de haberse encerrado en su cuarto como ya hemos dicho, se sentó delante de una pequeña mesa de escritorio, apoyó los codos en ella y la cabeza sobre las manos, entregándose largo rato á sus reflexiones que no eran por cierto muy halagüeñas.

— ¡ Bonito viaje ! — decia para sí Valdéz — me parece por lo que voy viendo que de todo lo que quiero conseguir voy á sacar en limpio lo que el negro del sermon: la cabeza caliente y los piés frios. Decididamente, las cosas andan tan mal por aquí como por allá. Es verdad, que pedir otra cosa seria golleria; el ejemplo viene de arriba, y así anda ello. ¡ Cuidado con la frescura de aquel individuo del Ministerio ! se necesita frescura, descaro.... ¡ Y pensar que el pobre país suda el quilo con impuestos y mas

impuestos para mantener una infinidad de zánganos que no le sirven más que de estorbo!... Con qué tranquilidad me dijo aquel buen señor, que todos los orientales eran soldados por su gusto.... Y lo que es á mí no me queda duda; el hijo de mi comadre está en un cuartel, ¡pero facilito es averiguar en cuál!... El que entraen un batallon es lo mismo que si se cayera en un pozo. Y lo que es yo no le digo á mi comadre lo que me han dicho en el Ministerio; pobrecilla, más vale que no lo sepa, y esperemos que Dios haga un milagro haciéndonos encontrar á los muchachos, ó al muchacho, si efectivamente se ahogó uno de ellos. En cuanto á mi hija adoptiva — continuó diciendo para sí Juan Valdéz — ese es otro asunto que maldita la gracia que me hace, pues para mí es incomprensible. La pobre Ester, ó Mariana como la bautizó mi comadre, cifra toda su felicidad en el cariño de ese Ricardo Sasturen, y el tal Ricardo cuando lleno de alegria voy á darle noticias de su amada, creyendo que está muerto de pena por no saber de ella, me encuentro con que en vez de entusiasmarse y poner cara alegre, se pone pálido como un muerto, y me dice en pocas palabras, pero bien claras, que no la conoce ó que no le da la gana de acordarse de que la ha conocido. ¡El demonio que entienda esto! Y es lástima que ese Sasturen reniegue de su cariño, por que es un guapo mozo que hubiera hecho una magnífico pareja con mi improvisada hija.... Y lo que es á ésta, tampoco le diga una palabra. La pobre se muere de tristeza y si supiera que la persona á quien

ama con todo su corazon no quiere oir pronunciar siquiera el santo de su nombre, estoy seguro que se moria de pena ó se volvia loca. Nada, Juan, al talego de los misterios y punto en boca. La pobre Ester tiene desgracia en todo. ¡Quién sabe! es posible que en todo esto haya alguna intriga, algun error, alguna equivocacion que haya dado por resultado la inexplicable actitud de ese jóven. En fin, diré de esto como decia antes acerca del hijo de doña Luisa; esperemos que Dios haga un milagro y lo arregle todo.

Despues de pensar mas bien que pronunciar las anteriores palabras, Juan Valdéz volvió á caer en profunda meditacion. Al cabo de un instante alzó la cabeza y añadió:

—No, no; Ester es buena, Ester es una santa, pondria por ella las manos en el fuego.... Pero dejemos á los vivos, y ocupémonos algo de los muertos; me he impuesto otra mision que me parece que ha de ser más difícil de cumplir que el encontrar á los hijos de mi comadre y conseguir que sea dichosa mi hija, y eso que lo mismo lo uno que lo otro no lo creo empresa fácil ni mucho menos. Pero siquiera en esto hay un punto de partida, y hay que tratar con vivos, mientras que en aquello sólo hay un muerto que hace cinco años que está enterrado; un perro, que aunque vale mucho más que bastantes personas, no dice nunca esta boca es mia, digo, este hocico es mio, y unos cuantos objetos que forman la única base de mis operaciones para poder llegar á conseguir ser el vengador de un in-

féliz muerto traidoramente por una mano desconocida. Veamos por centésima vez esos objetos que guardo religiosamente desde aquella terrible noche; añadió Juan Valdéz levantándose y dirigiéndose á una cómoda que se veía en un ángulo de la habitacion—aquí está el paquete que me acompaña á todas partes — continuó diciendo el compadre de doña Luisa, al mismo tiempo que sacaba de la cómoda un pequeño envoltorio y lo colocaba sobre la mesa, ante la cual volvió á sentarse.

Despues, abrió el paquete y sacó de él los objetos que contenian, que eran solamente una cartera y un pañuelo; la cartera era bastante grande, de piel negra, y con una gran cifra de plata, formada con las letras L y M. El pañuelo presentaba grandes manchas oscuras, como de sangre, y ostentaba en una de sus puntas las letras A y L bordadas al pasado. Valdéz colocó ambos objetos sobre la mesa; en el mismo momento un lastimero ahullido le hizo volver el rostro; Ombú se hallaba á su lado fijando en él una mirada llena de tristeza, casi humana, al mismo tiempo que ahullaba de un modo fúnebre, triste, que daba á conocer, por decirlo así, una pena infinita.

— Calla, Ombú, calla — murmuró Valdéz acariciando la hermosa cabeza del animal que se acercó á la mesa olfateando la cartera y el pañuelo — calla, Ombú, — volvió á repetir Valdéz, — no tengas cuidado que te cumpliré mi palabra, tu amo será vengado, ¿cómo? no lo sé, pero lo será, yo buscaré al asesino y tengo la esperanza que lo encontraré.

El perro pareció comprender las palabras de su amo, y despues de lamerle las manos, fué á tenderse á sus piés.

Valdéz abrió la cartera, y sacó de ella un pequeño papel en el que se veian algunas líneas escritas con lápiz, despues desdobló el papel y se puso á leerlo con atencion.

Dejemos á Juan Valdéz entregado á la lectura, y digamos cuatro palabras acerca de la historia del hermoso perro de Terranova, compañero inseparable de Juan Valdéz.

Cinco años antes, más bien menos que más, de la época en que tenian lugar las escenas que vamos describiendo, se hallaba el conductor de ganados en uno de los pueblos de la República fronterizos al Imperio del Brasil. En aquellos tiempos, y gracias á la cualidad que le habia valido como hemos dicho en otro capítulo, el sobrenombre de Cantaclaro, es decir, la costumbre de decirle las verdades del barquero al lucero del alba, se solia encontrar nuestro buen Valdéz muy á menudo en desacuerdo con las autoridades más ó menos auténticas de los pueblos en donde se establecia, pues en lugar de callarse y dejar correr las arbitrariedades de jefes, comisarios y sargentos, como hacian sus convecinos, él los sacaba á la vergüenza en plazas y pulperias, con gran satisfaccion de sus amigos descontentos de los que eran objeto de sus críticas, y exposicion de su persona, que solia no estar muy segura.

Era una noche, noche de invierno, fria, muy fria,

pero iluminada por la pálida luz de la luna que daba un tinte plateado á los objetos bañados por su plácido resplandor, Juan Valdéz fué despertado en lo mejor de su sueño por fuertes golpes que daban en la puerta de su habitacion, que contra la costumbre general cerraba siempre con llave antes de entregarse al sueño, precaucion que muchas veces le habia valido algunas bromas de los amigos, pero que aquella vez le salvó la vida.

Como decimos, Valdéz se despertó al sentir golpear con fuerza en la puerta; despues se sentó en la cama, procurando no producir el más leve ruido y empezó á vestirse apresuradamente. Fuera, delante de la puerta del cuarto se oían varias voces.

—¿Quién demonios vendrá á esta hora á despertarme? — pensaba el conductor de ganados — allá veremos; pero por si acaso, me callo como un muerto mientras no me vista y esté en disposicion de defender el cuero si tratan de abrirle algun ojal.

Los golpes volvieron á repetirse; Valdéz continuó silencioso y siguió vistiéndose.

— Se habrá marchado, — murmuró una voz, por la que Valdéz reconoció al que hablaba que no era otro que el dueño de la casa.

— No, está dentro, no ha salido; toda la noche he tenido á este vijilante en la pulperia, que no le ha perdido de vista, y le ha seguido hasta aquí, — murmuró otra persona, cuya voz si bien no era completamente desconocida para Juan, tampoco recordaba á quién pudiera pertenecer.

— Es verdad, no le he perdido de vista — contestó otra tercera persona que debia ser el vijilante aludido.

— Entónces.... — murmuró el dueño de la casa.

— Si no contesta se echa la puerta abajo y se le despierta con una tanda de rebencazos, que es lo que merece ese matrero — respondió la segunda voz.

— ¿Y por qué no lo prendieron ustedes en la pulperia? — interrogó el dueño de la casa.

— Porque.... porque no nos dió la gana, ni á usted le importa tampoco — respondió gravemente la segunda voz con acento duro.

— Dispense usted, señor comisario — contestó la voz perteneciente al dueño de la casa, voz cuyo diapason se habia elevado al pronunciar aquellas palabras, como si quisiera que llegaran á oídos de su huésped.

— Bueno, bueno, — respondió el comisario — aquí no estamos para perder tiempo, sinó para prender á ese canalla de Juan Valdéz y llevarlo á la comisaria, en donde le vamosá enseñar puesto en el cepo de lazo, como se canta claro, ya que le llaman así por hablar más de lo conveniente. Conqué, tú, muchacho, — añadió dirigiéndose á otra persona, que sin duda era el vijilante — pega dos patadas buenas en la puerta, y sinó abre ese matrero, te bajas por un cortafierro y hacemos saltar la cerradura.

La persona á quien se dirijia el funcionario no contestó, pero dos fuertes golpes producidos sin duda alguna por las dos patadas ordenadas por él, patadas que más parecian coces, hicieron retemblar la puerta, y aún el edificio entero, que no estaba

construido de piedra silleria ni tenia muros de primer órden.

Pero á pesar de aquel estrépito capaz de despertar á un muerto y á propósito para ser oído por un sordo de nacimiento, el conductor de ganados no dió acuerdo de su persona.

—¡Hola! no contesta nadie; se conoce que se hace el muerto; pues bien, ya le resucitaré yo con el arreador; ¡á rayas azules y blancas le voy á poner el cuerpo en cuanto abra la puerta! ¡Pues no! ó dejo de ser comisario ó me llevo á este sarnoso para que no hable lo que no hace falta. ¡A ver, Ruiz! —Ruiz debia ser el vijilante— baja por el cortafierro y un martillo, y que se suba el otro vijilante contigo, me temo que este pillo que tiene el sueño como una piedra ha de armar farra, y aunque me basta yo y me sobro para arreglarle á mi gusto, lo mejor es evitar ruido. Anda Ruiz, anda y vuelve por el aire, que, ó dejo de llamarme Pancho ó el pájaro no se escapa. ¡Ya lo creo! Capaz era de pegar fuego á la casa si no pudiéramos abrir la puerta! — concluyó diciendo el comisario, que parecia fuertemente irritado.

Sintiéronse pasos, bajar y subir las escaleras que conducian al cuarto donde dormia Juan Valdéz, cuarto que era una especie de altillo; luego un cortafierro era aplicado á la cerradera de la puerta, que al cabo de un instante saltaba hecha pedazos.

Se abrió la puerta, y los que esperaban delante de ella, que eran un comisario, dos soldados y el dueño

de la casa, miraron al interior de la habitacion, los tres primeros con recelo y el último con visible intranquilidad.

Pero enseguida el comisario soltó un juramento y se lanzó dentro de la habitacion seguido de los vijilantes; habia visto que allí no se encontraba la persona que buscaba: la habitacion estaba vacia, Juan Valdéz habia desaparecido.

CAPITULO XLVIII

En el que se dá á conocer la historia de Ombú

Como hemos dicho al terminar el anterior capítulo, el comisario y sus soldados hallaron abierta la habitacion en donde esperaban encontrar á Juan Valdéz, con gran desesperacion del funcionario público y no poca alegria del dueño de la casa, que respiró al ver que su huésped habia logrado escapar de las garras del comisario que tenia la peor reputacion del mundo, justamente adquirida por sus desmanes y fechorias que eran el escándalo del departamento y servian de regocijo á sus superiores, á juzgar por la impunidad en que dejaban sus desafueros.

—¡Maldito gaucho!—exclamó el comisario lanzando á su alrededor una mirada, escudriñando la habitacion hasta sus últimos rincones, á favor de la luz que despedia un pequeño farol que tenia en la mano el dueño de la casa.

—¿Por dónde se habrá marchado?—murmuró uno de los vijilantes.

— No estaría aquí — respondió el otro.

— ¡ Silencio ! — exclamó con voz irritada el comisario — son ustedes unos imbéciles; ¿ no ven la cama deshecha, que muestra claramente que ha estado ocupada ? ¿ No ven esa ventana abierta, que está diciendo claramente que por ahí se ha escapado ese bandido ? — concluyó diciendo el comisario, al mismo tiempo que señalaba una ventana abierta que habia en uno de los lados de la habitacion.

— Es verdad, señor comisario, — respondió el dueño de la casa, que habia comprendido desde el primer momento por dónde se habia marchado el paisano.

— Nos fumó, señor comisario; se hizo humo nuestro hombre — murmuró uno de los vigilantes.

— ¡ A ustedes sí que habia que quemarlos vivos, por no andar listos y dejar que se escape ese sarnoso ! — contestó el comisario.

— Pero.... se atrevió á decir el otro vigilante.

— ¿ Pero qué ? — añadió el comisario — muchas palabras y todavía no le han echado ustedes mano á ese bandido, cuando debian haber tomado los fletes y estar ya corriendo detrás de ese Valdéz de los demonios. ¡ Pronto á caballo y que no se quede una mata que no se registre ! — terminó diciendo el comisario, al mismo tiempo que fijaba en sus subordinados una mirada atravesada que les prometia bien pocas bienandanzas para el porvenir si no conseguian cumplir bien y pronto las órdenes recibidas.

Los dos vigilantes dieron media vuelta y bajaron precipitadamente la escalera, dirijiéndose enseguida

hácia el palenque, donde se veían atados varios caballos.

— Vamos, Ché, — dijo uno de los vigilantes — desata los mancarrones y vamos á ver si conseguimos darle gusto al jefe.

— La verdad, compadre Garcia, si he de ser franco, la comision no me gusta mucho; si nos entregaran á Valdéz bien atado de piés y manos, pase; pero lo que es suponer que teniendo las manos libres, y á su alcance el facon ó las boleadoras, le podamos ir al humo, y menos traerle como un corderito, lo que es eso, no es tan fácil como le parece á nuestro comisario.

— ¿Tan bravo es? — preguntó el otro soldado designado por el apellido de Garcia, al mismo tiempo que montaba á caballo.

— ¡Como un tigre!

— ¡Bah! somos dos, amigo Ruiz, y con un hombre no tenemos para empezar; en cuanto le veamos le atropellamos y asunto concluido — añadió el otro vigilante, que se tenia por guapo y que casi casi lo era cuando no habia mucho peligro de salir con el pellejo agujereado.

— ¡Qué esperanza! A Valdéz no se le atropella tan fácilmente; es muy gaucho y con dos de nosotros no tiene para empezar. Yo no soy cobarde; pero le he visto pelear: tiene una vista, un brazo y un corazon que no hay más que pedir, y yo no tengo malditas las ganas de tener que enredarme con él — respondió Ruiz, saltando sobre su caballo y alejándose de la casa con su compañero.

— El caso es que hay que cumplir la órden del jefe.

— En eso puede haber sus más y sus ménos.

— ¿Cómo sus más y sus ménos? — preguntó el llamado Garcia.

— Está claro. Nadie nos quita que nosotros cumplamos con el jefe como él cumple con nosotros — respondió Ruiz.

— Lo que es con nosotros no pueden cumplir peor; pues entre descuentos, rebajas y otras varias cosas que ni nos dicen cuáles son ni por qué nos las descuentan, sólo cobramos la quinta parte de nuestros sueldos.

— ¿Tú la cobras?

— Yo nó — contestó Garcia.

— Pues yo tampoco; y gracias á eso andamos siempre alcanzados y teniendo que clavar á los pulperos y á todo el que cae, que de algun modo se ha de vivir. Por lo tanto, mira, Garcia: no nos tomemos fatigas por el servicio, que el premio que hemos de recibir será alguna paliza ó unas cuantas horas de cepo. Vámonos despacio por el camino opuesto al que debe llevar Valdéz, que será probablemente el de la frontera, y con decir que no le hemos visto, en paz — murmuró Ruiz.

— Sin embargo, si el jefe sospecha algo....

— No seas zonzo; además, si te empeñas, al primer paisano que encontremos le arreamos por delante, se lo llevamos al comisario, y á falta de un hombre bueno es otro.

— Hombre, buena idea; al primero que topemos le echamos la mano — contestó Garcia.

Despues, los dos soldados torcieron hácia la izquierda del camino y tomaron el que se dirijia al interior del departamento, alejándose de la frontera brasilera, que se encontraba á una legua próximamente de la casa.

¿Qué habia sido de Juan Valdéz, en tanto que el comisario se desesperaba y que sus perseguidores en todo pensaban ménos en perseguirle?

Como ya sabemos, Valdéz empezó á vestirse apresuradamente al sentir los golpes que daban en la puerta; despues prestó atencion á lo que hablaban fuera y bien pronto comprendió de lo que se trataba.

— A Juan Valdéz no se le prende tan fácilmente, canalla, — murmuró en voz baja el paisano, fijando una mirada en la puerta; despues concluyó de vestirse, se ajustó un pesado cinto bien repleto de monedas de oro, colocó en él un largo cuchillo con empuñadura de plata, se envolvió en un poncho y se dirijió hácia la ventana del cuarto que daba al campo. La ventana se hallaba colocada á unas tres varas del suelo y á la espalda del edificio.

En aquel momento sintiéronse de nuevo fuertes golpes en la puerta.

— Vamos, no hay remedio: es preciso dar un salto si no quiero caer en manos de ese bárbaro, que me tiene ojeriza lo mismo que sus superiores; por que les digo las verdades y no me paso la vida

doblando el espinazo para hacerles cortesías — dijo para sí Valdéz, que un instante despues saltaba de la ventana al suelo con la agilidad y soltura del más consumado gimnasta.

— Ahora el campo es mio, siguió pensando el buen paisano; — pero no tengo un mal pingo que me ayude á salir del apuro, pues lo que es al palenque no voy yo por nada del mundo, pues podian cortarme la retirada los soldados que haya allí, que maldito si sé si son muchos ó pocos. Nada: me esconderé por cualquiera de estos sitios, y me iré aproximando á la frontera, la que pasaré Dios mediante al ser de dia, pues sinó, es posible que los brasileños me recibieran á tiros.

Y despues de estas reflexiones, Juan Valdéz se dirijió hácia la izquierda de la casa, procurando ocultarse lo más posible, siguiendo luego su marcha por una especie de pequeña senda que entre pitas y matorrales se abria á uno de los lados del fementido camino que conducia á la frontera. Andando unos cuantos pasos, deteniéndose de cuando en cuando para escuchar, y volviendo á ponerse de nuevo en marcha, sintió trascurrir Valdéz cerca de dos horas.

Hallábase proximo ya á la frontera, y habíase ocultado el buen paisano en un matorral con el objeto de esperar la llegada del nuevo dia, cuando á favor de la luz de la luna que iluminaba el camino, vió avanzar por él un hombre á caballo envuelto en un poncho oscuro.

Valdéz procuró ocultarse por completo en la som-

bra y miró con curiosidad al hombre del poncho. Al llegar á unos veinte pasos de él, se apercibió que el ginete no iba solo; al lado del caballo caminaba un enorme perro.

Pasó un minuto, el caballo y el perro continuaban avanzando. Despues se oyó el galope de dos caballos y enseguida dos nuevos ginetes se destacaron de la sombra y avanzaron hácia el primero, que continuaba tranquilamente su camino.

En seguida, ante los espantados ojos de Juan Valdéz pasó una escena horrible. El primer viajero se vió sorprendido por los dos ginetes; éstos clavaron sus puñales en el cuerpo de aquel hombre, que lanzó un grito de dolor, y obligó á su caballo que intentó avanzar, aunque inútilmente, pues uno de los asesinos le habia sujetado de las riendas; el hombre del perro quiso defenderse y en sus manos brilló un cuchillo; aquel hombre era un valiente, se conocia que estaba herido, muy mal herido, pero que á pesar de eso queria vender cara su vida. Al mismo tiempo el perro se habia lanzado á las piernas de los jinetes las que procuraba destrozar con sus dientes, lanzando sordos gruñidos. Aquella lucha duró un minuto, luego el perro lanzó un aullido y quedó tendido en tierra; un instante despues el dueño del perro lanzaba un grito sordo y caía del caballo al suelo. Enseguida los dos ginetes volvieron grupas, castigaron á los caballos y se alejaron de aquel sitio.

Juan Valdéz no habia podido verle el rostro á ninguno de los asesinos; sólo pudo distinguir que uno de ellos iba envuelto en un poncho azul con vueltas encarnadas.



—¡Infames asesinos!—murmuró el paisano

Habia sido tan rápida aquella escena, que Juan Valdéz no tuvo tiempo siquiera para abandonar su escondite y correr en socorro de aquel infeliz, como fué su primer impulso.

—¡Infames asesinos! — murmuró el paisano, fuertemente impresionado, separando las ramas del matorral para lanzarse al camino, pues abrigaba la esperanza de que el hombre del perro no estuviera muerto. Pero en el mismo momento en que Valdéz iba á salir de la sombra y á entrar en la zona iluminada por la luna, sintió el ruido producido por un caballo lanzado á la carrera. Juan Valdéz volvió á ocultarse; no sabia si el que llegaba era uno de los que querian prenderlo, que se hubiera adelantado al resto de la fuerza. Bien pronto un hombre montado en un caballo oscuro se detenia cerca del viajero y del perro, que se encontraban tendidos en medio del camino. El recien llegado se apeó y se acercó al hombre que aparecia tendido en tierra. La luna daba de lleno en la cabeza del recien llegado, pero en vano clavó Valdéz en él una penetrante mirada. Aquel hombre llevaba oculto el rostro con un pañuelo que sólo dejaba sus ojos al descubierto.

El paisano continuó observando, reconcentrándose toda su vida en los ojos, cuyas miradas sentia atraídas con una especie de fuerza extraña y desconocida hacia aquel grupo que se hallaba á pocos de él.

Entretanto, el hombre recien llegado se inclinó sobre el que estaba tendido, que al verle pretendió incorporarse, al mismo tiempo que el perro

pretendia ponerse de pié y lanzaba un aullido lastimero.

El desconocido se puso á registrar al hombre del perro, que seguia intentando incorporarse. Despues, el desconocido pareció querer sostener con el brazo izquierdo el cuerpo del herido, enseguida brilló un puñal en la mano del recien llegado, que se hundió hasta el puño en la espalda del hombre del perro, que lanzó un gemido, abrió los brazos, volvió á quedar tendido en el suelo, á la vez que el perro se levantaba y pretendia lanzarse sobre el desconocido, que evitó el ataque, saltó sobre su caballo y se alejó al galope, pero al partir, el pañuelo con que cubria su rostro el desconocido se desprendió y cayó al suelo, al mismo tiempo Juan Valdéz salia de su escondite cuchillo en mano, y se dirigia hácia el sitio donde se encontraban el hombre y el perro.

Al buen paisano no le importaban ya nada ni el comisario ni los vigilantes. A toda costa queria salvar á aquel hombre si aún era tiempo. Llegó al sitio donde se encontraba el infeliz viajero. Este era un hombre de unos cuarenta y cinco á cincuenta años, y se encontraba tendido en medio de un lago de sangre; puso la mano sobre su pecho, el corazon no latia; aquel hombre estaba muerto.

— ¡ Infeliz ! — murmuró Juan Valdéz, fijando una mirada en el lívido semblante del muerto. ¿ Quiénes serán sus asesinos ? ¡ Oh ! ¿ cómo pudiera yo averiguarlo ?

Despues el paisano miró á su alrededor; á los

piés del muerto se hallaba un hermoso perro de Terranova con una terrible herida en el cuello. Valdéz acarició al pobre animal, que le miró primero con recelo y despues aulló tristemente.

— ¡ Pobre perro ! — murmuró Valdéz — muere por defender á su amo. ¡ Quién sabe ! — añadió al cabo de un instante — quizás este animalito no esté tan mal herido y pudiera vivir — y al concluir de murmurar estas palabras, el paisano pareció reflexionar un momento, inclinándose despues sobre el perro para examinar su herida. Al inclinarse, un objeto brillante llamó su atencion; aquel objeto era la cifra de plata de una cartera que se hallaba junto al cádaver del viajero. Apoderóse Valdéz rápidamente de la cartera y la guardó en el bolsillo con cierta alegria; aquella cartera podria quizás ayudarle á averiguar quiénes eran los asesinos de aquel infeliz, que yacia á sus piés muerto tan traidoramente.

Despues sacó su pañuelo y vendó las heridas del perro, que en vano intentó ponerse de pié.

— Nó, lo que es aquí no te dejo, pobre animal — murmuró Valdéz; — eres demasiado noble y valiente para que no merezcas vivir.

Y efectivamente, Juan Valdéz cruzaba al amanecer la frontera del Brasil llevando sobre sus hombros al pobre animal que habia estado á punto de perder su vida por defender la de su amo.

Pero Juan Valdéz juró antes de separarse del infeliz viajero, asesinado tan traidoramente por los tres desconocidos, averiguar el nombre de los asesinos y en-

tregarlos á la justicia. Sobre, todo el hombre enmascarado era el que creia más acreedor á un terrible castigo, por la infame manera con que habia concluido de matar á aquel desgraciado.

¿Qué indicios tenia para encontrar á los asesinos y entregarlos al brazo de la ley? Ninguno, ó casi ninguno; únicamente la cartera de la cifra de plata, cartera que no contenia ni una tarjeta, ni un papel, nada, absolutamente, y el pañuelo con que cubria su rostro el desconocido que habia dado el golpe de gracia al desventurado viajero, pañuelo que como sabemos se le habia caido al montar á caballo, y que Juan Valdéz habia recogido del suelo empapado en sangre.

CAPITULO XLIX

Amo y criado

Tres dias habian transcurrido desde aquel en que el capitan Teodoro y Ricardo habian ido á visitar á Leví para pedirle cuenta de la desaparicion de Matilde.

Como ya sabemos, los dos jóvenes le habian concedido un plazo de cuatro dias para que dijera dónde se encontraba su antigua pupila, cosa que difícilmente hubiera podido decir don Adrian, puesto que desconocia por completo el paradero de la jóven.

Desde aquella noche el infame Leví no habia cesado de pensar en el medio de deshacerse de los dos jóvenes, comprendiendo perfectamente que no dejarian de cumplir su amenaza. En el primer momento, si su valor hubiera estado en relacion con su maldad y su soberbia, hubiera aceptado el reto de sus enemigos; pero como don Adrian era cobarde por naturaleza y traidor por instinto, en vez de recojer el guante que

le arrojaban al rostro, guardó silencio, temblando de rabia al pensar que casi estaba á merced de los dos jóvenes, y que el capitan Teodoro era el prometido esposo de Matilde, á la que él queria unirse para disimular las infamias cometidas con sus pupilos. Pero sus proyectos se deshacian gracias á aquel maldito capitan. Además, Miguel no habia contestado á su telegrama, ni el comisario don Pancho habia logrado encontrar á Ester. La estrella de Leví parecia que se empezaba á eclipsar.

El infame usurero veía con terror que la tempestad empezaba á formarse sobre su cabeza.

En el instante en que volvemos á encontrar á don Adrian, se hallaba éste encerrado en su despacho, entregado á profundas reflexiones. Eran las diez de la noche próximamente, y en la quinta reinaba el más absoluto silencio.

Al cabo de algunos minutos Leví alzó la cabeza y murmuró:

— No encuentro la solucion que busco, y es preciso marchar adelante. Pero ¿cómo? Y la situacion es difícil; mañana hace cuatro dias que Ricardo y el capitan estuvieron aquí, y pasado mañana si ántes no les entrego á Matilde, me llevarán á los tribunales, los que á pesar de que mis amigos pueden mucho, pudieran muy bien darme un disgusto que me arrebatara libertad y fortuna. Y así será quizás, pues mal puedo decirles dónde se encuentra Matilde cuando yo mismo no lo sé. ¡Oh! ese Miguel ha de pagar caras las intranquilidades y zozobras que me hace pasar! Sí, Mi-

guel tiene la culpa de todo — siguió diciendo Leví, al mismo tiempo que impaciente golpeaba la mesa con el puño. — Sí, Miguel tiene la culpa de todo — repitió el usurero. — ¡Oh! ¡si le tuviera aquí, no habia de pasar muy buen rato á fé mia! — añadió, fijando una mirada en la puerta de la habitacion. — Desgraciadamente no está aquí.... — terminó diciendo don Adrian.

A este punto llegaba de sus reflexiones, cuando la puerta del despacho se abrió y apareció un hombre en el umbral.

Leví lanzó un grito de sopresa, y se levantó: aquel hombre que habia llegado hasta allí sin anunciarse era su asistente, era Miguel, el raptor de la hermana de Ricardo.

— Buenas noches, don Adrian — dijo Miguel adelantando un paso haciá Leví, que miraba de un modo extraño á su asistente.

— ¡Buenas noches! don Adrian, — repitió Miguel aproximándose á la mesa.

— Buenas noches, Miguel — murmuró Leví con un acento particular. — ¿Creo que ya era tiempo de que vinieras á darme cuenta del resultado de tu empresa; cosas graves deben haberte ocurrido, para que justifiques tu larga ausencia, y el profundo silencio que has guardado desde que nos separamos en el Quebracho. Me tienes altamente disgustado, estoy muy descontento, y mucho tienes que hacer para aplacar mi enojo, que sabes muy bien que puede ser para tí de fatales consecuencias, — concluyó diciendo el usurero, con un acento lleno de dureza, al mismo tiempo que fijaba en su interlocutor una mirada fria y penetrante.

— Pues mire usted, señor Leví, esta usted en un error, — respondió Miguel con voz reposada — no me ha ocurrido nada de particular, nada absolutamente, al contrario; todo ha salido á pedir de boca.

— Entónces ¿cómo justificas tu ausencia y tu silencio? — interrogó don Adrian, mirando con sorpresa á su interlocutor.

— Señor Leví, no tengo intencion ninguna de justificarme — contestó Miguel tranquilamente.

— ¿Cómo que no tienes intencion de justificarte? ¿Ignoras acaso que tu libertad, tu vida están en mi poder? — exclamó Leví con acento amenazador.

— Señor don Adrian, desde hace algunos dias las circunstancias han cambiado; ya no le tengo á usted miedo — respondió Miguel mirando fijamente al usurero.

— ¿Te has vuelto loco? ¿Sabes lo que dices? — exclamó Leví con un acento en el que habia tanto de amenaza como de recelo.

— Lo sé perfectamente, don Adrian, y se lo repito á usted de nuevo: ya no le temo á usted — contestó el asistente.

— Explícate; sin duda alguna tu cabeza está trastornada: ¿olvidas que puedo perderte y dices que no me temes? — contestó Leví, fijando en su interlocutor una mirada intranquila.

— No señor, no lo olvido; tengo una magnífica memoria, y gracias á ella que me permite no olvidar ni los beneficios ni las ofensas, es por lo que puedo decirle á usted ahora que sus amenazas me tienen

sin cuidado. Quien tiene mala memoria es usted, señor don Adrian, y además de tener mala memoria, es usted un inocente al creer que yo fuera un zonzo que estuviera á gusto con el pié de usted sobre mi cuello. Antes le temia, ahora nó; usted me recuerda que yo estoy á su merced, gracias á unas faltillas cometidas hace tiempo, y ahora debo yo decirle que no olvido las suyas, las cuales he conocido por cierto documento que gracias á usted tengo en mi poder, una declaracion de un señor Savelio que guardaba con gran cuidado su antigua pupila de usted, Matilde Sasturen; pupila y documento que en la actualidad guardo yo cuidadosamente — respondió Miguel.

— ¡ Y que espero que me entregarás, como tenemos convenido — contestó! Leví, cuyo rostro se habia puesto densamente pálido, pues empezaba á comprender que Miguel habia dejado de ser su esclavo.

— En cuanto á eso, mi querido patron, de usted dependerá que pasen á su poder la jóven y el documento de que le hablé á usted ántes — contestó el asistente.

— ¿ De mí ? ¿ Acaso no te has apoderado del uno y de la otra de órden mia y con dinero mio ? Lo dicho, Miguel, ó estás loco ó no me conoces, — contestó Leví con voz que inútilmente queria ser enérgica y segura.

— Yo le conozco á usted perfectamente, señor Leví; pero usted, ó se hace el zonzo, ó no me conoce á mí, ó no quiere comprenderme. Sin embargo, como no tengo prisa, ni tengo ningun temor de que me haga usted caer en ninguna emboscada, pues no

podia usted suponer ni remotamente que yo viniera esta noche, y en cuanto á temer que usted se atreva á nada conmigo es un sueño, porque de hombre á hombre es usted muy poca cosa para mí, que le dejaria á usted seco de una puñalada al primer movimiento sospechoso que hiciera; tomo pues asiento con su permiso ó sin él, que tanto importa, y explicaré á usted enseguida lo que usted teme ó no quiere comprender — y despues de murmurar con cierta insolencia las anteriores palabras, el paisano se sentó tranquilamente enfrente de su antiguo amo y señor, que fijó en él una mirada medrosa, pues ya no le quedaba duda de que los papeles se habian cambiado, es decir: que hasta entónces su asistente habia estado á merced suya, y en aquel momento él estaba á merced de su asistente.

Miguel sacó del bolsillo una bolsita con tabaco, la abrió, lió con gran calma un cigarro que cerró despues de pasar la extremidad de la lengua por el filo del papel, se lo ofreció luego con desenvoltura á su antiguo patron, con las sacramentales palabras de — Sírvase, señor — y en vista de la no aceptacion del ofrecimiento se encojió de hombros como diciendo ¡Peor para él! y encendió el cigarro con toda tranquilidad, tomando en seguida de nuevo la palabra.

— Si usted no hubiera sido tan tirano conmigo, señor don Adrian — empezó diciendo el paisano — no me hubiera pasado por el mate tomar la revancha de los malos ratos que usted me tiene hecho pasar. Y todo ¿por qué? Porque un dia me encontré sin un vintén en el bolsillo, y sin saber cómo se me

fué la mano y maté sin querer á una vieja que apénas tendria un par de años de vida, por apropiarme unas cuantas brasileras que tenia en el cajon de la cómoda, pues los montones de oro que yo me esperaba encontrar se habian hecho humo. Y la viejecita era rica, pero muy rica. ¿A quién habrá ido á parar aquel dinero? Algunas veces casi casi me figuro que usted debe saber algo de los pesotes de aquella buena mujer — murmuró el paisano, fijando una penetrante mirada en el usurero.

— ¿Yo? — respondió Leví, al mismo tiempo que se estremecia de un modo apénas perceptible.

— Sí, usted; pero dejemos eso, que para el caso importa poco. Por una desgraciada casualidad, cuando yo creía que aquella muerte era ignorada de todos, usted supo descubrir al autor de ella, que era yo; reunió usted pruebas irrecusables contra mí, y un dia me dijo usted poco más ó ménos lo siguiente: Miguel, tú eres el asesino de la viejita, tengo las pruebas de ello, y puedo hacer que te fusilen sin más ni más. — Aquellas palabras de usted, lo confieso, me hicieron un efecto de los demonios; en aquellos tiempos andaban muchas cosas mal, pero en cuanto á seguridad nada habia que pedir, pues aún no se habia concluido de hacer un robo ó una muerte, cuando ya el ladron ó el asesino tenian unas cuantas balas en la cabeza. — Señor, no me pierda usted, — respondí yo, que conocia que era hombre muerto si usted me denunciaba. — Yo no pienso perder ni ganar á nadie; aquí sólo se trata de que has cometido un

delito y es muy justo que te castiguen; eres un asesino, y te trato como lo que eres — me respondió usted con un acento que me dió frio en los huesos. — ¡Por favor, señor Leví — añadí yo poniéndome de rodillas — no me pierda usted y le prometo servirle siempre en lo que quiera y como quiera! — concluí yo diciendo, á la vez que miraba á usted con afan, pues de usted dependia mi suerte. — Nada, no puede ser, te pegarán cuatro tiros y en paz; ¿para qué mataste á aquella pobre mujer? — ¡Señor, por compasion! — añadí yo, dominado por el miedo de perder la vida, pues no podia pensar en escaparme, porque justamente á unos veinte pasos de la casa donde nos hallábamos habia una partida de tropa. Usted pareció reflexionar un momento y despues murmuró usted mirándome de reojo, con una expresion de crueldad que no olvidaré en mi vida: ¿Tú eres hombre valiente? — No sé lo que es el miedo — contesté yo. — Pues bien, — añadió usted lentamente, — yo necesito un hombre decidido, de valor á toda prueba, fiel como un perro, fiero como un león, que no se detenga ante ningun peligro, que ejecute sin replicar todo cuanto yo le ordene, que sea, en fin, mi esclavo tanto tiempo como yo quiera que lo sea, que no se pertenezca á sí propio y que sea sordo, mudo y ciego cuando á mí me convenga. Si tú puedes y quieres ser ese hombre, yo te prometo en cambio guardar silencio, y hasta librarte de que recaiga sobre tí la menor sospecha de que tú puedas ser el autor de la muerte de la viejecita. — Yo reflexioné un instante, pensé asesinarle á usted y huir;

pero, como ya he dicho, cerca de nosotros habia una partida de tropa que se veía desde la habitacion donde nos encontrábamos los dos. La vida por mala que sea siempre es agradable, y aunque la proposicion de usted era una infamia, que sólo un hombre tan bribon como usted podia hacer á un canalla como yo, acepté su propuesta; la acepté en aquel momento casi con alegria, pues yo no era cobarde, ni lo soy, ni lo seré miéntras viva, y los peligros no me importaban un comino; me figuraba que me habia usted de hacer pagar cara la vida que me concedia, pero créalo usted don Adrian, nunca creí que la cadena que me echaba encima fuera tan pesada como al fin y cabo resultó.

Acepté, como digo, y desde aquel dia perdí mi libertad, y me convertí para usted en una especie de perro de presa, condicion en la que he continuado largos años, y aún hoy continuaria sinó fuera porque, segun dicen, el mejor escribano echa un borrón, y usted por fortuna mia concluyó derramando todo el tintero.

CAPITULO L

¡Cien mil pesos!

—Sí, mi querido patron—continuó diciendo Miguel,—afortunadamente para mí cometió usted una gran falta encargándome de la comision de robar á su antigua pupila y de apoderarme de ese documento, gracias al cual hoy se cambien los papeles.

—¿Qué quieres decir?—murmuró Leví maquinalmente.

—Que ántes tenia yo el pié de usted sobre mi cuello, y ahora casi casi usted tiene el mio sobre el suyo.

—Vamos, dime de una vez qué pretendes de mí—dijo don Adrian con voz insegura.

—En primer lugar, pretendo que se haga usted cargo de su verdadera situacion, y segundo....

—¿Qué?

—Que me entregue usted parte de su fortuna, fortuna que tan poco trabajo le ha costado á usted ad-

quirir, y á cuya adquisicion no me negará usted que le he ayudado con todas mis fuerzas.

— ¿Parte de mi fortuna? — murmuró Leví estremeciéndose.

— Sí, mi querido patrón. Parte de esos miles de pesos que guarda usted tan cuidadosamente. ¿Acaso no es justo que puesto que expuse mi piel y mi libertad por servirle á usted, hoy le pida unos cuantos pesos de esa fortuna que le ayudé á reunir?

— ¿Unos cuantos pesos? — preguntó don Adrian, que se figuró que su asistente sólo pensaba exigirle una suma sin importancia.

— ¿He dicho unos cuantos pesos? Será; efectivamente unos cuantos miles de pesos son los que me hacen falta.

— ¡Miles de pesos! Tú estás loco, Miguel; yo no tengo dinero, soy pobre aunque parece otra cosa, yo no tengo capital; se habla mucho y todos creen que yo soy rico, pero no lo soy, — respondió don Adrian, que temblaba á la sola idea de tener que desprenderse del oro que habia reunido á costa de tantas infamias, crímenes y bajezas.

— Advierto á usted, señor Leví, que habla conmigo, que le conozco, que he sido su cómplice, y que le he estudiado á usted perfectamente, calculando más de una vez la enorme cantidad á que debe ascender su fortuna. A cualquiera otra persona que no sea yo, puede usted decirle que es un pobre, un *atorrante*, si se le antoja, pero ¿á mí? Vamos, desista usted de la idea — respondió Miguel, acompañando sus palabras con una burlona sonrisa.

— ¡Te equivocas, Miguel, te equivocas! — murmuró el usurero.

— ¿Quiere usted que abramos juntos la caja que se oculta detrás de esa biblioteca de la izquierda? — respondió Miguel, señalando con la mano un gran armario lleno de libros que se veía en uno de los lados de la habitacion.

— ¡Infame, abusas de mi confianza, me haces traicion, quieres robarme! — exclamó don Adrian fuera de sí, al mismo tiempo que se levantaba de su asiento y amenazaba con los puños á su asistente.

— Vamos, vamos, querido patrón; nadie trata de robarle á usted, aunque seria disculpable, pues el que á hierro mata dicen que á hierro muere, y habiendo usted robado toda la plata que tiene, nada más natural y justo que otro hiciera con usted lo que usted habia hecho con los demás. En cuanto á abusar de usted y hacerle traicion, demasiado ha abusado usted de mí, para que, ahora que soy el más fuerte, pegue duro y parejo hasta cobrarme los atrasos que me debe usted. En fin sea como sea, la cuestion no es hablar, sinó que usted suelte los cuartos, y yo me los lleve. Además, yo soy un buen muchacho, y no le arruinaré con mis pretensiones, y podrá usted seguir siendo rico y hasta persona decente.... para los demás, pues entre nosotros que nos conocemos, demasiado enterados estamos de que no lo somos ninguno de los dos, — respondió Miguel con acento insinuante.

— ¿Y si no quisiera darte ni un vinten? — respondió don Adrian, fijando en Miguel una mirada interrogadora.

—¡Oh! en ese caso las cosas variarian. En el primero, en el caso de que usted soltara la plata que me hace falta, la muchacha y el papelucho firmado por Savelio vendrian á poder de usted, y en caso contrario, la jóven iria á poder de su hermano, lo mismo que el documento, y además un papelito aparte escrito de mi puño y letra, que aunque escribo mal, muy mal, creo que lo entenderian, en el que haria ciertas indicaciones acerca de varios hechos de usted en los que yo le he servido de ayudante, cada uno de los cuales seria lo suficiente para que le alojaran á usted en el Taller; entre ellos, llamaria la atencion sobre cierto asesinato cometido cerca de la frontera del Brasil hace algunos años, y quizás darian con la persona que clavó su puñal en la espalda de la víctima, produciéndole la muerte que sin duda alguna no le habian producido otras varias que se encontraron en el cadáver, en el que al dia siguiente no se halló ningun papel, ni el más pequeño indicio que sirviera para identificar la persona. Y aparte de todo, la puñalada era de mano maestra; así me lo decia dias pasados don Pancho, mi compañero de aquella noche. Pero segun él mismo confiesa, en aquella ocasion tenia mucha caña en el cuerpo y se le habia puesto la vista turbia. Afortunadamente, yo la tenia muy clara y ví y adiviné lo que hasta la fecha no se figuraba usted que yo hubiera adivinado ni visto—respondió Miguel mirando con fijeza á don Adrian, el cual se habia puesto densamente pálido al escuchar las palab as de su asistente.

—¡Mentira, mentira! —exclamó Leví, —tú no puedes decir eso; además, al querer venderme á mí, tú te perderías tambien.

—¿Yo? no tal. ¿Se figura usted que soy tan zonzo que fuera yo personalmente á entregar esos papelitos? No, señor; los enviaría desde bien léjos, desde un sitio á donde no pudieran alcanzar ni las policias ni la venganza de usted —respondió paisano.

—Vamos, Miguel, sé razonable. ¿Por qué te pones en contra mia? —murmuró don Adrian, dulcificando un tanto su acento. —¿Acaso te ha faltado nunca una libra en el bolsillo miéntras has estado conmigo?

—Sí, es verdad; algun huesecillo medio roido solia usted arrojarme miéntras usted devoraba la carne buena. Su proposicion de usted hubiera sido oportuna en otra ocasion, pero ahora de ningun modo; voy siendo viejo, y quiero establecerme.... léjos de aquí, por de contado —terminó diciendo Miguel.

—¿Y qué dinero pretendes que yo te entregue? —murmuró Leví, que disimulaba con gran trabajo la ira que le dominaba.

—Vamos, querido patrón, gracias á Dios que nos vamos entendiendo —respondió Miguel.

—¿Cuánto quieres por tu silencio? ¡Responde!— añadió Leví, fijando una mirada intranquila en su interlocutor.

—Poca cosa: cien mil pesos, —contestó tranquilamente Miguel.

—¡Cien mil pesos! —exclamó Leví, saltando nerviosamente sobre su asiento y mirando al paisano con los ojos desmesuradamente abiertos.

— Eso es; cien mil pesos.

— ¡ Cien mil pesos ! — tartamudeó Leví. ¡ Yo no tengo cien mil pesos, no los he tenido nunca ! — concluyó diciendo el usurero, cuyo semblante se habia puesto densamente pálido.

— Solamente la fortuna de Sasturen, que pasó á poder de usted bonitamente, segun dice la declaracion del procurador Savelio, sube á diez veces más que esta suma. ¡ A usted no le ahorcan por tres millones, señor don Adrian ! — respondió Miguel.

— ¡ Es falso, es falso ! — murmuró el usurero — no me pierdas, pero yo no puedo darte lo que me pides. ¡ Te lo juro por lo más sagrado ! — terminó diciendo Leví, al mismo tiempo que juntaba las manos en ademán de súplica.

— Don Adrian, no se canse usted; ni yo soy blando de corazon, ni quiero perder el tiempo; ó lo toma usted ó lo deja; diez minutos tiene usted para decidirse, advirtiéndole que por cada uno que pase antes de aceptar mi oferta, me tendrá usted que dar mil pesos más; el tiempo es oro, segun decia un mozo inglés amigo mio, que tomaba una tranca los dias de fiesta y dos los dias de trabajo, y como es oro, no pienso perderlo; está usted en mi poder, señor Leví y le impongo las condiciones que quiero. Al fin llegó la mia. Le aconsejo que no pierda tiempo y acepte; vea usted, ya ha pasado cerca de un minuto; ya pierde usted casi mil pesos — terminó diciendo Miguel, al mismo tiempo que señalaba la esfera del gran relój colocado en una de las paredes de la habitacion.

Don Adrian fijó en su asistente una mirada aviesa, una mirada terrible, de basilisco por decirlo así, empleando una frase vulgar, y despues de vacilar un instante, murmuró al fin con una voz que tenia mucho del silbido de la culebra:

—Acepto: te daré los cien mil pesos.

—Cien mil uno, señor Leví; ha pasado un minuto entre mi propuesta y su aceptacion; y le regalo á usted quinientos pesos, porque en conciencia va trascurrido minuto y medio — contestó Miguel con una calma que irritaba de un modo tremendo á su antiguo amo.

— Está bien, cien mil uno; pero en primer lugar, comprenderás que yo no tengo esa cantidad aquí en mi casa, y en segundo, que para entregarte yo ese dinero, necesito una garantía que me asegure de que no me venderás despues de haberte entregado la suma convenida — respondió Leví, que al fin comprendia que no tenia más remedio que entregarse á discrecion de Miguel, pero que al mismo tiempo queria sacar todo el partido posible y ganar tiempo, esperando de ese modo poder preparar una emboscada á su antiguo asistente, que diera por resultado recuperar ó no entregar el dinero que le exigía en aquel momento.

— Yo no doy más garantías que mi palabra — contestó el paisano.

— Eso no basta, Miguel.

— Entónces no hablemos más.

— Pero....

— Cuando me mandaba usted herir, cuando expo-

nia por usted mi vida, ¿le pregunté alguna vez quién me respondia de que usted no fuera á denunciarme despues de haberle ayudado en sus empresas? No señor, no le preguntaba nada, me fiaba de su palabra; luego ahora justo es que se fie usted de la mia. O se toma, ó se deja — respondió Miguel resueltamente, al mismo tiempo que se ponia de pié.

— Está bien; me fio de tu palabra — respondió don Adrian despues de un instante de vacilacion.

— Es lo mejor que puede usted hacer. Ahora veamos cómo voy yo á cobrar esos ciento un mil pesos.

— Te daré esta noche seis mil en billetes, y un pagaré á tu órden al quince del mes próximo por el resto; es decir, por noventa y cinco mil; necesito vender unos solares, malbaratarlos, para poder reunir esa cantidad. Tú, en cambio, creo que enseguida me entregarás á Matilde y el documento firmado por Savelio.

— Seguramente; le entregaré á usted la una y el otro al siguiente dia de tener en mi poder los ciento y un mil pesos ni un solo cobre ménos, y cuando haya puesto tierra por medio. ¡Nos conocemos; señor Leví, nos conocemos!

— Es que yo necesito que Matilde y ese papel estén en mi poder cuanto ántes — respondió el usurero.

— Pues arréglelo usted de otro modo; además, esta misma noche me tiene usted que entregar por lo ménos veinte mil pesos — respondió Miguel. — Sé que me va usted á decir que no los tiene — añadió el

paisano al notar un movimiento de protesta de su interlocutor — pero es inútil; déme usted cierta llavecita de acero que no le abandona nunca, y yo le demostraré que se le olvida á usted la cantidad de dinero que tiene en caja.

— ¿Y despues? — murmuró Leví, haciendo un gesto que hizo más y más repulsivo su semblante.

— Enseguida me va usted á entregar el resto en una órden, ó cheque, segun creo que le llaman, contra el Banco Nacional de Buenos Aires, en dónde me he enterado de que tiene usted depositados en cuenta corriente unos doscientos mil pesos oro.

— ¡Bandido, infame! — murmuró Leví con voz sorda, revolviéndose en su sillón, al ver que su antiguo criado no le daba cuartel.

— No me insulte usted, don Adrian; porque podria usted dar motivo á que aumentara en unos cuantos miles de pesos la cantidad estipulada, en compensacion de sus malos tratamientos. Desde que pienso ser rico y compadrear con los señores, me he hecho susceptible — terminó diciendo Miguel.

— Concluyamos — murmuró don Adrian.

— Bueno, concluyamos. — Pues, como le decia á usted, me dará una órden contra dicho Banco Nacional por ochenta y un mil pesos oro, y....

— ¿Y qué más?

— Y una cartita en que exprese usted que me debe esta cantidad, para evitar que allí pongan en duda la legitimidad de la órden y me detengan con gran sentimiento mio, que veria con gran pena que

á usted le daban un disgusto sin merecerlo, pues le advierto á usted que ni yo llevo encima el documento del escribano, ni pienso llevarlo conmigo ni un momento, para evitar malas tentaciones. Lo mismo Matilde que el papel, estarán perfectamente ocultos hasta que yo esté en lugar seguro; están en poder de una persona que al primer contratiempo que me suceda, entregará los papeles y la jóven á Ricardo Sasturen, que á buen seguro no dejará de hacer uso de la declaracion del escribano y de las indicaciones escritas por mí.

— Está bien, veo que no tengo más remedio que hacer lo que quieras, pero haces mal, muy mal; te convenia que fuéramos amigos, más que amigos, sócios.... — murmuró Leví, que combatia en sus últimas trincheras.

— Don Adrian, la idea no es mala. Pero primero vengan los ciento un mil pesos, que ya luego tendremos tiempo de entendernos por cartas acerca de lo demás — respondió Miguel de una manera que daba á conocer claramente que era inútil hacerle variar de propósito, ni pretender engañarle.

Leví fijó en su asistente una mirada de tigre, levantándose despues lentamente, como con trabajo; queria retardar todo lo posible la entrega de aquella cantidad, con la que se iba parte de su existencia. Por un momento pensó tomar un revólver que siempre tenia en la mesa al alcance de su mano, y asesinar á su cómplice; pero comprendió que al primer movimiento que hubiera hecho, Miguel le hubiera

clavado en el pecho el largo cuchillo que llevaba en el cinto, y cuya brillante empuñadura acariciaba sin cesar.

Don Adrian se levantó, como hemos dicho, dirigiéndose despues hácia el armario lleno de libros ó biblioteca, señalado ántes por Miguel; llegó á ella, puso una llave en la cerradura, y el armario retrocedió en lugar de abrirse, dejando un hueco como de un metro en cuadro, en uno de cuyos lados se veía una fuerte caja de hierro.

Pocos momentos despues salia Miguel de la quinta llevando en el cinto veinte mil pesos en billetes y un cheque por ochenta y un mil contra el Banco Nacional de Buenos Aires.

Don Adrian le habia acompañado hasta la verja del jardin; allí se despidió de su asistente, al que hubiera destrozado de buena gana.

Miguel montó á caballo, se envolvió en su poncho y se alejó.

— ¡ Negocio redondo ! — exclamó en voz baja Miguel, al mismo tiempo que se dirigía á Montevideo, al lento paso de su cabalgadura, á la que no se preocupaba de castigar, sumido como iba en sus reflexiones, y entregado á la mayor alegria al considerarse poseedor de más de cien mil pesos. — ¡ La gran vida te vas á dar, Miguel ! — iba diciendo para sí el paisano — y en cuanto á Teresina....

Pero el asistente de don Adrian no concluyó su frase, pues en aquel momento su caballo habia doblado las patas gracias á un nuevo ginete que habia

caido repentinamente sobre su grupa, al mismo tiempo que sentia Miguel apoyarse en su cabeza el cañón de un revólver, y resonaban en su oido las siguientes palabras, pronunciadas con cierto acento burlón:

— Al fin nos encontramos, amigo, pero no respingue, porque le pego un tiro si se mueve.

CAPITULO LI

En el que Miguel se encuentra poco á gusto

Tan rápida habia sido la sorpresa, tan inesperado el ataque, que Miguel no se dió cuenta en el primer instante de lo que le pasaba. Pero aquella voz que habia resonado en su oido, voz que no era completamente desconocida para él, y el cañón del revólver apoyado en su cerebro, le hicieron bien pronto darse cuenta de la realidad de su situacion. Su primer pensamiento fué suponer que habia sido víctima de un ladrón cualquiera que pretendia despojarle del dinero que le habia entregado Leví, pero esta idea se borró bien pronto de su imaginacion. ¿Quién más que él y su antiguo patrón, sabian que llevaba en el cinto una fortuna?

Excusado es decir que estos pensamientos cruzaron por la imaginacion de Miguel con la rapidez propia del pensamiento, pues las circunstancias no eran para entregarse á maduras reflexiones, tanto más,

en cuanto que su desconocido enemigo no le dió mucho tiempo para coordinar sus ideas.

—¿Qué quiere y qué pretende de mí?—murmuró Miguel al fin, dirigiéndose á su asaltante, al mismo tiempo que detenia su caballo.

—Poca cosa; tener un rato de conversacion no solamente yo, sinó otras personas á quienes conoce perfectamente — respondió el desconocido.

—Me parece que si se queria hablar conmigo, podia haberse elegido otra manera de buscarme — contestó el paisano.

—Amigo, cada uno busca las personas á su manera, y yo las busco de este modo. Pero, ménos conversacion, y sobre todo abajo esas patitas, que tiene muy cerca del facón, sin acordarse que más cerca está mi revólver de su cabeza — murmuró el desconocido, que habia dirigido á Miguel las últimas palabras, al ver que éste intentaba echar mano al largo cuchillo que llevaba en la cintura.

—Bueno, está bien. ¿Pero qué pretende de mí?—volvió á preguntar el paisano, al mismo tiempo que separaba su mano del puñal.

—Antes de entrar en explicaciones, es necesario llenar una pequeña formalidad.

—¿Cuál?

—Lo primero que extienda los brazos, y lo segundo....

—¿Y por qué he de extender los brazos?—contestó Miguel con creciente temor, pues no sabia con qué objeto le mandaban que los extendiera.

—¿Por qué? Pues sencillamente porque á mí me conviene—respondió el desconocido.

—¿Y sinó quisiera?—contestó Miguel?

—Con una bala arreglaba pronto el asunto,—respondió con acento amenazador el hombre que habia saltado á la grupa del caballo de Miguel.

El asistente de Leví no contestó, pero puso los brazos en cruz. Entónces su enemigo le quitó el cuchillo, que despues colocó en la cinturon.

—Baje los brazos—murmuró el desconocido despues que hubo desarmado á Miguel.

El paisano obedeció.

—Bueno, así; ahora tome este pañuelo y véndese los ojos. Bien vendados, y cuidado con los movimientos sospechosos—terminó diciendo el desconocido.

Miguel pareció dudar.

—¿Volvemos á las mismas de ántes? Pronto el pañuelo en los ojos, ó sinó.... —el asaltante de Miguel no terminó su frase, pues el paisano comprendiendo sin duda que era peligroso andar reacio en obedecer, se vendó los ojos con el pañuelo que le entregó su enemigo. Despues éste le ató cuidadosamente las manos á la espalda, tomó las riendas del caballo y lo sacó al galope. Un cuarto de hora despues, caballo y caballeros se detenian.

—Ya hemos llegado—murmuró el desconocido, que habia permanecido silencioso durante el trayecto recorrido, á pesar de las insinuaciones de Miguel, que á todo trance queria saber quién era su enemigo

y lo que pretendia de él. Sin embargo, el paisano tambien tuvo que guardar silencio, pues su compañero volvió á colocar su revólver cerca de su cabeza, al mismo tiempo que decia:

—¡Silencio! no quiero conversacion.

En cuanto se detuvo el caballo, el desconocido se apeó, ayudando despues á bajar á Miguel; enseguida le cogió del brazo y murmuró:

—¡Anda!

Miguel echó á andar guiado por su asaltante, que despues de recorrer unas cuarenta varas se detuvo; enseguida el paisano sintió que su guia abria una puerta; luego continuaron su marcha; un momento despues su conductor se detenia nuevamente despues de subir dos escalones. Un instante más tarde penetraban en una habitacion, segun calculó Miguel por la diferencia de piso y de temperatura.

Enseguida su conductor se separó de él, despues oyó cómo cerraba la puerta con llave, y á continuacion alejarse el ruido de los pasos del desconocido.

—Estoy preso, — murmuró Miguel al sentir alejarse á su asaltante — preso, y sin saber en manos de quién estoy, ni lo que pretenden hacer de mí. ¡Maldita sea mi suerte! Cuando ya tenia una fortuna en el bolsillo, cuando ya estaba á la otra orilla, me encuentro con un enemigo desconocido que cae del cielo, me sorprende, me gana la mano, y hace de mí lo que quiere. ¡Oh! cuando me quitó el facón, creí que lo que iba hacer era apoderarse de los cien mil pesos que llevo en el tirador. Eso hubiera sido

horrible, ¡ser robado tan inícuamente! Pero no; el hombre que me ha sorprendido me parece que no quiére dinero. ¿Qué querrá entónces? ¿Acaso mi vida? — y al llegar á este punto de sus reflexiones, Miguel se estremeció ó hizo un esfuerzo para soltar sus manos de las ligaduras que las sujetaban á su espalda, aunque inútilmente, pues sólo consiguió que se clavara en su carne la finísima cuerda con que las tenia atadas. — ¿Será don Adrian quién ha hecho que me sorprendan en el camino? — continuó diciendo para sí el paisano, — no, no puede ser; no le tiene cuenta. Pues no siendo él, no sé quién pueda ser, pues nadie sabe que yo estoy en Montevideo, y mucho ménos que iba esta noche á casa de mi patron. Sea como sea, no estoy muy á gusto, pues nada de bueno puedo esperar, porque para darle á uno un mate dulce no se le detiene en un camino, ni se le pone un revólver junto á la frente.

Haria media hora que Miguel se hallaba en su prision entregado á sus reflexiones, cuando oyéronse pasos y un instante despues sentia que varias personas penetraban en su encierro, al mismo tiempo que un vivo resplandor, que llegaba á sus ojos á pesar del pañuelo con que los tenia cubiertos, le hacia comprender que la habitacion habia sido iluminada.

Despues sintió hablar en voz baja cerca de él.

— Le quitaré la venda si ustedes quieren — oyó Miguel que decia su asaltante, dirigiéndose sin duda á las demás personas que habia en la habitacion.

— Sí, quítale la venda — respondió otra voz.

Enseguida sintió que le quitaban el pañuelo de los ojos; el paisano lanzó una mirada á su alrededor, escapándole un grito sordo, al mismo tiempo que el temor se retrataba en su semblante.

Se encontraba en poder de las personas á quien más temia, y de las que no esperaba obtener perdon; delante de él se encontraban Ricardo Sasturen, el capitan Teodoro y el valiente Márcos.

¿Cómo se hallaba Miguel en manos de los dos amigos y del leal asistente del capitan?

Retrocedamos unos momentos en el curso de nuestra historia hasta el instante en que don Adrian Leví despedia á su asistente en la gran verja de la quinta, por expresa voluntad de Miguel, que conocia á su amo y temia que si se separaba de él ántes de abandonar la casa, era muy capaz de tener una señal convenida con la gente de la quinta, que él no sabia si era mucha ó poca, y darle un disgusto en forma de lluvia de puñaladas, que le hicieran perder los cien mil y pico de pesos, y con ellos la vida, que era lo peor, puesto que en perdiéndose no se puede recuperar.

En el momento en que amo y criado salian del edificio y se dirigian á la verja, Márcos y el conserje se encaminaban tambien á ella, despues de echar la partida de costumbre y de apurar unas cuantas chiquitas de caña en la habitacion del jardinero.

De pronto el último se detuvo.

—¡El patron!—murmuró con acento intranquilo, señalando al usurero que se dirigia hácia la puerta del jardin.

—¿El patron?—interrogó Márcos, fijando su vista en don Adrian y su compañero.

—Sí, el patron y su asistente Miguel; un buen muchacho,—respondió en voz baja el conserje.

Márcos no contestó, pero un rayo de alegria brilló en sus ojos. En aquel momento Leví y el paisano pasaban cérca del conserje y de Márcos; la luz de uno de los faroles del jardin dió de lleno en el rostro del compañero de don Adrian, y el bravo asistente del capitan pudo convencerse de que aquel hombre que estaba á pocos pasos de él, era el que le habia expuesto á perecer á manos del comisario, el que se habia llevado á la prometida de su amo de la estancia de Santa Rosa.

—¡Gracias á Dios!—murmuró Márcos para sí.—Al fin la suerte me lo depara, y lo que es esta vez, me parece que algo hemos de saber de la señorita Matilde.

Entretanto, Leví y su asistente habian llegado á la puerta, y el último se disponia á montar á caballo. Luego Miguel partió, y Leví volvió á entrar en la casa. Un instante despues, Márcos abandonaba la quinta y se ponia en seguimiento del asistente de don Adrian, que, como sabemos, se dirigia á Montevideo preocupado con el brillante porvenir que le esperaba, gracias á los cien mil pesos que llevaba en el cinto, sin cuidarse de su cabalgadura que caminaba lentamente. Despues, Márcos saltó sobre la grupa del caballo de Miguel, conduciendo al paisano á la casa del capitan, casa de moderna construccion, edificada en una de las

calles de la ciudad novísima, con un magnífico jardin, que tenia una pequeña puerta que daba al campo, por la que Márcos habia entrado con su prisionero.

Inútil es referir la alegria del valiente gaucho al ver llevada á feliz término su empresa, de la que á su modo de ver habia de resultar que su amo encontrara á la jóven secuestrada por el bandido que en aquel momento era su prisionero.

Con el rostro radiante de satisfaccion cruzó el buen Márcos las habitaciones que separaban el cuarto dónde habia dejado encerrado á Miguel del que ocupaban en aquel momento su amo y Ricardo.

Los dos jóvenes se hallaban en aquel instante formando mil planes con el objeto de vengarse del infame Leví y de encontrar á Matilde, que era para ellos lo principal.

—¡Oh! por duro que sea el castigo que le impongamos á don Adrian, siempre será poco para lo que merece—decia Ricardo.

—Sí, es cierto; pero su infame criado no merece ménos que él—respondió el oficial, desesperado al pensar lo cerca que habia estado de su amada Matilde y que á pesar de eso no habia podido arrebatarla de las manos de Miguel.

—Es verdad—contestó Ricardo.

En aquel momento apareció en la puerta de la habitacion el valiente Márcos, que habia oído las palabras cruzadas entre el capitan y su amigo, y murmuró dirigiéndose á los dos jóvenes:

—Señores, don Adrian está en su casa muy tran-

quilo, pues no he podido traérmelo; pero en cuanto á su criado, á Miguel, tengo el gusto de decirles á ustedes que lo tengo encerrado en mi habitacion.

Al oír aquellas palabras pronunciadas por el leal asistente, Ricardo y el capitan se miraron como preguntándose si aquel hombre estaba en su juicio.

Al fin el capitan rompió el silencio.

—¿Qué dices? ¿por ventura te has vuelto loco? —murmuró el oficial—¿qué es eso que acabas de decir de don Adrian y de su criado?... ¿qué decías de Miguel?

—Digo que la Providencia me ha ayudado; que he conseguido encontrar al bandido que se llevó á la señorita Matilde, y que no solamente he dado con él, sino que lo tienen ustedes aquí, en la casa, perfectamente atado y encerrado cuidadosamente en mi dormitorio.

Despues Márcos refirió cómo habia logrado apoderarse del asistente de Leví.

—Ahora, mi capitan—concluyó diciendo—usted hará de ese canalla lo que quiera. Yo tengo varias cuentas pendientes con ese bandido, pero lo primero es encontrar á la señorita, que yo ya me entenderé luego con él en cuanto pueda aprovechar una oportunidad.

Un instante despues, los dos jóvenes y el gaucho se dirigian á la habitacion donde habia quedado encerrado el asistente del infame don Adrian Leví.

CAPITULO LII

Miguel concluye por rendirse á discrecion

Pasado el primer instante de sorpresa, Miguel consiguió dominarse un tanto: comprendia que solamente á fuerza de audacia podia hacer frente á la peligrosa situacion en que se encontraba, que no podia serle más desfavorable, pues suponia fundadamente que niguno de sus enemigos le habia de dar cuartel.

Procuró por lo tanto cubrir su semblante con la careta de la impasibilidad, y esperó que le dirigiera la palabra alguno de aquellos tres hombres, cualquiera de los cuales tenia sobradas ofensas que vengar en él.

Al fin el capitan Teodoro rompió el silencio.

— No siempre hay un rio por medio, canalla; al fin ha llegado el momento de que ajustemos cuentas — murmuró el oficial, en cuyos ojos habia brillado una chispa de cólera al ver al infame asistente de Leví.

— No sé qué quiere usted decir — respondió Miguel con calma.

— Díme, bandido: ¿acaso no fuístes tú quién arrebató á mi hermana de la estancia de Santa Rosa? — murmuró Ricardo con alterado acento.

— Es posible que fuera yo, pero en todo caso no obraría por cuenta propia — respondió Miguel despues de un instante de vacilacion, pues primero habia pensado negar el hecho rotundamente, comprendiendo luego que era inútil, puesto que Márcos y el oficial le habian visto cruzar el rio con la jóven.

— Y cuando en la pulperia me ponias el poncho por montera, para que aquel maldito comisario me despenara de una puñalada, ¿por cuenta de quién trabajabas? — preguntó Márcos, que no habia perdonado todavía á Miguel la traidora accion que con él habia cometido.

— Calla, Márcos, calla — murmuró el capitan, haciendo señal á su asistente de que guardase silencio; — de todo hablaremos, y de todo tendrá que dar cuenta este infame.

Márcos, que habia adelantado un paso hácia Miguel, retrocedió y guardó silencio.

— Debes comprender — añadió el capitan — que de nosotros sólo puedes esperar un castigo tremendo. Sin embargo, ese castigo puede aminorarse si nos dices dónde se encuentra Matilde.

— Sí, ¿dónde se encuentra mi hermana? — añadió Ricardo, que de buena gana hubiera destrozado á Miguel, cuyo semblante le era completamente repulsivo.

Miguel no contestó.

—¡Responde!—añadió el capitan—¿dónde está la jóven que arrebataste de la estancia?

—No lo sé—contestó el paisano.

—¿Cómo que no lo sabes?—exclamó Ricardo con voz amenazadora.—¿Acaso no fuiste tú el que arrebató á mi pobre hermana del honrado hogar dónde se hallaba? ¿No fuiste tú por ventura el que se valió de una tarjeta mia que le robaste á Márcos para conseguir que mi hermana te siguiera cuando te presentaste en la estancia acompañado de una mujer, que seguramente será digna compañera tuya? ¡Oh! contesta pronto, ó no respondo de mí, y te hago contestar por la fuerza—concluyó diciendo Ricardo, al mismo tiempo que avanzaba un paso hácia el paisano.

—Estoy atado, me encuentro indefenso, y pueden hacer lo que quieran conmigo; pero yo en cambio no despegaré mis labios para nada, y mucho ménos para decir lo que solamente á ustedes interesa que diga—contestó Miguel con un acento que no carecia de firmeza, pues comprendia que toda su fuerza y todas sus probabilidades de salvacion consistian en vender lo más caro posible el secreto del punto donde se encontraba Matilde.

Ricardo miró al paisano de un modo particular, y adelanto otro paso hácia él sin darse cuenta de lo que hacia: el capitan le detuvo.

—¡Espera!—murmuró el oficial, al mismo tiempo que indicaba á Ricardo que tomara asiento. Despues, se volvió hácia Miguel y añadió con voz grave:

—¿Es esa tu última resolucion?

—Sí; —contestó el paisano —no hablo una palabra miéntras esté atado y prisionero. Que me suelten, que me pongan en libertad, y entónces será otra cosa.

—¿De manera que sólo poniéndote en libertad es como te decidirás á hablar? —añadió el oficial.

—No he dicho que me decido á ello resueltamente, sinó que pudiera ser que entónces me ocurriera contestar —replicó Miguel con cierta insolencia, pues se figuraba que negándose á decir dónde se hallaba Matilde conseguiria verse libre, aunque fuera á cambio de la promesa de indicar el paradero de la jóven, lo que no pensaba hacer de ningun modo.

—Por última vez: ¿quieres decir dónde está la jóven que has secuestrado? —volvió á preguntar el capitan.

—No; lo dicho dicho; que me pongan en libertad, y luego hablaremos —contestó Miguel con osadia.

—Mi capitan, no ande usted con tantos miramientos con ese hombre, mire usted que es un mal bicho que no merece más que una cuerda para colgarle de un árbol. Si me dejara usted á mí, bien pronto le hacia hablar; no era menester más que seguir el sistema de su amigo el comisario —murmuró Márcos, que se desesperaba al ver el cinismo del paisano, y las contemplaciones para él inexplicables con que le trataba su amo.

—No, Márcos, nó; nosotros no podemos hacer eso, por que seria colocarnos á un mismo nivel —contestó el capitan.

— Sin embargo, me va pareciendo que la idea de Márcos no es del todo mala; á los bandidos no se les debe tener consideraciones de ningun género, se les debe tratar como á bandidos — murmuró Ricardo.

— Ten calma, Ricardo, ten calma. ¿Crees tú acaso que yo pienso renunciar á que ese hombre nos diga el sitio dónde se encuentra Matilde, ni á tolerar que se burle de nosotros? Nó, Ricardo, nó; ni lo uno ni lo otro. Este hombre ha dicho su última palabra, pero nosotros no le hemos dicho la nuestra — concluyó diciendo el capitan.

Miguel fijó en el oficial una mirada interrogadora.

— Yo soy hombre de pocas palabras; tú has dicho tu última, y yo voy á decirte la nuestra — dijo el capitan, en quien se fijaron las miradas de su asistente y de Ricardo.

— Tú dices que tienes que estar primero en libertad para pensar en sí nos dirás ó no nos dirás el paradero de la jóven que has secuestrado. Me extraña que habiendo emprendido ese camino, no hayas exigido tambien que te diéramos unos cuantos miles de pesos como indemnizacion por la infamia que has cometido. ¡Decididamente, eres un bandido de la peor especie. Márcos, mi fiel Márcos, que es un buen muchacho — continuó diciendo el capitan — ha propuesto un medio para hacerte hablar, medio que lo encuentro muy bueno, digno de tí y de magníficos resultados, pero que nosotros no pensamos utilizar. Tranquilízate pues, no corres peligro de que te col-

guemos, ni de que te pongamos en cepo de lazo. En primer lugar, Márcos te registrará cuidadosamente, porque es muy posible que lleves encima algun papel, algun documento que nos sea á nosotros de más utilidad que á tí, y en segundo....

—¡Registrarme! ¿Por qué me han de registrar? Yo no quiero que me registren—murmuró Miguel, cuyo rostro se habia puesto densamente pálido al oír las palabras del capitan.

—¡Ah! ¿no quieres que te registren?—respondió el oficial, mirando con fijeza á Miguel.

—Nó, no quiero—contestó el paisano con creciente sobresalto—¡no llevo nada encima que pueda interesar á ustedes!—concluyó diciendo Miguel, que se figuraba que los dos jóvenes iban á despojarle del dinero que llevaba en el cinturon, y ante esa idea perdia todo su atrevimiento, toda su osadia.

El capitan no contestó á Miguel, pero se volvió hácia su asistente, y le dijo señalando al prisionero:

—Registra á ese hombre.

Al oficial no le quedaba ya duda alguna de que Miguel llevaba encima algun documento de gran interés para ellos, la declaracion de Savelio, quizás.

Márcos adelantó un paso hácia Miguel; éste retrocedió, al mismo tiempo que hacia un supremo esfuerzo para desatar sus manos, esfuerzo completamente inútil, con el que sólo consiguió que las cuerdas se hundieran más y más en sus carnes.

Un momento despues, y á pesar de la resistencia que oponia Miguel, era escrupulosamente registrado

por Márcos, que terminó su cometido sin hacer caso de los juramentos y blasfemias del paisano, que temblaba de rabia y desesperacion al ver que le arrebataban el cinto donde llevaba el dinero que le habia entregado don Adrian.

—¡Oh! ¡lo que us tedes quieren es robarme, sí, robarme! — aulló Miguel al ver que Márcos entregaba el cinturon al capitan.

—¡Silencio, bandido! — exclamó Ricardo, que á duras penas contenia la creciente irritacion que le dominaba.

—Veamos qué contiene este tirador tan defendido por tí — murmuró Garcés fijando una mirada en Miguel, que, ansioso, jadeante, con el rostro descompusto, clavaba sus ojos en el oficial.

Despues el prometido de Matilde abrió el cinto, y una lluvia de billetes cayó sobre la mesa, al mismo tiempo que los dos jóvenes y Márcos lanzaban un grito, de sorpresa primero, de desencanto despues, pues inútilmente buscaron entre aquellos papeles de diversos colores uno que contuviera aunque sólo hubiera sido una pequeña indicacion acerca del punto donde se encontraba Matilde. En cuanto al documento firmado por Savelio, tampoco lo encontraron; Miguel llevaba encima una fortuna, fortuna que no tenia valor ninguno para los dos jóvenes, pues como se debe suponer, no pensaban apropiársela, ni mucho ménos, y que la hubieran trocado de muy buena gana por la más pequeña indicacion acerca de la suerte de la jóven.

El capitan y Ricardo contaron el dinero; habia veinte paquetes de á nil pesos cada uno, y un cheque de ochenta y un mil contra el Banco Nacional de Buenos Aires, firmado por Leví. Despues el oficial separó con desden á un lado de la mesa, ante la que se hallaba sentado, los billetes y la órden contra el banco, y murmuró dirigiéndose al paisano:

—¡Ciento un mil pesos!... ¡bonita cantidad que debe representar el precio de un gran crímen! Sí, seguramente; don Adrian Leví no se desprenderia de una cantidad tan grande si no fuera por cosa que valiera la pena.

—¡Quién sabe!... ¡quizás sea el precio de la vida de mi hermana!—dijo Ricardo, al mismo tiempo que un estremecimiento recorria todo su cuerpo.

—¡Oh! no digas eso, no quiero pensarlo—respondió el capitan, que palideció de un modo terrible.

—¡Quién sabe!—repitió Sasturen.

—Si así fuera, el castigo de Leví y de su cómplice seria terrible—añadió el capitan, con un acento que hizo estremecer al paisano.—En fin, lo que sea espero que pronto lo hemos de saber—concluyó diciendo el oficial.

—Sí, Teodoro, es preciso terminar—contestó Ricardo.

—Terminaremos—respondió el capitan—despues añadió dirigiéndose á Miguel—lo primero, como decia, era registrarte, lo que ya se ha ejecutado, y lo segundo....

—Ya todo me es igual, me han despojado de mi

fortuna, me han robado — murmuró Miguel con voz sorda.

— Y lo segundo — continuó el capitan sin hacer caso de las palabras de Miguel, — es llamar inmediatamente al sereno que hay de servicio en esta calle y hacer que te lleven á la cárcel como raptor de la señorita Matilde Sasturen, y como asesino del infeliz balsero, al que mataste en tu huida de la estancia de Santa Rosa. Esta es mi última palabra. Tú eres dueño de callar, pero nosotros somos dueños de hablar, entregándote á los tribunales y haciendo que te peguen cuatro tiros, y tras de perder esta fortuna que llevas en el tirador, pierdas la vida, que creo será lo más importante para tí. ¡Hola, Márcos! — añadió el capitan, dirigiéndose á su asistente — avisa al sereno de órden mia para que venga á llevarse á este bandido.

El bravo gaucho se dirigió hácia la puerta.

Pero Miguel adelantó un paso, y con el semblante horriblemente descompuesto, con los ojos espantados por la rabia y el temor, murmuró con voz sorda, con voz que más bien parecia un silbido:

— ¡Détente! Yo diré dónde se encuentra Matilde Sasturen.

Márcos se detuvo, y en los ojos de Ricardo y de su amigo brilló un rayo de alegria.

— Está bien, habla — respondió Ricardo.

— Hablaré; pero prométanme ustedes no entregarme á la justicia, y no arrebatarme el dinero que llevaba en el tirador. Ustedes son unos señores y no

robarán á un pobre gaucho — concluyó diciendo Miguel con voz suplicante.

— Bueno, habla, entregános á Matilde y el documento firmado por el procurador Savelio, y despues te dejaremos en libertad y te devolveremos el dinero, con el que puedes suponer que no hemos de manchar nuestras manos — murmuró el oficial.

— Entónces.... — se apresuró á decir Miguel.

— No he concluido — continuó diciendo Garcés interrumpiendo al paisano; — me falta hacerte una advertencia, y es que cuando estés libre, procures irte muy léjos, pues te prometo que si te volvemos á encontrar en nuestro camino tanto el señor Sasturen, como Márcos, como yó, te aplastamos como si fueras un reptil sin compasion de ninguna clase.

— Sin pena ninguna, y con la conviccion de que haria un gran beneficio á la sociedad — murmuró Ricardo.

— Y yo me alegraré mucho de que nos encontremos despues para arreglar cuentas — añadió Márcos.

En seguida, Miguel habló, aunque contra toda su voluntad, y solo obligado por las circunstancias; indicó dónde se hallaba Matilde, y entregó un papel en el que indicaba á Teresina, que entregara al portador el sobre cerrado que le habia confiado ántes de partir, y que contenía la declaracion de Savelio, y los apuntes de que había hablado á don Adrian. Estos últimos no habian entrado en el trato; pero al punto á que habian llegado las cosas, maldito lo que le importaba á Miguel la suerte que pudiera correr

su antiguo amo. Una cosa contrarió á Miguel, pero no tuvo más remedio que pasar por ella, pues á todo se hallaba resuelto ántes que permitir que le entregaran á la justicia, el que si bien le habian prometido la libertad, no debia verse libre hasta despues de estar Matilde y la declaracion de Savelio en poder de Ricardo. Despues, podría ir á donde quisiera. Tuvo intencion de preguntar quién le garantía el cumplimiento de la promesa, pero fijó sus miradas en los dos jóvenes, y comprendió que ninguno de ellos era capaz de faltar á su palabra. Además, si bien quedaba prisionero en la casa del capitan, en cambió el codiciado cinto volvió á rodear su cintura, conteniendo dentro los ciento un mil pesos entregados por don Adrian Leví.

CAPITULO LIII

Contratiempos

Miguel fué encerrado en una habitacion que tenia una ventana que daba al jardin, ventana defendida por una fuerte reja de hierro que convertia en una verdadera celda de cárcel aquel aposento; cuya puerta, provista de una buena cerradura, fué cerrada cuidadosamente por el capitan, que se retiró con Ricardo á sus habitaciones para concertar el plan que debian seguir para sacar definitivamente á Matilde del poder de sus enemigos.

En cuanto á Márcos, se quedó en una de las habitaciones próximas á la que ocupaba Miguel, al que de ningun modo queria perder de vista, pues á pesar de que la reja y la puerta de la prision eran una buena garantia contra cualquier tentativa de evasion, él no estaba tranquilo sinó velando por sí mismo para que no se escapara el asistente de Leví, pues suponia, y no iba descaminado, que como pudiera escaparse no dejaria perder la ocasion de recobrar su libertad.

— El tal Miguel es un tunante que se pierde de vista, y yo no quiero separar de él la mia, pues es capaz de cualquier cosa, — murmuró Márcos, al mismo tiempo que se instalaba en su cuarto, con firme propósito de dormir poco y vijilar mucho á Miguel, que era su verdadera pesadilla en aquellos momentos.

Miéntras tanto, Ricardo y el capitan formaban mil planes para el porvenir, partiendo de la base de que Miguel les hubiera dicho la verdad, y fueran efectivamente las señas que habia dado las que correspondian á la casa en donde se encontraba la jóven.

— Lo primero es traer á Matilde de Buenos Aires — murmuró Ricardo, despues que hubieron hablado largo rato de sus proyectos, en los que don Adrian Leví no salia muy favorecido.

— Sí, lo primero es traer á Matilde, y despues, cuando ya esté aquí, concluiremos de pensar en el medio de desenmascarar á tu antiguo tutor, con el que debemos ser implacables — respondió el capitan.

— ¡Oh! te prometo que por mi parte lo seré. ¡Pobre hermana mia!... ¡cuánto habrá sufrido y cuanto estará sufriendo! — añadió Ricardo.

— ¡Calla, calla! no quiero pensarlo, pues cuando reflexiono en ello no encuentro castigo que sea lo bastante terrible para imponérselo á don Adrian — contestó el capitan, en cuyos ojos brilló un rayo de cólera.

— Sí, me callaré, porque mi sangre se subleva cuando pienso en ello, — contestó Sasturen; — pero ahora lo que es menester es salvarla. Mañana mismo saldrépara Buenos Aires, y pronto estaré de regreso.

— Y yo te acompañaré; Márcos se quedará á cuidar de nuestro prisionero, y no hay miedo que se le escape; es fiel y valiente.

— Lo sé; es un leal servidor al que deberemos la libertad de Matilde y quizás el que no sea víctima del puñal de ese bandido, que sería capaz de asesinarla si se lo mandara su amo. ¡Oh! nadie me quita de la cabeza que ese dinero que tiene Miguel, procedente de mi tutor, á juzgar por el cheque y la carta que llevaba en el cinto, es el precio de alguna infamia que están á punto de cometer; por fortuna espero que llegaremos á tiempo.

Despues cruzaron algunas palabras más, y se acostaron ansiosos de que llegara el nuevo dia, y con él la hora de partir para la otra orilla, donde el uno anhelaba encontrar á su querida hermana, y el otro á la adorada elegida de su corazon.

Eran las cuatro de la tarde del siguiente dia cuando Ricardo, el capitan y Márcos se dirigieron al muelle de la Aduana para embarcarse á bordo de uno de los vapores de la carrera. Pero tan sólo los dos primeros debian partir, pues Márcos habia quedado encargado del cuidado del prisionero, y sólo debia acompañarlos hasta el momento de la partida, volviéndose á tierra en tanto que los dos jóvenes se alejaban en direccion á Buenos Aires, llenos de gratas ilusiones y esperanzas para el porvenir.

Pero una vez más el infame Leví iba á cruzarse en el camino de los dos amigos. Como sabemos, aquel era el último dia de los cuatro fijados por los

dos jóvenes al usurero para que entregara á la jóven ó indicara el punto dónde se encontraba. Don Adrian, cuya rabia y desesperacion fueron terribles al verse despojado por Miguel, al que habia entregado los ciento un mil pesos dominado por las circunstancias que habian hecho que de amo y señor del paisano se convirtiera en su esclavo, se dispuso á luchar contra la suerte que parecia volverle la espalda, y empezó á buscar un medio para librarse de Ricardo y de su amigo y reducirlos á la impotencia, impidiéndoles que cumplieran su tremenda amenaza. Por más vueltas que daba en su imaginacion buscando un modo rápido y pronto de deshacerse de sus enemigos, ninguno hallaba que lo fuera para prevenir el golpe que le amenazaba, golpe que podia perderle para siempre.

—¡Oh! — murmuraba don Adrian — es menester que ese Sasturen y ese maldito capitan se vean imposibilitados de hacer nada en contra mia; si Matilde y el documento firmado por Savelio estuvieran en mi poder la cuestion variaba de aspecto; entónces, ya conseguiria yo transigir con ellos, y aun salir ganancioso. Pero hasta dentro de tres ó cuatro dias no cuento con que la una y el otro estén en mi poder, y esto contando con que Miguel cumpla en seguida su compromiso, como espero que lo cumplirá. ¡Infame; haberme estafado de esa manera! ¡ciento un mil pesos! En fin, ya no tiene remedio. Afortunadamente, espero que al cabo pagará con su vida el oro que me ha robado: sí, seguramente, aunque se esconda en las entrañas de la tierra, juro que me he de vengar

de el aunque tuviera que gastar otros cien mil pesos... digo, eso no, no vale tanto. Pero eso es para despues; ahora lo que me interesa es impedir que me pierdan para siempre mi pupila y su amigo, presentando la denuncia. Pero ¿cómo?—añadió despues de un momento de reflexion—una puñalada es un buen medio; pero se necesita un hombre que la dé, y me falta ese hombre. Además, hay que buscar la ocasion oportuna, y tendrian que ser dos golpes, no uno solo, pues cualquiera de ellos que quedara bueno, sano y libre.... libre.... ¿si los pudiera hacer prender? ¡Oh! eso seria una gran solucion del problema, tenerlos detenidos hasta que Matilde y el temible documento estuvieran en mi poder. Lo malo es que eso es difícil, muy difícil... sin embargo; Ricardo ha sido de los sublevados, y el capitan es su amigo... Vaya vaya, la idea es magnífica, y despues de todo no creo que sea imposible de realizar. Con el *viejo* no ando muy bien desde el asunto de la chiquilla aquella, á la que es preciso echarle la vista encima, pues ahora más que nunca me hacen falta esas tierras fiscales de que habló el gran Mariscal á Camaleón. Pero sinó es el viejo, ya haré yo por alcanzar que metan en la cárcel á Ricardo y al oficial. Sí, espero conseguirlo,—pensó Leví, al mismo tiempo que se sonreía satisfecho, pues le parecía haber encontrado el medio que buscaba para deshacerse de sus enemigos.

Una hora despues salia de la quinta y se ponia en campaña con el objeto de realizar sus propósitos.

Entretanto, Ricardo y el capitan veían con placer aproximarse la hora de la partida; al fin el vapor se dispuso á soltar sus amarras, y Márcos se despidió de su jefe y de Ricardo; pero de pronto el vapor detuvo su maniobra, pues su comandante habia visto con extrañeza dirigirse hácia el buque un bote de la Capitania.

La pequeña embarcacion atracó bien pronto al vapor. En ella iba un comisario con cuatro soldados de policia, llevando una órden para que el buque detuviera su marcha hasta tanto que no fueran desembarcados dos pasajeros, contra los que tenian órden de prision; aquellos pasajeros eran Ricardo Sasturen y el capitan Teodoro.

Ambos jóvenes protestaron de aquella órden injustificada, pero como estaba expedida en toda regla, no tuvieron más remedio que obedecer.

— ¡Pobre Matilde! — murmuró Ricardo al bajar por la escala del vapor — ¿quién la salvará de las manos de nuestros enemigos?

— Tengamos confianza en la Providencia — respondió el capitan, que en medio de su desesperacion procuraba animar á su amigo.

— Sí, esperemos en ella, — contestó Ricardo.

Luego, el bote que conducia al comisario, á los soldados y á los prisioneros se alejó del vapor; los dos jóvenes miraron maquinalmente al buque que debía haberlos conducido á la vecina orilla; en la borda del vapor y agitando un pañuelo blanco en señal de despedida se hallaba un hombre; aquel hombre era

Márcos, que se disponía á partir en lugar de los dos amigos. para salvar á la hermana de Ricardo. Al verle, los prisioneros agitaron tambien sus pañuelos, comprendiendo la idea del valiente paisano, en el que fijaron una mirada de reconocimiento, sintiéndose más tranquilos al pensar que, á falta de ellos, la jóven iba á tener en él un bravo defensor.

Sin embargo, aquella tranquilidad relativa se hubiera trocado en sobresalto, si hubieran visto á un hombre que dos horas ántes fletaba por su cuenta uno de los pequeños vapores del servicio del puerto, buque de grandes condiciones marineras y de una rapidez extraordinaria, que en aquel instante se alejaba á todo vapor con rumbo á Buenos Aires.

¿Quién era aquel pasajero que pagándolo espléndidamente había fletado el vaporcito, pudiendo ir mejor y más barato, si bien con ménos rapidez en el vapor de la carrera?

Aquel hombre no era otro que Miguel, el antíguo asistente de don Adrian Leví.

¿Cómo se encontraba libre, habiendo quedado prisionero del capitan, que habia encargado á su criado que á la menor cosa que hiciera Miguel por evadirse avisara inmediatamente á la policia para que se lo llevaran preso?

—Mira, Ramon, —habia dicho el oficial á su servidor —ten mucho cuidado con ese hombre que hemos dejado encerrado, es un hombre peligroso, un criminal, un asesino, de la peor especie, y sería una gran desgracia que se escapara. Si ántes de que

vuelva Márcos, tratara de evadirse, avisas á la policía, y haz que se lo lleven á la cárcel.

—No tenga usted cuidado, señor,—respondió el criado—no le perderé de vista.

Y efectivamente, conforme se marcharon los jóvenes, cerró la puerta de la calle, y se puso á pasear por el jardin mirando de cuando en cuando á la reja del cuarto donde se encontraba el prisionero, que no dejaba de pensar ni un momento en buscar un medio para abandonar su prision, en la que se encontraba poco á gusto.

— Decididamente — decia Miguel para sí — caí en la ratonera, lo cual me hace muy poca gracia, pues aunque tengo en el tirador los cien mil y pico de pesos, la libertad vale mucho, y yo, por más que ese Ricardo y ese capitan que el demonio se lleve á los infiernos, me han prometido ponerme en libertad en cuanto traigan á la muchacha y tengan en su poder ese papelucho firmado por Savelio, no sé yo si luego se volverán atrás, y me darán un disgusto, aparte que cuanto más pronto me quite de enmedio, será mucho mejor pues si don Adrian se entera de que le he vendido, y de que ya no soy temible, hará de modo que no pueda cobrar su órden contra el Banco Nacional, y ¡adios fortuna! Lo malo es, que como no me convierta en pájaro.... — y al murmurar estas palabras, Miguel fijaba sus miradas en la reja, por delante de la cual pasaba y repasaba el criado del capitan, que era fiel á toda prueba, pero que más tenia de tonto que de sábio, y más de infeliz que de pícaro.

— Si ese hombre que han puesto ahí de centinela quisiera abrirme la puerta, pronto echaba á volar — pensó el paisano, que se aproximó á la ventana, la abrió y se puso á mirar al jardin.

El criado se paró, miró un momento al preso y tuvo intencion de decirle que cerrara la ventana, pero luego continuó su camino; su amo no le habia dicho que impidiera al prisionero que se asomara á la reja.

Despues el prisionero le dirijió la palabra; el criado dudó un instante, pero como el capitan tampoco le habia prohibido que hablara con aquel hombre, concluyó por emprender conversacion con él. Al cabo de un instante Miguel se habia hecho amigo de su guardian.

— La verdad es — murmuró Miguel — que yo no sé por qué me tienen encerrado aquí; me han calumniado, y por eso han cometido este atropello conmigo, pero yo en mi vida he cometido ningun delito, y estoy seguro que cuando vuelva el señor capitan me dará suelta, y además se disculpará por haberse equivocado.

— ¿De veras? — preguntó con la mayor candidez el criado.

— ¡Ya lo creo!

— Pues mire, amigo, me alegraria, porque me parece usted un hombre de bien.

— Y lo soy, á carta cabal, y usted me ha sido simpático, y en cuanto salga de aquí hemos de echar unas chiquitas juntos — respondió el paisano.

— Acepto; no vendrán mal — contestó el criado, que era un buen consumidor de chiquitas.

— ¡Y tan bien como vendrán! Francamente, tengo seco el tragadero; lástima que no podamos chupar un poco miéntras vuelve el patron.

— Por falta de vino no quedará, porque en la casa hay un carlon que vale un mundo — contestó el criado.

— ¿Y no podríamos echarnos una botella al cuerpo?

— Seguramente. Pero ¿cómo? — contestó el sirviente.

— Nada más fácil. ¿No le han dejado á usted encargado de mi custodia? — contestó Miguel.

— Sí.

— Pues yo creo que lo mismo puede usted guardarme desde ahí fuera que dentro de este cuarto. Se traí usted un par de vasos y una botella de ese vino carlon que vaciariamo saquí como dos buenos amigos. Yo por mi parte no pienso escaparme, ni mucho ménos; usted cumplia con su deber vigilándome, y los dos pasamos un buen rato bebiendo y charlando.

— ¿De veras? — murmuró el criado indeciso.

— Naturalmente, ¿qué hay de malo en eso?

— Como malo nada, pero ¿y si el capitan se enoja?...

— ¡Qué disparate! ¿Acaso le ha prohibido á usted que echemos un trago? — contestó Miguel.

— Nó, no me lo ha prohibido.

— Pues entónces venga esa botella.

— No me atrevo.... — contestó el criado un tanto vacilante.

— Haga usted lo que quiera, pero podríamos pasar un rato entretenido.

— En cuanto á eso, no lo dudo.

— Entónces....

— En fin, nos beberemos una botella — murmuró el criado con resolucion.

— ¡Gracias á Dios que dice usted algo bueno! — respondió Miguel, en cuyos ojos brilló un rayo de alegría.

El criado se alejó, y un instante despues entraba en la prision de Miguel con dos botellas y dos vasos. El sirviente puso las botellas y los vasos sobre una mesa, y despues cerró la puerta con la llave, que se guardó en el bolsillo.

Carcelero y prisionero se sentaron uno frente de otro, y empezaron á vaciar las botellas. De pronto, y cuando más descuidado se encontraba el sirviente, Miguel se arrojó sobre él y le sujetó antes de que tuviera tiempo para defenderse.

En seguida el paisano ató cuidadosamente al criado, que intentó gritar, ahogando Miguel sus palabras con una puñada tremenda que le dejó la boca ensangrentada; luego le metió un pañuelo en la boca á manera de mordaza, le sacó del bolsillo la llave de la puerta, la abrió, y un instante más tarde respiraba el aire libre, al mismo tiempo que murmuraba:

— Ahora, á Buenos Aires, ¡la partida es mia!

Despues se encaminó al puerto; no salia más vapor para Buenos Aires que aquel en que pensaban marchar Ricardo y su amigo, y en aquel buque no queria ir Miguel por ningun concepto. Entónces ué cuando le ocurrió al asistente de Levi fletar por

su cuenta un vaporcito que ganara en velocidad al buque en que él creia embarcados el capitan y su amigo.

Y efectivamente, fletó el vapor y salió del puerto con rumbo á la otra orilla.

CAPITULO LIV

En el que Leví se alegra, el Gran Mariscal se preocupa, y Ester vuelve á estar en peligro

Al saber Leví que los dos jóvenes habian sido detenidos, lanzó una exclamacion de alegria; con aquel arresto, con aquella detencion, conseguia tener algunos momentos de tranquilidad, y dar tiempo á que Miguel le cumpliera su palabra, entregándole á Matilde y el documento firmado por Savelio.

¿Bajo qué pretexto habian sido presos los dos amigos, en el instante en que se disponian á partir para salvar á la jóven?

Ni ellos lo sabian, ni sus aprehensores tampoco. Estos últimos recibieron órden de detener al capitan don Teodoro Garcés y á don Ricardo Sasturen, y sin observaciones ni comentarios cumplieron su cometido, encogiéndose de hombros cuando los detenidos les preguntaron las causas de su detencion. Y verdaderamente la pregunta si no era tonta no le faltaba mucho, pues en aquella época que todo se bastardeaba

y se doblaba ante la voluntad del Gran Mariscal, ó se vendia al mejor postor, los defensores de la ley solian ponerse al servicio de las venganzas personales, deteniendo al que estorbaba y metiéndole en la cárcel, aunque fuera el más inocente y el más honrado del mundo; al mismo tiempo que los criminales más terribles se paseaban líbremente por las calles, haciendo escarnio de las leyes, y sirviendo de escándalo y terror de las gentes honradas.

¿Qué un bandido asesinaba á un inofensivo transeunte? Se le buscaba cuando ya no habia otro remedio y se le prendia, pero á los dos dias se le ponia en libertad bajo fianza, pues nunca falta un roto para un descosido, ó un pillo para otro pillo, que es igual, pues el que responde por un canalla, deja suponer que no está muy léjos de serlo; y el infame asesino se paseaba por la ciudad riéndose de la ley, que tenia la forma de embudo, siendo gracias al constante compadrazgo estrecha para los buenos como cañon de órgano y ancha y acomodaticia para los criminales.

En aquellos tiempos, de infeliz recordacion, solia suceder muy á menudo que en vez de ser la prision consecuencia inmediata de la falta, se encerraba á los hombres en la cárcel sin haber cometido ningun delito, teniendo que buscarse despues una falta cualquiera ó inventarse, mejor dicho, para justificacion del atropello. Y esto ni más ni ménos era lo que ocurria con los dos jóvenes, que, gracias á las altas influencias de don Adrian, fueron sin causa ni motivo presos y desembarcados sin razon ni justicia; es verdad que ámbas cosas eran escasísimas en aquella época.

— Ya me deshice de los dos enemigos más temibles que tenia — murmuró Leví con satisfaccion — puedo vivir tranquilo unos cuantos dias, durante los cuales tengo tiempo sobrado para combinar mis planes. Pronto tendré á Matilde, así como ese maldito papel firmado por el tunante de Savelio, que despues de desplumar á media humanidad tuvo la maldita idea de querer morir en olor de santidad y darme á mí un disgusto desde el otro mundo. Caro pago el rescate de la muchacha, pero eso no me importa; y sobre todo, quizás pueda encontrar despues á Miguel, y dueño yo del papel, ya no le temo, y le haré pagar caro el haberme despojado del oro que tantas zozobras y peligros me habia costado reunir. Con eso, y con que Pancho consiga encontrar á Ester, y pueda apoderarme de ella para entregársela al Gran Mariscal, ya puedo estar contento..., Sobre todo, buscar á Miguel, y despues de recuperar el dinero, hacerle callar para siempre; sabe demasiado, y á mí no me conviene que sepa tanto. ¡Oh! la verdad es que en estos momentos estoy sobre un volcan, á pesar de que las esperanzas para el porvenir son buenos. ¡Bah! mi buena suerte no me abandona todavía; un momento he pensado que me volvia la espalda, pero creo que volvemos á ser amigos — concluyó diciendo para sí don Adrian, al mismo tiempo que una cínica sonrisa se dibujaba en sus labios.

El mismo dia en que Leví se entregaba á estas reflexiones, el Gran Mariscal regresaba de su estancia del Carmesí, despues de pasar en ella unos cuantos

dias en compañía de algunos de sus amigos, y de un distinguido diplomático, celébre por sus corbatas y sus chalecos, y por sus expediciones marítimas en los buques de la escuadrilla nacional, personaje de todos conocido y no comprendido por ninguno, pues miéntras unos le suponian aspirante á una plaza en el manicomio, otros, y quizás los que iban más acertados, le suponian hombre listo y práctico, que se reia de su amigo Mínimo, que se deshacia en obsequios y cumplidos con el flemático y excéntrico embajador que vivia á su gusto, exento de los cuidados que producen las intrincadas combinaciones de la alta diplomacia, libre como se hallaba de tener que pedir sus pasaportes por ninguna próxima ruptura de hostilidades.

Como decíamos, habia vuelto el Gran Marisca del su estancia un tanto preocupado, pues tenia varios proyectos en cartera para concluir de hacer dichoso al país que aún no lo era bastante con su gobierno paternal, y Mínimo no se encontraba á su gusto cuando formaba una idea y no la realizaba enseguida, y mucho más, cuando los proyectos á que nos referimos eran de aquellos que valian buenos millones de pesos, pues él no era hombre que tuviera las uñas por adorno, y en aquella ocasion mucho ménos, en que se trataba de nada ménos que de un puerto capáz de dejar por puertas á todos los orientales, y de un banco que era una salida de pié de idem, y un negocio *mastodóntico*, como dice cierto célebre rematador, para el ilustre Mínimo Santero.

Por desgracia, y por cuestion de cobres por su-

puesto, no todas las ilustres notabilidades que habian de dar su asentimiento al proyecto estaban completamente de acuerdo sobre el mismo, sin duda por el valor que cada uno daba á su alta cooperacion en el cien piés proyectado, contándose entre los más furiosos oposicionistas una de las lumbreras financieras de la República, un tal Dionisio Escamas, hombre cuyo tipo era una mezcla del Mefístofeles del Fausto y de Don Quijote de la Mancha, segun por el lado que se le mirara; es decir, de frente ó de perfil, y enemigo de la higiene, segun opinion de un amigo y compañero de glorias y de fatigas. Dicho señor Escamas se habia escamado con los proyectos, por cuestion de escuela ó de participacion, que esto no se sabe á punto fijo, y en cierta ocasion en que el Gran Mariscal convocó á su marmoreo palacete á todos los prohombres de su partido (para el Gran Mariscal su partido eran sólo sus amigos y el batallon quinto de cazadores), el infeliz Dionisio, que se le habia olvidado que Mínimo Santero aspiraba á la infalibilidad y á oscurecer la fama de José María, y Candelas, y que cuando consultaba era solo para que le dijeran que sí, se atrevió en uno de sus escarceos de economista á opinar de distinta manera que el gran patricio.

Alzar el buen Escamas su voz en son de tímida protesta, y mirarle sus compañeros con estupor, como si de pronto se hubieran encontrado con que en medio del Cerro aparecia un volcan, ó con que Mínimo cedia sus bienes al Hospital de Caridad, fué todo uno.

En cuanto al Gran Mariscal, miró de alto abajo á

aquel pigmeo que osaba contrariarle á él, especie de Júpiter Tonante, que podia acortar la racion á todos los allí presentes, y despues de arrojar una mirada de desafío á su alrededor y de acariciarse la perilla nerviosamente, murmuró con voz destemplada, dirigiéndose á sus amigos y señalando al oposicionista, que se arrepentia de haber tenido opinion propia:

—Vamos, señores, ¿qué les parece de eso? ¿es eso patriotismo? Atreverse á hacer oposicion á un proyecto de Banco que ha de hacer nuestra felicidad y la de nuestros hijos....

—Y hasta la de nuestros abuelos — interrumpió uno de los concurrentes que estaba en el *décimo catorce* grado de tonteria.

— Eso es, de toda la familia — continuó diciendo Mínimo, que se hallaba fuertemente irritado — y cuando todos opinamos que sí, este mozo se atreve á decir que nó. Aquí vienen ustedes á dar su opinion.... de acuerdo con la mia; opinion completamente libre, á decir siempre que sí, como debe ser, y no á crear obstáculos á unos proyectos que son de oro. ¿Qué es lo que quiere usted, señor Escamas? ¿quiere que le regalemos un negro con pito y todo? Largo de aquí, que yo no quiero gente díscola, sinó buenos patriotas que opinen siempre como yó. ¡A ver, muchacho! — gritó despues con acento amenazador, dirigiéndose á uno de los negros que se hallaban en la antesala, especie de hotentote con uniforme que apareció enseguida en la puerta del salon — agarra á ese hombre y sácalo de mi vista, que sinó voy á concluir por pegarle dos trompadas,

que me revientan los malos ciudadanos, y sobre todo los que me llevan la contraria. Pronto—continuó Mínimo con airado acento, dirigiéndose al atribulado Dionisio, la que habia cojido el negro por un brazo con toda la delicadeza de que era capaz aquel bárbaro—pronto mándese mudar, si no quiere que le tire por la ventana! ¡Hombre, al demonio se le ocurre tener opinion propia en asunto de tamaña importancia! ¡Oh! yo haré que se me respete, y que en el partido no haya divisiones: ¡la subordinacion lo primero! Y ahora sigamos discutiendo libremente los proyectos de que tratábamos. Vamos, den ustedes su opinion—terminó diciendo el Gran Mariscal, dirigiéndose á los asistentes, que movieron afirmativamente la cabeza por lo que pudiera tronar, pensando con cierta relativa zozobra en el compañero expulsado, que en aquel momento cruzaba salones, patios y zaguanes arrastrado violentamente por el negrazo, y con un miedo que parecian dos, haciendo voto de quemar hasta el último libro de economía política y aprenderse de memoria la hoja de servicio del Gran Mariscal si salia completo de tamaña tribulacion, que de tal modo le tenia que no se le pegaba la camisa al cuerpo; pero, por fortuna, sus negros presentimientos no se realizaban, y bien pronto se encontró en la calle despues de recibir un empujon de primer órden (esto segun confesion del interesado, aunque hay quien dice que fué algo más), cerrándose detrás de él la pequeña puerta de servicio por donde habia sido arrojado á la calle el notable financiero.

—¡Hace falta un Bruto! — exclamó Escamas, mirando hácia las ventanas del palacio, y alzando la mano en ademan de tímida amenaza, pues no estaba todavía muy tranquilo — Sí, hace falta un Bruto — repitió — Y lo que es brutos, no faltan — terminó diciendo, al mismo tiempo que echaba á andar en direccion á su casa, la que abandonó pocas horas despues para marcharse á la otra orilla, en donde se encontraba fuera del alcance de la guardia negra del Gran Mariscal.

La leve oposicion de Escamas habia sido el único pequeño punto negro que se habia presentado en los proyectos que preocupaban á Mínimo en el momento de regresar de su estancia del Carmesí; además, tenia otra idea fija: la posesion de Ester, cuya peregrina imágen no se borraba de su imaginacion, imágen que si no hubiera ido sumido en sus reflexiones al regresar de la estancia, hubiera podido ver, aunque sólo un instante, detrás de las vidrieras de un balcon, en una de las quintas del paseo de las Duranas.

Pero si él no se fijó en la hija de Mendieta, en cambio la vió perfectamente Blas Leonidas, que iba con el Gran Mariscal, y aquella misma noche conocia don Adrian Leví el sitio donde se encontraba la hermosa jóven, noticia que causó una inmensa satisfaccion al usurero, que contaba con que el Gran Mariscal recompensara largamente sus innobles servicios.

Pocos momentos despues de saber Leví el sitio dónde se encontraba Ester, el comisario don Pancho llegaba á la quinta de don Adrian llamado por éste, que

queria ponerse de acuerdo con su infame cómplice para conseguir apoderarse de la jóven.

Largo rato hablaron el comisario y el usurero, quedando convenidos en que el primero explorara el terreno, y formara un plan para llevar á feliz término la inícua empresa de apoderarse de Ester.

— Amigo Pancho — le dijo Leví al comisario — es menester salir airoso en este asunto, sé que eres hombre listo, y espero que saldremos bien de esta empresa. No te detengas por nada, que ocurra lo que ocurra, aquí estoy yo, que, aparte de todo, ya sabes que sé apreciar un servicio.

— No tenga usted cuidado, señor Leví — respondió el comisario, al mismo tiempo que se despedia del usurero — la muchacha la sacaré de la quinta sea como sea. Le prometo á usted que saldremos adelante en la empresa.

— Eso quiero — contestó Leví.

— Duerma usted tranquilo, que la muchacha esa corre de mi cuenta — respondió el comisario, alejándose despues de la quinta de don Adrian.

CAPITULO LV

El comisario don Pancho se pone en campaña

Derechos á la Cárcel del Crímen fueron llevados Ricardo y el capitan, é incomunicados incontinenti, sin duda con el objeto de que no pudieran referir á nadie sus desventuras, que no eran pocas, en tanto que algun leguleyo improvisado emprendia la árdua tarea de buscar en el código un artículo por el que se pudiera meter en la cárcel sin más ni más á los hombres honrados por el solo delito de serlo. Cosa no imposible por aquel entónces, en que todo andaba al revés, y tan pronto se declaraba á los ciudadanos traidores á la pátria por la cosa más pequeña que desagradara al amo, como se les consideraba beneméritos y se les concedia el título de grandes patricios.

Ricardo Sasturen fué encerrado en un fuerte calabozo lo mismo que su amigo, solamente que, miéntras el primero caía en un profundo abatamiento, y

perdia toda esperanza de poder contrarestar á la fatalidad que parecia perseguirle con implacable saña, el segundo se disponia á luchar contra la mala suerte, á la que empezó por ponerle un semblante feroz, concluyendo por desarrugarse un tanto su entrecejo al cabo de estar algunas horas en la estrecha habitacion que le servia de cárcel.

— Ni estaqueado, ni frito, ni cocido, ni carneado, pagaba ese tunante de don Adrian la mala partida que nos ha jugado á Ricardo y á mí, porque es seguro que ha sido él quien ha hecho que nos prendan y nos encierren, por temor á que le cumpliéramos nuestra promesa: no me queda ninguna duda — decia el capitan para sí, al mismo tiempo que se paseaba por la celda, parándose de cuando en cuando y gesticulando de un modo que indicaba claramente que su imaginacion no se hallaba ni un momento en reposo. — ¡ Pobre Ricardo ! ¡ cómo padecerá al ver que todos son obstáculos en su camino ! Seguramente que se encontrará triste y abatido — continuó pensando el capitan, sin dejar de pasearse por su prision, y la verdad es que lo que nos ocurre á nosotros no le ocurre á nadie, pues hemos llegado al último extremo de las arbitrariedades.... Sí, es verdad; pero esa no es razon para que yo me esté con los brazos cruzados; nó, de ningun modo. Me han incomunicado, es verdad, pero yo trataré de desincomunicarme sea como sea, pues si no doy acuerdo de mi persona, nos vamos á secar aquí Ricardo y yo, en compañía de todas las notabilidades criminales que tenemos por ve-

cinas.... No hay remedio, es necesario que yo avise al coronel don Mauricio, que desde ayer se encuentra en Montevideo: estoy seguro que él me sacará de aquí. Sí, sí, es absolutamente necesario.

Despues, el valiente jóven se asomó á una pequeña reja que tenia la puerta de la celda, por cuya rejilla se veían pasear por el patio á los demás presos. El oficial pareció reflexionar un momento; despues abrió su cartera, arrancó una hoja del librito de apuntes y escribió en él algunas palabras; enseguida sacó una moneda del bolsillo de su chaleco, y papel y moneda fueron envueltos en otro papel. Luego el pequeño paquetito fué lanzado con destreza suma por la rejilla, yendo á caer enmedio de un grupo de presos. Estos, aunque sorprendidos al ver caer del cielo aquel papel, no hicieron el más pequeño movimiento de sorpresa, inclinándose uno de los detenidos y recogiéndolo del suelo con la mayor naturalidad del mundo. Un instante más tarde el papelito era entregado por el preso á un hombre que habia ido á visitarle, á través de la reja que separaba los libres de los encarcelados.

Aquella misma tarde el coronel don Mauricio tenia en su poder el papelito, en el que se indicaba que el bravo coronel entregaría al portador del mismo, dos libras esterlinas, cosa que el buen militar cumplió religiosamente, con gran satisfaccion del dador de la misiva.

Ignoramos qué decia el papel escrito por el capi
y dirijido á su jefe; pero es el caso que éste l

dos ó tres veces, y despues de soltar un par de interjecciones, si poco cultas, por demás enérgicas, ajustóse la casaca, tomó el kepis, y se lanzó á la calle, al mismo tiempo que murmuraba:

—¡Pobre capitan Teodoro! es menester conseguir que le pongan en libertad. Sí, ahora mismo me voy al Ministerio, y si no consigo allí órden para que lo dejen libre, me voy á ver al Presidente, y malo será que no consiga mi propósito.

El coronel, despues de pronunciar entre dientes las anteriores palabras, encaminó sus pasos al Ministerio, en donde esperaba conseguir la libertad de su querido subordinado, penetrando en las oficinas no sin cierto disgusto, pues la atmósfera que en ellas se respiraba, llena de intrigas y de favoritismo, era casi casi irrespirable para un hombre como el coronel don Mauricio, que jamás habia empleado la adulacion para conseguir un grado ó una distincion, pues, segun él decia, en la carrera militar no debian ser premiados más que el valor y la subordinacion, y de ningun modo repartirse grados y empleos por la intriga ó el capricho. Cándida inocencia, que habia dado por resultado el que fuera tan solo coronel en vez de ser general como lo eran otros, soldados bisoños cuando él ya estaba cansado de oir silbar las balas y de llevar las insignias de coronel en su casaca.

Entretanto que don Mauricio se disponia á interceder por el capitan, el comisario don Pancho se preparaba á reconocer el terreno que debia ser campo de sus operaciones.

Ayudado por dos antiguos sargentos de policia, echados del cuerpo por sus atrocidades y desafueros, á quienes recomendó el mayor cuidado y actividad, pronto reunió todos los datos que le eran necesarios para formar su plan de ataque.

Sus agentes que, vestidos de paisanos, habian conseguido penetrar en la quinta de Juan Valdéz, le habian facilitado noticias preciosas acerca de la topografía de la casa y de las costumbres de sus habitantes.

— La casa no es ningun castillo, y la vida que hacen sus moradores no puede ser más sencilla — le habia dicho uno de sus hombres. — Se entra en el zaguan, á la derecha hay dos habitaciones; la primera es una salita, la segunda es el dormitorio de una jóven que se llama Mariana, segun me han dicho en la pulperia de la esquina, pero que su familia la da el nombre de Ester; es una muchacha bonita como un sol, y con unos ojos...

— Adelante — murmuró el comisario, que queria conocer cuanto ántes las facilidades y obstáculos con que habia que contar ó vencer para robar á la jóven.

— Bueno, continúo — añadió el ex-sargento — como decia, á la derecha está el dormitorio de esa jóven; á la izquierda hay tres aposentos, el primero sirve de comedor, el segundo de dormitorio á una señora que se llama doña Luisa, y en el último duermen las hijas de ésta, dos jóvenes muy guapas, que se llaman Elvira y Magdalena — concluyó diciendo el agente.

— ¿Y no hay ningun hombre en la quinta? — preguntó el comisario con cierta alegria, al figurarse que

sólo tenia que haberselas con mujeres, entre las que el digno funcionario público siempre habia sido un valiente.

— ¡Oh! no señor — contestó el interpelado — hay hombres tambien. En primer lugar el patron, que no sé qué parentesco pueda tener con doña Luisa, que es hombre que debe tener buenos puños, el cual ocupa dos habitaciones de altos que tiene la casa.

— ¡Ah!

— Además, hay una cocinera, una chiquilina hija de la cocinera, y el marido de ésta, que es el jardinero — añadió el otro hombre, que hasta entónces habia permanecido silencioso.

— Mucha gente es esa — respondió don Pancho, que habia ido torciendo el gesto á cada nuevo individuo que añadían sus subordinados á la lista de los habitantes de la quinta.

— El jardinero y su familia habitan unas piezas que hay en el fondo del jardin — contestó uno de los ex-sargentos.

— ¿Y cómo se llama el patron, ese hombre que vive en las habitaciones de arriba?

— El patron, que segun dicen en la pulperia es el padre de la jóven Elvira, aunque á mí me parece que ni siquiera son parientes, es un antiguo conductor de ganados que se llama Juan Valdéz.

— ¿Juan Valdéz? — murmuró el comisario, para el que aquel nombre no era desconocido del todo, pero que en aquel instante no se daba exacta cuenta de quién era el que lo llevaba, ni dónde lo había conocido ú oído pronunciar su nombre.

—Sí, señor; Juan Valdez—respondió el sargento.

—¿Y no hay nadie más en la quinta?

—Nó señor, y sí señor;—contestó uno de los interpelados.

—¿Cómo que sí y que nó?—preguntó el comisario con extrañeza.

—Digo que sí y que nó, porque el otro habitante no es una persona sinó un perro de Terranova, que de pié pasa de la talla y con unos dientes y unos colmillos que cuando los enseña parece un tigre.

—¿Un perro?—murmuró el comisario estremeciéndose ligeramente.

—Sí, señor, un magnífico perro, con unos ojos que parecen de persona,—contestó el otro agente.

—Pero que debe ser mal enemigo.

—Yo, por mi parte, preferiria pelear con dos hombres, á tener que habérmelas con ese animalito—añadió el que había hablado primero.

—¡Mucha gente hay, y ese perro no me gusta mucho—murmuró el comisario, como hablando consigo mismo.

—Afortunadamente, el perrazo nó es temible en cierto modo, porque segun creo duerme encerrado arriba con el patrón,—dijo uno de los dos hombres.

—¿Con Juan Valdéz?

—Sí, señor.

—¿Y cómo se sabe eso?

—Porque hablando con la chiquilina del jardinero una de las veces que fuí á la quinta, me contó que el perro dormía siempre tendido delante de la puerta del cuarto del patrón.

—¿Y cuáles son las costumbres de los habitantes de la quinta?—preguntó el comisario.

—Las costumbres no pueden ser más sencillas; se levantan al amanecer, y á las diez de la noche todos duermen como benditos,—contestó uno de los interpelados.

El comisario pareció reflexionar un momento; después alzó la cabeza y murmuró dirigiéndose á sus agentes, hombres en las que tenia la más absoluta confianza y que se hallaban en cuestion de honradez y conciencia á la misma altura que él.

—¿Supongo que se puede contar con ustedes?

—Señor comisario, cuente usted conmigo para todo lo que guste, tanto para un servicio oficial, cuanto para servirle á usted en cualquier cosa—respondió uno de ellos.

—Lo mismo digo, señor don Pancho—añadió el otro.—Diga usted lo que hay que hacer, y se hará.

—Así me gusta á mí la gente, y quedo contento de ustedes, y tambien lo quedará otra persona por quien vamos á trabajar, que tiene más libras esterlinas guardadas que pejereyes hay en el rio—respondió el comisario.

Después, este último y sus hombres hablaron largo rato, concertando el plan que debían seguir para apoderarse de la jóven, á la que debían arre-

batar por fuerza de la morada de Juan Valdéz, pues por medio de la astucia no veían posibilidad de conseguirlo.

Un obstáculo grande encontraron, y era la presencia del conductor de ganados, que sin duda alguna acudiría en socorro de la jóven.

— Buscaré un medio para alejarle de la quinta — murmuró el comisario al despedir á los dos antiguos sargentos de policia, que saludaron á su jefe, del que habían recibido instrucciones, y se alejaron, dejando á don Pancho que concluyera de madurar el plan que tenía entre manos y de cuyo resultado favorable esperaba don Adrian Leví soberbios resultados.

CAPITULO LVI

Juan Valdéz encuentra nuevas dificultades

Miéntras que tenian lugar las escenas anteriormente descritas, en la quinta ocupada por Juan Valdéz y su familia se deslizaba el tiempo en una tranquilidad relativa; y decimos relativa, porque si bien reinaba exteriormente la calma, y Elvira y Magdalena, exentas de penas y dolores, se entregaban á los ensueños de sus primeros años, en cambio Juan Valdéz, doña Luisa y Ester, eran presas del desaliento y la desesperacion.

El bueno del conductor de ganados, que como sabemos se habia propuesto vengar al dueño de su fiel Ombú, muerto traidoramente cerca de la frontera del Brasil, habia sufrido una terrible decepcion al dar los primeros pasos para realizar su propósito.

Con toda la buena fé del mundo, se dirigió Valdéz á uno de los altos funcionarios de la magistratura, con la esperanza de que desde luego la justicia le

prestaría todo su apoyo, pues segun suponía (y no hubiera ido descaminado en otras circunstancias que no hubieran sido aquellas en que todo andaba al revés) la justicia y las leyes se habian hecho para perseguir delincuentes y descubrirlos, por mucho que se ocultaran. Pero grande fué su sorpresa cuando se encontró con que nadie le hacía caso, y hasta se reían casi casi en sus barbas; y efectivamente no era para ménos la pretension de Juan Valdéz, de querer que se descubriera á los asesinos de un infeliz que no había dejado ninguna herencia que pudiera devorarse y sí sólo un delito que castigar, despues de cinco años de realizado, cuando los que se cometían diariamente y á la luz del dia, quedaban impunes, sin que nadie, por juzgarlo inútil, tuviera la pretension de que se satisfaciera la vindicta pública, tan maltratada por los mismos que debían velar por ella.

— Pero, señor, si la justicia no sirve para castigar á los pillos, y buscarlos hasta debajo de las piedras, ¿para qué sirve la ley, y qué seguridad podemos tener los hombres honrados? — contestó Valdéz, cuando oyó que el magistrado le decía en pocas palabras que querer descubrir á los asesinos del dueño de Ombú era un solemne disparate.

— Mire usted, señor, — le contestó el abogado — las leyes son defectuosas, y el personal de que disponemos es deficiente; además, un crímen cometido, segun usted dice, hace cinco años, es muy difícil de aclarar. Algunos hay que parecen claros como el

agua de aljibe, que se cometen casi ante nuestros ojos, y cuando se trata de juzgar aparecen túrbios como el agua del Santa Lucia; conque, no le digo á usted nada más para que calcule usted si es difícil lo que pretende — contestó el magistrado, al que habia sido recomendado Valdéz por uno de sus amigos.

— Pero señor, eso es muy extraño; la ley no debe tener vuelta de hoja....

— Pues está usted en un error; las leyes tienen vueltas y revueltas, y el que no las conoce, que por lo regular suelen ser los que tienen razon, quedan perdidos en ellas, gracias á los que no la tienen, que las suelen conocer perfectamente — contestó el abogado.

— ¿ Y qué le parece á usted que haga ? — respondió Valdéz, completamente desencantado con las pabras de aquel hombre.

— ¿ Quiere usted seguir mi consejo ?

— ¿ Cuál ?

— Que deje usted enterrado al muerto, que no desentierre usted asuntos viejos de los que no conseguirá usted sacar nada én limpio y sí algunos malos ratos, y en conclusion; que no se vuelva usted á preocupar de semejante cosa, — contestó el magistrado.

— Señor, eso no puede ser : me he propuesto descubrir y hacer castigar á esos canallas, y no me decido á desistir de mi empresa; desciendo de aragoneses y tengo la cabeza dura, — contestó Valdéz.

—Pues pensar en eso y hablar de la mar es una misma cosa.

—No importa; seguiré adelante — murmuró el conductor de ganados.

—Haga usted lo que quiera, pero desde luego le advierto que nada conseguirá; sin embargo, como me ha sido usted recomendado por una persona á la que aprecio mucho, voy á ver si puedo averiguar algo sobre al asunto, aunque lo creo bastante difícil — respondió el abogado.

Juan Valdéz salió de la casa de aquel hombre mustio y lleno de desaliento, pues las palabras que acababa de escuchar le habian hecho un efecto de los más deplorables.

A los pocos dias volvió á ver al magistrado, esperando que quizás hubiera cambiado de modo de pensar, y que lo que ántes habia visto turbio lo viera despues más claro; pero su esperanza se vió totalmente desvanecida.

—Amigo mio: — le dijo el abogado — el asunto de usted cada vez lo veo más oscuro y más difícil de resolver. He visto á una persona que ocupaba un puesto importante en aquella época en el Departamento donde dice usted que se realizó el crímen, y, francamente, si se atiene uno á sus palabras, está usted soñando, pues no ha habido tal asesinato ni cosa que se le parezca.

—¿Que estoy soñando? Y diga usted: ¿Ombú, al que recojí medio muerto de una puñalada cerca del cuerpo del infeliz viajero, será por casualidad algun

fantasma?... Dispénseme usted; pero el que debe estar soñando de seguro, es ese señor con quien usted ha estado hablando — respondió Valdéz un tanto amostazado.

— Ese señor sólo recuerda que hace cinco años, poco más ó ménos en la fecha que usted indica, se suicidó un viajero, un desconocido, á pocos pasos de la frontera del Brasil.

— ¿Que se suicidó un viajero?...

— Exactamente, y tanto es así, que yo mismo he visto el parte en que se daba cuenta del hecho, como de un suicidio y nó como de un asesinato.

— Y diga usted, señor: ¿ usted ha visto que nadie se suicide pegándose una puñalada por la espalda? — contestó Valdéz.

— En eso nada puedo decir á usted. El hecho aparece tal como yo le digo, ni punto más ni punto ménos.

— Pero eso no me satisface; lo que yo he visto no puedo dejar de creerlo, mucho más cuando hasta conservo el pañuelo con que se cubria el rostro uno de los asesinos.

— No le digo á usted que nó; pero nada se puede hacer en ello como usted no se declare parte interesada, por supuesto por su cuenta y riesgo, entablando una demanda en toda forma contra los delincuentes.... — respondió el abogado.

— Pero si no conozco á los asesinos, y justamente la que pretendo es que la justicia los busque y me los haga conocer, ¿ cómo he de entablar demanda contra ellos?

El magistrado se encogió de hombros, y Valdéz salió de la casa completamente desilusionado, y pensando que si malas andaban las cosas por Paysandú no andaban mejor por Montevideo. Nó se crea, sin embargo, que Juan Valdéz renunció á su idea de descubrir á los asesinos del desconocido dueño de Ombú; se habia propuesto descubrirlos, y á todo trance queria conseguir su intento; sólo que, despues de aquella terrible decepcion, se dedicó á discurrir el medio más á propósito para alcanzar algun resultado y salvar todos los obstáculos que pudieran presentarse. Tampoco olvidaba el buen paisano á los hijos de su comadre, por más que tampoco esperaba mucho del éxito de sus gestiones, cuyo primer resultado no habia podido ser más desgraciado.

En cuanto á doña Luisa, aunque tranquila en apariencia, pasaba horas bien amargas al pensar en su esposo y en sus hijos, de los cuales, particularmente de los últimos, no habia recibido más noticias que las que le habia comunicado su compadre.

Respecto á Ester, sólo dirémos que cada dia se consideraba más desgraciada, á pesar de que Juan Valdéz no le habia participado su entrevista con Ricardo, sinó que, por el contrario, habia procurado por medio de una disculpable mentira evitar el que la jóven llegara á conocer la ingratitud de Sasturen, en cuyo amor fundaba la pobre huérfana todas sus esperanzas de futura felicidad.

—Ese jóven Ricardo Sasturen se encuentra en Buenos Aires, y hasta dentro de algun tiempo no re-

gresará á Montevideo; como fué uno de los más comprometidos en la revolucion, teme sin duda ser objeto de alguna venganza — habia dicho Valdéz á su familia, al ser interrogado por ésta acerca de sus gestiones para encontrar á Ricardo, contestacion que fué bien pronto conocida de Ester, que se creyó de buena fé lo dicho por el paisano, deplorando su mala estrella, que por una ú otra causa la alejaba de uno de los pocos séres que la amaban en el mundo, y en el que habia cifrado y cifraba su felicidad. El deseo de volver á ver á su amado Ricardo la habia animado, prestando color á sus mejillas y brillo á sus miradas; pero cuando supo que el jóven estaba ausente y que tardaria probablemente largo tiempo en volverle á ver, sus colores palidecieron y sus miradas perdieron su fulgor, sin que por eso aminorara su belleza.

Se resignó pues á esperar, siendo rodeada de cariñosas atenciones por Valdéz, doña Luisa y sus hijas, á los que amaba con toda su alma, y los que procuraban consolarla en sus instantes de inmensa pena, ó distraerla en los momentos en que los tristes recuerdos de su vida le producian una especie de excitacion terrible, de alucinacion extraña, que asustaba á sus amigas, haciéndola sufrir horriblemente.

Aquellas especies de crísis habian alarmado á doña Luisa, que, en su cariñosa solicitud por la jóven, se decidió á consultar á un médico sobre el particular.

—Señora: eso, sin gran importancia hoy, puede ser muy grave mañana — respondió el doctor.

—¿Grave? —interrogó alarmada doña Luisa.

—Seguramente; si no se procura que tenga una gran tranquilidad, que no sufra ningun disgusto, ninguna sensacion violenta, pudiera suceder muy bien que una sorpresa, una emocion brusca, produjeran una crísis que la hiciera perder la razon —contestó el médico.

—¿Loca? ¿puede volverse loca? —murmuró doña Luisa cada vez más asustada.

—Sí, señora; pero advierta usted que yo no digo ni afirmo que pase, sinó que puede pasar si no se observa el plan que indicaré á usted, en el que entra como base principal una gran tranquilidad y evitarle en todo lo posible cualquiera sensacion violenta, desagradable, que pueda producir una crísis nerviosa, cuyas consecuencias pudieran ser funestas.

Doña Luisa habló luego largo rato con el doctor, volviendo á la quinta, fuertemente preocupada con las palabras del médico, palabras que se guardó muy bien de comunicar á la jóven, que languidecia bajo el triste influjo de sus pesares.

Doña Luisa y sus hijas procuraron seguir al pié de la letra las prescripciones del médico, evitando en lo posible aquellas pequeñas crísis que tan fatales consecuencias podian tener. Un dia, sin embargo, la buena paisana y sus hijas se asustaron, pues la pobre huérfana se sintió acometida por una de aquellos temibles ataques nerviosos: la jóven vió pasar al Gran Mariscal por delante de la quinta, y aunque se retiró rápidamente de detrás de las vidrieras, la impresion

que recibió al volver á ver al causante de todas sus desgracias fué terrible. Afortunadamente, aquel ataque pasó, disipándose de la imaginacion de la pobre jóven las sombras oscuras, los fantasmas sangrientos que forjaba su exaltada fantasía.

La única distraccion, distraccion que en cierto modo le servia de consuelo y en parte ensangrentaba más y más sus heridas, era leer sus pequeñas memorias, que no se habian separado de ella un momento y á las que habia añadido algunas líneas.

Una noche, al siguiente dia de aquel en que hemos visto conferenciar al comisario don Pancho con sus agentes, Ester leía por centésima vez sus pobres apuntes. Eran las once de la noche; Juan Valdéz habia recibido un aviso de la Jefatura Política para que se presentara inmediatamente en ella para un asunto qué no se mencionaba en el oficio, y aunque con gran extrañeza, pues el buen paisano no sabia para que le llamaban, se habia dirigido á Montevideo, puesto que, despues de todo, según decia, como nada malo habia hecho nada tenia que temer.

En cuanto á doña Luisa y á sus hijas, hacía una hora próximamente que se habian retirado á sus habitaciones, y poco menos que dormían tranquilamente.

Ester, en vez de entregarse al descanso, abrió un pequeño secretaire que tenia en su dormitorio; despues sacó de un cajoncito un cuaderno poco voluminoso y se puso á hojearlo con gran atencion; en aquel cuaderno estaban escritas sus memorias.

Durante algunos minutos sus miradas recorrieron con afan aquellas páginas; luego, como siempre que leía aquellas líneas trazadas nerviosamente, ocultó su hermosa cabeza entre las manos y de sus ojos brotaron abundantes lágrimas.

En aquel mismo momento la puerta de la alcoba de Ester que comunicaba con la salita, se abrió sin producir el más pequeño ruido, y un hombre apareció en el umbral; aquel hombre era uno de los dos antiguos sargentos de policia que había buscado el comisario don Pancho, para robar de la quinta de Juan Valdéz á la hija del comandante Mendieta.

CAPITULO LVII

En el que Leví sigue triunfando

Detrás de aquel hombre, con la vista recelosa y el oído atento al más pequeño rumor, apareció el otro ex-sargento, cómplice del infame comisario.

Los dos hombres cruzaron una mirada y avanzaron un paso. Ester continuaba con el peregrino semblante oculto entre las manos, mientras que su pecho se alzaba nerviosamente á impulso de los sollozos.

Pasó un instante; Ester se hallaba colocada de espaldas á la puerta de la salita, y de nada se había apercibido.

Los dos hombrss llegaron á colocarse casi al lado de la huérfana; entonces uno de ellos sacó un largo cuchillo, haciendo una seña á su compañero, que dejaba adivinar claramente el terrible peligro á que se hallaba expuesta la jóven.

De pronto Ester alzó la cabeza, y fijó sus mira-

das en el gran espejo colocado encima del secretaire. Pero al dirijir su vista al limpio cristal vió reflejarse en él las repugnantes fisonomías de los dos hombres, y su rostro palideció, sus ojos se abrieron desmesuradamente, y su lengua se movió sin producir ningun ruido. Despues quiso levantarse, quiso huir, pero aquellos bandidos la sujetaron y la impidieron que hiciera ningun movimiento, al mismo tiempo que uno le decía con voz ronca:

— ¡ Silencio, ó le divido el corazon de una puñalada ! — y al pronunciar estas palabras, el hombre aquel hacía brillar su puñal ante los espantados ojos de Ester.

— Lo más seguro es taparle la cara para que no pueda gritar aunque quiera, — dijo el otro hombre.

— Sí, es verdad, trae el pañuelo — contestó el primero.

Ester quiso resistir; pasado el primer instante de sorpresa, comprendió que aquellos infames querían arrancarla del tranquilo hogar que le servia de asilo.

La pobre huérfana hizo un esfuerzo supremo para desprenderse de las manos de aquellos bandidos, lanzando al mismo tiempo un grito que interrumpió por un momento el silencio de la noche.

Pero aquel esfuerzo fué impotente, y aquel grito fué sofocado bien pronto por los dos hombres que

sujetaron fuertemente á la jóven, cubriendo su boca con un pañuelo de modo que no pudiera articular ningun sonido.

En cuanto á Ester, se agitó un instante esforzándose en vano por sustraerse á la fuerza brutal de aquellos dos bandidos, y al fin perdió el conocimiento.

— Más vale así — murmuró uno de los hombres, al ver que la huérfana se desmayaba — las mugeres son muy alborotadoras y dan mucha guerra; mejor se las entiende uno con un hombre, al que se le da duro y parejo, y en el último caso se le despena y en paz; pero esto de andar con consideraciones me fastidia — terminó diciendo aquel canalla.

— Naturalmente; no la hemos de degollar de oreja á oreja, — contestó el otro; — si la sacan de aquí por su palmito la querrán viva y no para llevarla al Buceo. Estos asuntos son pesados, pero hay que hacerlos así.

En tanto que cruzaban las anteriores palabras, los dos hombres habian cubierto la boca de la jóven con un pañuelo que apénas le permitia la necesaria respiracion, y envolviéndola en un poncho la levantaron y se dispusieron á salir del aposento, al mismo tiempo que arriba, en las habitaciones altas de la casa se oía un aullido prolongado, seguido luego de otros varios.

— ¡Maldito perro! — exclamó uno de los raptores, — ese infame animal es capaz de despertar á las gentes de la casa.

—Sí, es verdad, date prisa; concluyamos —contestó el otro.

En aquel momento, un largo silbido se dejó oir fuera de la casa.

—¡Vamos, salgamos pronto!... el jefe avisa que hay peligro — murmuró uno de los bandidos.

—Es verdad, terminemos — respondió su compañero.

Un momento despues, salian los dos hombres de aquella habitacion llevándose á la pobre huérfana que continuaba desmayada.

Los aullidos, alternados con fuertes ladridos continuaban oyéndose, al mismo tiempo que se sentia un ruido inusitado en el piso superior, un ir y venir de álguien que queria salir á toda costa. El que lanzaba aquellos lastimeros aullidos era Ombú, que corria por las habitaciones de Juan Valdéz y se arrojaba furioso contra la puerta, con los ojos ensangrentados y la boca espumosa.

Los dos hombres cruzaron con su preciosa carga la habitacion inmediata al dormitorio de Ester, salieron rápidamente al zaguan, y se dispusieron á salir al campo; pero en aquel mismo instante un hombre surgió de la sombra y se interpuso entre la puerta y los conductores de la jóven, al mismo tiempo que exclamaba con acento enérgico:

—¡Atrás, bandidos, por aquí no pasa nadie!

Los dos cómplices de don Pancho lanzaron una blasfemia y se detuvieron.

Aquel hombre que se habia cruzado en el camino

de los ràptores de Ester era el jardinero de la quinta que habia oído el grito lanzado por la jóven y los terribles ladridos de Ombú.

—Algo ocurre en la casa,—se dijo el fiel criado, al mismo tiempo que cogía un largo cuchillo y se lanzaba al jardin, en direccion al sitio de donde habia partido el grito.

Como sabemos, el jardinero habia llegado á tiempo de oponerse á la salida de los dos bandidos.

—¡Suelten á la señorita Ester, matreros, pues sinó me parece que alguno va á concluir la noche al otro mundo!—murmuró el criado con acento amenazador avanzando hácia los dos hombres con el puñal levantado.

—Vamos, amigo,—contestó uno de los hombres,—estese tranquilo y no se meta en lo que no le importa.

—¡Hombre, pues tiene gracia! ¿Conque no me importa que asalten ustedes la casa y roben á la señorita Ester?—contestó el jardinero, avanzando otro paso en direccion á los secuestradores, que retrocedieron penetrando de nuevo en el antedormitorio con la pobre huérfana, que les servía de escudo para evitar ser heridos por el valiente criado, que los seguia, dirigiéndoles terribles golpes con su cuchillo, golpes que se detenian en la mitad de su camino, pues sinó hubieran encontrado como punto de llegada el delicado cuerpo de la huérfana, que continuaba sin conocimiento.

Los dos hombres, la jóven y el criado entraron en el pequeño foco de luz formado por el resplandor de la lámpara azulada que pendía del techo del dormitorio de Ester.

Los dos bandidos cruzaron una mirada intranquila; la situacion se hacía difícil; el jardinero tenía todo el aspecto de ser un valiente; ellos eran dos, pero tenían que cuidar de la jóven, que podía volver en sí de un momento á otro, y hacer más crítica la situacion en que se encontraban.

—¡Dejen á la señorita, y largo de aquí, bandidos! —volvió á repetir el jardinero, que continuó avanzando hácia los dos hombres.

Estos se miraron de nuevo, era menester tomar una determinacion; era necesario terminar de un modo ó de otro; ó matar á aquel hombre y saltar por encima de su cadáver, ó abandonar á la jóven y huir antes que los demás habitantes de la casa se despertaran, y les quitaran todas las probabilidadades de salvacion.

—Nosotros no podemos hacer lo que dice, amigo, dijo uno de los hombres, dirijiéndose al jardinero—hemos venido aquí para llevarnos á ésta jóven y nos la llevaremos—concluyó diciendo aquel bandido, que se habia acordado de aquel señor de que había hablado el comisario, que tenía más libras esterlinas que pejereyes había en el río.

—Sí, pues toma, canalla,—respondió el jardinero, que era hombre valiente y manejaba el cuchillo como el primero, al mismo tiempo que daba un salto, y

hácia brillar su cuchillo ante los ojos del que habia hablado en uno de cuyos brazos fué á clavarse la acerada hoja.

Al sentirse herido aquel bandido lanzó un juramento, soltó á Ester, sacó un ancho cuchillo, y se lanzó sobre el jardinero, al mismo tiempo que exclamaba lleno ira:

—Me has madrugado, y yo voy á matarte para que no te metas donde no te llaman.

Pero el criado, que se habia colocado en el centro de la puerta que daba paso de la antesalita al zaguan, se volvió tranquilamente, esperando á que su adversario se le acercara, al mismo tiempo que le decia:

—Máteme no mas, amigo, máteme si puede. ¿Se figuraba que todo era robar mujeres? ¡Atados y para la cárcel van á salir de aquí, matreros!

—¡Eso lo lo veremos,—bramó el ex-sargento, que inútilmente pretendia herir á su contrario.

En cuanto al otro hombre, miraba con intranquilos ojos aquella lucha, en la que su compañero llevaba la peor parte.

Pasó un instante, el cuchillo del jardinero volvió á encontrar la carne de su enemigo que lanzó otra imprecacion. Entonces el otro bandido abandonó sobre un pequeño divan á la jóven, que continuaba sin conocimiento, sacó un cuchillo y se lanzó en socorro de su compañero; ya era tiempo, pues éste miraba á su alrededor con ojos espantados buscando un sitio por donde poder escapar.

—Ahora sí que te vamos á hacer bailar si no nos dejas el paso franco, —exclamó el nuevo contrario del criado, al mismo tiempo que le tiraba una terrible puñalada, que el jardinero evitó, yéndose á clavar el cuchillo con fuerza extraordinaria en la madera de la puerta y rompiéndose la hoja en dos pedazos.

El jardinero lanzó un grito de triunfo y los dos bandidos una exclamacion de rabia.

Comprendian que estaban perdidos.

—Vamos, —dijo el criado, dirigiéndose al herido —suelte ese cuchillo, si es que no quiere que le abra algun otro ojal en el pellejo, y dispónganse los dos á que los lleven presos á Montevideo en cuanto sea de dia.

Los dos bandidos se miraron de nuevo.

—Déjenos marchar; no nos llevamos á la muchacha ¿qué más quiere?

—¿Qué mas quiero? poca cosa, que los metan en la cárcel y....

El jardinero no terminó su frase, pero abrió desmesuradamente los ojos, lanzó un gemido y cayó pesadamente al suelo.

Detras del valiente criado, apareció la fementida figura del comisario, en cuya mano se veia un cuchillo ensangrentado, con el que acababa de herir traidoramente al fiel criado.

Un momento despues, se alejaba velozmente de la quinta un coche tirado por dos magníficos caballos de raza; en el pescante iban los dos cómplices de don Pancho; dentro iba Ester, que aun no habia vuelto en sí, acompañada del infame comisario.

El coche avanzó rápidamente en direccion á la estancia del Carmesí. Don Adrian habia triunfado.

La infeliz Ester se encontraba de nuevo en poder del Gran Mariscal.

CAPITULO LVIII

Siluetas

En la tarde del dia siguiente á aquel en que la hija de Mendieta fué robada de la quinta de Juan Valdéz, se hallaba el Gran Mariscal en su palacete, departiendo con unos cuantos de sus íntimos amigos, con los que se entretenia en despellejar á los ausentes, ocupacion á que solia dedicarse en sus ratos de expansion, y que las víctimas le perdonaban de la mejor gana del mundo, tanto más cuanto que á su vez al dia siguiente solian tomar su revancha. Entre los asistentes se encontraba un tal Julian de Escosia, hijo de la hermosa Italia, adulador sempiterno y especie de bravo con levita, de oficio desconocido, aunque se daba cierto aire de periodista trasnochado, al que el Gran Mariscal dispensaba su alta proteccion, y á quien el compatriota del Dante era el más esforzado paladin, y á cuya defensa salia, retando á singular combate á pié ó á caballo á todo malandrin, follón ó mal nacido

que se atreva á mirar de través á su augusto amigo, que le llenaba los bolsillos de hermosas libras esterlinas en agradecimiento de sus altos servicios, que rara vez tenian un fin cruento, porque todos le miraban con el más solemne desprecio; pues le tenian (y no iban descaminados) por un matachin vulgar indigno de cruzar su hierro con ninguna persona que en algo apreciara su decoro. Era otro de los concurrentes á la cámara del Gran Mariscal un distinguido oficial del ejército que, aunque la adulacion no era su fuerte y solia estar muy á menudo en desacuerdo con su jefe, el cargo que ocupaba le obligaba casi constantemente á estar cerca del ilustre Mínimo Santero.

Dicho oficial era un buen militar, valiente y sensato, que deploraba muy á menudo los excesos del Gran Patricio; era una buena persona que sólo tenia una debilidad: una aficion decidida á la fotografía, á la que se dedicaba con verdadero entusiasmo digno de más alta empresa, llegando su ardor artístico hasta el punto de retratar en detalle y en conjunto á todo el cuerpo que mandaba; reproduciendo la figura de sus subordinados en toda clase de trajes y actitudes, empezando por el traje de campaña y concluyendo (segun decian malas lenguas) por el de nuestro padre Adan ántes de tener vergüenza, es decir, antes de comer la malhadada fruta que con intencion aviesa le regalara su consorte; por lo cual queda dicho, que la naturalidad, realidad y frescura de los retratos eran de lo más notable, formando una

curiosa coleccion fotográfica tan buena como poco decente, á ser cierto lo que se murmuraba, que si bien honraba al artista por lo exquisito de la reproduccion, en cambio era poco digno para el fotógrafo y para los fotografiados, que, según decian, aparecian en las brillantes tarjetas en las posiciones más bizarras que pudo soñar jamás la fantasía. Aparte de esa monomanía un tanto infantil, nada de particular podía decirse de don Diego Ponce, que Ponce y Diego se llamaba el buen militar. Entre los demás individuos que formaban el pequeño comité se encontraba tambien un antiguo pulpero, proveedor del Gran Mariscal cuando éste era subalterno y andaba á salto de mata, temiendo á los sábados, dia de las brujas y de los *ingleses*, más que á las balas; y eso que á éstas les tenia un miedo cerval.

Dicho pulpero se vió convertido luego en gran propietario de la noche á la mañana, gracias á su antiguo y agradecido marchante, que le pagó de un golpe todos los atrasos, y le concedió contratas, y le regaló terrenos, é hizo descender el maná sobre su cabeza; pues el Gran Mariscal era hombre agradecido y amigo de sus amigos, á los que agasajaba y hacía subir como la espuma, á costa del país por supuesto, por ser lo más económico, y porque el país pagaba y callaba con santa resignacion.

En cuanto á Firlipin, que éste era el nombre del ex-pulpero, era un buen muchacho, genovés ó siciliano, que tenia un semblante bonachon y una eterna sonrisa en los labios, que demostraba á las claras su

constante regocijo al verse nadando en el Pactolo en que su elevado amigo le había arrojado de cabeza.

Hallábase tambien presente Perico Camaleon, que solía hablar poco y reirse mucho de lo que hablaban los amigos de su amo, algunos de los cuales conservaban el pelo de la dehesa, aunque un poco dorado y embellecido con los resplandores de la fortuna. Además, de cuando en cuando asomaba la cabeza por la puerta de la antecámara el ilustre personaje don Pedro Bailen, padre de Periquito, al que ya hemos tenido el disgusto de presentar á nuestros lectores, cuyo don Pedro desempeñaba á diario el oficio de portero, cosa que si por su posicion no era lo más á propósito por la persona, le cuadraba perfectamente y hasta era cargo demasiado alto é inmerecido.

Asomaba, pues, la cabeza de cuando en cuando el padre de Periquito, con el imprescindible mate en la mano, mate que casi nunca le abandonaba en sus largas horas de guardia, recibiendo de su amo una granizada de chocarrerías, cada vez que aparecia por la entreabierta puerta su semblante repulsivo de indio bravo, contestando con algun chiste grosero, si el jefe estaba de buen humor, ó callándose como un muerto si comprendía que no estaba para tafetanes la Magdalena, desapareciendo entónces torciendo el gesto, y mirando de reojo, con una mirada de asesino y traidor que embellecía su semblante á fuerza de llegar al máximum de la fealdad.

En el momento en que volvemos á encontrar al

Gran Mariscal, Camaleon hablaba cerca de una ventana con Firlipin, al que no sabemos si deberia alguna cuenta de la época en que él se hallaba comprendido en la ley de vagos, y Julian de Escosia departía con uno de los más desilustrados representantes de la nacion, al que quería seducir (con buen fin por supuesto) para que le ayudara á conseguir una canongía, y no de ninguna catedral, pues el señor de Escosia era libre pensador, y no entendia de iglesias, mezquitas ni sinagogas, y sí tan sólo de fintas, tajos, reveses y estocadas; canongía que consistía en cierto puesto casi diplomático, á algunos centenares de leguas de su segunda pátria, de la que queria alejarse, pues conocia que ya le habían conocido, y que sobraba uno, y ese era él, rechazado por la sociedad de las personas honradas.

El Gran Mariscal hacía uso de la palabra:

— Desengáñense, señores — decia el ilustre patricio, al mismo tiempo que tomaba un mate con bombilla de oro, que le presentaba un negro, más oscuro que el porvenir de los orientales bajo el mando de Mínimo — ese Castillos no sirve para nada; donde pone la mano....

— ¡Se lleva hasta el sitio! — exclamó uno de los amigos del aludido, que conocía la proverbial aficion á la propiedad de los demás, del individuo de que se hablaba.

— ¡Vamos, no embromes! — contestó sonriendo el ilustre Mínimo, despues que se calmaron las risas producidas por las palabras del amigo de Casto —

decía que donde pone la mano resulta un lío; no tiene tacto ninguno, y si no fuera por mí, que tengo un gran golpe de vista, y que soy algo diplomático....

— ¿Algo diplomático, dice usted Gran Mariscal? ¡Oh! no sea usted tan modesto: ¡es usted un Bismark americano! Si no hubiera sido por usted ¡cuántas complicaciones no hubiéramos tenido! — respondió uno de los concurrentes, hombre sábio segun él y la familia, que se dedicaba en aquel momento al estudio de la ortografía y de la historia antigua — es usted un Maquiavelo, un Cavour.... — terminó diciendo el sábio, al mismo tiempo que Camaleon tosía y se volvia de espalda.

— Hombre, no tanto, no tanto; un poco de penetracion y nada más — respondió Mínimo, visiblemente halagado con las palabras de su comensal.

— ¡Oh! bastantes pruebas tiene usted dadas de su tacto: ¿quién sinó usted hubiera realizado los altos hechos, las admirables combinaciones diplomáticas que usted ha llevado á cabo?

— ¡Oh!

— ¿Cuántos conflictos no ha conjurado usted con la magia de su talento? — añadió el amigo de Mínimo, que era escuchado con atencion por los demás concurrentes.

— Hay hombres que valen más que yo.... — contestó con fingida modestia el Gran Mariscal.

— ¡Imposible, imposible! — contestaron en coro todos los concurrentes.

—¡Con qué habilidad, con qué energía, con que entereza, defendió usted los derechos del país en aquella maldita cuestion de los napolitanos!... Aún recuerdo las palabras de usted—murmuró el que primero había hablado.

—¿Mis palabras?—respondió Mínimo sorprendido, pues maldito si recordaba haber dicho nada de provecho en aquel asunto.

—Sí, sus palabras; aquellas de ¡si quieren guerra esos *bachichas* la habrá! Iré á la guerra y....

—Y volveré con el pavés ó sobre el pavés—murmuró Camaleon, que estaba de buen humor como su amo, y era, como ya hemos dicho en otra ocasion, un tanto socarrón y maldiciente.

—Sí, ya recuerdo, ya recuerdo—respondió Mínimo, que no estaba muy seguro de si habia ó nó pronunciado tales palabras en algun arranque de entusiasmo bélico.

—¡Qué leccion, Gran Mariscal, qué leccion! ¡con qué energía se concedió todo el dinero que pedían por los huesos quebrantados de aquellos atorrantes!... ¡Oh! estuvo usted á una gran altura.

—Sí, sí, es posible; yo tengo algo aquí,—contestó el Gran Mariscal y señalando con la mano la parte superior de su cabeza;—pero lo que es Casto no entiende una palabra, es un niño grande. Hay que enviarlo al Paraguay.

—¡Oh! allí andan tan alcanzados, que el pobre se va á desesperar.

—Yo le enviaría á Italia; pero como le tiene

tanto cariño á ese país me temo que no vuelva — añadió Mínimo.

— Aunque no vuelva, poco se pierde — respondió el interlocutor de Julian de Escosia.

— Como pérdida no sería mucha, porque es un bobo que ya me cansa; me tiene enojado con sus zonzeras....

— Decididamente, *cueste lleneral* se pone más buen mozo cuando se *enoca* — murmuró una voz melodiosa á la espalda del general, voz que pertenecia á un nuevo personaje que acababa de llegar, y que no era otro que el gran diplomático Celso Castillos de quien tanto se ocupaban el Gran Mariscal y sus amigos, que se volvieron al escuchar las anteriores palabras.

¿Quién era Celso Castillos, que conservaba cierto acento extranjero, resabio de los tiempos en que se educaba en Italia?

¡Oh! don Celso era, á pesar de los mordiscos que pegaban los comensales de Mínimo en su *honorab'e* persona, una gran figura, una temible potencia; representaba casi un Estado independiente dentro del Estado: era jefe de una vasta asociacion, que le habia honrado imprudentemente con el título de gran hermano, y decimos imprudentemente, porque fué tal su ardor por desempeñar su honroso cargo, que casi concluyó por empeñar á sus hermanos, despues de poner á buen recaudo unos veinte ó treinta mil pesos que tenia en caja la sociedad; con la sana intencion, sin duda, de que no los malgastaran sus

sucesores, que de fijo no serían tan honrados ni probos como él, que en cuestiones de dinero sólo necesitaba que le pusieran donde lo hubiera, pues lo demás corria de su cuenta; porque el tal Casto era.... un calculador de primer órden.

Pero no fueron obstáculo sus buenas intenciones para que algunos de sus consócios quisieran despojarle de su alta dignidad, á causa del secuestro de aquellos pesos; gente envidiosa, díscola, mal educada y de mezquino talento, incapáz de llegar al grado de habilidad, sabiduría y ligereza que habia alcanzado el ilustre Casto, la verdad es, que los pesos no parecieron, y él siguió de gran hermano para honra y gloria de la institucion.

— ¡Hola! llega usted á tiempo — respondió Mínimo, que se echó á reir al escuchar las palabras del recien llegado, que como hemos visto no se resentía ni se daba por ofendido de las palabras de su jefe.

— Parece que sí, gran Mariscal; llego á tiempo de defenderme, y me defenderé — respondió Casto, en tono de broma.

— Mala causa tiene usted, — contestó Mínimo.

— ¡ Bah ! no será tan mala — añadió Casto tomando un mate que le ofrecía el negro.

En aquel instante penetró otro personaje en la cámara del Gran Mariscal; el recien llegado era don Blas Leonidas, que había ido al palacio de Mínimo acompañado de don Adrian Leví, que se habia quedado en la antesala.

El Gran Mariscal miró de reojo á Leonidas, á cuyo saludo contestó de mala gana.

Leonidas no hizo caso del despego con que le recibia su ilustre amigo, y fué á sentarse tranquilamente á un extremo del salon.

Pocos momentos despues, fueron desfilando los concurrentes á la cámara de Mínimo, que al fin se quedó solo con Leonidas y Camaleon.

— Estoy muy incomodado contigo, y maldita las ganas que tenia de verte el pelo; ya lo sabe muy bien Camaleon — murmuró el Gran Mariscal cuando se quedó solo con Leonidas y su secretario, dirigiéndose al primero.

— Por eso vengo; y no solamente yo sinó el buen Adrian Leví, que por modestia se ha quedado en la antecámara — respondió Leonidas tranquilamente, como hombre que tiene en su mano el medio de conjurar la tempestad.

— ¡ Vaya un par de piés para un banco ! — contestó Mínimo.

— Y veníamos, Gran Mariscal, á que admitiera usted nuestras disculpas, y á....

— ¿ Y á qué os enviara al Manicomio ?... Eso y mucho más merecerian ustedes. ¡ Haber dejado escapar á la chiquilla aquella !... ¡ Valía un mundo !... ¡Oh! no se parecía á todo ese *ganao* de polleras que llevas á tu casa. ¡ Qué mujer !...

— Señor Mariscal....

— ¡Calla, calla ! y lo siento por vosotros; ya sabes que yo siempre soy agradecido, y ya le habia hablado á Camaleon de unos terrenillos fiscales.... pero ya; ¡ os fumásteis !... No servís para el caso; necesito

gente lista, gente nueva.... ¡Dios de Dios, qué mujer!... Si cada vez que me acuerdo que la dejásteis hacerse humo me dan ganas de enviaros á Leví y á tí al quince de cazadores! — terminó diciendo Mínimo, al mismo tiempo que daba una soberbia puñada sobre la mesa.

— Pues tanto ese pobre de Leví como yo esperamos, Gran Mariscal, que vengan á nuestras manos esas tierras fiscales.

— ¡Eh! ¿qué dices?

—Digo que vengo á participar á usted en mi nombre y en el de ese bueno de don Adrian, que desde anoche espera á usted en la estancia del Carmesí la jóven Ester, que bien á pesar nuestro se escapó de mi casa.

—¿En la estancia del Carmesí? — murmuró con sorpresa el Gran Mariscal, al mismo tiempo que sus ojos se animaban.

— Sí, señor; en la estancia del Carmesí — respondió Leonidas.

— Vaya, vaya, díle á Leví que entre; él y tú valeis un mundo — añadió el ilustre Mínimo, cuya fisonomia habia perdido su expresion adusta al oir las palabras de su interlocutor.

Un instante despues Leví saludaba al Gran Mariscal, que estuvo alegre y decidor.

— Vamos, sois buenos muchachos, y lo de las tierras queda en pié: lo dicho dicho; yo nunca me vuelvo atrás. Tendreis las tierrecillas fiscales, y luego veré yo de que se os compren para construir algun

establecimiento de utilidad pública; algun circo de gallos, por ejemplo — murmuró Mínimo al despedir á aquellos dos repugnantes individuos, que salieron del suntuoso palacete con el semblante radiante de felicidad.

CAPITULO LIX

Planes de Miguel

Dejamos á Miguel en el momento en que se dirigía á Buenos Aires en el pequeño buque fletado por él; buque que cortaba rápidamente las aguas, llevando una gran ventaja en velocidad y tiempo al vapor de la carrera.

El asistente de Leví deseaba llegar cuanto antes á la capital vecina, con el objeto en primer lugar de realizar la órden de pago del usurero contra el Banco Nacional, y despues con el de deshacerse de cualquier modo de la infeliz hermana de Ricardo, por que de ninguna manera quería ponerla en libertad, pues ansiaba tomar una terrible venganza de Sasturen y del capitan, á quienes odiaba de muerte, pues no se borraban de su imaginacion las angustias que había pasado durante el tiempo que había estado prisionero de los dos jóvenes, á los que había visto bajar del vapor y regresar á tierra acompañados del comisario y de los soldados.

—¡Oh!—murmuraba Miguel, paseándose agitado por la estrechísima cámara del vaporcito—me hicieron caer en la emboscada, me han hecho sufrir mil muertes, al pensar que había sido vencido y que estaba mi fortuna y yo á merced de ellos; pero he sido más vivo, y ahora me parece que yo soy el que lleva ganada la partida. Ellos lo han querido, pues sea; sabrán quién es Miguel, que ni olvida ni perdona. Matilde, la hermana del odioso Ricardo, no volverá á ver á su hermano, ni se la entregaré á don Adrian; Dios ó el demonio me auxilien, haciendo que se queden en Montevideo mientras yo cruzo el rio. ¿Por qué los habrán hecho desembarcar? ¡Bah! ¿á mí qué me importa? lo que me interesa es llegar cuanto antes á Buenos Aires, á donde por muy pronto que lleguen ellos, no será por lo menos sinó uno ó dos dias despues que yo, y en ese tiempo ya habré cobrado los ochenta y un mil pesos, habré hecho desaparecer para siempre á la muchacha, y habré puesto tierra por medio para que ni ellos ni la justicia puedan alcanzarme. Y en cuanto á Teresina.... ¡Oh! ésa me estorbará tambien despues que me vea libre y rico, y á mí no me gusta que nadie me estorbe. Despues de todo, lo mismo pesa un muerto que dos—y Miguel hizo una mueca horrible al llegar á este punto de sus reflexiones.

Era bien de noche cuando el vaporcito que conducia á Miguel llegó al puerto de Buenos Aires. ¡Con qué afan esperó el criado de Leví que las sombras se disiparan para saltar en tierra!

Al fin las luces verdes, rojas y blancas de las embarcaciones fueron palideciendo al confundirse con las del nuevo dia, y el paisano sintió con cierto placer que hizo dibujar en sus lábios una sonrisa, que la tierra firme se encontraba bajo sus piés.

Rápidamente recorrió la distancia que le separaba de la inmunda casucha del Paseo de Julio: llegó á la puerta y llamó fuertemente.

Pasó un instante y nadie contestó: Miguel volvió á llamar con más fuerza que la vez primera, al mismo tiempo que un sudor frio inundaba su frente, al pensar si Teresina en la que despues de todo no tenia gran confianza, se habria marchado llevándose á Matilde y el documento firmado por Savelio, impidiendo así su venganza.

Aquella idea era completamente absurda; pero en el estado en que se hallaba Miguel de extremada sobrexcitacion, todo lo encontraba probable y hacedero.

Al fin, despues de llamar por tercera vez, sintiéronse pasos en el interior de la casa, y se abrió la puerta apareciendo Teresina en el umbral.

— ¡ Gracias á Dios que has vuelto ! — murmuró la italiana al ver á Miguel, al mismo tiempo que lanzaba hácia la calle una mirada recelosa.

— ¿ Y la muchacha ? — murmuró el paisano con afán, sin hacer caso de las palabras de Teresa.

— En el altillo encerrada desde que tú te fuiste — contestó la italiana, al mismo tiempo que cerraba cuidadosamente la puerta.

—¿No ha gritado, no ha querido huir?

—Ya lo creo: pero solo el primer dia.

—¡Ah!

—Cuando empezó á chillar, subí y la hice callar bien pronto. Tenia mi cuchillo á mano, y se lo hice ver bien de cerca: si se descuida le hago un barbijo en su carita de rosa, ¡y que no me pinto yo sola para señalarle la cara á la más comadre!—respondió Teresa, acompañando sus palabras con un gesto canallesco.

—¿Y ella?

—Se portó bien: no volvió á decir esta boca es mia; es verdad que no abre la boca ni para comer. Me parece que se ha propuesto mantenerse del aire, porque no quiere probar bocado; cuando subo, me mira, me mira fijamente con aquellos ojazos azules que tiene, y aunque la hable no me contesta. Lo que es menester es quitarse ese estorbo de encima; si ya no hace falta, se la suelta ó....

—¿O qué?

—O se la tira al rio.

—Lo primero, nunca; lo segundo será más fácil —respondió Miguel;—pero no perdamos el tiempo, es menester que lo tengas todo preparado para dejar esta casa y marcharnos muy léjos—continuó diciendo el paisano—los asuntos no han salido mal, pero falta algo para que se terminen á mi gusto, para lo cual es preciso deshacerse de la chiquilla y poner tierra ó mar por medio.

—¡Oh! Sí, vámonos, Miguel; aquí no estoy tran-

quila, ya sabes que soy valiente, pero tengo miedo. El otro dia me asomé á la ventana, y ví pasar á un hombre que me pareció que era Pipo, y si Pipo me encontrara, ten por seguro que me mataria — respondió Teresina, al mismo tiempo que se estremecia involuntariamente.

— Vaya, vaya, no seas zonza; á buen tiempo empiezas á tener miedo.

— Es que Pipo me mata si me encuentra, no lo dudes; por eso me alegro que nos vayamos de aquí. Pero nada me has dicho del asunto que te llevaba á Montevideo. ¿Y aquellos miles de pesos que ibas á buscar? — concluyó diciendo Teresina al mismo tiempo que fijaba en Miguel una mirada interrogadora.

— Aquellos miles de pesos que iba á buscar los encontré y los traigo en el bolsillo. Yo sé hacer bien las cosas. ¡Mira! — murmuró Miguel, al mismo tiempo que arrojaba sobre la mesa los billetes contenidos en su cinturón. — ¡Ahí tienes dinero para hartarte! ¡Qué hermosos billetes!... ¡cuántas cosas se pueden comprar con este dinero — concluyó diciendo el paisano, al mismo tiempo que se sonreia al ver el semblante espantado de la italiana, que habia palidecido de emocion al ver aquella cascada de papelitos de diversos colores.

— ¡Oh! cuánto dinero — murmuró al fin Teresa con voz balbuciente — ahí hay muchos miles de pesos.... ¿cuánto hay?

— En este monton hay veinte mil; pero eso no

es nada — respondió Miguel, fijando en su interlocutora una mirada llena de satisfaccion; — tengo más: ¿vez este papel? — añadió el paisano mostrando á Teresa el cheque contra el Banco Nacional.

— Sí, lo veo: ¿qué significa ese papel? — respondió la italiana.

— Este papel vale ochenta y un mil pesos: ¿lo oyes? ¡ochenta y un mil pesos! — murmuró Miguel con alegria.

— ¡Ochenta y un mil pasos! ¡veinte mil!... — murmuró Teresina con los ojos brillantes por la codicia — ¡ciento un mil pesos!... ¡Oh! cuánta plata — concluyó diciendo Teresa, al mismo tiempo que tocaba los billetes y miraba y remiraba el cheque contra el Banco Nacional.

— Sí, mucha plata; pero mi trabajo me ha costado, y poco ha faltado para que pierda la piel por conseguir esa plata que te alegra los ojos; y aún falta todavía mucho que hacer y no poco peligro que pasar — contestó Miguel con aire preocupado, al mismo tiempo que guardaba de nuevo en el cinto los billetes y el cheque.

— ¿Y qué peligro puede haber? — preguntó Teresina con visible intranquilidad.

— Poca cosa; en primer lugar que me detengan y me quiten toda esta plata; y en segundo, que aparezcan aquí dos hombres á quienes ódio de muerte, y de cuyas manos he conseguido escaparme, y tenga que defender mi vida á puñaladas, lo cual, si nunca es agradable, lo es mucho menos teniendo una forуna en el bolsillo.

— ¿Y qué vamos á hacer?

— Lo primero cobrar esta órden en cuanto sea hora á propósito; y en segundo lugar, dar pasaporte para el otro mundo á la muchacha, y embarcarnos esta misma tarde para Europa. Justamente sale un vapor que va directamente, y en estando allí que nos busquen.

— ¿Y si te prenden y no cobras los ochenta y un mil pesos? — murmuró Teresina con visible inquietud.

— ¡Oh! entónces tú y yo iremos á la cárcel, y despues sabe Dios dónde — respondió Miguel con acento sombrio.

— No, Miguel, nó: á la cárcel nó; ¡ni lo pienses siquiera! — respondió Teresina temblando de miedo.

— Allá veremos. Ten por seguro si acaso que no iré por mi gusto. Pero no lo creo; sin embargo todo puede suceder — contestó el paisano.

Despues siguieron hablando largo rato Teresina y su antiguo amante formando, la primera mil planes para el porvenir.

— Yo siempre te he querido mucho, Miguel, y no quiero separarme de tí, — decía Teresa con zalamería, pensando en la hermosa vida que podía darse con el dinero de su compañero, que le contestaba afirmativamente, miéntras que en su interior formaba el firme propósito de quitarla de enmedio de una buena puñalada, y marcharse solo á donde nadie le conociera, ni pudiera recordarle su pasada historia.

Al fin las agujas del reloj, cuya esfera consultaba

sin cesar Miguel, marcaron las diez: el paisano se levantó y se dispuso á salir.

—¿A dónde vas?—preguntó Teresina.

—Voy á convertir en buenas libras este papelucho—respondió Miguel enseñando la órden de don Adrian.

—¿Y qué hacemos por fin con la muchacha?—murmuró Teresina.

—Cuando vuelva hablaremos; miéntras, prepárate para que nos marchemos esta tarde, contando con que todo salga bien.

Despues Miguel salió de la casa y se dirigió lentamente hácia el Banco Nacional. Al llegar á la puerta del establecimiento bancario, Miguel dudó un momento; despues se encogió de hombros como contestando á una pregunta hecha interiormente, y penetró con resolucion en el Banco.

Hacia poco que se habian abierto las oficinas, y la concurrencia era poco numerosa.

Miguel se dirigió á uno de los empleados y le presentó la órden de Leví. El empleado fijó su vista en el cheque y luego en el portador del mismo, al que examinó de alto abajo.

—¿No está en regla la órden?—preguntó Miguel no sin cierta inquietud, pues no estaba muy tranquilo, temiendo como temia que su antiguo amo le jugara una mala partida.

—¡Oh! perfectamente en regla; son ochenta y un mil pesos uruguayos oro al portador—respondió el empleado, que aunque no le parecía muy tran-

quilizadora la facha y la fisonomía del paisano, no podia hacer ninguna objecion por cuanto el cheque era al portador y la firma de Leví completamente auténtica.

—Entonces....

—Voy á registrar el cheque y enseguida podrá usted pasar á la caja—añadió el interlocutor del paisano, que penetró despues en el interior de las oficinas llevando en la mano el precioso documento.

Miguel apoyó los codos sobre el mostrador y se dispuso á esperar la vuelta del empleado, sin fijarse en dos hombres que esperaban turno para cambiar unos billetes, los cuales habian oido las palabras cambiadas entre Miguel y el empleado, y habian cruzado una mirada murmurando al mismo tiempo algunas frases en italiano, que pasaron desapercibidas para Miguel, cuya atencion se hallaba fija por completo en la puerta por donde habia desaparecido el dependiente del Banco con el cheque firmado por Leví.

Al cabo de algunos minutos volvió á aparecer el empleado.

—¿Está ya corriente?—preguntó Miguel, que deseaba verse en la calle cuanto ántes.

—Sí señor; puede usted pasar á la caja—contestó el interpelado.

Miguel no se hizo repetir la órden, y se dirigió á la caja, donde había varias personas esperando, entre las que se hallaban los dos hombres de que antes nos hemos ocupado, que hablaban en vo

baja señalando con el gesto y la mirada al antiguo asistente de Leví, que esperó con impaciencia que le llegara el turno. Al fin oyó una voz que decía:

—Adrian Leví, ochenta y un mil pesos uruguayos oro.

—Presente, —respondió Miguel avanzando con el semblante radiante de alegria.

Los que esperaban turno miraron con cierta curiosidad á Miguel, y los dos hombres que habian cruzado algunas palabras en italiano cuando Miguel habia entregado el cheque, se miraron de nuevo y uno de ellos murmuró:

—¡Diavolo, Pipo, ochenta y un mil *pesi!*

—Una fortuna que da malas tentaciones—respondió el llamado Pipo.

—Pues mira, si quieres podemos intentar un golpe bueno—contestó el que primero habia hablado.

—¿Que si quiero? eso no se pregunta—respondió Pipo; —pero me parece difícil: no hay tiempo.

—Vaya si hay; oye, oye lo que habla con el cajero, —contestó el interlocutor de Pipo, indicando á su compañero que pusiera atencion á las palabras que cruzaban en aquel momento Miguel y el encargado de la caja.

—¿Es usted el portador de este cheque de Adrian Leví?—habia preguntado el cajero, que aunque tenía la costumbre de fijarse solamente en la firma de los documentos y no en la facha de los portadores de ellos, la de Miguel le habia parecido poco simpática.

—Yo soy—contestó el antiguo asistente del usurero.

—Está bien—respondió el empleado despues de un instante de vacilacion, haciendo un gesto que podia muy bien haberse traducido por estas palabras: —¡á mí qué me importa!

—¿Puedo cobrar?—añadió Miguel.

—Seguramente.

—¿En oro?—continuó diciendo el paisano, cuyo bello ideal aparte de lo que le convenia para sus proyectos, era el verse dueño de una pequeña montaña de libras esterlinas.

—O en papel argentino al tipo de plaza,—contestó el cajero—eso á gusto de usted, pues son ochenta y un mil pesos oro.

—No, nada de papel; oro, libras esterlinas, nada mas que libras—respondió el paisano.

—¿Todo en libras esterlinas?

—Sí señor: ¿hay alguna dificultad?—murmuró Miguel, que se hallaba intranquilo, y creia ver obstáculos por todas partes.

—Dificultad no; pero tendrá usted que esperarse un buen rato, mientras se cuentan, ó volver dentro de dos horas que ya estarán dispuestas para que usted se las lleve—contestó el cajero.

—¿Dos horas?

—Eso es: unas dos horas.

—¿Y podrian ustedes facilitarme un cajon en el que pudiera llevar esos pesos á bordo? Porque yo quiero salir esta misma tarde para Montevideo—dijo Miguel despues de un instante de vacilacion.

—Sí señor; no hay dificultad ninguna, ¿va usted á esperarse?

—No, señor, volveré — respondió Miguel despues de reflexionar un momento.

—Está bien, cuando vuelva usted tendrá preparados los ochenta y un mil pesos — contestó el cajero.

Un momento despues salia Miguel del Banco y se dirigia á la agencia del vapor que debia salir aquella tarde directamente para Europa. Detrás del paisano salieron Pipo y su compañero.

CAPITULO LX

Márcos llega á tiempo

Miéntras que Miguel se ocupaba en el Banco en cobrar los ochenta y un mil pesos, Teresina contaba las horas y los minutos, esperando que volviera el paisano con el dinero, que debia proporcionarle segun sus cálculos una vida de esplendor y derroche, cuya sola idea hacia brillar los ojos de la italiana.

En cuanto á Matilde, al volver en sí la noche en que la casualidad le hizo conocer la infame emboscada de que habia sido víctima, se habia encontrado encerrada en una pequeña habitacion sin más muebles que un catre, una silla rota y una mesa, digna pareja de la silla por lo deteriorada.

La pobre niña miró con espanto á su alrededor, volviendo en seguida á cerrar los ojos; pues le parecia que aquello era un sueño, una terrible pesadilla.

Pero poco á poco volvió á la realidad, y recordó

las palabras pronunciadas per aquel hombre y aquella mujer que la habian sacado de la estancia de Santa Rosa y que se decian amigos de su hermano Ricardo, palabras que habian llegado á sus oidos llenándola de suprema angustia.

— ¡ Oh ! qué desgraciada soy — pensó Matilde, al mismo tiempo que de sus ojos corrian abundantes lágrimas, — ¿ qué suerte me esperará ? ¿ por qué me habrán traido aquí ?... ¿ Y mi hermano ?... ¿ correrá tambien algun peligro ? ¡ Dios mio, Dios mio, amparadme ! — decia Matilde para sí, al mismo tiempo que fijaba su vista en el cielo. Despues miró á su alrededor como para convencerse más y más de que no estaba soñando; pero la realidad se le presentaba en todo su terrible desnudez. Estaba efectivamente prisionera en aquel estrecho cuartucho.

Miró por una pequeña ventana con reja que se veia en una de las paredes de su prision, y sólo vió las desiguales azoteas de las casas vecinas y el sucio patio de aquella en que se hallaba presa. Luego vió pasar á Teresina, que miró hácia el altillo, y al verla le mostró el puño en señal de amenaza. La pobre niña se retiró temblando de la ventana, y fué á dejarse caer sobre el miserable catre que le había servido de lecho.

— ¿ Qué mal les habré hecho yo ? — pensó la pobre niña, que pasó todo aquel dia en la mayor ansiedad.

Por la noche sintió que abrian la puerta, y Teresina apareció llevando un poco de carne, pan y una jarra con agua.

—Ahí tienes comida, muñeca—murmuró la italiana, colocando las provisiones y el farolillo con que se alumbraba, sobre la fementida mesilla.

—¡Oh! yo no quiero comer, señora, yo no tengo ganas; lo que quiero es salir de aquí, ir á reunirme con mi hermano,—murmuró Matilde.

—¿De veras? ¿quieres eso?... Pues mira lo siento, porque esas son cosas que no se venden en la pulpería—respondió Teresa con acento burlón.

—Por favor, señora, ¿qué mal les he hecho yo á ustedes?... ¿por qué me quieren ustedes tener presa?

—Vaya, vaya, es muy tarde para hablar; coma, y calle, que es lo que le tiene más cuenta,—contestó con desabrimiento la antigua amante de Miguel.

—¡Yo no quiero comer, no quiero nada mas que verme libre, sí, yo quiero salir de aquí!—murmuró Matilde con voz entrecortada por los sollozos.

—¿Tú quieres eso? pues mira, yo quiero un milló de pesos, y como sinó me quedo sin ellos, con que tú haces lo mismo, y á callar—contestó Teresina, al mismo tiempo que clavaba en la jóven una mirada amenazadóra.

Despues, aquella infame mujer salió del altillo, cerrando cuidadosamente la puerta detrás de sí.

En cuanto á Matilde, continuó sollozando, sin cuidarse del miserable alimento que le habia llevado la italiana.

Al cabo de una hora volvió á subir Teresina.

—Hola, quieres ayunar,—murmuró al ver intactos

el pan y la carne, — pues haces mal, porque el no comer pone flaca, y á los hombres no les gustan los huesos. Come, come, que sinó no te va á querer ese capitan Teodoro que dicen que es tu novio, caso de que lo vuelvas á ver, que lo dudo mucho — terminó diciendo la italiana con un acento particular que hizo estremecer á la jóven.

— Pero, señora: ¿con qué derecho me tienen ustedes encerrada? ¿por qué no me han de dejar ir en busca de mi hermano? — exclamó Matilde con voz entrecortada por las lágrimas.

— Porque nó, y no hablemos más de eso. Y sinó quieres comer, mejor; con eso evitas indigestiones — respondió Teresina, que despues de murmurar las anteriores palabras, recogió la carne, el pan y el farolillo, y salió de la prision de Matilde, dejando á la pobre niña sumida en tinieblas y entregada á su desesperacion.

Matilde permaneció un momento inmóvil, despues se oprimió la frente con las manos y exclamó con acento desgarrador:

— ¡Esto es horrible, Dios mio, no volver á ver á las personas que uno ama, verse encerrada aquí, en esta estrecha cárcel!... ¡oh! soy muy desgraciada.... Pero no, no puede ser, quiero ser libre, sí, quiero volver á ver á Ricardo, ¡sí, sí, primero morir que vivir de esta manera! gritaré, pediré socorro, me oirán de las casas vecinas y vendrán á libertarme, seguramente que vendrán, — concluyó de decir para sí Matilde, al mismo tiempo que se dirigia resuel-

tamente hácia la pequeña ventana, que abrió rápidamente.

Despues aproximó su hermoso rostro á la reja y gritó con acento desgarrador:

— ¡ Socorro, socorro!

Enseguida escuchó con ansiedad, esperando que álguien acudiera á favorecerla.

Despues sintió que subian precipitadamente la escalera, enseguida la habitacion se iluminó, y la pobre niña fué separada brutalmente de la reja, al mismo tiempo que una voz bien conocida de la jóven, la de Teresina, murmuraba á su oido con acento amenazador :

— ¡Bribona, si sigues gritando te corto el cuello!

La jóven fué á caer de rodillas al otro extremo de la habitacion, fijando sus espantados ojos en la italiana, que clavaba en ella una mirada terrible á la vez que apoyaba un cuchillo sobre su pecho.

Matilde quiso gritar de nuevo, pero su garganta no produjo ningun sonido.

Teresina colocó brutalmente su mano en la boca de la jóven, sobre cuyo delicado cuello apoyó la afilada punta del cuchillo.

— ¡ Calla, maldita, ó te mato! — gruñó la italiana, cuyo semblante habia tomado una expresion aterradora — ¡ calla, ó te hago guardar silencio para siempre !

Matilde, cruzó las manos en ademán de suplica; Teresina retiró el cuchillo.

— Mira, muñeca: si vuelves á escandalizar, ya

sabes lo que te espera; á mí me tiene sin cuidado tu carita de madona, que me parece que voy á adornártela con una cruz que no se te borre miéntras vivas. Ya puedes cerrar el pico, y que te se olvide que sabes hablar; conque, mucho cuidado con despegar los labios. ¿Me entiendes? — y al pronunciar estas palabras, Teresina hacia brillar ante los espantados ojos de la pobre niña la acerada hoja de su cuchillo.

Matilde guardó silencio, temblando de miedo ante aquella mujer que la miraba de un modo que aterraba á la pobre niña.

Desde aquella noche, la hermana de Ricardo Sasturen no volvió á pensar en pedir socorro, pues comprendió que solo Dios podía sacarla de la terrible situacion en que se encontraba.

Matilde sintió correr el tiempo, pensando si la muerte no sería más dulce que aquella miserable existencia á que la condenaban, léjos de los suyos, y encerrada en aquella estrecha cárcel.

Desde aquella noche, temiendo que aquella infame mujer la envenenara, no quiso tomar ningun alimento, contentándose con tomar un poco de agua, que bebia con avidez y que refrescaba sus lábios, abrasados por la fiebre.

En cuanto á Teresina, que de seguro no hubiera titubeado en cumplir su amenaza, subia de cuando en cuando al cuarto de su prisionera, á la que martirizaba con sus burlas, sus amenazas y sus palabras soeces, gozándose en los sufrimientos de la pobre

niña, que no le temía á la muerte, pero que temblaba cada vez que sentía crugir la escalerilla del altillo bajo las pisadas de Teresa.

La infeliz jóven tenia momentos en que creia volverse loca, pues le parecia mentira todo lo que estaba pasando, y torturaba su cerebro para conseguir adivinar el motivo que podia guiar á aquel hombre y á aquella muger para privarla de la libertad. Sobre todo, habia un punto que por más que pensaba no habia podido resolver satisfactoriamente: porqué su hermano Ricardo habia entregado á sus carceleros aquella tarjeta que la habia hecho abandonar la estancia de Santa Rosa y la habia puesto á merced de sus enemigos. Porque ella no abrigaba duda alguna acerca de la autentidad de la letra de su hermano. Aquella tarjeta estaba escrita por él: ¿acaso la habria escrito obligado por alguna terrible amenaza?... ¿estaria tambien prisionero?

Por más que discurria, la jóven no podia contestarse á estas preguntas. ¿Qué misterio encerraba todo aquello?

Y Matilde se oprimia la frente con las manos, como si temiera que su hermosa cabeza fuera á estallar. Tal era la situacion de la jóven en el momento en que Miguel llegó de Montevideo.

Como hemos dicho al principio de este capítulo, Teresina esperaba con impaciencia el regreso de Miguel, deleitándose al pensar en los dias de inverosímil abundancia que le esperaban al lado de su digno amante, del infame asistente de Leví.

Habrian pasado dos horas desde la partida del paisano, cuando Teresa sintió llamar fuertemente á la puerta.

—¡Ya está ahí Miguel! — murmuró la italiana, al mismo tiempo que corria hácia la puerta, la que abrió rápidamente, esperando ver aparecer en el umbral la figura de su amante; pero en vez de encontrarse con éste, se encontró con un desconocido que la miraba con fijeza, al mismo tiempo que murmuraba con acento breve:

—¿Es usted Teresina?

La italiana no contestó, miró de una manera extraña al recien llegado, é intentó cerrar la puerta, pero el desconocido se interpuso.

— Yo no conozco á usted — murmuró Teresa — déjeme cerrar la puerta.

—¿Cerrar la puerta? Perfectamente; no me opongo —contestó el interlocutor de Teresina, que no era otro que Márcos, el valiente asistente del capitan Teodoro.

— Entonces, deje la puerta franca — respondió Teresa, intentando de nuevo cerrar la puerta.

— Tengo que hablar con usted. Vengo de parte de Miguel, y como es cosa importante no me parece conveniente que la tratemos así, en medio de la calle — contestó Márcos.

—¿De Miguel? — murmuró la italiana mirando con sorpresa á su interlocutor.

— Del mismo; por lo cual cierro la puerta para que nadie nos interrumpa.

Y Márcos empujó la puerta violentamente, penetró en el zaguan, cerró tras de sí, y se volvió despues hácia Teresina, á la que las palabras de — vengo de parte de Miguel — habian dejado un momento sorprendida.

— Ahora hablemos, — añadió Márcos mirando fijamente á la italiana.

— ¿Qué quiere usted? ¿qué encargo tiene usted que darme de parte de Miguel?

— Pues sencillamente, que me entregue usted á la jóven que está aquí detenida; á la señorita Matilde Sasturen — contestó tranquilamente Márcos.

— ¿Eh? ¿qué dice usted? ¿qué jóven es esa? Yo no sé de quién me habla usted,—respondió Teresina mirando con inquietud á su interlocutor.

— ¿Conque no sabe usted de quién se trata? ¡qué casualidad! Lo malo es que Miguel, que se encuentra en estos momentos detenido en Montevideo á causa de sus buenas acciones, no solamente me ha dicho que esa jóven se encuentra en su poder, sinó que me ha dado las señas de esta casa, recomendándome que me haga cargo de la señorita Matilde, — terminó diciendo Márcos, al mismo tiempo que intentaba dirigirse al interior de la vivienda. Pero Teresina se interpuso y murmurando con voz destemplada:

— ¡Aquí no hay nadie, ni usted pasa más adelante, porque ésta es mi casa, y aquí está usted demás!

Y Teresina se cruzó de brazos delante de la puerta.

Las palabras del paisano le habian hecho sospechar que aquel hombre era un enemigo. Debia ser, sin duda alguna, uno de los que Miguel consideraba como sus mayores enemigos, ó por lo ménos ir enviado por éstos. Lo que no se explicaba, era el que hablara de que Miguel estaba detenido en Montevideo, cuando, afortunadamente para ella, estaba en Buenos Aires acompañado de una fortuna. En un instante pasaron estos pensamientos por la imaginacion de la italiana, que se dispuso á impedir fieramente que Márcos pasara más adelante.

En cuanto al bravo asistente del capitan, se adelantó tranquilamente hácia Teresina.

—¡He dicho que fuera de aquí!—dijo Teresa con voz irritada—mándese usted mudar sino quiere que pida socorro y....

—¿Y vengan á ayudarme á sacar de aquí á la señorita Matilde? Vamos, déjese usted de zonzeras, y déjeme el paso franco,— respondió Márcos, procurando separar de la puerta á la italiana.

—¡Fuera, fuera de aquí!— repitió Teresa, que á toda costa quería evitar que Márcos viera á Matilde, al mismo tiempo que esperaba con ansiedad que Miguel llegara en su socorro.

—¡Vamos, terminemos!— murmuró Márcos — le he dicho que vengo de parte de Miguel para llevarme á la jóven que tienen ustedes aquí, y hasta pudiera haberle presentado una órden firmada por esa buena persona de Miguel, sinó hubiera sido porque el demonio suele meter la pata y echar las cosas á

perder, y por eso no traigo yo la órden que se me ha quedado olvidada en Montevideo — terminó diciendo Márcos, al mismo tiempo que separaba violentamente á Teresina y penetraba en el reducido patio de la casa.

— ¡ Canalla, bandido, ladron! — aulló la italiana, dando un salto, y colocándose en el principio de la escalera del altillo, al mismo tiempo que un cuchillo brillaba en su mano — ¡ primero te mato que permitir que te lleves á la muchacha! ¿ Te figuras que por que soy una mujer me vas á asustar? Pues nó; tengo tanto corazon como un hombre, y si te acercas te hiero — concluyó diciendo Teresina, cuyo semblante habia tomado una expresion feroz.

— ¡ Hola! ¿ conque esas tenemos, conque compadreas? Pues mira, lo siento por tí, — respondió Márcos, que avanzó resueltamente hácia la escalera, evitó una puñalada que Teresina le dirigia en el paroxismo del furor, no sin que la punta del cuchillo se clavara ligeramente en su pecho, y agarrando á la italiana con violencia por un brazo, la separó rápidamente de la escalera, al mismo tiempo que añadia — eres una bribona que merecias que te estrellara contra las losas del patio. Afortunadamente para tí, yo no peleo con mujeres.

Despues el valiente Márcos subió la escalera, en medio de las imprecaciones de Teresina, llegó á la puerta de la prision de Matilde, descorrió el fuerte pasador que sujetaba la puerta, y al fin penetró en la reducida habitacion donde se encontraba la pobre

jóven. La infeliz Matilde fijó en Márcos sus ojos brillantes por la fiebre, temiendo un nuevo martirio, pues no suponia que aquel hombre fuera enviado por las personas á quienes amaba.

—¿Es usted la señorita doña Matilde Sasturen?— preguntó Márcos á la jóven, al mismo tiempo que lanzaba á su alrededor una investigadora mirada.

— Yo soy Matilde Sasturen — respondió la pobre niña, mirando con curiosidad y un tanto de temor al recien llegado.

— Pues bien: yo soy Márcos, asistente del capitan Teodoro, que vengo de parte del señor Sasturen á librarla de las manos de ese bandido y de esa infame mujer que la tienen á usted prisionera.

Matilde lanzó un grito de alegria; le parecia mentira tanta felicidad. Despues dudó un momento: temia ser víctima de alguna nueva emboscada. Pero Márcos habló, le explicó tan breve y claramente todo, empezando por aclarar el misterio de la tarjeta, que Matilde respiró al fin, dando gracias á Dios porque al cabo se iba á ver libre.

Un momento despues Matilde y Márcos bajaban la escalera del altillo y se dirigian hácia la puerta de salida. Pero la puerta de la calle estaba cerrada con llave, y todos los esfuerzos que hizo el paisano para abrir fueron inútiles.

Entónces Márcos buscó á Teresina para obligarla á que abriera la puerta, pero Teresina no estaba en la casa; Teresina habia desaparecido, dejando encerrados al fiel Márcos y á la encantadora hermana de Sasturen.

—¡Oh! es preciso salir de aquí sea como sea, —murmuraba el bravo paisano, hiriendo el suelo con el pié; esa infame mujer me temo que quiere jugarnos, alguna mala partida, y es necesario que no se salga con su gusto.

CAPITULO LXI

Pipo empieza á saldar cuentas.

Como hemos dicho en uno de los capítulos precedentes, el antiguo asistente de Leví se dirigió á la agencia de vapores al salir del Banco Nacional.

— Decididamente la fortuna me favorece — iba pensando Miguel — contra lo que me esperaba, mi querido patron no me ha jugado ninguna de las suyas. Es verdad que á él más que á mí le conviene no deshacer el trato. ¡Y tanto como le debe convenir, cuando ha soltado los ciento un mil pesotes que dentro de un par de horas he de tener en mi poder, en buenas libras esterlinas la mayor parte! ¡Oh! no se separarán de mí los cajones llenos de oro que me voy á llevar del Banco. ¡En mi camarote y sin perderlos de vista!... Y además, una letra sobre Barcelona, por diez y ocho mil pesos, que tomaré en el Banco de Carabassa: la plata restante, en el tirador para los gastos de viaje. Pero ántes de cobrar los

ochenta y un mil, y de despedirme para siempre de la patria grande y de la patria chica, es menester que salde aquí todas las cuentas. ¡Bah! bien pronto me quedo libre. A la muchacha, que tiene ménos vida que un chingolo, se le retuerce el pescuezo y se la hace perder el mundo de vista. ¡Qué hermosa venganza! Pero queda Teresina, y esa es más dura de pelar; no importa, de un modo ó de otro tambien la haré dormir para siempre. Despues, las dos como buenas amigas irán juntas á sepultarse al aljibe. Sí, sí, eso es; la primera morirá, porque es necesario que me vengue del odioso Ricardo y de su amigo; y la segunda, porque me estorba, y ella se cree que voy á ser tan estúpido que me la lleve al otro lado del mar. ¡Qué esperanza! En saliendo de aquí soy un caballero, y no es cosa de que me lleve á la *China* por compañera.

A este punto llegaba Miguel en sus reflexiones, cuando se encontró en la puerta de la agencia de vapores, en la que entró sin titubear, sin fijarse en dos hombres que le habian seguido á cierta distancia, á los que ya conocemos por haberlos visto en el Banco, del que habian salido siguiendo los pasos del asistente de don Adrian.

—¿A qué vendrá á la agencia nuestro mozo?—preguntó el que anteriormente habia designado á su compañero con el nombre de Pipo.

—Vendrá á tomar pasaje para el otro mundo—respondió Pipo.

—Pues para eso no le hacia falta caminar tanto;

nosotros se lo hubiéramos dado gratis — contestó el que primero había hablado, al mismo tiempo que su rostro tomaba una expresion de terrible amenaza.

— Seguramente, Luiggi; me parece que por tan poco no hemos de dejar escapar los ochenta y un mil pesos que ha de recoger en el Banco, — respondio Pipo, cuyos ojos brillaron animados por la codicia.

— Sí, es cierto; pero ¿ cómo nos vamos á gobernar ?

— Ya veremos; sea como sea, no es cosa de dejar escapar este negocio. Aunque expongamos un poco la piel, me parece que la cosa vale la pena.

— Tengo una idea, — respondió el llamado Luiggi.

— ¿ Cuál ?

— En primer lugar no le perdamos de vista ni un momento, y cuando se dirija al Banco nos acercamos y procuramos trabar conversacion con él; le decimos que nos embarcamos esta tarde para Montevideo, y tratamos de ver si conseguimos ir juntos, despues....

— ¿ Despues qué ?....

— ¡ Bah ! luego, el rio es ancho, las noches no son malas, y quizás podamos hacer de manera que le demos un baño, y entónces....

— No conseguiríamos nada, pues los cajones con la plata no nos los podemos meter en el bolsillo — respondió Pipo.

— Es verdad; ¿ pero, si tuviéramos un mismo camarote, quien nos impediría que despues de echar

al agua al mozo, desembarcásemos tranquilamente los cajones al llegar á Montevideo, como si fueran nuestros? ¿Te crées que nadie se va á figurar lo que contienen? — contestó Luiggi.

— Allá veremos; lo que yo te digo es que á toda costa hemos de apropiarnos esos pesos. Estoy deseando ser persona decente, — murmuró Pipo.

— Lo que es persona decente me parece difícil — respondió Luiggi.

Pipo se disponia á contestar á su compañero, pero en el mismo momento Miguel salia de la agencia de vapores, y los dos hombres se callaron.

El paisano se paró un instante en la puerta de la agencia como dudando hácia qué punto dirigir sus pasos, hasta que al fin echó á andar en direccion al paseo de Julio. El antiguo criado de Leví habia pensado encaminarse primero al Banco, pero luego habia cambiado de modo de pensar, decidiéndose por tomar el camino de su casa, donde pensaba realizar cuanto ántes sus sangrientos planes.

— Sí; primero mi venganza y quitarme estorbos de encima; así luego no tengo que pensar en nada más que en recoger la plata, y con ella marcharme directamente á bordo — murmuró para sí Miguel, al mismo tiempo que recorria tranquilamente la distancia que le separaba de su domicilio, sin reparar en que era seguido por Luiggi y Pipo, que no le habian perdido de vista y espiaban cuidadosamente sus pasos.

Miguel llegó al fin al Paseo de Julio, profunda-

mente preocupado, llegó á la casa, abrió, sacó la llave de la cerradura y entró en el zaguan, disponiéndose á cerrar tras de sí la puerta; pero en aquel mismo instante oyó un pequeño grito á sus espaldas, que le hizo volverse rápidamente y lanzar un grito salvaje de rabia y de sorpresa. Miguel habia visto enfrente de sí, en la puerta que daba para el patio, al asistente del capitan y á la infortunada hermana de Ricardo Sasturen.

Si grande habia sido la sorpresa de Miguel, no fué ménos la de Márcos, que suponía á su enemigo encerrado en la casa del valiente capitan Teodoro.

En cuanto á Matilde, que habia sido quien habia lanzado el pequeño grito oido por Miguel, temblaba convulsivamente, á la vez que se ocultaba detrás del valiente paisano y que fijaba sus espantados ojos en el infame criado de Leví.

Todo esto que acabamos de indicar, habia pasado con la rapidez del pensamiento. Despues del primer instante de sorpresa, Miguel lanzó una blasfemia y con el semblante descompuesto por la cólera, con la pupila ensangrentada, se lanzó hácia Márcos, al mismo tiempo que en su mano brillaba un largo puñal.

Márcos adivinó el movimiento de su enemigo y, ántes que éste se aproximara, extendió su brazo armado de un revólver en direccion de su contrario, á la vez que murmuraba tranquilamente:

— Quieto amigo, sino quiere que le parta la cabeza de un balazo.

Miguel se detuvo; comprendió que la partida era desigual, y que llevaba la peor parte. Despues miró á su alrededor: buscaba á Teresa. ¿ La habrán asesinado? pensó aquel hombre, que se figuraba que todos eran tan canallas como él. Luego fijó una mirada traidora en su enemigo, y murmuró con voz ronca:

— El demonio te trae aquí, y él se ha de llevar á uno de los dos, porque ó tú ó yo estamos demás en el mundo.

— Me parece que tú estás de sobra hace mucho tiempo; los bandidos maldita la falta que hacen — respondió Márcos, adelantando un paso.

— Ya veremos quién está de sobra; si en vez de tener ese revólver en la mano que es el arma de los cobardes, tuvieras un cuchillo como yo, pronto te habría abierto en canal. ¡ No sabes tú quién es Miguel !

— ¿ Qué no lo sé? ¡ Demasiado! — respondió Márcos. Tú sí que no me conoces á mí; yo no hago caso de compadradas, y no te contesto hoy porque desgraciadamente no ha llegado el momento todavia de que saldemos cuentas. Sin embargo prometo hacerte bailar de lo lindo en cuanto no tenga que hacer mas que ocuparme de mis asuntos. Pero ahora no quiero perder tiempo, quiero embarcarme para Montevideo esta misma tarde, y no es cosa de que me esté aquí mirando tu linda cara, que me está revolviendo el estómago, pues considero lo infame que eres, y pienso si habrás cometido una nueva bribo-

nada, algun nuevo asesinato para conseguir tu libertad. Conque, suelta ese puñal y deja el paso franco —concluyó diciendo el valiente gaucho, avanzando más hácia Miguel, al que continuaba amenazando con su revólver.

—¿El paso franco? nó; prefiero que me mates, pero yo no te dejo pasar, ni esa mujer tampoco; sintiendo con todo mi corazon no haberle atravesado el corazon hace tiempo, para saldar así mis cuentas con su hermano y con el capitan—contestó Miguel temblando de ira.

—Calla, bandido, calla ó no respondo de mí,—suelta el puñal, y quítate de enmedio si no quieres concluir á mis manos—respondió Márcos, que se conocia que contenia con trabajo la indignacion que le causaba el cinismo de aquel bandido.

—¡Nó, ni lo uno ni lo otro!—contestó Miguel con voz breve, al mismo tiempo que fijaba una mirada extraviada en Matilde y en Márcos.

—¿Nó?—respondió Márcos, con un acento en el que se conocia que su paciencia habia llegado á apurarse.

—¡Nó, cien veces nó!

—¿Sí? ¡pues encomienda tu alma á Dios!—respondió Márcos, al mismo tiempo que fijaba una mirada terrible en su enemigo, á cuya cabeza enfiló el cañón del revólver.

Miguel palideció horriblemente, y se lanzó hácia la puerta; Márcos extendió su brazo; un segundo más y Miguel era hombre muerto: pero en aquel

mismo instante la puerta se abrió y apareció Teresina, que cuchillo en mano se lanzó sobre Matilde, sobre cuya hermosa cabeza alzó la brillante hoja. El brazo de Márcos permaneció inmóvil; el tiro no salió.

—¡Ahora la partida es igual!—murmuró Teresina—si quiere bien á esta mujer márchese pronto, porque sinó, al primer movimiento que haga le clavo el cuchillo en el pecho, y todo queda arreglado—terminó diciendo Teresa, al mismo que miraba á Márcos con aire de triunfo, y que oprimia con fuerza el brazo de Matilde.

En cuanto á Márcos, comprendió que la jóven estaba perdida si no conseguia engañar de algun modo á sus enemigos; la partida que él creia ganada se habia vuelto desventajosa para él.

Miguel en tanto respiró con satisfaccion, pues, al contrario que su enemigo, la partida que él creia perdida, se sospechaba que todavia podia ganarla.

—Puede hacer lo que quiera con esa señorita; pero le advierto que si le hace el más pequeño araañazo, ya puede contar, amiga, con que la envio al otro mundo á que le haga compañia á Miguel, al que voy á quitar de enmedio si no me deja el paso franco para salir con esa pobre niña — terminó diciendo Márcos con una energía que daba á conocer claramente que la amenaza no habia de tardar en cumplirse.

—Lo que es ésta no sale sinó en el carro de los muertos, y puesto que lo quieres mira lo que me

importan tus amenazas — respondió Teresina, á la vez que alzaba el puñal dispuesto á hundirlo en el pecho de la pobre niña, que cruzó sus manos en ademan de súplica.

Márcos exhaló un grito terrible, y avanzó en direccion del grupo formado por Matilde y la italiana, cuyo cuchillo desgarraba ya la delicada piel de la jóven.

Pero de pronto el semblante de Teresina se descompuso, su vista se extravió, soltó el puñal, y se lanzó al patio, retratándose en su semblante la expresion del terror.

Al mismo tiempo, se oyó gritar con voz ronca, con acento irritado, las siguientes palabras seguidas de un enérgico juramento:

— ¡ Al fin te encuentro, Teresina, y vamos á saldar nuestra cuenta !

Miguel y Márcos se volvieron ; el que habia pronunciado aquellas palabras, era uno de los dos hombres que habían estado espiando al paisano. Era Pipo; Pipo, que no era otro que el compañero de Teresina, que habia sido engañado y robado por ésta, y á la que habia jurado matar en cuanto la encontrara.

Miguel palideció al ver al napolitano; Márcos miró con extrañeza al recien llegado.

Pipo avanzó un paso con el semblante lívido, y con la mirada huraña, como si buscara dónde sepultar el estilete que brillaba en su mano.

Despues adelantó otro paso, sin reparar en Márcos ni en Miguel, con la vista fija en el punto por donde

habia desaparecido Teresa: en aquel momento Pipo volvia la espalda á Miguel: éste aprovechó aquel instante y alzó su cuchillo, que fué á herir en la espalda al napolitano. Aquella puñalada debia haber sido mortal; pero Pipo habia hecho un movimiento al ser herido, y el cuchillo solamente rasgó su ropa, yendo á cortar ligeramente sus carnes. En seguida aquel hombre se volvió rápido como el relámpago, lanzó un grito salvaje al ver á Miguel, avanzó hácia él y hundió hasta el mango el estilete en el pecho del paisano, que lanzó un grito, hizo una mueca horrible, abrió los brazos y cayó pesadamente al suelo.

Pipo lanzó una carcajada horrible, de insensato, y se dirigió al patio oprimiendo convulsivamente con su crispada mano el estilete ensangrentado.

CAPITULO LXII

En que Valdéz empieza por esperar y concluye por desesperarse

Como hemos dicho anteriormente, la noche en que Ester habia sido arrebatada de la quinta de Juan Valdéz, éste se habia dirigido á Montevideo, en vista de un oficio que habia recibido, con el sello de la Jefatura Política, oficio en el que se le indicaba que se presentara en el Cabildo inmediatamente.

No podia acertar el paisano por más que discurria, cuál seria el motivo de que le llamaran á la Jefatura, á él, que no tenia ningun lio propio y sólo por aficion cargaba con los de los demás; y decimos lios, porque grandes y no pequeños consideraba él los asuntos que tenia entre manos, gracias á las circunstancias, y á los hombres con quien tenia que habérselas; asuntos en los que se habia metido, no por meterse en camisa de once varas, sinó por meterse á redentor, y á hacer obras de caridad, en unos tiempos en que la caridad bien entendida solia ser el egoismo y partir al prójimo si se descuidaba.

Llegó al cabildo Juan Valdéz, presentó el oficio á un portero, y este entró para adentro, mientras el buen paisano esperaba su vuelta con cierta curiosidad no exenta de inquietud, pues aunque él tenia la conviccion de que no habia hecho nada que estuviera penado por las leyes, no tenia mucha confianza en ellas por la sencilla razon de que casi eran letra muerta en aquella feliz época de dicha y bienandanza.

Al cabo de un momento volvió á salir el portero con el oficio en la mano.

—Amigo, el jefe no está, y los demás no saben nada de esto—murmuró el empleado entregando el oficio á Juan Valdéz.

—¿Y el oficial primero?

—No está tampoco.

—¿Y el segundo?

—Ménos.

—Y....

—No hay más que un escribiente, y eso porque le han traido los serenos por armar farra,—contestó el portero.

—¡Hombre! ¿De veras?—exclamó Valdéz sorprendido.

—Y tan de veras: cualquiera se escurre; eso no tiene nada de particular—contestó el empleado.

—¿Y usted no sabrá para qué me llaman?—murmuró Valdéz al cabo de un instante de silencio.

—¿Yo? No señor, y si le he de ser franco, no conozco ni la letra del oficio.

—Pues á mí me pasa lo mismo; tampoco sé

para qué me quiere el señor Jefe Político, — contestó el paisano.

— Quién sabe para qué será, — respondió el portero.

— Casi estaba por volverme á mi casa — murmuró Valdéz al cabo de un momento.

— No haga usted semejante cosa, porque tiene usted cara de hombre honrado, y quien sabe si le llevarian á usted á la cárcel — contestó el portero que se paseaba de un extremo á otro de la antesala.

— ¿Qué dice usted?.... que me llevarian á la cárcel porque tengo cara de hombre honrado?.... pues diga usted, amigo, para poder andar suelto, ¿qué cara debe uno sacar á la calle? — respondió Valdéz, á quien no habian dejado de sorprender las palabras de su interlocutor.

— No es eso, señor; pero los hombres de bien, suelen no escurrir el bulto, y los demás se hacen perdiz cuando menos se piensa — añadió el portero.

— Entonces, me quedo — murmuró el paisano; — pero maldita la gracia que me hace estarme aquí en vez de estar durmiendo tranquilamente en mi cama.

Y Juan Valdéz se sentó en una silla, y esperó pacientemente que llegara álguien que le dijera para qué le habian llamado, lo que no consiguió, pues despues de ver desfilar ante sus ojos una escogida coleccion de gente perdida, hallada por los serenos y vijilantes en las calles y en las academias; señoras y caballeros mal comparados, que eran alojados gra-

tis en el Cabildo gracias á la munificencia policial y á sus relevantes méritos.

Al fin, á eso de las tres de la mañana, Valdéz, cansado de esperar, abordó de nuevo al portero, que se entró en las oficinas con el aviso recibido por el paisano.

No habrian pasado cinco minutos, cuando el modesto empleado volvió á la antesala.

—¿Y qué hay?—preguntó Valdéz.

—Pues simplemente que se puede usted mandar mudar cuando quiera, pues nadie ha oido hablar de usted por aquí, ni esa letra es de ninguno de la casa, ni....

—¿Entónces, por qué me han enviado ese oficio? —preguntó Valdéz de mal talante.

—¡Qué se yó! Algun amigo que ha querido que pase usted la noche en vela —respondió el portero.

Juan Valdéz no contestó, se encasquetó el sombrero volvió la espalda al empleado, y salió á la calle, renegando de su mala suerte que no le dejaba ni siquiera dormir tranquilo.

—Vamos,— iba diciendo para sí Juan Valdéz al mismo tiempo que cruzaba la plaza Independencia — decididamente tengo mala sombra; ¿quién demonios se habrá querido entretener á mi costa esta noche?... á fé mia que no lo sé! ¡En fin, sea quién sea, con tal de que no pase de una mala noche doy por bien empleado el paseo y el sueño perdido.

Y Valdéz continuó su camino en direccion á la quinta, á la que llegó cerca del amanecer.

El antiguo conductor de ganados sacó una llave del bolsillo y se dispuso á abrir, pero al ir á poner la llave en la cerradura se encontró con que la puerta estaba abierta, es decir, simplemente encajada en el marco.

—¡Hola! es extraño; yo dejé la puerta cerrada, ahora la encuentro abierta — murmuró Valdéz — ¿quién habrá entrado ó salido?... no me gusta mucho: ¿si habrá ocurrido alguna cosa durante mi ausencia?... Vamos á ver.

Y despues de murmurar, mejor dicho, de pensar las anteriores palabras, Juan Valdéz entró en el zaguán, cerró la puerta, y encendió un fósforo.

Los pálidos reflejos de la cerilla iluminaron un momento el zaguancito, momentos que fueron lo bastante para que las miradas de Valdéz se fijaran en el cuerpo del jardinero que yacía tendido en el suelo en medio de un charco de sangre.

—¡Oh! ¿qué ha pasado aquí? — exclamó Juan Valdéz, al mismo tiempo que un sudor frio inundaba su frente, — á este infeliz ¿quién y por qué le habrán asesinado?

Y el buen paisano, encendió otro fósforo, adelantó por el zaguan, y fué á llamar á las habitaciones ocupadas por doña Luisa y por sus hijas.

Un momento despues aparecia la buena paisana con una luz en la mano, fijando en su compadre una mirada de interrogadora sorpresa.

—¿Qué hay, Valdéz?— preguntó doña Luisa con mal disimulada extrañeza.

— Lo que hay no es nada bueno, amiga doña Luisa. Me he encontrado la puerta abierta, y no se asuste usted, pero mire usted al pobre Juan tendido ahí, nadando en un mar de sangre — respondió Valdéz separándose un poco delante de la puerta, y señalando con la mano el cuerpo del infeliz jardinero.

— ¡ Jesús ! ¡ le han asesinado ! — murmuró la buena paisana palideciendo.

— Sí, parece que está muerto. Sin embargo, quien sabe; déme usted la luz: voy á ver si se le puede prestar algun auxilio. Despues veremos á ver si se ha ocurrido alguna nueva desgracia, — y al concluir de murmurar estas palabras, Juan Valdéz tomó la luz de manos de doña Luisa y se aproximó al infeliz jardinero, al que reconoció atentamente.

El valiente criado tenia una profunda herida en la espalda, pero su corazon latia aunque de una manera muy débil. Cerca del herido se veía un largo cuchillo, ligeramente ensangrentado.

— Este hombre, no está muerto, — murmuró Juan Valdéz despues que hubo reconocido al herido.

— ¿ Y qué hacemos ? — respondió doña Luisa, que se habia repuesto un tanto de la primera impresion.

— Lo primero llamar á la mujer de este infeliz, llevarlo á la cama, y curarlo como Dios nos dé á entender. Luego, registrar la casa, y enseguida avisar á la policía.

— Yo avisaré á la mujer de este pobre mozo — contestó doña Luisa dirigiéndose al jardin.

— Bueno aquí la espero, — respondió Valdéz.

Doña Luisa partió, y el paisano se quedó solo con el herido. Valdéz miró un momento al bravo jardinero, y luego lanzó á su alrededor una mirada. De pronto se estremeció; enganchado en el pasador de la puerta de las habitaciones de Ester, habia visto un giron del traje que solia usar la huérfana.

— ¡Oh! qué presentimiento. Este pedazo de tela es del vestido de mi hija adoptiva: ¿le habrá ocurrido alguna desgracia á la pobre niña? — murmuró Valdéz, al mismo tiempo que recogia el pedazo de tela y lo examinaba cuidadosamente. Despues empujó ligeramente la puerta de la antesalita, puerta que los raptores de la jóven habian cerrado tras de sí, y que cedió al pequeño esfuerzo del paisano abriéndose por completo.

Juan Valdéz adelantó un paso, y gritó con voz fuerte:

— Ester, Ester!

Pero, como ya sabemos, la jóven no podia responder á sus voces, y el buen paisano obtuvo el silencio más absoluto por respuesta.

Valdéz miró á su alrededor: en el desórden de los muebles se conocia que allí habia tenido lugar una lucha terrible.

Sobre el pequeño mueblecito se veia las memorias de Ester, abiertas por las mismas páginas que leía la jóven al ser sorprendida por los infames cómplices

del comisario. Valdéz se dirigió á la alcoba de la pobre huérfana: el lecho estaba intacto; el pobre paisano sabia ya á qué atenerse.

—¡Oh! — murmuró Valdéz, — ya veo bien claro lo que ha pasado aquí esta noche. Ester ha sido arrebatada de la quinta, y sus raptores han herido al pobre Juan, que sin duda les quiso cerrar el paso. Sí, sí, — añadió el paisano recogiendo del suelo un cuchillo partido por la mitad — hé aquí el arma de uno de los infames que se han introducido aquí durante mi ausencia. Eso es; en vez de dar en el blanco fué á romperse en la madera — concluyó diciendo Juan Valdéz, fijando sus miradas en el pedazo de cuchillo clavado en la puerta.

En aquel momento sintiéronse pasos precipitados por el jardin y un instante despues penetraba violentamente, medio vestida, con el pelo suelto, la muger del infeliz jardinero. Al mismo tiempo, la puerta de las habitaciones de doña Luisa se entreabrió, asomando por ella los asustados semblantes de las hijas de doña Luisa, que fijaron sus espantados ojos en el valiente servidor que permanecía en el suelo inmóvil y ensangrentado.

—¡Mi Juan, mi pobre Juan! ¡Han matado á mi pobre marido! — gritó con acento desgaradór la buena muger, arrodillándose junto al herido.

— Calma, calma; Juan no está muerto, — murmuró Valdéz — lo que es necesario es llevarle á la cama despues de curarle aquí de primera intencion de la mejor manera posible — terminó diciendo el

paisano, al mismo tiempo que se inclinaba tambien sobre el desgraciado criado.

Un momento más tarde, el jardinero, despues de curado ligeramente para evitar la pérdida de sangre al ser trasportado desde el zaguán hasta sus habitaciones, se encontraba tendido en su modesto lecho, sin haber vuelto en sí. ¿Era peligrosa la herida? Cosa era ésta que no sabía Juan Valdéz, que se dispuso á ir á avisar á la policía, y á buscar un médico que se encargara de la asistencia del herido.

—¡Qué desgracia! — exclamó doña Luisa, dirigiéndose á Valdéz al salir de las habitaciones del jardinero para encaminarse á las suyas.

—Grande es la desgracia, doña Luisa, y aún no conoce usted toda su extension — respondió Valdéz.

—¿Que no la conozco? — contestó la paisana con sorpresa.

— Nó, no la conoce usted, pues que no sabe usted el porqué han herido á ese infeliz.

— En cuanto á eso, creo que á usted le pasa lo mismo — contestó doña Luisa.

—Está usted en un error: yo lo sé perfectamente. Ha sido por robar á Ester, que ha desaparecido de la quinta — respondió Juan Valdéz.

—¿Que Ester ha desaparecido de la quinta? — murmuró doña Luisa con voz temblorosa.

—Sí, ha sido robada esta noche; ¿por quién? no lo sé.

Y el paisano refirió á doña Luisa el desórden en

que se hallabán las habitaciones de la jóven, y que ésta no se encontraba en ellas.

En aquel momento llegaron doña Luisa y su compadre al pequeño zaguán, en el que les esperaban Elvira y Magdalena, que habian encontrado desiertas las habitaciones de su amiga. ¿Cómo se habia realizado el rapto, que ellas, tan próximas á las habitaciones de Ester, no se habian apercibido de nada? Sólo recordaban haber oido ladrar desesperadamente á Ombú. Al oir esto, el rostro del paisano se despejó en parte de la nube de tristeza que lo oscurecia, al mismo tiempo que murmuraba:

— Ombú, mi pobre Ombú; ¡nécio de mí que no me acordaba de que existías en el mundo, y tú podrás quizás ponerme sobre la pista de los raptores!

Un instante despues subia el paisano á sus habitaciones; el hermoso perro se lanzó á su encuentro aullando de un modo lastimero.

Valdéz miró á su alrededor; en su cuarto si bien no habian secuestrado á nadie, no por eso habia ménos desórden que en el de Ester; Ombú habia destrozado algunos muebles, tapicería y cortinajes, en su furor por querer salir de aquel sitio para acudir en socorro de Ester.

Juan Valdéz acarició la cabeza del hermoso animal, y un instante más tarde salia de la quinta acompañado por el perro. Antes de salir, le había llevado á las solitarias habitaciones de la pobre huérfana, y le habia enseñado el girón del traje de la jóven.

El perro olfateó el pedazo de tela, levantó su inteligente cabeza, que inclinó despues hácia el suelo como buscando un rastro, y al fin salió de la quinta seguido de Juan Valdéz.

CAPITULO LXIII

Declaraciones

Juan Valdéz siguió á Ombú durante un corto trayecto; luego le detuvo.

— Bien, Ombú, bien — murmuró el paisano dirigiéndose al valiente animal, cuya inteligente cabeza acariciaba al mismo tiempo — ya sé que estás sobre la pista. Por aquí se han llevado á Ester, ¿no es verdad? — terminó diciendo el paisano.

— El perro aulló lúgubremente y quiso avanzar.

Valdéz le detuvo, al mismo tiempo que murmuraba:

— Nó, todavia nó; primero vamos á avisar á un médico para que cure si es posible á tu buen amigo Juan, y despues daremos parte á la policia para que se ponga en campaña en busca de los raptores de Ester, que me temo que gracias á la justicia que lo ve todo con los piés para arriba y la cabeza para abajo, va á resultar que así como el amo de Ombú

se mató dándose una puñalada por la espalda, mi hija se ha robado esta noche á sí misma. En fin, no hay otro remedio; porque sinó me podrian armar un lio, y para lios bastantes tengo ya encima, sin que en conciencia tenga ningun interés personal en ellos, pues me voy pareciendo á cierto corregidor de Almagro, de que hablaba una novela que leí cuando mozo, cuyo corregidor se murió de pena porque le sacaron un chaleco corto á un vecino. Tomemos las cosas como vienen, y adelante, — concluyó diciendo para sí el buen paisano. — ¡Vamos, Ombú! — añadió en voz alta. — Vamos por el médico y el comisario, el primero para que arregle al pobre Juan, y el segundo para que desarregle el sentido común.

Y despues de pronunciar las anteriores palabras, Valdéz echó á andar hácia Montevideo seguido del valiente animal, que queria marchar en direccion opuesta.

Habia empezado á amanecer, cuando Juan Valdéz llegaba á la quinta acompañado de un médico; un instante despues apareció un comisario con dos vijilantes.

El médico reconoció al herido cuidadosamente, y despues de sondear la herida se volvió para Juan Valdéz.

— La herida es grave, amigo mio, muy grave — murmuró el médico dirigiéndose al paisano — el arma, que debia ser un cuchillo de grandes dimensiones, ha hecho un gran destrozo al penetrar en la espalda de este infeliz.

—¿Cree usted que morirá? — preguntó Valdéz, que se interesaba vívamente por el valiente jardinero.

— No tengo más que una pequeña esperanza de salvarlo, y eso gracias á la casualidad, que ha hecho que el puñal del asesino se desviase unas líneas de la direccion que llevaba, por haber tropezado sin duda en una de las costillas. Sin eso, á estas horas mis auxilios serían completamente inútiles. El golpe ha sido dado de una manera feróz, tremenda: iba derecho al corazón.

—¿De modo que, aunque es grande el peligro, quizás se le pueda salvar?

— Trataré de conseguirlo; pero no lo prometo. El más pequeño incidente, la más pequeña complicacion pueden extinguir el soplo de vida que le queda — respondió el médico, que se dispuso á salir de la habitacion del herido despues de curarle cuidadosamente.

— ¡Oh! señor doctor, haga usted todo lo que pueda por salvarlo — murmuró el paisano con creciente interés.

— Cuente usted con ello: es mi deber, y cumpliré con él — contestó el médico.

Despues Valdéz y el doctor salieron de la alcoba; delante de la puerta esperaban la mujer del herido y doña Luisa, que los interrogaron llenas de ansiedad. El médico procuró tranquilizarlas, haciéndoles luego varios encargos acerca de los cuidados que requería el infeliz jardinero. Despues se dispuso á abandonar la quinta. En aquel momento llegó el comisario.

— Segun aviso recibido en la Jefatura, aquí se ha cometido un crímen esta noche, y vengo á enterarme de lo ocurrido, y á tomar las consiguientes declaraciones, — murmuró el comisario.

— Está bien, señor, me alegro de que haya usted venido: yo he sido quien ha avisado en el Cabildo, y proporcionaré á usted todas las indicaciones necesarias.

Y Valdéz, el comisario y el médico, al que el segundo habia suplicado que se quedara, pasaron á las habitaciones del paisano, en donde éste explicó en pocas palabras lo ocurrido la pasada noche.

El comisario escuchó atentamente el relato de Valdéz, frunciendo de cuando en cuando el entrecejo.

— Todo eso es muy extraño, mucho, — dijo el funcionario, despues que terminó de hablar Juan Valdéz — no veo claro en este asunto; salvo que la jóven....

— ¿ Qué ?

— Se haya escapado por su gusto con algun amante, y la herida de ese mozo sea un hecho independiente de la desaparicion de la muchacha, — respondió el comisario.

— ¿ Amante ? no señor. Ester, digo, Mariana, no tenia amantes, ni cosa parecida — contestó Valdéz, que veía con gran pesar que su interlocutor se apartaba del verdadero camino.

— ¿ Pero esa jóven, se llamaba Mariana ó Ester? — respondió el comisario fijando en Valdéz una mirada investigadora.

—Tiene los dos nombres, y nosotros la llamamos indistintamente por cualquiera de ellos—contestó el paisano despues de un momento de vacilacion.

—¡Ah! ya....—murmuró el interlocutor de Valdéz, poco satisfecho con la contestacion.

—¿Y es parienta de usted esa jóven?—añadió el comisario al cabo de un instante de su silencio.

—¿Parienta?—murmuró Valdéz, al que la pregunta le habia turbado un tanto, pues no queria dar cuenta á nadie de las razones por que se encontraba Ester en la quinta.

—Sí, parienta—insistió el comisario.

—Pues, parienta precisamente nó; pero para el caso es lo mismo—respondió Valdéz.—Yo tenía una gran amistad con su familia, lo mismo que mi comadre, que es esa señora que usted ha visto ántes. Esa jóven es huérfana, y desde que se murió su mamá está con nosotros que la queremos como si fuera una hija—terminó diciendo Juan Valdéz, que comprendió que si no daba una respuesta satisfactoria al comisario, estaba en peligro de meterse en otro lío que le liara á él en un mal negocio.

El comisario pareció no prestar atencion á la pequeña turbacion de Juan Valdéz, y continuó su interrogatorio, hasta que al fin se despidió del paisano y del médico, abandonando la quinta poco despues, no sin haber recorrido las habitaciones de Ester, que inspeccionó detenidamente.

—¿Cree usted que se encontrará pronto á la jóven y sus raptores?—preguntó Valdéz al comisario al tiempo de despedirse de él.

—¡Allá veremos!—respondió el interpelado con cierto aire de reserva, al mismo tiempo que montaba á caballo.

—Pero su opinion de usted ¿cuál es?—insistió el antiguo conductor de ganados.

—Mi opinion es que este asunto no está muy claro, y que no es posible asegurar si se conseguirá ó no dar con los criminales—respondió el empleado de policía, que saludó á Valdéz y al médico, y se alejó seguido de los dos vijilantes.

El médico se despidió tambien del paisano, y éste se quedó parado un momento en la puerta de la quinta, en tanto que veia alejarse el carruaje del Doctor que bien pronto se adelantó al comisario y sus hombres, perdiéndose al fin en una de las revueltas del camino.

—Me parece que lo que haga ese comisario no ha de ser mucho, y si esperamos que él descubra á los que han herido al pobre Juan y se han llevado á la pobre niña, me parece que ya hay para rato. Afortunadamente,—añadió Valdéz entrando en la quinta,—tengo yo un auxiliar que sabe más que toda la policía del mundo. ¡Mi fiel Ombú, que me ha de hacer descubrir á los infames que han asaltado mi casa la noche pasada.

Juan Valdéz se dirigió á las habitaciones del jardinero, se enteró cuidadosamente del estado del fiel servidor, habló despues algunas palabras con doña Luisa y con las hijas de esta, que se hallaban aterradas con los sucesos de la pasada noche, entró luego

en el departamento de Ester, recogió las memorias de la pobre niña, subió á sus habitaciones y depositó el cuaderno en el mismo cajón en que tenia guardada la cartera del amo de Ombú y el pañuelo de su asesino.

— Ahora vamos á ver si consigo encontrar las huellas de nuestra pobre niña — murmuró Valdéz; despues llamó á Ombú, que se aproximó al paisano, quien acarició la hermosa cabeza del animal; luego Valdéz bajó la escalera seguido del perro, y salió al camino. El compadre de doña Luisa sacó el pedazo del vestido de la pobre huérfana, se lo enseñó á Ombú, que aulló lúgubremente, y en seguida exclamó con voz breve dirigiéndose al valiente animal:

— ¡ Busca, Ombú, busca !

El hermoso perro no se hizo repetir la órden y empezó á olfatear el suelo, que Valdéz examinaba cuidadosamente.

¡Oh! — murmuró Valdez — aquí las señales de pisadas se cruzan repetidas veces, y es imposible seguir con seguridad una huella; veamos más allá, y el paisano siguió al perro que continuaba olfateando el suelo.

A unos cincuenta pasos de la quinta, Ombú se detuvo, y pareció dudar; el paisano examinó de nuevo el terreno: á un lado del camino se veian claramente las señales de las ruedas de un coche: delante de aquellas huellas, la tierra se encontraba removida.

— Aquí debió estar parado el carruaje en que se

han llevado á la pobre Ester. Esta tierra, removida por las patas de los caballos en una larga parada, me hace sospechar que no me equivoco. Sí seguramente; el coche parado aquí debió estarlo al objeto de llevarse á mi hija adoptiva; pues por este sitio, puede decirse, no se va á ninguna parte como no sea á mi quinta. En fin; allá veremos.

Entretanto que Valdéz hacia las anteriores reflexiones, Ombú habia alzado su inteligente cabeza, aspirando el aire, como si en él quisiera encontrar algun indicio. Despues olfateó de nuevo el terreno, anduvo unos cuantos pasos, volvió á su punto de partida y tornó á alejarse; se conocia que el animal perdia la pista.

— ¡Vamos, Ombú, vamos! — murmuró Valdéz procurando animar al perro, — vamos; busca, busca. Es menester que encontremos á nuestra amiga, anda Ombú, busca — terminó diciendo el paisano, al mismo tiempo que acariciaba al hermoso animal, que miró á su amo y aulló tristemente. Despues volvió á olfatear el suelo, anduvo algunos pasos en diferentes direcciones y concluyó por tenderse á los piés del paisano.

— Vamos, es inútil; el pobre Ombú ha perdido la pista; veamos á ver si yo consigo mejor resultado y puedo seguir las huellas del coche.

Y Juan Valdéz siguió examinando el suelo; las huellas de las ruedas y de los caballos del carruaje seguian en direccion opuesta á Montevideo. Valdéz hubiera querido seguirlas, para ver si así conseguia

dar con el paradero de Ester. Pero bien pronto las huellas que seguia Valdéz se confundieron con las que los carros y carretas habian dejado en el camino.

— Vamos, tengo desgracia — murmuró Juan Valdéz, volviéndose á la quinta un tanto cabizbajo — todo lo que he podido conseguir es saber que no se la han llevado á Montevideo. ¿A dónde? Hé ahí una cosa que ignoro por completo. Sin embargo, quién sabe si lograré averiguarlo. Por el hilo se saca el ovillo, como dicen vulgarmente, y quizás las memorias de mi pobre hija adoptiva sean el hilo que me haga dar con el ovillo. Sí, sí; es muy posible, voy á leerlas desde la cruz á la fecha; quizás saque algo en limpio de su lectura. ¡Oh! ¡á toda costa! es menester encontrar y rescatar á esa pobre niña.

Un momento despues se encontraba Valdéz en la quinta sentado delante de una mesa, leyendo atentamente las memorias de Ester.

CAPITULO LXIV

La estancia de Carmesí

Era Mínimo Santero hombre á quien gustaba todo lo bueno; cosa que nada tiene de particular, que lo bueno á todos gusta, lo mismo á los que apalean el dinero como á los que no han visto reunidos en su vida dos reales.

Y como le gustaba lo bueno, y tenia barro á mano, que aunque no era rico por su casa lo era por las ajenas, pues habia descubierto la piedra filosofal al descubrir la manera de gastar ciento, por ejemplo, no cobrando legalmente más que diez por sus servicios, que flacos se los hacia, y muy flacos, á sus gobernados, y gracias.

Pero ese milagro lo realizó ántes que él el mitológico Caco, y todos sus admiradores antiguos y modernos. Es verdad que tales cosas suelen ser achaques de más de cuatro gobernantes, que llegan al poder implumes y al poco tiempo admiran por su

peregrino plumaje, formado con las plumas arrancadas más ó ménos suavemente á sus conciudadanos, que no hay como llegar á cierta altura para resolver problemas inverosímiles de matemáticas, con una docena de incógnitas, que nunca se descubren por completo por temor al Taller, ó por modestia. Pero es el caso que suben al poder sin más capital que sus buenos propósitos, y al poco tiempo elevan alcázares, y admiran al vulgo con su esplendor; vulgo que aplaude todo lo que brilla y sin pararse á discurrir que su miseria suele ser la consecuencia de aquellos esplendores.

Pero dejemos reflexiones tales, de las que por desgracia no esperamos obtener fruto ninguno, y sigamos adelante con nuestra historia.

Entre las cosas buenas que agradaban á Mínimo Santero se hallaban los ganados de raza, y entre éstos principalmente los buenos caballos, á los que tenia gran cariño desde que los nobles brutos eran sus compañeros é íntimos amigos en la época en que compartía su vida con ellos cuando ejercia su primitivo oficio de carretero, si bien tan honrado y bueno como cualquier otro, considerablemente ménos productivo que el de Gran Mariscal.

Como el ilustre Mínimo poseía la varita mágica de la riqueza, á cuyo contacto todo se rinde, ménos la virtud y el verdadero honor, no tenia más que decir «quiero» para que su deseo se viera cumplido y el gran patricio quedara satisfecho, viendo así realizados todos sus caprichos y aumentada su nécia

vanidad, vanidad formada, alentada y aprovechada por sus amigos.

Como consecuencia de la tal aficion habia comprado el Gran Mariscal la estancia del Carmesí, sin reparar en pesos más ó ménos, que para lo que le costaba el ganarlo lo mismo le daba ocho que ochenta, y lo principal era que fuera bueno, y lo demás importaba un bledo. Despues de adquirir la tal estancia se propuso convertirla en un modelo en su género, é hizo traer de remotos países reses de las más preciadas; vacas lecheras que le recordaban la renta de aduana por su ubre inagotable, carneros merinos de lana más fina que sus uñas, y caballos más hermosos y más nobles que su renegado secretario Perico Camaleon.

— Soy el primer ciudadano, soy el primer general, soy el primer estadista, y el primer mozo barbian de mi país, y quiero ser tambien el primer estanciero, — decia para sí el Gran Mariscal en sus sueños de Nabad de ópera bufa, á los pocos dias de haber adquirido la estancia del Carmesí — voy á poner la estancia como un chiche: ha de ser la envidia de propios y extraños. Voy á encargar á Camaleon de la compra de los animales, recomendándole, por supuesto, que no diga nada á los amigos: les quiero dar una sorpresa. Pero, nó; Camaleon no sirve para eso, es poco: no entiende más que de cuernos; en eso sí: los toros son su fuerte; es un verdadero aficionado, ¡ da corridas hasta en el patio de su casa ! Ya pensaré detenidamente á quién le doy

el cargo de enviado extraordinario para la compra de reses. Al que se encargue de ello le concederé el empleo de coronel; uno más qué importa; aún no hacen el quince por ciento del ejército. El caso es que sea hombre entendido; todos los mejores animales han de venir á mi estancia; yo he oido hablar de algunas reses famosas, y como tengo esta retentiva no se me olvidan los nombres. Dias pasados hablaba Camaleon de cierto carnero que tiene un tal Atámas; ¿quién será ese hombre? Es preciso, cueste lo que cueste, que me traigan ese carnero. Además, tambien recuerdo haber oido hablar á Blazquez Caicedo, ese doctor espárrago, que según dice Camaleon ha escrito en idioma desconocido un libro para los muchachos, de unos caballos que ó mucho me equivoco ó deben ser ingleses. Los caballos eran dos; uno que se llamaba Pegaso y otro que era de Troya. Este Troya ¿quién será? Algun Lord. Bah, sea como sea, es preciso que me traigan esos animales.

Tambien Camaleon citó el otro dia como cosa notable un buey llamado Apis; tambien me hace falta á toda costa un toro de la misma ganaderia que ese Apis. Nada, nada, lo dicho; he de ser en todo el número uno, y por lo tanto, seré el primer ganadero; ¿y qué no sé hacer yo las cosas bien?

Y efectivamente, la estancia del Carmesí se convirtió en un establecimiento de primer órden, en el que si bien no consiguió tener ni el carnero de Atámas, ni el caballo Pegaso, ni el de Troya, ni un toro

de la misma ganaderia que el buey Apis, adquisiciones de que le disuadió su digno secretario, tenia en cambio ejemplares de los mejores animales de raza, de los que algunos de ellos valian casi una fortuna; con unos caballos que solian triunfar en todas las carreras, á las que Mínimo asistia siempre con sus parejeros, por los que apostaba de largo, que el Gran Mariscal en nada se quedaba corto.

No desdecia el edificio de la estancia del resto de la posesion, edificio que tenia alhajado lujosamente, y en el que Mínimo corria no pocas bromas ó farras con sus amigos, alguna de las cuales habia tenido un fin trágico.... para la vajilla, que habia dado fin á impulsos de una mano justiciera, que apareció, cuando ménos se esperaba, gracias á una distraccion del cancerbero oficial.

A dicha estancia, conocida de casi todas las damas que habian concedido á Mínimo sus favores graciosamente.... por un cheque contra el Banco, fué conducida la infeliz Ester, la noche que fué secuestrada de la quinta del Paso de las Duranas.

Antes de llegar á la Estancia, Ester volvió en sí; miró sorprendida á su alrededor sin percibir más que el pequeño resplandor que despedian las linternas del coche, amortiguado por las cortinillas cuidadosamente corridas; adivinó mas bien que vió al comisario, recordó instantáneamente la escena de la quinta y, rápida como el rayo, se lanzó á una de las portezuelas, la abrió, y quiso lanzarse al camino que el carruaje recorria rápidamente arrastrado por los

dos briosos caballos. Pero ántes que Ester consiguiera su intento dos fuertes brazos la sujetaron, haciéndola descansar de nuevo en su asiento, cerrando despues la portezuela, al mismo tiempo que una voz murmuraba con acento brusco:

— Quieta, y pocas tonterias.

Ester quiso gritar entónces, pero el hombre que iba con ella la obligó á guardar silencio. La pobre huérfana quiso resistir, pero pronto quedó vencida.

— ¡Vamos, he dicho que quieta! — murmuró don Pancho, que como ya sabemos éste era el compañero de Ester — poco ruido, y pocos aspavientos, que no la vamos á matar; al contrario, le vamos á regalar de yapa todo un buen mozo — terminó diciendo el comisario.

Ester se agitó, pretendiendo desasirse de las ligaduras con que la habia sujetado aquel villano; la pobre huérfana empezaba á comprender, empezaba á adivinar que se hallaba de nuevo en poder del Gran Mariscal.

— ¡Oh! sí, no me queda duda: el Gran Mariscal es quien ha hecho que me saquen de la quinta de Juan Valdéz, — pensaba Ester, al mismo tiempo que un sudor helado cubria su frente — sí, él es; él, el autor de todas mis desgracias, de la muerte de mi adorada madre, de mi miseria, de mi soledad. Pero aún no ha triunfado ese infame, y juro que no triunfará, nó: ¡ántes la muerte, por horrible que sea! — y al llegar á este punto de sus pensamientos, Ester se estremeció, intentando de nuevo recobrar su libertad

arrojándose fuera del carruaje. No se detuvo á reflexionar que podia encontrar la muerte al chocar contra las piedras del camino, dada la velocidad con que lo recorria el coche que la arrastraba léjos de sus amigos; pero todas las veces que se quiso rebelar la contuvo violentamente su verdugo, murmurando al mismo tiempo alguna palabra soez ó alguna frase obscena.

Al fin el carruaje se detuvo. Uno de los hombres que iban en el pescante se bajó y abrió la portezuela.

— Mucho cuidado — murmuró el comisario — la paloma quiere volar, y es menester cortarle las alas.

— Aunque sea el cuello, si es preciso — contestó el cómplice de don Pancho.

— Nó, no tanto; pero sí cuidar de que no alborote este angelito, que sinó fuera por lo que es, ya le habia yo quitado la gana de respingar — contestó el comisario.

— Está bien, patron: se hará como usted quiera — contestó el interlocutor de don Pancho.

Un instante despues se hallaba encerrada la infeliz huérfana en una de las habitaciones del edificio de la Estancia.

CAPITULO LXV

En que don Mauricio consigue poner en libertad al capitan Teodoro

No habian pasado muchas horas desde que el coronel don Mauricio habia recibido la esquela del capitan Teodoro, cuando el buen veterano se presentaba en la Cárcel del Crímen para poner en libertad á su subordinado.

El valiente jefe llevaba la órden de escarcelacion, órden que le habia costado no pocos disgustos el obtener, y el hacerse violencia, pidiendo favores á personas con quienes si no hubiera sido por su querido capitan ni aún el saludo hubiera cruzado. Que era el coronel hombre recto, á quien no agradaba nada que no fuera leal y honrado, y por desgracia para él, la libertad de su amigo dependía de gentes que no poseian ninguna de dichas cualidades.

Como ya dijimos anteriormente, el coronel se había dirigido al Ministerio de la Guerra, aunque no de muy buena gana, esperando, como parecia natural

y lógico que allí tuvieran pleno conocimiento del arresto del capitan.

—¡Hola, coronel! ¿qué le trae á usted por aquí? —dijo uno de los jefes al ver aparecer en su despacho la simpática figura del veterano.

—Me trae un asunto que si bien á mí no me interesa directamente le interesa á un oficial que ha estado á mis órdenes, persona á quien mucho aprecio y á la que me unen estrechos lazos de amistad —contestó el coronel.

—¿Y qué desea ese oficial amigo de usted?

—Ese oficial fué detenido en uno de los vapores de la carrera, bajado á tierra, llevado á la cárcel del Crímen y....

—¡Ah! ¿se refiere usted al capitan Garcés? —murmuró el interlocutor del coronel con un acento especial.

—Exactamente; me refiero al capitan Garcés, que se encuentra en la cárcel del Crímen. Desearía saber qué delito ha cometido ese oficial para verse perseguido por la justicia — respondió don Mauricio, con un interés que estaba en relacion con el cariño que profesaba al capitan.

—¿Conque el Capitan Teodoro quiere saber por qué le han detenido? — preguntó el jefe con quien hablaba el veterano coronel.

—Sí señor; y no solamente él sinó yo, que me intereso vivamente por ese pobre capitan, — respondió don Mauricio.

—Pues su asunto me parece que no es muy bueno.

—¿De veras?

—De veras.

—Pero ¿de qué se trata? ¿Qué falta ha cometido que justifique ese rigor? Por cuestion de disciplina no puede ser, pues Garcés es uno de los mejores oficiales de nuestro ejército.

—Tengo formada de él la misma opinion.

—Entónces ¿cuál es su delito?—preguntó con ansiedad el coronel.

—En cuanto á eso estoy á la misma altura que usted—respondió el funcionario.

—¡Cómo! ¿que no lo sabe usted?

—Nó, no lo sé.

—Pues francamente, no comprendo entónces el porqué considera usted que su causa no es buena—contestó el viejo militar mirando con sorpresa á su interlocutor.

—La considero mala por la misma razón de que no me explico cuál haya podido ser su falta, y por que no siendo una cuestion del servicio no queda más que suponer una cosa....

—¿Cuál?

—Que haya cometido alguna imprudencia que le haga aparecer comprometido en algun asunto político....

—¡Oh! no lo creo—murmuró don Mauricio—él no es hombre que se mezcle en política. Es un soldado y nada más.

—No digo que nó; pero....—contestó el jefe, como si dudara en explicarse más claramente.

— Pero ¿ qué ?

—¿Aprecia usted mucho á Garcés?

— Le quiero casi como á un hijo; es bueno, honrado, leal y valiente. Se ha batido á mi lado y sé lo que vale — respondió con vehemencia el bravo veterano.

—Pues bien: en ese caso, voy á decirle á usted una cosa reservadamente, pues comprendo que le hago un favor en ello, — contestó el interlocutor de don Mauricio.

— Gracias, y escucho á usted.

—Pues bien: el capitan Teodoro tiene enemigos que están muy alto y que se han propuesto perderle. ¿Por qué? Lo ignoro. Solo sé que está en desgracia, que le han detenido en virtud de una órden apremiante del Gran Mariscal, y que al mismo tiempo que á él han detenido á un íntimo amigo suyo que le acompañaba á Buenos Aires. El motivo verdadero nadie lo sabe, y el pretexto creo que casi casi tampoco, — terminó diciendo el funcionario, cuyas palabras habian llenado de sorpresa á don Mauricio.

—Pero eso es monstruoso — murmuró al fin el veterano, que apénas podia contener su indignacion.

—¡Bah! por poco se escandaliza usted, coronel; eso es fruta del tiempo. No es la época presente para andar con contemplaciones, y una sospecha, una enemistad, suelen traer un disgusto al que es objeto de la una de la otra. Coronel, usted vive todavia como hace veinte años, y los hombres y las épocas cambian — respondió el jefe, al mismo tiempo, que en sus lábios se dibujaba una problemática sonrisa.

Don Mauricio no quiso oir más: se despidió de su interlocutor y salió del ministerio medio aturdido con las palabras que acababa de oir.

— Sí, es verdad; los tiempos y los hombres cambian; pero yo prefiero los de antaño á las de ogaño. En mi juventud llevaban los militares ménos bordados, pero se batia mejor el cobre y se jugaba más limpio; y, sobre todo, no se metia en la cárcel á un oficial por que se le antojara á un personaje, por alto que éste fuera, — decia para sí don Mauricio al mismo tiempo que se alejaba del Ministerio.

— En fin, eso ya no tiene remedio, y lo que siento es no estar ya en mi estancia, léjos de estas intrigas que me cansan extraordinariamente — añadió para sí don Mauricio — ¡Oh! sinó hubiera sido por que soy militar ántes que todo, á buen seguro que no me hubieran visto el pelo por aquí. En fin, ya no tiene remedio. Ahora busquemos el medio de hacer soltar á mi buen capitan.

Y despues de murmurar entre dientes las anteriores palabras, el coronel se encaminó hácia la casa de uno de los magnates de más campanillas de la política militante, que le recibió en seguida afectuosamente, pues don Mauricio era generalmente querido, no sólo por su valor y sus largos servicios á la patria, sinó por sus bellas cualidades y su importancia en el Departamento donde tenia su domicilio y toda su fortuna.

Don Mauricio expuso su pretension en pocas palabras, pues la persona á quien visitaba le era com-

pletamente antipática, y sólo por tratarse del capitan Teodoro se habia decidido á visitarle.

—Querido coronel, —respondió el personaje, despues de escuchar atentamente á don Mauricio— siento mucho tenerle que decir que la persona por quien usted se interesa no es del todo digna del interés que usted se toma, ni responde á la opinion que á su respecto tiene usted formada.

—¿Acaso el capitan Teodoro no es un caballero y un modelo de militares?—contestó don Mauricio.

—Sólo diré á usted que ha sido detenido por revolucionario— respondió aquel hombre, que ignorante por completo de si el capitan habia ó nó cometido algun delito, le convirtió en revolucionario de buenas á primeras.

—¿Por revolucionario?—contestó don Mauricio.

—Sí, señor, y tanto es así, que al mismo tiempo que á el se ha detenido á un jóven que fué uno de los que formaron parte de la expedicion del Quebracho.

—¿Y quién es ese jóven?

—Ricardo Sasturen.

—¡Oh! nada tiene de particular que estén íntimamente unidos el capitan y el jóven Sasturen, por cuanto que son antiguos amigos, y pronto quizás sean parientes—contestó don Mauricio.

—No lo dudo, —contestó el personaje, —pero ese capitan es sospechoso.

—Protesto: el capitan no solamente no es sospechoso sinó que es hombre leal y pundonoroso, por

el que yo no tendria dificultad de responder ahora y siempre, — respondió el viejo coronel.

Largo rato duró la conversacion entre aquel personaje y don Mauricio, y tales y tan buenas razones dió el segundo, de tal modo declaró formalmente que él se hallaba pronto á constituirse en fiador del capitan, y tan mal vió el asunto el primero que se empeñaba en defender un desatino, que al fin, y no sin tener que ver á otro par de individuos tan simpáticos como aquél, logró don Mauricio arrancar la órden de escarcelacion para el capitan Teodoro, con la que se presentó en la cárcel del Crímen.

Pocos minutos despues se confundian en estrecho abrazo el coronel y el capitan, que muy luego abandonaban el edificio de la calle del Yí, donde el valiente oficial habia pasado horas bien amargas.

— Gracias á usted, mi coronel, me encuentro en libertad — murmuró el capitan estrechando con efusion la mano del viejo militar; — y no se puede usted figurar — añadió — el gran favor que me ha hecho sacándome de esa cárcel donde me moria de desesperacion.

— Mucho me alegro capitan, de haberle podido ser útil en algo — contestó el coronel.

— En estos momentos la libertad significa para mí la vida.

— ¿ La vida ? — preguntó el veterano con extrañeza.

— Sí, señor; pero eso necesita una explicacion; es toda una historia, que si usted está dispuesto á

escuchar, yo, que para usted no tengo ni puedo tener secretos, se la referiré á usted para que comprenda lo desgraciado que soy, y concluya usted de conocer al infame don Adrian Leví, que estuvo á punto de ser la causa de que yo perdiera la estimacion de usted á quien tanto aprecio — murmuró Teodoro.

— Escucho á usted con la mayor atencion — respondió el coronel, al mismo tiempo que encendia un cigarro, y que se recostaba en el fondo del carruaje que le conducía á él y al oficial.

El capitan pareció reflexionar un momento, y luego dió comienzo al relato de las escenas que ya conocen nuestros lectores, relato lleno de vida y color, que impresionó fuertemente al viejo mili'ar, que murmuró con voz alterada por la indignacion al terminar de hablar su compañero:

— Capitan, capitan, eso es tremendo; ese Leví no pagaba aunque le fusilaran por la espalda como á los traidores.

— ¿Comprende usted ahora por qué significaba para mí la libertad tanto como la vida?

— Sí, lo comprendo.

— Ahora bien; preso Sasturen y preso yo, no sé lo que habrá sido de la pobre Matilde. Márcos, mi fiel asistente cuya lealtad es inapreciable, partió para Buenos Aires en lugar nuestro; pero como el documento firmado por el infame asistente de Leví lo tengo yo en mí poder, no sé, y lo dudo mucho, si habrá podido conseguir libertar á la infeliz hermana de mi amigo. Además, no sé lo que habrá

pasado en mi casa, en la que dejé encerrado á ese bandido de Miguel, vigilado por mi sirviente, que aunque es un mozo fiel, no le considero lo bastante listo para guardar á un canalla como es ese hombre — murmuró el capitan, que ansiaba llegar cuanto ántes á su casa, para convencerse de que el preso se encontraba en ella, y ver al mismo tiempo si habia llegado alguna carta de Márcos.

— Ciertamente que la situacion de usted es bastante difícil — respondió don Mauricio profundamente preocupado.

Despues de estas palabras jefe y subalterno guardaron silencio, hasta que el carruaje se detuvo delante de la casa del capitan.

El oficial bajó acompañado de don Mauricio, y llamó fuertemente á la puerta, pero nadie contestó á su llamamiento; volvió á llamar de nuevo, y el mismo silencio.

— Parece que no hay nadie en la casa — murmuró don Mauricio.

— Así parece — contestó el capitan, que parecia fuertemente contrariado.

Despues llamó de nuevo, pero tambien inútilmente como las dos veces anteriores.

— ¡ Oh ! soy un nécio — murmuró Teodoro dándose con la mano un pequeño golpe en la frente, — sinó nos abren, abriremos nosotros. Olvidaba que tengo una llave de la puerta, y como no esté cerrada por dentro pronto tendremos el paso franco — y el capitan sacó una pequeña llave del bolsillo, la metió en la cerradura y la puerta se abrió.

El oficial y su compañero penetraron en la casa, cerrando tras de sí.

Despues recorrieron todas las habitaciones, que se hallaban completamente desiertas.

—¡Oh! ¿qué es esto? aquí no hay nadie—murmuraba el capitan, conforme recorria la casa—¿Sufriré una nueva decepcion? ¡Corramos al cuarto de Márcos, donde debe estar encerrado el prisionero!—concluyó diciendo, dirigiéndose apresuradamente á la habitacion donde habia dejado encerrado á Miguel, que como ya sabemos habia huido de la casa.

Llegaron al aposento de Márcos: la puerta se hallaba abierta y la habitacion completamente vacía; el criado del oficial habia desaparecido tambien. Sobre la mesa se veian dos botellas y dos vasos.

El capitan palideció horriblemente, y murmuró con acento sombrio:

—Ese canalla me ha vendido: ha dado libertad á Miguel; y á estas horas Matilde y el valiente Márcos quizás habrán dejado de existir.

CAPITULO LXVI

Proyectos del capitan Teodoro

¿Cómo se encontraba sola y abandonada la casa del capitan Teodoro? ¿Cómo no se hallaba en ella el criado del oficial, que, según hemos visto en otro capítulo, habia sido atado cuidadosamente por Miguel ántes de su partida?

Nada más fácil de explicar.

Despues de la partida de Miguel, el criado del capitan, que maldecia en su interior su punible credulidad, gracias á la que no solamente habia faltado á la confianza del oficial dejando escapar al preso confiado á su custodia, sinó que se encontraba atado y amordazado, de tal modo que no podia ni mover ni una mano ni pronunciar una palabra, se puso á discurrir el medio de recobrar la libertad primero y el uso de la palabra despues, porque de ningun modo queria encontrarse en la casa cuando Márcos volviera para no tener que explicar su conducta.

—Prefiero romperme el mate contra la pared ántes que volver á encontrarme cara á cara con el patron, ni con su asistente—decia para sí el criado—soy un estúpido, un zonzo, que me he dejado engañar por ese tunante. ¡Oh! ¡como encuentre á ese cachafáz no ha de salir muy bien librado!

Y el criado, cada vez que se entregaba á las anteriores reflexiones, multiplicaba sus esfuerzos para verse libre de sus ligaduras.

Cada minuto que pasaba aumentaba el temor del sirviente, que esperaba ver de un momento á otro aparecer á Márcos. Pero, con gran extrañeza suya, llegó la noche y nadie fué á llamar á la puerta de la casa.

Aquello aumentó su intranquilidad. ¿Se habrian marchado todos á Buenos Aires y él tendria que permanecer allí, atado y casi sin respiracion, hasta que la casualidad fuera á libertarle?

Esta idea aumentó su deseo de verse libre, y al fin, al cabo de muchos esfuerzos, consiguió romper sus ligaduras.

Inútil es decir el placer que esperimentó el incauto mozo cuando se vió libre, y la delicia con que respiró el aire de la calle pocos instantes despues de recobrar su libertad.

—Pensó primero dar parte en la comisaría de lo que le habia pasado con Miguel, pero concluyó por encojerse de hombros, alejándose de la casa al mismo tiempo que murmuraba:

—¡Bah! lo mejor es no decir esta boca es mia

no sea que tras la caricia que ese pampa me hizo en la boca con el puño, y á más de perder el conchabo que era una ganga, me metan en la cárcel por zonzo. Nada, nada, ni palabra, y mañana me voy á Buenos Aires, que ni por un queso quiero yo encontrarme con el capitan, ni con el asistente, que tiene cara de muy pocos amigos.

Y el criado siguió adelante, y se alejó de la casa, encontrándose luego por consecuencia el capitan Teodoro y el coronel, con que habian desaparecido prisionero y guardian sin dejar el más pequeño rastro.

— Decididamente, la fatalidad me persigue y no sé cómo contrarestarla — murmuró el oficial despues de la primera exclamacion de sorpresa.

— ¡ Animo, capitan, ánimo! — dijo el coronel — no desmaye usted, y si puedo ayudarle en su empresa cuente usted conmigo — terminó diciendo el valiente militar.

— Gracias, mi coronel; pero nada absolutamente puede usted hacer — contestó Garcés haciendo con la cabeza un signo negativo. — Yo, yo solo tengo que luchar y que vencer, ó ser vencido; pero nó: venceré; mi causa es buena — concluyó diciendo el oficial.

— ¿ Cuáles son los proyectos de usted? — murmuró el coronel, que se interesaba vivamente por el capitan Teodoro.

— Mis proyectos son bien sencillos — respondió Garcés — en primer lugar, hoy mismo solicitaré mi baja del ejército.

—Capitan Teodoro, eso me parece una locura. ¡Usted, un bravo oficial, jóven y con un brillante porvenir, quedarse de paisano! ¡Oh! ¡no puede ser, no! —respondió don Mauricio, en cuyo acento se dejaban adivinar la sorpresa y la contrariedad.

—Mi coronel: nadie lo siente tanto como yo, amo la carrera de las armas y visto el honroso uniforme con orgullo; pero necesito mi libertad, libertad ámplia y sin trabas. Hoy mi patria no peligra, su independencia se asienta sobre sólidas bases, sus únicos enemigos son algunos de sus hijos, hijos infames, contra los que es imposible combatir en campo abierto....

—Capitan, vea usted las cosas con calma, tranquilícese usted.

—¡Oh! ¿cree usted que no las he analizado con calma? Sí, mi coronel; amo á mi país con todo mi corazon, y veo el triste porvenir que le preparan los que rigen sus destinos. ¡Infeliz patria mia que quieren convertirla en su patrimonio unos cuantos advenedizos! ¡Oh! don Mauricio; cuántas veces, en aquellos dias de marejada política anteriores á la revolucion, cuando todos nuestros compatriotas partian uno despues de otro para alistarse en las filas revolucionarias, pensé arrancar los galones de mi uniforme para sentar plaza de soldado en las filas de los rebeldes —murmuró el capitan con amargura— y no lo hice, añadió con vehemencia —porque amaba con toda mi alma el uniforme que visto, porque me parecia un perjurio, una traicion, el ir á combatir

enfrente de la bandera á cuyo lado he derramado mi sangre. ¡Nécio de mí, que aún no comprendia el escarnio que hacen de ella los que primero deben respetarla — terminó diciendo el capitan con un leve acento de sarcasmo.

— ¡Oh! Garcés, Garcés, eso es terrible, usted se exalta, la situacion del país no ha llegado al punto que usted cree — respondió el coronel, para quien era desagradable todo lo que más ó ménos tenia relacion con la política.

— No señor, no exagero; créame usted don Mauricio, lo que digo á usted es la verdad. Pregunte al paisano, al industrial, á cualquiera que no sea de los que se aprovechan del despojo, y le contestará lo mismo que yo; pregunte usted á los campos desiertos, á las ciudades poco ménos, y á la industria y al comercio arruinados, y le responderán á usted lo mismo — terminó diciendo el capitan.

El coronel guardó silencio; hacia dias que empezaba á ser de la misma opinion que el oficial.

— Ahora bien, despues de entregar en el ministerio mi solicitud de baja, trataré de poner en libertad á Ricardo, y conseguido esto, los dos partiremos para Buenos Aires. De todos modos, con él ó sin él, sinó me detienen como la vez pasada, mañana partiré para la vecina orilla. Allí se encuentra la mujer á quien debo dar mi nombre, Matilde Sasturen, hermana de Ricardo, de mi amigo de la infancia. Quizás no llegue á tiempo, quizás se haya cometido un nuevo crímen, y entónces tendré una misión más que cumplir:

vengar á las víctimas — terminó diciendo el capitan con acento sombrío.

—¡Calma, capitan, calma! Usted ve sombras en todas partes: ¿por qué tiene usted esos pensamientos tan sombríos?

— Dios quiera que no se confirmen mis preságios; pero conozco á mis enemigos y sé que no dan cuartel — contestó Garcés.

Un instante despues salian de la casa el jóven oficial y el viejo soldado, separándose para volverse á encontrar más tarde.

Teodoro al separarse de su jefe, al que con razón consideraba como un verdadero amigo, se dirigió al Ministerio; en donde dejó su solicitud de baja, con no poca extrañeza de todos, que conocian el proverbial entusiasmo del jóven por la carrera militar. Desde el Ministerio se encaminó al Cabildo con el objeto de gestionar la libertad de su amigo; pero con gran sorpresa se encontró con que si bien nadie sabia el por qué de la prision del jóven, en cambio, cuando habló de ponerle en libertad, desde el portero hasta el jefe por poco se le rien en su misma cara.

— Pero ¿mi amigo el señor Sasturen ha cometido quizás algun crímen tan grande como para que me den á entender ustedes, con sus miradas y sus sonrisas, que es poco ménos que una locura el pensar alcanzar su libertad? — preguntó el capitan un tanto amostazado.

— Si ha cometido un crímen grande ó pequeño no se lo puedo decir á usted — respondió uno de los

empleados á quien iban dirigidas las palabras del oficial — pero sí, que sea como sea, el querer que ese señor vea la calle es hablar de un imposible; esto sí se lo puedo asegurar á usted formalmente.

—Oh, pero eso es una arbitrariedad — exclamó Garcés.

—Le ruego no haga apreciaciones, que pueden ser peligrosas — respondió el que habia contestado al oficial.

Garcés cruzó algunas palabras más con los empleados de la Jefatura, y despues se lanzó á la calle lleno de desesperacion. Habria andado unos cuantos pasos cuando el oficial oyó pronunciar un nombre cerca de sí. Volviose el jóven militar y se encontró con un antigüo amigo suyo, que ocupaba en la Jefatura uno de los puestos subalternos.

Despues de cambiar los saludos de costumbre, Garcés hizo ademan de despedirse, deseoso de continuar su camino.

—Te encuentro un tanto preocupado, querido Teodoro — murmuró el amigo del capitan, al mismo tiempo que estrechaba la mano del jóven.

—Y lo estoy efectivamente — respondió el capitan, que á renglón seguido relató á su amigo lo que le habia ocurrido en la Jefatura.

El interlocutor del oficial escuchó atentamente las palabras del jóven, y, despues de un instante de vacilacion, murmuró al mismo tiempo que alzaba la cabeza y fijaba en su amigo una mirada interrogadora:

—¿Te haria un verdadero favor si te indicara la persona de quien depende hoy por hoy la libertad de tu amigo?

—Un favor que no olvidaria jamás—contestó con vehemencia el jóven.

—Pues entónces, vámonos á casa de Vallarino, y miéntras tomamos una copa de Oporto podremos hablar de ese asunto que, si no me equivoco, te tiene triste y cariacontenido—contestó el amigo de Teodoro.

—Perfectamente—respondió Garcés, que echó á andar acompañado de su amigo en direccion á la calle 18 de Julio.

Breves momentos despues se hallaban sentados el capitan y su compañero en el saloncito del Bazar Universal.

Los dos amigos hablaron largamente, y al fin despues de un instante de vacilacion, el empleado de policia murmuró dirijiéndose al capitan:

—Amigo Teodoro: yo, el crímen que puede haber dado motivo á la prision de tu amigo no lo conozco; pero en cambio puedo decirte quién es la persona que hizo que se diera la órden de prision, tanto respecto á tí como respecto de tu amigo.

—¿Y quién es ese canalla?—respondió Teodoro.

—Ese canalla, como tú le llamas, y quizás tengas razon en llamarle de ese modo, no es otro que el comandante don Adrian Leví. Y ya te he dicho lo que tenia que contarte, y ahora obra cómo te parezca, aunque reservando que yo he sido el que te ha

puesto sobre el rastro de ese jóven, pues tengo la seguridad de que si se supiera me proporcionaria un gran disgusto — terminó diciendo el amigo del oficial, que pocos momentos despues se separaba de su buen compañero.

CAPITULO LXVI

En el que don Adrian se encuentra con quien no esperaba

A las ocho de la noche del dia en que tuvieron lugar las escenas referidas en el capítulo anterior, se hallaban reunidos en la quinta de don Adrian Leví, éste y el infame comisario don Pancho.

El usurero ocupaba su ancho sillón de despacho, y en frente, al otro lado de la mesa, se hallaba el raptor de Ester. La conversacion que sostenian aquellos dos canallas era del mayor interés.

— Al fin triunfamos, — señor Leví — decia el comisario con cierta orgullosa satisfaccion.

— Sí, sí, es verdad; parte del camino está ya andado, pero aún falta algo — murmuró Leví, á quien el éxito de su primera empresa, es decir, del secuestro de Ester, no habia conseguido hacerle olvidar á Matilde.

— No creo que falte mucho, señor Leví, pues lo que es el asunto se llevó á feliz término, y gracias, á la detencion de ese paisano, de ese Juan Valdéz,

que era la única persona que hubiera podido darnos trabajo, podemos dormir á pierna suelta.

— Por esa parte, creo efectivamente que podemos estar tranquilos; las cosas se han hecho bien, hemos andado listos — respondió Leví.

— ¡Y tan listos! Afortunadamente las vacilaciones de Valdéz nos sirvieron á pedir de boca. El comisario, que se cree un lince: empezó á desconfiar yo hice de manera que sus desconfianzas se convirtieran para él casi en certezas, y sin encomendarse á nadie, pues es hombre que se deja llevar del primer impulso, y en poniéndosele una cosa en la cabeza nadie le apea de su burro, se plantó en la quinta y me trincó al paisano, que ponia el grito en el cielo — respondió el comisario.

— ¡Oh! ha sido un buen golpe.

— Seguramente; lástima grande que tambien no hayan preso al perro, al que de buena gana le regalaria un buen par de bolillas de arsénico.

— Es verdad, ya recuerdo que me hablastes de un perro....

— Sí, de un maldito animal, con el que no queria tener ninguna broma, — murmuró don Pancho,— y sobre todo, — añadió al cabo de un instante, al mismo tiempo que se estremecia — se parece como dos gotas de agua á otro perro con el que tuve que habérmelas en cierta ocasion; allá, cerca de la frontera del Brasil, una noche que no se me olvidará miéntras viva — terminó diciendo don Pancho, á la vez que palidecia.

— Un perro.... la frontera del Brasil.... — murmuró don Adrian con voz insegura, cuya alteracion pasó desapercibida para el comisario, que se habia quedado un momento silencioso y un tanto preocupado.

— ¡ Bah ! ¡ quién se acuerda de cosas viejas ! Ese perro despierta en mí algunos recuerdos; pero de seguro que no me han de hacer enflaquecer, — dijo el comisario al cabo de un instante, alzando la cabeza, al mismo tiempo que en sus delgados lábios se dibujaba una repugnante sonrisa.

— Sí, lo viejo debe olvidarse; lo pasado no vuelve, y lo que es necesario es ocuparse del presente, trabajar para el porvenir, y procurar reunir una punta de pesos, — contestó don Adrian.

— ¡ Oh ! eso sobre todo; habiendo pesos, los negocios marchan como en ruedas — respondió el comisario.

— Sí, sí, lo sé; y por eso has visto que procuro que á tí no te falten ruedas: con la plata que te dí el otro dia ya tienes una....

— Es verdad, don Adrian; pero con una sola rueda no anda el carro, — contestó el comisario.

— Con una nó, pero con dos sí, y pronto tendrás la compañera; sírveme bien, que yo no soy ingrato, respondió Leví con acento insinuante.

— En cuerpo y alma me tiene usted á su disposicion — contestó don Pancho, cuyos ojos brillaron ante la promesa de Leví de una próxima y nueva recompensa.

—Ya te dije que falta todavia algo que hacer; algo en lo que tú tambien te encuentras interesado más ó ménos, directamente....

—¿Yo? señor Leví.

—Tú, puesto que se trata del capitan Teodoro, y, por consecuencia, tambien de su asistente.

—¡Oh! tiene usted razón; estoy interesado en todo aquello en lo que se encuentren mezclados esos dos hombres, á los que ódio con todo mi corazon —contestó don Pancho, en cuyos ojos brilló un rayo de cólera.

—Quizás no esté lejano el instante en que puedas vengarte de ámbos—respondió Leví mirando á su interlocutor.

—¡Oh! qué feliz seré ese dia—contestó el comisario apretando los puños.

—Sí, lo comprendo; porque la venganza es siempre hermosa.

—¿Si es hermosa? No lo sabe usted bien, don Adrian—añadió don Pancho—ver cómo nuestro enemigo se retuerce bajo la influencia del dolor, irle destrozando poco á poco, que ruegue, que suplique que le maten, y uno hacerle sufrir mil muertes sin que pierda la vida: ¡oh! eso es hermoso—concluyó de decir don Pancho, al mismo tiempo que en sus labios se dibujaba una sonrisa cruel.

—Todo eso llegará; ahora el capitan está preso, así como su amigo; pero, por desgracia, tarde ó temprano los soltarán, y entónces entramos nosotros. Es decir: yo, para ayudarte á saldar tus cuentas; y

tú para quedarte en paz — murmuró Leví; — ahora bien, el capitan y su amigo están presos; pero ¿y Márcos, el asistente del primero, dónde se encuentra?

— Ese, como ya he dicho á usted, ha desaparecido — contestó el comisario.

— Pues es menester averiguar á toda costa su paradero, buscarle si es preciso hasta debajo de las piedras — contestó don Adrian.

— Se le buscará.

— Está bien. ¿Y tus hombres?

— En cuanto á esos, están dispuestos siempre á volver empezar. Con las libras que les dí, tomaron una tranca de primer órden, armaron un bochinche en una academia, durmieron una noche en el Cabildo, y despues se quedaron tan tranquilos y sin un cobre, deseando que caiga otro asuntillo como el pasado que les llene de pesos los bolsillos.

— Bueno; búscalos, y ténlos apostados por estos alrededores, por lo que pudiera ocurrir. ¿Será fácil encontrarlos?

— Y tan fácil; se pasan todo el dia y casi casi toda la noche en una pulperia que hay á unas tres cuadras de aquí. ¡Valiente clavo para el pulpero!

— Entónces, díles que estén listos, y dáles esto á cuenta — murmuró Leví, al mismo tiempo que sacaba del cajón de la mesa unas cuantas monedas de oro; — así estarán más dispuestos á perder la piel si es necesario.

— Perfectamente, — contestó el comisario hacien-

do desaparecer las monedas en su bolsillo — y ahora me voy á buscar á esos mozos, que no me gusta dejar las cosas para otro dia — terminó diciendo, al mismo tiempo que se ponia de pié, y colocaba sobre sus hombros su capote azúl con vueltas encarnadas.

— Así me gusta, actividad. Hasta mañana pues, Pancho — contestó don Adrian, levantándose y avanzando un paso hácia su interlocutor.

— Hasta mañana, don Adrian — respondió el comisario, dirigiéndose hacia la puerta.

— ¡ Ah ! Una palabra.

— Escucho.

— Si tuvieras que comunicarme alguna noticia urgente, ven enseguida.

— Vendré.

— Bueno; pero es necesario que puedas entrar en la quinta, y para eso tengo que indicarte la manera de que puedas llegar hasta aquí — contestó Leví.

— La campana de la puerta es buena, suena bien, y yo no tengo el brazo débil ; tocaré hasta que se caiga el badajo, y....

— Y te quedarás en el camino, pues nadie te abrirá la puerta ; soy un poco raro, Pancho, y en mi casa justamente al que llama es al que no se le contesta, — respondió Leví.

— ¡Demonio ! Entónces no sé cómo vamos á arreglarlo.

— Nada más fácil ; si bien llamando no se entra, en primer lugar porque el conserje duerme al extremo opuesto del jardin, y en segundo porque tiene

órden de no hacer caso; en cambio, se puede entrar abriendo uno la puerta por sí mismo — murmuró don Adrian: — Toma esta llave — añadió sacando una del bolsillo que entregó á don Pancho — no tienes mas que ponerla en la cerradura, y aunque sea muy tarde y esté dormido cuando llegues, ten la seguridad de que me encontrarás despierto y dispuesto á recibirte. La puerta, por medio de una combinacion especial, está en comunicacion con mi dormitorio: comunicacion que se halla cortada durante el dia, pero que por la noche hace sonar un pequeño timbre cada vez que se abre la puerta — terminó diciendo Leví.

— Es usted hombre muy prevenido, don Adrian — respondió don Pancho; — así no es tan fácil que le asalten á usted la casa.

— Bah, eso no seria gran impedimento, — contestó Leví.

Despues, los dos hombres abandonaron el suntuoso despacho y salieron al jardin.

La habitacion quedó un momento desierta; despues sintióse un leve ruido de pasos que se iba acercando al despacho del usurero, al mismo tiempo que el rumor de los de éste y del comisario se iba alejando.

Al cabo de un instante los pasos se detuvieron, y en la puerta de la habitacion apareció la gallarda figura del capitan Teodoro.

El semblante enérgico del bravo oficial aparecia ligeramente pálido, y en sus ojos brillaba un fuego sombrío.

¿Cómo habia llegado hasta allí el prometido de Matilde? Segun ya sabemos, todas las gestiones que habia hecho el capitan para poner en libertad á su amigo Ricardo habian sido completamente inútiles, consiguiendo tan solo saber con entera certeza que don Adrian Leví era quien los habia hecho detener en el vapor y encerrar en la cárcel del Crímen, de la cual gracias á don Mauricio, él habia podido salir en libertad.

Pero si bien él estaba libre gracias á su coronel, éste no habia podido sacar de la cárcel á Ricardo: en primer lugar, porque nada le decia el oficial en su carta respecto de él; y en segundo, porque el jóven se encontraba en distintas condiciones que el capitan. Por eso el bravo jefe, cuando su subordinado le habló de su amigo, se contentó con murmurar:

—Difícil me parece hacer con ese jóven el mismo milagro que con usted. Usted al fin no ha sido revolucionario, y él sí; y esto varía. En fin, allá veremos; pero debe usted contar desde luego con que bien á pesar mio no conseguiré nada.

Y el capitan, que pensaba lo mismo que el coronel, comprendió que su amigo estaba perdido si él no conseguia libertarlo.

Cuando supo que de don Adrian dependía tan solo el que se viera libre Sasturen, formó instantáneamente el plan de dirijirse á Leví, y obligarle por todos los medios posibles á que hiciera poner en libertad á Sasturen, y al mismo tiempo á que le diera noticias de Matilde, á quien pensaba ir á buscar á

Buenos Aires acompañado de Ricardo, para librarla si aún era tiempo de la venganza de sus enemigos; y decimos si aún era tiempo, porque el silencio de Márcos nada bueno le auguraba al oficial.

— Sí, es necesario concluir de una vez — dijo para sí el capitan — esta noche veré á ese bandido, le hablaré, y desgraciado de él si se niega á obedecerme.

El jóven oficial esperó con afán que llegara la noche; al fin la luz del dia se fué extinguiendo, y el jóven se encaminó á la quinta de Leví.

En una de las habitaciones del edificio brillaba una luz.

El capitan fijó una mirada en la ventana á través de la cual se distinguia la claridad: la habitacion iluminada era el escritorio del usurero.

— Vamos, tengo suerte — murmuró el capitan — ese bandido está en la casa y podremos hablar tranquilamente. Lo que tiene es que por la puerta no hay que pensar en entrar en la quinta, pues de seguro tendrá tomadas sus precauciones para evitar visitas importunas, y la mia no puede ser más inesperada ni más desagradable por él. Y lo que es sin entrar yo no me quedo — y el capitan Teodoro siguió andando, alejándose de la verja y avanzando lentamente por junto á la tapia que rodeaba la quinta, buscando inútilmente un sitio por donde penetrar en ella.

Al fin se detuvo el oficial, al mismo tiempo que murmuraba:

— No me agrada mucho, pero no hay otro remedio; entraré saltando la tapia, ya que no hay posibilidad de entrar por la puerta — y el capitan empezó resueltamente á poner en práctica su idea.

Despues de algunos esfuerzos, el oficial, que era un buen gimnasta, se encontró en lo alto de la pared, que por aquel sitio estaba un tanto ruinosa, y bien pronto pisaba la arena del jardin. Enseguida avanzó hácia la ventana iluminada. De repente lanzó una pequeña exclamacion al distinguir á don Adrian y enfrente de él al comisario don Pancho.

— ¡Oh! magnífica pareja — exclamó el capitan deteniéndose, — bueno es saber que ese canalla es amigo de Leví; tal para cual. Pero como mis asuntos tienen que ventilarse exclusivamente con don Adrian, esperaré á que se marche ese bandido, y entónces me presentaré y hablaremos.

Y despues de pensar más bien que de pronunciar las anteriores palabras, el capitan se apoyó en uno de los árboles del jardin, esperando á que el usurero se quedara solo.

Al fin vió levantarse al comisario, salir de la hatacion acompañado de Leví, y alejarse en direccion á la gran verja de la quinta. Entonces el oficial se dirigió al edificio, en cuya sala escritorio le hemos visto aparecer. El capitan se detuvo un momento en la puerta y despues avanzó hasta el centro de la habitacion.

— Esperemos la vuelta de ese bandido, — murmuró el oficial arrojando á su alrededor una mirada.

—No debe tardar, de la puerta de la quinta aquí no hay tanta distancia.

Pasó un minuto; despues se sintió el ruido producido por los pasos de Leví que se dirigia á la casa. El capitan se ocultó detrás de uno de los cortinajes que cubrian la puerta que daba paso á la inmediata habitacion. El ruido de los pasos de Leví se sintió más cerca, al fin la repulsiva figura del usurero se destacó de la sombra. Don Adrian parecia un tanto preocupado; entró, cerró cuidadosamente la puerta tras de sí, y se volvió tranquilamente, descorriendo el pesado cortinaje que la cubria.

Pero al volverse, don Adrian Leví lanzó un grito y un temblor nervioso agitó sus miembros, al mismo tiempo que palidecia horriblemente.

El infame usurero habia visto delante de sí la enérgica figura del capitan Teodoro.

CAPITULO LXVII

El capitan Teodoro y don Adrian Leví

Leví y el capitan quedaron frente á frente: el primero, sobrecogido y tembloroso, con todo el aspecto de un reo; el segundo, tranquilo y enérgico, con toda la apariencia de un juez vengador.

Al fin el oficial clavó una mirada en el usurero y murmuró con voz grave y reposada:

—Señor Leví, soy poco aficionado á tener cuentas atrasadas y vengo á que saldemos la que hay pendiente entre los dos.

Don Adrian alzó los ojos, fijó una mirada temerosa é incierta en el oficial y respondió con inseguro acento, sin darse cuenta casi de lo que decia:

—¿Una cuenta atrasada?... no comprendo.... no sé....

—¡Oh! ¿no comprende usted? ¡qué casualidad! Pero no importa, ya comprenderá usted bien pronto, pues pienso expresarme bien claro aunque en pocas palabras —respondió el capitan.

—¿Qué pretende usted de mí?—murmuró don Adrian con voz apénas perceptible, avanzando con paso vacilante hácia su gran sillon de despacho en el que se dejó caer pesadamente.

—¿Qué pretendo?... Va usted á saberlo bien pronto, señor Leví, — respondió el oficial al mismo tiempo que ocupaba el sillon colocado enfrente del usurero.

— No hace muchas noches, señor Leví — contituó diciendo Garcés, — mi amigo Sasturen y yo le honramos á usted con una visita que tenia por objeto hacerle una pregunta y una advertencia.

— Sí, llegaron ustedes hasta aquí contra mi voluntad, — murmuró don Adrian, que empezaba á rehacerse de la terrible impresion que le habia hecho la presencia del jóven.

— Ciertamente, y ya le explicamos los motivos, que son los mismos que me han hecho entrar hoy en esta quinta escalando sus tapias como un salteador. 'Pero de todo eso usted tiene la culpa. Si no hubiera tenido la seguridad de que usted no me hubiera recibido si hubiera venido á llamar á su puerta, no me hubiera tomado el trabajo de asaltar su casa, — contestó Garcés.

— El asaltar una casa escalando sus muros es un delito muy grave — contestó Leví con voz más segura.

—¿De veras? Podrá ser; pero creo que es mucho más grave robar á las gentes, estafarlas, y secuestrar y quizás asesinar á infelices jóvenes cuya única falta

consiste solo en no querer dar las gracias por que los despojan de su fortuna. Sin embargo, si cree usted formalmente que he cometido un delito puede usted denunciarme, que le prometo no rehuir la responsabilidad — contestó con acento despreciativo el capitan.

—¡Oh! quién sabe — contestó el usurero que poco á poco habia conseguido reponerse un tanto de su sorpresa.

—Es verdad, quién sabe: Sin embargo, creo que lo sé yo, pues á pesar de que las leyes, por desgracia, no significan nada hoy en dia, y la libertad del ciudadano honrado llega tan solo hasta donde quiere cualquiera de los hombres que giran en las esferas del poder, tengo la firme resolucion, señor Leví, de que usted no vuelva á tener el gusto de hacerme encerrar en la cárcel del Crímen como la vez pasada, de donde he salido gracias á que aún hay hombres leales y honrados por el mundo, muy diferentes á usted que no sabe lo que son esas cosas. Pero dejemos eso y vamos á lo que importa, que deseo no perder el tiempo en vanas discusiones. Al venir aquí, señor Leví, puede suponer que habré venido decidido á no retroceder.

—¿A no retroceder?

—Exactamente: á no retroceder; pues vengo resuelto á todo, hasta á matarle á usted de un tiro sinó da usted una respuesta clara y terminante á mis preguntas, y no se doblega usted incondicionalmente á mi voluntad. El medio será algo bárbaro,

pero es el único digno de usted: el que se emplea con una fiera salvaje.

—¡Oh! señor Garcés, me insulta usted, me amenaza—contestó don Adrian, procurando aunque inútilmente dar á su acento una modulacion firme y enérgica.

—Es posible, y si se ofende usted lo sentiré, porque no pienso darle á usted ninguna satisfaccion. Pero no divaguemos, ni perdamos el tiempo inútilmente; terminemos de una vez—concluyó diciendo el capitan al mismo tiempo que se ponia de pié.

—Está bien: ¿qué exige usted de mí?—contestó don Adrian, cuyo semblante aparecia densamente pálido.

—Hace pocas noches vinimos el señor Sasturen y yo á preguntar á usted en dónde ocultaba á Matilde; usted se negó á ello, bajo el pretexto de que no lo sabia; nosotros le fijamos á usted un plazo para que pusiera en libertad á esa señorita, pasado el cual, sinó lo realizaba así, seria usted denunciado á los tribunales por estafador, por ladron y por secuestrador; además prometimos á usted solemnemente matarle como se mata á un perro rabioso, ó como se aplasta á un reptíl, en el caso que consiguiera usted burlarse de las leyes y quedar libre, en vez de ir á arrastrar el grillete del presidario.

—Eso seria un asesinato—murmuró Leví.

—Seria un acto de justicia; un poco bárbara si se quiere, pero buena á falta de otra mejor—respondió el capitan—Ahora bien,—continuó—si

usted no hubiera cometido la infamia de hacernos detener á Ricardo y á mí, no hubiéramos necesitado que usted nòs hubiera dicho dónde se hallaba Matilde; pues, como sabrá usted muy bien, su infame cómplice Miguel prefirió decirnos el sitio dónde la ocultaba ántes que verse metido en la cárcel, teniendo que dar cuenta de sus crímenes y verse despojado de la espléndida recompensa que habia recibido de usted.

—¿Miguel ha dicho dónde estaba Matilde?—murmuró don Adrian con acento ronco, temblando de ira al pensar que su antigua pupila pudiera haber sido puesta en libertad, y al mismo tiempo haber llegado á manos de sus enemigos el documento firmado por Savelio.

—¿Acaso su honrado asistente no ha referido á usted su aventura? ¿No le ha contado á usted que fué detenido al salir de aquí, despues sin duda de tramar con usted algun nuevo crímen? Vamos, don Adrian, no se haga usted el ignorante, que ningun provecho puede usted sacar de su fingida ignorancia, en razon á que maldito lo que puede influir en mi resolucion el que usted sepa ó nó que Miguel cantó de plano,—terminó diciendo el capitan, fijando en su interlocutor una mirada investigadora.

—¡Miguel, Miguel, traidor, cobarde!—murmuró don Adrian con voz sorda—infame bandido que me vende miserablemente!—terminó diciendo el usurero.

—Es usted un verdadero canalla, señor Leví; tiene usted un cinismo á toda prueba, y á duras pe-

nas me contengo para no cruzarle á usted el rostro con mi mano — murmuró el capitan, cuya sangre generosa se sublevaba al ver el cinismo de aquel bandido.

— Señor Garcés, me está usted insultando, y yo no puedo tolerar sus palabras — respondió Leví, con una voz que parecia un gruñido, y con una falsa energia debida tan solo á la ira que le dominaba.

— A los bandidos no se les insulta: están enfrente de la sociedad, están fuera de la ley, y todos tienen derecho de arrojarles al rostro el calificativo con que la ley los designa; usted es un bandido, un canalla, y hay que tratarle á usted como lo que es — respondió el capitan con energía.

— ¡ Señor Garcés!.... — repitió el usurero con voz ménos segura, pues la enérgica expresion del oficial le hacia recordar su situacion, que nada tenia de halagüeña.

— ¡ Señor Leví, terminemos! No he venido aquí para perder el tiempo, y no pienso perderlo por ningun estilo. No vengo tampoco á ser interrogado, sinó á interrogar, y á terminar de una vez, — murmuró el capitan.

— Pero ¿ qué es lo usted quiere? — respondió el usurero, mirando con temor al oficial.

— Quiero, en primer término, que inmediatamente sea Ricardo puesto en libertad — contestó el jóven.

— Yo no puedo hacer eso, yo no puedo poner en libertad á nadie, — contestó don Adrian.

— Creo, señor Leví, que lo mismo que pudo usted

hacer que se llevara á efecto la detencion, puede usted hacer que se le ponga en libertad. Yo, afortunadamente, no he necesitado que usted se tomara la incomodidad de ir á buscarme á la cárcel del Crímen; pero su antiguo pupilo de usted no está en el mismo caso — contestó el oficial.

— Para eso se necesita tiempo, y aún con tiempo casi seria imposible, Ricardo es....

Al llegar á este punto el usurero se detuvo un instante, le habia parecido oir resonar el timbre eléctrico que tenia en su dormitorio, timbre que como ya sabemos comunicaba con la verja del jardin.

— Termine usted su frase, señor Leví — murmuró Teodoro, que habia notado una expresion particular en el semblante de su interlocutor.

— Pues mi antiguo pupilo, como usted dice, es un revolucionario, y ese es el motivo sin duda alguna de que le hayan preso. Yo no soy el Jefe Político para poder poner á nadie en libertad, — terminó diciendo Leví, que sentia renacer su valor, siempre bien reducido, al oir tocar el timbre, que le indicaba que su cómplice don Pancho estaba en la quinta.

— ¿De modo que no puede usted sacar á Ricardo de la cárcel?

— Nó.

— Pues bien, si no puede conseguir que le pongan en libertad, lo siento por usted á quien enviaré al infierno con un balazo en el cráneo, ya que no encuentra hacedero lo que le pido, mejor dicho, lo que le ordeno — contestó con firmeza el capitan.

—Considere usted, señor Garcés, que yo no puedo hacer imposibles—respondió Leví.

—¿Es esa la última palabra de usted?

—Repito á usted que yo nada puedo hacer para sacar de la cárcel á Ricardo.

—Perfectamente; pero ya le he dicho á usted anteriormente que venia decidido á todo, y ese todo se reduce en estos momentos á levantarle á usted la tapa de los sesos, si no puede usted libertar á Sasturen, y entregarle á su hermana, caso de que no la haya hecho usted asesinar—contestó el capitan, al mismo tiempo que se ponía de pié, y sacando un revólver de su bolsillo, apuntaba con él á la cabeza del usurero, que se estremeció, palideció horriblemente, y murmuró con voz sorda, de un modo violento, como si cada palabra le costara un esfuerzo sobrehumano:

—¡Señor Garcés, un instante!

—Un solo instante, pase; pero nada más. Hable usted—contestó el oficial, sin bajar el arma con que amenazaba al usurero.

—Yo haré que pongan en libertad á Sasturen, —añadió Leví.

—Está bien; ya sabia yo que concluiríamos por entendernos—contestó el capitan, bajando lentamente el revólver.

CAPITULO LXVIII

Conclusion del anterior

—Yo me comprometo á obtener la órden de escarcelación, pero mañana; hoy nó. Debe usted comprender que esta noche es de todo punto imposible — contestó Leví.

—¿Mañana? — respondió el oficial.

—Sí.

El capitan pareció reflexionar un momento; él hubiera deseado que su amigo se hubiera visto libre en seguida, pero comprendía que á aquella hora, aunque Leví hubiera querido conseguir la órden de libertad, era demasiado tarde para poder dar los pasos necesarios.

—Está bien; pero yo necesito una garantía de que usted no se ha de arrepentir de su promesa, — añadió el oficial.

—¿Y qué garantía puedo yo dar para que usted tenga la certeza de que cumpliré mi palabra? — res-

pondió Leví con intranquilidad, pues comprendía que su vida peligraba si no lograba convencer á su enemigo de la veracidad de sus palabras, cuyo cumplimiento, por otra parte, pensaba eludir si se presentaba ocasion propicia, haciendo prender de nuevo al oficial si éste se confiaba de su promesa y no cumplía la suya de romperle el cráneo de un balazo. Aparte de esto, don Adrian ansiaba ganar tiempo, porque tenia la esperanza de que el comisario acudiera en su auxilio.

Como sabemos, Leví habia creido escuchar el sonido del timbre que anunciaba que álguien entraba en la quinta, y ese álguien no podía ser otro que don Pancho á quien habia entregado la llave de la verja. Es verdad que aquel ruido que habia creido percibir, podia ser tan solo una ilusion forjada por su deseo.

— Solo hay un medio de que yo le deje á usted en libertad para que dé los pasos necesarios con el objeto de que mañana ántes de las doce esté libre mi amigo Sasturen, — respondió Garcés despues de reflexionar un instante.

— ¿Cuál?

—En primer lugar, va usted á decirme inmediatamente qué ha sido de Matilde; si está aún en Buenos Aires en poder del infame Miguel, ó si ha cometido usted el último crímen haciéndola desaparecer para siempre.

—Yo no sé nada de Matilde, ni he visto á Miguel desde aquella noche en que fué detenido, segun usted me ha dicho hace un momento. Es más:

ignoro hasta el sitio en que se encuentra. Miguel me ha hecho traicion, me ha robado, me ha arrancado más de cien mil pesos, creyéndose el más fuerte; se ha declarado mi enemigo, y no sé al presente en dónde oculta á la hermana de Ricardo, ni cuáles sean sus intenciones — respondió Leví, con un acento tal de verdad, que Garcés dudó si efectivamente seria cierto lo que decía el usurero.

— Eso me parece poco verosímil — murmuró el capitan.

— Será así, pero por desgracia es la verdad; puede usted hacer lo que quiera, pero nada más puedo decirle.

— Está bien; despues trataremos de eso. En último caso, Sasturen y yo averiguaremos bien pronto si usted miente ó nó, y pobre de usted si me engaña para tener tiempo de cometer un nuevo crímen — respondió el capitan con acento amenazador.

— Digo la verdad — contestó Leví.

— Eso ya lo veremos. Pasemos ahora á la cuestion de Ricardo. Voy á dejarle á usted libre para que cumpla su promesa.

—¡ Ah! — murmuró don Adrian con mal disimulada alegria.

— Sí; pero no se alegre usted tan pronto, ni proyecte usted una nueva traicion, una nueva infamia. Le dejaré á usted libre, pero ántes tiene usted que llenar una pequeña formalidad.

— ¿ Cuál ? — murmuró el usurero con visible intranquilidad.

—Para que yo le deje á usted libre, para que yo salga de esta casa dejándole esa vida que he venido decidido á arrancarle, tiene usted que tomar un papel y escribir unos renglones que voy á dictarle, poniendo al pié de ellos su firma.

—¿Unos renglones?

—Sí; tome usted papel y una pluma, y empiece usted á escribir,—terminó diciendo el oficial.

El usurero cogió una hoja de papel y se dispuso á seguir la indicacion del capitan, fijando al mismo tiempo en él una mirada temerosa.

—¿Qué tengo que escribir?

—Lo siguiente: «Declaro haber hecho robar de la estancia de Santa Rosa á la señorita Matilde Sasturen, y haberme apoderado de la fortuna perteneciente á á ésta y á su hermano Ricardo, de quienes he sido tutor; de cuyos bienes me hecho dueño por medio de la estafa y del engaño.»

—¡Yo no escribo eso!—exclamó Leví arrojando la pluma sobre la mesa.

—¡Ah! ¿no escribe usted eso?

—Nó,—respondió Leví, cuyo semblante se habia descompuesto horriblemente—no escribo eso, pues si lo escribiera seria sentenciarme yo mismo á ir al Taller—concluyó diciendo don Adrian.

—Puede usted hacer lo que guste; pero solamente de ese modo, firmando usted ese documento que me garantizaba plenamente de que usted habia de cumplir su palabra, es como yo hubiera dejado á usted en libertad: de otro modo nó. Nos conocemos lo bas-

tante para que yo no sea tan nécio que me fíe simplemente de la palabra de usted. Si saliera de aquí esta noche sin llevarme un arma terrible contra usted, tengo la seguridad de que mañana por la mañana sería preso de nuevo bajo cualquier pretexto, y usted se quedaría triunfante, y riéndose de mi nécia credulidad. Nó, señor Leví, nó, y cien veces nó; ó escribe usted y firma dicho papel, ó le mato á usted como á un perro. Sin embargo, aunque es usted un bandido, un canalla, le dejaré á usted que se defienda; es una atencion por mi parte, que en nada altera mi propósito, ni su resultado, porque es usted tan cobarde que le falta á usted valor hasta para defender su vida.

— Prefiero morir á firmar ese papel — respondió Leví. — Le juro á usted por lo más sagrado que sin necesidad de ese papel, que sería mi sentencia de presidio, mañana estaria libre Ricardo Sasturen.

— ¡ Juramentos! ¿ Jura usted por lo más sagrado? ¿ Hay acaso algo sagrado para usted? — Decididamente me toma usted por un nécio. Concluyamos de una vez: ¿ escribe usted ó nó? Si me entrega usted ese papel, y despues cumple usted su palabra libertando á Sasturen, y Matilde vive, y la rescatamos del poder del cómplice de usted, le prometo no hacer uso de su declaracion, y entregársela el mismo dia que Matilde se reuna de nuevo con su hermano; y lo que yo prometo lo cumplo; no me llamo Adrian Leví, — terminó diciendo el capitan.

— ¡ Oh ! nó, nó, eso no puede ser, yo no puedo escribir esa declaracion — respondió don Adrian con

voz sombría, — sería casi un suicidio, pues eso significaría para mí la cárcel y la miseria, y ántes prefiero la muerte.

—¿Sí? ¡pues sea! puesto que lo quiere usted así — respondió el capitan, al mismo tiempo que alzaba de nuevo su mano armada con el revólver, con el que apuntó por segunda vez al usurero — morirá usted si así le agrada — añadió el jóven, cuyo semblante se contrajo, á la vez que en sus negros ojos brillaba una mirada terrible — un minuto tiene usted para decidirse: si ántes de ese minuto no empieza usted á escribir lo que le he dicho, al terminar es usted hombre muerto, — y el oficial extendió su brazo, hasta tocar casi con el cañón del revólver la frente de don Adrian.

El usurero miró con estupor al capitan, lanzó despues á su alrededor una mirada llena de angustia, de terror indefinible, y su rostro adquirió la palidez de un cadáver.

El capitan entretanto seguía atentamente la lenta marcha del reloj colocado en la pared, cuyo tic tac resonaba en la cabeza de Leví de un modo fatídico.

Pasó un instante: dos segundos más, y Leví era hombre muerto; trascurrió otro segundo, don Adrian se agitó como si pretendiera pronunciar algunas palabras, pero sus lábios se movieron sin producir sonido alguno, sus ojos se abrieron desmesuradamente, sus manos buscaron inútilmente un arma, y su semblante adquirió un tinte verdoso bajo la influencia del miedo; el usurero sentia que la muerte se cernia sobre su cabeza, hubiera querido hablar, aceptar la proposicion, pero

el miedo le embargaba por completo. Pasó otro segundo; en los ojos del capitan brilló una mirada sombria, su mano se crispó, el gatillo iba ya á herir el fulminante. Leví cerró los ojos, pero en aquel momento sintiéronse pasos precipitados y un instante despues, aparecia en la entrada de la habitacion una mujer, que se detuvo un momento, arrojó una mirada á su alrededor, y despues murmuró con acento firme, al mismo tiempo que adelantaba un paso hácia don Adrian:

— ¡ Don Adrian Leví, infame servidor del tirano, es usted un ladron y un asesino !

El capitan y el usurero fijarón su vista en la recien llegada.

Aquella mujer era la hermosa y desventurada hija de don Luis Mendieta.

CAPITULO LXIX

Encuentro inesperado

Antes de seguir adelante, bueno será que expliquemos cómo se encontraba Ester en libertad y en la quinta del infame usurero.

Dejamos á la desgraciada huérfana en el momento en que el infame comisario y sus cómplices la habian dejado encerrada en la estancia del Carmesí. Al encontrarse sola la pobre niña, al sentir alejarse los pasos de sus raptores, la infeliz Ester sintió que á sus ojos afluían las lágrimas, lágrimas de desesperacion, de infinita amargura.

—¡Oh! ¡cuán desgraciada soy!—decia para sí la pobre jóven—mi calvario es eterno, mis dolores no tienen fin. Primero la miseria horrible, los dias sin pan, todas las amarguras del hambre.... Luego el infame don Adrian Leví, el Gran Mariscal.... mi madre muerta, sí.... y ella, la vida de mi vida, murió creyéndome culpable, y sin que yo pudiera cerrar sus

ojos, sin que pudiera recoger su último aliento... Despues aquella fosa, que los sepultureros iban ahondando, aquel hueco oscuro, la caja donde iba encerrada mi pobre madre, descendiendo lentamente, chocando de cuando en cuando con las paredes, tocando al fin en el fondo; luego aquellos hombres echando paladas de tierra sobre el féretro, paladas que al caer producian un sonido lúgubre que resonaba en mi pobre corazon entristecido y desgarrado por la pena. ¡Madre mia, madre mia, por qué no me enterraron contigo!... ¡por qué Dios no me arrebató la vida cuando dispuso de la tuya! — y los sollozos agitaron el pecho de la huérfana al llegar á este punto de sus pensamientos!... Sí, sí.... ¡morir mil veces hubiera sido mejor! — añadió Ester con voz casi imperceptible, con voz que parecía un soplo.

—¿Para qué vivir?.... muerta mi madre ¿qué me importaba la vida?... ¡Oh! pero tenia que vivir para sufrir.... y quizás para vengarme.... Aquella noche de inmensa pena, aquellos instantes en que tuve frente á frente el rostro repugnante del Gran Mariscal; sufriendo sus soeces insultos, viendome expuesta á las brutales miradas de todos sus infames compañeros; aquellas horas pasadas en la prision de la casa de Leonidas, ¡oh! sí, sí; venganza, ¡venganza, que por horrible que fuera nunca seria tan grande que compensara mis sufrimientos!... El Gran Mariscal tiene que saldar una larga cuenta conmigo.... todas mis desgracias proceden de él: ¡hambre, orfandad, desesperacion, abandono!... Muerta mi madre, aquellas

horas de inmensa pena, luego arrojada en medio del arroyo, perseguida.... más tarde el Quebracho.... ¡oh! ¿por qué no morí allí?... ¡Allí, junto al único sér que me quedaba en el mundo, junto á Ricardo! Pero no, la suerte no quiso que dejara de sufrir.... Y sin embargo yo busqué la muerte; en el fragor de la pelea corria en busca del peligro.... ¿por qué no quedé en el campo de batalla?... ¡El campo de batalla.... que cosa más horrible!... ¡muertos con el rostro lívido, con las manos crispadas; heridos lanzando terribles ayes de dolor!... Y yo he matado, sí, he matado, y no se me borra de la imaginacion el rostro de aquel hombre.... Pero si maté, maté por librar á Ricardo. Y de todo, sólo el Gran Mariscal es el culpable. Si él no hubiera sido un déspota, un tirano, un bandido, no se hubieran batido los orientales en el Quebracho, yo no hubiera tenido que vengar la muerte de mi madre, y no hubiera sabido lo que era matar.... ¡Oh! y el matar es horrible, sí, horrible; constantemente tengo delante de mí el rostro lívido de aquel desgraciado; sin cesar le estoy viendo, con los ojos desmesuradamente abiertos, tambalearse y caer al suelo con los brazos extendidos — y la pobre niña se estremeció, y se replegó temblorosa sobre el diván donde se habia dejado caer al oir alejarse los pasos de sus raptores. ¡Qué horribles pensamientos, qué horribles imaginaciones! — continuó diciendo para sí la infeliz huérfana, — con qué placer me mataría — murmuró despues con creciente exaltacion — sí, me mataría.... Pero yo no puedo disponer de mi vida,

no soy dueña de ella.... solo Dios es árbitro de mi existencia.... Sin embargo, el Gran Mariscal vendrá, estoy en su poder; ese infame, ese mónstruo de maldad sin freno y sin valla, querrá dominarme por la fuerza ya que no ha podido doblegar mi voluntad con las dádivas ni con la amenaza; volverá á gozarse en mi desesperacion, en mis dolores.... Pero nó, no puede ser, moriré ántes que sentir cerca de mí al infame tirano de mi patria, ántes que ver que se fija en mí su mirada de Sátiro. Sí, sí, morir, morir cien veces, ó matarle á él.... sí, matarle, verle morir, agitándose en cruel agonía, sí, sí.... lo mismo que aquel soldado.... el soldado, el soldado.... Ricardo, mi madre.... necesito morir ó librarme del tirano, necesito un arma, un puñal.... léjos, léjos de mí, un soldado muerto; me mira, me mira con sus ojos vidriosos, extiende luego sus brazos hácia mí.... nó, nó!... vete, vete!... — y la infeliz huerfana, al llegar á este punto de su monólogo, se sintió presa de una terrible convulsion nerviosa, retorciéndose las manos, destrozándose las muñecas con las ligaduras que le habia puesto el infame comisario cuando la conducia á la estancia. La exaltacion horrible que le habian producido los acontecimientos de la noche anterior, unidos al recuerdo de todas sus desdichas pasadas, y á la realidad del presente, habian traido como consecuencia una de aquellas tremendas crísis que tanto asustaban á doña Luisa, y que tan poco tranquilizadoras habian parecido al médico á quien habia ido á consultar la buena paisana.

La pobre Ester se agitó largo rato de un modo horrible, retorciéndose violentamente en el paroxismo de su impotencia; hasta que al fin quedó inmóvil, como muerta, tendida sobre la mullida alfombra de su espléndida prision, á la que sólo llegaba de cuando en cuando alguno de esos rumores sin nombre, inexplicables, de las soledades y de los campos.

Luego fué amaneciendo, avanzó el dia; un hombre, una especie de mono, negro, raquítico, contrahecho, extraño, inverosímil digámoslo así, entró en la prision de Ester llevando una cesta con algunas viandas, que colocó sobre una preciosa mesita de laca que se veia en el centro de la habitacion.

El hombrecillo fijó despues una mirada estúpida en la jóven y murmuró:

—¡Ah! duerme; pero ¿porqué se habrá acostado en el suelo?... Los divanes son más blandos.... y es linda, linda... El patrón es hombre que no quiere niñas feas.... sí, sí, es linda.... pero las demás tambien eran lindas. Y la otra vendrá, vendrá luego.... y yo quiero mucho á la otra niña.... Si viera á ésta.... pero nó, el patron me mataría; nada, Juancico: come, cuida á las niñas y sufre puntapiés; pero ponerte en el cepo nó, que duele mucho; ¡silencio, silencio! — concluyó diciendo el hombrecillo, cubriendo su boca con la palma de la mano, como si quisiera evitar que las palabras se escaparan á pesar suyo.

—¡Cállate! Juancico, cállate, que las paredes oyen, y aquí sobre todo; — murmuró enseguida mirando temeroso á su alrededor. Luego el hombrecillo per-

maneció un momento silencioso contemplando á la jóven, que continuaba inmóvil en el suelo; despues, se volvió lentamente hácia la puerta que le habia dado paso, por la que desapareció al mismo tiempo que murmuraba: — Una más, y es bonita: el patrón tiene buen gusto; y hoy vendrá la otra.... se enterará y.... ¡Bah! á mí qué me importa, allá se arreglen: de un modo ó de otro Juancico siempre será Juancico — terminó diciendo el negro á la vez que se encogía de hombros. Enseguida cerró la puerta y se alejó de la prision de Ester.

Largas horas permaneció de aquel modo la infeliz hija del comandante Mendieta, sin que nadie acudiera en su socorro, con el bello semblante alterado por el sufrimiento, como una hermosa estátua yacente del dolor.

De nuevo volvió á aparecer el mezquino hombrecillo, llevando otras provisiones para la prisionera, provisiones que retiró de nuevo, al ver que las primeras estaban intactas; y la luz del dia, despues de penetrar suavemente por los esmerilados cristales de una alta claraboya, medio oculta entre oleadas de ricas y semi-trasparentes telas, fué cediendo ante las sombras de la noche que envolvieron por completo la prision de Ester, en la que sólo se percibia la agitada respiracion de la jóven, que de en cuando en cuando se estremecia violentamente, murmurando palabras ininteligibles.

Al fin la infeliz huérfana se fué calmando poco á poco, abrió los ojos, pasó su hermosa mano por la

ardorosa frente y lanzó una incierta mirada á su alrededor, fijando su vista con extrañeza en los objetos que la rodeaban, iluminados por la luz del dia que de nuevo habia ido á disipar las tinieblas de la lujosa cárcel de la jóven.

—¡Dios mio, Dios mio! ¿dónde me encuentro? —murmuró al fin la pobre niña con voz insegura, procurando coordinar sus ideas que empezaban á influir á su cerebro en confuso tropel — pero sí, ya recuerdo — añadió al cabo de un instante — dos hombres me sacaron de la quinta, me trajeron aquí, estoy en poder del Gran Mariscal — y al llegar á este punto de sus pensamientos, Ester se incorporó, fijando una mirada temerosa en la cerrada puerta de su prision, como si esperase ver aparecer por ella al odioso tirano.

Despues Ester permaneció un instante inmóvil como abstraida, reconcentrada en sí misma, procurando dominar la vaguedad de su cerebro, pretendiendo sujetar su razón, que temia perder en medio del revuelto cáos de sus pensamientos.

De pronto, la infeliz jóven se estremeció, palideció terriblemente, alzó la cabeza y fijó de nuevo sus miradas en la cerrada puerta. Le habia parecido oir rumor de pasos. La desgraciada niña escuchó atentamente; no se habia equivocado, álguien se dirigia á su prision; se sentia ruido de pisadas, que iban acercándose. Ester se levantó trabajosamente; la pasada crísis habia destrozado su delicado cuerpo. Despues miró afanosamente á su alrededor buscando inútil-

mente un arma que le sirviera para defenderse de su infame perseguidor, ó para matarse en último extremó ántes que entregarse á él. Porque para Ester, no podia ser nadie más que el Gran Mariscal la persona que se aproximaba; su enemigo impacable, la causa de todas sus desdichas.

Pasó un segundo, los pasos se detuvieron delante de la puerta de la prision de Ester, puerta que desaparecia detrás de pesados cortinajes de seda. Se oyó el leve chirrido producido por la llave al dar vuelta en la cerradura, y á continuacion el leve rumor que hacía la puerta al girar sobre sus goznes. La jóven miró de nuevo con creciente angustia á su alrededor; despues lanzó un pequeño grito de alegría, al ver un cuchillo de plateado cabo y de redonda punta que se veia sobre el pequeño velador, donde se hallaban los manjares llevados por el negro. Con un rápido esfuerzo, logró desasirse de la ligaduras que sujetaban sus brazos, se apoderó rápidamente de la acerada hoja, y corrió á refugiarse en el ángulo más apartado de la habitacion oprimiendo el cuchillo convulsivamente contra su pecho, cuchillo que de poco ó nada podia servirle. Despues, adelantó la hermosa cabeza fijando en la puerta una mirada ávida, afanosa. Al fin se entreabrieron los pesados cortinajes, pero en vez de aparecer en el cuadro de múltiples colores formado por sus ricas telas la figura del infame tirano deshonra de su pátria, apareció una hermosa jóven, que se detuvo un momento, lanzando despues al interior de la habitacion una curiosa é investigadora mirada.

La desconocida avanzó luego un paso, la luz incierta de la tarde que penetraba por la alta claraboya inundó su rostro, al mismo tiempo que sus miradas se cruzaban con las de Ester, que al ver el semblante de la desconocida exclamó llena de sorpresa:

—¡Emilia! ¡Emilia!

—¡Ester!—exclamó al mismo tiempo la recien llegada con un acento particular, indefinible, extraño, por decirlo así.

Pasó un instante.

Luego, el cuchillo que la jóven estrechaba convulsivamente contra su pecho rodó por el suelo, y la desconocida y la pobre huérfana se confundieron en un abrazo.

Aquella hermosa jóven no era otra que la hija de la infortunada doña Gertrudis, de la infeliz viuda del comandante Leon.

Media hora despues se alejaba de la quinta del Carmesí una preciosa berlina arrastrada por un poderoso tranco de caballos ingleses. Las persianas del carruaje iban levantadas; en él iban Emilia y la desgraciada Ester.

El coche que las conducía se cruzó en el camino con otro que marchaba en direccion opuesta: en él iba el Gran Mariscal, ansioso de volver á ver á la hermosa jóven cuyo recuerdo no le abandonaba ni un instante.

Pero el gran magnate debía sufrir un nuevo y terrible desengaño, puesto que la huérfana había desaparecido de la Estancia en compañía de Emilia, dejando



WAY y C.ª Sc

La desconocida y la pobre huérfana se confundieron en un abrazo.

encerrado en su prision el negro Juancico, que debia sufrir la explosion de la cólera de su infame amo.

CAPITULO LXX

Regreso á la quinta

Era ya de noche cuando el carruaje que conducia á las dos jóvenes se detenia delante de la puerta de la quinta de Juan Valdéz.

La hermosa huérfana bajó del carruaje despues de despedirse de su antigua amiga, con un «gracias; hasta la vista», — y llamó con insegura mano en la morada de la que tan infamemente habia sido arrebatada.

La pobre niña continuaba dominada por una especie de sobrexcitacion, y sus ojos tenian una expresion especial, una fijeza extraña; sus miradas un brillo extraordinario.

Como ya hemos dicho, la jóven llamó en la puerta de la quinta, miéntras el carruaje de Emilia se alejaba al trote de sus briosos caballos.

Pasó un momento y nadie respondía; la jóven volvió á llamar con febril impaciencia; deseaba encon-

trarse cuanto ántes en medio de las únicas personas que amaba en el mundo despues de su inolvidable Ricardo.

— Es extraño — murmuró la jóven despues de esperar un instante que contestaron á su segundo llamamiento — ¿No habrá nadie en la casa?

Enseguida volvió á llamar. Despues esperó de nuevo.

Al fin sintiéronse pasos á lo léjos, luego una voz conocida de Ester; la voz de la mujer del desgraciado jardinero, que se dejó oir desde el interior, tranquilizando á Ombú que ladraba desesperadamente. Al fin, despues de entreabrirse con precaucion el ventanillo de la puerta, y de oirse un pequeño grito de sorpresa lanzada por la buena muger al encontrarse con la hermosa jóven, se abrió rápidamente la puerta y Ester penetró en el pequeño zaguán, con el que comunicaban las habitaciones de Ester y las de doña Luisa.

—¡Señorita Ester, señorita Ester! — exclamó la muger de Juan, mirando llena de sorpresa á la jóven. —¡Oh! pobre señorita, ¿cómo es que ha conseguido usted volver á casa?

—¿Cómo he conseguido volver?... ¡ni yo misma podria explicarlo! — respondió Ester con un acento especial, al mismo tiempo que procuraba abrir la puerta de la habitacion de su protectora, y que acariciaba la hermosa cabeza de Ombú, que aullaba alegremente.

— Es inútil que abra usted — murmuró la buena

muger moviendo la cabeza, — doña Luisa y las señoritas han salido.

— ¿Qué han salido?

— Sí, señorita, han salido, no hay nadie en casa. Han ido á Montevideo con el objeto de conseguir la libertad del patrón.

— ¿La libertad del patron? — respondió con sorpresa la jóven, volviéndose hácia su interlocutora y fijando en ella una mirada llena de interrogaciones.

— Sí, señorita; el patrón está preso desde esta mañana. ¡Oh! desde que se la llevaron á usted de la quinta todo son desgracias: mi pobre marido muriéndose, el señor Valdéz en la cárcel....

— ¿Juan está enfermo? — murmuró con interés la jóven.

— Mi podre marido fué herido por los malos hombres que se la llevaron á usted. La quiso defender; ya sabe usted señorita que todos la queremos, y mi pobre Juan fué víctima de su deber y del cariño que le tenía á usted. ¡Pobrecillo! si le hubiera usted visto tendido en este mismo sitio, con la cara blanca como un papel y en medio de un charco de sangre.... ¡Oh! ¡no quiero acordarme! — terminó diciendo la interlocutora de la jóven, al mismo tiempo que ocultaba el rostro entre sus manos como si quisiera ocultar á su vista algun terrible espectáculo.

— Pero todo eso es extraño — contestó la huérfana.

— Y tan extraño. Por la mañana, cuando vino el patrón que, según dijeron, habia sido llamado al Ca-

bildo, nos encontramos al pobre Juan herido y sin conocimiento. Despues se supo que usted habia desaparecida luego vino la policia, pero maldito lo que sirvió. Es decir, que no hizo nada de provecho; pero en cambio se llevó más tarde preso al patrón, y esto fué lo peor, pues para nada bueno le habrán llevado á la cárcel — respondió la buena mujer.

— ¡ Preso mi protector, Juan herido ! — murmuró Ester como hablando consigo misma — parece que la desgracia es mi inseparable compañera, y que en ella envuelvo á las personas que me aman. ¡ Oh ! ¡ qué fatal estrella es la mia ! — terminó diciendo la jóven, al mismo tiempo que á sus hermosos ojos asomaban las lágrimas.

Despues cruzó algunas palabras con la mujer del jardinero, preguntándole por el pobre Juan. Luego volvió á intentar abrir las puertas de sus habitaciones, pero éstas estaban cerradas. desde el dia de la desaparicion de la huérfana.

— ¿ Quién tiene la llave de esta puerta ? — preguntó Ester.

— La llave de esa puerta la tiene la señora; mejor dicho, está en sus habitaciones; y las llaves de éstas las he subido arriba, al cuarto del patrón, — respondió la mujer del jardinero.

— Está bien — contestó la jóven.

— ¿ Quiere usted que suba á buscarlas ?

— Nó, no es necesario; iré yo misma. Vuélvase usted al lado del pobre Juan — respondió Ester.

— Como usted quiera, señorita, — contestó la

mujer, que en su interior se alegraba de volver cuanto ántes al lado de su marido.

—Sí, váyase usted. Allí hace usted más falta que aquí — añadió la jóven.

La mujer del herido se despidió de Ester, y se alejó, en tanto que la huérfana se dirijia al jardin seguida de Ombú.

La pobre niña miró á su alrededor: á un lado sus ojos se encontraron con la espesa arboleda que rodeaba los macizos de flores, que aparecian vagamente como manchados por mil pinceladas caprichosas de diferentes matices; al otro lado el edificio de la quinta, envuelto en los últimos reflejos de la luz del dia, que al confundirse con las sombras parecia prolongar las líneas de la ligera construccion, cuyas torrecillas semejaban alargar sus flechas á la indecisa claridad del crepúsculo.

Ester se dejó caer un momento sobre uno de los bancos rústicos del jardin; despues sintió miedo; aquella soledad, si bien relativa, le daba miedo.

El hermoso perro se habia echado á sus piés. La jóven inclinó un instante la cabeza, luego la alzó rápidamente, el miedo la dominaba, sus nervios habian adquirido una sensibilidad extremada, y todo impresionaba á la jóven; ésta habia creido ver destacarse una sombra de entre los árboles del fondo. La huérfana se levantó intranquila y se dirigió á la casa maquinalmente; subió la escalera que conducia á las habitaciones de Juan Valdéz; Ombú la precedia dando alegres ladridos. Llegó la jóven á la puerta

del departamento de su protector: la llave estaba puesta en la cerradura. Ester se detuvo un momento, despues hizo girar la puerta sobre sus goznes y penetró en la solitaria habitacion; Ombú siguió á la jóven, pero ¡cosa extraña! el hermoso animal habia dejado de ladrar alegremente al entrar en las habitaciones de su amo.

Ester miró á su alrededor; apénas se distinguian los objetos á la última claridad del crepúsculo de la tarde. La jóven sintió una especie de frio, de temor extraño, y dió un paso hácia la puerta; aquella soledad, aquella semi-sombra que la iba envolviendo, todo le causaba una impresion penosa.

De pronto, el valiente perro, el leal compañero de Valdéz, empezó á aullar lúgubremente, al mismo tiempo que colocaba su inteligente cabeza sobre el borde de la mesa de Juan Valdéz, colocada en un extremo de la habitacion.

Ester fijó una mirada en el perro, como buscando el motivo de aquellos extraños lamentos, al mismo tiempo que le llamaba con dulce voz. Pero el perro no hizo caso de su llamamiento, y continuó aullando.

—Algo extraño le pasa á Ombú—murmuró Ester. Luego adelantó un paso, y dirigió una investigadora mirada hácia la mesa, en la que el noble animal parecia reconcentrar toda su atencion. Sobre el tablero se veia brillar un objeto. La jóven avanzó hácia la mesa; el objeto que brillaba sobre ella era la cifra de plata de la cartera del dueño de Ombú;

cartera que habia dejado Valdéz olvidada sobre la mesa al ser detenido por la policia.

Ester clavó un momento su vista en la cartera; despues se apoderó de ella, corrió hácia el balcón, examinó afanosamente la cifra y despues lanzó un pequeño grito de sorpresa; la jóven conocía aquella cartera. Aquella cartera habia pertenecido á su padre, y las letras L. M. de la cifra formaban el monograma de Luis Mendieta, nombre y apellido del comandante.

CAPITULO LXXI

Ester descubre en un momento lo que Juan Valdéz no habia podido descubrir en cuatro años

Ester se separó del balcón, encendió una lámpara, y examinó de nuevo la cartera.

Temia haberse equivocado; sin embargo, despues de un momento de exámen, ya no le quedaba duda alguna de que la cartera aquella era la misma que tantas veces habia visto la jóven en manos de su padre.

—¡Oh! es extraño que esta cartera esté en poder de Juan Valdéz—murmuró la jóven, al mismo tiempo que se sentaba en el sillón que habia junto á la mesa escritorio y arrojaba una curiosa mirada sobre los objetos que se hallaba sobre ella. —Sí, es raro que mi protector tenga en su poder esta cartera; porque mi padre se separó de ella en una ocasion bien triste.... Mi tio Julian se veia perseguido.... su hermano le salvó.... Sí; mi pobre madre me lo refirió tantas veces que no es fácil se me

olvide. Antes de separarse de su hermano, mi padre le entregó una cartera con dinero, y aquella cartera es la misma que acabo de encontrar aquí; sí, la misma.... — y Ester examinó de nuevo la cartera. Despues la abrió: no contenía nada; enseguida la dejó sobre la mesa, y tomó unos papeles que, junto con las memorias de la jóven y el pañuelo abandonado por el asesino del dueño de Ombú, se veian sobre ella.

—¡ Oh ! mis pobres memorias están aquí. Sin duda alguna las recogería Juan Valdéz la noche que fuí secuestrada.... ¡ pobres memorias !... Pero veamos estos papeles; quizás cometa una indiscrecion, pero quién sabe si contendrán algo que me interese, que me dé alguna noticia del desgraciado hermano de mi padre. Dios me perdone si cometo una falta; pero él bien sabe que si recorro estos los papeles con la vista es con intencion bien sana.

Y la hermosa jóven, que parecia haber dominado sus temores y haber olvidado sus desdichas ante aquel recuerdo del pasado, empezó la lectura de los apuntes del paisano, en los que éste refería á grandes rasgos el drama de aquella terrible noche en que fué asesinado el dueño de Ombú.

La hija del comandante Mendieta recorrió rápidamente los apuntes de Juan Váldéz, sintiéndose vivamente impresionada por las terribles escenas descritas por el paisano.

Los apuntes no eran muy extensos, ni su lenguaje muy elegante y escogido; pero eran claros, termi-

nantes, y Ester terminó su lectura con el corazon oprimido, y rebelándose su sangre generosa contra aquel crímen infame, cuyos autores eran desconocidos por completo tanto de la justicia como de Juan Valdéz.

Pero á pesar del interés con que la jóven habia leido los apuntes del paisano, dejó los papeles sobre la mesa, sintiendo cierto despecho, por haber visto burladas sus esperanzas al suponer que en ellos iba á encontrar noticias del infeliz hermano de su padre, á quien todos creian muerto léjos de su pátria.

Despues la jóven tomó el pañuelo, examinó las cifras y enseguida volvió á dejarlo sobre la mesa.

— Nada, nada absolutamente encuentro en estos apuntes que se refiera á mi desgraciado tio; y en cuanto á este pañuelo, nada me dice: me es completamente desconocido.... Sin embargo, ¿sería el viajero el infeliz hermano de mi padre?... Nó; imposible.... Pero entónces ¿cómo estaba esta cartera en su poder?... ¡Oh! es extraño, muy extraño.... ¿Cómo podría aclarar este misterio?.... Valdéz nada ha conseguido despues de tanto tiempo que lleva procurando descubrir á los asesinos. ¡Si yo fuera tan afortunada que descubriera sus nombres, que pudiera adivinar el de la víctima!... ¿Y por qué no habia de ser ésta el desgraciado hermano de mi padre?... ¡Quién sabe! Si esta cartera hubiera encerrado algun papel.... si hubiera contenido algun apunte que sirviera de indicacion.... Yo no sé; pero presiento que he de descubrir el misterio que en vano ha pretendido aclarar Juan Valdéz.

Y la hermosa jóven tomó de nuevo la cartera, la abrió, y volvió á examinarla cuidadosamente.

— ¡ Nada ! — murmuró al cabo de un instante con visible desaliento. Pero yo recuerdo vagamente que esta cartera tenia un secreto.... Sí, seguramente — añadió la jóven, al mismo tiempo que examinaba de nuevo la cartera con la mayor atencion. Durante algunos instantes la jóven buscó inútilmente el secreto: al fin, detrás de un pequeño estuche encontró Ester la division secreta que sospechaba. La jóven lanzó un grito de alegría primero, y una exclamacion de sorpresa despues. Al abrir la oculta division habian caido dos papeles sobre la mesa, que la huérfana recogió con avidez. De aquellos papeles, uno era un testamento en toda regla; el otro un recibo en debida forma. Ester devoró con la vista más bien que leyó el contenido de ámbos documentos, y conforme iba leyendo una nube sombría se iba extendiendo por su frente.

Al cabo de algunos minutos la jóven habia terminado su lectura y conocía al propietario de la cartera, al desgraciado dueño de Ombú, asesinado cerca de la frantera del Brasil. Y no solamente conocia el nombre del infortunado viajero, sinó tambien el del infame asesino. La víctima era el hermano del comandante Mendieta; el que le habia dado el golpe de gracia hundiéndole su cuchillo en la espalda, no era otro que el usurero don Adrian Leví.

Hemos dicho que la cartera contenia un testamento y un recibo; el testamento estaba hecho por

Julian Mendieta, y en él dejaba por heredera de su fortuna, que ascendia á unos quinientos mil pesos próximamente en títulos de la Deuda Amortizable, á su sobrina doña Ester Mendieta, hija de su desgraciado hermano. El recibo, extendido con la fórmula de depósito, era por la suma de quinientos mil pesos nominales de los referidos valores, y estaba expedido en un sitio fronterizo al Brasil, sitio que no era otro que el que Juan Valdéz habia abandonado la noche del crímen, saltando por una ventana, para librarse de ser preso por el comisario. El paisano relataba en sus apuntes todas las peripecias de aquella triste noche, y citaba el punto donde habia estado próximo á caer en manos de don Pancho; causa aunque indirecta de que Juan Valdéz fuera testigo del horrible drama, representado á poca distancia de la frontera brasileña, y como consecuencia de ello, que el honrado paisano quisiera descubrir á los asesinos del amo de Ombú, y que al cabo de cuatro años la cartera de la víctima fuera á parar á manos de Ester, que debía, relacionando unos hechos con otros, hallar la solucion del problema que inútilmente había buscado Juan Valdéz.

El recibo de los quinientos mil pesos estaba firmado por Leví, y tenía la fecha del dia en que el infeliz Julian Mendieta habia sido asesinado.

Dicho recibo no hubiera constituido por sí solo una prueba segura contra el usurero, y solamente hubiera despertado la sospecha de que el crímen habia sido cometido por él. Pero el pañuelo con que el

asesino se cubría el rostro, pañuelo recogido cuidadosamente por Juan Valdéz, estaba marcado con las letras A. L. que eran las iniciales del cínico usurero, y esto formaba una prueba terrible contra don Adrian.

A la infortunada huérfana le bastó bien poco tiempo para adquirir la certeza de lo que ya hemos dicho: es decir, de quiénes eran la víctima y el asesino.

Ester reflexionó un momento, con la hermosa frente apoyada en una de sus manos, y con los ojos fijos en la temblorosa luz de la lámpara, como si de su blanca y violada llama esperara ver brotar alguna imágen evocada por su pensamiento.

Despues alzó la cabeza y en sus ojos brilló una mirada de suprema energía; la jóven habia tomado una resolucion, resolucion irrevocable como todas las de nuestra encantadora heroina.

—Ha llegado el momento — murmuró la jóven — me encuentro aislada, perseguida de nuevo; los séres que me aman sufren las consecuencias de su afecto hácia mí. No debo titubear; don Adrian Leví es la causa primera de mis desgracias, desde el momento en que ha sido él quien ha pretendido arrojarme en los brazos del Gran Mariscal. Además, ahora no soy yo sola la que clama venganza: tambien la pide el infeliz hermano de mi padre, muerto por ese bandido. Pues bien: todos nos vengaremos al mismo tiempo, y yo, débil mujer perseguida y abandonada, haré las veces de ángel justiciero, de arcángel vengador. Robó á su desgraciada víctima, y me

despojó á mí; él disfrutaba de una fortuna que me estaba destinada, al mismo tiempo que mi pobre madre moría de hambre y de desesperacion. ¡Oh! pero la Providencia es grande y justa, y ahora soy yó la más fuerte; todo llega, y en este momento ha llegado el dia de la expiacion. ¡Sí, Adrian Leví; eres un bandido, un ladrón, un asesino; pero la Providencia ha puesto esta cartera en mis manos para que yo descubra tu nuevo crímen, crímen que no ha de quedar impune! La Providencia ha sido, y yo voy á ser el brazo vengador de la Providencia. Voy á buscarte, vil Adrian, voy á anonadarte, voy á confundirte. ¡Gracias, Dios mio, porque me concedeis el medio de vengarme, y de vengar al mismo tiempo un crímen que, sin la casualidad que me ha traido aquí, es probable que siempre hubiera quedado sin castigo! Estoy resuelta —añadió la jóven— no quiero perder un momento, veré á ese infame, le arrancaré la máscara, y daré principio á mi venganza — terminó diciendo la jóven, al mismo tiempo que guardaba la preciosa cartera, colocando ántes en la division secreta de la misma el testamento de Mendieta y el recibo firmado por don Adrian. Despues se levantó y, seguida de Ombú, salió de la habitacion de Juan Valdéz, cerrando la puerta tras de sí.

La jóven bajó lentamente la escalera, salió al jardin y se detuvo un momento en la puerta del edificio. La hermosa jóven pareció dudar un instante; despues anduvo algunos pasos y volvió á detenerse, sentia que sus fuerzas se debilitaban, y que las ideas

empezaban otra vez á confundirse vagamente en su cerebro.

—¡Dios mio, Dios mio, dádme fuerzas para poder realzar mi idea! Es menester que la justicia se cumpla, que don Adrian Leví sufra su castigo.

Luego se apoyó un momento contra el muro; despues se irguió, se sentía de nuevo con fuerzas, cruzó el zaguancillo con paso resuelto, abrió la puerta y se lanzó al camino. Allí se detuvo; dudaba qué camino debia tomar para ir á la quinta de Leví, cuya situacion conocía por una casualidad. Un dia, yendo de paseo en carruaje con Juan Valdéz y doña Luisa, habian pasado por delante de la quinta del usurero.

—Esa quinta es de uno de los mayores tunantes que hay en la república—habia dicho el paisano—pertenece á un tal don Adrian Leví, capaz de robarle al prójimo hasta el modo de andar.

La jóven habia guardado silencio, pero se le habia quedado grabado en la imaginacion el nombre del sitio donde se hallaba la quinta de Leví.

En cuanto á Valdéz, á pesar de que conocia la historia de Ester, no se le ocurrió que aquel Leví fuera el causante de las desdichas de la jóven, la que sólo habia pronunciado una única vez el nombre del usurero, nombre que el paisano habia olvidado por completo.

Ester siguió despues su camino; la jóven tenia el rostro alterado por el sufrimiento moral que desde hacia algunas horas le torturaba, haciendo saltar sus nérvios bajo las tremendas sensaciones que habia

experimentado desde el instante en que habia sido arrebatada de la quinta.

La jóven recorrió una pequeña distancia, unos cuantos pasos y se detuvo nuevamente; habia sentido el ruido producido por un carruaje; se volvió: en aquel momento se detenia un coche delante de la quinta de Juan Valdéz: aquel coche era el de Emilia.

—¿Por qué volverá Emilia?—murmuró Ester con cierta extrañeza.

Despues retrocedió algunos pasos, y bien pronto se encontró con su amiga.

La hija de doña Gertrudis habia pensado al despedirse de Ester que ésta quedaba completamente desamparada.

—¡Pobre Ester!—murmuró la extraviada jóven—queda abandonada á merced de sus enemigos. ¿Debo abandonarla?.... Nó, es menester que la salve, que la proteja; ¡infeliz! debo hacer una buena obra, ya que tantas faltas he cometido. Además, la quiero, aunque siento que mis mejillas se enrojecen cuando la veo. Me recuerda la época en que yo tambien era buena y pura como ella. Sí, sí; debo ir á la quinta y ofrecerle mi pobre proteccion para contrarestar las maquinaciones de sus enemigos.

Y despues de murmurar para sí las anteriores palabras, dió órden al cochero de que volviera riendas y retrocediera hasta llegar á la quinta del paisano.

Las dos jóvenes cruzaron varias palabras; Emilia explicó á su amiga el motivo de su visita; Ester no

contestó, pero estrechó la mano de la jóven, al mismo tiempo que en sus lábios se dibujaba una melancólica y extraña sonrisa.

Emilia, por su parte, miró á la pobre huérfana con cierta sorpresa mezclada de atencion cuidadosa, pues en el semblante de su amiga, en la modulacion de sus palabras, encontraba una espresion extraña que no sabia explicarse.

Ester refirió á Emilia que Juan Valdéz habia sido preso, y que ella se dirigia á casa de Leví. Emilia fijó en la jóven una mirada interrogadora; Ester le referia tódo aquello de un modo particular, como si hablara consigo misma.

Aquella visita á Leví le parecia muy extraña, pues Ester no dió ninguna explicacion á su amiga acerca del motivo que la llevaba á la quinta del usurero. Si la jóven hubiera sido franca con Emilia, ésta quizás la hubiera disuadido de su idea, pues la hubiera hecho comprender probablemente, que, dada la manera de ser de don Adrian, éste era capaz hasta de asesinarla como á Julian Mendieta con tal de apoderarse de los papeles de su víctima; pero Ester no dió explicaciones á su amiga.

Despues de un instante de conversacion, Ester y Emilia subieron al carruaje de esta última, cuyos caballos echaron á andar á buen paso en direccion á la quinta de Leví.

Unos cien metros ántes de llegar á ella, se paró el carruaje y bajó Ester, que se alejó lentamente.

Entónces Emilia asomó su hermosa cabeza por la

ventanilla del carruaje, y murmuró dirigiéndose al cochero, que se inclinaba para recibir la órden de su ama:

—¡A Montevideo! ¡á escape! Dentro de media hora es menester que estemos en la puerta del Cabildo.

CAPITULO LXXII

Que sirve de complemento al anterior

¿Era efectivamente don Adrian Leví, según suponía Ester, el asesino del desgraciado hermano del comandante Mendieta?

¿No estaría la jóven en un error. al suponer que el hombre que ocultaba su rostro bajo el pañuelo recogido por Juan Valdéz la noche del crímen, fuera el infame usurero causante de todas sus desgracias?

Ester no se equivocaba; la pobre niña habia adivinado efectivamente el nombre del asesino, del mismo modo que había descubierto el nombre de la víctima.

¿Por qué triste casualidad se habia cruzado el primero en el camino de la segunda?

Cosa es ésta que explicaremos á nuestros lectores en el presente capítulo, aunque nos detengamos un tanto en el curso de nuestra obra.

Como ya sabemos, Julian Mendieta abandonó la casa de su hermano, despues de estar oculto en ella

durante varios dias. El bravo comandante le habia entregado al despedirse una buena suma de dinero en papel brasileño y argentino, suma con la cual, si abandonaba el mal camino y echaba por la buena senda, podia llegar á ser un hombre de bien volviendo por la honra del intachable apellido de Mendieta.

Julian habia sido hasta aquella época un bandido en toda la estension de la palabra, y sino hubiera sido por su hermano, á cuya casa le condujo la casualidad, seguramente hubiera terminado sus dias en presidio y ó de un modo mas desastroso todavia, es decir; sirviendo de espectáculo al pueblo y de blanco á unos cuantos soldados, que hubieran cortado su vida miserable con unas cuantas balas, satisfaciendo de este modo, la vindicta pública, que en aquella época, en la que si bien no andaba el país, ni muy bien ni muy rectamente gobernado, no habia llegado á la desorganizacion ni escándalo á que llegó despues bajo el mando del Gran Mariscal, y solian hacerse algunas terribles ejecuciones, que contenian un tanto el bandidaje, que más tarde debia ir á refugiarse en las más altas esferas.

Pero si bien el hermano del comandante habia sido un canalla hasta entónces, al abandonar la casa de su hermano, llevaba en sí el gérmen puro y vivificador que más tarde debía regenerarle.

La nobleza de su hermano al abrirle los brazos cuando se encontró frente á frente con él la noche en que huia desesperado de la policia; aquella atmósfera pura y tranquila del honrado hogar del coman-

dante, atmósfera sin nubes, en la que todos los que se agitaban en ella se hallaban enlazados por los divinos lazos del cariño, en la que todos disfrutaban esa dicha tranquila que proporciona el cumplimiento de los deberes y el mútuo afecto y consideracion; aquella niña encanto de los dueños de aquel feliz hogar, aquel ser encantador; influyeron en el descarriado Julian de tal manera, causaron tal impresion en su corazon viciado, que al despedirse quizás para siempre de su hermano, Julian era un hombre muy diferente de aquel que habia encontrado el bravo militar en una noche tempestuosa con el rostro descompuesto y el traje ensangrentado.

El medio ambiente en que vive el hombre, forma sus costumbres y modifica sus instintos, y estos son buenos ó malos según aquel sea puro ó viciado, lo mismo que la atmósfera más ó ménos oxigerada vivifica ó destruye la naturaleza del hombre, prestando más ó ménos actividad y fuerza á la circulacion de su sangre.

El medio ambiente en que se habia agitado Julian Mendieta hasta entónces, habia estado saturado de todos los vapores que se desarrollan en los centros del vicio y del crímen, y no habia adivinado ni tan siquiera sospechado que hubiera otro ambiente más puro. Pero al encontrarse repentinamente en el santo hogar de su hermano, se halló con lo desconocido, que empezó por irritarle y concluyó por convertirle. Y tanto es así, que al desprenderse de los brazos de su hermano el dia de su partida, al volverse para

emprender su marcha, una lágrima de amargura y de arrepentimiento se desprendió de sus ojos y rodó por sus pálidas mejillas; lágrima, que sin temor á equivocarse, se podia asegurar que era la primera que el descarriado Julian habia derramado en toda su asarosa existencia.

Durante su viaje, durante el tiempo que tardó en encontrarse en tierra extranjera, Julian fué reconcentrado en sí mismo, taciturno y silencioso, haciendo en su interior una especie de exámen de conciencia, al que siguió un franco arrepentimiento y un ardiente propósito de la enmienda.

Al pisar tierra extranjera, la mirada de Julian era leal y resuelta; miraba de frente, no de un modo receloso y traidor, como hasta entónces.

— He sido un bandido hasta ayer — murmuró Julian para sí — he sido la deshonra de los mios, he gastado parte de mi vida en medio del crímen y de la infamia, he sido un bandido que nada útil ha hecho ni para sí ni para sus semejantes; pero el mañana, será diferente, el mañana rejenerará el ayer; de hoy más, sólo en el trabajo honrado buscaré mi consuelo y el pan de cada dia. Sí, de hoy más, Julian Mendieta desaparece, hasta que no pueda presentarse ante los suyos con la frente alta, y con la conciencia satisfecha por haber lavado sus pasadas faltas.

Y efectivamente, Julian Mendieta dejó de existir para la sociedad, y en su lugar quedó un hombre cuyo nombre y apellido era el que rezaba el falso pasaporte entregado á Julian por su hermano, pasaporte comprado á peso de oro á don Adrian Leví.

Como ya sabemos, el comandante Mendieta no volvió á tener noticias de su hermano, al que estaba muy léjos de considerar arrepentido, y al que suponía muerto en alguna desgraciada empresa. Y sin embargo, Julian vivia, y no pasaba instante en al que no recordara el hermoso hogar de su hermano, en donde habia encontrado los gérmenes de su regeneracion.

Pero el descarriado Julian, se habia propuesto no dar acuerdo de su persona miéntras no hubiera conseguido redimir su pasado por medio de la laboriosidad, y nadie volvió á saber en donde se encontraba.

Julian recorrió la República Argentina, Chile, el Perú, Méjico y el Brasil, y despues de grandes penalidades, de rudos trabajos, de terribles decepciones, de momentos de horrible desaliento, llegó á conseguir encontrarse dueño de una mediana fortuna, fortuna ganada honradamente, y amasada con el sudor de su rostro. Largos años habian trascurrido hasta alcanzar tal resultado, y ya el cabello de Julian Mendieta se habia matizado de blancas hebras, y profundas arrugas cruzaban su frente.

— Al fin puedo llevar de nuevo el nombre de mis padres, á los que loco de mí llevé al sepulcro con mis infames desaciertos — pensó Julian un dia: — Tengo la conviccion de que soy honrado y de que mis pobres hermanos no se avergonzarán de mí. Ellos, y aquel ángel que tenian por hija; Ester, aquella niña que fué la primera que despertó en mi corazon una chispa de arrepentimiento.

Despues de haberse hecho muchas veces las anteriores reflexiones, Julian se decidió á escribir á su hermano ignorando que éste habia muerto hacia largo tiempo.

Sus cartas, inútil es decir que no llegaron á su destino, pues ya doña Luisa y su hija se habian mudado de casa, y nadie dió las nuevas señas á los carteros; que por otra parte no se preocuparon mucho de buscar á la viuda del destinatario.

Julian Mendieta vió con cierta zozobra que sus cartas no tenian contestacion, y una creciente intranquilidad se apoderó de él, hasta que al fin se decidió á cruzar la frontera del Brasil, y dirigirse á Montevideo, á pesar de que podia ser detenido y metido en el Taller por sus pasadas faltas, que gracias á la enormidad de ellas, algunas veces solian ocupar la atencion de los jueces, quizás por considerarlo un caso de todo punto imposible de arreglar satisfaciendo la vindicta pública, por ignorarse el paradero del delincuente.

— Estoy decidido, dijo para sí un dia el hermano del comandante — sea como sea, yo voy á Montevideo, tengo hambre por volver á ver á mi hermano, á su santa mujer, y á Ester, aquella niña encanto del tranquilo hogar de mi honrado hermano.

Despues, Julian realizó todo su capital, y lo empleó en papel de la Deuda Amortizable del Uruguay.

— Y ahora — pensó despues que tuvo los títulos en su poder, — voy á emprender de nuevo el viaje de regreso á mi patria. Pero ántes quiero hacer

testamento; pudiera morir y no quiero que mi fortuna vaya á parar á manos extrañas, — y el buen Mendieta hizo testamento en forma, dejando toda su fortuna á Ester, fortuna que aunque no muy cuantiosa era bastante regular, para haber podido proporcionar á la hija y á la viuda de su hermano una vida desahogada y tranquila.

Al fin, llegó el momento en que pisó de nuevo el suelo de la amada pátria, segunda madre del hombre, más hermosa y más amada miéntras más léjos se encuentra de ella; que no hay cosa que se ame tanto como el terron donde se ha nacido, donde se ha dibujado en nuestra boca la primera sonrisa, y ha humedecido nuestros ojos la primera lágrima. Pero Julian Mendieta, en medio de la alegría de volver á respirar las vivificadoras brisas de su país, temia verse perseguido por la justicia del mismo, pues, comprendió que sus crímenes de los que estaba arrepentido con toda su alma, eran tan grandes, tan tremendos, que difícilmente se debian borrar de la memoria de sus conciudadanos, ni ménos su filiacion de los registros de policia. No se atrevió pues á embarcarse en un puerto del Imperio ó de la República Argentina, y prefirió dirigirse por tierra á Montevideo creyendo de este modo estar más seguro de no ser descubierto.

Pasó pues la frontera brasileña, y fué á detenerse á un pequeño pueblo, con honores de aldea y de las peores, que se alzaba á poca distancia de la línea divisoria, siempre mal vijilada, y siempre causa de

choques y discordias entre los guardadores de los respectivos paises.

Alojose el buen Julian Mendieta en la única fonda ó posada que había en el pueblo, pues los arroyos estaban crecidos, y era imposible seguir adelante.

Aquello era una contrariedad, que disgustó sobremanera al viajero, que hubiera deseado encontrarse cuanto ántes al lado de las personas que tanto amaba, pero que no tuvo más remedio que resignarse, y decidirse á esperar tranquilamente tres ó cuatro dias á que las aguas dejaran el paso franco. Funesta casualidad que debia ser causa de que perdiera la vida.

La misma noche de su llegada al pueblo, y despues de haber dejado en el cuarto que le habia de servir de dormitorio, un pequeño paquete que componía todo su equipaje, entró en la sala baja de la fonda seguido de Ombú, compañero inseparable de fortunas y desgracias, con el objeto de tomar un trozo de carne asada y un poco de vino del ménos venenoso del establecimiento. No habia hecho más que sentarse, cuando vió entrar á un hombre envuelto en un poncho y con el rostro cubierto por un sombrero de anchas alas. Nuestro viajero miró con curiosidad al recien llegado, que sin fijarse en el hermano del comandante, miró á su alrededor buscando sin duda á algun dependiente de la casa. Pero estos, habian subido sin duda alguna al piso superior, en donde se escuchaban grandes golpes, gritos, imprecaciones y blasfemias, y un constante subir y bajar, que indi-

caba claramente que algo extraño ocurria en la posada.

El recien llegado, esperó un momento, prestando oido á los ruidos que se producian en el piso alto, y despues se quitó el ancho sombrero y fué á sentarse á una mesa próxima á la que ocupaba Julian Mendieta. Hasta aquel momento no se habia fijado en el hermano del comandante; pero en aquel instante, las miradas de aquellos dos hombres se cruzaron, y ámbos hicieron un movimiento de sorpresa.

CAPITULO LXXIV

Fin del anterior

Julian Mendieta y el desconocido se miraron un momento. Despues, aquellos dos hombres se aproximaron y cada uno de ellos murmuró un nombre:

— ¡Julian Mendieta! — exclamó el recien llegado.

— ¡Adrian Leví! — contestó el viajero.

En seguida, el llamado Leví se sentó á la mesa que ocupaba el hermano del comandante, y un instante despues entablaban una larga conversacion llena de interés para ámbos.

Al cabo de un momento, Leví se separaba de su compañero y salia de la fonda, volviéndo á reunirse con su compañero á los pocos minutos. Despues, Mendieta y Leví salieron apresuradamente de la fonda, dirigiéndose á una pequeña casa que, en compañía de su criado Miguel, ocupaba el repulsivo usurero.

Las palabras cruzadas entre aquellos dos hombres

habian sido pocas pero encerraban gran interés. Eran antiguos conocidos, y el hermano del comandante, despues de referir á don Adrian toda su historia, llena de sacrificios, de trabajos y decepciones, le indicó cuáles eran sus proyectos para el porvenir.

—Amigo don Adrian, — murmuró Mendieta al terminar su relato — acabo de referirle á usted mi historia, mis aspiraciones y mis proyectos; ahora sólo me falta encontrar á mis hermanos, por cuya suerte tiemblo en vista de su dilatado silencio, y depositar estos quinientos mil pesos nominales de deuda amortizable, que han de formar el dote de mi sobrina cuando llegue á su mayor edad, ó bien para que los utilice ántes si las circunstancias le obligan á ello.

— ¿ Quinientos mil pesos ? — respondió Leví, en cuyos ojos brilló una mirada codiciosa.

— Sí, quinientos mil. Todas mis economías, economías reunidas con el sudor de mi frente.... — murmuró Mendieta, quedándose un momento reflexivo y sin terminar la frase. — ¡ Qué deseos tengo de volverlos á ver ! — continuó como hablando consigo mismo. — Me estremezco al pensar que se pudiera alzar algun obstáculo que me impidiera volverlos á estrechar en mis brazos.... ¡ Si la policía me detuviera !...

— ¿ La policía ? — murmuró en voz baja Leví.

— Sí, la policía; con usted no puedo ser reservado; en otra época estaba yo loco, era un infame, un bandido, y cometí grandes crímenes, por los cuales pesan sobre mí terribles sentencias. Si

con mi sangre pudiera lavar ese pasado, no titubearia en derramarla; por desgracia eso es imposible, y tiemblo á cada instante al pensar que pueda encontrarme cara á cara con la justicia. ¡Y bien sabe Dios que he expiado bien mis crímenes! — Y al terminar de murmurar las anteriores palabras, Mendieta inclinó la cabeza sobre el pecho, quedando sumido en profunda meditacion.

Don Adrian habia escuchado atentamente á su interlocutor, fijando en él una mirada extraña. Despues, puso los codos sobre la mesa, apoyó la cabeza sobre la palma de las manos, y murmuró lentamente:

— Efectivamente, no anda usted descaminado, amigo Julian; soy su amigo, y no debo ocultárselo; las palabras de usted me han hecho ver claro, y casi puedo asegurarle que corre usted un gran peligro.

— ¿Eh? ¿qué dice usted? — murmuró Mendieta como despertando de un sueño, al mismo tiempo que se ponía densamente pálido.

— Digo, — añadió Leví recalcando sus palabras — que me parece que ha sido denunciada la presencia de usted aquí. Hoy han llegado á la fonda fuerzas de policía; un comisario y varios soldados, y sinó me equivoco me parece haberle oido pronunciar al primero un nombre parecido al nombre bajo el que usted oculta el de Julian Mendieta — terminó diciendo Leví, al mismo tiempo que miraba fijamente á su interlocutor.

— ¡Oh! ¡entónces estoy perdido! — exclamó Men-

dieta con alterado acento, mirando á su alrededor con intranquilidad.

— Quizás nó; es posible que sea otra persona la que buscan; tanto más, cuanto que en estos momentos están forzando la puerta de uno de los cuartos de arriba para apoderarse de un hombre contra el cual tienen órden de prision. Pudiera haberme engañado, haber oido mal; salvo....

— ¿ Qué ?

— Que hayan padecido un error, equivocándose de cuarto, y busquen á otra persona en vez de buscarle á usted — terminó diciendo Leví con acento insinuante.

— ¡ Oh ! ¡ eso sería terrible!... yo querría conocer la verdad para evitar el ser preso, para huir.

— Si usted quiere, yo puedo enterarme, y me alegraré mucho en poder ser útil á un amigo — respondió Leví.

— Me haria usted un gran favor, porque el temor y la impaciencia me matan.

— Bueno; entónces procuraré enterarme.

Y Leví se levantó y salió de la fonda, regresando á los pocos instantes.

— ¿ Qué hay ? — preguntó Mendieta con ansiedad.

— Lo que hay, — contestó Leví — es que está usted perdido si permanece usted aquí un momento más. No me equivocaba: á quien buscan es á usted. Por fortuna le han equivocado con otro pasajero que se halla alojado en la fonda, y delante de su

habitacion se encuentra la policia, intentando en vano forzar la puerta, la que al fin y al cabo caerá abajo y todo se descubrirá. No tiene usted más que un instante y debe usted aprovecharlo.

—¿Y cómo?... ¿á dónde voy? En cuanto dé un paso me detendrán. ¡Oh! la fatalidad, la fatalidad! —murmuró Mendieta con el rostro descompuesto.

—Verdaderamente estaria usted perdido si yo no me encontrara aquí; pero afortunadamente lo estoy y espero salvarle á usted.

—¿Salvarme?

—Seguramente. A unos trescientos metros de aquí hay una casita, que es en la que yo vivo en compañía de un fiel criado. Véngase usted allí conmigo, y de seguro que nadie irá allí á buscarlo Despues, más tarde, podrá usted desde allí dirigirse tranquilamente al Brasil.

Un instante despues salian los dos de la fonda, montaban en los caballos que tenian atados en el imprescindible palenque, y cinco minutos más tarde se apeaban delante de la puerta de la casa de Leví.

Pocos momentos despues salia el usurero de la casa, llamaba á Miguel, que se encontraba tomando mate á pocos pasos de la puerta, hablaba con él algunas palabras, le entregaba un repleto bolsillo y un papel, y se despedia de él murmurando en voz baja aunque enérgica:

—Empiezas por convidar al comisario á unas cuantas chiquitas, hasta que se ponga un poco... ¿eh? ¿me entiendes? Despues le enseñas este órden para

que prenda á la persona que sabes, pero añadiendo que lo que se quiere arriba.... ¿No te se olvidará?

— Nó — contestó Miguel.

— Que lo que se quiere arriba es que desaparezca.

— Sí; una caricia de oreja á oreja, y en paz — murmuró Miguel con acento sombrio.

— Sea como sea, lo que importa es que concluya la noche en el otro mundo. El comisario no hará objeciones.

—Seguramente que nó; no es la primera vez que toca el *violin*.

— Bueno; además, ahí tienes un bolsillo con unas brasileras para quitarle cualquier escrúpulo, — añadió Leví entregándole el bolsillo.

— Está bien.

— No te olvides de que ésta es una órden oficial, y de que yo nada tengo que ver en ella, más que haber venido por mi conducto; y sobre todo, la órden no la sueltes.

— Se hará así.

— No olvides nada.

— No olvidaré nada.

— Camino del Brasil?

— Estoy enterado: camino del Brasil.

— Pues anda, el tiempo pasa, urge.

Despues, Miguel montó á caballo y se alejó en direccion á la fonda, miéntras Leví volvia á entrar en la casa, donde le esperaba Julian Mendieta.

— El camino está libre — murmuró Leví.

— Entónces no tengo tiempo que perder.

— Aún nó: andan algunos soldados registrando los alrededores. Es conveniente esperar algun tiempo más, una hora por lo ménos.

— Bueno, esperaré.

Leví y Mendieta guardaron silencio.

Sobre la mesa se veía un paquete abultado de títulos de deuda. La fortuna de Mendieta, que éste habia entregado en depósito á Leví, mediante un recibo en forma.

— Le creo á usted mi amigo, tengo pruebas de ello, puesto que me ha salvado usted esta noche; — habia dicho Julian al usurero — yo no puedo llevar conmigo una fortuna de la que me despojarian seguramente si llegara á caer prisionero. ¿Quiere usted hacerse cargo de ella durante esta noche? Mañana, yo le esperaré á usted en la frontera y quedará usted libre de semejante cuidado. Además, quizás le suplique mañana que en vez de devolvérmelas, entregue mis pobres economías á la viuda de mi pobre Luis y á su hija, de la que debian formar el dote — concluyó diciendo Julian con acento conmovido, pues ya conocia por Leví la muerte de su hermano.

Don Adrian pareció dudar un momento, pero al fin aceptó el depósito, entregando en cambio un recibo; el mismo que habia encontrado Ester en la cartera. Pero al entregarle aquel papel, una sonrisa diabólica se dibujó en los lábios del usurero: Julian Mendieta acababa de firmar su sentencia de muerte.

Un momento despues de haber entrado Leví en la casa, salia de ella Mendieta y se dirigía hácia el

camino que conducia en derechura á la frontera del Brasil.

Pasaron algunos momentos; despues, don Adrian Leví salía cautelosamente de su morada, montaba á caballo, y, á campo travieso, se dirigia al galope hácia una senda abierta por el ganado, cuya senda iba á terminar en el camino de la frontera, á pocos centenares de metros de la línea divisoria. Al llegar allí, se ocultó cuidadosamente entre un grupo de árboles, fijando sus ansiosas miradas en el camino que aparecía iluminado por la luna, y prestando cuidadosa atencion á los más leves rumores que llegaban á su oido.

Despues.... Pero lo que pasó despues ya lo conocen nuestros lectores.

El hombre que cubria su rostro con el pañuelo era efectivamente don Adrian Leví.

CAPITULO LXXIV

¡ Loca !

Como decíamos en uno de los capítulos anteriores, Ester apareció en la puerta de la habitacion donde se hallaban Adrian Leví y el capitan Teodoro, dejando á ámbos sorprendidos con su presencia, y salvando al primero de una muerte segura, pues el jóven oficial iba ya á disparar su revólver sobre la cabeza del usurero. Este tembló al escuchar las palabras de la huérfana, á la que suponia en aquel instante encerrada en la estancia del Carmesí. En cuanto al oficial, miró á la pobre jóven con cierto interés mezclado de lástima, curiosidad y simpático afecto, pues él jamás creyó que Ester hubiera podido faltar á sus deberes.

—Sí, don Adrian Leví, — continuó diciendo la jóven al mismo tiempo que adelantaba un paso hácia el usurero, que fijaba en ella sus sorprendidos ojos — todo llega, y la hora de la justicia se acerca. No está usted solo, y me alegro: la presencia del señor Garcés col-

ma por completo mis deseos, pues así llegará á conocerle á usted tal como es, si es que no le conoce ya, pues su expresion, y la actitud en que le he visto al penetrar en esta habitacion, me hacen sospechar que se disponía á vengar alguna infamia de las muchas que usted ha cometido. Líbreme Dios, señor Garcés, de impedir que realice usted su idea si, despues de oirme, así le place; que motivos harto justificados supongo tendrá usted para ello. Pero ántes permítame que arroje al rostro de ese infame todos los crímenes que ha cometido conmigo y con los mios, crímenes que han hecho morir en la miseria y llena de amargura á mi madre adorada, que han llevado la desesperacion al fondo de mi alma, que han estado á punto de hacerme sucumbir bajo el bárbaro yugo de la fuerza ante las pasiones viles del tirano de mi pátria, que me han llevado á los campos del Quebracho, y que me han separado quizás para siempre del hombre á quien amo, y al que he jurado amar miéntras viva.

—¡Yo no la conozco á usted, yo no la he hecho ningun mal, usted se equivoca! —exclamó Leví con voz temblorosa, pues adivinaba un peligro en la presencia de la jóven, á la que como ya hemos dicho suponia léjos y prisionera.

—¿No me conoce usted? ¿no me ha hecho usted daño?... ¿Quién sinó usted es la causa de mis desgracias?... Gracias á usted murió mi madre creyéndome culpable, quizás maldiciéndome; por usted me vi sola y perseguida sólo porque defendía mi honra,

mi honra que vale más que mi vida; por usted tuve que alejarme de mi pátria, y batirme como un soldado: sí, ¡por usted y sólo por usted! — murmuró Ester con creciente energia, fijando una mirada en el usurero, que fijaba en la jóven una mirada cobarde.

En cuanto al oficial, contemplaba á Ester lleno de sorpresa, admirando la valentía de aquella hermosa jóven, de aquella niña, mejor dicho, que tan valientemente desafiaba al infame usurero.

— Pero no es eso todo, hay más todavia: no solamente es usted un estafador, un bandido, un ladrón infame, sinó tambien un asesino. Ayer no sabia aún como sé hoy quién es Adrian Leví.

— ¡ Oh! esta mujer me calumnia, esta mujer está loca! — exclamó don Adrian con acento velado por el temor.

— ¿ Loca? Sí, es posible; no sería extraño que lo estuviera, pues algunas veces siento que mi cabeza se rompe. Pero no, afortunadamente para mí y por desgracia para usted, aún estoy en mi cabal juicio, señor Leví — respondió la jóven — y ahora escuche usted bien; y usted tambien señor capitan Garcés, preste atencion á lo que voy á decirle á este infame — añadió Ester.

— ¡ No, no, no quiero oir nada! — respondió Leví extendiendo los brazos.

— ¡ Ah! ¿no quiere usted oir?... Pero aunque usted no quiera oirá usted lo que tengo que decirle — añadió la jóven.

— Hable usted señorita — murmuró el oficial, que se sentia vívamente interesado por la huérfana.

La jóven guardó silencio un instante: parecia como si se reconcentrara en sí misma. Despues, avanzó un paso y murmuró con voz clara, vibrante, llena, de energía, llena de amenazas, al mismo tiempo que fijaba en el usurero una mirada penetrante, una mirada de ódio en la que iba reconcentrado todo el calor, toda la luz de sus hermosos ojos, cuyas negras pupilas parecian despedir reflejos acerados.

— Señor don Adrian Leví, ha llegado la hora de la justicia; he llegado á tiempo de evitar que el señor Garcés aquí presente la tomara por su mano; lo que como ya he dicho no trataré de evitar si en ello tiene su empeño; pero supongo que desistirá de su idea, al tener la seguridad de que gracias á mí irá usted al Taller para toda su vida, si es que no le aplican otro castigo más terrible, al que se ha hecho usted acreedor al convertirse en asesino.

—¿Yo al Taller? ¿por qué? — exclamó Leví, cuyo temor iba en aumento, pues sentía instintivamente que Ester debia poseer algun terrible secreto, conocer alguno de sus tenebrosos crímenes.

— ¡Silencio, señor Leví! — murmuró el capitan Teodoro, — silencio, y escuche usted su acusacion, á la que seguirá sin duda la sentencia, sentencia de seguro más dulce que la que á estas horas debia yo haber ejecutado hace un instante descargando mi revólver contra usted — terminó diciendo el oficial.

— Gracias, señor Garcés — murmuró la jóven dirigiéndose al capitan Teodoro. Despues se volvió hácia Leví, y añadió:

— Señor Leví, es inútil que proteste usted, que se rebele; la casualidad ha puesto en mis manos las pruebas de que es usted un asesino, y voy á entregar esas pruebas á la justicia.

— ¿Yo asesino? ¡es falso, es falso, eso es una calumnia! — murmuró Leví tembloroso.

— ¿Calumnia? ¡Plugiese á Dios que así fuera! — Pero por desgracia no lo es — contestó Ester con amargura. — ¿Acaso se le ha olvidado á usted cierta noche en la que hacía usted caer en una infame emboscada á un infeliz viajero, á pocos centenares de métros de la frontera del Brasil? ¿Se le ha olvidado á usted ya quién fué el que con el rostro cubierto con un pañuelo hundió su cuchillo en el cuerpo del infeliz viajero, dándole así el golpe de gracia? ¡Oh! si usted lo ha olvidado, yo vengo á recordárselo: yo vengo á evocar la sombra del infeliz asesinado en la callada noche, en medio de un camino, muerte ignorada, como ignorado fué para todos el nombre del viajero. Pero la Providencia, que regula la balanza de la justicia donde se pesan las acciones de los hombres, hace que el crímen deje siempre abierta una pequeña puerta por donde entren la verdad y la justicia. Usted creia....

— ¡Oh! ¡silencio, silencio por compasion, por favor, silencio, señorita, silencio! Le pido á usted de rodillas que no continúe; todo eso es falso; pero no quiero oirlo, silencio por favor, yo no soy un asesino, soy un hombre honrado! — exclamó don Adrian, levantándose violentamente con el rostro pálido, lí-

vido, mejor dicho verdoso, bajo la terrible influencia del miedo, que hacía estremecer todo su cuerpo de una manera horrible.

— ¡ Silencio, señor Leví ! — repitió de nuevo el oficial, avanzando un paso hácia el usurero.

— ¡ Oh ! ¿ ya tiembla usted, ya le domina el temor, ya presiente usted que la hora de la expiacion se aproxima ? Sí, efectivamente se aproxima, mejor dicho, ha llegado. Pues bien, todas las pruebas de aquel crímen, la prueba del robo motivo de él, todo lo que ha de arrojarle á usted en un presidio, lo tengo yo en mí poder. Yo, Ester Mendieta, voy á vengar mis dolores y sufrimientos, y al mismo tiempo la muerte del infeliz viajero asesinado por usted cerca de la frontera del Brasil, por que ese viajero ignorado, desconocido, — continuó diciendo Ester con febril exaltacion, — no era otro que....

Al llegar á este punto la jóven se detuvo; el nombre del desgraciado hermano de su padre quedó sin pronunciarse, y se volvió rápidamente al mismo tiempo que lanzaba un grito de inefable alegria.

La jóven habia visto reflejarse en uno de los espejos la gallarda figura de Ricardo, que acaba de aparecer entre los pesados cortinajes de la puerta.

— ¡ Ricardo, amado mio, al fin te encuentro ! — exclamó Ester avanzando un paso hácia el jóven — ¡ ven, seremos dos los vengadores ! — terminó diciendo Ester, extendiendo sus brazos hácia Ricardo.

Pero éste se puso densamente pálido; luego pareció dudar un instante, y despues, extendiendo sus

brazos como si quisiera rechazar una vision desagradable, murmuró con voz firme, enérgía, hiriente, despreciativa, fijando en la jóven una mirada dura, henchida de sarcasmos y desprecios:

—No sé quién es usted, no la conozco; ¡no busco mis amistades en el fango!

—¡Oh! ¿qué escucho? ¿me rechazas, me insultas? ¿tú, Ricardo? ¡no, no puede ser!—murmuró Ester extendiendo sus brazos, al mismo tiempo que su hermoso semblante palidecía y adquiría una expresion extraña.

—No sé quién es usted, ni en mi vida la he conocido—contestó Ricardo con voz clara, dejando escapar sus palabras lentamente, palabras que destrozaban el corazon de la jóven, cuya razón se oscurecía.

—¿No me conoces?—exclamó Ester con un acento indescriptible.

—¡Nó!—repitió Ricardo.

—¡Oh! ¡no me conoce, no me conoce!—añadió Ester con la vista extraviada.—Señor Garcés,—continuó dirigiéndose al capitan con voz suplicante—¿dice que no me conoce? Y yo soy Ester, si, soy Ester Mendieta. Pero nó, nó, yo no soy Ester—añadió con acento extraño, sombrio—yo soy un soldado, soy un desheredado, un voluntario del Quebracho.... ¡muertos por todas partes!... hay un soldado á mis piés que fija en mí sus ojos vidriosos.... ¡yo te he dado muerte, sí, yó, yó, sí, sí, pero vete, vete, no me persigas!... ¡Ah! ¡ya soy feliz!... veo

que viene la muerte, sí ven, ven!... ¡qué alegria!... ¡Ricardo está muerto, yo tambien debo morir! — concluyó de decir la jóven, á la que miraban con estupor Teodoro y Ricardo.

Despues, Ester miró á su alrededor con la vista extraviada, cubrió luego sus ojos en las manos, y en seguida lanzó una carcajada, estridente, horrible.

La jóven no habia podido resistir el choque de tantas y tan rudas sensaciones: la infeliz Ester se habia vuelto loca.

Ricardo y el capitan avanzaron hácia la jóven que se agitaba en medio de terribles convulsiones, mezcladas con risas y palabras incoherentes; pero en aquel instante, los vidrios de la ventana del despacho de Leví saltaron hechos pedazos, y por ella penetraron dos vijilantes, al mismo tiempo que otros dos aparecian en la puerta, y que un sargento entraba en la habitacion armado de un revólver, y exclamaba con voz enérgica dirigiéndose á los dos jóvenes, que contemplaban sorprendidos á los recien llegados:

— ¡Señores, dénse ustedes presos!

— ¿Preso? — exclamó Teodoro recobrando su ruda energía — ¡á mí no se me prende tan fácilmente! — y dando un salto hácia la ventana, separó violentamente á los dos soldados que la guardaban y saltó al jardin al mismo tiempo que murmuraba con voz amenazadora.

— ¡Hasta la vista señor Leví ya saldaremos nuestras cuentas!

Y el oficial desapareció entre las sombras del parque.

Luego se escuchó un tiro, al que siguió una carcajada y un gruñido extraño.

El tiro lo habia disparado don Pancho contra el capitan Teodoro al verle saltar por la ventana; la carcajada la habia lanzado el oficial al alejarse sin ser herido por la bala del revólver del comisario; el gruñido era producido por Ombú, que se habia arrojado fiero y terrible sobre cómplice de Leví, al ver reflejar las rojas vueltas de su poncho á la luz del fogonazo.

Entablóse una lucha horrible entre el perro y el hombre, miéntras que el capitan se alejaba precipitadamente. El jóven llegó á la verja; á poca distancia se veían algunos hombres á caballo; eran vijilantes apostados allí por el comisario. El capitan se detuvo.

—¡Estoy perdido! — murmuró lanzando á su alrededor una mirada.

Despues lanzó un pequeño grito de alegria; habia visto un carruaje parado delante de la verja.

El oficial avanzó rápidamente; si el carruaje estaba vació, quizás por un golpe ingenioso y atrevido podia salvarse. ¡Pero si habia álguien en él, entónces su salvacion era más problemática!

Avanzó pues hasta el carruaje, abrió resueltamente la portezuela, y murmuró con voz firme dirigiéndose al cochero:

—¡A Montevideo, y apure los caballos!

Despues se lanzó dentro del coche en el que se escuchó un pequeño ruido.

En seguida, el carruaje rodó rápidamente por el

camino de Montevideo, arrastrado por un tronco de magníficos caballos.

Aquel coche era la berlina de Emilia, que acababa de conducir á Juan Valdéz á la quinta de Leví. La persona que había lanzado aquel pequeño grito al penetrar el capitan Teodoro en el carruaje no era otra que la hermosa extraviada, la hija de la infortunada doña Gertrudis.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

